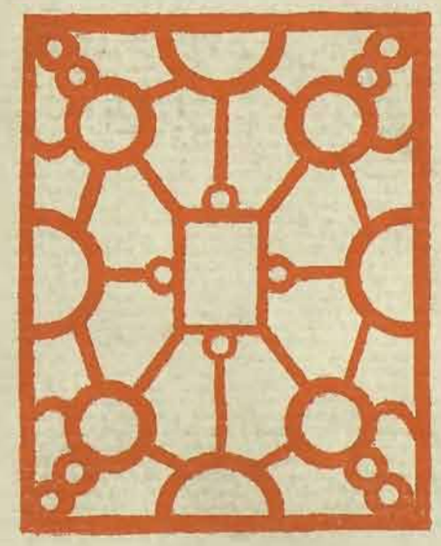
ANUARIO DE PREHISTORIA MADRILEÑA



VOLUMENES IV-V-VI AÑOS 1933-34-35

ANUARIO DE PREHISTORIA MADRILEÑA

VOLUMENES IV-V-VI · AÑOS 1933-34-35

AYUNTAMIENTO DE MADRID

ANUARIO DE PREHISTORIA MADRILEÑA

VOLUMENES IV-V-VI

Años 1933-34-35

REPÚBLICA ESPAÑOLA

MADRID
Artes Gráficas Municipales

1936

INDICE

BIBLIOGRAFIA

Geología y Paleontología

Antropología

Etnología

Prehistoria y Arqueología en general

Páginas

Prehistoria y Arqueología de la Península ibérica

Páginas

Páginas

Prehistoria madrileña

Prehistoria y Arqueología africana

Apéndice

Nuevos estudios sobre Prehistoria madrileña

I.—LA COLECCIÓN BENTO

por José Pérez de Barradas

Nuevos estudios sobre Prehistoria madrileña

I.—LA COLECCIÓN BENTO

por José Pérez de Barradas

Introducción

Por motivos que no son del caso exponer, el estudio sistemático de los yacimientos prehistóricos de los alrededores de Madrid, que llevaba a cabo el Servicio de Investigaciones prehistóricas del excelentísimo Ayuntamiento de Madrid, languideció a partir de mediados del año 1931.

Hubiera sido en extremo lamentable que desde entonces se hubiera perdido la cantidad extraordinaria de objetos que cotidianamente aparecen sin que ningún centro ni ninguna persona los recogiera, precisamente en estos momentos en que los problemas del Paleolítico antiguo son objeto de preferente atención por los investigadores.

Esto hace más meritoria la labor a que desde ese tiempo se ha dedicado D. José Bento López, quien ha consagrado sus afanes a la recolección de objetos prehistóricos en visitas frecuentes a los principales yacimientos.

Aunque se trata de una empresa particular, la asidua labor de campo permitió al Sr. Bento reunir en poco tiempo una colección valiosa, no sólo por el número, sino por el valor científico de los ejemplares. El Sr. Bento anotó en todo momento la procedencia de los objetos, no sólo por lo que se refiere a la localidad o yacimiento, sino también a las capas del terreno de que procedían. Sobre este punto insistimos cerca de él de manera especial, pues le hicimos comprender que los objetos, por muy valiosos que fueran, no tienen valor si se desconoce o se duda de la procedencia. Nuestro empeño ha sido eficaz, y desde el primer momento hemos de subrayar el que no se trata de una colección formada por compras desordenadas y caprichosas, sino que obedece a un criterio científico.

No obstante hemos de hacer una aclaración sobre la colección, y es que está formada por piezas selectas, y que se han abandonado los conjuntos de lascas de desbastamiento y, en general, todos los ejemplares de poco valor, lo cual, si bien es necesario hacer cuando se trata de estudios realizados por un centro científico, no se puede obligar a que se haga por un particular. Pero además había otra razón que permitía hacerlo de este modo, y es que por nuestra parte habíamos realizado en casi todos los yacimientos visitados por el Sr. Bento recolecciones completas durante largos períodos de tiempo, que

oscilan entre catorce y cinco años, por lo cual son conocidas todas las particularidades de las industrias paleolíticas madrileñas. Nuestra experiencia en la materia, basada, como hemos dicho, en catorce años de trabajo, y los datos del estudio inédito de las colecciones del Museo Prehistórico Municipal, suplen de manera satisfactoria la deficiente base de algunas conclusiones, que serán fundamentadas sólidamente cuando publiquemos nuestros estudios sobre las colecciones del Municipio madrileño, formadas en los años 1924-1931.

Antes de terminar esta introducción es forzoso que digamos algo sobre las ideas que guían este estudio, pues el lector que conozca nuestras anteriores publicaciones (1-38) encontrará variaciones radicales de criterio en puntos fundamentales.

Nos estimaríamos bien poco si pretendiéramos sostener a toda costa y sin modificación alguna y en todo tiempo nuestro esquema sobre la estratigrafía, clasificación y cronología de la Prehistoria madrileña, puesto que los resultados científicos nunca son, ni pueden ser, inalterables, máxime en lo que se refiere al Paleolítico antiguo, del que sólo conocemos las líneas generales del desarrollo, y donde su estudio es sumamente difícil y complicado.

En esto tenemos un punto de vista diametralmente opuesto a un grupo de críticos, para los cuales los problemas del Cuaternario y del Paleolítico madrileño son excesivamente sencillos.

Lejos por nuestra parte de tender a simplificar los problemas del Paleolítico madrileño pensamos en estos momentos que son aún más complicados y difíciles, impresión que tiene tanto más fuerza ya que se apoya en los nuevos estudios del profesor Henri Breuil (39-40), una de las mayores autoridades en lo que se refiere al estudio del Paleolítico.

El profesor Henri Breuil, en sus últimas publicaciones, ha llamado la atención de los investigadores sobre una serie de cuestiones que alteran por completo el cuadro general del desarrollo del Paleolítico antiguo. Sus ideas no aparecen suficientemente aclaradas en las diversas publicaciones aparecidas, pues aún no han visto la luz la totalidad de los argumentos en que se fundan y la discusión de los distintos puntos de vista, excepción hecha del Clactoniense. Esto hace que aparezcan por el momento como algo personal poco fundado, pero ya la autoridad de su autor impide el que sean rechazadas de plano sin la debida discusión.

Por nuestra parte tuvimos la suerte de ser iniciados en ellas en la pasada primavera de 1932, en la estancia del profesor Breuil en Madrid. Juntos visitamos los principales yacimientos y discutimos la estratigrafía y los hallazgos. También hicimos un estudio detallado de los conjuntos industriales más importantes del Museo Prehistórico Municipal que duró varios días, durante los cuales pude conocer prácticamente su método de estudio, tanto por lo que se refiere a la distinción de mayor o menor antigüedad dentro de un conjunto, como a sus ideas tipológicas que le llevan a distinguir nuevas industrias.

No se crea, sin embargo, que ha bastado esto para decidirnos a aceptar sin más los nuevos puntos de vista del profesor H. Breuil. Las constantes

observaciones de nuestro profesor H. Obermaier, llenas de prudencia y de buen sentido, han hecho que antes de pronunciarnos en pro o en contra procediéramos despacio y con cautela, y sin que la novedad fuese aliciente para aceptar como cierto lo que todavía no se admite por la generalidad de los investigadores.

La separación dentro de un conjunto industrial de varios grupos según su estado de conservación (pátina, suavización de bordes y aristas) no es nada nuevo, pues precisamente ya lo hicimos en varias ocasiones, especialmente al estudiar con P. Wernert en 1918-19 los yacimientos paleolíticos de los areneros de D. Domingo Martínez, D. Domingo Portero, tejar de D. Joaquín y de las vaquerías del Torero (41).

Efectivamente, es verdad, que desde entonces no hemos seguido con todo rígor este método; mas sin embargo ha sido aplicado en grandes líneas y ha permitido separar, por ejemplo, piezas chelenses o acheulenses de conjuntos musterienses. Ha sido el principal argumento que hemos poseído para discutir la idea de aquellos autores para quienes los yacimientos al aire libre son punto menos que inutilizables para la ciencia, pues dicen que no hay niveles puros de mezcla. Negar mezclas en yacimientos al aire libre sería un error; pero sí hay que convenir que no es dificultad para un investigador concienzudo y ducho en la materia, aunque sí para persona poco versada en estas disciplinas, separar con toda seguridad los distintos elementos de la mezcla según el grado de conservación.

Hemos, pues, de considerar como fundamental en nuestro plan de estudio el estado de conservación que dentro de cada conjunto nos permite establecer grupos de objetos que cabe considerar como sincrónicos por haber sufrido las mismas alteraciones físicas, es decir, el haber sido acarreados por las gravas, friccionados por las arenas, expuestos a la acción de los agentes atmosféricos, etc.

Por lo que respecta a las etapas prehistóricas postpaleolíticas, que están representadas en la colección Bento, es interesante el que ofrezcan una solución de continuidad desde el Neolítico hasta la romanización, habiéndose reducido el hiatus al Epipaleolítico y al Protoneolítico. En su estudio han sido aplicadas también las modernas orientaciones de P. Bosch Gimpera, y hemos procurado el contribuir en la medida de nuestras fuerzas a la solución de problemas que tanto apasionan en la actualidad, como el de los celtas.

Primeramente procederemos al estudio monográfico de los objetos que integran la colección agrupados por yacimientos, tanto paleolíticos como postpaleolíticos, en el cual procederemos objetivamente. A este fin, además de las descripciones detalladas, ofreceremos el mayor número posible de fotografías todas ellas sin retocar, puesto que la presentación del material es obra más sólida e importante que la interpretación teórica.

Después procederemos con brevedad al estudio sintético y a exponer nuestros nuevos puntos de vista sobre la estratigrafía del Cuaternario y las culturas prehistóricas, todo lo cual no será más que un bosquejo en espera de ulteriores investigaciones.

I.—Yacimientos paleolíticos

SAN ISIDRO

Sobre el primer yacimiento paleolítico madrileño, descubierto en 1862 por D. Casiano de Prado, E. de Verneuil y L. Lartet, ya nos hemos ocupado repetidas veces en otros trabajos (42).

Está situado, como todos saben, entre los cementerios de San Isidro y Santa María y entre el camino alto de San Isidro y el arroyo Torote.

Su estratigrafía esquemática (43) es la siguiente:

a) Tierra vegetal y arcillas de decalcificación.

b) Limo arcillo-arenoso eólico de color amarillento (tierra blanca), un metro de espesor.

c) Arenas rojizo-amarillentas, seis metros.

d) Limo arcillo-arenoso de color verde (tierra de fundición), con lentejones de arena, dos metros.

e) Gravas y arenas gruesas, teñidas fuertemente por óxidos de hierro y manganeso, 0,80 metros.

f) Marga blanquecina terciaria (cayuela), a 30 metros sobre el nivel actual del Manzanares.

De las gravas inferiores procede un conjunto de la colección Bento, que se puede dividir por su estado de conservación en dos subconjuntos, *A* y *B*.

El subconjunto *A* ofrece pátina intensa y aristas suavizadas, lo cual indica que es anterior quizá al depósito de las gravas. Lo forman varias hachas, una amigdaliforme muy típica (lám. I, fig. 1), otra del mismo tipo fragmentada por la mitad, otra sobre lasca rectangular, un gran perforador de pedicelo sobre lasca gruesa, cuatro cuchillos sobre lascas clactonienses, una punta tosca y dos raederas con buenos retoques marginales (lám. XX, fig. 12).

El subconjunto *B* está formado por piezas de talla fresca y de aristas vivas. A él pertenecen dos hachas toscas con aspecto de las del Musteriense antiguo de tradición acheulense, dos lascas utilizadas como cuchillos y un hacha de talla romboidal, gruesa, de talla con planos hondos poco numerosos, bordes rectos con pocos retoques y punta con filo longitudinal, que parece recién trabajada (lám. I, fig. 2).

* * *

La industria de las gravas inferiores de San Isidro, que ha sido clasificada por nosotros como *Chelense superior*, parece estar integrada, según los nuevos estudios, por dos conjuntos, uno más antiguo, rodado, del *Chelense superior*,

pero con industria pequeña, tallada en gran parte sobre lascas clactonienses I (44), y otro más reciente del *Acheulense inferior* (Ach. I-II), con lascas del Clactoniense II. Como los materiales de San Isidro de la colección Bento, *todos ellos acheulenses, no son muy abundantes, nos reservamos el insistir* sobre esta cuestión en otra publicación dedicada al estudio de las colecciones del Museo Prehistórico Municipal (8).

BARRIADA DEL CERRO BERMEJO

De las obras de la barriada de casas ultrabaratas Salud y Ahorro, construídas por el Ayuntamiento de Madrid en el cerro Bermejo, proceden, de niveles de gravas y arenas rojas que hay que relacionar con las de San Isidro, varias piezas (46).

La más interesante es un hacha amigdaloide muy antigua, tal vez del Acheulense II de Breuil, con pátina lechosa en la cara superior y gris oscura en la inferior. La cara inferior es plana, pero con talla horizontal muy fina y de planos largos. Lo mismo sucede en la superior. La punta está rota antiguamente (lám. I, fig. 3).

No son contemporáneas, sino más modernas, las otras piezas: un hacha tosquísima, un gran cuchillo, una punta, un perforador y varias lascas. Los planos de percusión son lisos y nada clactoniense.

LA SANGRERIA

Arenero situado al lado derecho de la carretera de Andalucía, detrás de la fábrica de productos químicos de Nocher. Su corte es el siguiente, de arriba a abajo:

a) Tierra vegetal y arena arcillosa oscura acanutillada.
b) *Limos arcillo-arenosos amarillentos.*
c) Arenas. Nivel arqueológico.
d) Margas terciarias.

Sobre este yacimiento, del que dimos su corte en 1929, no se ha publicado nada sobre los materiales paleolíticos, que entonces clasificamos como musterienses (47).

Del nivel *c*) procede un metatarsiano y un molar de *Equus*, así como un conjunto lítico muy numeroso e interesante, pues permite hacer rectificaciones importantes.

Según el criterio ya indicado hemos hecho dos grupos:

Grupo A.—Silex de pátina brillante, colores vivos, rojos, amarillos o par-

dos. Uno solo con pátina blanco-azulada y otro con la pátina blanca típica de superficie. Aristas y filos suavizados.

HACHAS.—Hay seis de gran tamaño y cinco pequeñas.

a) *Hachas amigdaloides.*—Las tres son muy típicas, aunque de tipos diferentes, y caen sin vacilación alguna dentro de un conjunto acheulense.

Lámina I, figura 4.—Magnífica hacha amigdaloide alargada, propia del Acheulense III de Breuil. La mitad superior en sílex de color pardo y la inferior en pedernal granudo gris, que pasa gradualmente a corteza. Talla bifacial, que hacia la punta es cada vez más fina. Filos rectos y con densos retoques.

Lámina I, figura 5.—De color gris-amarillento. Cara superior gruesa hacia el talón inferior, plana, muy trabajada, como los bordes, especialmente uno de ellos, que fué utilizado como raedera. La punta está rota modernamente.

Lámina II, figura 4.—Hachita pequeña con talón preparado y un borde muy retocado. Es curiosa la presencia de un plano de buril en la punta.

b) *Hachas raederas.*—Tres lo están sobre lasca gruesa y tienen la cara inferior sin talla. Otra lo está sobre nódulo (lám. II, fig. 3).

Lámina II, figura 1.—Cara superior con talla a grandes planos poco profundos. Bordes rectos y con talla y retoque de raedera en la cara inferior.

Lámina II, figura 2.—De tipo corriente. Borde recto con denso retoque de raedera. El opuesto y el talón preparado para la aprehensión.

c) *Hachas pequeñas.*—Tres están talladas sobre lascas y recuerdan los perforadores más primitivos. Otra, sobre lasca gruesa también, parece una punta doble primitiva. Por fin hay otra de talla bifacial ovalar, con bordes rectos retocados.

LASCAS.—*Entre un grupo de lascas de desbastamiento señalaremos algunas* particularidades, como huellas de fuego, y especialmente de técnica: lascas clactonienses, lascas por percusión sin retoque en el plano o con retoque, lascas con plano minúsculo por talla con percutor de madera, etc.

LASCAS RECTANGULARES.—La mayor, muy gruesa en el talón, es una lasca clactoniense, y la menor, de color amarillo, es una lasca Levallois poco típica.

PUNTAS.—Hemos incluído aquí sólo las puntas sin relación con otros tipos. Se observa la presencia de dos puntas de tipo muy arcaico, tres típicas sobre *lasca con plano de percusión retocado y facetado* (Levallois) y *con retoque* escaleriforme, y una con borde curvo muy retocado sobre lasca sin plano de percusión (lám. III, figs. 5 y 6).

PUNTAS RAEDERAS.—Constituimos este grupo con puntas que ofrecen denso retoque escaleriforme. Hemos distinguido dos grupos: puntas sobre lasca amorfa y sobre lasca con plano de percusión facetado y retocado y base de la cara inferior adelgazada.

En las primeras el retoque es menos fino y las puntas más gruesas (lámina III, fig. 7).

En las segundas el retoque es denso y son las que creíamos típicas puntas musterienses (lám. III, figs. 8-12). Si las consideramos como levalloisienses, las de lasca amorfa serían más antiguas e irían bien con el conjunto de hachas acheulenses.

PERFORADORES.—Tipológicamente también hay dos grupos: uno de perforadores sobre extremo de lasca con plano de percusión retocado y otro sobre lasca gruesa o pequeños bloques de tipo muy antiguo.

CUCHILLOS SOBRE LASCA.—Se nota tipológicamente las mismas diferencias de técnica: lascas clactonienses, lascas con plano de percusión liso, lascas con plano de percusión retocado y facetado y con plano de percusión reducido (talla por madera). Las arcaicas son más numerosas que las modernas. Hay también cuchillos sobre lasca amorfa.

El tipo general es el de cuchillo con dorso curvo preparado, retocado o adaptado para la manipulación.

CUCHILLOS SOBRE HOJA.—La misma observación puede hacerse en los cuchillos sobre hoja, de los que hay tres con plano de percusión liso (lám. II, figs. 13 y 14), seis con éste retocado (lám. II, fig. 15), cinco con él reducido y seis sin plano de percusión.

Tipológicamente no ofrecen estos grupos ningún carácter especial.

RAEDERAS.—Forman un lote muy numeroso que admite varias subdivisiones:

a) *Raederas arcaicas.*—Son de tipos primitivos y están talladas sobre lasca amorfa, sobre lasca clactoniense o con plano de percusión liso. Son gruesas y la raedera no tiene retoques escaleriformes.

b) *Raederas con dorso curvo.*—Son interesantes dos, una con el dorso muy bien retocado (lám. II, fig. 16) y otra en que el retoque está aplicado en la cara inferior de la pieza y no en la cara superior.

c) *Raederas sobre lasca-hoja.*—Talladas sobre lasca-hoja Levallois, finas y con retoques marginales poco densos.

d) *Raederas gajo de naranja.*—Sobre lasca violácea con plano de percusión transversal y retoque escaleriforme.

e) *Raedera doble.*—Tallada sobre lasca Levallois con plano de percusión largo. Retoque escaleriforme denso (lám. III, fig. 1).

f) *Raederas sobre hoja.*—Hojas gruesas con plano de percursión reducido o amorfas. Retoques bimarginales densos. En una de ellas el retoque se aplicó a la cara inferior (lám. III, figs. 2 y 3).

RASPADORES.—Sólo hay dos poco típicos; uno se aprovechó un plano de percusión retocado y el otro es abultado con retoque escaleriforme no lamelar.

Grupo B.—Está formado por sílex mates con pátina casi nula y aristas muy cortantes. Tipología distinta del grupo anterior y las piezas son más delgadas.

NÚCLEOS.—Discoidales. Uno pequeño pudo ser utilizado como raspador.

CUCHILLOS.—Sobre lascas de técnica Levallois y hojas finas, sin ningún carácter especial.

PUNTAS.—Talladas sobre lascas de técnica Levallois, anchas, largas y con plano de percusión facetado.

RAEDERAS.—Una sobre lasca gruesa con bulbo basal.

RASPADOR. - Sobre extremo de lasca gruesa y con retoque sencillo.

* * *

El examen del material de este yacimiento, que, como sus vecinos de San Julián y Plaza del Bonifa, lo hemos clasificado antes como *Musteriense medio de tipos pequeños* (48), nos vemos obligados a clasificarlo ahora de la siguiente forma:

Grupo A.—Está constituído de dos conjuntos: uno del *Acheulense inferior* (I-III de Breuil), formado por hachas de mano, lascas clactonienses, puntas de tipo arcaico, perforadores sobre lasca gruesa o nódulos y cuchillos y raederas sobre lascas clactonienses, y otro de puntas, cuchillos y raederas con planos de percusión retocados de carácter musteriense, y que consideramos como del *Tayaciense* (49).

Grupo B.—Representa un *Levalloisiense* más reciente y decadente, tal vez el comienzo del V. El depósito de las arenas fué contemporáneo de esta industria, que es la que ofrece un estado de conservación más fresco. Las piezas del grupo A han sido acarreadas y representan, bien una cultura acheulense-tayaciense, o una mezcla de niveles acheulenses y tayacienses, pero para esto último hay que tener presente que ofrecen el mismo grado de conservación.

ARENERO DE SIMÓN

De los nuevos trabajos en el arenero de Quitapenas (50), situado al pie de la casa de D. Simón González, no lejos del cruce del ferrocarril de Madrid, Cáceres y Portugal con la carretera de Andalucía, y en la barriada de Las Carolinas, ha recogido el Sr. Bento un conjunto de piezas muy interesantes.

El corte del arenero es el siguiente:

a) Tierra vegetal.

b) Gravillas y arenas, con industria paleolítica.

Todas las piezas de este yacimiento corresponden a un mismo estado de conservación; la pátina es intensa y de colores vivos (rojos, pardos y amarillos) y brillantes; el lustre es céreo y las aristas y filos están suavizados. Más relación guardan con los niveles, hoy agotados, de El Portazgo (14) que con los de la Casa del Moreno, que estudiaremos en seguida.

Hachas.—Hay tres. Una ovalar tallada sobre lasca gruesa, con cara inferior sin talla y con la superior, que es plana y formada en su mayor parte por corteza, con denso retoque en los bordes (lám. II, fig. 5).

La otra es una gruesa lasca, de forma ovalar también y con talla y retoque especialmente en el borde más alto. La pieza sería utilizada como hacha-raedera (lám. II, fig. 6).

La tercera es amigdaliforme-ovalar, de sílex amarillo veteado de rojo. Ambas caras están talladas y los bordes, rectilíneos, están retocados (lám. II, figura 7).

Puntas.—Las puntas de este yacimiento son de técnica levalloisiense y musteriense (plano de percusión facetado y ondulado o facetado, retoques

escaleriformes, etc.). Hay toda una serie desde puntas sobre lasca amorfa hasta otras típicamente Levallois, alargadas y sin retoque marginal (lám. III, fig. 4). El estado de conservación de esta pieza indica que es de lo más reciente del conjunto.

PERFORADORES.—Hay dos con pedicelo largo, tallados, uno sobre lasca clactonienses y otro sobre lasca con plano de percursión ondulado y facetado.

CUCHILLOS.—Son el tipo más numeroso, y lo componen tanto piezas con dorso curvo preparado o retocado como cuchillos de dos filos trabajados sobre lasca-hoja Levallois.

RAEDERAS.—Excepto tres, que están talladas sobre lasca gruesa y tienen un aspecto antiguo, las demás lo están sobre lasca fina. El retoque es denso y escaleriforme por lo general.

* * *

Según nuestro punto de vista actual, la industria paleolítica antes descrita representa un *Acheulense inferior I-II* y un *Tayaciense*, aunque, sin embargo, haya en este yacimiento un abundante Levalloisiense V que no figura en la colección Bento (51).

CASA DEL MORENO

Está situado este tejar a la derecha de la carretera de Andalucía, y en la margen derecha del arroyo de Pradolongo.

Es uno de los yacimientos paleolíticos más importantes del valle del Manzanares, y ha sido estudiado desde 1919 (52). El corte principal está formado de arriba a abajo por:

a) Tierra vegetal oscura con restos neolíticos, 0,20-0,50 metros.

b) Arenas rubias con Paleolítico.

c) Tierra gredosa o limos de color verde, con fajas de arenas gruesas o finas (3-4 metros). Huesos fósiles indeterminables. Nivel paleolítico.

d) Gravillas inferiores, 1-1,5 metros. Nivel paleolítico principal.

e) Margas terciarias.

Los objetos descritos en el presente trabajo proceden del nivel *d*).

Los hemos dividido, atendiendo al estado de conservación, en dos grupos, que estudiamos a continuación:

Grupo A.—Piezas muy patinadas y suavizadas, pátina rojiza (en dos lechosa azulada) y con una suavización mediana por lo general.

HACHAS.—Hay dos. Una está tallada sobre lasca muy gruesa. La cara inferior tiene, por consiguiente, plano de lascado. La superior es abultada y de talla muy descuidada. Tiene empuñadura lateral y frente con un borde muy retocado que se usaría como raedera. En la punta también hay retoques. Otra de color amarillento. La cara inferior está formada por el plano de lascado. La

superior tiene varios planos de talla extensos y hondos. Los bordes son rectos y retocados (lám. III, figs. 8 y 9).

LASCAS LEVALLOIS.—Rectangulares, típicas, con plano de percusión facetado y retocado.

PUNTAS. – Hay tres, toscas, foliáceas y con poco retoque marginal.

Hay tres perforadores con pedicelo, siendo curioso que dos estén sobre lascas clactonienses.

CUCHILLOS.—Están tallados por lo general sobre lasca foliácea, con un extremo obtuso que termina en una punta por lo general retocada. Parecen hojas, pero más primitivas que las del grupo B (lám. III, figs. 11 y 12, y lámina XX, fig. 5).

RAEDERAS.—Todas sobre lascas con bulbo lateral, menos dos con bulbo opuesto al borde retocado. Retoques escaleriformes, densos en algunos casos.

Grupo B.—Piezas de aspecto fresco, con poca pátina y bordes cortantes. Constituyen la mayor parte del conjunto procedente de este yacimiento.

En la colección Bento no hay hachas.

Las puntas son más netamente Levallois subtriangulares, con base amplia (plano de percusión facetado y escasos retoques marginales), salvo una pequeña.

Hay cinco taladros poco típicos.

Los cuchillos sobre lasca son poco típicos, pero no así los cuchillos sobre lasca-hoja Levallois. Son muy abundantes, desde las dos rectangulares alargadas hasta verdaderas hojas. Los retoques marginales escasean (lám. XX, figs. 7 y 16).

Las raederas son seis, con retoque escaleriforme típico muy denso en dos casos de raederas dobles.

Muy propio en este conjunto es un raspador tosco sobre lasca alargada con frente circular.

* * *

Sobre la base de nuestros estudios sobre el conjunto numerosísimo e inédito del Museo Prehistórico Municipal podemos clasificar el grupo A como *Tayaciense*, y el grupo B como *Levalloisiense V*, al que, según el profesor Breuil, pertenece el Musteriense antiguo de V. Commont. En él se hacen notar muchas influencias acheulenses. Corresponde al principio del segundo ciclo del Levalloisiense y al comienzo del tercer interglaciar.

TEJAR DEL SASTRE

En este lugar (53), vecino a la Casa del Moreno, y que ofrece idéntica estratigrafía, han sido recogidos por el Sr. Bento los siguientes objetos paleolíticos de las gravillas inferiores: un hacha tosca con la cara inferior plana y los

bordes rectilíneos, una punta tosca sin retoque marginal, un perforador, una hoja Levallois con parte de un borde retocado como raedera (lám. III, fig. 12), una raedera con retoque escaleriforme aplicado sobre una lasca más antigua a juzgar por la doble pátina, una lasca Levallois usada como cuchillo, dos raspadores toscos y primitivos y una cuarcita poco trabajada.

Sobre su clasificación véase lo dicho para la Casa del Moreno.

LA PERLA

Yacimiento situado pasada la derivación de la carretera de Perales del Río de la de Andalucía.

Su corte es el siguiente:

a) Tierra vegetal.

b) Limos.

c) Arenas blancas, de donde proceden un premolar superior derecho de *Bos taurus*, tres hachas de mano y un núcleo discoidal.

Una de las hachas es de sílex blancuzco algo suavizado y de textura especial granulada. Está tallada sobre placa. Tipo amigdaloide alargado de forma muy perfecta. *Cara inferior algo plana con talla en planos más extensos, pero* planos. Cara superior abombada con planos pequeños y numerosos. Bordes rectos y muy retocados. Algo de corteza en el talón. Punta fina (lám. III, figura 2).

La otra hacha de mano es un espléndido tipo amigdaliforme alargado, tallada en sílex de pátina blanca y textura granulada. El retoque es muy plano y ocupa casi toda la pieza. Los bordes son rectos y están muy retocados (lám. III, fig. 1).

Por último, la tercera es también amigdaliforme típica y de sílex de color oscuro (*lám. V, fig. 1*).

* * *

Estas tres piezas parecen pertenecer al Acheulense superior (V-VI del profesor H. Breuil), como los conjuntos que posteriormente estudiaremos.

ARENERO DEL KILOMETRO 7 DE LA CARRETERA DE ANDALUCIA

Junto al kilómetro 7 de la carretera de Andalucía hubo un arenero, hoy abandonado, cuyo corte era el siguiente:

a) Tierra vegetal.

b) Gravas y arenas. *Bos*. Nivel arqueológico con numerosas hachas.

Hemos hecho dos conjuntos con arreglo a la pátina y estado de conservación, pero que no son muy extremados, pues hay muchos ejemplares en los que se puede dudar de atribuirlos a uno u otro.

Grupo A.—Pátina de color oscuro no muy intensa y aristas y bordes algo suavizados, no mucho. Este yacimiento tiene aspecto de taller, y quizá fuese cubierto en un tiempo por las arenas por las divagaciones del río, volviéndose al poco tiempo a ocupar otra vez y a tallarse nuevas piezas.

HACHAS.—El grupo principal es el de hachas, formado por muchos ejemplares. Se distinguen varios tipos, que estudiaremos separadamente.

a) *Hachas amigdaliformes*.—Son de la forma típica de almendra, aplanadas, con bordes rectos y retocados, punta aguda y talla plana en la mayor parte. Hay hachas de este tipo magníficas y otras de talla más tosca, en las que la talla se hace profunda y poco numerosos sus planos. El borde se desvía y se hace curvo. También las hay con cara inferior plana y uno de los bordes altos para asegurar la aprehensión, o el talón se hace grueso y prolongado o hay un plano oblicuo en él.

Lámina V, figura 3.—Espléndida hacha de lo mejor de su clase y de forma típica. Está tallada sobre placa, pues conserva corteza en ambas caras, que se limita a una parte reducida de ambas, del borde y del talón. Ambas caras son abombadas y cubiertas de talla fina. El retoque, muy denso, se aplica en cada cara a un borde, que es alterno. El filo del talón, aunque algo sinuoso, está retocado y tallado y la punta es aguda, pero no extremadamente puntiaguda. Longitud, 17 centímetros.

Lámina V, figura 5.—Análoga a la anterior, con más corteza en el talón y con talla menos fina. Llama la atención el denso retoque escaleriforme de un borde, como raedera. Longitud, 185 milímetros.

Lámina VI, figura 1.—De tipo, perfil y talla clásicos. Con mayor cantidad de corteza conservada en el talón, que termina en un plano natural para facilitar la aprehensión. Es más gruesa que las anteriores, pero la punta es fina, especialmente en la cara superior. Bordes retocados algo sinuosos. Punta obtusa. Tiene 185 milímetros.

Lámina V, figura 3.—De tipo clásico, pero menos fino que los anteriores, quizá por la peor calidad del pedernal. Talla superficial, pero por planos más profundos. Bordes algo sinuosos y romos por el uso. Cara inferior ocupada en gran parte por corteza como los esbozos de hachas de cuarcita, pero es de placa de sílex, no de nódulo. Longitud, 17 centímetros.

Lámina VI, figura 2.—Hacha sobre lasca con cara inferior plana y la superficie muy abultada, con talla grosera. Bordes rectos retocados. Talón muy grueso. Es curioso que de la punta parta un largo plano de buril, probablemente fortuito. Longitud, 16 centímetros.

Lámina V, figura 4.—Hacha amigdaliforme con punta desviada a la derecha. Cara inferior plana con algunos planos de talla. La superior es abultada y la talla llega hasta un abultamiento central con restos de corteza. Los bordes son rectos y poco retocados. Longitud, 125 milímetros.

b) *Hachas ovales.*—Llamamos hachas ovales a un tipo cercano al amigdaloide, más ancho, menos largo y con punta menos destacada. También aquí, al lado de *bifaces*, hay piezas con cara inferior plana; estas últimas con talla más descuidada que las otras.

Lámina VI, figura 4.—Hacha tallada sobre placa con corteza conservada en el talón y en ambas caras. La pieza es de pátina rojiza-parda intensa. Talla plana y bordes algo sinuosos muy retocados. Punta poco marcada. Longitud, 14 centímetros.

Lámina VII, figura 4.—Hacha de aspecto más fresco que la anterior, cara inferior plana, pero tallada en toda la superficie. Corteza en el talón; éste forma una arista media en la cara superior. Superficie de ésta muy tallada, pero por planos apenas destacados. Bordes rectos retocados. Punta obtusa. Longitud, 175 milímetros.

Lámina VI, figura 2.—Hacha parecida a la anterior, pero de dimensiones más pequeñas (12 centímetros).

c) *Hachas cordiformes.*—Este nombre es impropio, y a él van hachas gruesas en el talón, cortas y con punta larga, pero ancha, habiendo todos los tipos intermedios entre las hachas amigdaliformes poco típicas y las piriformes o en forma de pera del Micoquiense.

Lámina VI, figura 3.—De sílex gris pequeña (longitud, 75 milímetros) y gruesa. Con bordes algo sinuosos y en la que la talla (planos) afluye al centro. Tipo algo amigdaliforme.

Lámina VIII, figura 1.—Cordiforme típica, sílex amarillo, cara inferior casi plana, superficie gruesa con corteza en el centro. Bordes retocados. Longitud, 9 centímetros.

Lámina VII, figura 2.—Piriforme, talón grueso y ancho, punta fina con arista media destacada. Retoque escaso.

d) *Hachas raederas.*—Son muy abundantes y tienen la cara inferior plana o con pocos retoques para asegurar la aprehensión, y la cara superior abombada con un borde retocado como raedera (lám. VI, fig. 5).

Pocas veces hay dos bordes retocados como tal. El retoque de la punta es accidental y accesorio.

Las hay sobre lascas Clacton. Es curiosa una doble raedera sobre lasca Clacton, que recuerda el hacha micoquiense.

Lámina VII, figura 3.—Sobre lasca clactoniense con punta utilizada como raspador y borde de raedera alto y con retoques primitivos.

Lámina VII, figura 1.—Sobre lasca amorfa, con análogos caracteres que la anterior, pero sin talón retocado y con punta aguda.

e) *Hachas con corte transversal.*—Por lo general son bifaces con talla esmerada. Otras están talladas sólo en la cara superior. Algunas sobre lascas. Talla y técnica como las anteriores. Filo recto o poco sinuoso.

Lámina VII, figura 6.—Hacha que por su estado de conservación es muy antigua, con pátina rojiza abultada en el centro. Talón preparado. Filos algo sinuosos, muy retocados. Filo transversal inclinado.

Lámina VIII, figura 1.—Hacha de conservación más fresca, con talla fina

en toda la cara inferior. La superficie presenta un borde alto, quizá usado como raedera.

Lámina VIII, figura 4.—Hacha de conservación en un grado intermedio que las anteriores y que está tallada sobre lasca Clacton. Cara inferior, a pesar del bulbo, algo tallada. Cara superior muy parecida a la de la pieza anterior. Algo de corteza en el talón.

f) *Hacha con pedicelo.*—Tallada sobre lasca sin plano de percusión. Cara superior con dos aristas, que forman chaflanes hacia los bordes; uno de ellos está retocado como raedera. Punta obtusa. La pieza se prolonga hacia abajo como un pedicelo, quizá logrado sin intención, aunque favorecería el enmangamiento de la pieza (lám. VIII, fig. 2).

Lascas Levallois.—Hay dos de gran tamaño y una pequeña sobre lasca Clacton. De aquéllas citaremos una lasca rectangular de cara inferior con plano de percusión lateral. Cara superior con corteza abajo y un borde utilizado como raedera (lám. VIII, fig. 8).

Puntas.—Una sola, sencilla, con plano Clacton, pero con unos planos accesorios de talla estilo Levallois. Bordes apenas sin retoques (lám. VIII, figura 5).

Perforadores.—Tallados sobre el extremo de un bloque alargado. Una sobre lasca Clacton.

Cuchillos.—En su mayoría de un solo filo con dorso curvo. Algunos sobre lasca Clacton. Figuramos una de estas piezas con plano de percusión basal y con un cuidadoso retoque en todo el dorso curvo, que termina en un poco de corteza.

Raederas.—De tipos variados.

a) *Raederas con corteza en el borde opuesto al filo.*—Es el tipo más primitivo. Retoque por planos hondos y huellas de uso (lám. VIII, fig. 3).

b) *Raederas con dorso curvo, retocado o tallado.*—Por lo general poco trabajado (lám. VIII, fig. 6).

c) *Raederas sobre lascas fracturadas.*—Pequeñas, estrechas y muy retocadas.

d) *Raederas sobre lasca clactoniense.*—De formas primitivas.

e) *Raederas dobles.*—Establecen tránsitos a las hachas raederas.

f) *Raederas dobles sobre lasca.*—Es interesante el que en medio de la lasca haya corteza para poner el dedo pulgar.

Raspadores.—Hay dos, uno tosco y otro más fino con retoque lamelar (lám. VIII, fig. 7).

Hemos dejado aparte un lote de cuarcitas; de ellas cuatro son lascas separadas del nódulo que tienen la forma de hacha. Tienen corteza en toda una cara; la otra carece de trabajo, y sólo algunos bordes están retocados. Se puede seguir el progreso en una en que la punta está tallada, o en otra que tiene todo el borde trabajado. Mayor es el trabajo de otra en que los planos de una cara afluyen al centro, que es grueso; la otra cara conserva en su centro corteza (lám. XII, fig. 1). La pieza principal es un hacha amigdaloide con corteza del guijarro conservada en el talón y parte de las zonas centrales de ambas caras.

Talla marginal a grandes planos profundos. Bordes poco sinuosos a pesar del material y punta aguda. Conserva concreciones calizas con arena (lám. III, figura 3).

Grupo B.—Abundantísimo en hachas. El estado de conservación es fresquísimo, sin pátina en muchos casos, con bordes y filos cortantes como si hubieran acabado de trabajarse. Hay piezas que el sílex parece haber estado algo a la superficie, y por lo general dicha roca parece haberse trabajado sobre pedernal de mala calidad. El conjunto tiene, como veremos, tipo de un taller, pues aunque la talla sea buena, sin embargo, hay pocas piezas terminadas de talla. Los grupos de hachas muestran piezas de todas clases, desde el esbozo a la pieza terminada.

HACHAS.—Lote abundantísimo en ejemplares, que dividimos en:

a) *Hachas amigdaloides.*—Son por lo general aplanadas, con corteza conservada, talón formado por un plano oblicuo, talla desigual con punta aguda, desviada en algunos casos a la derecha; talla plana, fina y densa. Tipológicamente es un conjunto más adelantado que el grupo A. Las hay talladas sobre lasca (una sobre Clacton). Otras tienen tendencia hacia las hachas raederas por el predominio de retoque de un borde (láms. IX y X, fig. 1).

Lámina X, figura 2.—Hacha amigdaloide, delgada, plana, tendiendo a la forma triangular. Tallada sobre placa, con mucha corteza en la parte baja de ambas caras. Fina talla, plana y muy densa. Bordes rectos y, como la punta, muy retocados. Longitud, 17 centímetros.

Lámina X, figura 3.—Análoga en técnica y tipo a la anterior. Talón formado por dos planos oblicuos de la placa.

Lámina XI, figuras 1 y 2.—Hachas amigdaloides con empuñadura lateral gruesa. Borde opuesto, recto y muy retocado, como la punta. Talla fina en la cara superior, a planos algo profundos en la inferior.

Lámina XI, figura 3.—Idéntica a las anteriores, pero con el borde retocado como raedera y la punta algo desviada.

Lámina XII, figura 6.—Tallada sobre placa sólo la parte superior de la pieza; en el resto, corteza. Punta y bordes muy trabajados. Longitud, 20 centímetros.

b) *Hachas amigdaliformes puntiagudas.*—Es tipo más estrecho que la anterior, la forma de almendra no es tan clara y la punta está más destacada. Son piezas de talla algo descuidada.

Lámina XII, figura 2.—En sílex blanco azulado, con un extremo de aspecto fresco que parece como si la hubieran acabado de hacer. Talla bifacial por grandes planos que forman una alta arista media. Bordes sinuosos y sin retoques. Punta muy aguda.

c) *Hachas amigdaliformes con punta roma (ovaloides).*—Es tipo con punta corta y ancha y de perfil intermedio entre el amigdaliforme y el oval. Hay cuatro piezas talladas bifacialmente y una sobre lasca. Las piezas son gruesas, la talla a grandes golpes y los bordes sinuosos.

Un representante típico del grupo está reproducido en la figura 3 de la lámina XII.

d) *Hachas cordiformes.*—Dos piezas toscas y otra fina tallada sobre lasca Clacton.

Lámina XV, figura 2.—Tallada sobre lasca Clacton. Cara superior tallada en toda la superficie, salvo una pequeña parte de corteza. Bordes muy retocados. Punta desviada hacia el lado derecho.

e) *Hachas puntiagudas.*—Están talladas en su mayoría sobre lasca. La talla del talón es tosca y tienen una punta muy destacada. Parecen ser prototipos de las hachas de La Micoque.

f) *Hachas de aprehensión lateral.*—Es un conjunto de hachas descuidadas, talladas en su mayoría sobre lasca, con un borde cortante (cuchillo) o retocado (raedera).

g) *Hachas con filo transversal.*—Muestran un filo transversal opuesto al talón. Talladas sobre lasca.

Lámina XII, figura 5. - De sílex blanco. Sobre lasca gruesa, con un borde utilizado como raedera y empuñadura lateral. Otra pieza semejante está reproducida en la figura 1 de la lámina XV.

h) *Hachas en fabricación.*—Dan el carácter de taller a este conjunto una serie de hachas a medio fabricar, pudiéndose rehacer gracias a ellas el método de trabajo. Un trozo de sílex largo y estrecho se le tallaba la punta y se le dejaba la cara inferior plana. La cara superior se le tallaba formando una arista alta, y ésta se le iba desbastando por golpes tangenciales hasta darles el espesor y forma deseada.

La talla de golpes alternos bifaciales no fué la única empleada para la talla de hachas.

Puntas.—Dos sencillas sin retoque y una con plano de percusión liso y con retoque que recuerda las hachas de La Micoque, a pesar de su trabajo descuidado (lám. XII, fig. 4).

Perforadores.—Tallados sobre extremo de bloque alargado, como los del grupo A, o sobre lasca (punta).

Cuchillos.—Están tallados sobre lasca alargada y dos sobre hoja de tipo Levallois, pero con plano de percusión liso (lám. XII, figs. 5 y 6, y lám. XVIII, figura 2).

Raederas.—Están talladas sobre lascas gruesas, amorfas, sin plano de percusión.

* * *

El yacimiento que acabamos de estudiar, y cuyos materiales están en su totalidad en la colección Bento, constituye un taller acheulense. Es sumamente interesante su riqueza y el que aparezca libre de mezclas antiguas. El grupo B es casi sincrónico con el grupo A. Probablemente el río cubrió transitoriamente el lugar y después volvió a ser poblado. Corresponde esta industria con toda seguridad al *Acheulense superior* (V-VI de Breuil). Es de notar tanto la persistencia de la técnica clactoniense, aun aplicada a las hachas como rareza de las influencias levalloisienses. Nótese también las concordancias micoquienses.

TEJAR DEL KILÓMETRO 7 DE LA CARRETERA DE ANDALUCÍA

Frente al arenero, del que nos hemos ocupado, se encuentra un tejar con idéntica estratigrafía, que ha proporcionado al Sr. Bento numerosos instrumentos paleolíticos, que dividiremos también en dos grupos:

Grupo A.—Hachas y objetos patinados de pátina de color oscuro y suavizados en mayor o menor grado. Hay una pieza (raedera) con pátina intensa y sumamente rodada. Otras piezas establecen el paso al grupo B.

HACHAS.—Se repiten los mismos tipos.

Hacha amigdaliforme.—Pequeña, muy gruesa en el talón y éste muy trabajado en ambas caras. Punta fina, sin talla en la cara inferior y muy tallada en la superior. Filos curvos, pero sin ser sinuosos, y muy retocados (lám. XV, figura 3).

Hay también otras que son de forma más grosera y de mayores dimensiones. Son gruesas y de talla menos fina. Los bordes son rectos, sin embargo.

Una es de sílex gris verdoso. Conserva corteza en el talón. Cara superior abultada, con planos poco profundos, pero extensos. Cara inferior plana, más trabajada y con planos de talla poco profundos. Bordes rectos retocados (lámina XV, fig. 7).

Otras dos hachas están talladas en un sílex especial (petrosílex o con tránsito a la sepiolita, pero son pesadas). Son de buenas dimensiones y tienen las aristas suavizadas y la superficie alterada, no patinada.

Ambas tienen la cara inferior plana, pero con talla bifacial. Bordes: una, sinuosos, y la otra, menos. El talón termina en un plano transversal oblicuo hecho para facilitar la empuñadura (lám. XIII, figs. 2 y 3).

Hachas ovales.—No son típicas. Una está tallada sobre lasca; la otra no, pero es plana. Bordes rectos y talla en planos extensos algo cóncavos.

Hachas raederas.—Están talladas sobre nódulo en la mayoría de los casos, y tienen frente al borde, utilizado como raedera, otro alto, grueso, preparado para la aprehensión, con los retoques propios para la aprehensión lateral.

Lámina XV, figura 4.—Tallada sobre lasca con plano de percusión basal. Con corteza conservada en el talón. Cara inferior con escasa talla. Cara superior abultada cerca del talón. Un borde curvo tiene retoques de protección; el otro es recto y está retocado como raedera.

Hachas con filo transversal.—Son toscas. La más curiosa es un grueso bloque de perfil triangular, que pudo ser utilizada como cuña. El filo es recto y cortante, y opuesto a él está el talón, grueso, ancho y formado de corteza. Una, tallada sobre lasca, tiene trabajadas ambas caras del talón.

Lámina XV, figura 8.—Pieza con cara inferior plana y con talla y retoques finos en el talón. Bordes rectos y retocados; cara superior con corteza en el centro y muy tallada. El filo transversal es extenso y retocado.

Lámina XVI, figura 4.—Hacha análoga a una de El Sotillo. De color oscuro, muy gruesa, pero el saliente en cada cara tiene lugar en un sitio distinto. En una cara tiene corteza cerca del talón y lo más abultado es el centro, de donde salen planos de talla a los bordes, poco hondos. En la otra la parte gruesa es cerca de la punta. Talón semicircular retocado. Bordes poco sinuosos y punta desplazada a un lado.

Hacha con talón preparado para ser enmangada.—Es pieza tallada sobre bloque, del que conserva corteza en el talón. Este está estrechado y se adaptaría muy bien a un mango como puñal o a un astil como punta de lanza. La parte superior de la pieza está muy trabajada, especialmente los bordes y la punta (lám. XVI, fig. 6).

RAEDERAS.—Hay dos muy primitivas, pero de forma y retoques característicos, con dorso curvo formado por corteza. Otra, más caracterizada, lo está sobre lasca clactoniense.

CUCHILLOS.—Sobre lasca, con dorso preparado.

PUNTA.—Sobre lasca, muy tosca.

Grupo B.—Estado de conservación fresco, apenas sin pátina y sin huellas de haber rodado. Está formado por hachas y un gran cuchillo sobre lasca.

Hachas amigdaloides.—Gruesas, con talla bifacial poco cuidada. Bordes, por esta razón, sinuosos y sin retoque.

Hachas triangulares.—Talladas sobre lasca y ésta poco esmerada. La cara inferior carece de trabajo. Describiremos la pieza más importante:

Sílex gris verdoso. Cara inferior plana. En el talón un concoide de percusión. Algo de corteza conservada en él. Cara superior gruesa, base ancha y punta fina. Talla a grandes golpes. Filos rectos muy cortantes (lám. XVI, figura 5).

Hachas ovales.—No son de forma perfecta ni de trabajo, aunque bifacial, esmerado. Bordes poco sinuosos, muy usados.

Hachas raederas.—Talladas sobre nódulo y sobre lasca. Aquéllas son gruesas y tienen el filo de raedera curvo y muy retocado; el otro está preparado para ser empuñado. En las talladas sobre lasca, como el plano de percusión es lateral, favorece esto mismo. El retoque en dos piezas es denso.

Hachas con filo transversal.—Hay dos: una tallada sobre lasca, de poco interés, y otra sobre nódulo, de talla bifacial y de mayor tamaño y muy típica.

Es bifacial, sobre nódulo, gruesa, con corteza sobre parte de una cara y el borde, y el opuesto muy retocado, lo que hace presumir se empuñó lateralmente. Termina en un bisel (lám. XVII, fig. 1).

* * *

Como en el yacimiento anterior, consideramos los dos grupos como sincrónicos y pertenecientes al *Acheulense superior* (V-VI de Breuil), con influencias clactonienses y muy raras levalloisienses.

ORCASITAS

En la zona de Orcasitas (54), correspondiente también a la carretera de Madrid a Andalucía, ha habido varios areneros. En uno de ellos ha realizado excavaciones el conde de la Vega del Sella hace años, siendo de sentir estén inéditas. De otros tenemos buenas piezas en el Museo Prehistórico Municipal. Las recolecciones del Sr. Bento se han hecho especialmente en el arenero próximo al caserío. Del otro arenero sólo hay en su colección dos dientes fósiles de *Equus*.

El corte del yacimiento es el siguiente:

a) Tierra vegetal.
b) Arcilla arenosa oscura.
c) Limo arcillo-arenoso.
d) Arenas y gravillas.
e) Limo arcillo-arenoso de color verde.
f) Gravillas y arenas. Nivel arqueológico.
g) Terciario.

Del piso *f*) proceden doce hachas, que corresponden, poco más o menos, al grupo B del anterior (kilómetro 7), tanto por su estado de conservación como por sus tipos (amigdaloide, puntiaguda, cordiforme, hachas raederas con empuñadura lateral). Son interesantes dos hachitas pequeñas, una de ellas micoquiense. Describiremos algunas piezas.

Lámina XIII, figura 1.—Amigdaliforme, de sílex gris, grande, 17 centímetros, gruesa, de talla a grandes golpes, bordes algo sinuosos y con retoques. La punta, rota antiguamente, se inclinaba hacia un lado.

Lámina XVI, figura 2.—Hachita puntiaguda, algo patinada, de sílex verdoso, con talón conservado en ambas caras, gruesa en el talón, bordes algo sinuosos y muy retocados los bordes y la punta, que es alargada. Longitud, 85 milímetros.

Lámina XVI, figura 1.—Hacha raedera de sílex rojizo, de estado fresco y forma ovalar. Cara inferior lisa, con sólo unos planos de talla en el borde de aprehensión; cara superior curva, con un fuerte chaflán en el borde de la raedera, que tiene denso retoque.

Lámina XVI, figura 3.—Hachita de 65 milímetros de altura, de forma oval, sílex anaranjado, patinada, algo gruesa en la base. La talla de la cara inferior se aplica principalmente a los bordes y puntas. La cara superior tiene arista media y está más trabajada. Bordes rectos, muy retocados y usados.

* * *

Este nivel arqueológico es posiblemente prolongación del de los yacimientos anteriores, y por lo tanto hemos de clasificar la industria paleolítica como *Acheulense superior* (V-VI de Breuil).

LOS ROSALES

Este yacimiento, conocido desde 1920 (55) y llamado también La Balastrera, situado en el kilómetro 9 de la carretera de Andalucía, ofrece el corte siguiente:

a) Tierra vegetal.
b) Arcilla arenosa oscura.
c) Arenas blancas.
d) Limo arcillo-arenoso verde.
e) Gravillas y arenas.
f) Terciario.

En el nivel *e*), donde E. Hernández Pacheco (56) encontró una defensa de *Elephas antiquus* y otros restos de *Bos primigenius*, han aparecido un asta de este último animal (lám. XIV, fig. 6) y la rama izquierda de la mandíbula inferior de un *Rhinoceros Merckii* (lám. XIV, fig. 1). Es de interés, por ser la primera vez que se encuentra este animal en el Paleolítico de Madrid (57).

Los materiales de la colección Bento proceden del nivel inferior del Cuaternario y pueden dividirse en dos conjuntos.

El más antiguo tiene pátina intensa y aristas suavizadas. Lo componen dos hachas con talón conservado, bordes rectos y talla descuidada, y varias lascas con plano clactoniense o no. Mención aparte merecen una doble raedera con retoque muy intenso (lám. XIV, fig. 2) y un hacha tallada sobre lasca clactoniense (lám. XIV, fig. 4).

El grupo más reciente está constituído por hachas con bordes cortantes y pátina menos intensa, pero con señales de haber sido expuestas a la acción de la intemperie.

Hay siete hachas muy toscas y de talla descuidada, tal vez porque sea el yacimiento un taller, lo cual es muy probable. Dos hachas están talladas sobre lascas clactonienses. La mayor es un hacha raedera con retoque en el borde opuesto al plano de percusión y con comienzos de pátina lechosa.

Las hachas principales de sílex son dos. Una es hacha raedera; tiene un borde muy retocado, la cara superior abultada y la inferior plana y sin bulbo de percusión (lám. XIV, fig. 7). La otra es oval, gruesa en su centro, muy bien tallada y con denso retoque en los bordes y en la punta, que es muy aguda (lám. XIV, fig. 3).

Hay, por último, un hacha de cuarcita, en la cual la cara inferior está totalmente formada por corteza. La superior está tallada y forma un abultamiento en el centro. Los bordes, sobre todo el izquierdo, están retocados.

La edad de estos conjuntos parece ser *Acheulense superior* (V-VI de Breuil).

ESTACION DE VILLAVERDE BAJO

Los sílex que describimos a continuación fueron hallados a unos 2,50 metros de la superficie, en arenas blancas que alternaban con limo verde arcillo-arenoso, en unas obras realizadas para un desagüe de la estación de Villaverde Bajo. Los hemos dividido en dos grupos.

Grupo A.—Piezas de pátina intensa de color oscuro, muy suavizadas.

Las piezas principales son dos hachas. La primera es de color amarillento, amígdaloide, puntiaguda y bifacial. La cara superior es abultada y en la base hay corteza. La punta es fina y la cara inferior es más plana. Está tallada sobre nódulo por planos largos, estrechos y poco profundos. Los bordes son rectos y están muy retocados (lám. XVII, fig. 10).

La otra hacha es de color rojo y ofrece idénticos caracteres de talla (lámina XVII, fig. 9).

Grupo B.—Sílex de color gris claro, sin pátina o muy escasa. Con aristas vivas. Formas grandes y toscas.

Citaremos la presencia de un núcleo discoidal de hachas muy toscas talladas a grandes golpes, con cara inferior plana, bordes rectos y apenas sin retoque, cuchillos sobre lasca alargada de un solo filo y de respaldo arqueado utilizado y un raspador tosco.

El hacha que presentamos (lám. XVII, fig. 3) está tallada sobre lasca gruesa, con concoide tallado para facilitar la aprehensión lateral. Los retoques y la talla se han aplicado especialmente en la punta.

* * *

Por comparación con otros yacimientos madrileños y franceses consideramos el grupo A como perteneciente al *Acheulense medio* (III-IV del profesor Breuil) y el grupo B al *Levalloisiense* V (Musteriense inferior de tradición acheulense).

PRADO DE GANADEROS

En el prado de la Sociedad de Ganaderos, situado entre la carretera de Madrid a Perales del Río y las construcciones de la Estación de Villaverde Bajo, hubo en 1931 un arenero cuyo corte era el siguiente, de arriba abajo:

a) Tierra vegetal.
b) Limos arcillo-arenosos.
c) Gravillas y arenas.
d) Margas terciarias.

En el nivel *c*) el Sr. Bento recogió un trozo de caparazón de una tortuga terciaria y un trozo de hueso fósil cuaternario indeterminable, aparte de un lote de sílex paleolíticos, que hemos dividido en tres conjuntos.

Grupo A.—Pátina rojiza o amarillenta. En tres casos blanquecina. Muy suavizadas las aristas. Lascas por lo general muy pequeñas. Sólo hay dos piezas mayores, una con aspecto de hendidor *(tranchoir)*, pero con borde en zig-zag, y otra que es un cuchillo.

El conjunto está formado por los siguientes tipos:

PUNTAS.—Dos piezas con plano ondulado y retocado, triangulares, cortas y con bordes poco retocados. Una tiene una muesca basal.

CUCHILLOS.—Son de dorso curvo preparado, con planos lisos y preparados y retoques marginales.

PERFORADORES.—Entre dos muescas y sobre lascas.

RAEDERAS.—De las seis, dos tienen borde curvo y plano de percusión basal y retocado, una está tallada sobre lasca amorfa, otra tiene una especie de mango y bulbo de percusión, pero sin plano de percusión, y por último hay otra, de tipo antiguo, sobre lasca clactoniense.

Grupo B.—Pátina de colores vivos. Superficie suavizada, pero los bordes y aristas algo vivos.

A él pertenecen los siguientes tipos:

LASCAS DE DESBASTAMIENTO.—Sin caracteres dignos de mención.

PUNTAS.—Una con plano de percusión retocado y retoques escaleriformes, y otra con plano de percusión liso y sin retoques.

CUCHILLOS.—Muy abundantes son las lascas alargadas y raras las hojas. Aquéllas tienen dorso preparado. Hay una muesca.

RAEDERAS.—Hay en la colección Bento tres poco típicas y una con buen retoque escaleriforme.

RASPADORES.—En dos se anuncia el *grattoir a museau* por su forma general y retoques pequeños lamelares. Es claramente de este tipo un ejemplar de color anaranjado.

Grupo C.—Pátina escasa y de colores claros, o falta por completo. Los objetos más patinados tienen color blanco azulado.

Los tipos son distintos a los de los grupos anteriores.

Hay una punta tosca, alargada y sin retoque; dos cuchillos con dorso curvo; uno con borde de protección de corteza y cinco de dos filos; diez hojas finas sin bulbo de percusión o muy pequeño, por proceder de talla con madera y sin retoques marginales (lám. XX, figs. 1, 3, 6, 8, 10, 13, 15 y 17); un buril de ángulo y boca de flauta, primitivo, y dos raspadores, uno de frente rectangular con retoques escaleriformes y otro *a museau* con retoque lamelar alto entre muescas.

* * *

Según se deduce de su comparación con otros conjuntos más numerosos, los grupos A y B corresponden al *Tayaciense* y el grupo C al *Matritense* (Musteriense iberomauritánico).

ARENERO DEL KILÓMETRO 5 DE LA CARRETERA A PERALES DEL RÍO

De un arenero, hoy abandonado, existente en el kilómetro 5 de la carretera a Perales del Río, cuyo corte era idéntico al del anterior yacimiento, proceden dos piezas de la colección Bento.

Una es un enorme raspador tallado sobre bloque. La cara inferior es plana y la superior abultada y formada por corteza. El borde es circular y en sus tres cuartas partes ha sido tallado y retocado de manera bruta.

La otra es una hermosa hacha amigdaloide, tallada sobre placa de sílex, pues conserva corteza en ambas caras y en parte de un borde. La talla es a grandes golpes, profundos en la cara más abombada y algo superficiales en la más plana. Los bordes son poco sinuosos y están retocados. Mide de largo 225 milímetros. Estas piezas parecen pertenecer al *Acheulense inferior* (I-II de Breuil, lám. XIV, fig. 5).

DESCANSO DE PERALES

Cerca del merendero de este nombre, en la carretera de Madrid a Perales, hubo un pequeño arenero, y de las gravas inferiores procede un lote de la colección Bento, formado por objetos muy patinados. Unos tienen huellas de pátina muy antigua, otros señales de haber sido erosionados por el viento y otros de haber estado en la superficie.

Hay tres hachas de mano: una grande y gruesa, que sirvió de hacha raedera; otra muy tosca hecha a grandes planos, pero con bordes rectilíneos, y una pequeña. Esta es de forma amigdaloide, con punta con filo transversal. Su cara superior es abultada y está poco trabajada, menos en los bordes, que tienen un denso retoque escaleriforme. La cara inferior es plana, salvo una parte ocupada por la corteza. La talla es superficial y muy fina (lám. XVIII, figura 11).

Hay también cinco lascas clactonienses utilizadas como raederas, y unas cuantas piezas con aspecto de toscos raspadores. Tienen doble pátina y están tallados sobre bloques muy antiguos.

Es curioso que con el mismo grado de conservación haya lascas, hojas y cuchillos sobre lasca de técnica levalloisiense.

El conjunto principal debe considerarse como *Acheulense antiguo* (I-II de Breuil).

* * *

De la superficie de las viñas cercanas al kilómetro 5 de la misma carretera procede un conjunto análogo al anterior en pátina y tipos (raspadores abultados sobre núcleos, raederas, lascas, un hachita pequeña con doble pátina, etc.).

LA GAVIA

De este yacimiento (58) hay piezas muy típicas. Parece ser un taller abandonado que sufrió la acción de la superficie antes de ser cubierto por las arenas rojas. Así lo prueba la pátina propia de objetos de superficie y alguna pieza con huellas de la erosión eólica.

Las piezas de la colección Bento son dos hachas toscas, una gran lasca Levallois, un raspador tosco y varias lascas.

En realidad es sincrónico con el del Almendro y el de la Casa del Moreno, y pertenece, por tanto, al Levalloisiense V.

ARENERO DE ANGEL

Cerca de la casa-depósito de Los Vascos, entre Las Carolinas y el río, un obrero llamado Angel trabajó en la extracción de gravas una temporada.

El corte estaba formado por:

a) Tierras echadizas y vegetal antigua.

b) Gravillas análogas a las del yacimiento de Los Vascos.

De este nivel proceden: una lasca Levallois antigua muy suavizada, de color rojo, con bordes retocados, muy gastada; una doble raedera Levallois muy retocada; dos hojas muy suavizadas; otra que lo está menos, y un raspador de análogo estado de conservación, tallado sobre hoja y con frente casi recto (lám. XX, figs. 2, 4, 11 y 14).

La escasez de material nos impide un diagnóstico seguro sobre la cronología de estas piezas. Por ser las mismas gravillas que las de todos los yacimientos que describimos después, creemos que correspondan a las industrias de las mismas.

ARENERO DE SANTIAGO

Cerca del arenero de Los Vascos (59), y entre éste y el río, y próximo a la casa de labor.

Su corte está formado por:

a) Tierra vegetal.

b) Limo arcillo-arenoso.
c) Gravillas. Nivel arqueológico.
d) *Terciario.*

Los objetos de la colección Bento proceden del nivel *c*). Hemos establecido tres grupos, con arreglo al estado de conservación.

Grupo A.—De patina intensa, colores vivos y aristas suavizadas. Comprende tres puntas de tipo Levallois (lám. XVIII, fig. 20), seis raederas con retoques escaleriformes, dos cuchillos sobre lascas alargadas u hojas, dos hojas finas, pequeñas (lám. XVIII, figs. 10 y 11) y un esbozo de punta tenuifoliada, ancha y gruesa (lám. XVIII, fig. 12).

Grupo B.—*Con comienzos de pátina lechosa. Además de una pequeña* lasca rectangular, una punta tosca, un buril (lám. XVIII, fig. 15), y una lasca estrecha y larga, hay un hacha pequeña amigdaloide de trabajo muy fino. La cara inferior es plana, está tallada por completo y tiene retoques escaleriformes marginales. Los bordes son rectos. La cara superior es abombada y está muy trabajada. El talón está formado por corteza (lám. XVII, fig. 7).

Grupo C.—De talla fresca y formado por un buril poliédrico, de frente circular y con golpes de buril lamelares alargados, dos hojas largas y un raspador sobre hoja gruesa y ancha y de frente semicircular.

* * *

Estas piezas son escasas para darnos base para su clasificación cronológica. Como el nivel de gravillas es el mismo de los siguientes yacimientos, véase lo que decimos sobre ellos.

ARENERO DE VALDIVIA (W.)

Está situado entre la barriada de casas baratas Popular Madrileña y el río (60).

Su corte está formado por:
a) Tierra vegetal.
b) Arcilla arenosa oscura.
c) Gravillas. Nivel arqueológico.
d) Terciario.

El lote procedente de las gravas inferiores de este arenero lo hemos dividido en cuatro conjuntos, atendiendo al estado de conservación.

Grupo A.—Pátina intensa y brillante, rojiza, amarilla o parda y aristas y bordes suavizados.

HACHAS.—Hay una tallada sobre lasca muy gruesa, que tiene corteza conservada en el talón. La cara superior tiene planos escasos y profundos y bordes retocados (lám. XVIII, fig. 1).

LASCA LEVALLOIS.—Rectangular y muy típica.

PUNTAS.—Es interesante la presencia de dos tipos distintos: uno, antiguo, de lascas gruesas con plano de percusión liso y con retoques marginales no escaleriformes y desiguales, y otro de puntas toscas y un rudimento de pedicelo. No tienen relación alguna con las puntas aterienses.

También hay una punta fina sobre lasca-hoja, de técnica de talla de madera, con bordes muy retocados (lám. XXI, fig. 20).

BURIL.—Pertenece al tipo de buril de ángulo sobre plano de percusión.

PERFORADORES.—Los dos son sobre extremo, uno de lasca y otro de nódulo pequeño.

CUCHILLOS.—Predominan los cuchillos con dorso curvo preparado o retocado sobre los cuchillos de dos filos, muchos de los cuales son lascas-hojas levalloisienses.

HOJAS.—Son finas, estrechas y anchas, sin plano de percusión o con éste anulado o reducido (lám. XXVII, fig. 7).

La pieza más interesante, por su semejanza con una de las arenas blancas de El Sotillo, es una hojita con dorso rebajado por denso retoque que llega hasta el talón curvo. Es una típica hoja del tipo de las puntas de La Gravette (lám. XXVIII, fig. 1).

RAEDERAS.—De igual modo que en los cuchillos predominan las raederas con borde curvo y plano de percusión basal sobre los otros tipos.

RASPADORES.—De los tres ejemplares dos tienen el borde recto sin retoques lamelares. Tampoco los tiene el restante ejemplar, que recuerda un tosco raspador carenado.

Grupo B.—Pátina de colores pardo, azul o gris, menos intensa que el grupo anterior. Aristas y filos suavizados.

PUNTAS.—Las dos son típicas levalloisienses, pues son anchas y con bordes apenas sin retoque. Un borde es curvo.

PUNTAS TENUIFOLIADAS.—Describiremos brevemente varios ejemplares:

Lámina XXVI, figura 8.—Fragmento de punta muy ancha y gruesa, con talla y retoque poco intenso y cuidado.

Lámina XXVI, figura 14.—Punta gruesa de talla fina, sobre todo en la cara inferior.

Lamina XXVI, figura 9.—Punta de sílex blanco, de bordes rectos y talla y retoque característicos.

Lámina XXVI, figura 10.—Fragmento correspondiente a la base de una punta de hoja de sauce estrecha, pero gruesa, análoga a otras encontradas en Madrid, como, por ejemplo, una de El Sotillo.

PERFORADOR.—Corresponde al tipo con pedicelo largo y tallado finamente en los bordes alternos.

BURIL.—Es de un solo golpe y de bisel poliédrico, y se aplicó sobre la punta de una hoja (lám. XXVI, fig. 13).

CUCHILLOS.—Se pueden establecer dos grupos: uno, poco abundante, de cuchillos sobre lasca con borde preparado y algunos de grandes dimensiones,

y otro, muy numeroso, de dos filos sobre lascas-hojas o sobre hojas largas y anchas levalloisienses.

Hojas.—Son finas y no ofrecen ningún carácter especial.

Raederas.—Dos ejemplares están tallados sobre lasca y los otros dos sobre hoja, pero sin retoques muy densos.

Raspadores.—Dos están tallados sobre lasca y tienen el borde uno curvo y otro recto. Otros dos lo están sobre hoja, uno de los cuales tiene retoques lamelares muy característicos (lám. XXVI, fig. 13). Hay otro abultado, tallado sobre nódulo sin retoques lamelares, que parece un prototipo de los raspadores carenados.

Grupo C.—La pátina blanco-azulada se presenta sobre todo en las aristas.

Lascas.—Son abundantes dentro del conjunto. En su mayoría fueron utilizadas como cuchillos.

Punta.—Típica Levallois, con plano de percusión facetado, ancha, con borde curvo y apenas sin retoques.

Puntas tenuifoliadas.—Hay dos ejemplares: uno de hoja de sauce gruesa y estrecha, con talla honda (lám. XXVI, fig. 18), y otra más ancha, de sílex, con intensa pátina blanco-azulada. Muestra talla fina, densa y poco profunda y bordes muy retocados (lám. XVIII, fig. 7).

Hojas.—Además de tres anchas y sin ningún carácter especial, hay una estrecha, fina y arqueada, con dos rudimentos de muescas opuestas retocadas (lám. XXVI, fig. 11).

Grupo D.—Se caracteriza por tener un estado de conservación fresco, aristas cortantes y pátina casi nula. Lo componen un reducido número de piezas, pero del mayor interés.

Núcleo.—El único es de hojas estrechas, finas y cortas, que pudo ser utilizado también como cepillo.

Puntas tenuifoliadas.—Hay cuatro, merecedoras de una detallada descripción.

Lámina XXVI, figura 16.—De sílex amarillo-grisáceo. Base fina, con talla cuidada, especialmente en la cara superior, pero de planos dispuestos irregularmente.

Lámina XXVI, figura 19.—Base más fina que la anterior, con bordes rectos y con retoques lamelares y paralelos en una de sus caras.

Lámina XXVI, figura 17.—Pieza completa, tallada sobre una hoja más antigua, pues la cara inferior conserva en su mitad inferior la superficie antigua con ligera pátina e intacta, mientras que la punta está trabajada y carece de pátina. La cara superior, ligeramente abombada, está totalmente tallada.

Lámina XXVI, figura 15.—Punta completa, salvo el extremo de la punta. El retoque es finísimo, lamelar y paralelo, y pudiera deberse a una influencia solutrense. Es pieza idéntica a otra del yacimiento de Nicasio Poyato, que estudiaremos después (lám. XXVIII, fig. 6).

Buril.—Corresponde al tipo de buril de un solo golpe, quizá fortuito, sobre ángulo de lasca.

Cuchillos.—Todos son de dos filos sobre lasca-hoja.

HOJAS.—Tan numerosas como los anteriores. Pequeñas, finas y sin retoque.

RASPADOR. El único está tallado sobre lasca y tiene frente semicircular.

CEPILLO.—Está tallado sobre lasca gruesa. Tiene frente semicircular, sin retoques lamelares, sino planos de talla irregulares. El talón es de perfil triangular y alargado.

* * *

Estos conjuntos industriales pueden ser clasificados como sigue:

GRUPO A.—De posición derivada y secundaria. El hacha y parte de la industria pequeña, con plano de percusión liso, corresponde al *Acheulense I-II*. Otra parte, con plano de percusión preparado, hay que atribuirla al *Tallaciense* y al *Levalloisiense*.

GRUPO B.—Industria un poco anterior al depósito de las gravas. *Matritense I*, con industria con muchas relaciones todavía con el *Levalloisiense VI-VII*,

GRUPO C.—Conjunto de aspecto como el del grupo anterior, y que ha estado expuesto algo a la intemperie, que clasificamos como *Matritense II*.

GRUPO D.—Corresponde al depósito de las gravas, y tiene carácter completo de Paleolítico superior. Se trata de *Matritense III*.

ARENERO DEL COJO

Toda la orilla derecha del Manzanares, entre Los Vascos y el puente de Villaverde Bajo forma una serie ininterrumpida de areneros, que son conocidos por lo general con el nombre o apodo de los que los explotan.

El del Cojo (61) es contiguo al anterior de Valdivia W. y ofrece la misma estratigrafía. Las gravillas constituyen igualmente el nivel arqueológico paleolítico.

El conjunto lo hemos dividido también en cuatro grupos, según el grado de conservación.

Grupo A.—Sílex de pátina naranja, rojiza o parda, intensa y brillante con aristas y filos muy suavizados.

HACHAS.—Por sí solas denuncian la presencia de una industria muy antigua, acarreada desde su primitivo yacimiento. La pieza mayor es de sílex naranja y está muy suavizada. Conserva corteza en el talón, donde tiene un plano de fractura. Es de forma lanceolada. La punta es roma (rota), pero después fué usada. Los bordes son sinuosos y muy gastados por el uso, especialmente el opuesto al plano de rotura del talón (lám XVII, fig. 2).

Otra hacha más pequeña es del tipo amigdaloide y muestra corteza en el talón y un plano perpendicular, pero no de ruptura, en un lado. La cara inferior, plana, está muy tallada, sobre todo el borde opuesto al plano indicado. La cara superior es gruesa, pero la punta es fina (lám. XVII, fig. 8).

Las otras dos hachas son pequeñas, amigdaloides, con cara inferior plana, la superior abultada y los bordes muy retocados (lám. XVII, figs. 5 y 6).

PUNTAS.—Salvo una primitiva con talla bifacial, si bien escasa, por lo que no la juzgamos como hacha, las restantes son puntas tayacienses.

Lámina XVIII, figura 9.—Punta tayaciense sobre lasca alargada, punta obtusa y retoque marginal no escaleriforme.

Lámina XVIII, figura 17.—Punta sobre lasca con plano facetado y retocado. Retoques escaleriformes densos en los dos bordes.

PERFORADORES.—Uno es del tipo primitivo sobre lasca corta y ancha, con plano de percusión liso. El otro, sobre extremo de lasca, tiene dicho plano facetado y ondulado.

CUCHILLOS.—Hay muchos del tipo de cuchillos sobre lasca con borde curvo más o menos preparado, otros de dos filos sobre lasca, una hojita y dos cuchillos sobre hoja Levallois, larga, gruesa y con mucho retoque marginal. Figuramos uno sobre lasca con plano de percusión reducido, cara superior en tres chaflanes y bordes muy retocados (lám. XVIII, fig 6).

RAEDERAS.—Hay dos muy primitivas en cuanto a técnica de lascado, pues una está sobre lasca clactoniense y otra sobre lasca con plano de percusión liso. Esta última es de un tipo característico antiguo.

Otras están talladas sobre lasca amorfa (sin plano de percusión); una es arcaica, y las otras dos son de tipo hasta ahora considerado como musteriense. Sobre lasca con plano de percusión retocado hay una raedera con plano de percusión opuesto al de la raedera, y una buena doble raedera con dos bordes muy retocados, pero de carácter no muy moderno.

Un grupo muy notable son cuatro raederas talladas sobre hoja Levallois, que muestran los dos bordes muy retocados, pero especialmente uno como raedera (lám. XVIII, fig. 5).

Grupo B.—Pátina de grado menor que el grupo A y de colores pardos o claros. Bordes y aristas suavizados.

NÚCLEOS.—Hay dos: uno discoidal con cara inferior plana, y otro de lascas y hojas que tiene un plano basal de sostén, lo cual le da cierto aspecto de cepillo.

LASCA LEVALLOIS.—De forma rectangular, algo gruesa, pequeña y con bordes retocados.

PUNTAS.—Se pueden distinguir dos grupos. Uno de puntas Levallois sobre hojas puntiagudas largas apenas sin retoque marginal, y otras del tipo usual, que, salvo una, no muestran denso retoque marginal.

BURIL.—Buril de ángulo del tipo descrito por L. Siret (62), primero usado en el plano de percusión y después en el extremo opuesto, que fué avivado una vez.

PUNTAS TENUIFOLIADAS.—En este grupo hay dos, que describimos de mayor a menor tamaño.

Lámina XVIII, figura 16.—Sílex blanco. Extremo de punta foliácea con talla superficial fina en la cara superior y descuidada en la inferior.

Lámina XVIII, figura 16.—Sílex pardo. Punta con borde curvo. Punta

roma, borde recto más retocado, perfil curvo y cara inferior plana. Retoque algo cóncavo.

Cuchillos.—Se presentan los tipos de dorso curvo retocado o preparado sobre lasca con dos filos y sobre hoja Levallois característica.

Hojas.—Son de reducidas dimensiones y en su mayoría tienen bulbo reducido (técnica de madera). Los retoques marginales son escasos.

Lámina XXI, figura 7.—Pequeña, con arista media y punta desviada hacia la derecha; esta parte está retocada.

Lámina XXI, figura 8.—Más pequeña que la anterior, con arista media, alta también y muchos retoques entre ella y el borde.

Raederas.—La pieza principal, y que resume los caracteres del grupo, es una raedera en sílex blanco con bulbo basal sobre lasca Levalloin, con un borde con densos retoques escaleriformes (lám. XXI, fig. 1).

Raspadores.—Aparte de uno, tallado sobre núcleo, dos sobre extremo de hoja con frente semicircular, uno sobre lasca con frente oblicuo y con retoques escaleriformes y uno sobre hoja sin ningún carácter especial; hay dos dignos de mención. Uno sobre hoja con retoques lamelares y otro sobre bloque carenado con retoques lamelares largos que suben desde el frente en hocico hasta la arista media superior. (lám. XXI, figs. 2 y 9).

Grupo C.—Está formado por sílex con pátina blanca azulada (lechosa), bien totalmente o sólo en las aristas. Es pátina muy característica y hasta ahora no había sido citada en Madrid.

Lascas Levallois.—Hay una gruesa, de forma rectangular, con plano de percusión retocado.

Hachas.—Hay una minúscula, amigdaliforme, tallada sólo en la cara superior.

Puntas tenuifoliadas.—Hay seis, que corresponden a este grupo y que describiremos aparte.

Lámina XXI, figura 13.—Fragmento de base de punta muy ancha. Talla superficial a grandes planos, dado el tamaño de la pieza.

Lámina XXI, figura 6.—Fragmento de punta algo gruesa y con talla superficial fina, pero poco densa.

Lámina XXI, figura 14.—Punta de forma poco perfecta, quizá por ser retallada. Cara inferior con retoque sólo marginal. Cara superior con talla descuidada y en el centro un saliente.

Lámina XXI, figura 15.—Punta de hoja de laurel. Muy tallada y retocada en planos superficiales.

Lámina XXI, figura 4.—Punta de hoja de sauce, de fina talla y retoque.

Lámina XXI, figura 21.—Fragmento de punta con el extremo roto y de talla superficial finísima.

Muesca.—Un solo ejemplar, tallado sobre el borde de una lasca sin plano de percusión.

Lasca de avivaje de buril.—Sin carácter especial.

Cuchillos.—El número de cuchillos sobre lasca de un solo filo con dorso

preparado o adaptado para la manipulación es igualmente numeroso que los cuchillos de dos filos sobre lascas-hojas.

HOJAS.—Hay sólo tres con plano de percusión minúsculo, como corresponde a la talla con mazo de madera.

RASPADORES.—Además de cuatro tallados sobre lasca, hay que citar uno de este mismo tipo con borde circular con retoques escaleriformes y lamelares (lám. XXI, fig. 16), y un raspador aquillado con retoques lamelares (lám. XXXI, figura 2).

RAEDERA.—La única pieza es una lasca gruesa con borde semicircular alto y con denso retoque escaleriforme. Se adapta muy bien a la mano (lámina XXX, fig. 1).

CEPILLO.—Está tallado sobre un trozo de sílex de corte triangular, que muestra un extremo ancho de perfil curvo donde hay retoques lamelares. La pieza no es de las más características.

Grupo D.—Es el más moderno, y los sílex tienen las aristas vivas y cortantes y pátina escasa.

NÚCLEOS.—Dos pequeños núcleos discoidales biconvexos.

RETOCADORES.—La sola pieza es poco típica.

PUNTAS.—Dos de las tres tienen plano de percusión reducido por haber sido talladas con madera. Son lascas muy finas sin retoque marginal alguno.

PUNTAS TENUIFOLIADAS.—En este conjunto es donde las puntas sbaikienses se presentan más numerosas y en su mayor esplendor. Forman una serie, admirable en todos conceptos, que permite el establecimiento de varios tipos.

a) *Esbozos.*—Llamamos así a piezas sin forma determinada, en las que se aplicó la técnica de talla superficial característica de este tipo, o a aquellas piezas rotas que fueron nuevamente talladas para ser reutilizadas. Describimos sólo una.

Lámina XXI, figura 19.—Está tallada sobre lasca amorfa gruesa, que conserva corteza en el talón y parte de un borde. Los planos de talla son hondos y descuidados.

b) *Puntas anchas de hoja de laurel.*—Son piezas en que la punta forma un ángulo muy abierto y que después los bordes son casi paralelos para juntarse en un talón redondeado o rectangular. La talla superficial es finísima y densa. Hay cinco piezas completas: una ancha, rota sólo en el extremo inferior (lámina XXI, fig. 18), y cuatro fragmentos de punta con iguales caracteres.

c) *Puntas estrechas de hoja de laurel.*—Son análogas a las anteriores, de las que sólo se diferencian en que el ángulo de la punta es más cerrado que aquéllas.

La pieza principal está completa, si no juzgamos como rotura un plano transversal de la base, que es pequeño y que pudiera ser el de percusión (lám. XXI, fig. 23). Además hay dos fragmentos de puntas, una algo gruesa y estrecha (lám. XXI, fig. 22) y otra fina sobre sílex blanco, con un delicadísimo trabajo superficial (lám. XXI, fig. 21). Los caracteres generales arriba expuestos nos ahorran la descripción particular de las piezas.

d) *Puntas de hoja de sauce.*—Son aún de trabajo más delicado que las

anteriores, y la punta forma un ángulo muy agudo que se continúa con los bordes *sin modificación alguna*.

No hay más que una pieza completa de sílex rojizo, de perfil arqueado y de pequeñas dimensiones, pero muy bien trabajada en ambos bordes (lám. XXI, fig. 24). Más característica es otra pieza, fina y larga, de sílex claro, cuyos bordes se acercan poco a poco a la punta, que es aguda; su talla superficial es finísima y compacta (lám. XXI, fig. 26).

Además hay tres fragmentos de puntas: una de sílex blanco, fina, de talla esmerada sólo en la cara superior (lám. XXI, fig. 25), lo que ocurre también en otra de sílex gris. En una estrecha, pero gruesa, la talla es descuidada en ambos lados.

Creemos necesario manifestar que cuando indicamos que una pieza tiene talla descuidada o que no es muy típica, no es de manera absoluta, sino relativa en relación con otras piezas más significativas antes estudiadas.

Buriles.—Uno está tallado sobre ángulo de hoja gruesa, y otro, también de ángulo, lo está sobre plano de percusión.

Cuchillos.—Forman un grupo muy numeroso, en el que dominan los cuchillos de uno o dos filos sobre los cuchillos sobre lasca con dorso curvo.

Hojas.—Las hojas pequeñas y finas son muy numerosas. La mayoría carecen de retoques marginales. Reproducimos algunas (lám. XXI, figs. 10 y 12).

Raspadores.—Además de dos piezas poco características hay una tallada sobre hoja ancha con retoque marginal y frente curvo donde éste alterna con el lamelar, que es poco manifiesto.

* * *

La clasificación de los cuatro grupos es la siguiente:

Grupo A.—En posición derivada y secundaria. Hachas pertenecientes unas al *Chelense* y otras al *Acheulense I-II*. Industria pequeña *tayaciense* y *levalloisiense*.

Grupo B.—*Matritense I*, con pocas puntas tenuifoliadas *sbaikienses*.

Grupo C.—*Matritense II*.

Grupo D.—Con puntas sbaikienses numerosas, del tipo de hoja de laurel y de sauce. Tipos muy adelantados. *Matritense III*.

ARENERO DE MARTINEZ

Este arenero está inmediato al anterior, y situado también entre la Colonia de Casas baratas Popular Madrileña y el río (63). Su estratigrafía es la misma.

Los paleolíticos, muy abundantes, de la colección Bento han sido divididos en cuatro conjuntos, según su estado de conservación.

Grupo A.—Piedras muy patinadas y rodadas.

HACHAS.—Las piezas recogidas son cinco, tres de sílex y dos de cuarcita. La más típica de las de pedernal es un hacha sobre lasca, con base plana y talón preparado para la aprehensión lateral. La cara superior está tallada a grandes golpes poco cóncavos, y tiene en su centro gran parte de corteza, con una oquedad donde viene a colocarse el dedo grueso.

Las otras son un hacha raedera de retoque muy fino y un hendidor en disco voluminoso, con la parte superior preparada para la aprehensión y borde poco sinuoso.

Las hachas de cuarcita son de pequeño tamaño, una cordiforme y otra amigdaloide.

En recolecciones posteriores apareció un hacha chelense con borde sinuoso, fracturada por la mitad longitudinalmente.

LASCAS LEVALLOIS.—Las cuatro piezas son medianas. Tres tienen forma rectangular y plano de percusión retocado y ondulado. La otra es puntiaguda y tiene plano de percusión liso, casi del tipo clactoniense.

PUNTAS.—Tres ejemplares son de forma descuidada y carecen de retoques, lo que contrasta con los caracteres de las raederas. Una muestra un plano de buril en un ángulo.

La pieza más interesante es una punta con plano de percusión preparado, con denso retoque escaleriforme en ambas caras y muy rodada.

PERFORADORES.—Mucho más abundantes que las puntas y de tipos de pedicelo o sobre punta.

CUCHILLOS SOBRE LASCA.—En su mayoría con plano de percusión liso, pero no clactoniense, y en menor número los de plano ondulado y retocado. Presentan un dorso curvo más o menos retocado. Hay casos de piezas rotas intencionadamente para apoyar el índice en el plano de fractura.

CUCHILLOS SOBRE HOJAS.—Son largos y gruesos, con plano de percusión preparado y del tipo Levallois inicial (lám. XXIV, fig. 12).

HOJAS.—Aparte de dos hojitas finas (lám. XXIV, figs. 2 y 3), hay otra de una gran importancia para el problema del origen de la punta de dorso rebajado, pues ofrece una punta con retoque fino vertical en ambos bordes (lámina XXVIII, fig. 2).

RAEDERAS.—En la serie existen tipos primitivos sobre lasca amorfa con retoque escaso. Otras, con bulbo opuesto, ofrecen el plano de percusión intacto o facetado y retocado. También las hay con bulbo basal. El retoque puede ser escaleriforme y denso (lám. XXIV, fig. 4).

RASPADORES.—Tallados sobre lasca, hay tres que tienen frente semicircular. Quizá fuesen utilizados como raspadores un bloque con negativos de hojas cortas y una base de hacha o núcleo.

Grupo B.—Pátina de menos intensidad y de colores claros, pardo o azul.

NÚCLEOS.—Hay dos discoidales, uno de ellos alargado y un tercero de hojas.

RETOCADORES.—Resulta curioso el encontrar aquí un conjunto de seis retocadores, que son tan raros en el Paleolítico de Madrid. Son hojas gruesas, de sección triangular, que muestran la arista media muy retocada, especialmente en una cara.

Hachas.—Sólo existe en este grupo un fragmento de punta y un hacha tosca amigdaloide, tallada sobre lasca de manera grosera y evidentemente de tradición acheulense.

Puntas tenuifoliadas.—Con las 25 piezas pueden formarse distintos grupos, en los que se marcan algunas particularidades interesantes para el estudio de la técnica, tipología y cronología de la punta sbaikiense.

a) *Punta ancha.*—Es el tipo más primitivo, aunque quizá pudiera ser un esbozo. Es una lasca con plano de lascado intacto y la cara superior formada en su mayor parte por corteza. La punta y un borde muestran la talla superficial característica.

b) *Puntas cortas y anchas.*—Se trata de piezas relacionadas con la anterior. Son cortas y anchas y recuerdan la forma de las hachas amigdaliformes, especialmente cuando son algo gruesas (lám. XXIV, fig. 7).

c) *Puntas con dorso curvo.* - Sólo tenemos una pequeña con ambos extremos rotos, muy fina y relativamente bien trabajada (lám. XXIV, fig. 9).

d) *Puntas gruesas de hoja de laurel.*—Los dos ejemplares están completos y son de gran interés, especialmente uno, tallado en sílex blanco. La pieza es gruesa y la talla superficial hecha a grandes golpes. Tipológicamente parece bien claro que es un tipo intermedio de las hachas finas acheulenses con las puntas tenuifoliadas finas (lám. XXIV, figs. 1 y 5).

e) *Puntas anchas de hoja de laurel.*—No hay ejemplares completos; sólo bases o puntas están con planos de fractura horizontales u oblicuos. El retoque y la talla superficiales son más o menos intensos. Una pieza muestra intacta la cara inferior (lám. XXIV, figs. 8, 11 y 14).

f) *Puntas estrechas de hoja de laurel.*—Las tres piezas son puntas que por la manera que presentan las aristas podemos considerar como de este tipo. El retoque y talla son finos (lám. XXIV, fig. 10).

Puntas.—Son muy sencillas. Tienen plano de percusión facetado o retocado y carecen de retoques marginales.

Buriles.—Además de seis buriles fortuitos sobre extremo y sobre borde de lasca, hay uno sobre extremo de plano de percusión y otro de bisel poliédrico y de planos alargados, que en un caso tiene huella de parada.

Cuchillos.—Es el conjunto más abundante. Al grupo más antiguo corresponden cuchillos de un solo filo sobre lasca, con borde curvo preparado y retocado; pero es curioso que haya piezas que establezcan el tránsito hacia los tipos más perfectos, pues la lasca se convierte en hoja ancha en la cual sólo es curvo el extremo.

Además de este tipo hay otro de lascas alargadas u hojas en que el borde opuesto ha sido sustituído por un plano de lascado longitudinal.

Los cuchillos de dos filos son muy abundantes y corresponden a hojas anchas.

Hojas.—Son finas, estrechas, de longitud media y en proporción abundante.

Raederas.—Predomina el tipo de bulbo basal y de lasca alargada, con borde más o menos retocado. Las talladas sobre lasca amorfa son raras. Hay una sobre lasca clactoniense.

RASPADORES.—Forman una serie muy interesante, de buenos ejemplares y de tipos variados.

Los raspadores carenados están representados en una pieza tallada sobre bloque de sílex, con corteza en la cara superior y con retoque lamelar ancho y vertical. El borde del raspador tiene retoques de uso. De los tres raspadores carenados describiremos solamente uno, tallado sobre lasca gruesa y de técnica clactoniense. El frente del raspador está destacado por dos muescas y tiene retoques lamelares finos y arqueados (lám. XXXI, fig. 2).

Los cinco raspadores sobre lasca tienen frente semicircular y carecen de retoques lamelares, lo cual no sucede en los tallados sobre hojas.

Grupo C.—Integrado, como en otros yacimientos de la baja terraza, por sílex con pátina blanco-azulada, que cubre toda la pieza o que se limita a las aristas y filos o a parte de las caras. En otros yacimientos que son objeto de estudio en este trabajo este grupo no adquiere la importancia que aquí, donde se dan una serie de magníficos y de enigmáticos tipos.

NÚCLEOS.—Los dos ejemplares de la colección Bento son mixtos de lascas y de hojas.

RETOCADORES.—Una pieza está tallada sobre hoja ancha y larga. Otra parece ser un borde avivado de un cepillo o gran raspador.

PUNTAS TENUIFOLIADAS.—Las once piezas son muy interesantes y merecedoras de un detenido estudio.

a) *Puntas gruesas de hoja de laurel.*—Hay dos ejemplares. Una de sílex negro está completa. Su cara inferior es plana y la superior abultada. La talla es de planos cóncavos (lám. XXIV, fig. 15). La otra está rota longitudinalmente; tiene la cara inferior intacta, pero la superior ofrece una talla más fina, pero poco densa (lám. XXIV, fig. 6).

b) *Puntas cortas y anchas.*—Las dos piezas se relacionan con las análogas del grupo B. Una es pequeña y ovalar, y otra, de mayor tamaño, tiene la punta rota y una fina talla (lám. XXIV, figs. 13 y 17).

c) *Puntas anchas de hoja de laurel.*—Además de dos fragmentos de base merecen citarse dos piezas. Una, de sílex negro, con pátina azul muy escasa, con bordes que forman en una punta un ángulo abierto (lám. XXIV, fig. 16), y otra en que los bordes, poco después de la punta, pasan a ser paralelos (lám. XXIII, figs. 4 y 15, y lám. XXV, fig. 13). Tanto en una como en otra la talla superficial es densa y fina.

d) *Puntas de hoja de sauce.*—Hay tres piezas que son fragmentos. Hay una entera, gruesa y, por tanto, con talla cóncava, y dos fragmentos de puntas finas de talla plana que ocupa ambas caras (lám. XXIII, fig. 2). Otra, entera, es notable por presentar la talla inferior plana y sin trabajo y la superior, algo abombada, retoques superficiales paralelos de tipo solutrense; la punta muestra un plano de buril que ocupa todo el borde (lám. XXIII, fig. 3, y lámina XXVII, fig. 3).

BURILES.—Además de dos buriles de ángulo de un solo golpe y de bisel recto (lám. XXIII, figs. 7 y 8), hay un buril doble de bisel poliédrico tallado

sobre bloque. Los negativos de los planos de buril corren de un extremo a otro de la pieza. Pudo haber sido en un principio un núcleo de hojas.

PERFORADORES.—Además de dos de pedicelo sobre extremo de lasca alargada, hay uno tallado sobre hoja que muestra finos retoques a ambos lados. Se relaciona con la hojita análoga del grupo I (lám. XXVI, fig. 1).

CUCHILLOS SOBRE LASCA.—Son escasos y tienen plano de percusión facetado y retocado. Son de dorso curvo.

CUCHILLOS SOBRE HOJA.—Son muy numerosos y comprenden desde hojas anchas hasta verdaderas hojas. Los hay de dos filos y también con uno de ellos sustituído por un plano longitudinal para facilitar el manejo.

HOJAS.—Las que agrupamos aquí se distinguen de las del tipo anterior por ser más estrechas, finas y de tamaño reducido aquéllas. Carecen de retoques marginales.

De extraordinario interés es una punta con dorso rebajado, de forma triangular, aunque el talón es algo curvo. El retoque del dorso es intenso y hecho por pequeños golpes (lám. XXVIII, fig. 2).

RAEDERAS.—La mayoría son piezas decadentes o arcaizantes, con poco retoque y forma irregular. Dignas de mención son dos raederas con borde curvo. Una lo ofrece muy retocado y en la otra está formado por corteza. Los retoques de ésta son escaleriformes (lám. XXIX, fig. 1).

RASPADORES.—Tallados sobre pequeños bloques hay tres, de los cuales uno presenta retoques lamelares en un borde recto (lám. XXVIII, fig. 6). Muy numerosos son los tallados sobre extremo de lasca con frente semicircular. Sólo hay dos tallados sobre hoja-lasca gruesa con arista media alta y frente semicircular con retoques lamelares y huellas de uso.

CEPILLOS.—De este tipo, poco frecuente, hay en el grupo C dos piezas. La que primeramente describimos es de sílex gris con ligera pátina azulada. Tiene un frente aquillado con pocos planos negativos lamelares. Por el contrario, el otro cepillo tiene la pátina citada intensa y el frente muestra numerosos planos lamelares y huellas de uso. La pieza se adapta muy bien a la mano para su manejo. En un borde longitudinal tiene retoques de raedera (lám. XXXI, fig. 5).

Grupo D. - Pátina escasa y mate. Bordes y aristas cortantes.

NÚCLEOS.—Sólo hay uno pequeño discoidal.

PUNTAS.—Los únicos ejemplares son muy decadentes y sencillos.

PUNTAS TENUIFOLIADAS.—De los cinco ejemplares cuatro corresponden a fragmentos de puntas y uno a un trozo de base. El trabajo es bifacial y muy fino. Pertenecen al tipo de puntas de laurel ancho cuatro de ellas y al estrecho la restante (lám. XXIII, figs. 13 y 17).

BURILES.—Los dos que forman parte de la colección corresponden al tipo de buril de ángulo.

CUCHILLOS.—Hay dos sobre lasca fina, tallados con madera y sobre hojas largas y algo anchas.

HOJAS.—Los treinta y dos ejemplares son finos, estrechos y sin retoques marginales (lám. XXIII, figs. 9 y 12).

RASPADORES.—Uno de frente casi recto está tallado sobre extremo de hoja, y otro de frente recto con retoques lamelares lo está sobre bloque.

* * *

GRUPO A.—Corresponde a piezas acarreadas con las gravas. Hay hachas *chelenses* y *achelenses*, pero el resto es *tayaciense* y *levalloisiense*.

GRUPO B.—El presentarse aquí veinticinco puntas sbaikienses nos indica que este tipo no es esporádico, sino, por el contrario, característico. Conviene anotar que si bien hay puntas-hojas de laurel, faltan las de sauce. Los raspadores son también muy interesantes, puesto que hay varios carenados. Corresponde al *Matritense I*.

GRUPO C.—Aquí es donde se presenta en su mayor apogeo con tipos magníficos y característicos para la determinación del *Matritense II*. Comenzaremos por señalar la abundancia de puntas sbaikienses y la presencia de puntas-hojas de sauce, una de las cuales con retoque de tipo *solutrense*. Además hay una hoja con dorso rebajado y raspadores y cepillos de tipo *auriñaciense*.

GRUPO D.—En cambio el grupo D es muy poco numeroso, y aunque con las características de los anteriores, se agudizan en él las características del *Paleolítico superior* propias del *Matritense III*.

VALDIVIA (CENTRO)

De los areneros explotados por el Sr. Valdivia en esta zona es éste el que ocupa un lugar central. Está situado más aguas abajo que los anteriores, antes de llegar a las huertas que después ocupan el cauce mayor del río hasta Villaverde. Su estratigrafía general es la misma. El nivel arqueológico paleolítico son las gravillas inferiores.

El conjunto ha sido dividido, según el estado de conservación, en los cuatro conjuntos acostumbrados en yacimientos de la misma terraza.

Grupo A.—Piezas de pátina intensa y de colores vivos y con aristas y bordes muy suavizados.

HACHAS.—De este yacimiento procede un hacha de cuarcita muy rodada, tallada sobre un guijarro. Conserva corteza en el talón, y a grandes golpes se destacó una punta ancha y alargada. Los bordes son muy sinuosos. Según todos los caracteres, parece tratarse de una pieza *chelense*.

PUNTAS.—Señalaremos primero la presencia de una punta de sílex blanco, grisáceo, sin retoques marginales y con plano de percusión preparado. Las otras cuatro piezas, de las cuales tres muestran este carácter y la otra lo presenta liso, ofrecen en los bordes apretados retoques escaleriformes (lám. XXXIII, figuras 19 y 20).

PERFORADORES.—De pedicelo, sobre extremo de lasca y sin ningún carácter especial.

Cuchillos.—Dos sólo, tallados sobre lasca rectangular y con borde curvo. Los demás lo están sobre lasca-hoja y se han utilizado en su mayoría los dos filos.

Raederas.—De las tres talladas sobre lasca amorfa la más notable es una *tallada sobre sílex blanco y de aspecto de punta. Es gruesa y el borde de la* raedera está muy retocado. Las raederas, bien de bulbo transversal o basal, tienen plano preparado, y la mayoría muestran en el borde retoques densos escaleriformes. Hay una raedera doble sobre hoja Levallois (lám. XXXIII, fig. 18).

Raspador.—Tallado sobre lasca arqueada, gruesa, especialmente en el extremo. El retoque es, en parte, lamelar (lám. XXXIII, fig. 12).

Grupo B.—Pátina gris o de otros colores claros, poco intensa, aristas y bordes poco suavizados.

Núcleo.—El único es discoidal, de forma cónica.

Retocador.—Tallado sobre hoja y con los retoques característicos en la arista media.

Puntas.—Las dos son lascas triangulares con plano preparado y sin retoque marginal.

Puntas tenuifoliadas.—Al grupo B corresponden cinco ejemplares, de los cuales describiremos tres a continuación.

Lámina XXV, figura 17.—Punta gruesa, de talla por grandes planos y cóncavos, sin el retoque superficial fino. Bordes algo sinuosos. Corresponde a un tipo de tránsito entre las hachas acheulenses y las puntas tenuifoliadas típicas. La pátina parece indicarnos que esta pieza estuvo algún tiempo en la superficie del terreno.

Lámina XXV, figura 14.—Punta-hoja de laurel ancha, de talla poco fina. Rota la pieza en tiempos antiguos, se retalló el extremo del plano de fractura.

Lámina XXV, figura 15.—Punta gruesa, de sílex azul, con una cara gruesa con talla y planos cóncavos, y la otra plana, toda ella cubierta de planos de talla superficiales y finos. Una de las puntas no descritas muestra las resquebrajaduras propias de haber estado en el fuego.

Buriles.—Las tres piezas corresponden a buriles de ángulo.

Cuchillos.—Los cuchillos dobles sobre hoja gruesa y ancha de doble filo son más abundantes que los tallados sobre lasca, con o sin borde curvo preparado.

Hojas.—Además de dos hojas finas, una de las cuales (lám. XXXVIII, fig. 4) presenta retoques marginales, hay una hoja larga de sílex amarillento con dorso rebajado por retoques finos que llegan hasta la mitad de la pieza, apoyándose en una arista media. La cara inferior es plana, sin plano ni concoide de percusión.

Raspadores.—Los dos tallados sobre bloque parecen ser prototipos de los raspadores aquillados, pero sin que puedan ser considerados como tales. Sobre lasca hay varios con frente semicircular y con retoques escaleriformes o lamelares. Las piezas más notables son dos: una lasca con el frente del raspador recto o, mejor dicho, algo entrante (lám. XXV, fig. 5), y un raspador tallado sobre lasca fina que termina en un pedicelo formado por dos muescas opuestas

finamente trabajadas. Es una pieza indiscutible ateriense (lám. XXVII, fig. 2). Además hay dos raspadores con frente curvo tallados sobre hoja.

Grupo C.—Sílex con pátina blanco-azulada total o aplicada a las aristas.

PUNTA TENUIFOLIADA.—Lámina XXV, figura 9, y lámina XXVII, figura 1. Pieza interesantísima. Es una base de una punta muy fina con talla muy superficial, poco intensa en la cara inferior y densa en la cara superior, por planos paralelos. La base termina en un pedicelo, retocado intensa y alternativamente en una y otra cara. A nuestro juicio se trata de la mezcla de técnicas sbaikiense y ateriense, que ha de culminar en las puntas pedunculadas y con aletas de la cueva del Parpalló.

CUCHILLOS.—Para ellos es válido lo que dijimos para los del grupo B.

HOJAS.—Las cuatro hojas son anchas y cortas y se relacionan con algunos tipos de los cuchillos. Una, muy fina, tiene dorso curvo retocado (lámina XXIX, figura 2).

RAEDERAS.—Todas ellas están talladas sobre lasca y no tienen retoques densos en sus bordes. Es interesante una doble, que después de la pátina azulada volvió a ser retocada, pero que otra vez fué patinada de la misma manera.

RASPADORES.—Además de dos tallados sobre hoja con frente semicircular hay dos piezas interesantes. Una punta en que el extremo roto fué sustituído por un frente de raspador rectilíneo, y un raspador sobre lasca que ofrece un borde retocado como raedera, colocado entre dos frentes de raspador (lámina XXV, fig. 5).

Grupo D.—Apenas sin pátina y con bordes frescos y cortantes.

RETOCADOR.—Tallado sobre hoja y del tipo corriente.

PUNTAS TENUIFOLIADAS.—Los tres ejemplares serán descritos por separado.

Lámina XXV, figgura 8.—Extremo de punta, algo gruesa, con talla fina en la cara inferior.

Lámina XXV, figura 16.—Punta de hoja de laurel ancha. Muy bien trabajada en ambas caras, pero por planos algo extensos. Bordes retocados.

Lámina XXV, figura 11.—Punta de hoja de laurel estrecha y con bordes en ángulo muy cerrado. Talla superficial plana, especialmente en los bordes.

BURIL.—De ángulo sobre hoja gruesa.

CUCHILLOS.—Sobre lasca sólo hay un ejemplar que, por cierto, es de tipo clactoniense. Las demás piezas son cuchillos sobre hoja, bien de uno o de dos filos.

HOJAS.—Las piezas de este conjunto son más finas y pequeñas que las del anterior.

RASPADORES.—Los tres ejemplares están tallados sobre lasca y tienen frente semicircular.

RASPADORES-RAEDERAS.—Como tales consideramos dos piezas de gran tamaño que tienen un borde curvo muy retocado opuesto a un talón con planos de lascado que facilitan la empuñadura. Una de las piezas tiene la cara superior casi totalmente ocupada por corteza (lám. XXX, fig. 2).

* * *

La clasificación de este conjunto, según las nuevas orientaciones, es como sigue:

Grupo A.—Un hacha *chelense*, y el resto industrial corresponde al *Tayaciense* y al *Levalloisiense*.

Grupo B.—*Matritense I*, con puntas *sbaikienses* y con una hoja con dorso rebajado y raspadores *auriñacienses*. De interés extraordinario es la presencia de un raspador con doble muesca en la base, indiscutiblemente *ateriense*.

Grupo C.—*Matritense II*. La pieza más sobresaliente es la punta *sbaikiense* con pedicelo destacado por dos muescas basales, como las aterienses.

Grupo D.—*Matritense III*, poco numeroso.

ARENERO DE NICASIO POYATO

Está situado entre el anterior, las huertas, la carretera y el arenero de Valdivia (Este) (64). La estratigrafía es la misma. En las gravillas inferiores aparecieron un premolar de *Equus* y un trozo de hueso fósil mioceno.

De igual manera que en otros yacimientos de la terraza inferior hemos dividido el conjunto paleolítico de las gravillas inferiores en cuatro grupos, con arreglo al estado de conservación.

Grupo A.—Pátina intensa y brillante, roja, amarilla o parda, y bordes suavizados.

Núcleos.—Hay tres sílex de tipo discoidal biconvexo.

Hachas.—Además de una muy tosca de cuarcita hay cuatro de sílex, entre las que merecen citarse un hacha raedera y otra amigdaliforme, pequeña de talla, plana y bordes rectos retocados, correspondiente al Acheulense III de Breuil (*lám. XVII, fig. 4*).

Puntas.—Al igual que en otros yacimientos de la misma terraza aparecen dos tipos de puntas: el tipo arcaico, con plano de percusión liso y con retoques marginales no escaleriformes, y el tipo Levallois de punta ancha, sin retoque marginal o escaleriforme.

Perforadores.—Cuatro corresponden al tipo de perforador sobre extremo de lasca y uno solo al de perforador marginal entre muescas.

Buril.—Es interesante la presencia de un buril de un solo golpe, quizá fortuito, sobre borde de lasca-hoja.

Cuchillos.—Los cuchillos de borde curvo preparado y retocado o provisto de corteza protectora constituyen un lote muy abundante, pero sin ninguna característica especial.

Hojas.—Es casi tan abundante como el grupo anterior el lote formado por verdaderas hojas finas y estrechas, aunque cortas, y las características lascas-hojas levalloisienses, que se distinguen de aquéllas por ser gruesas y presentar retoques marginales.

Raederas.—*Son muy abundantes. Presentaremos sólo dos piezas que refle-*

jan la característica del conjunto. Una (lám. XVI, fig. 21) está tallada sobre lasca gruesa de plano de percusión liso, de sílex rojizo, y tiene retoques escaleriformes en los dos bordes. La otra (lám. XXII, fig. 11) está tallada sobre lasca Levallois de sílex blanco, de forma rectangular y con plano de percusión ondulado y retocado.

RASPADORES. - Las dos piezas discrepan extraordinariamente. Una es un raspador sobre extremo de lasca con retoque, ni escaleriforme ni lamelar. La otra es un curioso raspador doble, con frentes curvos y retoques lamelares.

Grupo B.—Pátina de menor intensidad y de colores claros, pardo o azul.

NÚCLEOS.—Todos ellos son discoidales, bien cónicopiramidales con base plana, bien biconvexos.

RETOCADORES.—Hay tres, uno sobre lasca-hoja y dos sobre hoja, con una arista media alta y los retoques densos característicos en un solo lado.

PUNTAS.—Los ejemplares de la colección Bento son toscos, de forma poco característica y sin retoques marginales.

PUNTAS TENUIFOLIADAS.—Hay tres piezas, que corresponden a los principios del desarrollo tipológico. La mayor, tallada en sílex blanco, es de forma romboidal, ancha y de talla marginal descuidada (lám. XXVI, fig. 22). Otra, rota en la base, pero de igual forma, no está retocada en toda la superficie (lám. XXVI, fig. 23), y por último, la tercera, de sílex azulado, es una punta, gruesa relativamente, con talla cóncava que cubre ambas caras (lám. XXVI, figura 20).

BURILES.—Hay dos, uno tosco sobre extremo puntiagudo de lasca, y otro de pico de flauta, cuyos planos uno corre en el margen de la lasca y el otro tiene huella de parada (lám. XXVI, fig. 24).

PERFORADORES.—Ambos de pedicelo, sin ningún carácter especial.

CUCHILLOS SOBRE LASCA.—Forman un conjunto abundantísimo y corresponden a los tipos de dorso curvo, preparado o adaptado para la manipulación. Hay uno, tallado sobre una gran lasca, con pedicelo.

CUCHILLOS SOBRE LASCAS-HOJAS.—Menos abundantes que los anteriores son los cuchillos tallados sobre lascas-hojas Levallois, que fueron utilizados en sus dos filos. En algunos la punta fué rota oblicuamente para la colocación del dedo índice.

HOJAS.—Las siete piezas son finas y alargadas y carecen de retoques marginales.

RAEDERAS.—Del conjunto, poco numeroso por otra parte, merece mencionarse una doble, con denso retoque, tallada sobre lasca-hoja Levallois.

RASPADORES.—Los tres están tallados sobre lasca, pero carecen de retoques lamelares. Su frente es semicircular.

CEPILLOS.—Como tales consideramos unas piezas talladas sobre nódulo de sílex, con grandes porciones de corteza en el talón. Uno tiene frente rectangular y retoques lamelares y escaleriformes, y otro frente circular y retoques sólo lamelares.

Grupo C.—Pátina blanco-azulada, total o parcial; en la mayor parte está limitada a las aristas sobre piezas con pátina del grupo B.

Núcleos.—Son del tipo discoidal, pero están muy gastados. Dos tienen *forma cónica piramidal y uno biconvexa; éste está tan gastado que pudo ser* utilizado como piedra de honda.

Lasca Levallois.—Muy típica, ancha, de forma puntiaguda y con plano de percusión ondulado y retocado.

Punta.—Del tipo Levallois, ancha, con plano de percusión liso y sin retoques marginales.

Puntas tenuifoliadas.—Han aparecido seis piezas del tipo de hoja de laurel ancho y estrecho.

a) *Puntas anchas de hoja de laurel.*—Mencionaremos primero una algo gruesa que tiene la punta muy bien trabajada, especialmente en la cara superior, y que muestra un plano de rotura longitudinal (lám. XXII, fig. 7). Otra, del mismo tipo, algo mayor, está completa e igualmente bien trabajada en la cara superior, pues la inferior es casi lisa. Cerca de una de las puntas hay un agujero natural (lám. XXII, fig. 8).

En estas puntas la pátina blanca se extiende sobre la casi totalidad de las piezas; no así en otras dos piezas en que la pátina blanca se limita a las aristas, siendo curioso el que, sin embargo, se trate de piezas más primitivas. Ambas son gruesas y de talla cóncava dentro de la finura de las mismas. Una es de sílex pardo (lám. XVIII, fig. 4) y otra blanco.

b) *Puntas estrechas de hoja de laurel.*—Los dos ejemplares son interesantes por su notable retoque superficial. En el más ancho se inicia el retoque paralelo; pero éste no se acusa en la otra pieza, que, no obstante, muestra un retoque superficial denso y fino.

Buril.—Pertenece al tipo de buril de ángulo de un solo golpe sobre punta de lasca-hoja.

Cuchillos sobre lasca.—El número de cuchillos sobre lasca de un solo filo y con borde curvo es menor que el de los cuchillos de dos filos sobre lascas-hojas de estilo Levallois.

Hojas.—Aparte de cuatro hojas estrechas, finas y cortas, merece especial mención una bellísima punta-hoja de Chatelperon. Carece de plano de percusión, es algo gruesa, especialmente hacia la punta, y muestra todo un borde (dorso) retocado intensamente (vertical), como es lo típico (lám. XXIX, figura 4).

Raederas.—Muy sencillas. Una de ellas, por la doble pátina, nos indica que fué reutilizada después.

Raspadores.—Uno, tosco, está tallado sobre un bloque alto, y el otro, que lo está sobre extremo de hoja con retoques marginales, tiene frente semicircular (lám. XXIX, fig. 3).

Grupo D.—Este grupo, el más reciente de los cuatro, ofrece apenas pátina y los bordes y aristas están casi sin suavizar. Son, por tanto, vivos y cortantes.

Puntas tenuifoliadas.—Podemos establecer tres grupos para facilitar la descripción:

a) *Puntas anchas.*—El único ejemplar es un fragmento, pues falta la punta. La base es muy ancha, y dado el tamaño de la pieza, la talla, aunque

poco cóncava, es a grandes planos. Diríase que es un tipo de tránsito entre las hachas y las puntas tenuifoliadas (lám. XXII, fig. 17).

b) *Puntas de hoja de laurel.* - En relación con la anterior, pero de dimensiones más reducidas, hay una punta con talón curvo, en la cual saltó en la cara inferior una gran esquirla en sentido longitudinal. Su retoque superficial es muy fino (lám. XXII, fig. 14). Los otros ejemplares son fragmentos correspondientes a puntas. Una muestra en su cara superior el retoque característico y en la inferior el retoque ordinario marginal. Parece una pieza reutilizada (lám. XXII, fig. 13). Otras son algo gruesas y con retoques superficiales finos (lám. XXIII, fig. 19), y las dos últimas que nos quedan por describir, de caracteres análogos a las anteriores, se destacan por sus bordes rectos, que terminan en una punta muy aguda, desgraciadamente rota en una (lámina XXIII, fig. 20) y en otra no (lám. XXIII, fig. 21).

c) *Puntas de hoja de sauce.*—De los cuatro ejemplares hay que señalar el que uno es de forma irregular, quizá por proceder de la reutilización de una pieza rota longitudinalmente (lám. XXII, fig. 18). Otra pieza es gruesa y tiene la punta rota; el retoque es más fino en una de las caras, que es plana (lám. XXII, fig. 5). Las restantes piezas están completas y son de pequeñas dimensiones. Una, de sílex blanquecino, es algo gruesa en una de sus caras, por lo cual el retoque superficial es más fino en la otra cara (lám. XXII, fig. 5).

La pieza más interesante y que más ideas sugiere es una punta de color pardo rojizo, sílex que es muy raro en el Manzanares, pero del cual ha aparecido alguna que otra pieza y trozos amorfos. Es de forma perfecta; la punta está rota y es muy delgada. El retoque superficial es finísimo y ocupa todas las dos caras. Está hecho por planos paralelos y se asemeja más a piezas solutrenses que a las sbaikienses características (lám. XXII, fig. 15, y lám. XXVIII, fig. 5). Después volveremos a insistir sobre esta pieza en tiempo oportuno.

Cuchillos sobre lasca.—Sólo hay cuatro sobre lascas de técnica levalloisiense, mientras que sobre lascas-hojas hay catorce ejemplares.

Hojas.—El predominio de la técnica de hojas es sorprendente, pues hay veinticuatro piezas finas, estrechas y sin retoques marginales (lám. XXII, figuras 4 y 6).

Raspadores. — Sólo podemos mencionar uno de frente semicircular, tallado sobre extremo de hoja.

Cepillo.—Es dudoso si se trata de un cepillo o si, por el contrario, es un núcleo de hojas utilizado después como tal, pues los retoques escaleriformes están aplicados sobre los lamelares y son más abundantes que éstos.

* * *

La clasificación de este conjunto es la misma que la de los anteriores yacimientos, es decir:

Grupo A.—Hachas del *Acheulense III*. Industria pequeña de este tiempo, *Tayaciense* y *Levalloisiense*.

GRUPO B.—*Matritense I.*

GRUPO C.—*Matritense II.*

GRUPO D.—*Matritense III*, con una punta más bien *solutrense* que *sbaikiense*.

ARENERO DE VALDIVIA (ESTE)

Este arenero se encuentra frente al cruce de la cañada y carretera de Madrid a San Martín de la Vega. Su estratigrafía es idéntica a la de los yacimientos anteriores.

El lote de sílex paleolíticos de las gravillas inferiores de esta localidad de la colección Bento lo hemos dividido en tres conjuntos.

Grupo A. - Pátina intensa, de color rojo o amarillo y superficie muy suavizada.

NÚCLEO. Discoidal biconvexo, tal vez utilizado como hacha.

LASCAS LEVALLOIS.—Dos muy típicas. Una es puntiaguda y otra rectangular, *la cual muestra negativos de planos de lascado alargados de hojas. Planos* de percusión lisos (lám. XIX, fig. 1, y lám. XX, fig. 18).

PUNTAS. Dos muy toscas y otras dos con retoques sólo en la punta. Alargadas.

TALADROS.—Tallados sobre puntas.

CUCHILLOS.—Muy típicos (lám. XIX, figs. 3 y 7). Hemos hecho con ellos cuatro grupos:

a) *Cuchillos sobre lasca ancha.*—De un solo filo y con dorso preparado.

b) *Cuchillos sobre lasca alargada.* - De dorso curvo preparado y retocado.

c) *Cuchillos sobre lasca-hoja.*—Más próximos a las lascas Levallois que a las hojas propiamente dichas.

d) *Hojas.*—Las hay verdaderas y otras que terminan en punta y que establecen el tránsito con el grupo anterior. Dos son pequeñas, pero no tienen *dorso retocado. El retoque marginal es escaso (lám. XIX, figs. 8 y 9).*

RAEDERAS.—En igual proporción están las piezas talladas sobre lasca amorfa, sobre lasca con concoide basal y sobre lasca con concoide opuesto. Retoques escaleriformes densos en algunos ejemplares, especialmente en el segundo de los tipos citados. Una de estas piezas tiene en la punta un golpe de buril (lám. XIX, fig. 16).

RASPADORES. - Cuatro están tallados sobre lasca, sencillos y con retoques escaleriformes y lamelares mezclados. Dignos de mención son uno con frente semicircular y retoque lamelar (lám. XIX, fig. 5) y otro sobre hoja con borde casi rectilíneo y retoque escaleriforme (lám. XIX, fig. 10).

Grupo B.—Caracterizado por el estado más fresco de conservación y por ofrecer parcialmente, en las aristas sobre todo, pátina lechosa blanco-azulada. Lo componen tan sólo un núcleo discoidal primitivo, dos perforadores sobre

punta de lasca, un buril, cuchillos sobre lasca, hojas, un raspador y dos puntas tenuifoliadas.

El buril es doble, de ángulo y de un solo golpe sobre punta de lasca.

Las puntas tenuifoliadas son dos. Una es de sílex blanco, con cara inferior poco trabajada y con retoques y talla poco esmerada en la superior (lám. XXI, figura 5). No ocurre lo mismo con la otra, que es gruesa, de forma alargada y que tiene uno de sus bordes tallado por planos profundos. En la cara inferior, que es aplanada, la talla y el retoque es superficial, como de costumbre. La punta está rota (lám. XIX, fig. 14).

La raedera es doble, de forma de pera, y termina en una punta aguda bien retocada. Los bordes tienen denso retoque escaleriforme. El plano de percusión y el concoide son minúsculos (talla por madera).

El raspador es aquillado, sobre bloque abultado. El frente es curvo y tiene retoques lamelares y huellas de uso.

Las hojas, o están rotas, o tienen plano de percusión minúsculo. Los retoques marginales son escasos.

Grupo C.—Estado fresco, bordes cortantes y apenas pátina.

Lo forman un perforador, una punta tosca (lám. XIX, fig. 6), un raspador con frente circular sobre lasca gruesa tosca, cinco cuchillos sobre lasca, muchos cuchillos sobre lasca-hoja (lám. XIX, figs. 2 y 4), hojas finas y seis puntas tenuifoliadas.

Las hojas grandes son de formas primitivas. Interesa una, en la que se reutilizó una lasca del grupo B, que tiene un borde curvo con retoques y base adelgazada, y que pudiera estar en relación con las puntas de Chatelperon. Otra hoja tiene dorso preparado y algunos retoques.

Las hojas verdaderas tienen idénticos caracteres que las del grupo B. Una tiene un dorso curvo sin retoque.

También hay un gran raspador nucleiforme con talón formado por corteza y con frente ojival muy retocado, pero sin carácter lamelar.

Describiremos ahora detalladamente las puntas tenuifoliadas:

Lámina XVIII, figura 8.—De forma oval, con doble punta, completa y de color blanco rosado. Gruesa cerca de una punta y en el centro del borde opuesto. Retoque fino y talla desigual.

Lámina XIX, figura 12.—Del mismo tipo, pero a juzgar por su perfil fué retallada después de haber sido rota. Talla a pequeños planos irregulares, por percusión.

Lámina XIX, figura 11.—Sílex grisáceo. Punta de una pieza grande. Talla densa sólo en los bordes.

Lámina XVIII, figura 14.—Punta alargada, fina, de esmerado trabajo. Cara superior aplanada. Talla plana con retoque denso en los bordes y en la punta. La cara inferior muestra la particularidad de tener en el borde derecho un plano alargado poco ancho, que lo ocupa por completo desde la punta y que hace pensar que la técnica de trabajo de estas piezas consistió en sacar esquirlas desde un borde y después repetir la operación en el opuesto.

Lámina XVIII, figura 19.—Análogo carácter tiene esta pieza, más gruesa

que la anterior, pero el plano que hay cerca de la punta puede explicarse como una rotura.

Lámina XVIII, fig. 13.—Base de punta de sílex blanco que ofrece una especie de pedicelo, como ciertas puntas almerienses.

* * *

El grupo A es de la edad *Tayaciense* y *Levalloisiense;* el B, de la *Matritense I-II,* y el C, de la *Matritense III.*

ARENERO DEL PUENTE DE VILLAVERDE

Los objetos de las gravillas inferiores de este arenero (65), situado junto al puente del ferrocarril de Madrid a Andalucía, son poco numerosos en la colección Bento. Hay un taladro sobre una lasca, utilizada también como raedera, dos hojas con pátinas diferentes y una especie de buril fortuito por fractura longitudinal de una hoja gruesa. Estas piezas, por la estratigrafía, deben corresponder a la misma edad de cualquiera de los conjuntos de los yacimientos antes estudiados.

II.—Yacimientos postpaleolíticos

Los yacimientos prehistóricos de Madrid, además de haber proporcionado al Sr. Bento una rica colección del Paleolítico, que acabamos de estudiar, le han suministrado materiales muy importantes y variados de los tiempos postpaleolíticos, que en su mayoría proceden de fondos de cabaña (66). Quizá haya aparecido alguna sepultura, que por haberse realizado el trabajo de desmonte de tierras sólo con fines industriales ha pasado desapercibida (67).

Comenzaremos primero por describir los objetos encontrados por yacimientos, y después haremos un estudio comparativo entre sí y con otros lugares, que constituirá la base apropiada para resolver el problema de su cronología.

TEJAR DEL SASTRE

En este lugar, donde ya habían aparecido fondos de cabaña y sepulturas (68), el Sr. Bento ha recogido una hoja larga de sílex. Si tenemos en cuenta que en 1927 apareció una sepultura con el esqueleto de un niño en una tinaja, es probable que este yacimiento sea argárico.

LA PERLA

Los hallazgos de cerámica, toda ella lisa, han consistido en una olla semiesférica, con la boca de menor diámetro que el fondo; otra, esférica, con la boca ligeramente cerrada y con un asa; un vaso completo, de fondo semiesférico, bordes vueltos y de pequeñas dimensiones; otro, de gran tamaño, restaurable y del mismo tipo (lám. XXXV, fig. 6); un cuenco poco profundo, muy tosco y con un tetón, y una encella completa, curiosa, porque los agujeros no traspasan la pared del vaso (lám. XXIV, fig. 2).

La pieza más importante es una espada argárica de bronce, en muy buen estado de conservación. La sujeción al puño se hace por tres clavos. La hoja tiene dos escotaduras pequeñas en la parte superior, cerca de los ángulos y a cada lado, al nivel de los clavos. La hoja tiene una estrangulación después del puño y termina en una punta aguda. En algunos puntos conserva señales de tejidos (lám. XXXIII, fig. 5).

ARENERO DEL KILOMETRO 7 DE LA CARRETERA DE ANDALUCIA

De los fondos de este arenero el Sr. Bento posee en su colección un gran trozo de un vaso liso, almeriense, de fondo semiesférico y borde vuelto, y otro trozo de un vaso más aplanado. Ambos se pueden restaurar. De ellos procede también una hoja de sílex larga, almeriense.

ARENERO DE QUITAPENAS

Lisos y correspondientes a la cultura almeriense son los siguientes vasos de esta localidad, de la colección Bento. Dos están completos y los otros dos se pueden restaurar. Unos tienen fondo semiesférico y borde vuelto; otro, fondo algo cónico, pero abierto, y otro es alto y estrecho. Relacionados con ellos están los restos de una gran tinaja argárica.

Es seguro que sean más recientes un pondus grande, circular y con dos agujeros, y un fragmento de un vaso de barro rojo, de forma poco determinada, interesante por tener cerca del borde una boca cilíndrica corta.

ORCASITAS (CASERIO)

De aquí proceden un vaso liso y cilíndrico almeriense, restaurable, pues se conserva más de la mitad, y un fragmento de vaso liso, con un tetón y un *cordón paralelo al borde* (*lám.* XXXIV, *fig.* 6).

LOS ROSALES

Un núcleo de hojas de sílex blanco, quizá almeriense, es la única pieza de esta localidad en la colección Bento.

DESCANSO DE PERALES

Del fondo de la carretera, descubierto y explorado por D. Fidel Fuidio (69), procede un fragmento de cuenco liso almeriense, y de la superficie de los terrenos inmediatos tres dientes de hoz y una hoja de sílex. Otros tres dientes de hoz, muy parecidos, tienen por localidad La Gavia.

ARENERO DE SANTIAGO

Un fragmento de cazuela, de estilo de *Ciempozuelos*. La decoración, que está limitada al diámetro máximo, consiste en dos filas de razas horizontales con zonas de rayas verticales alternas, y dos razas horizontales y una zona de rayas paralelas con rombos centrales. La técnica de estas rayas es de ruedecilla o peine y las restantes de punzón (*lám.* XXXIII, *fig.* 1).

LOS VASCOS

En primer lugar interesa un trozo de un cuenco de Ciempozuelos. Su decoración consiste en una fila en el borde de rayas verticales, cinco rayas horizontales, dos rayas horizontales con zonas de rayas verticales alternas, una zona de adorno en zig-zag entre rayitas verticales, otra zona delgada de

rayitas verticales alternas, cinco rayas horizontales y, por fin, unas rayas anchas, cortas y profundas (lám. XXXII, fig. 1).

El resto de la cerámica incisa tiene otro carácter. La decoración es muy reducida, limitada al borde o a la línea media; consiste en triángulos rellenos de puntos o de rayas oblicuas, líneas paralelas con otras pequeñas verticales, líneas de puntos o de trazos discontinuos, rayitas pareadas en forma de espiga, zig-zag y meandros por rayitas cortas, etc. (70) (lám. XXXIII, figs. 2 y 11).

VALDIVIA (W.)

El conjunto de vasos de este yacimiento es muy interesante, pues comprende tres estilos distintos.

Al más antiguo pertenecen varios fragmentos, que muestran, además de una decoración parecida a la de la cerámica de Los Vascos, círculos y adornos hechos con la uña en incisiones paralelas. Hay también un vaso liso entero de forma globular.

Otro conjunto es notable por las persistencias culturales antiguas. Está integrado por las siguientes piezas: un gran trozo con un asa doble en forma de B (lám. XXXIII, fig. 2); asas en forma de tubo; fragmentos gruesos con cordones y huellas dactilares; un fragmento de una gran tinaja con protuberancias en el borde (lám. XXXIII, fig. 3); asideros o gruesos tetones adornados con rayas paralelas anchas y profundas; un trozo con cordones y rayas incisas sobre los mismos; otro en que entre dos cordones lleva rayas verticales poco profundas, y otro con adorno de rayas paralelas de trazo profundo y puntos con un asidero, también decorado (lám. XXXVI, fig. 1).

El tercer conjunto está integrado por dos piezas. La principal es un gran trozo de vaso, de fondo semiesférico y borde alto, poco vuelto, con decoración incisa consistente en bandas semicirculares de puntos y en filas de rayitas en zig-zag en el borde, que corresponde en estilo y forma a otros de filiación más clara, que describiremos en seguida (lám. XXXIII, fig. 4).

La otra es un fragmento en que el adorno está en el interior del vaso, y consistía en una red poligonal de líneas formadas por trazos pequeños.

EL COJO

La colección Bento tiene de este lugar varios fragmentos y cuatro vasos completos.

Los primeros son trozos de grandes vasos lisos con tetones para la aprehensión, pequeños y aislados, en el borde mismo o un poco más abajo.

De los cuatro vasos tres son cuencos lisos, de forma de casquete esférico, como los del arenero de Valdivia recogidos por nosotros y que están en el Museo Prehistórico Municipal (71) (lám. XXXV, fig. 4).

El restante es cilíndrico y lleva el siguiente adorno inciso: una fila de triángulos de doble línea cerca del borde, una faja media formada por dos líneas horizontales paralelas y rellena por rayas verticales y una línea en zig-zag cerca del fondo (lám. XXXV, fig. 5).

ARENERO DE MARTINEZ

La pieza más sobresaliente de la colección Bento de este lugar es un gran fragmento de un vaso restaurable, de barro negro, pulimentado y con el adorno siguiente hecho con la técnica incisa de punteado dentro de la raya: una línea horizontal cerca del borde, cruzada por verticales pequeñas y profundas, y grandes franjas onduladas de líneas paralelas (lám. XXXV, fig. 1).

De la misma época de este vaso son los fragmentos siguientes: un trozo de un vaso análogo al anterior con tres líneas de rayitas cruzadas y una serie de zig-zag en punto y raya; un fragmento liso, de igual forma que ambos; tres trozos con líneas onduladas, de igual técnica que el vaso primeramente estudiado; dos bordes con asa y decoración de rayas sencillas, y varios trozos de la *Kerbschnittkeramik* (72), que son dignos de una descripción separada.

Los fragmentos de la misma, dos de ellos correspondientes al mismo vaso y cuatro a otras tantas vasijas, tienen cerca del borde una raya horizontal cruzada por rayas verticales hechas por incisiones profundas. Más abajo muestran un zig-zag formado por la superficie del vaso, que se destaca por haberse separado con un objeto metálico la masa de su alrededor cuando el vaso estaba fresco. Es decir, se ha empleado la misma técnica que para decorar una calabaza (lám. XXXVI, figs. 1, 3 y 7).

Un trozo sincrónico y de interés también por los paralelos que ofrece, tiene adornos profundos hechos con la uña cuando la masa estaba fresca (lám. XXXVI, fig. 9).

Procedentes de fondos de cabaña con cerámica lisa almeriense el señor Bento posee un hacha de fibrolita, una hoja con borde dentado de sierra, un cuchillo largo, también de sílex; una punta almeriense con pedúnculo y muescas que determinan pequeños dientes, y una hachita en miniatura (3 centímetros de largo), de piedra verde con un agujero de suspensión.

De bronce ha recogido dicho señor un punzón de sección rectangular, un trozo de vaso (?) y un cuchillo curvo (?).

VALDIVIA (CENTRO)

En este lugar, en su parte W. y cercana al río, aparecieron fondos de cabaña de dos épocas distintas.

a) Cerámica lisa, de la que hay que mencionar un cuenco pequeño, dege-

neración de los almerienses de barro liso. Con él se encontraron un punzón de hueso y un hacha pulimentada de fibrolita.

b) Cerámica lisa. Un vaso muy tosco con asa, cilindroide, algo estrangulado cerca de la boca. Otro pequeño, doble, cónico, tosco, con un asa y un fragmento del tipo del vaso entero decorado de este mismo lugar, que después estudiaremos (lám. XXXIV, fig. 3).

Con esta cerámica lisa va otra decorada de gran interés. Las piezas más importantes de la misma son las siguientes:

Un fragmento de boca con rayas paralelas hechas con la uña (lám. XXXVI, figura 13).

Tres fragmentos con líneas semicirculares, onduladas o angulares, hechas con líneas con puntos en su interior (lám. XXXVII, figs. 12 y 13).

Dos trozos del mismo vaso con tres líneas horizontales cruzadas por otras verticales cortas (lám. XXXVII, fig. 16).

Un pedazo con líneas paralelas sencillas (lám. XXXVI, fig. 4), y otro con zonas alternas de superficie lisa y excavadas, bordeadas por líneas de puntos (lám. XXXVI, fig. 2).

Un gran fragmento, que tiene en el borde dos zonas de rayitas verticales cruzadas por horizontales y en la panza una zona de rayitas angulares, que quizá formara una cruz (lám. XXXVI, fig. 2).

Dos trozos de un vaso decorado con una especie de dobles hachas rellenas de puntos (lám. XXXVI, fig. 8).

Un fragmento de vaso muy plano con decoración de técnica de *Kerbschnitt*. Lleva un zig-zag en relieve y abajo una línea de triángulos excavados (lám. XXXVII, fig. 1).

Otro trozo de un vasito corto globular tiene hacia su mayor diámetro un zig-zag, excavado como el anterior, y más arriba, en técnica incisa, dobles hachas rellenas alternativamente de puntos o de círculos concéntricos (lámina XXXVII, fig. 2).

La pieza más importante es la que nos queda por describir. Es un vaso de fondo plano y paredes ligeramente inclinadas hacia afuera para formar una boca de mayor diámetro, pero sin que pierda por eso su carácter cilíndrico. La decoración, de estilo *K rbschnitt*, consiste en una fila de pequeños rombos en la boca y una línea de puntos en la base, y además, en sentido vertical y alternativamente, líneas formadas por rayitas pequeñas cruzadas por otra vertical y en zig-zag excavados (lám. XXXIV, fig. 4).

Hacia el Este, y cerca del río, aparecieron, entre otras cosas, dos fragmentos de vasos lisos, pero que permiten su reconstitución, y que tal vez estén cerca de los que describiremos ahora, y tres vasos casi completos (73).

Uno es del tipo de frutero. Tiene por decoración en el borde una zona de puntos alternos entre rayas horizontales, después un zig-zag excavado y en medio una línea horizontal con rayitas verticales. La decoración se repite en ambas partes de la pieza. El zig-zag se repite también en la parte interna de ambos extremos (lám. XXXVIII, fig. 1). Es un soporte de vasos.

El otro vaso completo está decorado en el cuello con una faja de líneas

angulares y en la panza por conjuntos paralelos de líneas onduladas de técnica de punto en raya (lám. XXXVIII, fig. 2).

El tercer vaso es de panza esférica, tiene cuello estrecho y un asa. Está decorado con círculos de la superficie del vaso que destacan de la parte excavada. En el cuello tiene una zona de zig-zag y otra de triángulos (lám. XXXIX).

Además aparecieron junto a estos vasos un gran trozo de un vasito pequeño, dos fragmentos con líneas onduladas como el vaso segundo, un pedazo decorado con zonas alternas de rayitas verticales y de superficie lisa y dos trozos con técnica incisa. Uno de ellos tiene zig-zag de líneas incisas y el espacio libre puntilleado; abajo lleva dos filas paralelas de pares de rayitas en ángulo (lám. XXVI, figs. 7 y 11). El otro trozo es interesante por conservar huellas de la incrustación en rojo.

VALDIVIA (ESTE)

Los ejemplares de esta localidad existentes en la colección Bento son: un cuenco plano (fragmento restaurable) y con borde bajo vertical y dos fragmentos de un vaso decorado.

El adorno de éstos es inciso. El tema principal es un zig-zag que alterna con triángulos rellenos por puntos gruesos. Cerca del borde hay dos líneas horizontales con rayitas cortas y verticales, y abajo una combinación de puntos que forman un zig-zag tosco. El interés de esta pieza es conservar la sustancia roja de que estuvo incrustada.

III.—Estado actual del estudio del desarrollo de las culturas prehistóricas en el valle del Manzanares

Una vez estudiada la colección prehistórica formada por el Sr. Bento nos vemos obligados a exponer nuestros actuales puntos de vista sobre el desarrollo de las culturas prehistóricas en el valle del Manzanares, lo cual es tanto más necesario cuanto que son completamente diferentes de los que hemos sostenido especialmente entre 1924 y 1929. Cuando realicemos el estudio de las colecciones del Museo Prehistórico Municipal veremos hasta qué grado son definitivas las actuales, dentro de lo que pueden ser unos resultados científicos, sujetos siempre a profundos cambios producidos por los nuevos adelantos de la ciencia.

Claramente se advierte en los estudios sobre el Paleolítico lo que ya hicimos notar en otra ocasión (74): que «no deja de ser curioso el que (el método histórico-cultural), a pesar de ser un sistema nacido dentro de las ciencias antropológicas, sea dentro del estudio del Paleolítico donde encuentra mayores dificultades para su adopción».

«Por una parte se pretende ver un desarrollo único a través de todo el Paleolítico, y por otra se sostiene que en todos los países se ha realizado éste de *la misma manera que en Francia. Es natural que esto se hiciera anteriormente*, cuando este país era el mejor estudiado. Forzosamente, para evitar el desorden y la fácil inteligencia, había que clasificar el Paleolítico, con arreglo al sistema de G. de Mortillet, en Chelense, Acheulense, Musteriense, Solutrense y Magdaleniense, ampliado en 1906 por E. Cartailhac y H. Breuil con la adición del Auriñaciense.»

Ahora se reacciona en el sentido de librarse de las trabas del método evolucionista del pasado, a la vez que los hechos documentan facies regionales y líneas del desarrollo distintas en unos lugares que en otros. La Edad de la Piedra tallada es sin duda alguna la etapa más larga de la historia de la humanidad, y es natural que conforme sea conocida el estudio sea más complejo y difícil; complejo, puesto que han de resultar una serie de industrias o, mejor, culturas regionales con modalidades propias, y difícil por razón de método, ya que la tipología paleolítica nueva, al dejar la orientación evolucionista, ha de ser más compleja y ha de atender a nuevos aspectos de los objetos por la necesidad de buscar el entronque en el pasado, que ofrecerá formas más variadas, y porque la sucesión de todo el Paleolítico no se ofrecerá en una región, sino que en ella se entrecruzarán influencias de distintas procedencias.

Sea lo que fuere, hemos creído un deber científico abandonar la postura cómoda de mantenernos fieles a nuestras convicciones, las que deben ser *siempre punto de partida y no de llegada, y lanzarnos en busca de nuevos horizontes*. No creemos, sin embargo, que alcanzaremos verdades intangibles, sino sólo otros nuevos puntos de vista, que a su vez serán modificados más *pronto o más tarde; pero estimamos que esta continua vacilación y este anhelo* siempre insatisfecho deben constituir el móvil de la investigación científica, y no el anquilosamiento y la inquebrantable fe en los viejos sistemas.

LA ESTRATIGRAFIA CUATERNARIA DEL MANZANARES

Los renovadores estudios sobre el Paleolítico antiguo del profesor Henri Breuil arrojan viva luz sobre la estratigrafía del Cuaternario, y permiten llegar a resultados más acordes con los de otros investigadores que han partido de una base geológica, y especialmente del estudio del terreno terciario.

Según nuestras investigaciones, publicadas en 1926 (75) con motivo del XIV Congreso Geológico Internacional celebrado en Madrid, correspondían al

Cuaternario de arrastre lento los terrenos considerados como tales en el mapa geológico al Norte de Madrid, y más exactamente anteriores al tercer período interglaciar. A éste atribuíamos la formación de las terrazas y sus depósitos del Manzanares, y suponíamos que a partir del Auriñaciense no conocían sedimentos algunos, y que el valle del Manzanares había estado deshabitado hasta el Neolítico pleno de entonces (cerámica de cordones).

EL PLIOCENO EN MADRID

Forzosamente hemos de insistir en un asunto de gran importancia para la Geología madrileña, y fijaremos nuestro punto de vista. Nos referimos a la posibilidad de la existencia del terreno plioceno en la llanura madrileña.

D. José Royo, en un trabajo publicado en 1928 (76) formuló la misma pregunta. Partía de dos puntos: de la posibilidad de que sean pliocenas las terrazas más altas de 100 metros sobre el cauce del río, y de la clasificación del profesor Schlosser como del Plioceno superior del yacimiento fosilífero de Valverde de Calatrava (Ciudad Real).

Por nuestra parte, en 1929 (77), indicamos respecto a esta misma cuestión que si bien las arenas inferiores de Madrid, consideradas hasta ahora como cuaternarias, «con capas de pedernal y caliza, las juzgamos más propiamente pontienses, pero las superiores nos parece que no sería equivocado el tomarlas como pliocenas. La cuestión de si existe o no terreno plioceno en la cuenca del Tajo es otra de las abiertas recientemente a la investigación. Claro está que no existen fósiles, y que hay que basarse únicamente en la estratigrafía. Con arreglo a ésta pudieran ser Plioceno las capas de arenas cuarcíferas gruesas y de color rojo inferiores del Cuaternario de arrastre lento de El Pardo y de la Casa de Campo. De todas maneras hay que admitir que en el Plioceno, o, con más exactitud, antes del tercer período interglaciar, tuvo lugar la gran erosión del Mioceno que produjo los cerros testigos del Sur de Madrid, orientados todos de Norte a Sur. Sobre la existencia de fauna pliocena hay algunos puntos por estudiar, especialmente las tortugas pequeñas, y por último un molar de elefante recogido en las gravas cuaternarias de Las Mercedes, que no parece ser contemporáneo de las mismas.»

En estudios más recientes J. Royo y Menéndez Puget (78) han seguido con su anterior punto de vista en esta cuestión, pues si bien creen en la posibilidad de la existencia del Plioceno en la cuenca del Tajo, como, por ejemplo, las gravas de Paracuellos del Jarama, situadas a más de 100 metros, no lo marcan como tal en el mapa.

Según nuestra manera de pensar actual existe de manera indiscutible el Plioceno en el valle del Manzanares, aun sin fósiles, y creemos probable en que éstos hayan aparecido ya, pero que erróneamente determinados figuren como miocenos o como cuaternarios. Alguna luz es de suponer que arroje a

esta cuestión el molar de *Elephas* de Las Mercedes, que ha sido enviado a consulta a M. Pontier.

Estratigráficamente la presencia del Plioceno nos parece segura por una serie de razones. Es indudable, y en esto no cabe discusión, que lo que en 1926 y en fecha anterior denominamos «Cuaternario de arrastre lento», son las de la base arenas y arcillas oligocenas, las medias miocenas y las superiores pliocenas. El que estas últimas se puedan considerar como tales o como cuaternarias es asunto de poca monta por tratarse de una cuestión de límites, que no se dan en la naturaleza. Ya decíamos en 1926 (79) que «si nos decidiéramos a admitir los principios del Cuaternario como sincrónicos con el tercer período glaciar, tendríamos que considerar como Plioceno precisamente el manchón cuaternario que aparece al Norte de Madrid en todos los mapas geológicos».

Las nuevas orientaciones del profesor H. Breuil sobre el Cuaternario y sus relaciones con las culturas humanas obligan a atribuir una edad pliocena a las terrazas superiores, no a las superiores de 100 metros, como hacen los autores citados, sino a las superiores de más de 40 metros, como en el Norte de Francia y de Inglaterra. Por tanto consideramos como pliocenas las terrazas de altura superior a la citada, donde debe encontrarse Chelense y Clactoniense antiguo *in situ*, puesto que en la terraza de 30 metros (San Isidro) aparecen rodados y muy patinados.

Además hay que atribuir al Plioceno la erosión de las capas terciarias que produjo los cerros testigos, puesto que obedeció a una red fluvial distinta de la que denuncian las terrazas cuaternarias, así como depósitos arenosos, que antes eran considerados como «Cuaternario de arrastre lento» y que ahora lo son por J. Royo y M. Menéndez Puget como pontienses.

LA NUEVA ESTRATIGRAFIA DEL CUATERNARIO

Sobre la estratigrafía del Cuaternario del Manzanares sólo indicaremos aquí las líneas esquemáticas de nuestro pensamiento actual, pues su desenvolvimiento, ligado estrechamente con el problema de las terrazas, ha de ser expuesto con todo detalle en un trabajo ulterior (80).

Hasta la fecha no conocemos en Madrid nada referente con alguna seguridad al primer período glaciar, al primer interglaciar y al segundo período glaciar. Al primer período interglaciar puede corresponder una terraza superior a la de San Isidro y Basurero; es decir, con una altura mayor de 30 metros, puesto que el Chelense y el Clactoniense antiguo de la misma están muy rodados y patinados, de tal manera que se destacan palpablemente del Acheuiense inferior y Clactoniense reciente de la misma, apenas rodados y patinados, y por consiguiente contemporáneos del depósito de las gravas.

Al segundo período glaciar correspondería, según el esquema del profesor

H. Breuil (81), la excavación de las terrazas de 30 metros de San Isidro y Basurero y la de 14 metros del Parador del Sol, etc.

El *segundo período interglaciar* tiene, según nuestras ideas actuales, las alternativas de clima húmedo y seco siguientes:

a) *Período húmedo.*—Depósito de las gravas de base de San Isidro y Basurero de la terraza superior y de las del Parador del Sol, Puerta, San Antonio, Vaquerías del Torero, etc., de la terraza alta de 14 metros con Acheulense I-II.

b) *Período seco.*—Excavación de la terraza media. Depósito del limo verde arcillo-arenoso (tierra de fundición).

c) *Período húmedo.*—Depósito de gravas con Acheulense medio (III-IV) y superior (V-VI).

El *tercer período glaciar*, como todos ellos, tuvo un clima frío y seco, como siempre hemos sostenido. Depósitos de este tiempo nos son desconocidos.

En el *tercer período interglaciar* distinguimos también una alternativa de épocas húmedas y secas.

a) *Período seco.*—Excavación de la terraza baja y depósito por arrastres de ladera de arenas rojas con Tayaciense, lo cual puede haber tenido lugar también en el tercer período glaciar, lo que no nos parece problable, pues corresponde a un Tayaciense vecino ya al Musteriense.

b) *Período húmedo.*—Excavación de la terraza inferior con arrastres de gravas en El Sotillo procedentes de terrazas superiores, en lo cual tal vez haya intervenido el vecino arroyo del Torero. Se cierra el ciclo de depósitos con la sedimentación de arenas (arenas de «miga» y blanca) con Levalloisiense III-IV (Precapsiense-Musteriense de fauna cálida de V. Commont).

c) *Período seco.*—Margas de las Delicias (estación y trinchera) con Acheulense VII.

d) *Período húmedo.* Gravillas de la terraza de 14 metros con Levalloisiense V, las cuales están mezcladas con otras con Acheulense y Tayaciense de pátina distinta.

e) *Período seco.*—Depósito de margas verdes de la casa del Moreno, Las Mercedes, Portazgo, etc.

f) *Período húmedo.*—Gravillas de la baja terraza con Levallois VI-VII, con influencias musterienses.

El *cuarto período glaciar* se nos presenta dividido de la siguiente forma:

a) *Comienzo húmedo.* - Gravillas de la baja terraza con arrastres de las superiores y la industria antes llamada Musteriense iberomauritánica (hoy Matritense) y sus fases con influencias auriñacienses y solutrenses.

b) *Fase media seca y fría.*—Verdaderamente glaciar. Depósito del limo arcillo-arenoso de color claro (tierra blanca), de origen eólico. Equivalente meridional del loess.

c) *Fase final húmeda.*—Limos acanutillados en parte, y gravillas y limo rojo con Magdaleniense (antes Auriñaciense).

LAS CULTURAS PALEOLITICAS DEL MANZANARES

Desde nuestros primeros estudios sobre el Paleolítico del Manzanares, realizados en 1918 con nuestro buen amigo M. Paul Wernert, nos sorprendieron sus características particulares, que les apartaban del Paleolítico inferior clásico, especialmente por lo que se refiere a los conjuntos procedentes de niveles arqueológicos determinados y a su estratigrafía y relación mutua.

Nuestros intentos de sistematización hechos en 1924 (82), uno de los cuales efectuado en colaboración del profesor H. Obermaier (83), y en 1929 (84), en los que nos apoyábamos en las investigaciones de M. Reygasse en el Norte de Africa y de D. Peyrony sobre las facies del Musteriense, contribuyeron a aclarar el problema, pero no de una manera satisfactoria. Puntos débiles eran, aun para nosotros, la falta de enlace con el Paleolítico de otras regiones: el *hiatus* entre el Auriñaciense y el Neolítico final, la escasez del Acheulense y el enorme desarrollo del Musteriense. Las críticas de que hemos sido objeto no han llegado al fondo del problema, pues en general han sido basadas en el prejuicio, tan corriente como anticientífico, de que en los yacimientos paleolíticos no hay niveles arqueológicos determinados o que son abundantes las mezclas. Esta dificultad debiera haber sido vencida por nuestros contradictores, los cuales, a pesar de haber hecho estudios en el terreno y de haber recogido grandes cantidades de objetos, no se han atrevido a publicar sus observaciones. La única excepción es el geólogo J. Royo, de cuyo trabajo nos ocupamos largamente en otro lugar de este ANUARIO (85).

CHELENSE

Uno de los resultados más interesantes de nuestras últimas investigaciones, especialmente de las hechas sobre la colección Bento, es que desconocemos hasta este momento niveles chelenses *in situ*. En todos los casos que conocemos el Chelense, muy rodado y patinado, está asociado a un Acheulense inferior de talla fresca y con poca pátina. La edad de las gravas corresponde evidentemente a esta última industria, y el Chelense procede de niveles de gravas anteriores situados en terrazas destruídas de mayor altura sobre el río o situadas río arriba. Sobre este punto trataremos con mayor detalle en una monografía dedicada al famoso yacimiento de San Isidro. Además hemos de indicar que en nuestros anteriores trabajos hemos clasificado como Chelense el Acheulense inferior que le acompaña, si bien en algunos estudios monográficos (86) establecimos ya esta distinción.

El verdadero Chelense es muy poco numeroso en la colección Bento. Aparece en estado derivado, muy rodado y patinado en todas las terrazas, ordinariamente en la base, lo que constituye un hecho por demás extraño.

De San Isidro no hay en la colección Bento pieza que pueda ser considerada con toda seguridad como chelense, pues los objetos son poco numerosos y *sin carácter determinado.*

En las terrazas inferiores sólo hay piezas derivadas, muy rodadas y patinadas; tal vez sean chelenses, por lo sinuoso de sus bordes y su tosquedad, un hacha del grupo A del arenero del Cojo, otra del arenero de Martínez y otra, de cuarcita, del arenero central de Valdivia.

CLACTONIENSE

Su nombre, dado por el profesor H. Breuil, creador de esta industria, deriva del de la localidad inglesa Clacton-on-Sea (Essex, Inglaterra). Corresponde a una técnica especial de desbastamiento, que se hace golpeando el núcleo contra un yunque de piedra. Es industria de lascas, caracterizadas por formar el plano de lascado un ángulo muy abierto y mayor de 90 grados con el plano de percusión. El concoide o bulbo de percusión es muy grueso y muestra heridas y estrías características y muy destacadas. También es *corriente que el concoide esté destacado del plano de lascado.*

El profesor H. Breuil considera al Clactoniense como una cultura independiente del Chelense y del Acheulense, y propia de Inglaterra y del Norte de Francia y regiones vecinas. Distingue dos etapas: el Clactoniense I, sincrónico con el Chelense, y que corresponde al primer interglaciar, y el Clactoniense II, sincrónico con el Acheulense I-V, y correspondiente al segundo interglaciar.

El mismo autor cree que derivan del Clactoniense, por un lado, el Languedociense, por otro el Levalloisiense, cuyas etapas I-II se corresponden cronológicamente con su etapa más evolucionada, y por otro el Tayaciense I, que da lugar después al Musteriense.

La técnica clactoniense, según H. Breuil, continúa después en industrias posteriores del Acheulense y del Musteriense.

El Clactoniense antiguo que acompaña al Chelense en San Isidro responde evidentemente a su etapa más antigua (Clactoniense I), tanto por el estado de conservación como por la tipología. Abundan las lacas de desbasta*miento; pero hay también cuchillos con dorso curvo análogos a los de Lion's* Point (Clacton-on-Sea), raederas y puntas (87).

El Clactoniense, que se relaciona al Acheulense inferior en San Isidro (Clactoniense II), y que tiene como él una conservación más fresca, está formado por lascas de tamaño más pequeño y de forma más perfecta (rectangular u alargada, tendiendo a lascas-hojas), como la serie reciente de Barfield Pit (88). Los tipos son más puros (raederas, puntas, cuchillos, perforadores, etcétera), llegándose en algunos casos a la perfección de los sílex evolucionados de High Lodge, pero no en lo que se refiere a raspadores y puntas.

El Clactoniense en el Manzanares parece ser, según nuestros estudios actuales, más bien una técnica que una cultura. No deja de tener importancia

para justificar esta apreciación la presencia de hachas chelenses y acheulenses talladas sobre lascas clactonienses muy gruesas. En su mayor parte son hachas-raederas talladas sólo en la cara superior, que muestran en la inferior el plano de percusión extenso que facilita la empuñadura y que forma un ángulo muy abierto con el plano de lascado. En algún que otro caso se aprecia la antigüedad de ambas técnicas, especialmente en un hacha de las Vaquerías del Torero del Museo Prehistórico Municipal. Es una lasca de pátina gris-blancuzca, con un grueso concoide de percusión destacado por todos los lados y típico del Clactoniense, que después se utilizó como hacha, pues los retoques y la talla dados a este fin muestran una pátina mate más clara. Es del Acheulense I-II.

En épocas posteriores al Acheulense siguió en uso la técnica clactoniense, tanto en conjuntos levalloisienses como en otros más modernos. Se empleó para ciertos tipos en que es conveniente tal disposición en la cara inferior, como, por ejemplo, raederas, apreciándose su edad más reciente por su talla fresca y porque apenas tienen pátina.

Si juzgamos con el profesor H. Breuil el Clactoniense como una cultura nórdica, hemos de tener presente que los pueblos portadores de ella emigrarían hacia el Sur al avanzar los hielos del segundo período glaciar, mezclándose entonces con las culturas de hachas (Chelense y Acheulense). Si en los yacimientos de Madrid esta unión clacto-cheleo-acheulense es una mezcla cultural o sólo una nueva técnica aprendida por los cheleo-acheulenses, es cosa que no podemos saber por el momento; pero es indudable que el Clactoniense, como técnica, perduró bastante tiempo, mientras que en su país de origen derivaba hacia otros derroteros (*Languedociense*, *Levalloisiense* y *Tayaciense*).

En los yacimientos madrileños creemos, en este momento, que el Clactoniense llega como una influencia cultural nórdica en el Chelense (Clactoniense I) y en el Acheulense inferior (Clactoniense II) y se desarrolla al lado de estas culturas autóctonas, que siguen, por otra parte, con su talla tradicional de la piedra. Cuando hallemos conjuntos clactonienses puros y sin hachas de mano entonces podrá admitirse una migración cultural, pero nunca un estadio evolutivo según el criterio histórico cultural.

Sobre la influencia de la técnica clactoniense en el desarrollo cultural posterior creemos hoy día que tuvo tanta importancia como otras venidas del Occidente y centro de Europa y del Norte de Africa. (Véase lo que decimos sobre el Tayaciense.)

ACHEULENSE

En estudios anteriores nuestros asignábamos al Acheulense un papel muy reducido, tanto por considerar parte de él como Chelense, como también por la falta de hallazgos abundantes y típicos. En este aspecto las recolecciones del Sr. Bento han llenado el vacío en la sucesión tipológica, y hoy podemos manifestar que el Acheulense está representado en el Manzanares por nume-

rosos ejemplares de tipos variados y de conjuntos puros de mezclas que permiten estudiar todo su desarrollo.

Acheulense inferior (I-II de Breuil).—Se caracterizan, según H. Breuil, estos niveles inferiores por la tosquedad relativa de las hachas, por la presencia de talón y por el perfil arqueado de la punta.

Como de este tiempo hemos de considerar parte del grupo reciente de las gravas inferiores de San Isidro, Parador del Sol, Vaquerías del Torero y areneros de Puerta y de San Antonio, que no están representados en la colección Bento, pero sí en las del Museo Prehistórico Municipal. En estos lugares es contemporáneo de las gravas. Las hachas son de talla fresca y carecen de pátina o ésta es poco intensa. Los bordes son rectos o poco sinuosos, y en muchos casos están las piezas talladas sobre lasca. La talla es poco fina, pero, sin embargo, se tiende a formas más regulares que las chelenses, y el retoque marginal es más frecuente. Característica es la presencia de talón de corteza en la base o a un lado

Este Acheulense inferior lo tenemos en posición derivada en niveles posteriores de la misma terraza de los 14 metros o en otras inferiores. Aparece mezclado con el Tayaciense en las arenas rojas de la Sangrería y Simón, y con el Levalloisiense V en la Casa del Moreno.

Acheulense medio (III-IV de Breuil). - A esta fase del Acheulense atribuimos parte también del grupo reciente de las gravas inferiores de San Isidro, Parador del Sol y otros yacimientos similares ya citados, y el conjunto antiguo de la estación de Villaverde de la colección Bento.

En este último hay dos hachitas que recuerdan piezas del atelier Commont de Saint-Acheul, aunque de mayor tamaño (89), y del Acheulense III.

Acheulense superior (V-VI de Breuil).—Corresponde al florecimiento de la industria de hachas de mano, que son delgadas, de forma regular, sin talón, con talla poco cóncava y de planos pequeños y con retoques marginales intensos.

En Madrid, aparte del nivel del limo verde arcillo-arenoso de San Isidro, tenemos espléndidos yacimientos de esta industria en la terraza de 14 metros del arenero y tejar del kilómetro 7 de la carretera de Andalucía, La Perla, Orcasitas y Los Rosales, de donde hay series magníficas de ejemplares en la colección Bento. En todos estos lugares los hallazgos han sido muy numerosos, y el hecho significativo de faltar casi por completo la pátina hace probable que se trate de talleres, máxime cuando hay piezas a medio fabricar.

Característicos son los tipos amigdaliformes alargados, de forma perfecta, de talla muy plana, que ocupa ambas caras, y de retoques intensos. Es curiosa la utilización de placas de sílex en vez de nódulos para obtener hachas de poco espesor.

La riqueza de tipos es extraordinaria, y aparecen hachas pequeñas de forma de pera micoquienses, que contribuyen a fijar la edad del conjunto.

El grupo B, de talla más reciente, es también tipológicamente el más adelantado. Hay hachas que tienden a la forma triangular y a la puntiaguda. Es interesante que, tanto en un conjunto como en otro, haya hachas talladas

sobre lascas clactonienses, como también, por lo que se refiere a la industria pequeña, la persistencia de la técnica clactoniense y la rareza de influencias levalloisienses, lo cual tiene una gran importancia cronológica.

Acheulense final (VII de Breuil).—Como tal consideramos ahora el procedente de la base del yacimiento de la estación de las Delicias y de la trinchera del mismo nombre, de acuerdo con posteriores atribuciones del profesor H. Obermaier, que ha desechado nuestra común determinación de Musteriense inferior con Sbaikiense y que ha vuelto a considerarlo, como hizo en la monografía publicada con P. Wernert (90), como Acheulense final.

Las puntas, que efectivamente no son puntas tenuifoliadas sbaikienses, aunque se trate de un fenómeno de convergencia especialmente hacia prototipos de aquella industria africana. No son hachas, sino puntas finas de talla muy perfecta, como las de los ejemplares del final del Acheulense de la arcilla roja arenosa de la cantera Bultel (Saint-Acheul, Amiens, Francia) (91), del limo pardo B² de Montières (Francia) (92), del abrigo de la Klause, cerca de Kelheim, y de los yacimientos al aire libre, cerca de Lichtenfels (Baviera) (93).

En contraposición con los conjuntos anteriores aquí la industria acompañante tiene marcado carácter levalloisiense, con lascas típicas y con planos de percusión a veces retocados.

TAYACIENSE

El punto más débil de nuestro actual esquema es sin género de duda el Tayaciense, ya que para su determinación nos apoyamos en bases poco seguras. Según su creador, el profesor H. Breuil (94), se trata de una industria de lascas descendiente del Clactoniense y antecesora del verdadero Musteriense, correspondiente en su primera mitad (Tayaciense I) al segundo período interglaciar y sincrónico con el Clactoniense II y el Acheulense I-V, y en su segunda (Tayaciense II) al tercer período interglaciar y sincrónico con el Levalloisiense III-V y el Micoquiense (Acheulense VI-VII).

Al Tayaciense corresponden, según H. Breuil, los niveles medios de La Micoque, según las excavaciones de D. Peyrony, donde «on voit apparaître plus ou moins timidement la préparation du plan de frappe sur le nucléus par retouche avant la taille», así como los niveles inferiores y medios de Combe Capelle y la base de Le Moustier. El Musteriense verdadero derivaría del Clactoniense, habiendo entre ambos una cultura que conserva la talla clactoniense y en la que se desarrolla la de preparación de los núcleos, que es lo que constituye el Tayaciense de H. Breuil.

Nos ha resultado ahora sumamente extraño, al clasificar los conjuntos por pátinas, el que, tanto en el Levalloisiense V de la terraza de 9-14 metros, como en el VI-VII de la de 3-5 metros, así como en nuestro antiguo Musteriense *iberomauritánico, fuesen las piezas más rodadas y patinadas, y por lo tanto* más antiguas—no aisladas, sino en conjunto—, las que ofrecían mayores caracteres musterienses. Era también extraña la posición estratigráfica del Musteriense medio de tipos pequeños, puesto que aparecía en arenas rojas y blancas

en algunos casos en la terraza de 14 metros, a más alto nivel de las industrias en que aparece ahora en posición secundaria o derivada, y que considerábamos como más antiguas, ya que creíamos dichas arenas rojas como un depósito de arrastre de ladera, no fluvial.

Los materiales *in situ* y los derivados tienen el mismo grado de conservación, la misma pátina de colores fuertes rojo, pardo y amarillo, y corresponden a los mismos tipos de puntas, raederas, cuchillos, raederas dobles sobre hojas gruesas, etc., lo cual indica una relación estrecha, no pudiéndose pensar que esta identidad de caracteres morfológicos, así como de rodadura y pátina, obedezca a causas fortuitas.

De esta manera resulta un hecho verdaderamente extraño: que la industria más musteriense del Manzanares es anterior al Levallois V, pues en él aparece arrastrado de su yacimiento primitivo, y por tanto, anterior. De aquí se deduce que se trata de una industria musteroide más antigua que el verdadero Musteriense—que en realidad no tenemos en el valle del Manzanares—, y que por la terraza en que aparece debe ser sincrónica con el Acheulense final y con el Levalloisiense III-IV. Nos inclinamos a colocarla estratigráficamente en el valle del Manzanares entre el Acheulense III-IV y el Levalloisiense III-IV, o sea en una fase seca del principio del tercer período interglaciar, en el que el río alcanzó su más baja terraza y sólo depositó arenas.

Según parece la migración hacia el Sur de pueblos tayacienses y levalloisienses fué casi contemporánea y sincrónica, o, mejor dicho, algo anterior al Acheulense final VII, por el hecho de que hasta entonces las influencias levalloisienses son poco marcadas y porque entre el Tayaciense y el Levalloisiense III-IV (Precapsiense) hay cierta influencia mutua, que merece ser estudiada con detenimiento. Un hecho evidente de antigüedad de la industria manzanareña que llamamos tayaciense es el fuerte arraigo de la técnica clactoniense.

Es evidente que no habiéndose publicado aún las excavaciones de D. Peyrony en La Micoque (95) y en Le Moustier, del Dr. Ami en Combe Capelle y de M. Mac Curdy en el abrigo des Merveilles de Sergeac, mal podemos saber las características del Tayaciense. Pero de Le Moustier sobre todo poseemos buenas monografías de M. Bourlon (96) y D. Peyrony (97), y aquéllas ya nos sirvieron al profesor H. Obermaier y a mí (98) para clasificar sus niveles según las facies del Musteriense. El nivel inferior de las excavaciones de Bourlon pudiera corresponder a la capa B de las de Peyrony, puesto que el nivel arqueológico siguiente corresponde a un Musteriense, que corresponde, como el de las capas superiores, al Musteriense de tradición acheulense, y pertenece, según Peyrony, al interglaciar Riss-Würmiense. Es decir, en la localidad del Musteriense clásico éste aparece sólo en este nivel basal y en el superior en contacto ya con el Auriñaciense, y que corresponde a su fase final.

La industria de la base es la que ofrece mayores relaciones con la madrileña procedente de las arenas rojas, como puede verse comparando la figura 5 de la monografía de Peyrony (99) con nuestros conjuntos; pero además de ser la tipología parecida se le puede asignar tan alta antigüedad por su estado

de conservación y por la persistencia de elementos clactonienses, mientras que, como ya dijimos, las levalloisienses comienzan entonces.

De todas maneras esta cuestión sólo ha de quedar zanjada después de estudios comparativos de las colecciones o de la aparición de las monografías correspondientes; pero entre tanto llamaremos a esta industria tayaciense por sernos muy duro considerarla como musteriense, dada su gran antigüedad en relación con la que siempre se ha atribuído al Musteriense.

LEVALLOISIENSE

Según definición de H. Breuil, el Levalloisiense se caracteriza por «el desbastamiento hecho sobre núcleos preparados, unos discoidales y generalmente de gran tamaño, y otros rectangulares y oblongos; planos de percusión preparados por finos retoques; lascas Levallois y hojas, a veces numerosas, cuyo tamaño, espesor y volumen disminuyen progresivamente; estas lascas están poco retocadas y raras veces transformadas en puntas y raederas» (100).

Geológicamente hablando, el Levalloisiense empieza antes que el Musteriense del interglaciar Riss-Würmiense de Ehringsdorf y Grimaldi. Se puede pensar que esté emparentado con el verdadero Musteriense por el origen; pero de todos modos se mantiene en el Norte de Francia y Sur de Inglaterra, mientras que el Musteriense de las cuevas se desarrolla en el Sur de Francia. Ambas culturas se influencian mutuamente.

El profesor H. Breuil divide el Levalloisiense en siete etapas, que divide en dos ciclos (I-IV y V-VII), de las cuales sabemos muy poco, pues en sus últimos trabajos trata de ellas incidentalmente.

Levalloisiense III-IV.—Del Levalloisiense del profesor H. Breuil faltan, a nuestro parecer, en el valle del Manzanares las dos primeras etapas (101), iniciándose en él con las fases III-IV, a las que atribuye el Musteriense de fauna cálida de V. Commont, que siempre hemos relacionado con nuestro Precapsiense. Esta industria de las arenas blancas de El Sotillo (102), que aparecen intercaladas entre las gravas con Chelense rodado y Acheulense de estado fresco de conservación y el limo arcillo-arenoso de color verde (tierra de fundición), que está cubierto por el Musteriense iberomauritánico, no ha vuelto a ser encontrada *in situ* en otros yacimientos del valle inferior, pero sí piezas a ella atribuíbles en el conjunto más antiguo de los areneros de Valdivia (W.).

Su carácter tipológico anómalo y su posición estratigráfica no deben extrañar a quien conozca el Musteriense de fauna cálida de V. Commont, hoy clasificado como Levalloisiense III-IV por H. Breuil, puesto que son idénticos. Tanto en el Somme como en el Manzanares aparecen estas industrias en la más baja terraza, debajo de niveles del Acheulense final. Una y otra son industrias de hojas, con raspadores y raederas sobre hojas y con puntas con plano de percusión retocado. Características son también las puntas con dorso retocado (103).

Las puntas de este tipo no las podemos considerar como auriñacienses (Chatelperon y La Gravette) ni como capsienses; en primer lugar por la estratigrafía de El Sotillo, y en lo que se refiere a los nuevos hallazgos, su estado de conservación es el propio de las otras piezas del grupo I acheulenses y tayacienses. En otra ocasión nos ocuparemos más detenidamente del problema; pero en lo que sí queremos insistir hoy es que el nombre de Precapsiense es impropio, y que lo más justo es considerar esta industria como perteneciente a la fase III-IV del Levalloisiense, con la que termina el primer ciclo.

Levalloisiense V.—Si de los conjuntos del valle del Manzanares, clasificados hasta ahora como Musteriense inferior de tradición acheulense, separamos aquellos objetos de pátina intensa y estado de conservación más antiguos, apreciaremos en seguida que sustraemos precisamente las piezas más musterienses (tayacienses). El resto del conjunto se nos presenta apenas patinado y con un estado de conservación fresco, el cual no podemos ya considerar como Musteriense. El lector puede ver esto en los conjuntos antes estudiados de la colección Bento procedentes de la Casa del Moreno y del tejar del Sastre; pero en ellos, por no ser numerosos, no se aprecia el contraste de forma tan drástica como en las colecciones del Museo Prehistórico Municipal.

La situación de la industria de que nos ocupamos es siempre la misma: gravillas de base de la terraza de 3-5 metros del Portazgo, Casa del Moreno, tejar del Sastre y Las Mercedes, donde ocupa una extensión aproximada de dos kilómetros, sólo interrumpida por el valle del arroyo de Pradolongo.

Al Levalloisiense V (Musteriense inferior de tradición acheulense) corresponde también toda la parte de la terraza de 14 metros de la margen izquierda, donde están los yacimientos de Santa Catalina, Almendro y La Gavia, en la cual, sobre las gravas, tenemos una gruesa capa de marga verde correspondiente a arrastres de ladera de variable espesor. Los sílex de estos lugares, u ofrecen aristas vivas, o tienen el aspecto propio de haber estado expuestos a la acción de la superficie.

En resumen: su situación está en relación con los yacimientos del Acheulense final, pues en gran parte están en la misma terraza, lo que denota una relación cronológica.

La industria, en líneas generales, está tallada sobre núcleos discoidales grandes o amorfos; la preparación del plano de percusión es usual, pero por regla general carecen de retoques. Los instrumentos y las lascas de desbastamiento son de gran tamaño y de cierto grosor. Abundan lascas de gran tamaño del tipo de Levallois, así como hojas anchas y largas y cuchillos con dorso curvo. Las puntas, si excluimos las tayacienses, son largas y anchas y carecen de retoques marginales, o no son densos y de carácter escaleriforme como éstas. Las raederas son grandes y con buenos retoques, y los raspadores escasos y primitivos.

Las hachas de mano denotan la influencia acheulense, pero conviene distinguir las que están en posición derivada por la pátina y el estado de conservación, y que son verdaderamente acheulenses, de aquellas otras que pertenecen al Levalloisiense V. Son éstas de carácter degenerado, y parecen

ser en muchos casos incluso núcleos acomodados al tipo de hachas. Su grosor es desmesurado, los bordes son muy sinuosos y la talla tosca y primitiva. Al lado de estas piezas hay otras más perfectas: amigdaloides, ovales, lanceoladas, cordiformes, etc.

Tipo muy característico para el Levalloisiense V del valle del Somme es el hacha triangular que aparece también en dicho tiempo en el Manzanares, pero que conviene discernir si en algunos casos es más antigua o no.

En esta etapa comienzan las primeras infiltraciones sbaikienses, puesto que se hallaron en las gravillas inferiores del tejar del Portazgo (104) en 1921-22 dos puntas tenuifoliadas, hecho que no ha vuelto a repetirse en ningún otro yacimiento similar.

Levalloisiense VI-VII.—Pudiera discutirse si la industria de las gravillas inferiores de los yacimientos del Prado de los Laneros y del Atajillo del Sastre corresponde a la fase final del Levalloisiense, o si, por el contrario, es efectivamente musteriense. Según H. Breuil, en el Levalloisiense VI las hojas se desarrollan, se reduce el número de lascas y se presentan todavía algunas hachas de mano. En el Levalloisiense VII dominan, según el mismo autor, las hojas finas y las lascas triangulares de aristas convergentes, y se presentan puntas y raederas musterienses por influencias culturales. La talla en ambas es por martillo de madera más que por percutor de piedra.

Las industrias que nos ocupan, no representadas en la colección Bento, parecen corresponder a un Levalloisiense-Musteriense muy influenciado por él, sin que baste para considerarlo como este último las raederas y las puntas pequeñas y muy retocadas. Las puntas nos indican por sus caracteres el hallarnos cerca de la fase de Abrío Audi, así como los buriles que son, doblemente abundantes que éstas. Faltan las hachas de mano y siguen presentándose las lascas Levallois. Las hojas son más finas y más frecuentes. Han aparecido varias puntas tenuifoliadas sbaikienses, que en líneas generales corresponden todavía a tipos primitivos.

MATRITENSE

Con este nombre rebautizamos nuestro Musteriense iberomauritánico (105). Designamos con él una facies del Paleolítico inferior propia de los alrededores de Madrid, caracterizada por ser una mezcla de diversas culturas. Hay un núcleo arcaico de tradicion levalloisiense y musteriense, infiltraciones aterienses y especialmente sbaikienses, pues las puntas tenuifoliadas son muy frecuentes con influencias auriñacienses y solutrenses, las últimas de las cuales se operan sobre las puntas tenuifoliadas, que llegan a ser de tipo solutrense.

El problema de dar un nombre a esta industria paleolítica del Manzanares, tan particular, es bastante difícil. No podemos considerarla como musteriense, aunque haya influencias concretas y perdure la técnica de talla y retoque. Tampoco puede ser considerada como levalloisiense, puesto que las lascas Levallois son muy poco frecuentes. Las influencias sbaikienses y aterienses no autorizan tampoco el considerarla como sbaikiense ni como ateriense. Lo

primero resultaría injustificado, porque ya había habido influencias sbaikienses en épocas anteriores y no puede considerarse esta industria como sbaikiense típico cuando es posterior al sbaikiense típico africano y cuando hay ya claras influencias solutrenses. Tampoco es apropiado el nombre de ateriense por la falta de puntas pedunculadas típicas, ya que las que se conocen son de otro tipo y guardan más relación con las del llamado Musterosolutrense del Sáhara y con las del Solutrense de la cueva del Parpalló. Igualmente sería injustificado el llamar a esta industria manzanareña auriñaciense o solutrense, puesto que los elementos de uno u otro no son dominantes, sino partes de un conjunto muy complejo. Por último nos vemos obligados a abandonar el nombre de Musteriense iberomauritánico, puesto que ni es Musteriense ni es sincrónico con él, ya que el elemento musteriense es una tradición o una técnica atrasada, ni está justificada una comunidad cultural en uno y otro país. Además, para épocas posteriores al Musteriense existe en este caso el término casi idéntico de iberomauritaniense. Después de pensarlo detenidamente nos hemos decidido a designar esta facies paleolítica con el nombre de Matritense.

Según nuestros estudios, realizados con el profesor H. Breuil, primero en el Museo Prehistórico Municipal sobre el material procedente del arenero de Los Vascos y después por nosotros sobre la colección Bento, los materiales de los yacimientos de la baja terraza, considerados antes en bloque como Musteriense iberomauritánico, hay que formar con ellos cuatro conjuntos, según su estado de conservación.

El más antiguo, de pátina intensa de colores vivos y de bordes y aristas suavizadas, corresponde a sílex de épocas más antiguas que han sido acarreados con las gravas. Además de hachas chelenses y acheulenses y de alguna pieza del Levalloisiense III-IV, hay otras más abundantes del Tayaciense y del Levalloisiense V-VII. Los otros tres conjuntos son Matritenses y parecen representar tres etapas de su desarrollo.

Matritense I.—Por lo que se refiere a su estado de conservación, este conjunto aparece siempre con pátina poco intensa de colores pardo, azul o gris y con aristas y bordes algo suavizados. Se trata, por tanto, de piezas algo anteriores al depósito de las gravas.

Tipológicamente, y en líneas generales, se distingue esta etapa por presentar todavía fuertes influencias levalloisienses y musterienses, especialmente en puntas, raederas y cuchillos. Aparecen puntas tenuifoliadas sbaikienses en número bastante apreciable, especialmente en el arenero de Martínez; pero si bien aparecen puntas de hoja de laurel, faltan las de hoja de sauce. Esto nos indica que las puntas tenuifoliadas son todavía *sbaikienses* puras, pues no se han sentido todavía las influencias solutrenses.

En cambio se aprecian tipos *auriñacienses*, como hojas con dorso rebajado y raspadores aquillados. La influencia *ateriense* es marcada en un raspador con pedúnculo con doble muesca.

La industria es de lascas —aunque haya contadas hachas de tradición *acheulense*— planas con plano de percusión retocado, talladas por piedra o por madera, sin que la talla corresponda de manera clara al Paleolítico superior.

Matritense II.—Los objetos de esta etapa son de aspecto análogo a los de la anterior en lo que se refiere a pátina y estado de conservación, pero parece como si durante algún tiempo hayan estado expuestos a la intemperie, pues los filos y las aristas sobre todo, que son lo que más se alteran por su poco espesor, están patinados de color blanco azulado (pátina lechosa).

La tipología es aproximadamente igual que la del grupo anterior, pero hay que hacer constar que aquí aparecen ya las puntas de hoja de sauce, una de las cuales, del arenero de Martínez, con retoque *solutrense*, lo que denota influencias de esta cultura sobre las puntas sbaikienses. Pero al mismo tiempo otra punta sbaikiense del arenero central de Valdivia pone de manifiesto la infiltración ateriense, puesto que muestra un pedicelo destacado por dos muescas. Es un tipo parecido, por otra parte, a las puntas pedunculadas solutrenses de tipo levantino, más a las de Can des Goges de San Julián de Ramis (Gerona) que a las de la cueva del Parpalló (Valencia).

Muy interesantes son también la hoja con dorso rebajado del arenero de Martínez y los raspadores aquillados y cepillos, que indican una influencia *auriñaciense* bien marcada.

Matritense III.—La falta de pátina y el estado fresco de los sílex denota bien claro que este conjunto matritense es el más moderno, lo que comprueba la tipología, que ofrece toda ella caracteres del Paleolítico superior. Las lascas están en minoría respecto a las hojas, que son finas y pequeñas y que son la base de la industria, puesto que sobre ellas están tallados la mayoría de los instrumentos. Las raederas también son menos abundantes que los raspadores.

Las puntas tenuifoliadas corresponden a tipos finos, especialmente a puntas de hoja de laurel y a hojas de sauce. Dos piezas por lo menos, una del arenero occidental de Valdivia y otra del de Nicasio Poyato, corresponden en forma, tamaño y retoque a puntas solutrenses más bien que a puntas sbaikienses. Claro está que la menor influencia solutrense ha podido arraigar con facilidad en un ambiente sbaikiense tan afín en lo que se refiere a morfología y técnica. En la pieza del arenero de Nicasio Poyato cabe la posibilidad de que haya sido importada.

Las influencias *auriñacienses* y *aterienses* han desaparecido, así como el fondo *levalloisiense* y *musteriense*.

Estudiados a grandes rasgos las características y desarrollo del Matritense, vamos a ver ahora, aunque sea de una manera sumaria y provisional, si tiene alguna relación con otras de la Península ibérica o del continente africano.

Respecto a ésta pudieran entreverse algunas relaciones, no con el Sbaikiense ni con el Ateriense en sentido estricto, sino con la industria que aparece en el Sáhara y en Marruecos, que llaman algunos autores Musterosolutrense, denominación impropia, pues en realidad es un Sbaikiense-Ateriense tardío que queda al Sur del territorio ocupado por la cultura capsiense en el amplio sentido de la palabra.

«Salvo en el Tidikelt, donde Reygasse—dice H. Breuil—ha descubierto Capsiense antiguo con cuchillos con dorso rebajado y buriles de ángulo sin microlitos, el Capsiense no parece haber penetrado en el interior del Sáhara

más que bajo la forma más reciente de facies tardenoisiense bien definida y a veces también incluso más tardía.» Y añade el mismo autor: «Lo que domina en todo el Sáhara es el Musteriense de puntas pedunculadas, el Ateriense de Reygasse. Estaciones de él se encuentran en toda su extensión, del Norte al Sur de este vasto desierto y desde el Atlántico hasta Tripolitania» (106). Después añade: «Barthélemy lo halló en Zafrani (Igli); Gautier, Saint Martin, Reygasse y Flamand en el Tidikeit, el Tessali, etc.; Foureau, en el Erg Irsaouan y en el Gran Erg; César, en Tabelbalat y Taodeni y en el Iguidi, a partir de Khettam.» Desde Taodeni al Niger las puntas pedunculadas son menos abundantes, pero están asociadas a soberbias puntas de hoja de laurel, como, por ejemplo, las halladas por el coronel Roulet en Ounan y el Araouan. Puntas sbaikienses y pedunculadas aparecen en Tabelbalat (colección César).

En el Marruecos francés el teniente M. Antoine cita un fragmento de punta ateriense, con pedúnculo y dos aletas, con retoques bifaciales en toda su superficie, que «rappelant de très près par sa forme, mais nullement par sa technique de taille, certaines pièces du neolithique saharien», pero que está muy patinada, que ha sido hallada en el yacimiento ateriense de Aïn Takielt (Casablanca) (107).

Para la Península son interesantes los paralelismos con el Paleolítico del Sudeste, todavía poco conocido. L. Siret (108) ha encontrado una punta solutrense en la cueva de la Bermeja, otra en la de los Tollos y otra, de técnica análoga al sbaikiense, junto con otra con pedúnculo y aletas en la cueva del Serón. Es de interés, y ya lo hicimos constar, el que la estratigrafía no sea muy clara, lo cual no sucede en la cueva del Parpalló (Valencia), excavada por L. Pericot.

En el nivel solutrense se han encontrado, según la última publicación (109), piezas toscas que recuerdan las sbaikienses y gran cantidad de puntas levantinas de pedúnculo y dos aletas que nos recuerdan las puntas saharienses y almerienses.

Todo esto nos hace pensar en que la punta levantina se deba a la aplicación de la técnica sbaikiense sobre la punta pedunculada ateriense, como sucede en Africa, si bien la influencia verdadera solutrense se haga sentir en la perfección de la talla, como sucede en las puntas tenuifoliadas del Manzanares.

Sea lo que fuere en los casos particulares, nos parece indudable que a principios del Paleolítico superior ha venido del Norte de Africa una infiltración cultural correspondiente a la mezcla del Ateriense y del Sbaikiense, que no sería raro que haya seguido el mismo camino que siguiera después la cultura almeriense, y que ha originado culturas con modalidades propias, debidas también a las influencias de la auriñaciense y de la solutrense. Sobre estas cuestiones trataremos con mayor detenimiento en próximos ANUARIOS.

MAGDALENIENSE

La prolongación de técnicas antiguas por un lado, y por otro los nuevos puntos de vista, nos hacen volver a atribuir al *Magdaleniense* la industria del limo rojo con gravillas del Atajillo y del tejar del Portazgo, que antes inter-

pretábamos como Auriñaciense, y de la cual no hay objetos en la colección Bento.

La industria que enlaza el Paleolítico con la Edad de la Piedra pulimentada debe ser el *Tardenoisiense*, según los hallazgos en la provincia de Guadalajara por el marqués de Cerralbo y los realizados últimamente en los alrededores de Segovia.

LAS CULTURAS POSTPALEOLITICAS DEL MANZANARES

La continua exploración prehistórica de los alrededores de Madrid ha permitido llegar a conocer, cada vez con mayor claridad y fidelidad, el desarrollo cultural.

A ello han contribuido no sólo las exploraciones de D. José Bento, cuya colección estudiamos ahora, y de otros recolectores, sino también las excavaciones realizadas por nuestra parte, especialmente la de la Ciudad Universitaria, pero de manera especial los estudios sistemáticos de la Prehistoria peninsular llevados a cabo por D. Pedro Bosch Gimpera.

Así podemos trazar en este momento un cuadro del desarrollo prehistórico, que va sin interrupción desde el Neolítico hasta la época romana. Otros hallazgos y excavaciones continúan la cadena hasta llegar a la Edad Media, como, por ejemplo, la necrópolis visigótica de la colonia del conde de Vallellano.

En la colección Bento faltan objetos del Neolítico final, cuya localidad más importante es el poblado de Las Mercedes, cuyos fondos de cabaña contienen la típica cerámica de cordones. Los fragmentos de este tipo de la colección Bento pertenecen todos a tiempos posteriores.

ENEOLITICO

Cultura del vaso campaniforme.—En la colección Bento sólo hay dos fragmentos de vasos campaniformes, uno procedente del arenero de Santiago y otro de Los Vascos.

El primero es parecido, por lo que se refiere al tema decorativo de los rombos, a un vaso campaniforme de Aigues Vives (110) existente en el Museo de Solsona. El de las zonas alternas lisas y de rayitas verticales es más corriente, y aparece, por ejemplo, en el vaso campaniforme de Vallecas (Madrid).

El trozo de Los Vascos tiene como paralelos, por lo que respecta a su ornamentación, los bordes del cuenco de Algodor (Toledo), los de un cuenco de Palmella (Portugal) y de los bordes de un vaso campaniforme de la cueva del Cartanyá (Tarragona).

A pesar de estos hallazgos tan característicos no creemos que correspondan al tiempo floreciente de la cultura del vaso campaniforme, de la cual, hasta la fecha, el yacimiento más típico es el de Las Carolinas (111), sino que correspondan a las primeras infiltraciones de la cultura de Almería. Esto es bien claro por lo que respecta a Los Vascos, que, según nuestros estudios sobre el material existente en el Museo Prehistórico Municipal, es un poblado en que predomina la cerámica lisa o decorada con otro estilo, y en la que los vasos del estilo de Ciempozuelos son escasos, aunque sean bien típicos y haya incluso un vaso campaniforme restaurado.

EDAD DEL BRONCE

Cultura de Almería.—No juzgamos que sea este el momento propicio para estudiar en conjunto los problemas de la cultura almeriense en Madrid, puesto que no podemos, ni pretendemos, hacer otra cosa que clasificar los objetos de la colección Bento y señalar los problemas capitales que suscitan. Por esta causa nos remitimos a lo que sobre esta cuestión hemos dicho en otro lugar (112).

Sin embargo, hemos de hacer constar que hay dos grupos de yacimientos almerienses bien marcados: uno, antiguo, cuyo representante más típico es el poblado de Los Vascos, y otro, más reciente, que tiene como representante el poblado de la Ciudad Universitaria. Estos grupos se caracterizan porque en el primero quedan huellas de la cultura del vaso campaniforme, ya en vasos de este tipo, ya en decoraciones incisas en limitadas zonas de vasos lisos de formas almerienses, mientras que en el segundo la cerámica carece completamente de adornos. El primer grupo de yacimientos corresponde al momento de la llegada de los primeros almerienses y al tiempo de su fusión con los elementos indígenas. El segundo representa una cultura almeriense más pura, debida quizá a la llegada de nuevas gentes almerienses y a la pérdida de elementos de la cultura del vaso campaniforme, que se extingue por completo.

La cerámica de Los Vascos es típica porque la decoración está limitada al borde o a la línea media, y consiste en líneas de puntos o de rayitas en zigzag, en triángulos rellenos de líneas o de puntos, etc. Las formas son ya almerienses, y predomina la cazuela de fondo semiesférico y bordes vueltos y el vaso globular.

Además de Los Vascos pertenecen a esta primera etapa almeriense el conjunto antiguo de Valdivia (W.) y el procedente del arenero del Cojo. El vaso cilíndrico de aquí es típico por su decoración incisa, decadente, pero del mismo carácter que otros vasos de Los Vascos existentes en el Museo Prehistórico Municipal.

Corresponden probablemente a la etapa reciente de la cultura de Almería

los fondos de cabaña con cerámica lisa del arenero de Martínez, con dos objetos que ya hemos descrito en otra ocasión; los de la parte W. del arenero central de Valdivia, también con un punzón y un hacha pulimentada; los vasos y la hoja de sílex del arenero del kilómetro 7 de la carretera de Andalucía, los del caserío de Orcasitas y los fragmentos del descanso de Perales.

CULTURA ARGÁRICA.—Hasta ahora eran sólo sospechas las que se tenían sobre la existencia de la cultura argárica en los alrededores de Madrid; pero hoy es un hecho indiscutible, puesto que ha aparecido en La Perla una espada netamente argárica. Al mismo tipo que ella pertenecen: una de una sepultura del cerro de San Sebastián, próximo a Puertollano (Ciudad Real), existente en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid; otra de cuatro clavos, de Atarfe (Granada), hallada entre escombros y regalada en 1867 por D. Ramón M. Narváez a D. Aureliano Fernández Guerra, que se encuentra hoy en el mismo Museo, y una tercera, de Santa Olalla (Burgos), que se encuentra en el Museo Provincial de Burgos (113), aparte de otras de los yacimientos argáricos de Almería.

La cerámica que acompaña a esta espada en La Perla es toda ella vasos de fondo semiesférico y bordes vueltos de forma esférica con asa, o cuencos pocos profundos. Ha habido hallazgos de la clásica tinaja argárica (Quitapenas). Faltan, por el contrario, la copa y el vaso de fondo semiesférico y paredes de tronco de cono.

En estos fondos argáricos hay industria de sílex atípica, excepto alguna hoja (tejar del Sastre) o cuchillos.

Sepultura argárica puede ser también la aparecida en 1927 en el tejar del Sastre, ya citada en páginas anteriores.

Según el estado actual del problema, parece como si el Argar se prolongara en Madrid durante toda la Edad del Bronce (114) para enlazar con la cultura indígena hallstáttica, de la que nos ocuparemos ahora.

EDAD DEL HIERRO

No hace muchos años nuestros conocimientos sobre la Edad del Hierro en Madrid eran sumamente reducidos, pues se limitaban al hallazgo de una tinaja grande estampillada hallada por nosotros en 1925 en la cañada de San Marcos (Getafe), y en vestigios de cerámica tosca y uno con fajas concéntricas pintadas, de la fortificación prehistórica del cerro de La Gavia (Vallecas), vista por primera vez en 1919 en unión de los profesores H. Obermaier y P. Wernert (115).

Las modernas exploraciones proporcionaron nuevos yacimientos (Santa Catalina y San Fernando) y objetos que despertaron interés por el problema, que no tenía solución porque la cerámica recogida no se prestaba a establecer comparaciones fáciles. Incluso hasta hace poco en el resto de la meseta no

había yacimientos excavados que permitieran hacer este estudio comparativo. Se comprende por consiguiente el que en nuestro último estudio de conjunto sobre la Prehistoria madrileña dijéramos sobre la Edad del Hierro poco más *o menos que lo que hemos indicado en líneas anteriores (116).*

Los nuevos materiales de que disponemos de la colección Bento nos permiten abordar el tema con ciertas esperanzas de salir airosos, pues no sólo los vasos enteros o en fragmentos son típicos, sino que también, a causa de haberse realizado excavaciones en otros yacimientos castellanos y por haberse estudiado la cerámica, podemos establecer paralelos y seguir sus huellas desde su patria originaria hasta Madrid.

La Edad del Hierro en Madrid pudiera dividirse en tres etapas, que se caracterizan por la cerámica de la siguiente manera:

a) *Cultura indígena arcaizante.*—Con cerámica de reminiscencias neoeneolíticas, con cordones e incisiones y de formas toscas.

b) *Cultura celta-hallstáttica.*—Cerámica incisa y *Kerbschnittkeramik.*

c) *Cultura de los castros.*—Cerámica con decoración estampillada. Al final cerámica pintada ibérica, que llega a enlazar con la cultura iberorromana. Esta última etapa no está representada en la colección Bento.

A) CULTURA INDÍGENA.—Consideramos como perteneciente a ella el grupo de fondos de cabaña de Valdivia (W.) y otro conjunto de cerámica del arenero central de Valdivia.

El carácter general que ofrece son grandes arcaísmos. El asa doble en forma de B recuerda las de la cueva de Solana de la Angostura (Segovia) (117) y las de la cueva de la Mujer (Granada) (118), correspondientes, según A. del Castillo (119) y P. Bosch Gimpera, a la cultura de las cuevas (Eneolítico inicial). Lo mismo sucede con los fragmentos con cordones y huellas digitales, que como elemento indígena perdura desde el Neolítico hasta época visigoda, y los grandes tetones. La decoración con líneas poco profundas aplicadas a los cordones o a la superficie del vaso, por lo general de color claro, aparece en yacimientos similares a los que nos ocupa. Así, por ejemplo, aparecen en el Roquizal del Rullo (Fabara, Zaragoza) (120) vasos hechos a mano, de barro amasado con muchas partículas de cuarzo y con decoración en relieve obtenida mediante cordones de barro, en los cuales, con las yemas de los dedos, se han hecho impresiones que les da un aspecto ondulado.

De Numancia (121) cita también P. Bosch Gimpera fragmentos de cerámica de este tipo, procedentes del nivel inferior al estrato celtibérico, y que, según él, se relaciona más con una cultura del tipo de la de Marles que no con el Neoeneolítico. Los castros sorianos excavados por B. Taracena (122) han dado también la cerámica de cordones y fragmentos de bocas con impresiones digitales.

No faltan paralelos de Las Cogotas (123), aunque de otro carácter, pero representado también en Madrid, pues el cordón tiene una línea de puntos gruesos. Se conoce la cerámica de cordones también en las covas del Janet (Tivisa), Tossal Redó (Calaceite), Les Valletes (Sena), Marles, etc.

Otros trozos son interesantes por estar la decoración hecha simplemente

con la uña cuando la masa estaba fresca. Tenemos un ejemplar muy típico procedente del arenero de Martínez y una boca del central de Valdivia. Se relaciona el primero con otros similares de Numancia (124), Marles (125), etc.

Por último hemos de anotar, recapitulando todo lo expuesto, que los hallazgos anteriormente presentados se relacionan con una cultura indígena del tipo de Marles correspondiente a la primera Edad del Hierro y con iguales caracteres de arcaísmo.

B) CULTURA CELTA-HALLSTÁTTICA.—Con la cerámica de este grupo pueden formarse varios grupos.

Cerámica lisa.—En el arenero central de Valdivia, además del vaso cilindroide con un asa, que por su tosquedad pudiera interpretarse como indígena, ha aparecido uno pequeño, entero, doble-cónico, con un asa, que se relaciona con otros similares del Roquizal del Rullo (Zaragoza), Quintanar de Gormaz (Soria) y Las Cogotas, si bien difieren por la forma del asa y por estar éstos decorados.

Otro fragmento de la misma localidad es de igual forma que los decorados, especialmente del representado en la figura 1 de la lámina XXXV.

El trozo de boca con un pitorro de Quitapenas se relaciona con algunos vasos de barro negro de Numancia (126).

Cerámica incisa.—Con ella pueden formarse dos grupos: la cerámica de incisiones o puntos sencillos y la cerámica de punto en raya.

La cerámica incisa de trazo continuo muestra en algunos casos puntos de contacto con el vaso campaniforme, hasta tal punto que pudieran sus fragmentos confundirse con los de él, pues se emplean los mismos temas decorativos, zig-zas y zonas rellenas de puntos. Sirva de ejemplo el reproducido en la figura 10 de la lámina XXXVI, que hubiera sido atribuído a la cultura del vaso campaniforme si no se hubieran recogido otros similares, como el del arenero oriental de Valdivia, de forma netamente hallstáttica (127). Esto nos lleva a creer que los vasos de Molino (Soria) presentados en el volumen primero de este ANUARIO por Julio Martínez Santa-Olalla (128) son, no coetáneos del vaso campaniforme, sino hallstátticos, como el mismo autor ha manifestado últimamente (128 bis).

La otra técnica a que nos hemos referido antes se caracteriza porque las líneas llevan en su interior puntos hechos apretando el punzón cuando se trazaba la línea, o sea la misma técnica que la del Eneolítico, llamada técnica de Boquique. A pesar de esta coincidencia no parece tratarse de una reminiscencia cultural indígena, puesto que la forma de los vasos es completamente exótica y sumamente típica.

Así ocurre en el vaso completo del arenero central de Valdivia y en el fragmentado del de Martínez, cuya forma, de boca ancha, cuello corto, máxima anchura cerca de la boca y fondo plano y pequeño, es la misma de muchos vasos hallstátticos españoles y de los túmulos renanos.

La decoración principal, no sólo de ambos, sino también del arenero occidental de Valdivia, formada por series de líneas semicirculares concéntricas, y de los fragmentos del arenero de Martínez y Valdivia centro, aparece en

fragmentos de Las Cogotas, pero sobre todo en la cerámica de la *Hügelgräberkultur* renana, lo mismo en la serie de la Edad del Bronce que en la hallstáttica.

Elementos decorativos muy característicos para este grupo de cerámica tosca es la línea horizontal, cruzada de trazos verticales, cortos y profundos, que decora ordinariamente la boca, lo mismo de vasos incisos que de *Kerbschnitt,* y la espiguilla, es decir, la línea formada por una serie longitudinal de pares de rayitas en ángulo.

Muy interesante es el saber que estos vasos tuvieron una sustancia colorante incrustada en el adorno inciso. Ya conocíamos un trozo del arenero primero del ventorro del tío Blas (Villaverde, colección Fuidio) con incrustación de pasta blanca, pero ésta es aún más clara en un vaso del arenero central de Valdivia y en otro del oriental del mismo nombre. La incrustación de la cerámica de la antigua Edad del Hierro era de uso muy corriente. Recordaremos que están incrustados en rojo, negro y raras veces en azul los vasos incisos hallstátticos de Baden, Würtemberg, Baviera, Austria y Ukrania (129).

Kerbschnittkeramik.—Esta cerámica, de un estilo tan peculiar, se caracteriza por estar la decoración hecha con un instrumento metálico, destacando parte de la masa cuando el barro estaba fresco; es decir, la misma técnica que se emplearía para decorar una calabaza o un objeto de madera. El tema decorativo puede quedar en la superficie del vaso rodeado de la parte excavada, o al contrario, corresponder a ésta.

El tema más empleado en los fragmentos de los areneros de Valdivia centro y de Martínez es el zig-zag, acompañado en algún caso de una hilera de triángulos. En el fragmento tan curioso representado en la lámina XXXVII, figura 2, esta decoración se combina con una especie de dobles hachas formadas por líneas incisas y puntos. La técnica de *Kerbschnitt* es muy rara en España, pues sólo conocemos un vaso de Las Cogotas (130), un fragmento de Numancia (131) y varias piezas del Roquizal del Rullo.

En su *Etnología de la Península ibérica* P. Bosch Gimpera (132) relaciona un vaso de Numancia con decoración incisa (zig-zag e incisiones angulares) y botones de cobre o bronce incrustados con otros análogos de Las Cogotas, de tipos «més o menys posthallstàttics», y con el vaso de Estiche (Huesca), los cuales cree relacionado con las «incisions anomenades *Kerbschnitt* de la cerámica del centre d'Europa de la cultura cèltica dels túmulo de l'edat del bronce *(Hügelgräber)*». Para nosotros estos vasos son posthallstatticos y de época posterior a los vasos madrileños de Las Cogotas, Numancia y Fabara que hemos citado.

Los mayores paralelos, especialmente para los tres vasos enteros del arenero central de Valdivia, los tenemos en la región renana, donde la *Kerbschnittkeramik* es característica de la *Hügelgräberkultur,* que perdura después en la época de Hallstatt (133). No siéndonos posible tratar el tema con mayor detenimiento, nos hemos de limitar a indicar que el vaso representado en la figura 4 de la lámina XXXIV se relaciona por su forma con uno de un túmulo de Dahlheim (134), y el de la lámina XXXIX, con piezas muy abundantes de la

Edad del Bronce de Baviera, Würtemberg y Hersen (135). El último vaso, de forma doble cónica, abierto, sólo tiene paralelos por su forma con ciertos tipos de las culturas eneolíticas del valle del Danubio.

Cronología y Etnografía.—Estudiados los hallazgos antes mencionados de los alrededores de Madrid y sus relaciones con ejemplares similares de la Península ibérica, vamos ahora a ver si se puede obtener algún dato sobre la época y el pueblo a que corresponden (136).

Toda una serie de indicios hace pensar que estos yacimientos madrileños, la capa inferior de Las Cogotas y de Numancia y el poblado del Roquizal del Rullo corresponden a un mismo estrato cultural y étnico evidentemente sincrónico, para lo cual es necesario hacer varias aclaraciones.

En Las Cogotas, según el material presentado por Cabré, hay dos estratos anteriores a la ciudad posthallstálttica a que pertenece la necrópolis.

El más antiguo corresponde a la cultura de Almería, muy tardía a pesar de la decoración de la cerámica. Esta última coincide perfectamente con el hacha pequeña de fibrolita y con el hacha plana de cobre o bronce, pues no ha sido analizada. El detalle que nos indica Cabré de tener «doble bisel en los costados», nos hace pensar en que fué fundida en molde de dos valvas.

La cerámica almeriense es sólo una parte de lo que Cabré llama «cerámica de carácter arcaico y de tradición neoeneolítica», pues la otra corresponde a la Edad del Hierro y es la que hemos comparado con los ejemplares de la colección Bento. Muestra adornos incisos muy finos, pero sin relación alguna con el vaso campaniforme. De ella no hemos de decir más, pues sólo nos interesaba su separación del conjunto siguiente.

Este último muestra cerámica de dos tipos, la incisa y la de punto en raya y la *Kerbschnitt*. Aquélla, que Cabré cree es la de Boquique, tiene paralelismos grandes con la de la colección Bento, si bien es de sentir el que sólo hayan aparecido fragmentos. Uno hay que muestra en el borde la serie de rayitas verticales cruzadas por una horizontal. Las dos técnicas están empleadas en un vaso completo sumamente interesante, que resume todo el estilo de la época de Hallstatt y que de ningún modo se puede relacionar con el vaso campaniforme ni considerar como de la segunda mitad de la Edad del Bronce, como pretende Cabré.

Del mismo estilo es un fragmento de vaso encontrado en el cerro del Viso, de Alcalá de Henares (Madrid). Corresponde a un vaso más plano, y su decoración es por incisiones profundas; pero parece ser *Kerbschnitt* una fila de triángulos cerca del borde, aunque esta técnica no parece clara. El fondo estaba decorado por una estrella, de la que se ve un radio y líneas paralelas; la externa es de rayitas pequeñas paralelas. Es la única pieza que conocemos de este lugar, que prueba la existencia de un castro de la Edad del Hierro en lugar tan adecuado y donde en época romana había de levantarse la ciudad de *Complutum*.

La estratigrafía de Numancia se nos presenta tan oscura como la de Las Cogotas. De las excavaciones españolas no se ha publicado perfil alguno, aunque haya hallazgos considerados vagamente como prehistóricos y como neolí-

ticos. Tenemos que atenernos exclusivamente a los perfiles de C. Koenen (137). Según ellos, y como dice P. Bosch Gimpera (138), se deduce que debajo del pavimento de la ciudad «ibérica» hay una capa de tierra gris y cenizas con cerámica. A juzgar por una lámina de Paulsen, ésta es de incisiones al estilo de la de Marles y de adorno hecho con la uña. Un trozo parece corresponder a la técnica de *Kerbschnitt*. Bosch Gimpera llega a esta conclusión por el estudio del material numantino del Museo de Soria.

Más dudosa es la relación entre este conjunto de hallazgos y otro constituído por hachitas de fibrolita pulimentadas, puntas de flecha de sílex almerienses y una piedra pequeña con figuras esquemáticas grabadas. Probablemente con ellos iría cerámica lisa almeriense, con lo cual se tendría un conjunto almeriense, indicio de la primera ocupación del cerro de Garray. No nos parece propio que corresponda a los hallazgos antes descritos, es decir, a una cultura del estilo de Marles con fuertes tradiciones neoeneolíticas. En este caso tendríamos para Numancia una estratigrafía análoga a la de Las Cogotas: Almería, castro primitivo, ciudad posterior. Es lástima que en ambos casos tengamos que hacer hipótesis por falta de atención en las excavaciones.

De todos los poblados proto-ibéricos de Aragón, el que se relaciona más con las estaciones madrileñas es el del Roquizal del Rullo. Según nuestros estudios sobre el material del Museo Arqueológico Nacional, existe un conjunto cerámico de carácter arcaizante decorado con cordones, al que hay que añadir los vasos con adorno inciso poco marcado. Corresponde en líneas generales a una cultura indígena y a la segunda fase de Cabré. El resto de la cerámica está formado por vasos de fondo semiesférico y pared en tronco de cono con los bordes vueltos hacia fuera. La técnica de la decoración consiste en puntos o rayas de incisión profunda, o en triángulos, rombos o rectángulos excavados al estilo de la *Kerbschnittkeramik*. Muy interesante es el que la decoración forme zonas en las que alternan líneas diagonales con otros temas, lo que coincide con el estilo de los vasos pintados de las culturas de Kalenderberg y Salem.

Los vasos del Roquizal del Rullo y Las Cogotas, con los aparecidos últimamente en Madrid, tienen sus prototipos en la región renana. A través de Francia parece no existir en la época de Hallstatt nada comparable con la cerámica que nos interesa, como no sea algunos detalles de la cerámica de Les Jogasses y de la Argonne (138). En cambio la *Kerbschnittkeramik* está muy bien representada en la Edad del Bronce, no pudiéndonos explicar su falta después, lo que pudiera deberse por nuestra parte a una insuficiente información bibliográfica.

En Alemania del Sur comienzan los paralelos con la *Kerbschnitt* de la Edad del Bronce, tanto por lo que se refiere a la decoración como a las formas. Urnas con semicírculos concéntricos incisos, idénticas a la de Valdivia centro, tenemos en los túmulos situados al Norte de Colonia, del final de la Edad del Bronce, como la jarra con el asa, también de la Edad del Bronce; el vaso pequeño con asa, tipo del Hallstatt I y II, y la ornamentación incisa de zonas

alternantes, uno de cuyos temas son líneas diagonales, correspondiente al Hallstatt III (Salem-Koberstadt-Kalenderberg).

Estudiando la cuestión en conjunto nos parece indudable que se trata de huellas de un movimiento celta procedente de la región renana, puesto que las coincidencias son absolutas, incluso en aquellos casos en que pudiera pensarse en relaciones con la cultura del vaso campaniforme, pues veríamos que se explican mejor por la *Zonenkeramik*, es decir, por sus derivaciones tardías y alejadas de su país originario. Todo el conjunto que hemos estudiado no tiene nada que ver con la cerámica posthallstáttica, donde se inician nuevos tipos que no ofrecen tales estilos decorativos.

A pesar de que los mayores paralelismos de la cerámica de que nos ocupamos tienen lugar con cerámica de la *Hügelgräberkultur* de la Edad del Bronce, consideramos inadmisible el pensar que deba fecharse como de la misma, puesto que en el Sur de Alemania perdura hasta tiempos avanzados de Hallstatt. Las influencias del grupo de Salem y Kalenderberg nos dan la fecha de la separación del círculo originario, esto es, los siglos VIII-VII. Que entonces hubiera una primera invasión celta por el Occidente de los Pirineos, o que ésta sea solo la vanguardia de los pueblos celtas de la gran invasión del siglo VI, es cosa muy discutible. Desde luego es segura su independencia con la invasión catalana de la *Urnenfeldernkultur*, tanto por razones étnicas como arqueológicas. Kraft y Bosch Gimpera han reconstituído la cronología y marcha de la misma. Las necrópolis hallstátticas catalanas señalan como fecha de su comienzo de 1200-90 antes de J. C.; su apogeo tiene lugar entre 900 y 600, y decaen en el siglo VI al conquistar los iberos el camino del Sur de Francia. El camino seguido por este pueblo fué el valle del Ródano, y se estableció, además que en la costa catalana, en el Sur de Francia, donde dió origen después a la cultura posthallstáttica, siendo conocido en los textos con el nombre de bebrice.

Nos parece arqueológicamente que esta invasión céltica es anterior al siglo VI, porque en Las Cogotas se sucede a continuación de la *Kerbschnitt* la cerámica con ornamentación incisa fina de líneas paralelas, como hechas con un peine, y cuya decoración (zig-zag, meandros, ondulados, etc.) guarda relación con la de las armas nieladas o con los relieves o grabados de los castros de Santa Tecla, Sabroso, Briteiros, como reconoce J. Cabré. Dentro del mismo grupo hay que incluir la cerámica con botones de cobre o bronce y con anillas de ámbar, tanto de Las Cogotas como de Numancia, y la cerámica lisa de estilo posthallstáttico. Más moderna todavía, quizá a partir del siglo III, es la cerámica estampillada de Las Cogotas, que atestigua quizá la propagación de la cultura de los castros del Norte de Portugal y Galicia, que va acompañada de cerámica pintada Esta cultura de los castros penetra en la provincia de Madrid, pues a ella pertenecen los castros del Almoerón (San Martín de Valdeiglesias), La Gavia (Getafe) y Titulcia. En todos estos lugares la cerámica estampillada va acompañada de cerámica pintada, y en la última localidad apareció con un trozo de cerámica campaniense. Este conjunto tiene en las localidades madrileñas el aspecto de ser muy próximo a la conquista romana.

A análogo resultado que el nuestro ha llegado P. Bosch Gimpera (140) por el estudio del Roquizal del Rullo y otros poblados del bajo Aragón, el cual indica que es probable que al mismo tiempo que los *Urnenfeldern* entran en Cataluña hubiera infiltraciones de ellos por el Occidente y centro del Pirineo, y que cabría dejar abierta la posibilidad de que estas infiltraciones llevadas a España fuesen debidas a los beribraces, que hay que relacionar con los bebrices del Pirineo francés, que corresponden al pueblo de los *Urnenfeldern*. Bosch considera que el límite extremo de los movimientos celtas fueron Sena, Estiche y Mequinenza, desde donde partieron las influencias al bajo Segre, Roquizal del Rullo y los poblados del bajo Aragón.

Resulta muy seductora esta hipótesis de una primera invasión celta debida a los beribraces como vanguardia de la gran invasión del siglo VI; pero Bosch Gimpera parte del supuesto de una *Urnenfeldernkultur*. Nosotros creemos que los paralelos —la cuestión a discutir es sumamente oscura y se basa sobre materiales escasos y de valor muy desigual— que deben buscarse han de ser en pueblos descendientes de la *Hügelgräberkultur*, que penetraron también en España en el siglo VI, como los galaicos, con su cerámica incisa y estampillada, en que se nota la tradición de la *Kerbschnittkeramik*.

Una solución sería el admitir que los *Urnenfeldern* del bajo Ebro hubieran desplazado delante de sí pueblos descendientes de la *Hügelgräberkultur*, que penetraron por Castilla y Portugal (Alpierça), que fueron borrados después por la gran invasión del siglo VI. Otra sería el considerar que esta primera invasión correspondería a los beribraces, y que éste fuera un pueblo de la cultura de los túmulos, y que su expansión por el valle del Ebro y Castilla tuvo lugar poco antes de la segunda invasión, por las relaciones de la cerámica con la del grupo de Salem-Koberstadt, que, según Schumacher, corresponde al Hallstatt III (800-700 antes de J. C.). De esta última opinión es J. Martínez Santa-Olalla (141), para el cual «los celtas, que invaden en el 600 España, son los que tienen como base étnica las gentes de los *Hügelgräber*, que en tierra española, en la época posthallstáttica, siguen enterrando en túmulos, tan típicos y tan específicamente célticos como son los de la necrópolis de Chamartín de la Sierra, en la provincia de Avila».

Madrid, marzo de 1935.

NOTAS

ABREVIATURAS

«Ac. S. E. H. N.»	«Actas de la Sociedad Española de Historia Natural».
«An. S. E. H. E.»	«Anales de la Sociedad Española de Historia Natural».
«B. S. A.»	«Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris».
«B. S. E. H. N.»	«Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural».
«B. S. I. C. N.»	«Boletín de la Sociedad Ibérica de Ciencias Naturales».
C. I. A. A.	«Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistoriques».
«C. I. P. P. M.»	«Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. Memoria».
«L'A.»	«L'Anthropologie».
«M. J. S. E. A.»	«Memoria de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades».
«M. S. E. H. N.»	«Memorias de la Sociedad Española de Historia Natural».
«R. B. A. M. A. M.»	«Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid»
«T. M. N. C. N. S. G.»	«Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Serie Geológica».

(1) PÉREZ DE BARRADAS (J.). — *Nuevos yacimientos paleolíticos de superficie de la provincia de Madrid.* «B. S. E. H. N.», tomo XIX, págs. 212-216. Madrid, 1919.

(2) IDEM.—*Paleolitos musterienses de la Casa de Campo (Madrid).* «Boletín de la Sociedad Española de Excursiones», tomo XXIX, págs. 151-153. Madrid, 1921.

(3) IDEM.—*Yacimientos paleolíticos del valle del Manzanares.* Trabajos realizados en 1920-21. «M. J. S. E. A.», núm. 42. Madrid, 1922.

(4) IDEM.—*Algunos datos para el estudio de la climatología cuaternaria del valle del Tajo.* «B. S. I. C. N.», tomo V, págs. 125-145. Zaragoza, 1923.

(5) IDEM.—*Las terrazas cuaternarias del valle del Manzanares.* «Ibérica», volumen XX, págs. 42-44. Tortosa, 1923.

(6) IDEM.—*Yacimientos paleolíticos de los valles del Manzanares y del Jarama (Madrid).* Trabajos realizados en 1921-22. «M. J. S. E. A.», núm. 50. Madrid, 1923.

(7) IDEM.—*Yacimientos paleolíticos del valle del Manzanares (Madrid).* Trabajos realizados en 1922-23. «M. J. S. E. A.», núm. 60. Madrid, 1924.

(8) IDEM.—*Introducción al estudio de la Prehistoria madrileña.* «R. B. A. M. A. M.», tomo I, págs. 13-35. Madrid, 1924.

(9) IDEM.—*Yacimientos paleolíticos del valle del Manzanares (Madrid).* Trabajos realizados en 1923-24. «M. J. S. E. A.», núm. 64. Madrid, 1924.

(10) IDEM.—*Nuevas civilizaciones del Paleolítico de Madrid (Musteriense iberomauritano y Precapsiense).* «Bulletí de l'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistoria», tomo II, págs. 1-40: Barcelona, 1924.

(11) IDEM.—*El Cuaternario del valle alto del Jarama.* «Ibérica», volumen XXII, núm. 534, págs. 9-12. Tortosa, 1924.

(12) IDEM.—*Excursiones por el Cuaternario del valle del Jarama.* «Ibérica», volumen XXII, núm. 535, págs. 25-28. Tortosa, 1924.

(13) IDEM.—*Estudios sobre el terreno cuaternario del valle del Manzanares (Madrid).* Madrid, 1926.

(14) PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Etudes sur le terrain quaternaire de la vallée du Manzanares (Madrid).* Madrid, 1926.

(15) IDEM.—*El Neolítico de la provincia de Madrid.* «R. B. A. M. A. M.», tomo III. págs. 76-87. Madrid, 1926.

(16) IDEM.—*Los suelos y el terreno cuaternario de los alrededores de Madrid.* «Boletín de Agricultura Técnica y Económica», año XIX, págs. 425-441. Madrid, 1927.

(17) IDEM.—*El Madrid prehistórico.* «Revista de las Españas». Año II, págs. 194-201. Madrid, 1927.

(18) IDEM.—*El descubridor del hombre fósil en España, D. Casiano de Prado y Vayo.* «Investigación y Progreso». Año II, págs. 1-4. Madrid, 1928.

(19) IDEM.—*La infancia de la humanidad.* Apéndice I: *La Prehistoria madrileña.* págs. 163-169. Madrid, 1928.

(20) IDEM.—*Los yacimientos prehistóricos de los alrededores de Madrid.* «Boletín del Instituto Geológico y Minero de España», tomo XI, tercera serie, páginas 153-322. Madrid, 1929.

(21) IDEM.—*La colección prehistórica Rotondo.* «Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria», tomo VIII, págs. 161-204. Madrid, 1929.

(22) IDEM.—*Nuevos hallazgos de la Casa de Campo (Madrid).* «Ibidem». Actas, tomo IX, págs. 18-21. Madrid, 1930.

(23) PÉREZ DE BARRADAS (J.) y FUIDIO (F.).—*Nuevos yacimientos neolíticos de los alrededores de Madrid.* «R. B. A. M. A. M.», tomo IV, págs. 283-293. Madrid, 1927.

(24) IDEM.—*Un nuevo yacimiento paleolítico de la zona de las Delicias (Madrid).* «Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria», tomo VIII, págs. 155-160. Madrid, 1929.

(25) PÉREZ DE BARRADAS (J.) y WERNERT (P.).—*Instrumentos paleolíticos de superficie de la ciudad de Madrid.* «Coleccionismo». Año VIII, págs. 103-106. Madrid, 1920.

(26) IDEM.—*El nuevo yacimiento paleolítico de La Gavia (Madrid).* «Coleccionismo». Año IX, págs. 55-56. Madrid, 1921.

(27) IDEM.—*Excursión geológica por el valle inferior del Manzanares.* «B. S. I. C. N.», tomo III, págs. 138-158. Zaragoza, 1921.

(28) OBERMAIER (H.) y PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Las diferentes facies del Musteriense español y especialmente de los yacimientos madrileños.* «R. B. A. M. A. M.», tomo I, págs. 143-173. Madrid, 1924.

(29) IDEM.—*Yacimientos paleolíticos del valle del Jarama (Madrid).* «Anuario de Prehistoria Madrileña», tomo I, págs. 29-35, con seis láminas. Madrid, 1930.

(30) OBERMAIER (H.), WERNERT (P.) y PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*El Cuaternario de las canteras de Vallecas (Madrid).* «Boletín del Instituto Geológico de España, tomo XLII, págs. 305-332. Madrid, 1921.

(31) WERNERT (P.) y PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*El Almendro. Nuevo yacimiento cuaternario en el valle del Manzanares.* «Boletín de la Sociedad Española de Excursiones», tomo XXVII, págs. 238-269. Madrid, 1919.

(32) IDEM.—*Yacimientos paleolíticos del valle del Manzanares (Madrid).* Trabajos realizados en 1919-20. «M. J. S. E. A.», núm. 33. Madrid, 1921.

(33) IDEM.—*El Cuaternario del valle del Manzanares (Madrid).* «Ibérica», Año VIII, núm. 373, págs. 233-235. Tortosa, 1921.

(34) WERNERT (P.) y PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Contribución al estudio de los yacimientos paleolíticos de Madrid.* «Coleccionismo». Año IX, págs. 31-44. Madrid, 1921.

(35) IDEM.—*Contribución al estudio del Paleolítico superior del Manzanares.* «Coleccionismo». Año IX, págs. 153-157. Madrid, 1921.

(36) IDEM.—*Bosquejo sobre un estudio sintético sobre el Paleolítico del valle del Manzanares.* «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», tomo XXVIII, págs. 441-465. Madrid, 1924.

(37) IDEM.—*El yacimiento paleolítico de San Isidro. Estudio bibliográfico-crítico.* «R. B. A. M. A. M.», tomo II, págs. 31-68. Madrid, 1925.

(38) IDEM.—*El yacimiento paleolítico de El Sotillo.* «Anuario de Prehistoria madrileña», vol. I, págs. 37-95 y vols. II-III, págs. 13-60, con 54 láminas. Madrid, 1930-32.

(39) BREUIL (H.).—*La Préhistoire. Leçon d'ouverture de la chaire de Préhistoire au Collège de France.* «Revue des Cours et Conférences», 30-XII-1929. París, 1930. Cf. resención bibliográfica en el «Anuario de Prehistoria madrileña». Vols. II-III, págs. 2-8.

(40) IDEM.—*Les industries a éclats du paléolithique ancien. I. Le Clactonien.* «Prehistoire», tomo I, págs. 127-190. París, 1932.

(41) WERNERT (P.) y PÉREZ DE BARRADAS (J).—*Loc. cit.*, nota 34.

(42) IDEM.—*Loc. cit.*, notas 32 y 37.

(43) PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.*, nota 20, págs. 37-41.

(44) En su trabajo sobre el Clactoniense el profesor H. Breuil dice sobre los hallazgos madrileños lo siguiente:

«En mars 1932 un examen approfondi des séries paléolithiques du Manzanarés m'a permis diverses constatations intéresants ce travail. Nulle part, même à San Isidro (terrasse a 40 m.), le vrai Chelléen n'existe en place, mais seulement dérivé ou très dérivé. In en est de même, avec une différence de patine appréciable, de nombreux éclats clactoniens. Antérieurement à l'Acheuléen, il existe donc ici une industrie à éclats clactoniens. La plupart des formes acheuléennes se rapporteut à des stades recénts de cette dernière industrie, et l'on voit que la plus grande partie des industries à éclats plus récentes que le Clactonien dérivent de celui-ci et, bien que se mêlant progressivement de technique à plans de frappe préparés, suivent, comme à la Micoque moyenne et au Castillo inférieur, une voie particulière qui peut aboutir au Moustérien mais s'en différencie comme plus ancienne et de technique différente.»

Véase PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Notas prehistóricas. I. La industria clactoniense del valle del Manzanares.* «Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria», tomo XIII, págs. 219-223. Madrid, 1934.

(45) De las gravas inferiores de San Isidro, y de los desmontes del terreno propiedad de la Sacramental de San Isidro, procede un hacha de mano propiedad de D. Julián Zuazo y Palacios, que he podido estudiar sobre un vaciado, pues se encuentra en la actualidad en el Museo Arqueológico Provincial de Albacete. Es de sílex y está algo suavizada. Es amigdaliforme, de perfil muy regular, bordes rectos y talla plana, pero sin ser muy fina la pieza ésta se relaciona con otras recogidas por nosotros, especialmente una del arenero de San Antonio y otra de las Vaquerías del Torero, más que con

las hachas acheulenses finas de la colección Rotondo, que juzgamos de procedencia francesa.

En el Congreso Internacional de Arqueología, celebrado en Barcelona en los días 23 a 29 de septiembre de 1928, y al que asistimos como delegados del excelentísimo Ayuntamiento de Madrid, presentamos una comunicación titulada *Nuevas investigaciones en el yacimiento de San Isidro,* donde decíamos textualmente lo siguiente:

«En las colecciones del Museo Antropológico de Madrid, y en la del señor Rotondo, depositada en la Dirección de Investigaciones Prehistóricas del Ayuntamiento de Madrid, hay una serie de magníficas hachas acheulenses procedentes de San Isidro. Nosotros, con arreglo a datos bibliográficos, hemos creído que procederían del limo arcillo-arenoso de color verde con arenas (tierra de fundición). Las nuevas extracciones de este material han resultado por completo estériles, y nos han obligado a estudiar nuevamente los materiales citados.

Resulta extraña la pátina mate y poco intensa, propia más bien de loess que de arenas, y recuerdan piezas francesas. Hemos consultado nuestras sospechas con el profesor H. Obermaier y con M. Paul Wernert, y son de parecer también que tales ejemplares pudieron proceder de cambios efectuados por especialistas franceses. D. Emilio Rotondo y Nicolau, que formó las dos colecciones, era un simple *amateur,* y no daba nunca indicaciones de procedencia a sus objetos, por lo que hay que proceder con cautela con ellos, como veremos después al tratar del Eneolítico.

Sin embargo, no por no haberlo encontrado nos atrevemos a negar este nivel arqueológico. Provisionalmente lo ponemos en duda, y esperamos que los hechos confirmen o nieguen nuestras suposiciones.»

(46) Yacimiento posiblemente inédito.

(47) PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.,* nota 20, pág. 205. Material inédito en el Museo Prehistórico Municipal.

(48) IDEM.—*Loc. cit.,* nota 20, págs. 282-283, figs. 12 y 35.
OBERMAIER (H.) y PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit., nota 28.*

(49) Véanse páginas 63-65 de esta monografía.

(50) PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.,* nota 20, pág. 221.

(51) Material inédito en el Museo Prehistórico Municipal.

(52) WERNERT (P.) y PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.,* nota 32, págs. 95-105, figuras 132-154.
PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.,* nota 3, págs. 37-39, figs. 79-85.
IDEM.—*Loc. cit.,* nota 6, págs. 22-25, figs. 54-61
IDEM.—*Loc. cit.,* nota 7, págs. 15-17, fig. 34.
IDEM.—*Loc. cit.,* nota 20, pág. 222.

(53) IDEM.—*Loc. cit.,* nota 6, pág. 25.
IDEM.—*Loc. cit.,* nota 20, págs. 222-223. Material inédito abundante en el Museo Prehistórico Municipal.

(54) IDEM.—*Loc. cit.,* nota 20, pág. 232.

(55) IDEM.—*Loc. cit.,* nota 20, págs. 232-233.

(56) HERNÁNDEZ PACHECO (E.).—*Los cinco ríos principales de España y sus terrazas.* «T. M. N. C. N. S. G», núm. 36, págs. 47-48. Madrid, 1928.

(57) PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Actas de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria,* tomo XI, pág. 12. Madrid, 1932.

(58) PÉREZ DE BARRADAS (J.) y WERNERT (P.).—*Loc. cit.*, nota 26.
PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.*, nota 20, págs. 236-237.
(59) IDEM.—*Loc. cit.*, nota 20, pág. 224, figs. 16-17. Abundante material inédito del mayor interés en el Museo Prehistórico Municipal de Madrid.
(60) IDEM. - *Loc. cit.*, nota 20, pág. 224. El Museo Prehistórico Municipal tiene de este yacimiento abundante material.
(61) Colecciones inéditas en el Museo Prehistórico Municipal.
(62) SIRET (L.).—*Revue Anthropologique*, 1932.
(63) De trabajos anteriores a 1931 se guarda en el Museo Prehistórico Municipal una buena serie de este lugar.
(64) Lo mismo que hemos dicho en la nota 63 se puede aplicar a este yacimiento.
(65) PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.*, nota 9, págs. 23-24, fig. 22.
IDEM.—*Loc. cit.*, nota 20, pág. 78.
(66) No creemos necesario advertir que es sumamente probable que lo que se llama corrientemente «fondos de cabaña» no lo son, sino basureros y hogares, según se deduce de nuestras excavaciones del poblado eneolítico (almeriense) de la Ciudad Universitaria. Véase PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Excavaciones en el poblado eneolítico de Cantarranas, Ciudad Universitaria (Madrid)*. «Anuario de Prehistoria madrileña», vols. II-III, págs. 61-81, con 29 láminas. Madrid, 1932.
(67) En la colección Bento hay restos de un cráneo procedente de una sepultura nueva aparecida en el arenero de Martín, donde realizamos excavaciones en 1930. Es probable, pensamos ahora, que estas sepulturas fuesen visigodas. Véase PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Las villas romanas de Villaverde Bajo (Madrid)*. «Anuario de Prehistoria madrileña», vols. II-III, págs. 99-124, con 28 láminas, págs. 119-120, lám. XIX. Madrid, 1932.
(68) PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Yacimientos paleolíticos de los valles del Manzanares y del Jarama (Madrid)*. Trabajos realizados en 1921-22. Número 60 de la «M. J. S. E. A.», pág. 25. Madrid, 1923.
(69) D. Fidel Fuidio, en sus exploraciones, ha recogido en los fondos de cabaña del descanso de Perales cerámica lisa, sílex tallados (hojas finas y largas y un diente de hoz), trozos de fibrolita, una piedra de molino con una cazoleta en el centro, y un trozo de una lámpara de barro como las de la Ciudad Universitaria, con parte del borde y del pico. Inédito.
(70) De este poblado prehistórico del arenero de Los Vascos hay un material inédito de gran interés en el Museo Prehistórico Municipal.
(71) PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.*, nota 20, figs. 48-49. *Madrid: Información sobre la ciudad*. Lámina frente a la página 40. Madrid, 1929.
(72) BEHRENS.—*Kerbschnittverzierte Keramik*. «Reallexikon der Vorgeschichte», tomo VI, págs. 328-329. Berlín, 1926.
(73) De esta localidad posee un vaso D. Antonio Molinero Pérez. Su decoración consiste en zonas alternas de rayas cruzadas y de círculos (creemos que se abusa demasiado de los soles) cerca de la boca. La restauración que hemos tenido ocasión de ver está mal orientada. La forma del vaso es la del representado en la figura 1 de la lámina XXXVIII de este trabajo.
(74) PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Prehistoria*. «Historia Universal». Gili, editor. (En prensa.) Véanse también trabajos citados en las notas 10 y 28.
Por lo que se refiere al método histórico-cultural en Etnología, véanse los trabajos de F. Graebner y de W. Schmidt. Un resumen aparece en la

obra antes mencionada nuestra y en las tituladas *Historia de las religiones* (Manuales Germen, núm. 31. Madrid, 1932) y *El color en la vida y en el arte de los pueblos*. «Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria», tomo XI, págs. 137-207, y tomo XII, págs. 3-88. Madrid, 1932 y 1933.

(75) PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Estudios sobre el terreno cuaternario del valle del Manzanares (Madrid)*, pág. 122. Madrid, 1926.

(76) ROYO GÓMEZ (J.).—*El Terciario continental de la cuenca alta del Tajo*. Datos para el estudio de la Geología de la provincia de Madrid. Hoja número 560. Alcalá de Henares. «Instituto Geológico y Minero de España». Madrid, 1928.

(77) PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Los yacimientos prehistóricos de los alrededores de Madrid*. «Boletín del Instituto Geológico y Minero de España», tomo XI, tercera serie, págs. 153-322 y 162-163. Madrid, 1929.

(78) INSTITUTO GEOLÓGICO Y MINERO DE ESPAÑA.—*Mapa geológico. Memoria explicativa de la hoja número 559*. Madrid, págs. 27-28 y 76-77. Madrid, 1929. Véase recensión crítica en este ANUARIO.

(79) PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.*, nota 75.

(80) Nuestro sistema de terrazas sigue siendo el expuesto en 1926. Esquemáticamente es como sigue:

a) Terraza inferior:
De depósito, a 2-4 por debajo del nivel actual del río.

b) Terraza baja:
De erosión, a 4-6 metros por encima del nivel actual del río, como las siguientes.
De depósito, a un metro.

c) Terraza media:
De erosión, a 7-11 metros.
De depósito, a 3-5 metros.

d) Terraza alta:
De erosión, a 15-26 metros.
De depósito, a 9-14 metros.

e) Terraza superior:
De erosión, a 35-70 metros.
De depósito, a 30 metros.

f) Plataforma, a 100-125 metros.

(81) BREUIL (H.).—*Loc. cit.*, notas 39 y 40.
BREUIL (H.) et KOSLOWSKI (L.).—*Etudes de stratigraphie paléolithique dans le Nord de la France, la Belgique et l'Angleterre*. «L'A», tomo XLI, págs. 449-488, y tomo XLII, pág. 27-47 y 291-314. París, 1931-1932.

(82) PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.*, nota 10.

(83) OBERMAIER (H.) y PÉREZ DE BARRAS (J.).—*Loc. cit.*, nota 28.

(84) PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.*, nota 20.

(85) ROYO GÓMEZ (J.).—*Prehistoria y Protohistoria*. *Loc. cit.*, nota 78.

(86) Trabajos citados en las notas 3, 32 y 34.

(87) BREUIL (H.).—*Loc. cit.*, nota 40, pág. 145, fig. 5.

(88) IDEM.—Pág. 155, figs. 11 y 12.

(89) BREUIL (H.) y KOSLOWSKI (L.).—*Loc. cit.*, nota 81, tomo XLI, págs. 473-474, figs. 11 y 12.

(90) OBERMAIER (H.) y WERNERT (P.)—*Yacimiento paleolítico de las Delicias (Madrid)*. «M. S. E. H. N.», tomo XI, págs. 1-35. Madrid, 1918.

(91) BREUIL (H.) y KOSLOWSKI (L.).—*Loc. cit.*, nota 81, tomo LXI, fig. 22.

(92) COMMONT (V.). - *Les hommes contemporains du renne dans la vallée de la Somme*. «Mémoires de la Société des Antiquaires de Picardie», tomo XXXVI, págs. 207-646 y 303-304, fig. 33. Amiens, 1914.

(93) OBERMAIER (H.) und WERNERT (P.).—*Paläolithbeiträge aus Nordbayern*. «Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft», tomo XLIV, págs. 44-64. Wien, 1914.

IDEM. — *Alt-Paläolithikum mit Blatt-Typem*. «Ibídem», tomo LIX, página 293-310. Wien, 1929.

(94) BREUIL (H.).—*Loc. cit.*, nota 40.

(95) PEYRONY (D.). - *Etude comparée des deux niveaux quaternaires de La Micoque (Dordogne)*. «Bulletin de la Société de Géographie Commerciale», págs. 61-70. Bordeaux, 1908.

IDEM.—*A propos des fouilles de La Micoque et des travaux récents parus sur ce gisement*. «Revue de l'Ecole d'Anthropologie», tomo XVIII, páginas 380-382. París, 1908.

IDEM.—*Le gisement préhistorique de La Micoque et ses nouvelles industries*. «Association Française pour l'Avance des Sciences». Le Havre, 1929.

(96) BOURLOU (M.).—*Une fouille au Moustier (Dordogne)*. «L'homme préhistorique». IIIme année. París, 1905.

IDEM.—*L'industrie des foyers supérieur sau Moustier*. «Revue Préhistorique». Vme année, págs. 157-167. París, 1910.

IDEM.—*Industries des niveaux moyen et inférieur de la terrase du grand abri-au Moustier*. «Ibídem». VIme année. París, 1911.

(97) PEYRONY (D.).—*Le Moustier. Les gisements. Les industries. Les couches géologiques*. «Revue Anthropologique». París, 1930.

(98) OBERMAIER (H.) y PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.*, nota 28.

(99) PEYRONY (D.).—*Loc. cit.*, nota 97.

(100) BREUIL (H.).—*Loc. cit.*, notas 39, 40 y 81.

(101) El Levalloisiense I aparece en la cantera Devallois, en Etonvy (Somme), en las gravas de base de la baja terraza de cinco metros. Otra localidad típica, según H. Breuil, es el gran taller inglés de Baker's Hole, en Northfleet, cerca de Londres. Su edad geológica es incierta en Francia por no haberse encontrado *in situ*, sino en gravas de solifluxión con fauna fría. En Baker's Hole corresponden al principio del penúltimo período glaciar, habiendo sido recubiertas y en parte revueltas por el *coombe-rock* de la solifluxión rissiense. En Francia, según H. Breuil y L. Koslowski, pueden pertenecer a un momento tardío del interglaciar, Mindel-Riss, durante el cual se formaron las gravas de base de la terraza externa de 10 metros con fauna cálida y con hipopótamos. Las aristas están rotas por la acción de la solifluxión rissiense. Las piezas de Etonvy correspondientes a las gravas del borde interno de la terraza de 10 metros son lascas gruesas, algunas casi hojas, talladas con percutores de piedra.

(102) PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.*, nota 10.

WERNERT (P.) y PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.*, nota 38.

(103) COMMONT (V.).—*Mousterien à fauna chaude dans la vallée de la Somme a Montières les Amiens*. «Compte-rendu au Congrès International d'An-

thropologie et d'Archéologie préhistoriques», págs. 291 y siguientes. Genève, 1913.

(104) WERNERT (P.) y PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.* nota 32, págs. 52-53, fig. 53.

PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.*, nota 3, pág. 37, fig. 77.

(105) PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.*, nota 10.

WERNERT (P.) y PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.*, nota 38.

(106) BREUIL (H.), FROBENIUS (L.) y BREUIL (H.).—*L'Afrique.* «Cahiers d'Art», página 458. París, 1930.

(107) ANTOINE (M.).—*Notes de Préhistoire marocaine. IV. Sur deux stations à outils pédonculés des environs de Casablanca.* «Bulletin de la Société Préhistorique du Maroc». Vme année, págs. 3-19. Casablanca, 1931 y 26-VI-1933.

El P. H. Koehler cree que la punta citada pertenece al Neolítico del Sáhara y es pieza venida a Marruecos por comercio.

(108) SIRET (L.).—*Classification du Paléolithique dans le Sudest de l'Espagne.* Compte-rendu du XVe Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie préhistoriques. IVe Session de l'Institut International d'Antropologie. París, 1931.

(109) PERICOT (L.).—*Las excavaciones de la cueva del Parpalló (Gandía, provincia de Valencia).* «Investigación y Progreso». Año VII, págs. 1-9. Madrid, 1933.

(110) CASTILLO (A. DEL).—*La cultura del vaso campaniforme.* Universidad de Barcelona. Barcelona, 1928.

BOSCH GIMPERA (P.).—*Glockenbecherkultur.* «Reallexikon der Vorgeschichte», tomo IV, I, págs. 345-362. Berlín, 1928.

(111) OBERMAIER (H.).—*El yacimiento prehistórico de las Carolinas (Madrid).* «Memoria número 16 de la Comisión de Investigaciones paleontológicas y prehistóricas». Madrid, 1917.

(112) PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.*, nota 66.

(113) SIRET (L.).—*Questions de chronologie et d'etnografie iberiques.* Tomo, I, página 380, fig. 383. París, 1913.

(114) BOSCH GIMPERA (P.).—*La Edad del Bronce en la Península ibérica.* «Investigación y Progreso». Año VI, págs. 145-148. Madrid, 1932.

(115) OBERMAIER (H.), WERNERT (P.) y PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Loc. cit.*, nota 30, pág. 305.

(116) PÉREZ DE BARRADAS (J.). – *Loc. cit.*, nota 20, págs. 310-311.

(117) LLORENTE.—*Datos referentes a diversas cavernas de la provincia de Segovia, y particularmente de la conocida con el nombre de cueva de la Solana de la Angostura, en el término de Encinas.* «Boletín de la Comisión del Mapa Geológico», vol. V, segunda serie, págs. 354 y sigs. Madrid, 1900.

(118) MACPHERSON.—*La cueva de la Mujer.* Cádiz, 1870-71.

(119) CASTILLO (A. DEL).—*Loc. cit.*, nota 110, págs. 29-35.

(120) CABRÉ (J.).—*Excavaciones en el Roquizal del Rullo (término de Fabara, provincia de Zaragoza), dirigidas por D. Lorenzo Pérez Temprano.* «M. J. S. E. A.», núm. 101. Madrid, 1929.

(121) BOSCH GIMPERA (P.).—*Etnología de la Península ibérica,* pág. 523. Editorial Alfa. Barcelona, 1932.

(122) TARACENA Y AGUIRRE (B.).—*Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño.* «M. J. S. E. A.», núm. 103. Madrid, 1928.

(123) CABRÉ AGUILÓ (J.).—*Excavaciones de Las Cogotas (Cardeñosa, Avila). I. El castro.* «M. S. E. A.», núm. 110. Madrid, 1930.

IDEM.—*Cerámica de la segunda mitad de la época del Bronce de la Península ibérica.* «Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria», tomo VIII, págs. 205-245. Madrid, 1929.

(124) PAULSEN (R.).—*Fundstette von Numantia.* En SCHULTEN (A.).—*Numantia. Die Ergebmsse der Ausgrabungen, 1905-1912.* Tomo II. *Die Stadt Numantia,* págs. 223-281. München, 1931.

(125) SERRA VILARÓ (J.).—*Traballo prehistórica a Marles.* «Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans», vol. VI. Barcelona, 1920.

IDEM.—*Cerámica de Marles.* Musaeum Archaeologicum Dioecesanum. Solsona, 1928.

(126) *Excavaciones de Numancia.* «Memorias de la Comisión ejecutiva», lámina XXIV, A y C. Madrid, 1912.

TARACENA AGUIRRE (B.).—*La cerámica ibérica de Numancia.* «Biblioteca de Coleccionismo», lám. III, fig. 15. Madrid, 1924.

(127) Los hallazgos del Cerro del Berrueco (Salamanca), presentados por el padre CÉSAR MORÁN (*Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco.* «Memoria número 65 de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades», Madrid, 1924) como pertenecientes a la cultura del vaso campaniforme, lo cual ha sido confirmado por A. DEL CASTILLO (*loc. cit.*, nota 109, págs. 54-55, lám. XXV), nos parecen corresponder a tiempos posteriores, cultura de Almería, Hallstatt (la que Castillo llama de Boquique) y de la cultura de los castros (cerámica estampillada).

Probablemente es hallstáttica la cueva de la Aceña (Silos, Burgos), en la cual J. Martínez Santa-Olalla ha presentado varios trozos cerámicos adornados con incisiones profundas, parecidos en todo a estos fragmentos madrileños, otros adornados con cordones y un tercero con triángulos de técnica de *Kerbschnitt* e incisiones. Véanse MARTÍNEZ SANTA-OLALLA (J.).—*Prehistoria burgalesa: Neolítico y Eneolítico.* «Bulletí de l'Associació Catalana d'Antropología, Etnografía y Prehistoria», vol. IV, págs. 85-109, y lám. XV, págs. 90-92. Barcelona, 1926.

(128) CASTILLO (A. DEL).—*Loc. cit.*, nota 109, pág. 55, lám. XXVII. Barcelona, 1928.

MARTÍNEZ SANTA-OLALLA.—*Cerámica incisa y cerámica de la cultura del vaso campaniforme.* «Anuario de Prehistoria madrileña», vol. I, 1930, páginas 97-129, lám. XIV y págs. 112-113, lám. XI, figs. 1-7.

Opinión rectificada por el mismo autor en su trabajo *Casco de plata céltico de la primera Edad del Hierro.* «Investigación y Progreso». Año VIII, páginas 22-25. Madrid, 1934.

(129) WILKE.—*Einlage, 3, Keramik.* «Reallexikon der Vorgeschichte», tomo III, págs. 58-60. Berlín, 1925.

(130) CABRÉ (J.).—*Loc. cit.*, nota 123.

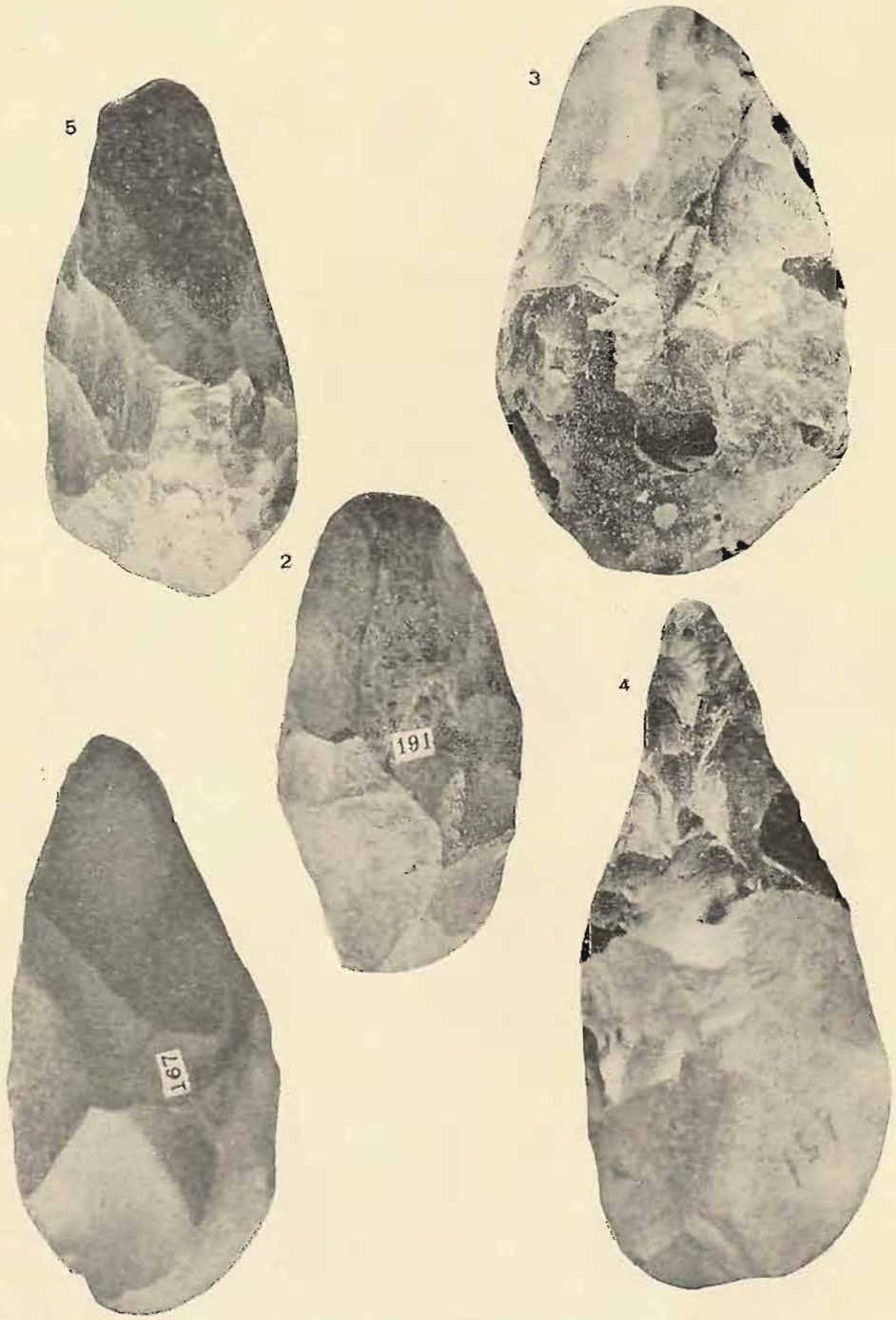
(131) PAULSEN.—*Loc. cit.*, nota 124.

(132) BOSCH GIMPERA (P.).—*Loc. cit.*, nota 121, págs. 584-585.

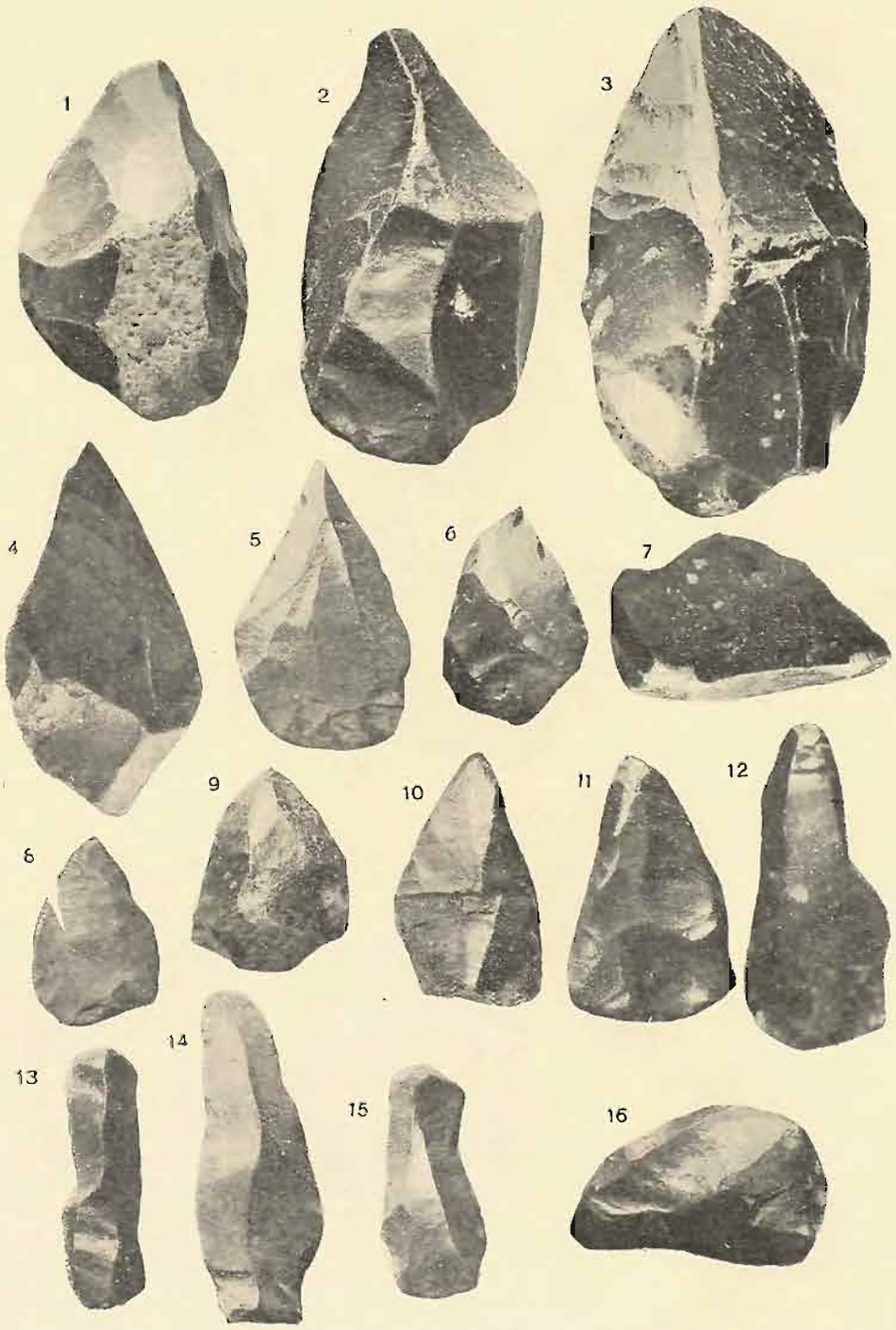
(133) BEHRENS.—*Kerbschnittkeramik.* «Reallexikon der Vorgeschichte», tomo VI, págs. 338-339. Berlín, 1926.

IDEM.—*Mittel und Süddeutschland. C. Brounsereit.* «Ibídem», tomo VIII, págs. 245-260, láms. 75-84. C. Berlín, 1927.

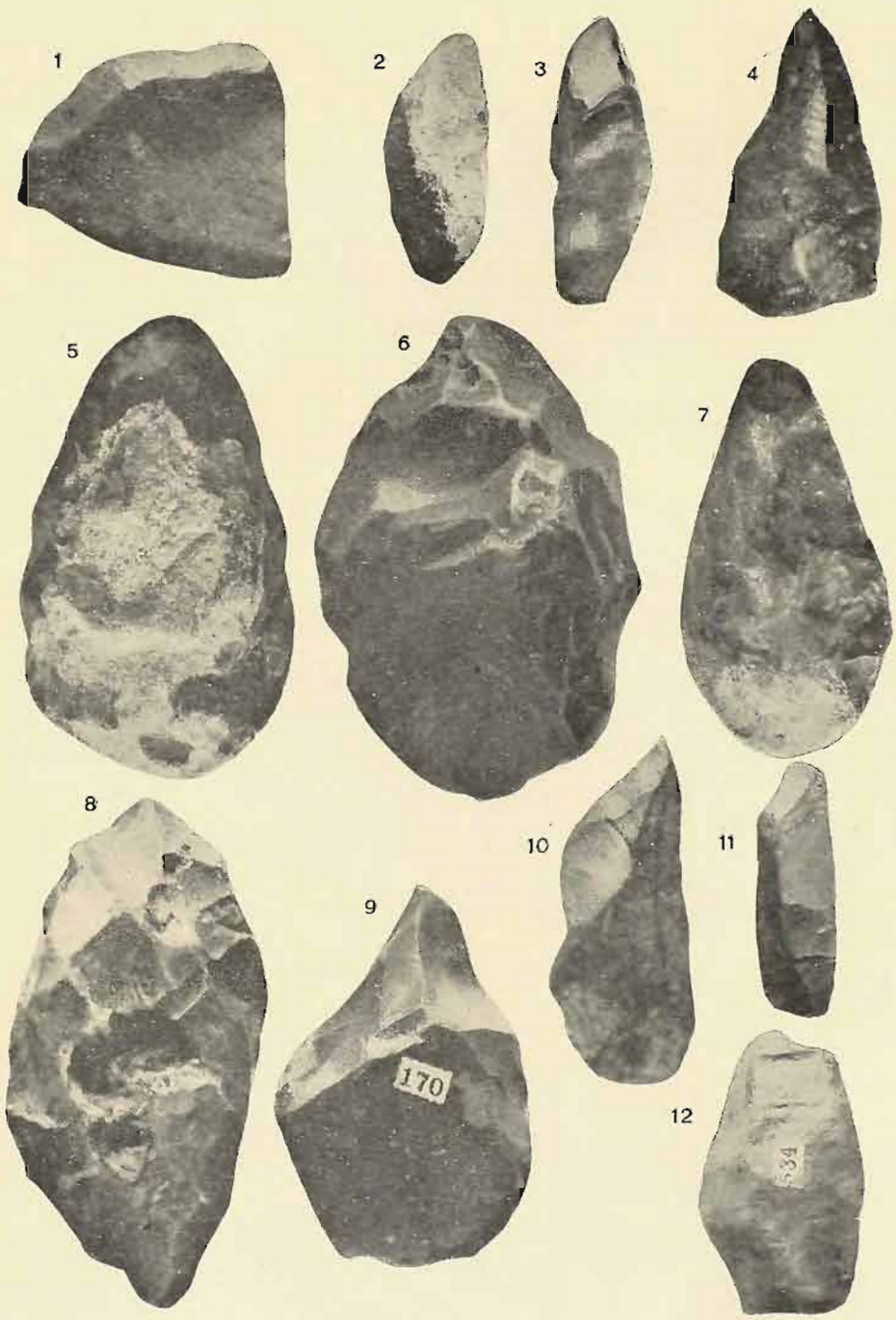
(133) SCHEMACHER (K.).—*Mittel und Süddeutschland. D. Hallstatt und Latène-Zeit.* «Ibídem», págs. 260-271.
RADAMACHER (E.). — *Niederrheinische. Hügelgräberkultur der Bror und vorrömischen Eisenzeit.* «Ibídem», págs. 483-489, láms. 153-161.
(134) IDEM.—*Loc. cit.*, nota anterior, lám. 159.
(135) BEHRENS.—*Loc. cit.*, nota anterior, lám. 78.
(136) PÉREZ DE BARRADAS (J.).—*Notas prehistóricas. II. La primera invasión celta en la meseta central de España.* «Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria», tomo XIII, págs. 223-228. Madrid, 1935.
(137) KOENEN (C.).—*Loc. cit.*, nota 24.
(138) BOSCH GIMPERA (P.).—*Loc. cit.*, nota 121, págs. 581-597.
(139) LANTIER (R.).—*Ausgrabungen und neue Funde in Frankreich aus der Zeit von 1915 bis 1930 (Paläolithikum bis Römerzeit).* «XX Bericht der Römisch Germanischen Komission, 1931», págs. 77-146. Frankfurt am Main, 1931.
(140) BOSCH GIMPERA (P.).—*Loc. cit.*, nota 121, págs. 622-623.
(141) MARTÍNEZ SANTA-OLALLA (J.).—*Casco de plata céltico de la primera Edad del Hierro.* «Investigación y Progreso». Año VIII, págs. 22-25. Madrid, 1934.



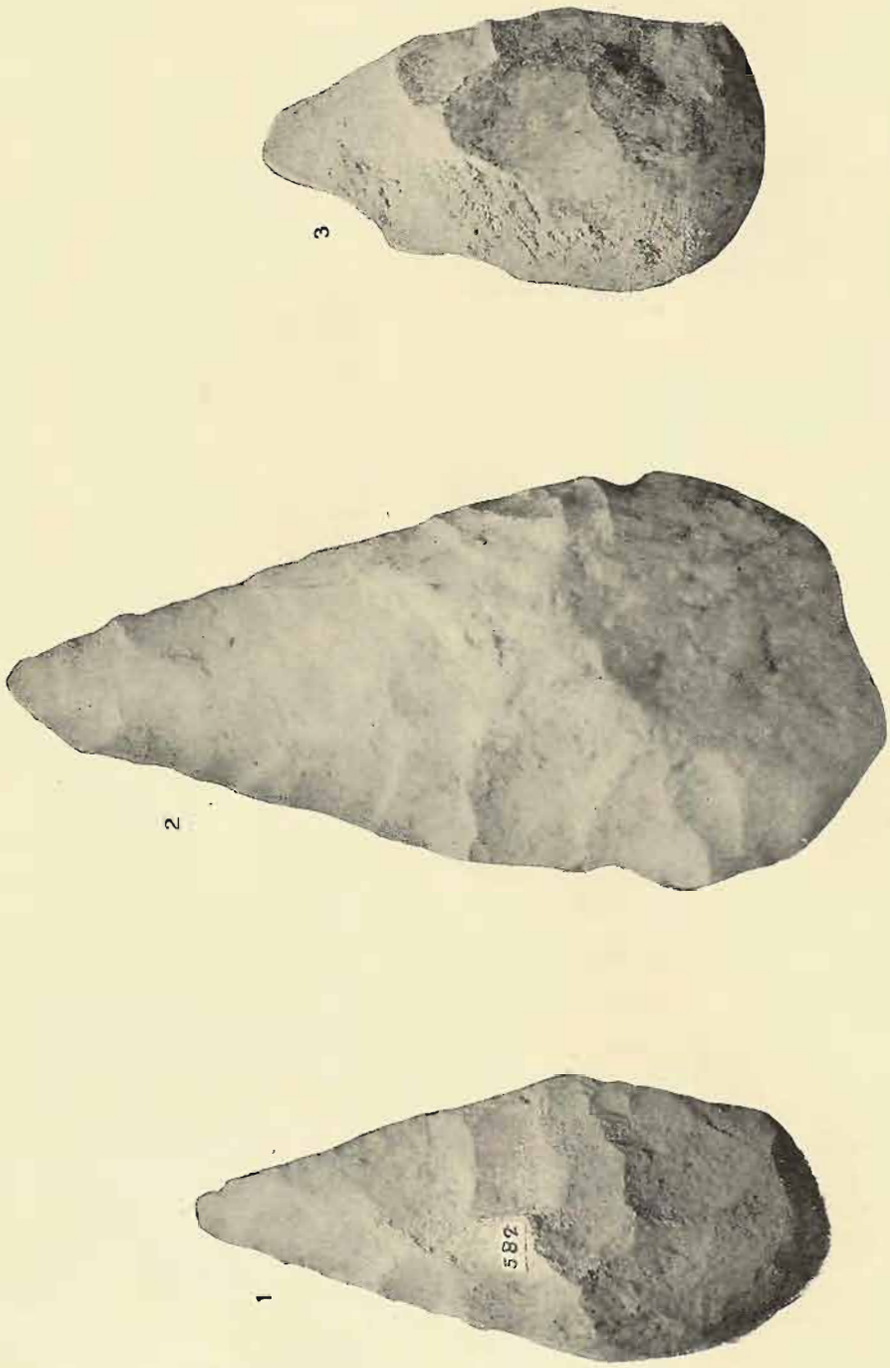
1, hacha de sílex del Chelense superior, de las gravas inferiores de San Isidro; 2, hacha de sílex del Acheulense inferior, de la misma procedencia; 3, hacha de sílex del Acheulense inferior, de la barriada del Cerro Bermejo, y 4 y 5, hachas amigdaloides de sílex del Acheulense inferior (G. A.), de las arenas rojas de la Sangrería. (Todas las fotografías son aproximadamente la mitad del tamaño del original.)



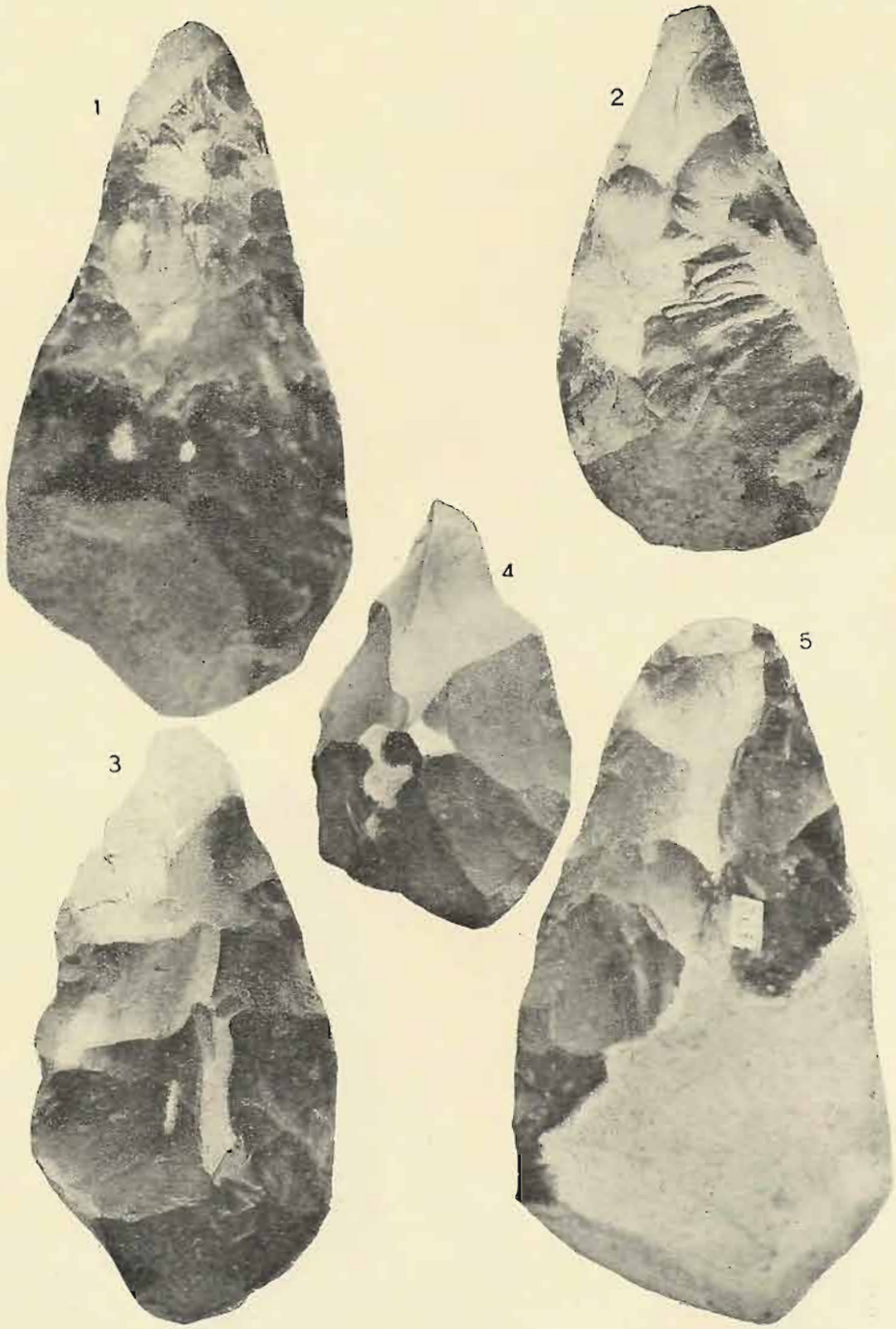
La Sangrería. *Arenas inferiores:* 1 a 3, hachas raederas del Acheulense inferior; 4, hacha-buril; 5 y 6, puntas; 7, punta-raedera arcaica; 8 a 12, puntas raederas; 13 a 15, cuchillos sobre hoja, y 16, raedera.



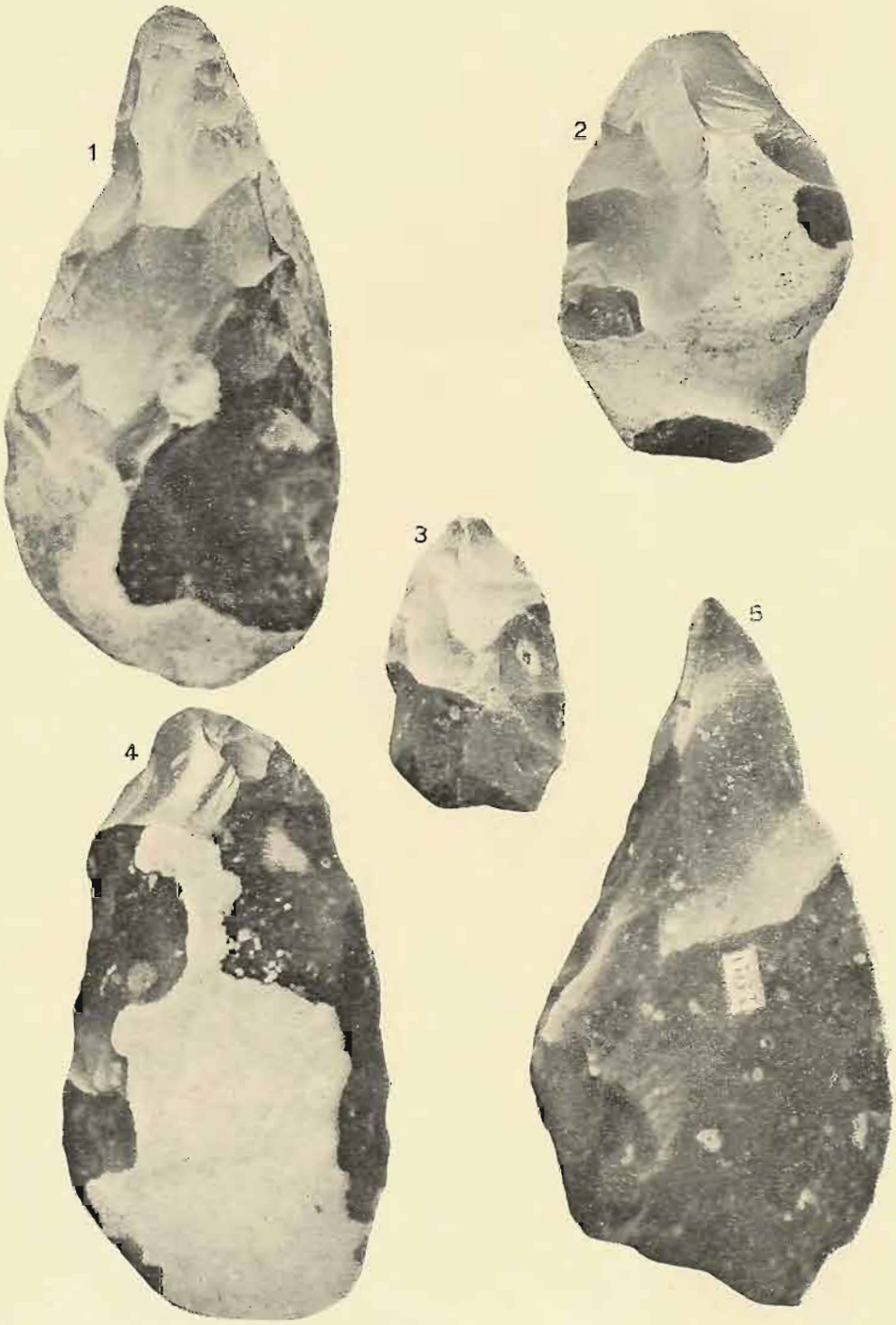
La Sangrería. *Arenas inferiores:* 1 a 3, raederas.—Arenero de Simón. *Gravillas inferiores:* 4, punta, y 5 a 7, hachas acheulenses.—Casa del Moreno. *Gravillas inferiores:* 8 y 9, hachas; 10, cuchillo, y 11, cuchillo sobre hoja.—Tejar del Sastre: 12, hoja raedera.



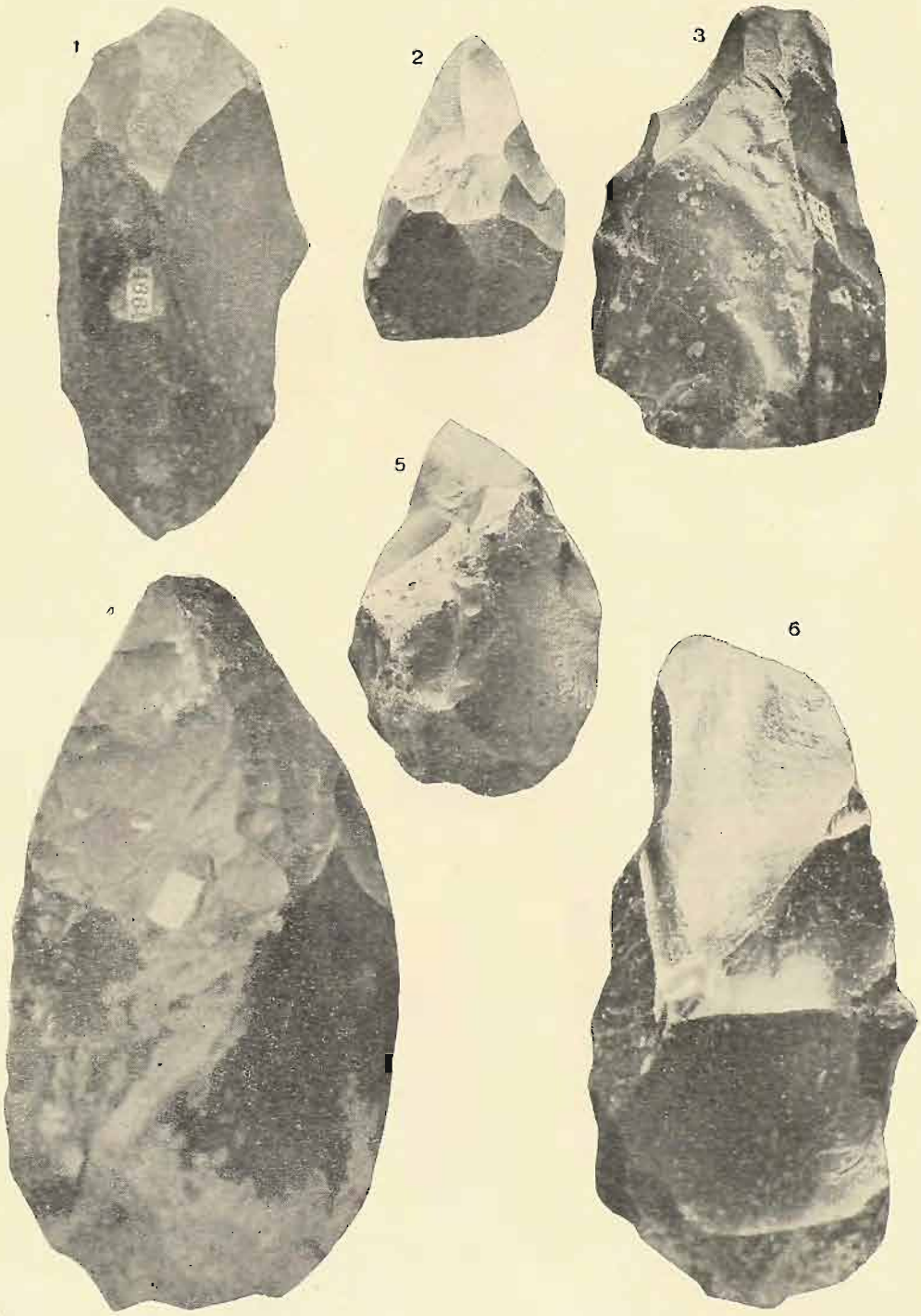
La Perla. *Arenas blancas:* 1 y 2, hachas amigdaloides de sílex del Acheulense superior. — Arenero del kilómetro 7: 3, hacha amigdaloide de cuarcita del Acheulense superior.



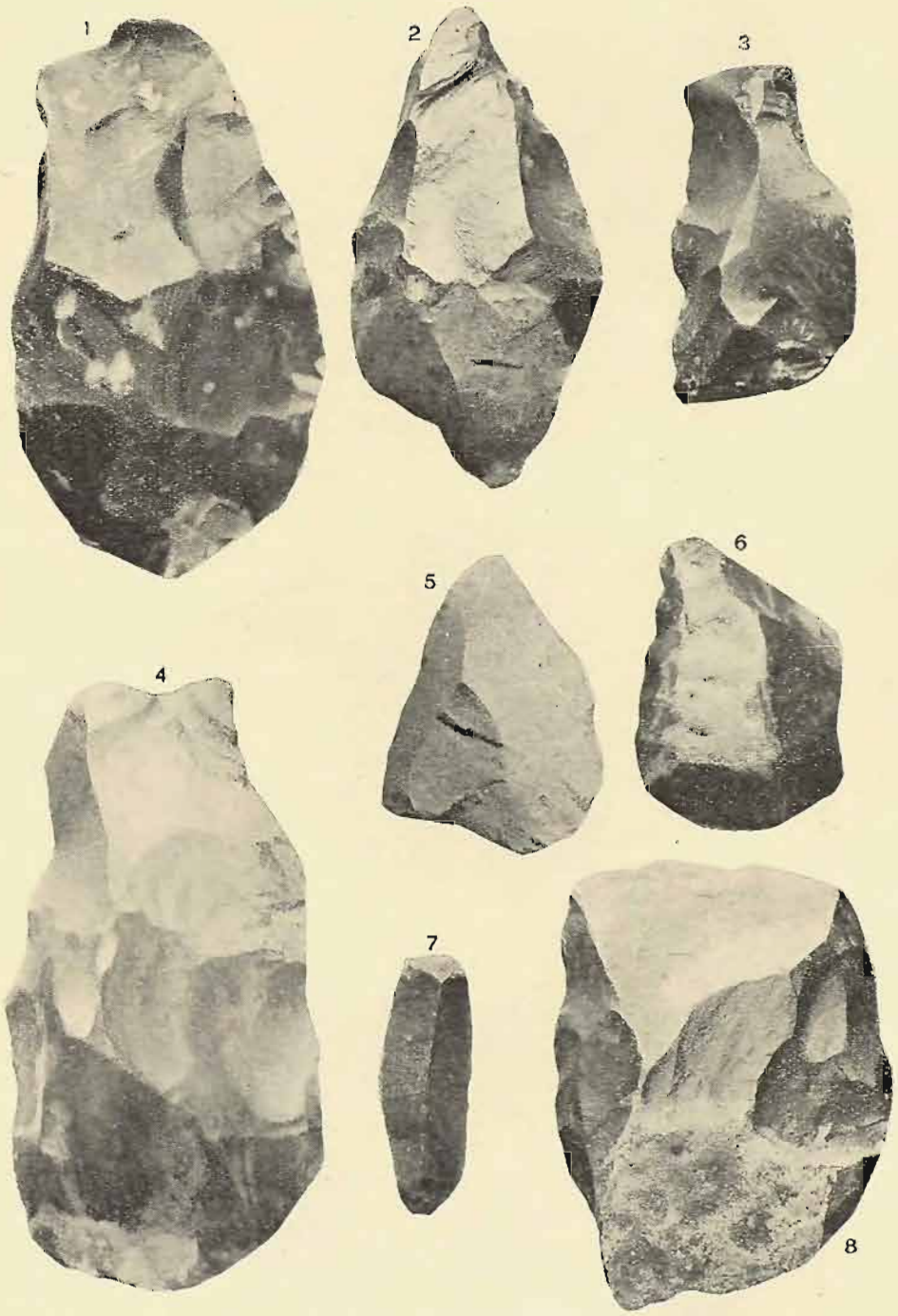
LA PERLA. *Arenas blancas:* 1, hacha amigdaloide de sílex del Acheulense superior.—ARENERO DEL KILÓMETRO 7. *Gravas inferiores:* 2 a 5, hachas amigdaloides de sílex del Acheulense superior.



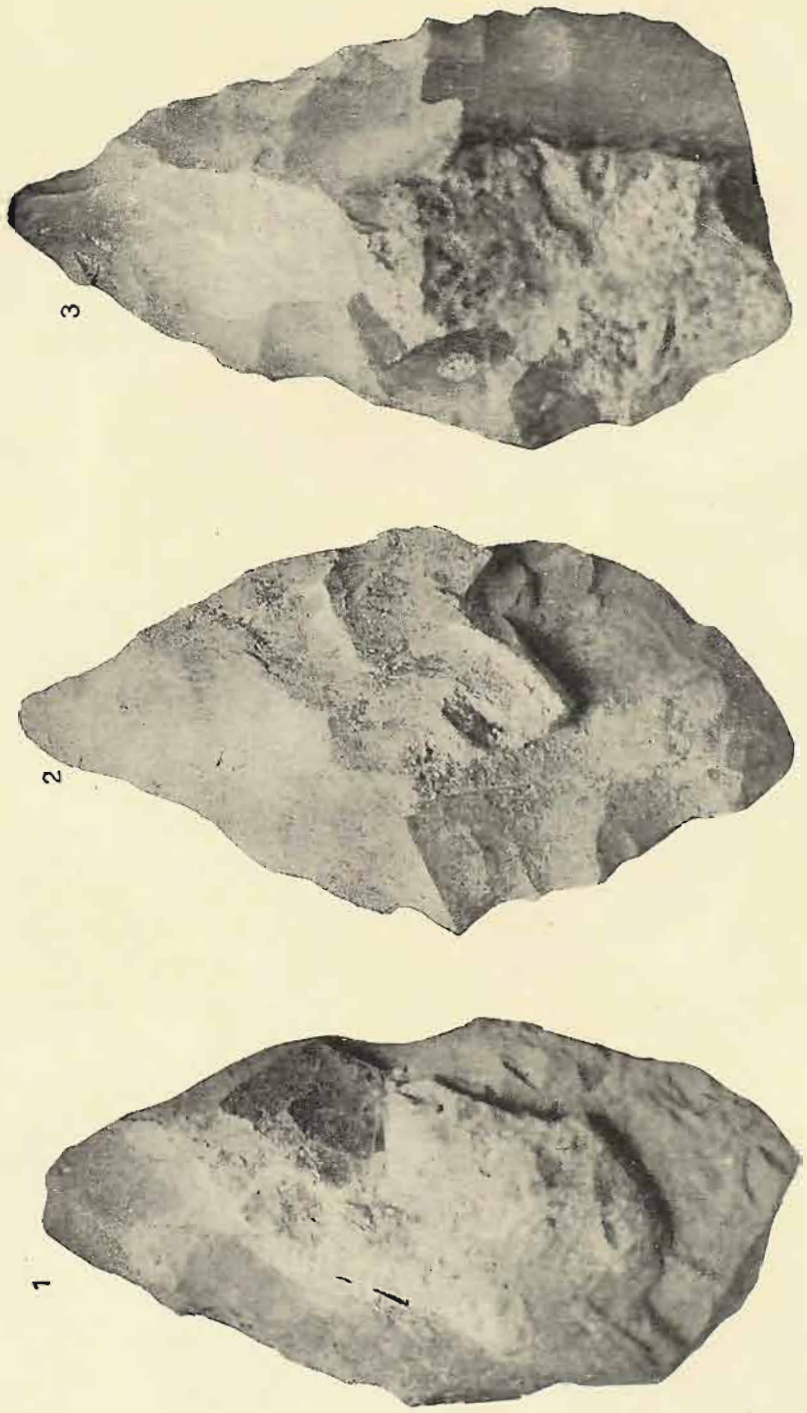
ARENERO DEL KILÓMETRO 7. *Gravas inferiores:* 1 a 5, hachas amigdaloides de sílex del Acheulense superior.



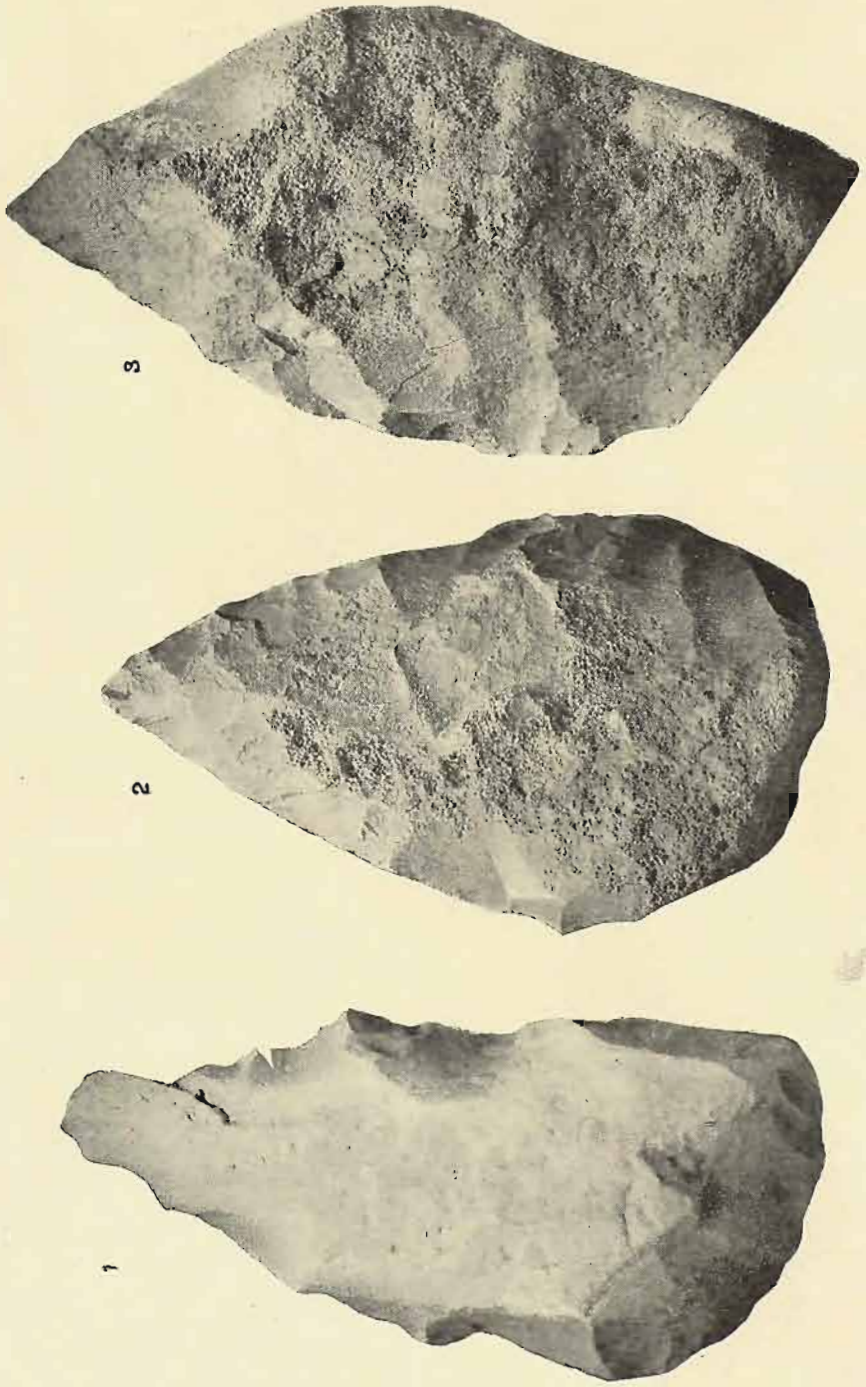
ARENERO DEL KILÓMETRO 7. *Gravas inferiores:* 1 a 6, hachas de sílex del Acheulense superior.



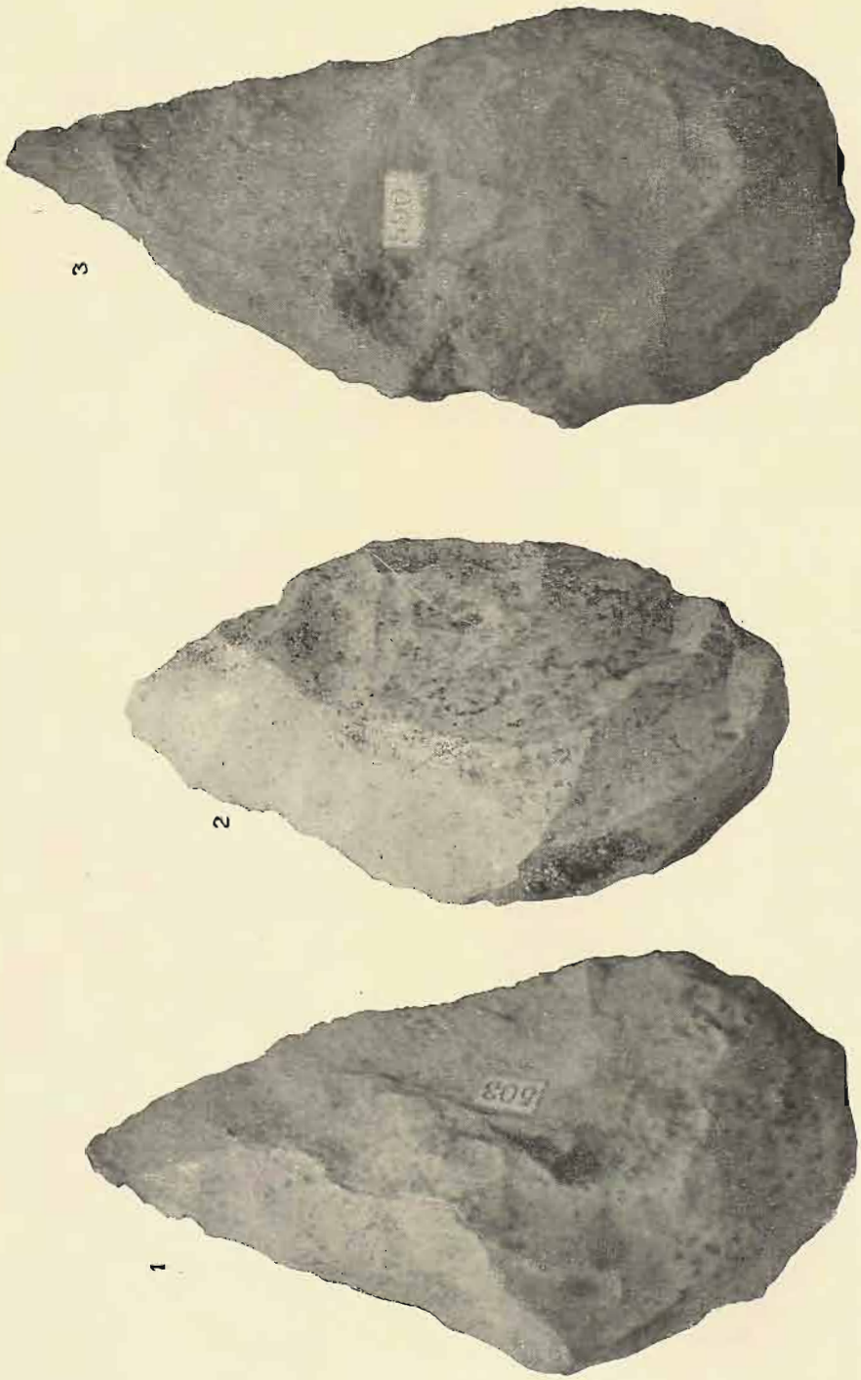
ARENERO DEL KILÓMETRO 7. *Gravas inferiores:* Sílex. 1, 2 y 4, hachas; 3 y 6, raederas; 5, punta; 7, raspador, y 8, lasca Levallois. Acheulense superior.



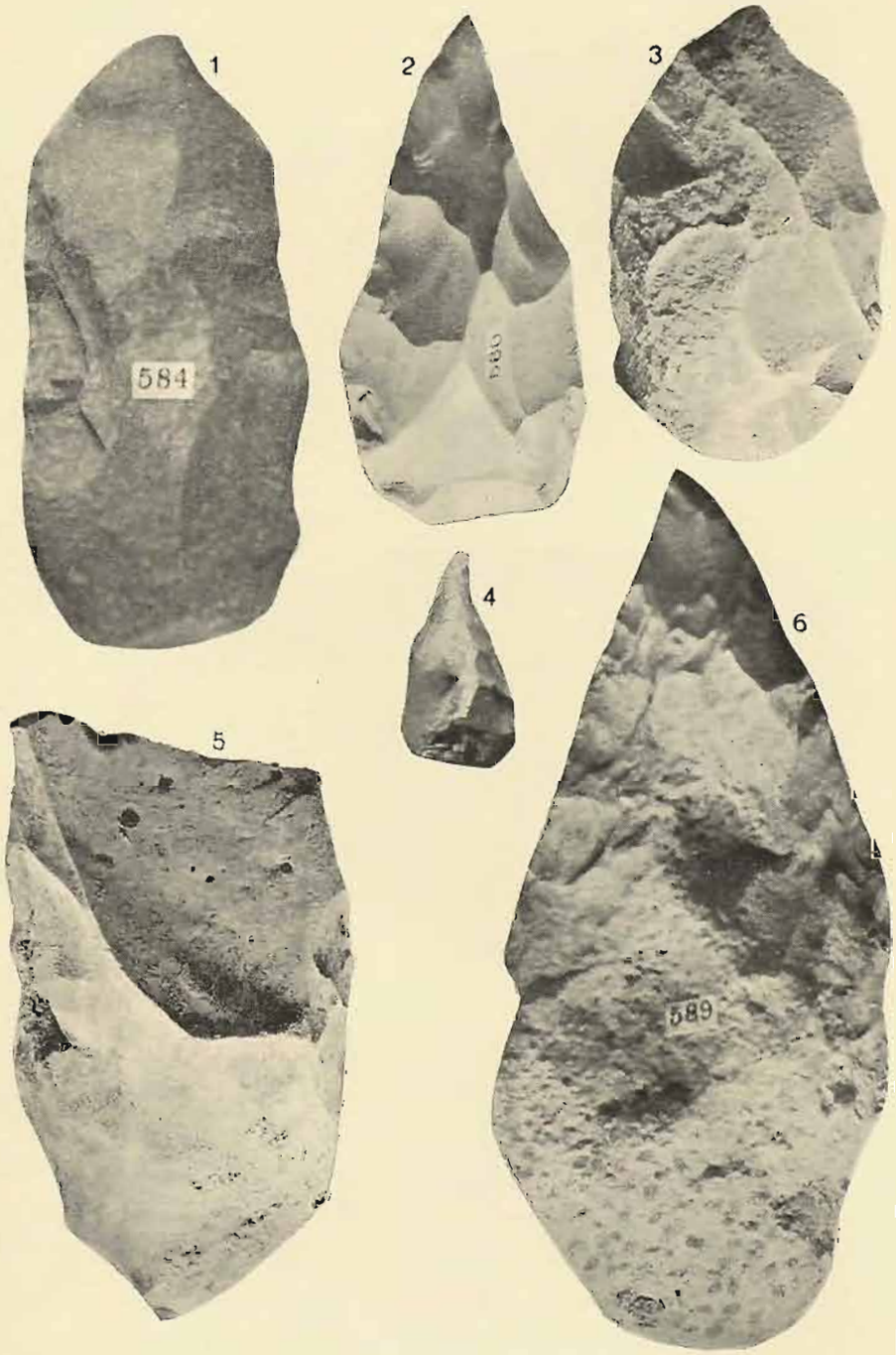
ARENERO DEL KILÓMETRO 7. *Gracias inferiores:* Hachas amigdaloides de sílex del Acheulense superior.



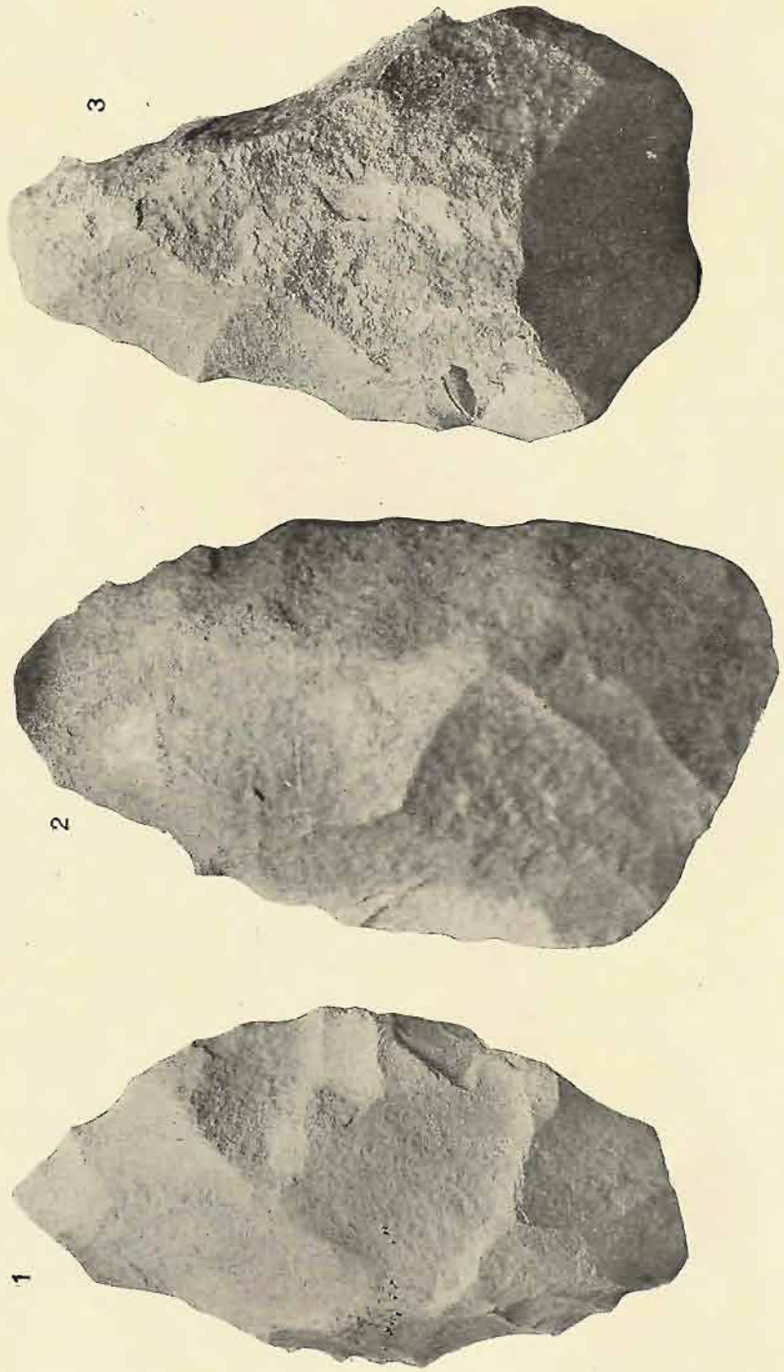
ARENERO DEL KILÓMETRO 7. *Gravas inferiores:* Hachas amigdaloides de sílex del Acheulense superior.



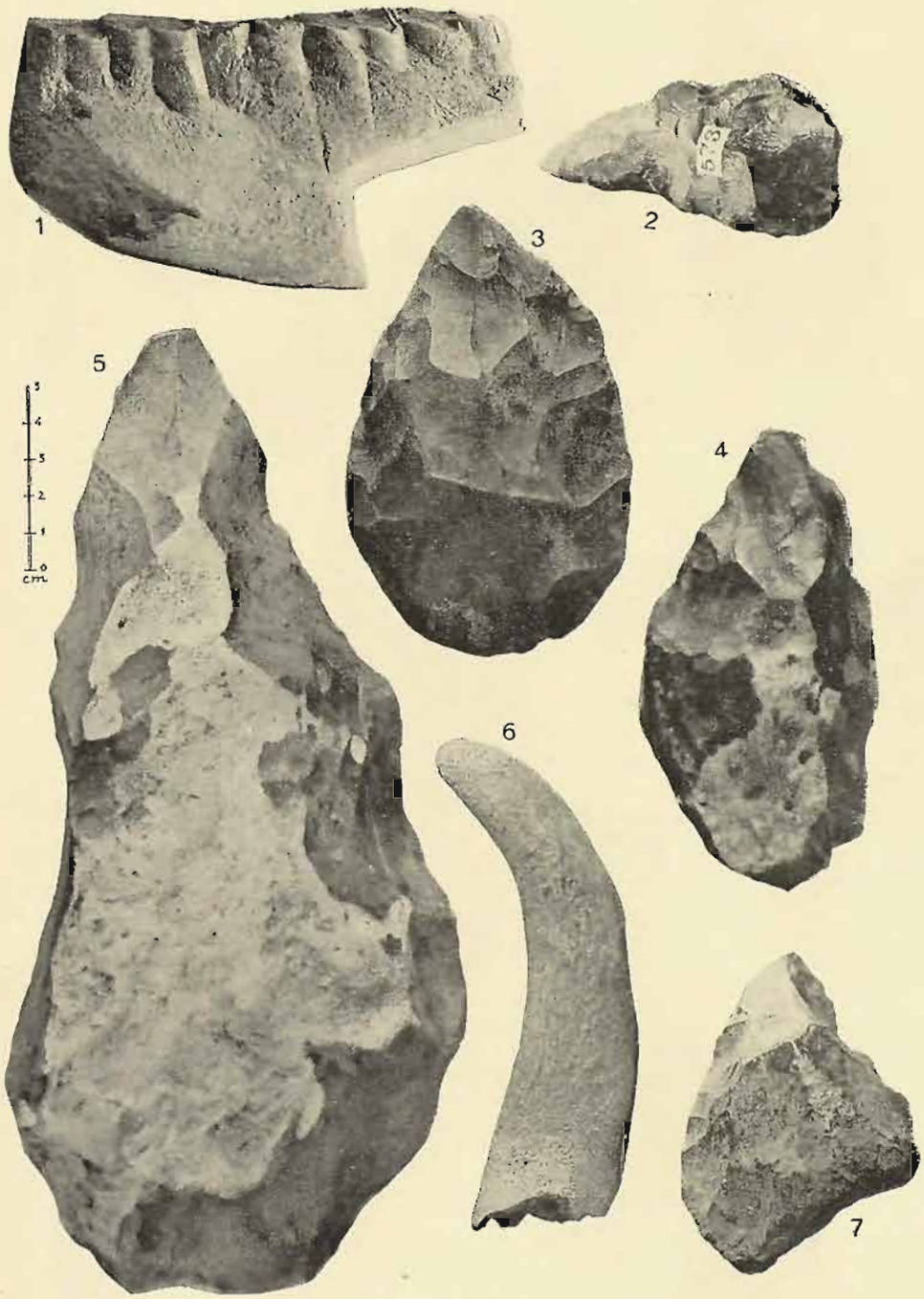
ARENERO DEL KILÓMETRO 7. *Gravas inferiores:* Hachas de sílex del Acheulense superior.



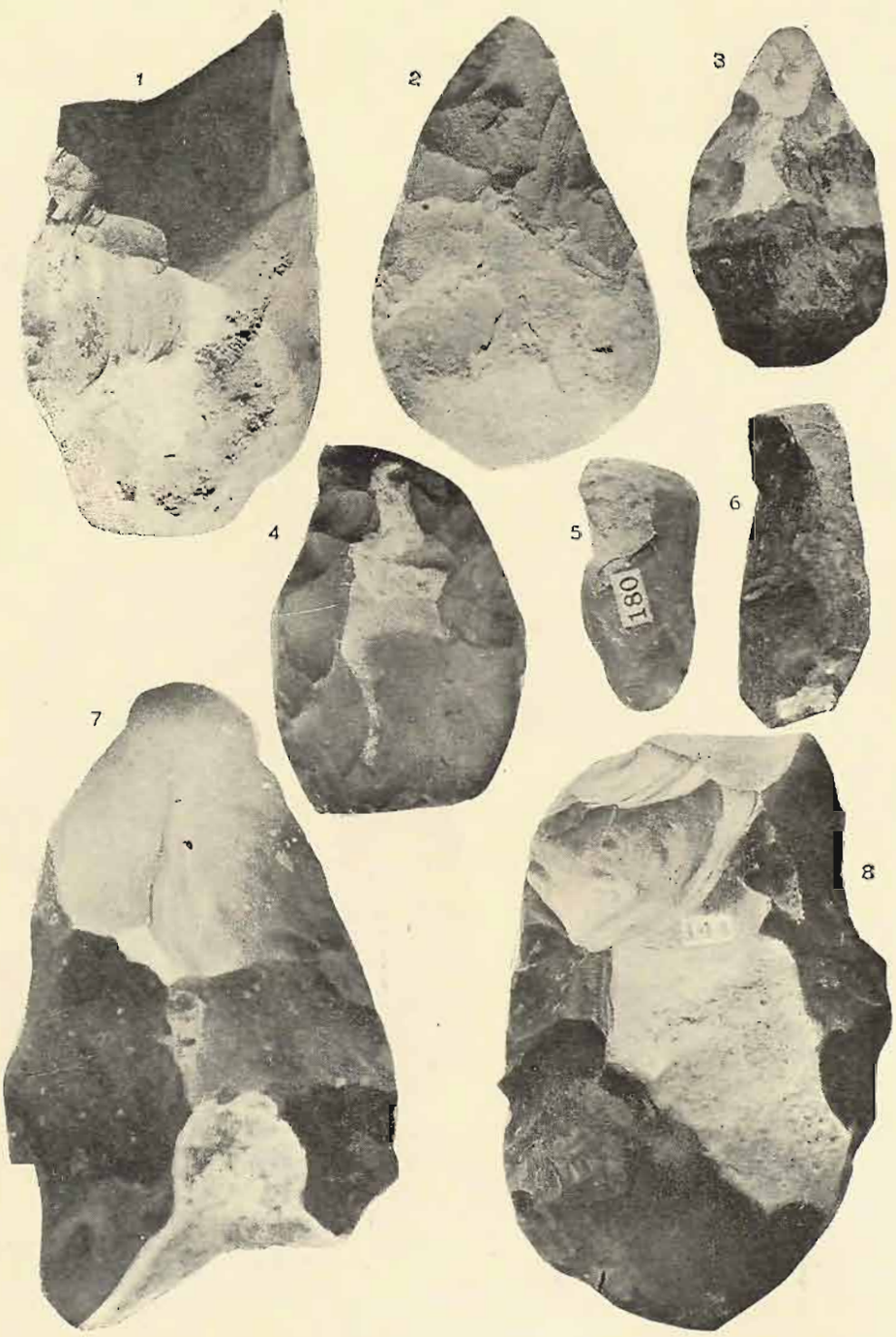
ARENERO DEL KILÓMETRO 7. *Gravas inferiores:* 1 a 3, 5 y 6, hachas, y 4, punta. Sílex. Acheulense superior.



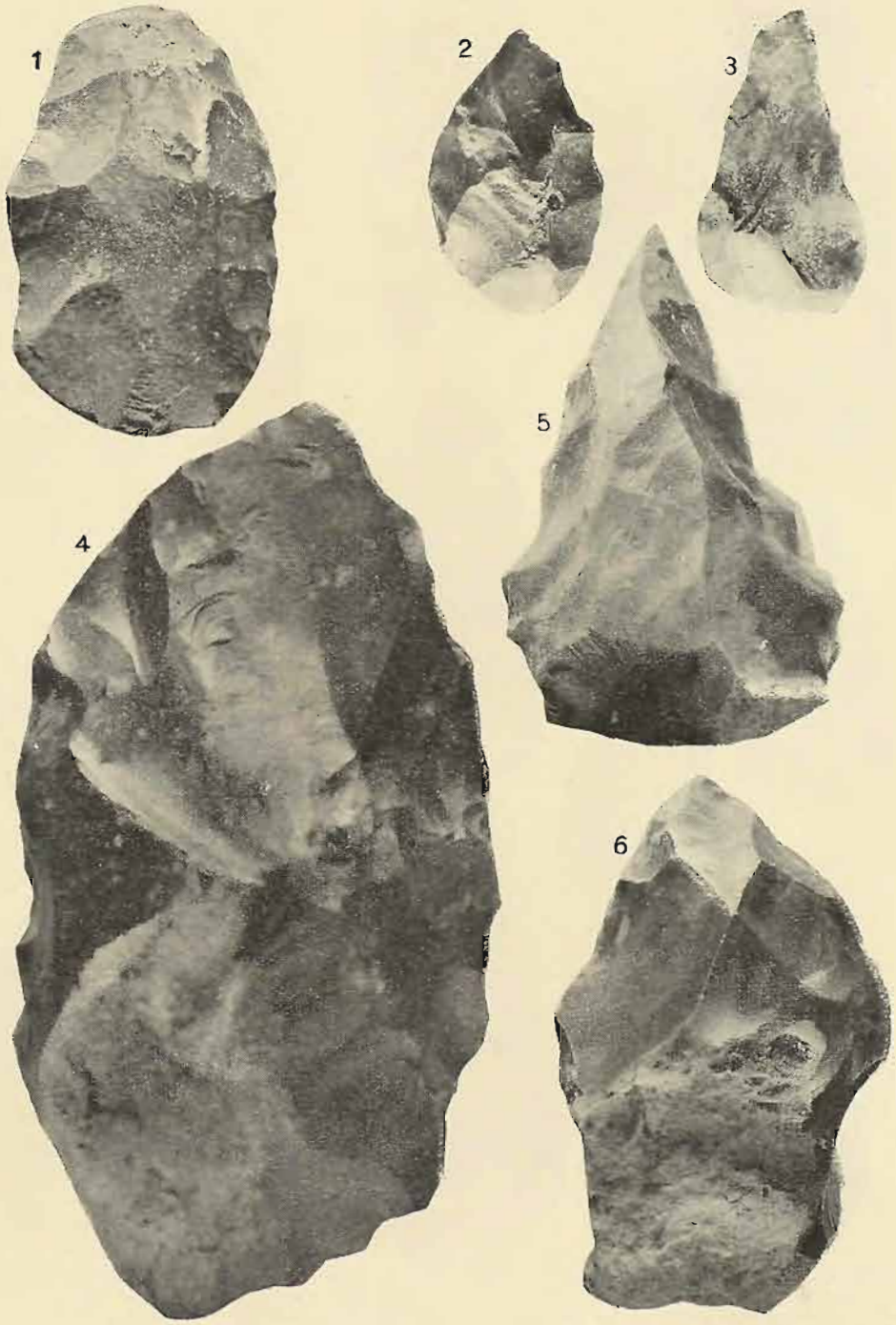
ORCASITAS. *Gravillas inferiores*: 1, hacha de mano.—TEJAR DEL KILÓMETRO 7. *Gravillas inferiores*: 2 y 3, hachas de mano. Sílex. Acheulense superior.



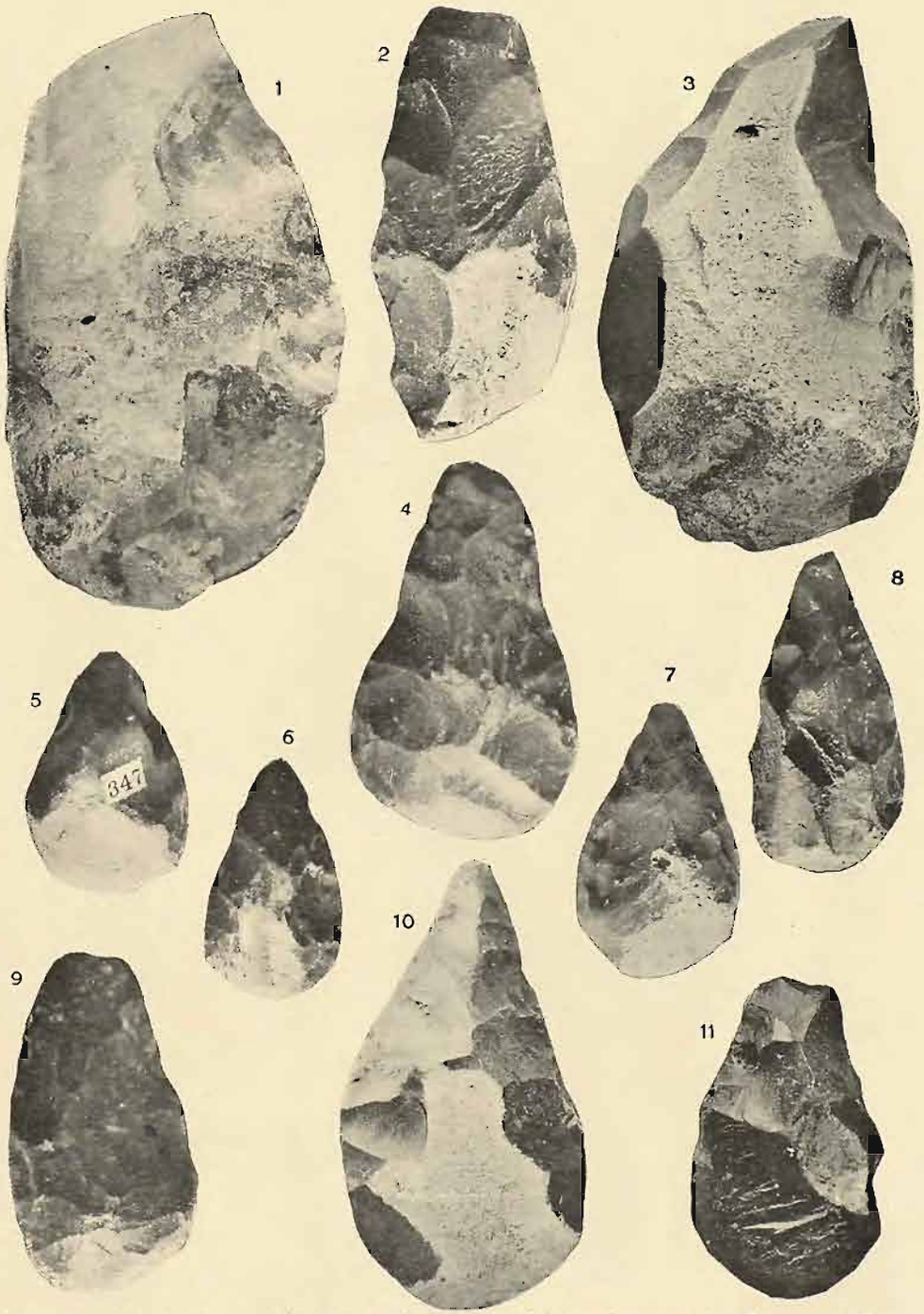
Los Rosales. *Gravas inferiores:* 1, *Rhinoceros Merckii;* 6, *Bos primigenius;* 2, doble raedera; 3, 4 y 7, hachas. Sílex del Acheulense superior.—Arenero del kilómetro 5 de la carretera de Perales: 5, hacha de sílex del Acheulense inferior.



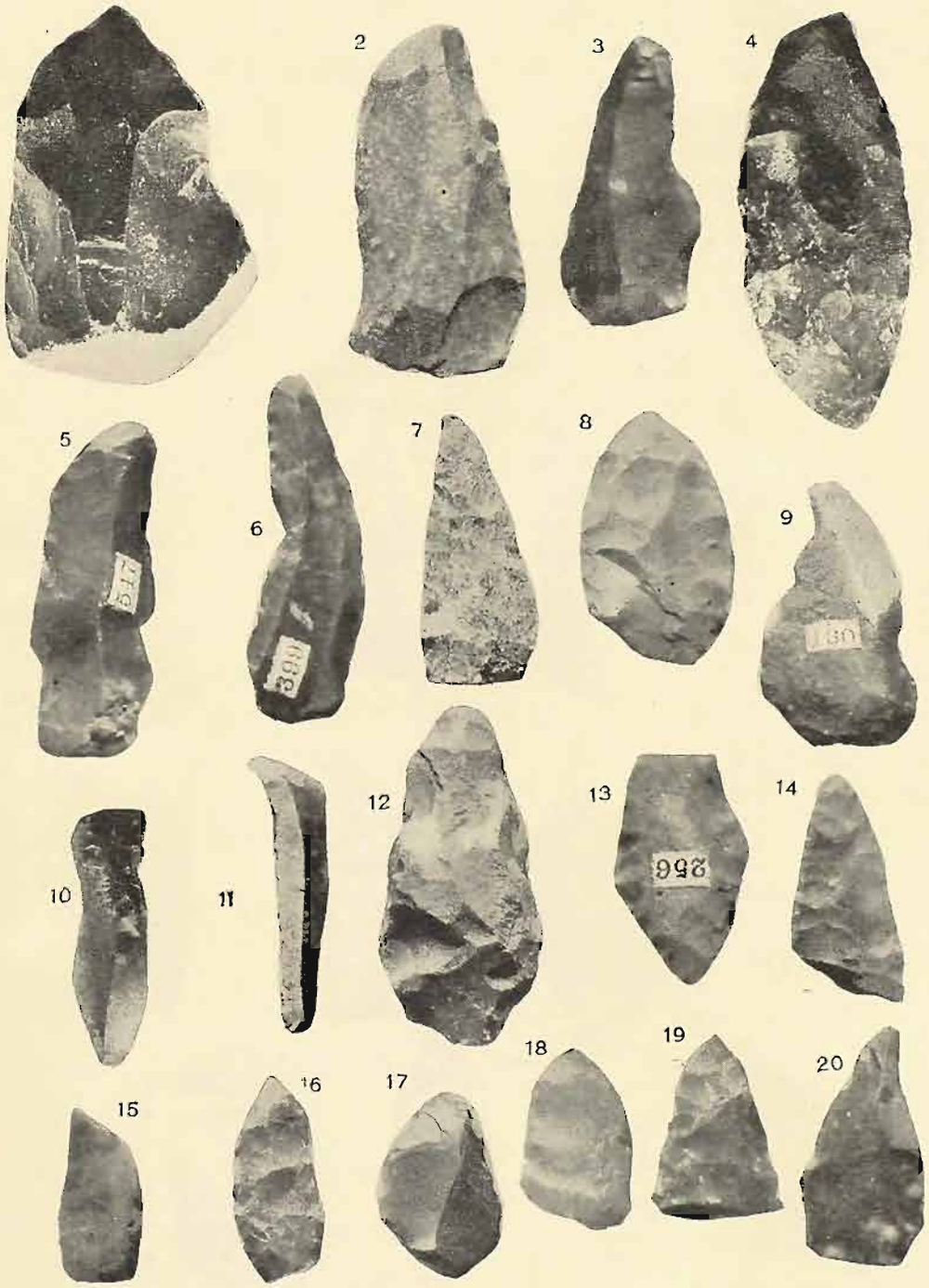
ARENERO DEL KILÓMETRO 7. *Gravas inferiores:* 1 y 2, hachas, y 5 y 6, cuchillos. Sílex. Acheulense superior.
TEJAR DEL KILÓMETRO 7. *Gravas inferiores:* 3, 4, 7 y 8, hachas de sílex del Acheulense superior.



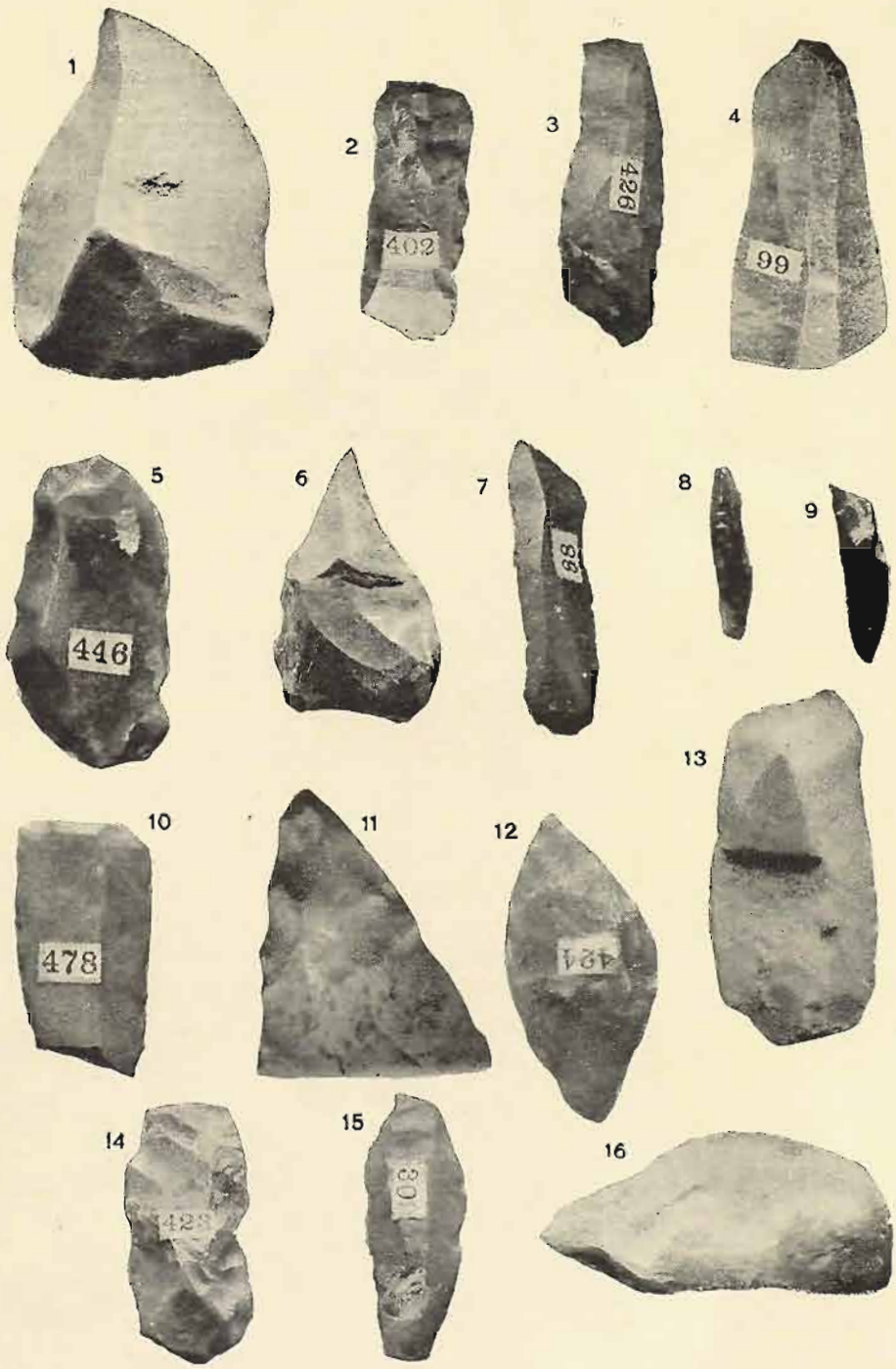
ORCASITAS. *Gravas inferiores:* 1 a 3, hachas.—TEJAR DEL KILÓMETRO 7. *Gravas inferiores:* 4 a 6, hachas. Sílex. Acheulense superior.



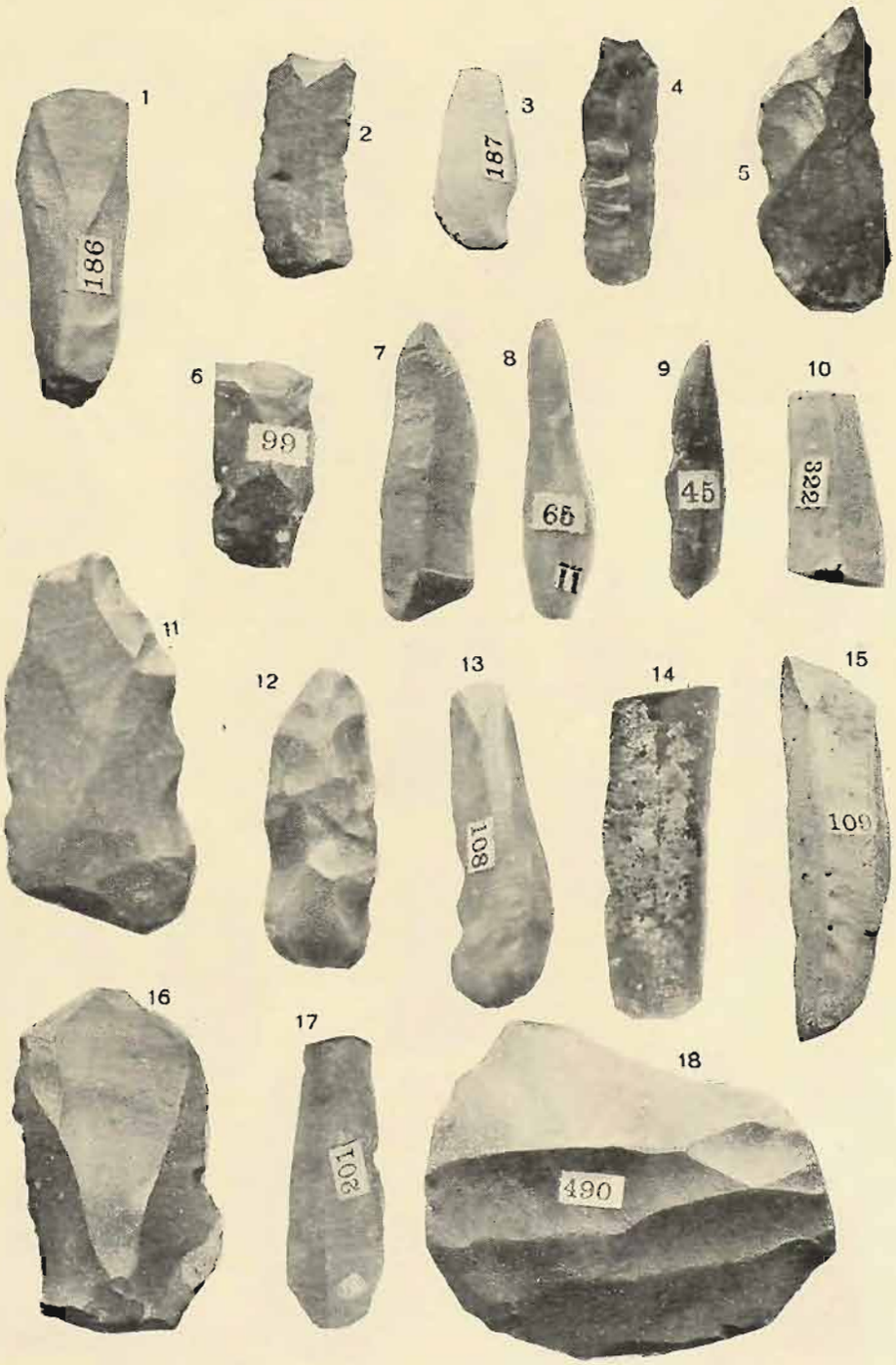
TEJAR DEL KILÓMETRO 7. *Gravas inferiores:* 1, hacha de sílex del Acheulense superior. - ESTACIÓN DE VILLAVERDE BAJO. *Arenas blancas:* 3, hacha de sílex del Levalloisiense V, y 9 y 10, hachas de sílex del Acheulense medio. - ARENERO DEL COJO. *Gravillas inferiores*, grupo A: 2, hacha chelense de sílex, y 5, 6 y 8, hachas acheulenses de sílex. - ARENERO DE NICASIO POYATO. *Gravillas inferiores*, grupo A: 4, hacha acheulense de sílex. ARENERO DE SANTIAGO. *Gravillas inferiores*: 7, hacha acheulenses de sílex. — ARENERO DEL DESCANSO DE PERALES. *Gravillas inferiores:* 11, hacha de sílex del Acheulense inferior.



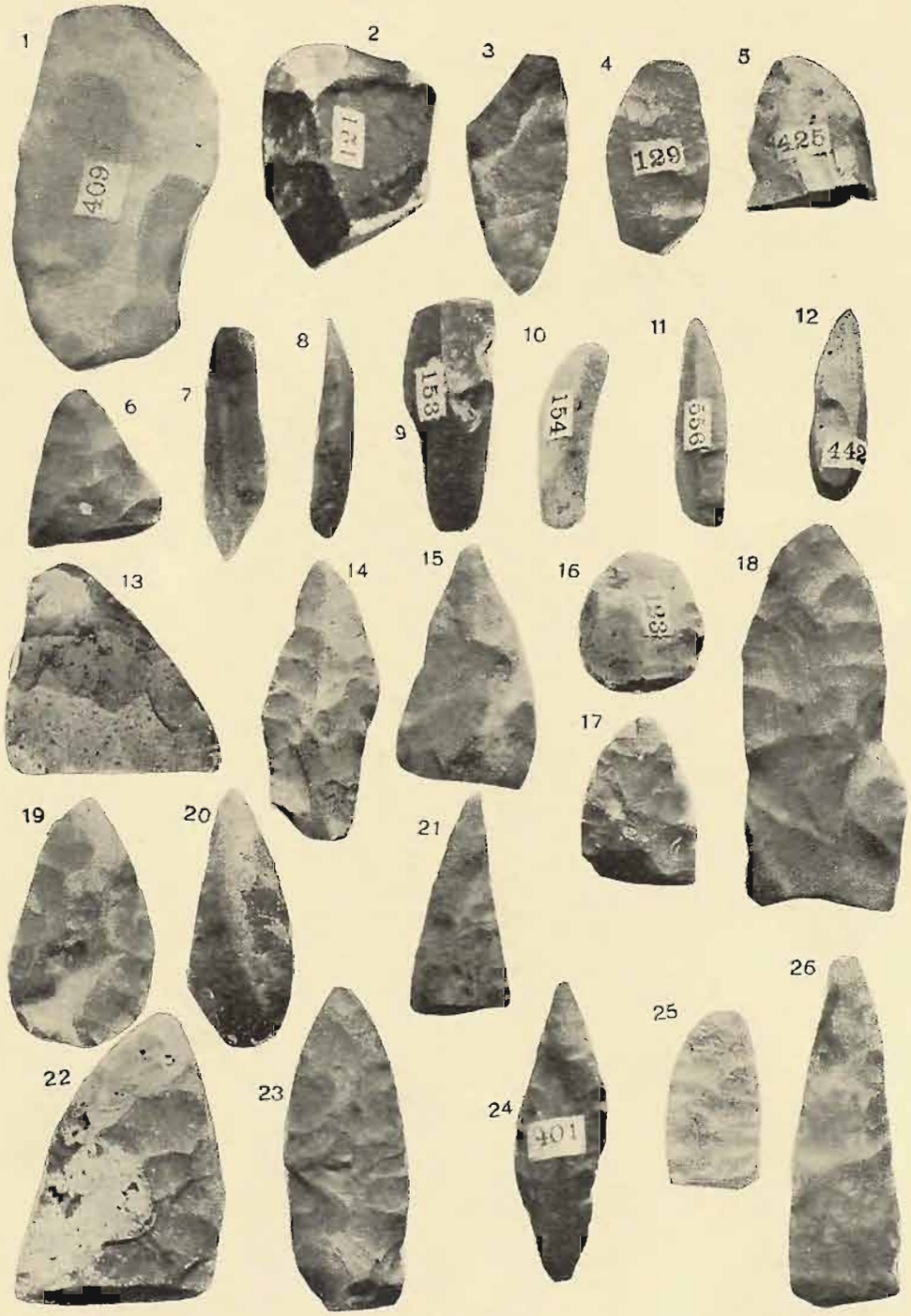
Sílex tallados paleolíticos de distintos tipos y culturas de los yacimientos de los ARENEROS W. DE VALDIVIA (17), ESTE DE VALDIVIA (8, 13, 14, 18 y 19), KILÓMETRO 7 (2), SANGRERÍA (3), NICASIO POYATO (4), EL COJO (5, 6, 9, 16 y 17) y SANTIAGO (10 a 12 y 15 y 20).



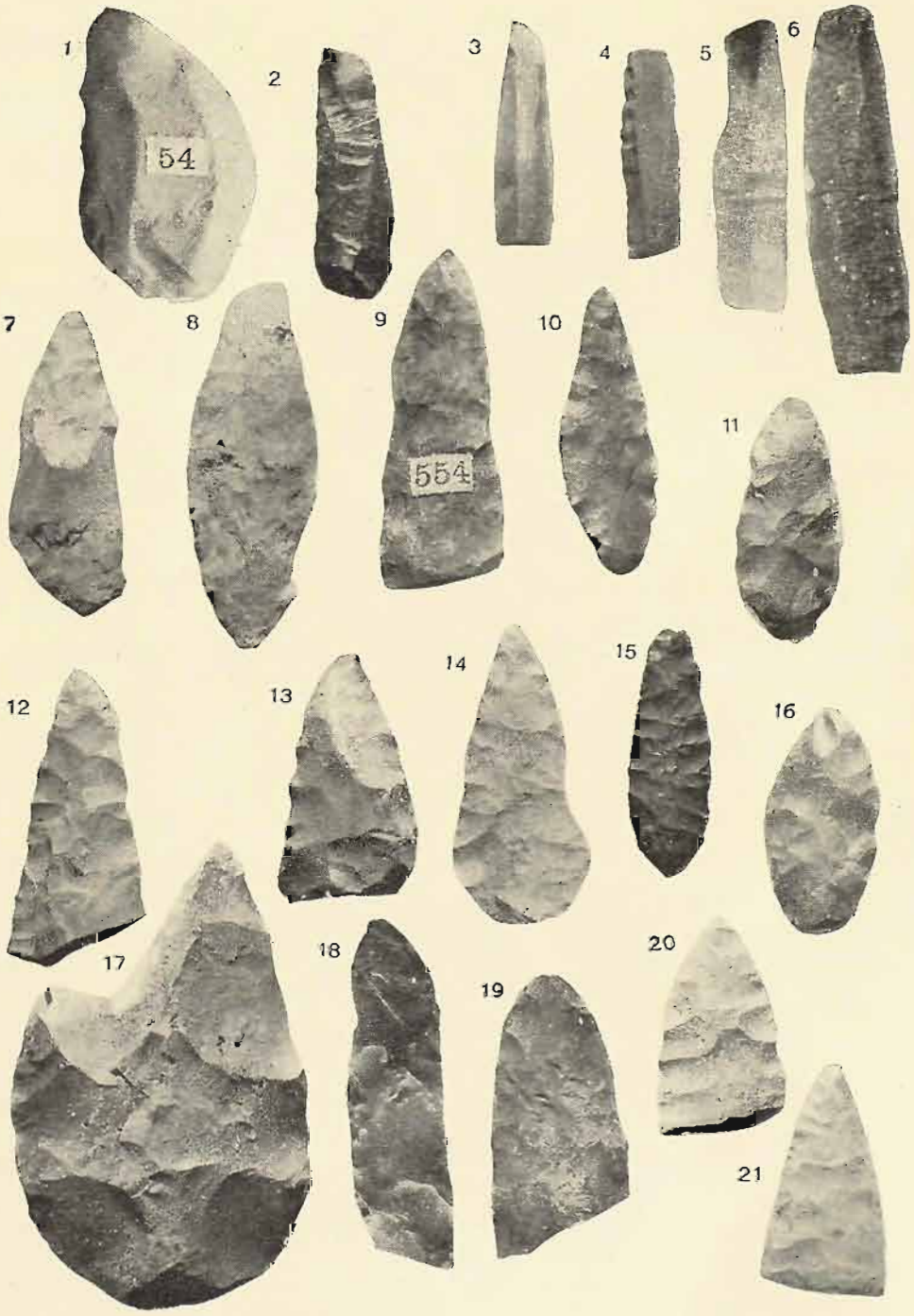
ARENERO ESTE DE VALDIVIA. *Gravillas inferiores:* 1, lasca Levallois; 3 y 7 a 9, cuchillos, y 16, raedera del grupo A, Tayaciense y Levalloisiense; 5 y 10, raspadores, y 14, punta tenuifoliada del grupo B, Matritense I-II; 6, punta tosca; 2 y 4, cuchillos, y 11 y 12, puntas tenuifoliadas del grupo C, Matritense III. Sílex.



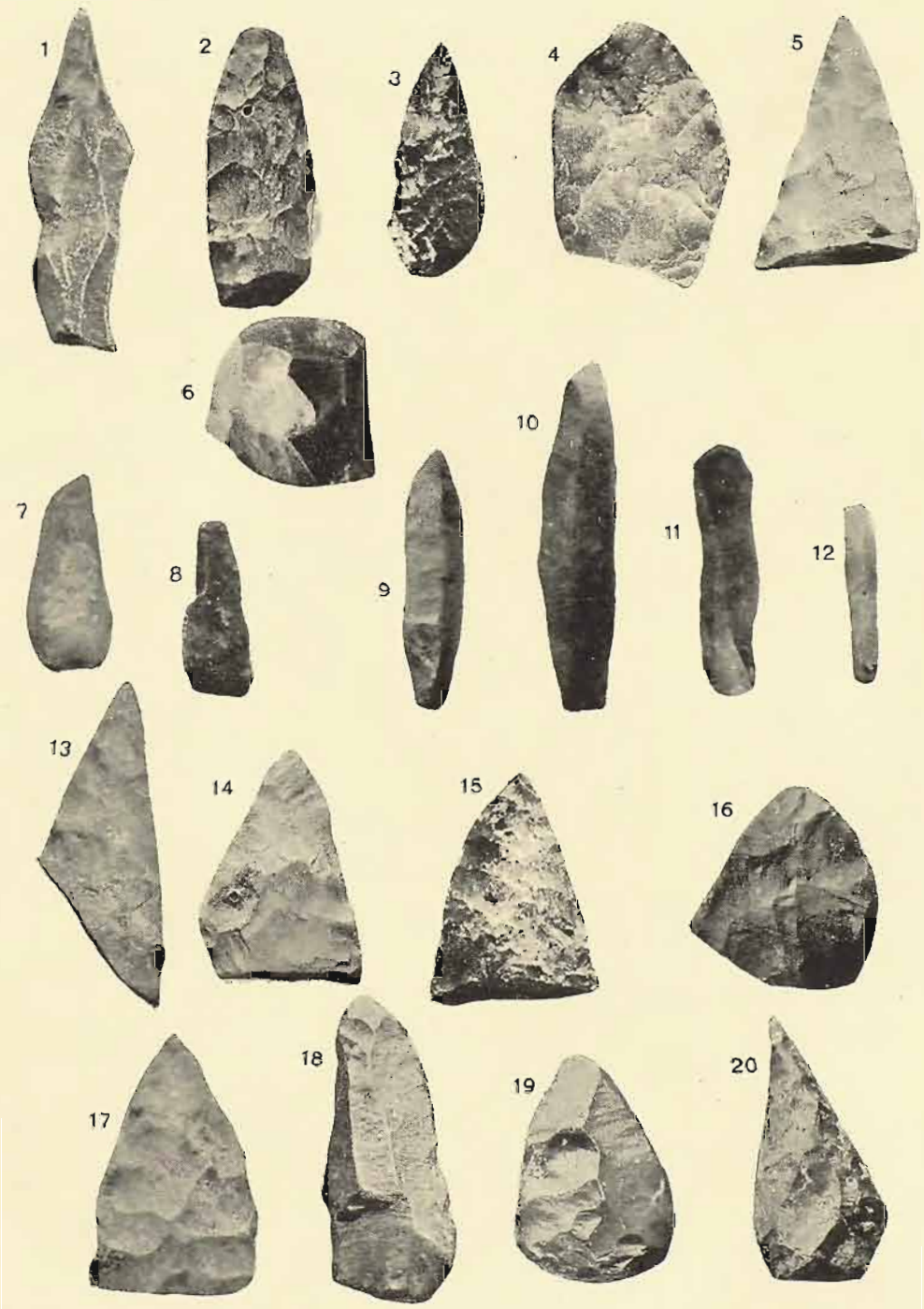
PRADO DE GANADEROS. *Gravillas inferiores:* 1, 3, 6, 8 a 10, 13, 15 y 17, hojas del grupo C. ARENERO DE ANGEL. *Gravillas inferiores:* 2, 4, 11 y 14, cuchillos. - CASA DEL MORENO. *Gravillas inferiores:* 5, cuchillo del grupo A, y 7 y 16, cuchillos del grupo B. - SAN ISIDRO. *Gravas inferiores:* 12, raedera clactoniense del grupo A. — ARENERO ESTE DE VALDIVIA. *Gravillas inferiores:* 18, lasca Levallois del grupo A. Sílex.



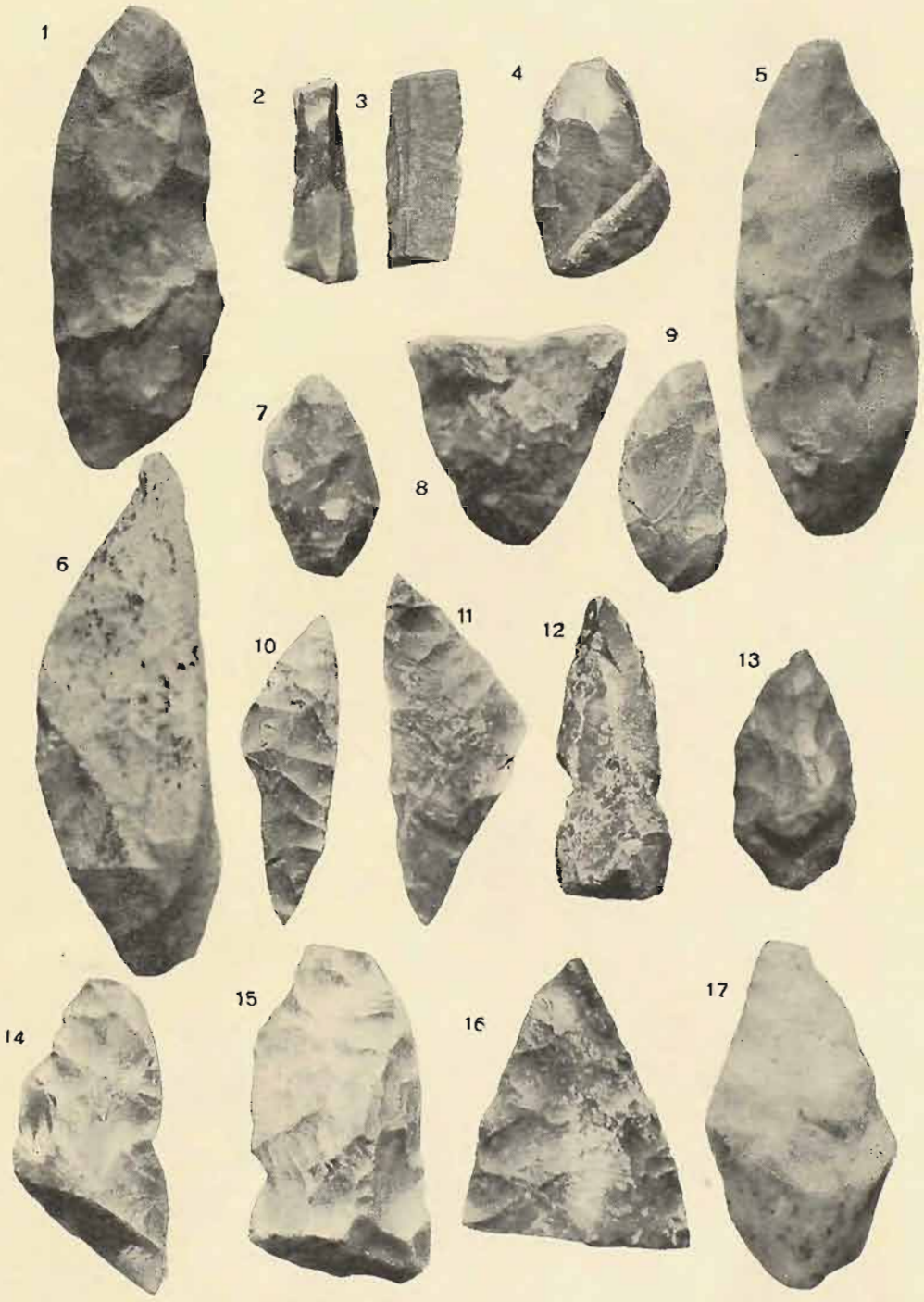
ARENERO DE EL COJO. *Gravillas inferiores*: 1, raederas; 2, 9 y 16, raspadores; 3, 4, 6, 13 a 15, 17, 18, 19 y 21 a 26, puntas tenuifoliadas, y 10 a 12, hojas. Sílex. Matritense I del grupo A, 1, 2, y 7 a 9; Matritense II del grupo B, 3, 4, 6 y 13 a 15, y Matritense III del grupo C, 10 a 12, 17 a 19 y 21 a 26.—ARENERO W. DE VALDIVIA. *Gravillas inferiores:* 20, punta del Paleolítico inferior del grupo A.



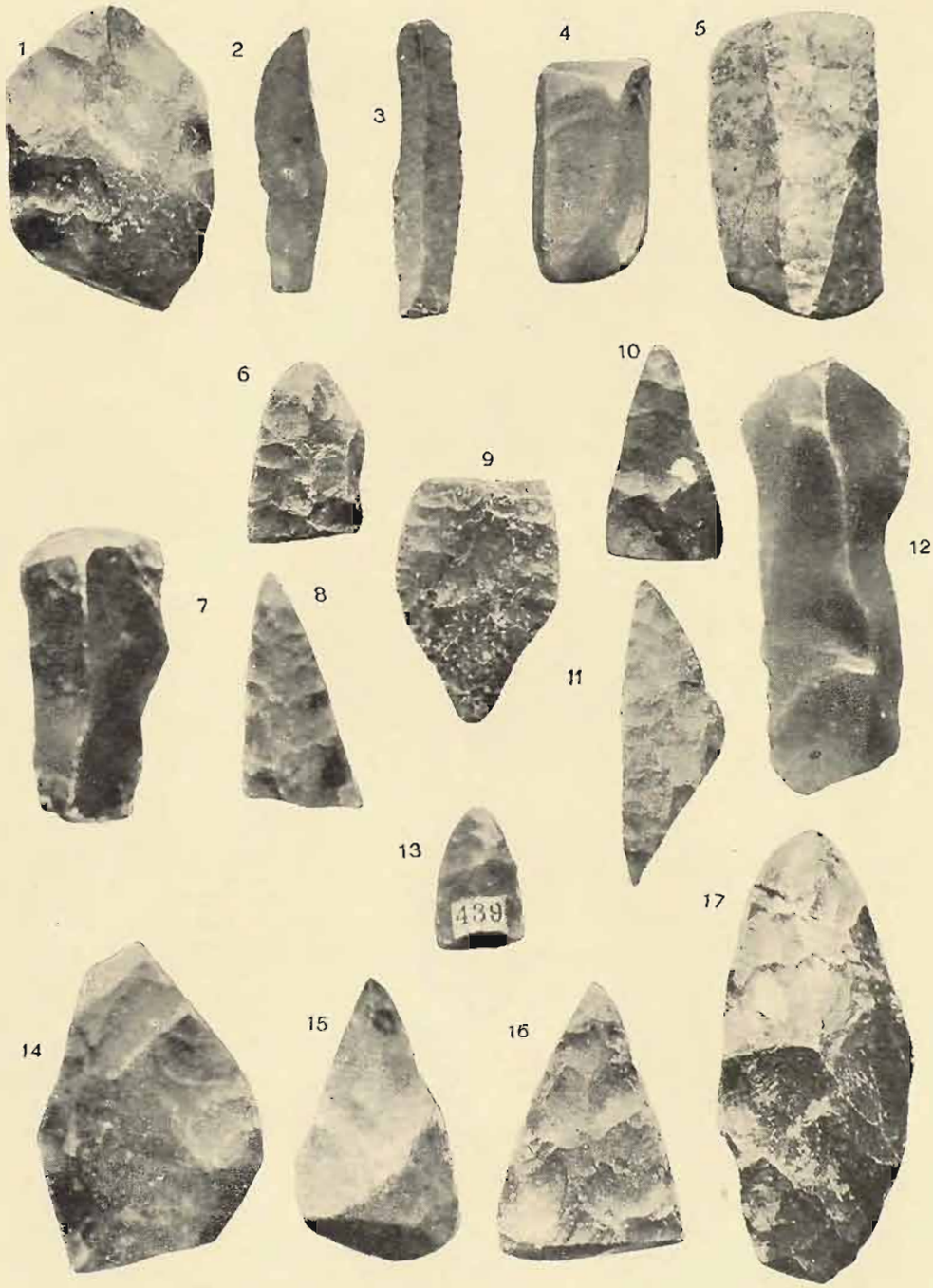
ARENERO DE NICASIO POYATO. *Gravillas inferiores:* 1, raedera; 2, 3 y 4 a 6, hojas, y 7 a 21, puntas tenuifoliadas. Sílex. Matritense I del grupo B, 1; Matritense II del grupo C, 2, 3, 7 y 8, y Matritense III del grupo D, 4 a 6 y 9 a 21.



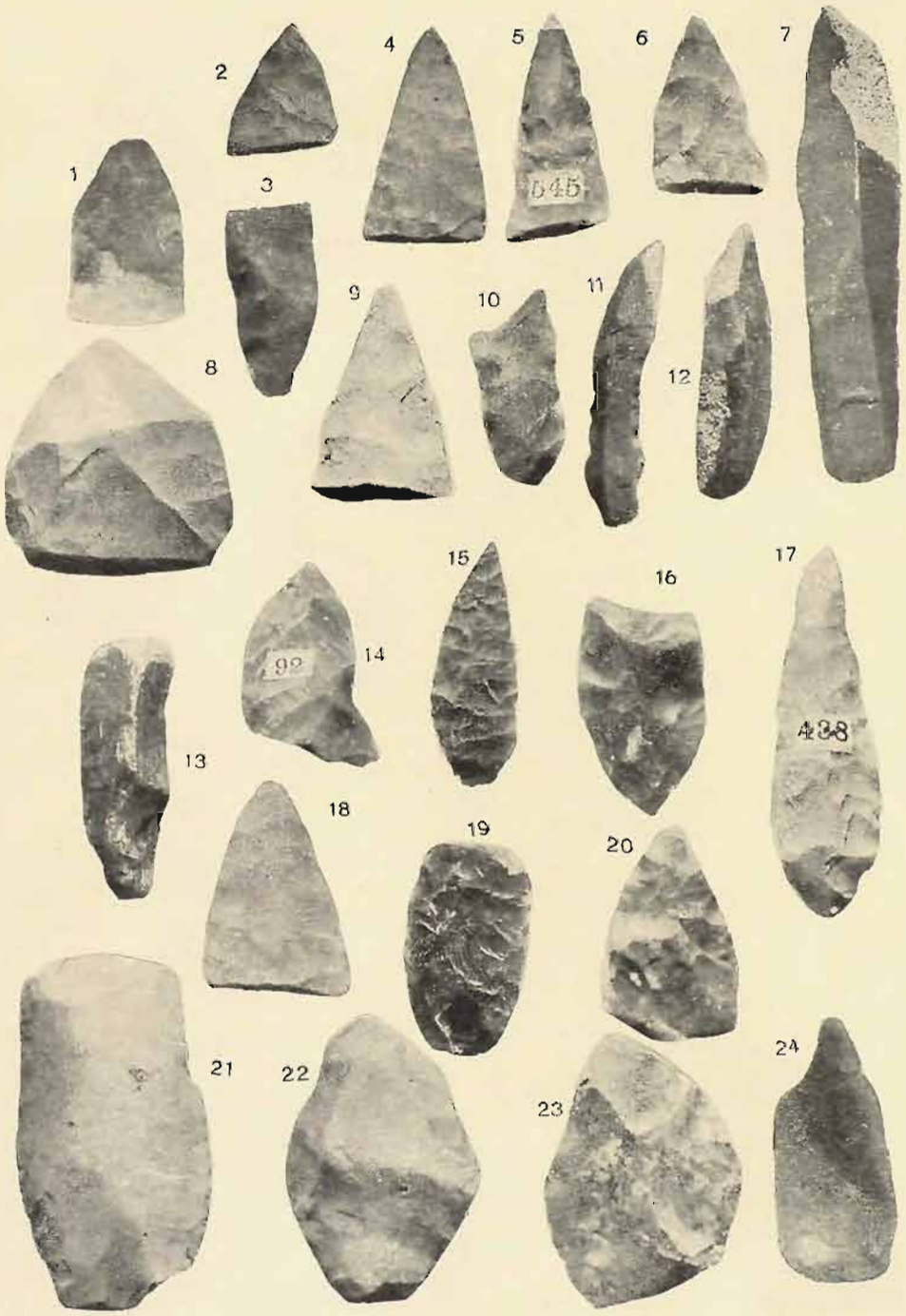
ARENERO DE MARTÍNEZ. *Gravillas inferiores:* 1, perforador; 2 a 5, 7, 8 y 13 a 17, puntas tenuifoliadas; 6, raspador, y 9 a 12, hojas. Sílex. Matritense II del grupo C, 1 a 4, 6 y 15, y Matritense III del grupo D, 5, 7 a 14, 16 y 17. ARENERO CENTRAL DE VALDIVIA. *Gravillas inferiores:* Grupo A, 18, raedera, y 19 a 20, puntas. Sílex. Tayaciense.



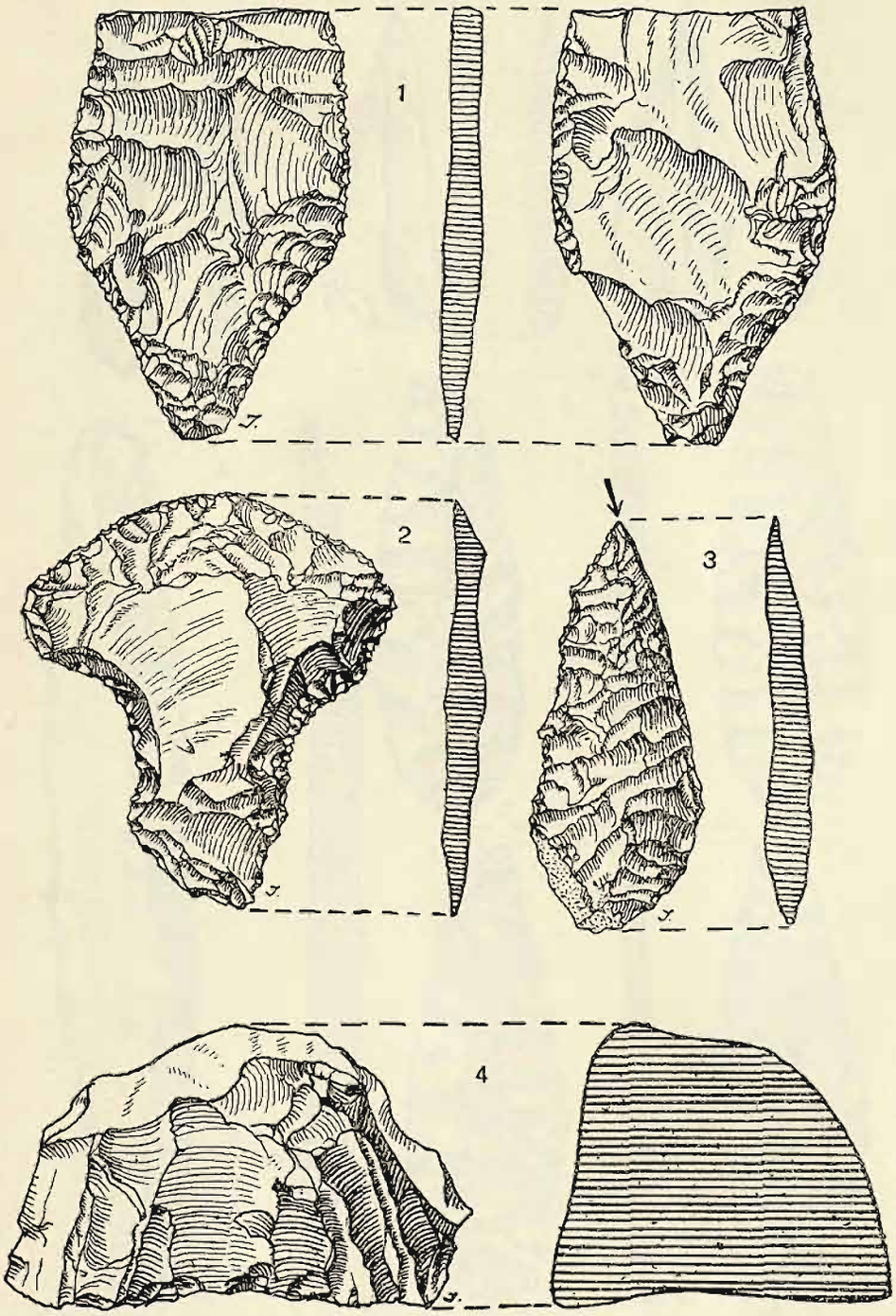
ARENERO DE MARTÍNEZ. *Gravillas inferiores:* 1, 5 a 11, y 13 a 17, puntas tenuifoliadas; 2 a 3, hojas; 4, raedera, y 12, cuchillo sobre hoja. Sílex. Edad, 2 a 4 y 12 del grupo A, Paleolítico inferior; 1, 5, 7 a 11 y 14, Matritense I del grupo B, y 6, 13 16 y 17, Matritense II del grupo C.



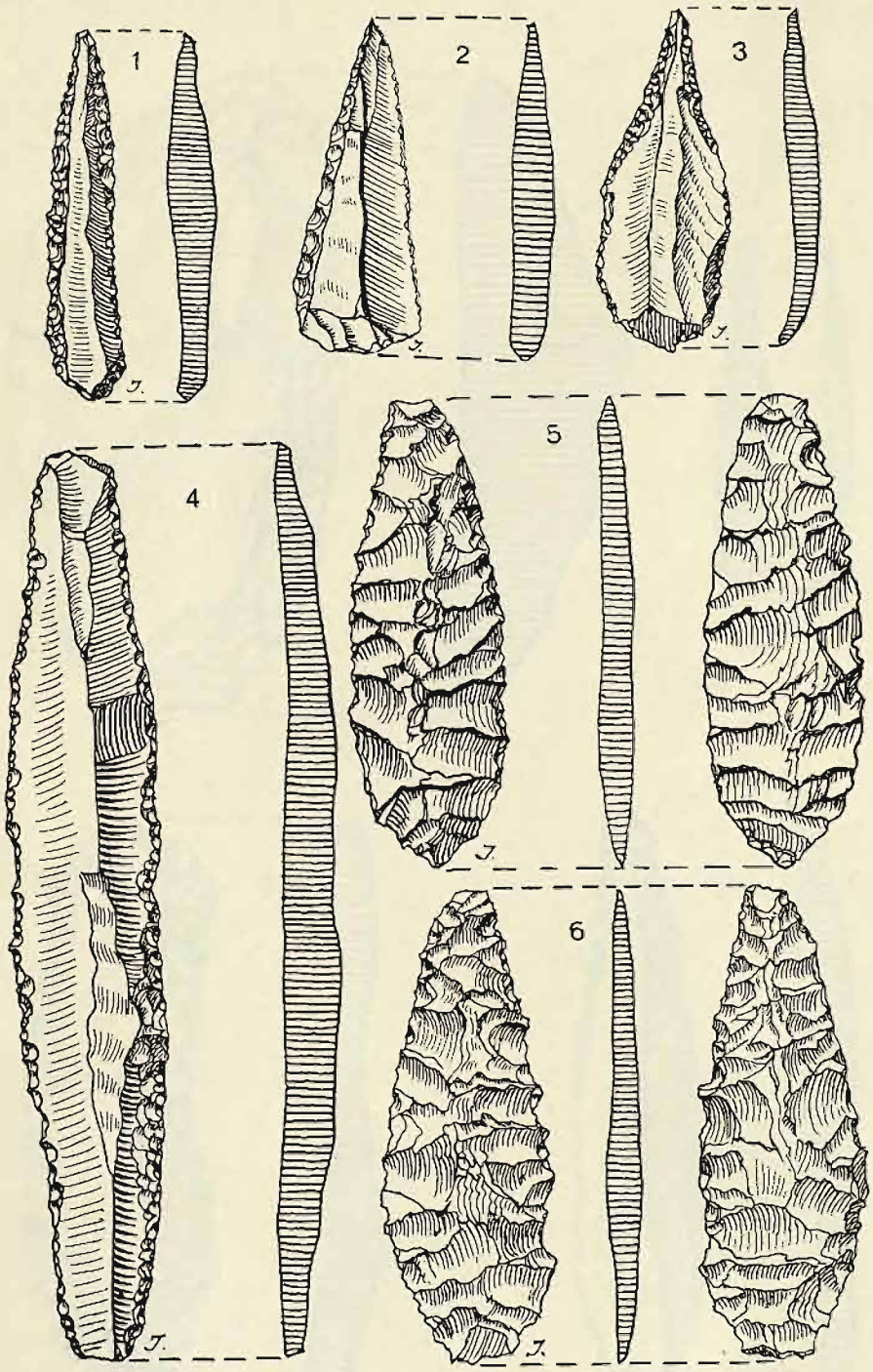
ARENERO CENTRAL DE VALDIVIA. *Gravillas inferiores:* 1, 6, 8 a 11 y 14 a 17, puntas tenuifoliadas; 2 y 3, cuchillos, y 4, 5, 7 y 12, raspadores.—ARENERO DE MARTÍNEZ. *Gravillas inferiores:* 13, punta tenuifoliada de sílex; 9 y 12, Paleolítico inferior del grupo A, y el resto, Matritense I del grupo B, 1 a 4, 6, 10, 14 y 15; Matritense II del grupo C, 5, 9, 13 y 17, y Matritense III del grupo D, 8, 11 y 16.



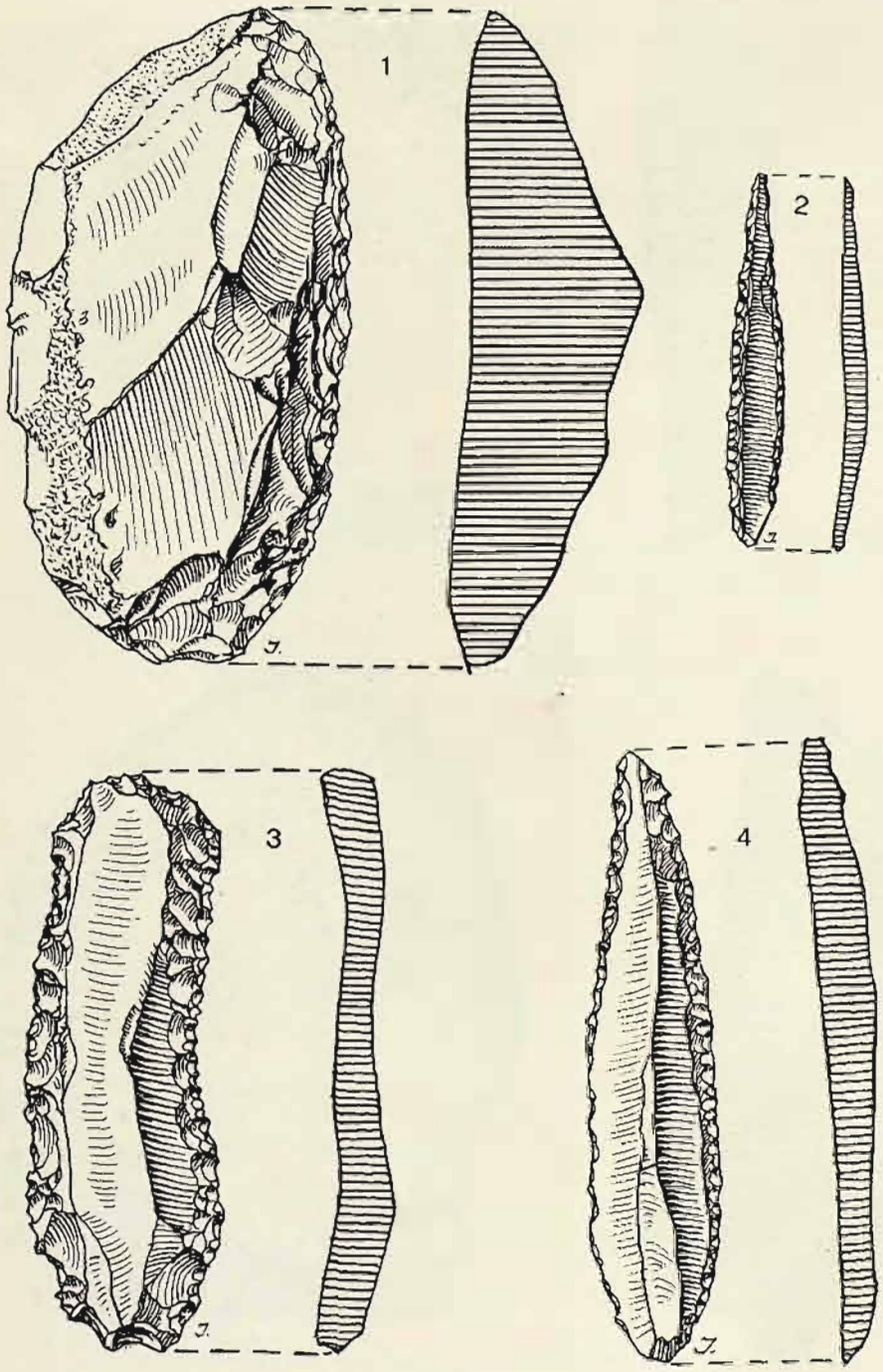
ARENERO DE EL COJO. *Gravillas inferiores:* 1 a 6, puntas tenuifoliadas.—ARENERO W. DE VALDIVIA *Gravillas inferiores:* 7, hojas; 8 a 10 y 14 a 19, puntas tenuifoliadas; 12, buril, y 13, raspador.—ARENERO DE NICASIO POYATO. *Gravillas inferiores:* 20, 22 y 23, puntas tenuifoliadas; 21, raedera, y 24, buril de sílex; 7 y 21, Paleolítico inferior, y el resto, 8 a 10, 12, 13, 20, 22 y 23, Matritense I del grupo B; 18, Matritense II del grupo C, y 1 a 6, 15 a 17 y 19, Matritense III del grupo D.



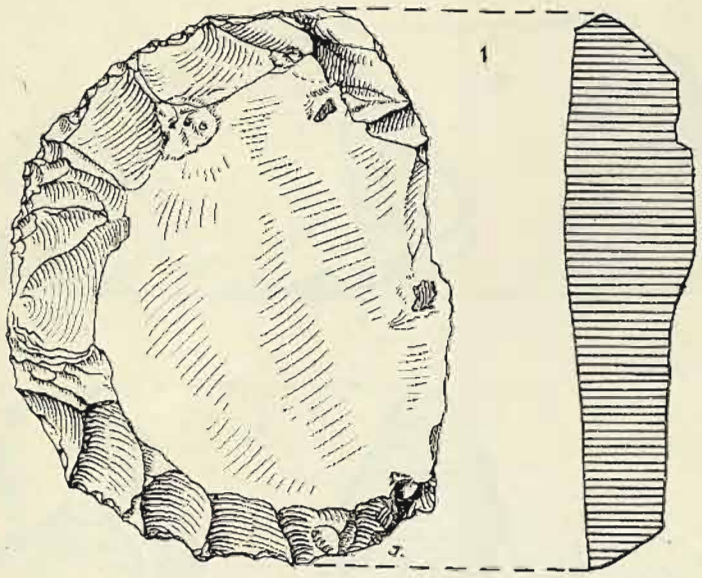
ARENERO CENTRAL DE VALDIVIA. *Gravillas inferiores:* 1, punta tenuifoliada sbaikioateriense del grupo C, y 2, raspador ateriense del grupo B.—ARENERO DE MARTÍNEZ. *Gravillas inferiores:* 3, punta solutrense del nivel D. ARENERO DE NICASIO POYATO. *Gravillas inferiores:* 4, raspador carenado de tipo auriñaciense del grupo B. (Todos los dibujos son al tamaño del original.)

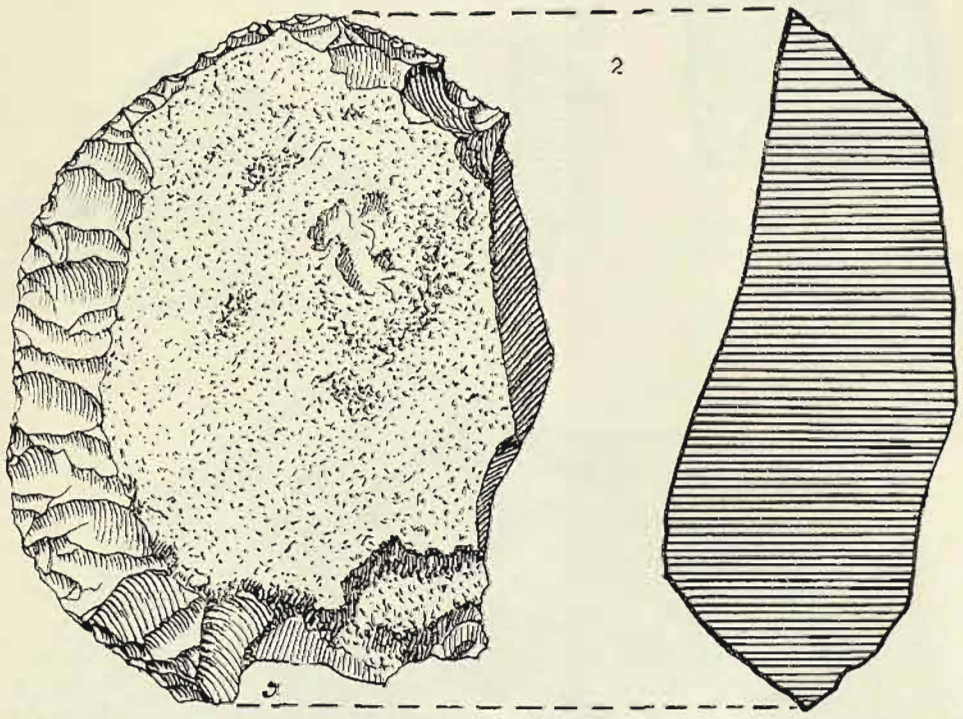


ARENERO W. DE VALDIVIA. *Gravillas inferiores:* 1, punta con dorso rebajado auriñaciense del grupo A, y 6, punta solutrense del grupo D. – ARENERO DE MARTÍNEZ. *Gravillas inferiores:* 2, punta con dorso rebajado, auriñaciense, del grupo C, y 3, hoja-perforador. — ARENERO CENTRAL DE VALDIVIA. *Gravillas inferiores:* 4, hoja con dorso rebajado, auriñaciense, del grupo B. – ARENERO DE NICASIO POYATO. *Gravillas inferiores:* 5, punta solutrense del grupo D.

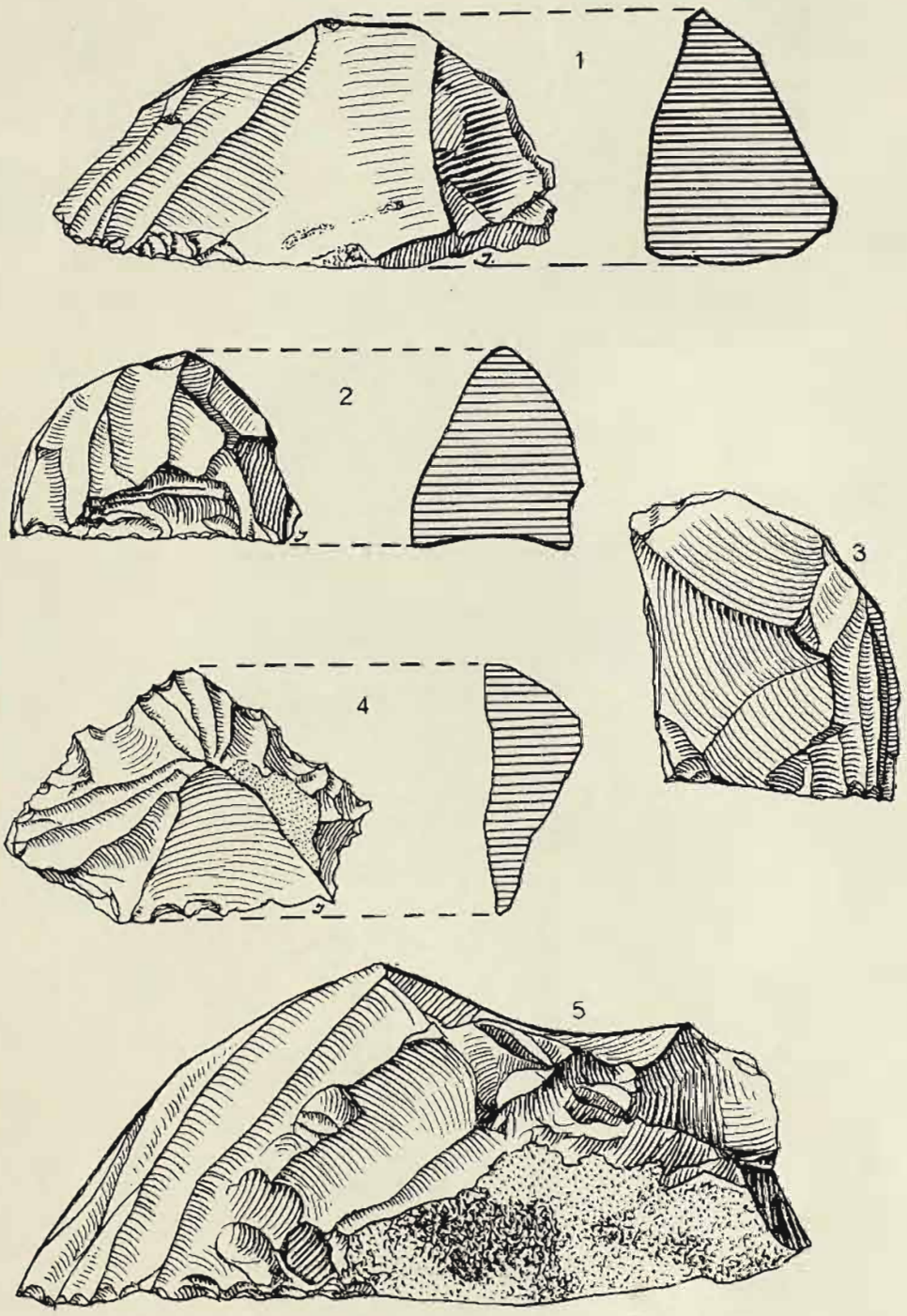


ARENERO DE MARTÍNEZ. *Gravillas inferiores:* 1, raedera. — ARENERO CENTRAL DE VALDIVIA. *Gravillas inferiores:* 2, punta con dorso rebajado, auriñaciense. - ARENERO DE NICASIO POYATO. *Gravillas inferiores:* 3, raspador sobre hoja, y 4, hoja con dorso rebajado, auriñaciense, del grupo C y Matritense II.

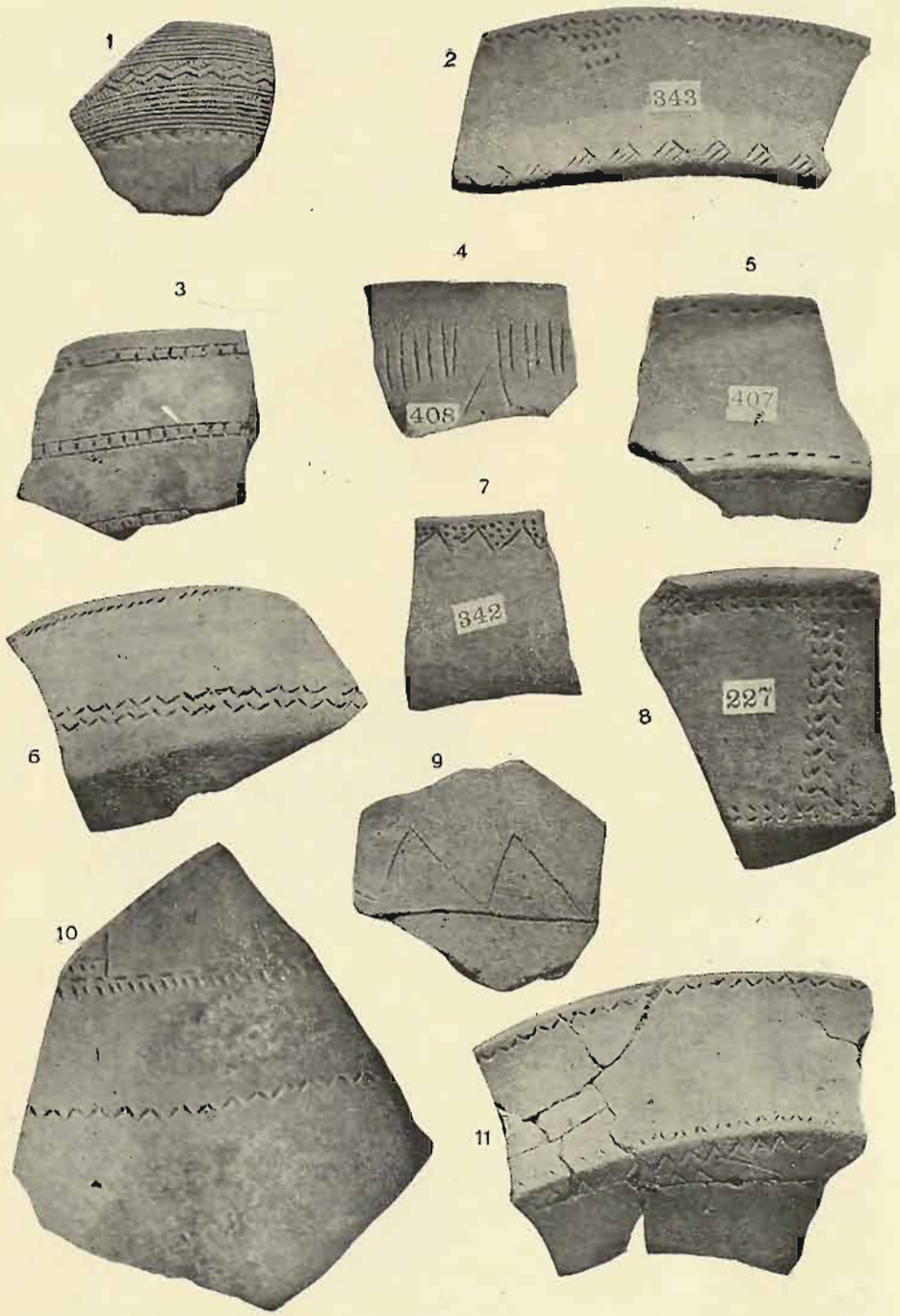




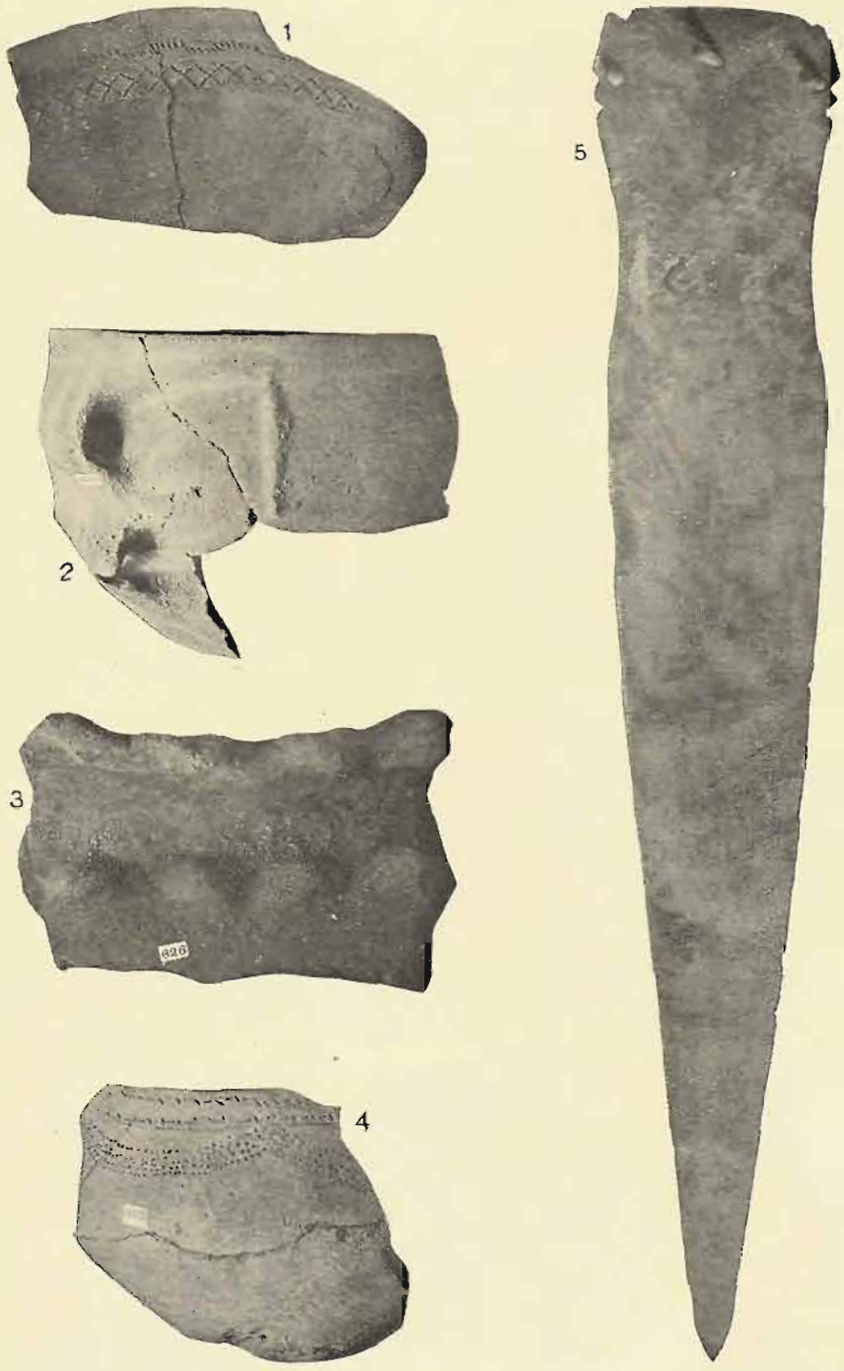
ARENERO DE EL COJO. *Gravillas inferiores:* 1, raedera de sílex del grupo C y Matritense II. – ARENERO CENTRAL DE VALDIVIA. *Gravillas inferiores:* 2, raedera de sílex del grupo D y Matritense III.
(Tamaño del original.)



ARENERO ESTE DE VALDIVIA. *Gravillas inferiores:* 1, raspador carenado del grupo C.—ARENERO DE MARTÍNEZ. *Gravillas inferiores:* 2 y 4, raspadores carenados del grupo B, y 5, del grupo C y Matritense.

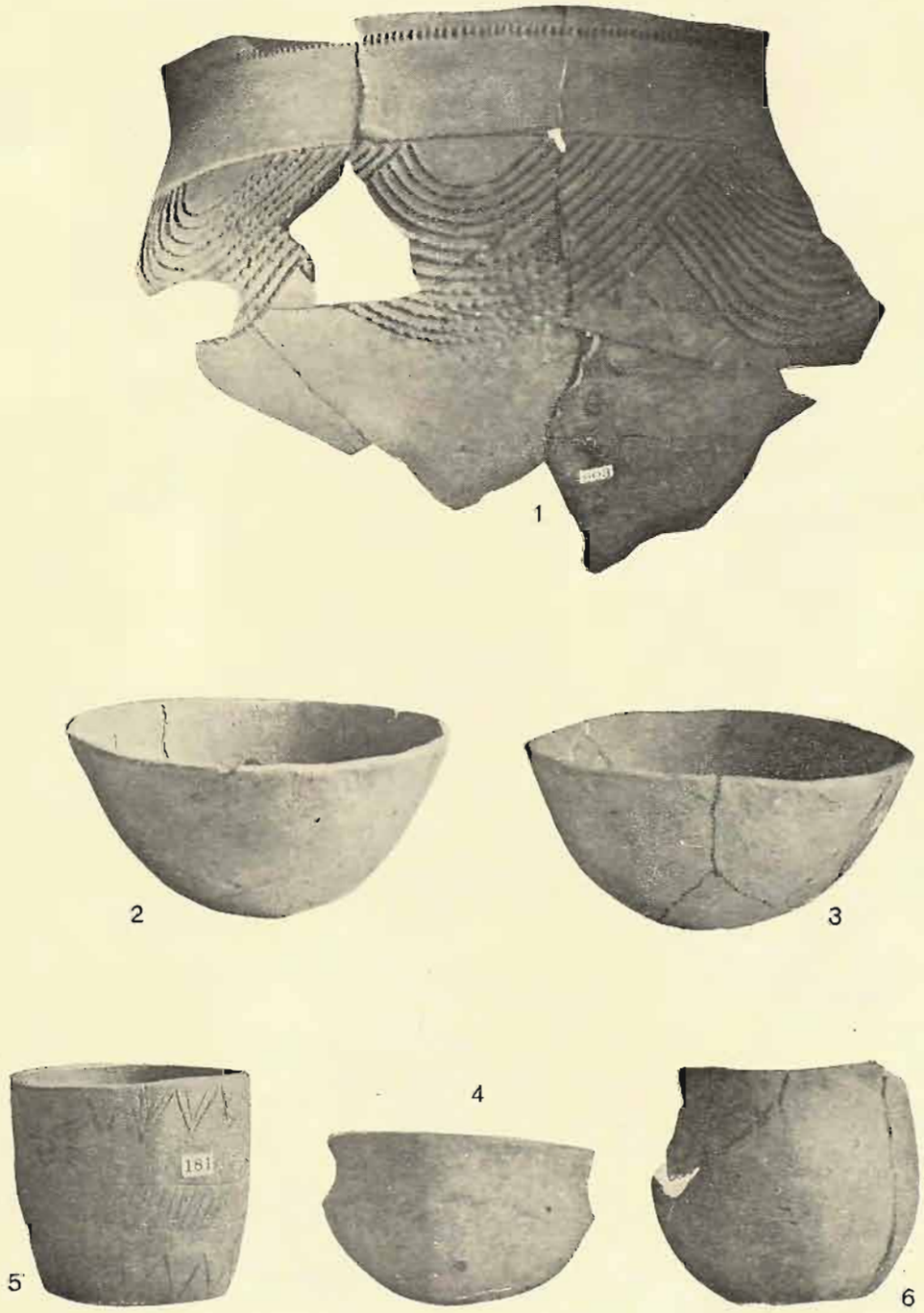


ARENERO DE LOS VASCOS: 1, fragmento de vaso campaniforme, y 2 a 11, fragmentos de vasos almerienses. (Todas las fotografías son aproximadamente la mitad del tamaño del original.)

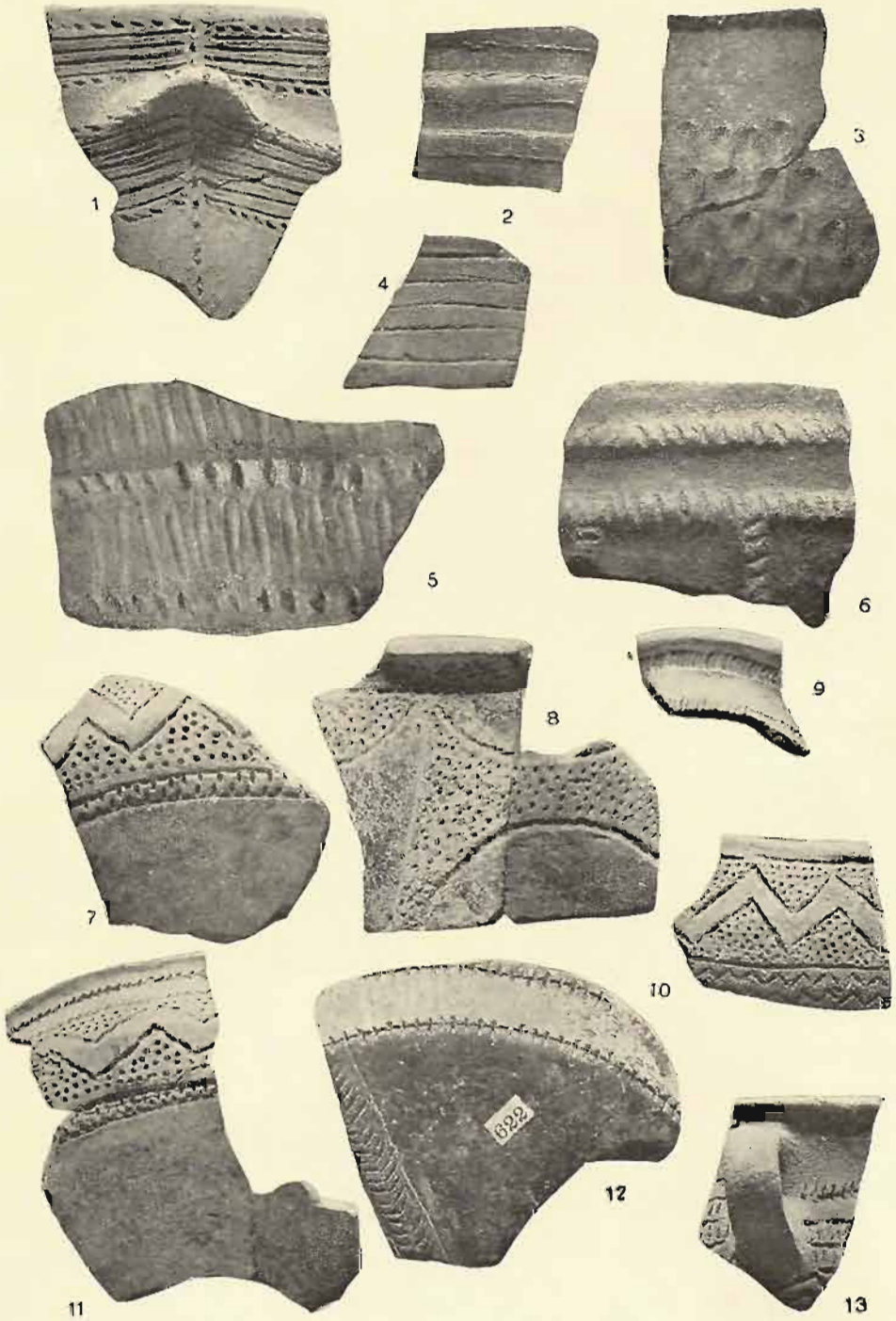


ARENERO DE SANTIAGO: 1, fragmento de vaso campaniforme.—ARENERO W. DE VALDIVIA: 2 y 3, cerámica indígena de la primera Edad del Hierro; 4, fragmento de un vaso celta, y 5, espada argárica de bronce de La Perla. (Muy reducidos.)

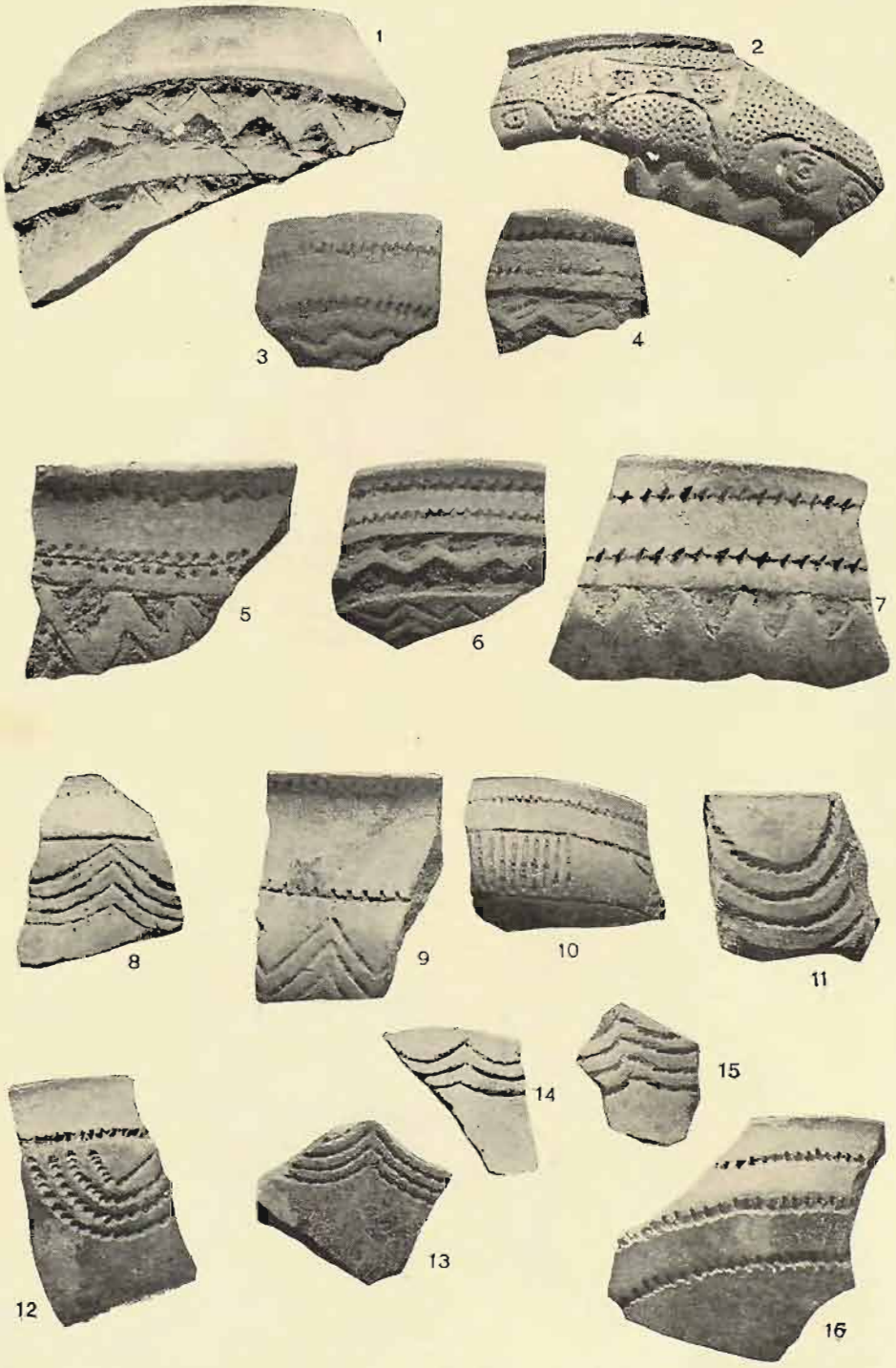
ARENERO DE LA PERLA: 1, 2 y 8, vasos argáricos.—ARENERO CENTRAL DE VALDIVIA: 3, 4, 5 y 7, vasos.—ARENERO W. DE VALDIVIA: 8, vaso argárico.—ORCASITAS: 6, vaso argárico de la Edad del Hierro.



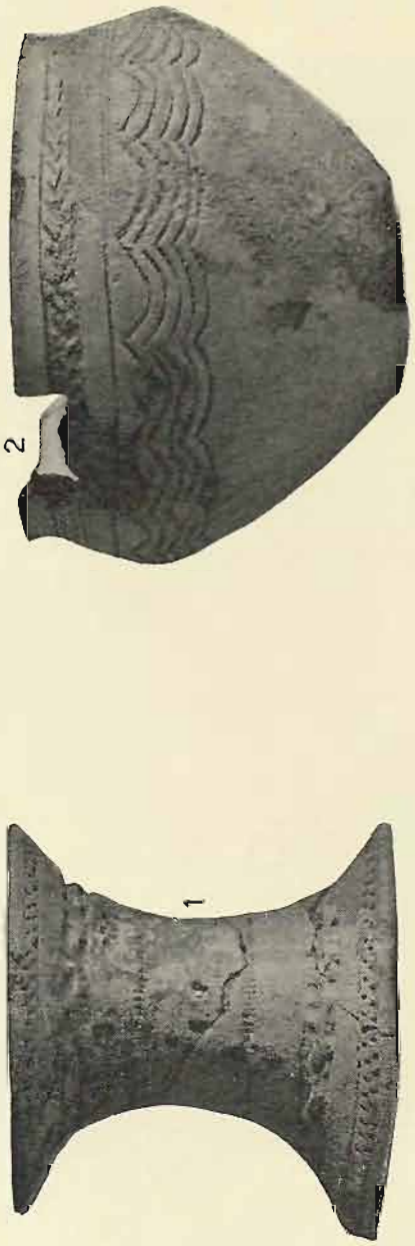
ARENERO DE MARTÍNEZ: 1, gran urna celta. - ARENERO DE EL COJO: 2, 3 y 5, vasos almerienses. ARENERO DE LAS MERCEDES: 4, vaso almeriense.—ARENERO DE LA PERLA: 6, vaso argárico.
(Muy reducidos.)



Fragmentos de cerámica de la Edad del Hierro: ARENERO DE LOS VASCOS, 1, 5 y 6.—ARENERO CENTRAL DE VALDIVIA, 2, 4, 8, 9, 10 y 12.—ARENERO DE MARTÍNEZ, 3 y 13.—ARENERO DE NICASIO POYATO, 7 y 11.
(Aproximadamente la mitad del tamaño de los originales.)

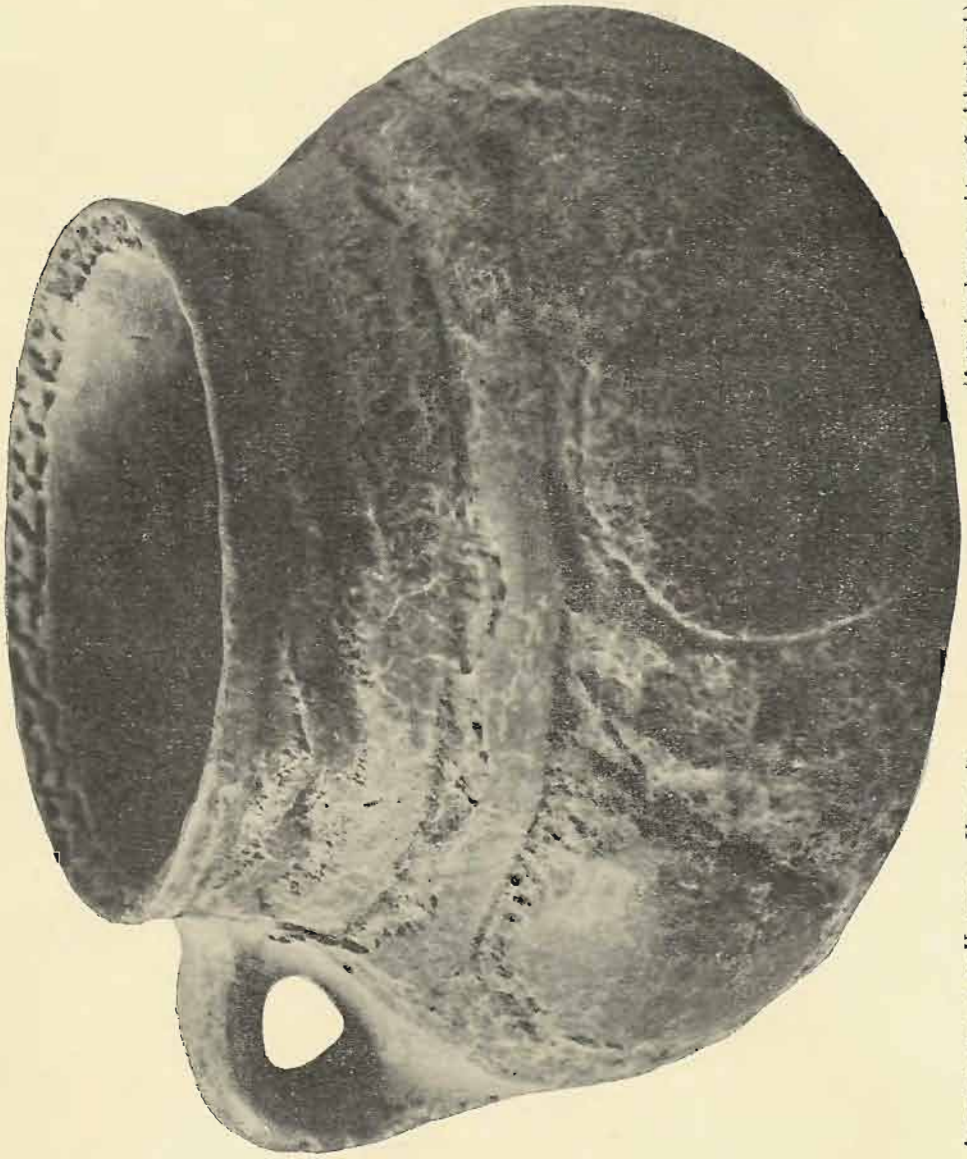


Fragmentos de cerámica celta del ARENERO DE MARTÍNEZ, 1, 3, 8, 11, 14 a 16, y del ARENERO CENTRAL DE VALDIVIA, 2, 9, 10, 12 y 13.
(Aproximadamente la mitad del tamaño de los originales.)



ARENERO CENTRAL DE VALDIVIA: Vasos celtas.
(Muy reducidos.)

LAMINA XXXIX



ARENERO CENTRAL DE VALDIVIA.—Vaso celta.

(Aproximadamente al tamaño del original.)

Etude des stations cotières atlantiques de la zone nord de Rabat à Tanger

por Henry Koehler

Etude des stations cotières atlantiques de la zone nord de Rabat à Tanger

por Henry Koehler

L'étude que nous donnons ici des stations atlantiques de la côte marocaine comporte une monographie de chacun des points où nous avons relevé une trace de l'activité on de l'habitation humaine. Jusqu'à plus amples informations, nous ne nous permettons aucune généralisation soit comparative, soit terminologique: la Préhistoire au Maroc a besoin de nombreux travaux de détail avant de pouvoir proposer ses conclusions.

Les présentes monographies portent sur la côte qui s'étend de Rabat jusqu'à Port-Lyautey, d'autres compléteront de ce point jusqu'à Tanger.

Toutes ces stations cotières se présentent de la même façon: elles sont tangeantes au littoral et reposent, industries mélangées, sur les falaises qui bordent la côte à peu près partout. Cette situation est la raison pour laquelle la prudence dans la détermination des industries s'impose absolument et retient, l'hypothèse facile toujours prête à des synchronisations ou aux comparaisons aboutissant à des équivalences.

STATION DE SIDI-MOUSSA

Cette station se trouve en bordure de mer: elle part du Marabout de ce nom et s'étend vers le nord de façon sporadique et non continue. Comme les diverses stations cotières, celle-ci repose presque directement sur le roc dénudé de la falaise ou dans les quelques centimètres de terre sableuse qui les recouvre. Les pièces sont disséminées et peu nombreuses. La majeure partie des témoins ramassés à cet endroit se compose de fragments informes tirés de petits galets de silex, de roche quartzeuse ou de quartz laiteux. Le nombre des instruments bien définis est fort limité.

On peut répartir l'ensemble en un outillage paléolithique ancien, puis en industrie de roche blanche très patinée et enfin en une série de pièces de silex assez frais.

Au Paléolithique se rattache une amande très plate et roulée, à bords réguliers, de 12 cm. sur 8 et 2 d'épaisseur. Elle provient d'un galet de quartzite verdâtre. A cette technique appartiennent une petite pointe de quartzite rouge assez épaisse et un disque à bords curvilignes, mesurant 6 cm. de diamètre sur un d'épaisseur.

Ces instruments s'apparentent aux instruments de quartzite de Rabat ainsi qu'à ceux de Bou Knadel I et relèvent de l'Acheulléo-Moustérien. On pourrait y adjoindre, mais à un stade plus évolué, deux pointes pédonculées dont l'une est de quartz laiteux, l'autre de silex calcédonieux fortement patiné. La base pédonculée a été préparée, la face postérieure est plane et les retouches en escalier sont soignées et affectent tout le pourtour.

Parmi les nombreux éclats de roche siliceuse blanchâtre nous relevons une lame longue et mince tirée d'un éclat et brisée au sommet.

Vers ce sommet se trouve une légère encoche, à droite, l'autre bord porte, vers la même hauteur, des esquillures d'utilisation (pl. I, fig. 1). Vient ensuite une très petite lame de 2 centimètres à la pointe récemment brisée. Elle est fortement retouchée sur le bord droit jusqu'à moitié, selon la technique des lames à dos rabattu.

Sur une lame de même roche dont la base présente un plan à facette, le sommet est retouché pour former burin en bec de flûte; le côté opposé a été obtenu par un éclat, de fines retouches ont avivé le tranchant (pl. I, fig. 3).

Les silex ne présentant qu'une patine insignifiante sont peu nombreux et d'ailleurs de technique assez dissemblable.

Il y a d'abord une sorte de couteau épais de 4 centimètres sur 15 millimètres, incurvé et à dos abattu par de larges et hautes retouches, la base est préparée en grattoir? La face opposée lisse porte de nombreuses retouches postérieures à la premiére facture de l'instrument et qui amincissent la pointe et aiguisent le tranchant. Cet instrument, qui tenait primitivement du couteau à dos abattu, a été repris dans la suite et réutilisé par une technique différente.

Une lame de silex gris très peu patinée se présente comme les pointes à dos rabattu et à talon oblique des autres stations du littoral. Mais celle-ci porte sur le bord gauche des retouches d'avivage en écaillures fines et très postérieures au travail primitif (pl. I, fig. 4).

Ces divers instruments appartiennent à un niveau ibéro-maurusien et nous les retrouverons ailleurs sur la côte.

Mais il semble que nous arrivions à une civilisation plus récente avec une sorte de lame-feuille, éclat très plat de silex sans patine. L'intérêt de cet instrument (pl. I, fig. 6) réside en ce que les deux bords opposés de l'instrument portent vers la moitié une retouche légère faisant encoche et inversés, cette disposition fait penser à un cran devant fixer une ligature. La même inversion de retouches très légères se retrouve au sommet de la pièce terminée par une sorte de grattoir crenelé. Pallary fait remarquer que la retouche inversée se trouve ordinairement dans le Kreiderien; il est possible que cet outil appartienne au néolithique, comme aussi le petit instrument carré (pl. I, fig. 5) de

silex translucide blond et dont les deux côtés longs sont retouchés inversement suivant une ligne sinueuse.

D'ailleurs nous avons relevé dans les environs au milieu des sables cultivés et vers la route de Kénitra une belle hache boudin de roche granuleuse verdâtre.

En résumé, si dans cette station de Sidi-Moussa nous avons trouvé les quartzites classiques de la région, nous n'y rencontrons ni petits grattoirs, ni silex géométriques, ni pointes vraiment atériennes, mais nous relevons ce que nous retrouverons plus loin: la taille du moustérien évolué, les petits lames à dos rabattu à patine blanche épaisse et les instruments non patinés à retouche inverse.

REGION COTIERE ENTRE SIDI-MOUSSA & BOU-KNADEL

En longéant le chemin qui suit la falaise en direction de la station de Bou-Knadel, on rencontre sur le sable des éclats de silex très peu patinés, mais n'ayant aucune forme typique pas plus que trace d'utilisation.

Mais à 2 kms. environ de la station, nous avons relevé dans les terres labourées une hache boudin de roche granitique noirâtre brisée à moitié et fortement éclatée sur une face du tranchant. Ce fragment de 8 cm. de long est large de 5 cm. au côté travaillant et présente une section ronde de 3 cm. La partie antérieure est bien polie, la postérieure est restée mousse. C'est un type africain connu.

Dans les environs encore, un fragment de ciseau ou de lissoir de 8 cm. sur 3 cm. de large et 1 cm. 1/2 d'épaisseur, aux deux faces planes et à la partie antérieure aiguisée en tranchant. A noter également une sorte de hache plate (?) de même roche. Cette roche et ce polissage se retrouvent à quelques kilomètres de Bou-Znika.

De nombreux tessons de poterie jonchent le sol. Etant donné l'habitat fréquent des douars transhumant dans les environs, on ne peut tirer de ces débris de cuisson variée quoique ce soit de certain. Cette remarque aura encore sa valeur à propos des autres stations de la côte atlantique que nous avons explorées.

STATION DE BOU-KNADEL

La station que nous appelons de ce nom est située au km. 8 avant le village, sur la déclivité d'une falaise qui est constamment délavée par les pluies ou balayée par les vents de mer. Les têtes du rocher sortent de 10 et 15 centimètres au-dessus du sol sableux recouvert par une terre noire de foyers.

C'est entre ces rocs que se retrouvent les milliers d'éclats de quartzite, silex ou roches diverses dont se composent les industries mélangées et brassées depuis des siècles.

D'après les types industriels, leurs techniques, leur patine, les mêmes divisions peuvent être faites ici que celle que nous établirons pour la station suivante de Bou-Ghaba, l'identité de ces «horizons» au sens large du mot parait assurée.

I. **Quartzites.**—L'Acheulléo-Moustérien de la région de Rabat se retrouve ici avec de beaux instruments (1) amygdaloïdes à talon réservé et cortex remontant sur un côté, amande à belles retouches affectant aussi bien le talon, racloirs sur larges galets au tranchant avivé par des retouches secondaires, racloirs nucleiformes ou pierres de jet, quelques pointes à main, à plan préparé et à facettes, des éclats type Levallois.

Toute cette industrie est, disons-nous, la même que celle de Rabat, et se poursuit vers le sud jusqu'à Fédahla et peut-être plus loin.

II. **Silex jaune blanc.**—Une seconde série industrielle parenté, sinon identique à celle-ci est représentée par des instruments de silex jaunâtres à patine très profonde.

Parmi des centaines de fragments atypiques et détachés par éclats ou lames courtes, nous comptons surtout des racloirs ronds et des pointes à mains. A noter que les lames courtes ont parfois le bulbe enlevé, ce qui n'arrive pas pour les pointes.

Les racloirs circulaires son du type nucleiforme: calotte de galet détachés, puis reprise sur les bords ou travaillée complètement sur la partie supérieure (pl. II, fig. 1).

Les points procédent d'éclats médiocres et affectent la forme losangique ou triangulaire (pl. II, fig. 2 & 3). Quelques unes présentent un plan à facettes au bulbe toujours intact, les tranchants sont ordinairement les arêtes naturelles, une seule sur dix présente trois retouches en hauteur et d'ailleurs fort grossières, mais toutes ont un amincissement dorsal voulu (fig. 4).

Dans cette série se placent les fragments de lames courtes non retouchées et quatre instruments affectant une forme géométrique: carré ou parallélogramme, et appelant la forme du tranchet ou du ciseau. L'un de ces instruments est muni d'un pédoncule naturel, le sommet est le tranchant naturel du silex avec amincissement par larges éclats du côté qui a été préparé (pl. II, fig. 5).

III. **Patine jaune blanc, taille soignée.**—La troisième série, sans offrir une grande variété de type, se place nettement en dehors, mais à la suite de celle-ci. Les dimensions réduites des instruments, le perfectionnement des formes, la belle taille enfin, dénotent une évolution très sensible. Mais les points par où le contact existe sont dans la taille uni-faciale, et le nombre de pointes et racloirs qui prédomine sur toutes les autres formes. La patine

(1) Nous renvoyons pour le détail de ces stations de quartzites à notre étude «Quartzites taillées de la region cotière de Rabat». *Bulletin de la Société préhistorique du Maroc.* 6° année, n° I.

blanc-jaunâtre est profonde aussi. D'ailleurs nous la remarquerons sur la plupart des pièces portant cette technique de la taille et ces formes, dans les stations du littoral atlantique que nous étudions.

Les pointes ont une belle structure ovale allongée, elles ne sont travaillées que sur une face, les retouches plates remontent vers une ligne médiane, la base est généralemet amincie, le bulbe est conservé (pl. II, figs. 1-2-4). Une d'elles est de forme losangique très caractéristique: complètement plate et très aigüe, des retouches secondaires fines régularisent le côté droit et les deux côtés de base. Ce même type se rencontrera à Bou-Ghaba. Le pédoncule apparait dans quelques spécimens. Une première pointe (pl. II, fig. 4) est de technique identique à toute la série quant à la forme, à la taille, à la patine, la base a le bulbe aminci et légérement retouchée sur un côté, forme un pédoncule naissant.

Un autre exemplaire (pl. II, fig. 5) travaillé par larges éclats, plus petit de taille et présentant des encoches latérales, se rapprocherait du type dit des pointes-berbéresques. Son pédoncule travaillé sur les deux faces est très défini. Une pointe longue, extrêmement pointue, présente avec cet instrument certaines ressemblances bien nettes (pl. II, fig. 5). Très acérée, façonnée par éclats assez gros, mais reprise en retouches classiques, elle porte de légères encoches sur le côté, et la cassure de la roche au pédoncule lui donne l'allure d'une pointe à ailerons. Le pédoncule travaillé également des deux faces est absolument évident. Ces deux instrument paraissent assez éloignés de la forme atérienne que nous signalerons ailleurs.

Par contre, la base pédonculée d'une pointe brisée porte des retouches sur les deux côtés qui semblent être de cette technique (pl. II, fig. 6).

Parmi les lames, un exemplaire assez long (pl. II, fig. 7) est de section triangulaire, la pointe forme burin. Les deux bords sont retouchés: celui de droite porte de nombreuses retouches secondaires fines, celui de gauche présente deux encoches près du sommet, la face dorsale de la base est amincie.

Racloirs.— On a dans cette série le racloir en D sur lame épaisse avec belles retouches au bord gauche.

Un racloir en éventail (pl. II, fig. 10), la face large et le côté gauche sont amincis par de forts éclats, le côté droit est sur le plan de frappe taillé en facettes. Un racloir carré tiré d'une lame préparée sur les deux côtés et retouchée finement ensuite. La partie supérieure de la lame ayant été brisée en oblique, elle a été pretaillée verticalement pour donner une sorte de poinçon (pl. II, fig. 11).

Il convient de noter encore un unique petit grattoir circulaire plat, retouché grossièrement, et surtout deux instruments à dos rabattu dont la patine est la même que celle de tous les instruments précédents.

Le premier est un tronçon de lame à dos rabattu (pl II, fig. 8), l'autre est une petite lame de 2 cm. 1/2 épaisse sur tranche à retouches verticales dont le sommet est taillé en oblique, tandis que la base rentrante l'apparente déjà aux croissants de Bou-Ghaba (pl. II, fig. 9).

IV. La dernière série comporte, au milieu d'une multitude d'éclats, fragments et déchets, un outillage extrêmement restreint et sans patine.

Les pointes sont des éclats ayant naturellement cette forme. Deux seulement témoignent d'un travail de retouche évident. La première (pl. V, fig. 1) est un silex incurvé, aminci par de longs éclats se rejoignant au centre. L'extrémité brisée à été transformée en léger grattoir. La seconde, dont la pointe également brisée est reprise en grattoir, est travaillée très legèrement sur le pourtour. Parmi les lames nous relevons:

Une lame à bord supérieur légèrement taillé en oblique, très fine de pointe avec base amincie (pl. V, fig. 2).

Une autre épaisse et acérée de pointe, à la base taillée en diagonale malheureusement tronquée au façonnage (pl. V, fig. 3). Sur un fragment nous remarquons des retouches tardives reprises en inverse des retouches primitives.

Les silex géométriques apparaissent: quatre triangles ou trapèzes complets et deux essais manqués. Dans le meilleur (pl. V, fig. 4) les retouches sont inversées sur les côtés, dans un autre (pl. V, fig. 5) une petite encoche sur le tranchant est avivée en sens inverse des autres retouches.

Il faut ajouter à cet outillage nicrolithique quelques carrés sans retouches (pl. V, fig. 6) ou de petits grattoirs circulaires très rares d'ailleurs.

Tous ces instruments tirés des galets de la plage se rapportent à la même industrie correspondante de Bou-Ghaba, mais leur diversité est moindre; cependant ici l'on peut dire que l'on se trouve en présence d'un Acheulléo-Moustérien bien caractérisé, puis d'un Moustérien fort évolué et brusquement l'on est en présence d'un ibéro-maurusien avec fort peu de trapèzes, de burins ou de petits grattoirs.

La poterie de Bou-Knadel est la même que celle de la station précédente, il n'y a donc pas à en tenir compte; par ailleurs nous n'avons relevé nulle trace de pierre polie.

REGION COTIERE ENTRE BOU-KNADEL ET BOU-GHABA

En continuant nos prospections vers le nord, nous rencontrons à 3 kilomètres après la station de Bou-Knadel un nouveau plan de falaise dégarni et presentant en quantité considérable les éclats informes de quartzites, de silex et de coquillages. Nous n'y trouvons que trois instruments de patine blanche très profonde. Il y a tout d'abord une pointe de silex (pl. VI, fig. 1) extrêmement plate, sauf au pédoncule retaillé sur les deux faces et de section losangique. La pointe de l'instrument a été brisé, les bords très minces par eux-mêmes, n'ont eu besoin de retouches qu'au sommet droit.

Le bord gauche présente une tendance à former aileron. C'est bien là une flèche du type atérien relevé par M. Ruhlman à Mazagan.

Il y a aussi un de ces gros racloirs de type trapézoïdal (pl. VI, fig. 3) et qui

va de l'instrument à pédoncule jusqu'au tranchet à talon assez large, relevé dans toutes nos stations. Le plan de frappe est en base, l'utilisation s'est faite sur les trois côtés.

Enfin, un sommet de pointe travaillée finement en retouches plates et étagées (pl. VI, fig. 2), évolution évidente de technique sur la flèche à pédoncule citée plus haut, et dont je n'ai plus retrouvé que des exemplaires incomplets et douteux dans les stations de cette région.

A quelques kilomètres de là, deux beaux instruments moustériens se trouvent à fleur de sol dans un champ labouré.

Une remarquable pointe dont le sommet a été brisé et qui est demeurée telle sans qu'on ait repris cette cassure pour la réadapter. Le bord gauche est fort bien retouché et la pièce devait être plus longue, car la cassure de la base est de date plus récente que l'instrument (pl. III, fig. 1).

A quelque distance de cette pointe nous relevons un recloir grattoir court et épais. Le bulbe a été enlevé, les bords retouchés et la face antérieure porte la protubérance déjà notée sur de nombreux grattoirs moustériens (pl. III, fig. 2).

STATION DE BOU-GHABA

A quelque mille mètres du Marabout de Sidi Bou-Ghaba, près de la lagune de Méhédia, les terres rouges et les dunes mouvantes repoussées par le vent ont décapé une vaste cuvette au bord de la falaise rocheuse qui domine les dunes en formation et les sables littoraux. Le roc affleure là comme dans les stations précédentes et c'est entre ses proéminences, qui donnent à l'emplacement un aspect tout à fait singulier, que se relèvent les témoins des industries de cette station. Evidemment le mélange existe ici comme ailleurs, mais cependant avec diverses caractéristiques très précises qui lui donnent une physionomie particulière.

Les quartzites en lames minces rappellent la technique que nous noterons à Douar Krimda, près de Larache. Elles paraissent accompagner un moustérien en évolution caractérisé par les pierres de jet, les racloirs, les pointes épaisses et dans lequel trois ou quatre pointes bien travaillés et des tranchets épais correspondent à l'industrie n° *III* de Bou-Knadel. On tombe aussitôt dans une série de silex à peine patinés, variés de types et paraissant aboutir à un outillage microlithique bien définit. Cependant on ne sait quelle interprétation il y a lieu de donner à la patine blanc-jaunâtre des pointes retouchées au sommet et des lames à dos rabattu que leur aspect ferait placer en intermédiaire entre l'horizon III de Bou-Knadel et la série IV de cette station de Bou-Ghaba, laquelle appartient évidemment à une forme ibéro-maurusienne. Cette question de la patine est en effet très délicate, surtout en nos pays du Maroc où, comme je l'ai constaté dans la zone de Tanger, la réaction solaire agit très rapidement sur certains silex.

Quoiqu'il en soit et à défaut des certitudes de la stratigraphie dont bénéficient les gisements d'autres régions et qui en cet angle nord-ouest de l'Afrique nous sont ordinairement refusées, nous tâcherons d'établir d'après les caractères extérieurs des témoins, des étages industriels et dans le cas présent nous en noterons quatre dont nous allons étudier les pièces les plus typiques.

I. **Quartzites.**—Comme je l'ai déjà indiqué, les quartzites ne se présentent plus ici sous la forme des amygdaloïdes ou des gros instruments. Ce sont des lames travaillées et réalisées en racloirs ou en pointes.

Ainsi un racloir ovale de 11 cm. sur 8 aux deux faces travaillées. Le talon est épais, mais le reste du pourtour est aminci et les retouches secondaires, très fines, sont sur la face inférieure plus plane que l'autre.

Un instrument de tradition acheuléenne et lancéolé est fait d'un éclat très mince (pl. III, fig. 1). Le talon est retouché sur les deux faces en retouches plates, mais le bord gauche forme racloir à belles retouches étagées. Nous sommes en plein dans la technique des quartzites de Douer Kridma dont nous ne sommes d'ailleurs qu'à 150 kms. environ.

D'autres quartzites des pointes surtout, à l'aspect triangulaire, aux bords amincis par grands enlèvements sont, du même étage, bien que plus grossières que les précédentes.

II. **Industrie de roche siliceuse blanc-jaunâtre.**—L'outillage de cette série procède de l'éclat ou lame courte et épaisse, et cependant comporte, à en juger par la patine de leur roche, le petit instrument en pointe ou en lame avec retouches hautes, les petites pointes plates et arrondies de la base et retouche Chatelperron au sommet. On y trouve également le tranchet, le trapèze ou le carré épais, mais pas de pédoncule. Le bulbe enlevé au moustérien classique est conservé dans tous les instruments sauf deux, et la presque totalité des plans de frappe ne comporte pas la préparation en facettes. Pas de burins, pas de grandes lames, un petit biface.

Pointe M^1 (1) (pl. IV, fig. 1). Amincissement de la face antérieure, retouches au pourtour; face inférieure plane et bulbe; idem M^2: Biface de section subtriungulaire, brisé à la base, retouches plates et larges sur la face postérieure afin d'aviver le tranchant.

Pointe M^3 (pl. IV, fig. 3) triangulaire, épaisse au talon; retouches étagées sur le côté droit rectiligne; sur le bord gauche encoches retouchées.

Racloir en D (pl. IV, fig. 4). La base est le plan de frappe préparé à facettes, le bord supérieur a été également régularisé. Belles retouches au coupant.

Racloirs droits en lames (pl. IV, figs. 5-6) les lames sont plates et non brisées, bonnes retouches.

Racloir grattoir M^7 (pl. IV, figs. 7-8) instrument épais, faisant grattoir du bout et racloir sur les côtés. Retouches longues et plates retombant un peu en carène au sommet. Le cortex est demeuré au sommet avec cette pustule rocheuse que l'on trouve sur beaucoup de racloirs de cette technique.

(1) La lettre et le numéro sont ceux de la collection.

Racloir carré M° (pl. IV, fig. 9) plan de frappe et bulbe à la base, trois côtés retoucheés et une encoche à gauche. Racloir circulaire (pl. IV, fig. 10).

Tous ces instruments appartiennent à un moustérien bien classique et évolué mois où n'a pas pénétré l'influence atérienne, puisque nous n'y trouvons pas les pédoncules. Déjà les racloirs, sur fragments de lame font, prévoir les formes triangulaires.

Ces instruments de taille moyenne sont accompagnés d'un outillage microlithique —à en juger par l'identité des patines blanches— lequel tend à l'ibéro-maurusien évolué dont l'industrie à silex non patinés nous donnera le stade le plus avancé.

Pointe (pl. V, fig. 1) sur lame plate brisée en oblique, au sommet gauche, retouches hautes, talon arrondi par les retouches, face postérieure plane.

Très petite pointe (pl. V, fig. 2) aux côtés finement retouchés en retouches inversées, talon convexe.

Pointe microlithe (pl. V, fig. 3) retouches fines des deux bords avec un timide pédoncule. (?)

Lame plate (pl. V, fig. 4) au sommet retouché.

Pointe courte et épaisse (pl. V, fig. 5) dos retouché comme les lames à dos rabattu, peut-être y avait-il l'intention d'en tirer une sorte de croissant primitif?

Pointe ou perçoir (pl.V, fig. 6) de la même technique à section triangulaire.

Très petit perçoir double (pl.V, fig. 7) à dos rabattu extrêmement fin, peut-être un hameçon?

Deux autres pointes à retouches très bonnes et une base de lame ou peut-être simplement une lame à dos plat (pl. V, fig. 9) à contour obliques réguliers, retouchée exactement comme la flèche losangique de Bou-Knadel.

Trois petits racloirs (pl.V, figs. 10, 11, 12) affectent la forme de trapèzes incipients; ils sont nettement retouchés en vue d'obtenir une forme voulue, géométrique, quoique très fruste et épaisse encore. Il semble que nous avons là le départ de ce qui deviendra l'instrument à forme typique de l'ibéro-maurusien évolué.

Dans cette série, aucune trace indubitable de pédoncule.

III. **Industrie de transition.** – Les pièces que nous classifions sous cette rubrique qui n'a rien d'absolu le sont à cause de leur taille plus fruste et de leur patine plus foncée que celle des instruments suivants. Celle-ci est d'ailleurs peu profonde et laiteuse seulement.

Les spécimens son nombreux, mais fort peu se trouvent être de véritables outils. La majorité se compose d'éclats de débitage. Les instruments eux-mêmes dérivent de l'éclat plat et petit, puisqu'ils ne dépassent que rarement 5 centimètres.

Dans cette série l'on trouve des lames sans retouches des pointes tirées, d'éclats petits ou moyens, des grattoirs sur lames incurvées; les burins font leur apparition; il y a fort peu de grattoirs ronds, la forme trapézoïdale se précise, deux instruments tendent à la demi-lune; un petit biface cordiforme se perd dans ce milieu.

Notons encore que la retouche est en général courte et haute et que les pédoncules intentionnels quoique légers apparaissent aussi.

Lame plate (pl. VI, fig. 1) encoches sur la droite avec esquillures, burin sur la pointe déterminé par des retouches hautes, sur le bord gauche retouches de lame à dos rabattu.

Lame (pl. VI, fig. 2) a la pointe préparée en perçoir par de fortes retouches hautes, le bas est retouché de même et un pédoncule très évident a été préparé.

Lame-pointe à bec recourbé (pl. VI, fig. 3) sorte de grattoir caréné par des retouches longues, encoches sur le côte; la base de l'instrument s'amincit en lame.

Petite pointe (pl. VI, fig. 4) de silex calcédoni eux, côté abattu et base amincie.

Pointe recourbée (pl. VI, fig. 5) retouches droites, hautes, extrémité en burin.

Pointe (pl. VI, fig. 6) à bout en grattoir à museau, section triangulaire, côté gauche incurvé, retouches étagées.

Lame (pl. VI, fig. 7) burin de la pointe, la base à gauche retouchée en grattoir.

Burin (pl. VI, fig. 8) sur petite lame à retouches sur la face plane. Le burin est obtenu par le «coup» classique.

Grattoir convexe (pl. VI, fig. 7').

Instrument (pl. VI, fig. 8') à encoche large, racloir concave à retouches hautes.

Petit amygdaloïde biface (pl. VI, fig. 9) très aigu de pointe, bords cordiformes, retouches remontantes sur bord gauche.

Sorte de croissant (pl. VI, fig. 10) grossier et épais, peut-être racloir convexe. Ciseau ou tranchet (pl. VI, fig. 11) dont la partie supérieure a visiblement travaillé.

Idem (pl. VI, fig. 12) triangle épais, talon à facettes, tranchant supérieur à retouches fortes, sorte de poinçon au coin.

Idem (pl. VI, fig. 13) instrument plus allongé, mais avec traces très nettes d'utilisation du tranchant.

IV. **Industrie microlithique sans patine.** - La dernière série des industries de Bou-Ghaba l'emporte de beaucoup par le nombre des silex, la variété et le fini du travail, et se compose d'instruments à peu près sans patine. Certaines pièces présentent cependant l'aspect blanc-jaunâtre qui parait bien en être une véritable et profonde; leur type et leur technique ne peuvent cependant permettre de les insérer autre part, raison pour nous de dire le dégré de valeur très relatif que nous donnons, comme nous l'avons fait remarquer déjà, aux classifications basées par nécessité sur ce phénomène chimique.

Nous distinguerons à cet étage: 1° Les Armures de flèche. 2° Les Lames et leurs variétés. 3° Les Burins et perçoirs. 4° Les Tranchets. 5° Les Trapèzes. 6° Les Carrés. 7° Les instruments divers. 8° Les pointes flèches néolithiques sahariennes.

1° *Armures de flèches.*—Outillage extrêmement nombreux constitué par des éclats de silex allant de 5 millimètres à 3 centimètres.

La forme générale est allongée, losangique, rarement à base convexe retouchée: c'est l'utilisation courante d'éclats non ou fort peu travaillés (planche VII, figs. 1, 2, 3). Dans les exemplaires de quelque épaisseur le bulbe est ordinairement placé sur le côté, ce qui donne un certain décalage à l'équilibre de la pièce. Nous aurons lieu de remarquer d'une façon plus nette cette particularité dans d'autres stations à plus grands outils comme celle de Douar *Krimda (prés Larache) ou à l'intérieur celle de l'Aguelmane de Sidi-Ali.*

Un certain pédonculage peut apparaître dans une demi douzaine d'exemplaires d'ailleurs mauvais, mais ces pédoncules sont dus à l'éclatement du silex et l'on ne voit pas de retouches déterminant volontairement l'appendice. On peut dire qu'il n'appartient pas à la technique des pointes du IV de Bou-Ghaba.

2° *Lames.—a*) Les lames simples sont de petites dimensions, ne dépassant pas 4 cm. La face antérieure est ordinairement amincie, certaines présentent une légère retouche sur un côté de la base sans qu'on puisse y voir un pédoncule. Ces lames sont extrêmement nombreuses.

b) Les lames à dos rabattu sont également nombreuses et petites, leur taille maximum étant 4 cm. pour tomber à quelques 5 ou 6 millimètres.

Les retouches portent indifféremment sur l'un ou l'autre bord, parfois sur les deux, ce qui, par suite de leur hauteur, donne à l'objet l'aspect boudiné. Elles se trouvent aussi, se dirigeant vers le sommet arqué Quelques-unes ont des retouches inversées.

c) Les lames à retouches basales (pl. VII, figs. 4-5-6) ont la retouche rectangulaire en forme d'évasement très net.

d) Deux lames de transition (pl. VII, figs. 19-20) ont la base à peine oblique et préparent la série suivante.

e) Les lames à base dorsale oblique. Retouchées sur un côté seulement et suivant la technique courante, ce côté forme oblique à la base et cette oblique remonte presque au centre de l'instrument, sans cependant atteindre le milieu et donner le triangle; toute la série en gradation existe (pl. VII, fig. 21, *a-b-c-d-e-f.*)

f) Deux lames encore de transition; les retouches du sommet et de la base tendent cette fois vers le croissant (pl. VII, figs. 22-23).

g) Les croissants sont fort nombreux et vont de 3 cm. 1/2 à 1/2 cm. La taille porte indifféremment sur l'un ou l'autre bord, ils sont extrêmement pointus. Certains plus épais ressemblent à de petits quartiers d'oranges.

h) Les triangles peuvent aussi bien procéder de la lame à base oblique dorsale: la pointe se formant peu à peu en triangle, les côtés s'incurvant par retouches (pl. VIII, figs. 9 et 10). Deux exemplaires forment même crochet, presque harpons (pl. VIII, fig. 15).

i) Lames pointes à base convexe; ces petits instruments sont plats avec les retouches des lames à dos rabattu, localisées pour certaines au sommet qu'elles infléchissent (pl. VII, figs. 7-8-9). Toutes sont extrêmement effilées.

Elles différent des lames proprement dites par leur base large et leur pointe acérée, et des croissants par leur talon arrondi par des retouches fort soignées. L'une d'elle (pl. VII, fig. 9) a été retaillée sur la face postérieure en poinçon.

Cette même technique donne également des perçoirs (pl. VII, figs. 13-14) et des perçoirs doubles (pl. VII, fig. 15) peut-être hameçons, extrêmement effilés. De même des burins, d'angle ou droits, préparés de la même façon sur des lames fort minces (pl. VII, figs. 10-11-12).

3° *Burins.*—Aves ces burins dont nous n'avons que 3 exemplaires, il y a de très nombreux burins sur fragments ou éclats plus ou moins épais: burins d'angle ou burins droits (pl. VIII, figs. 6-7-8). Les microburins avec leur technique franche se trouvent en grand nombre. Les perçoirs sont de toutes formes et de toutes tailles, quoique ne dépassant pas les 4 cm. environ. L'un d'entr'eux à double extrémité en burin (pl. VII, fig. 16) présente cette particularité de deux encoches sur les deux côtés renflés de l'instrument, formées par des retouches inversées et comme pour retenir une ligature.

4.° *Tranchets.*—Ce sont des instruments plus allongés que les trapèzes et qui ne dérivent pas comme ceux-ci de la lame. Les côtés sont redressés par des retouches frustes ou même ne le sont pas du tout, la cassure de la roche étant naturelle. Les bases sont ordinairement épaises et le tranchant, malgré qu'il ne soit pas toujours vif, porte des marques d'utilisation (pl. VIII, figs. 2, 5, 10, 12). Certains exemplaires sont concaves et ce genre se retrouve dans d'autres stations marocaines (pl. VIII, fig. 17) ou même en «tête de clou» (planche VIII, fig. 21).

5° *Trapèzes.*—Le trapèze qui procède d'une double troncature de lame est peu abondant (pl. VIII, fig. 1) d'ailleurs il glisse insensiblement vers le triangle parfait (fig. 4) et vers les petits triangles à côtés incurvés dont nous avons parlé à propos des lames et de leurs dérivés (pl. VIII, figs. 9, 11, 15).

6° *Carrés ou rectangles.*—Les petits éléments de lames tronquées et plates ont été repris et en général la marque du travail apparait nettement sur l'un des tranchants vifs (pl. VIII, fig. 13). Les côtés sont quelquefois retouchés, dans certains exemplaires la retouche des trois côtés achemine vers le losange (pl. VIII, fig. 14).

7° *Losanges.*—Quatre petits instruments sont retouchés en losanges parfaits. L'un d'eux en silex blond-chaud translucide n'est pas indigène, au moins quant à la roche d'où il provient (pl. VIII, fig. 19). Le quatrième est taillé en écusson à doubie pointe qui est à rapprocher de la pointe de flèche relevée par Flamand au Sahara (pl. VIII, fig. 20).

8° *Pointes néolithiques sahariennes.*—Enfin dans cette station nous avons relevé 5 pointes de flèches, ou fragments, sahariennes. C'est une exception qui jure dans l'ensemble de ses industries, qui n'offrent par ailleurs rien de franchement néolithique; petite pointe de silex calcédonieux rose, très plate (pl. VIII, fig. 22); flèche de taille parfaite, petits crans microscopiques sur les bords, ailerons bien dégagés (pl. VIII, fig. 23); fragment de silex verdâtre, épaisse, ailerons peu saillants (pl. VIII, fig. 24); base de silex brun, plat, ailerons

faibles (pl. VIII, fig. 25); morceau de flèche de silex verdâtre de taille très belle (pl. VIII, fig. 26).

Sur cette station nous n'avons découvert aucun indice de pierre polie, mais de petits lissoirs microlithiques formés de petits galets usés par le travail et des fragments de polissoirs à main de taille ordinaire. La poterie, qui parsème le sol avec des restes de clous fort rongés par la rouille et le sable, ne se rapporte pas davantage que dans les autres stations à des époques très reculées, il n'y a pas lieu d'en faire cas.

La station de Bou-Ghaba se présente donc avec deux horizons bien définis: d'une part un moustérien déjà évolué, mais sans mélange d'atérien, d'autre part un ibére-maurusien qui confine au néolithique.

Entre les deux il y a quelque chose qui n'est plus du moustérien et qui n'est pas encore l'ibéro-maurusien caractérisé. Il en a certains éléments comme les petites lames à dos rabattu, mais il n'a ni burin, ni formes géométriques définies.

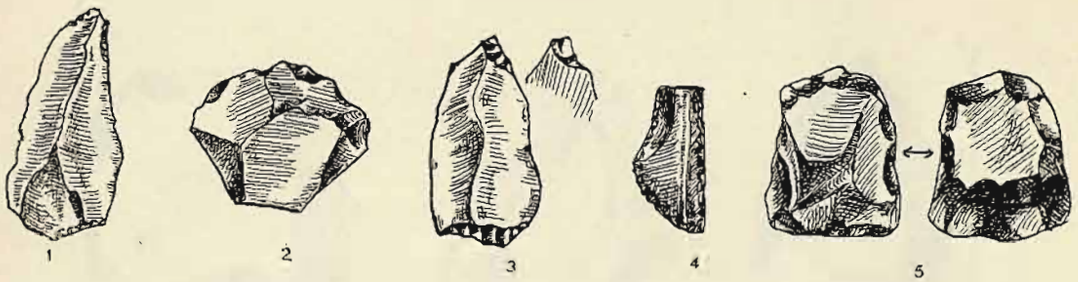
Par ailleurs, l'ibéro-maurusien de Bou-Ghaba ne répond pas absolument à celui de Pallary où les trapèzes sont très rares, puisqu'ici ils sont relativement nombreux.

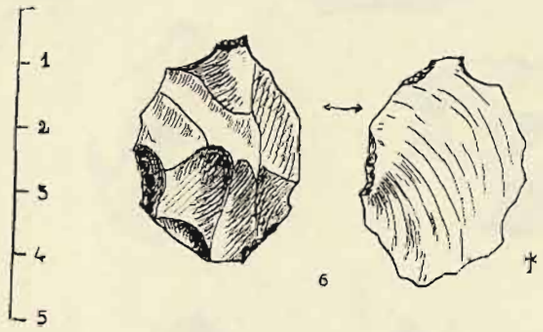
Enfin, malgré la présence des pièces sahariennes, rien de bien typique ne dénote une présence néolithique assurée: les encoches, les grandes lames, les pointes pédonculées, la pierre polie font défaut.

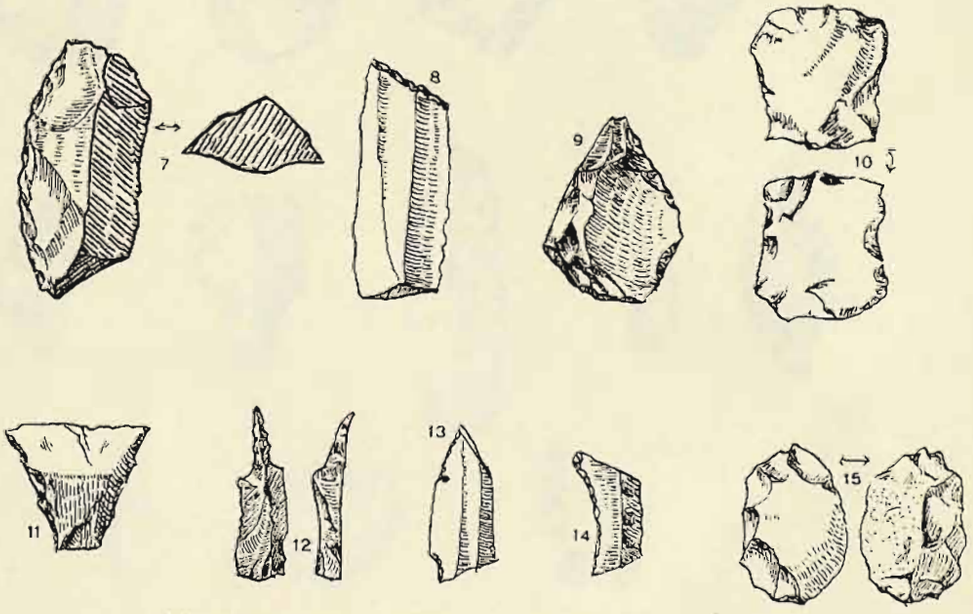
Diverses séries d'instruments suivent à travers ces étages une progression qui parait évolutive et partant d'un stade assez primitif aboutissent à un état plus parfait: ainsi les trapèzes ou surtout les tranchets que l'on rencontre dès le moustérien et qui paraissent à toutes les séries. Mais il serait peut-être audacieux d'y voir un élément de preuve en faveur d'une évolution sur place.

Les difficultés que portent en soi les stations de surface obligent à mettre de côté des jugements trop absolus.

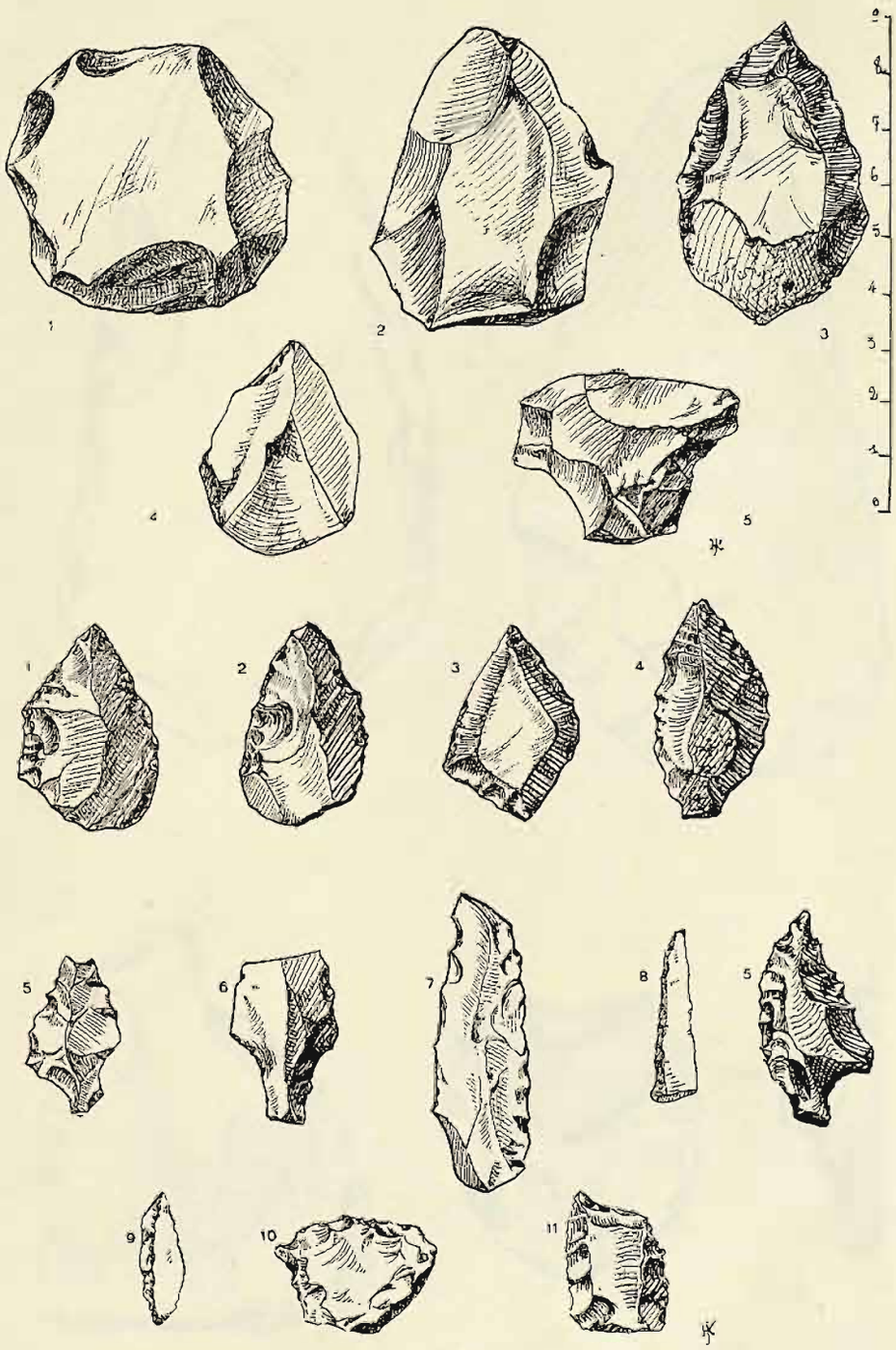
Les études d'ensemble après de nombreuses monographies de stations marocaines diverses permettront dans l'avenir de délimiter les subdivisions de cette industrie microlithique du Maroc et de trouver le pont qui relie le moustérien évolué à l'ibéro-maurusien, qui se trouvent mêlés dans nos stations cotières. En tous cas, l'on tiendra compte pour cette région de Bou-Ghaba entr'autre, de l'influence saharienne qui est venue jusqu'aux rivages de l'Atlantique exporter son industrie.



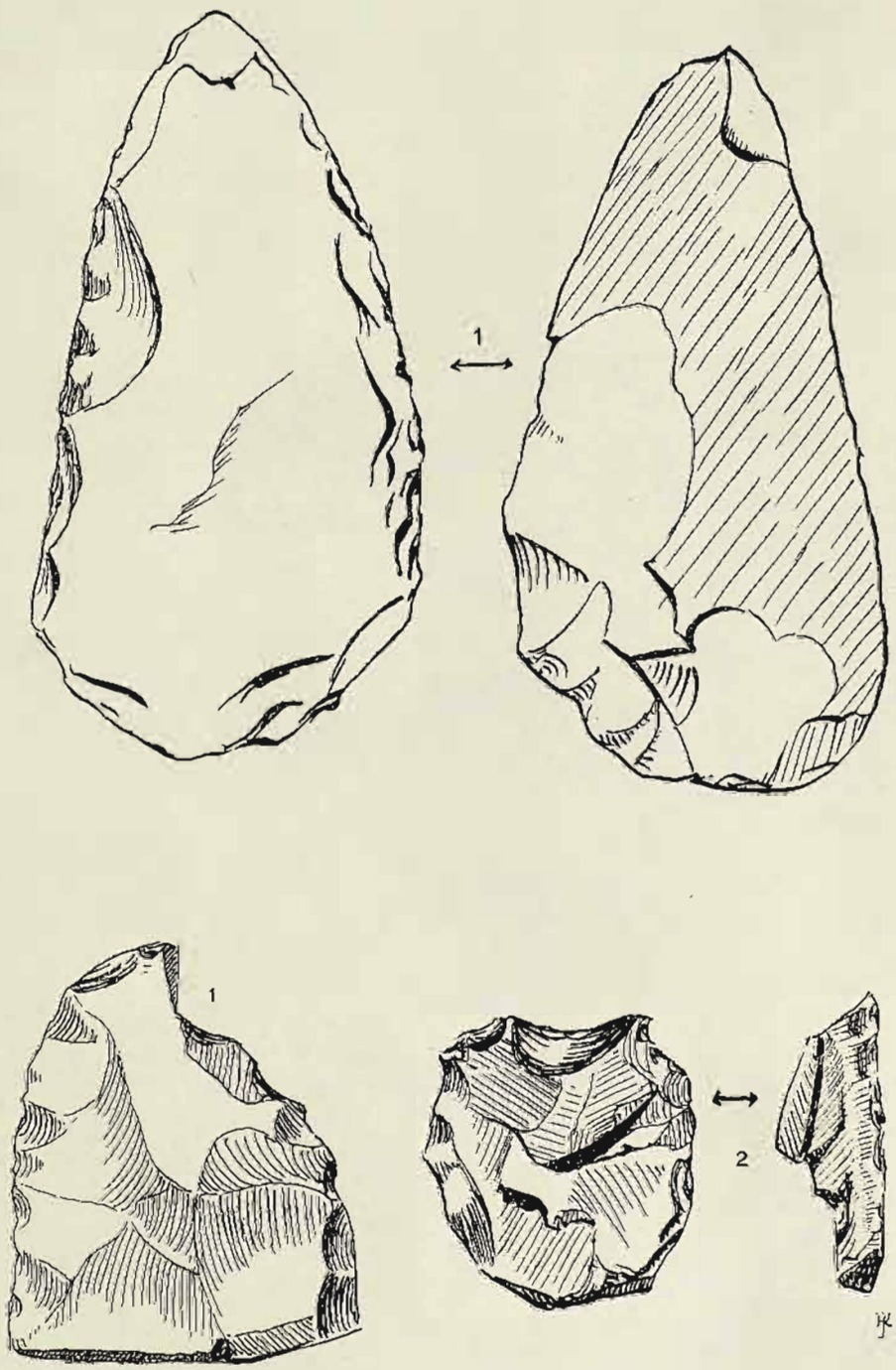




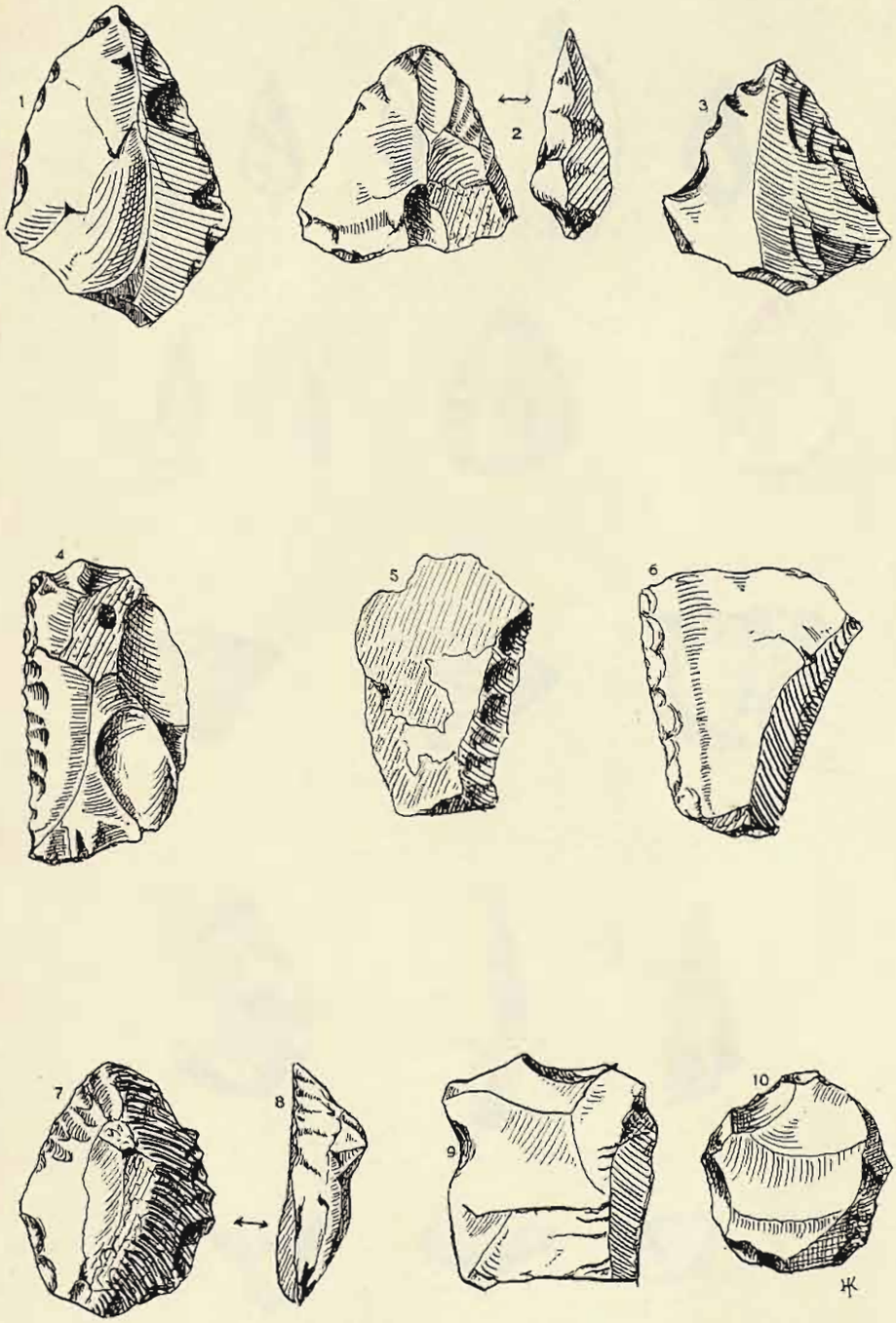
1-6, Sidi Mousa (Rabat); 7-15, station avant celle de Bou Knadel.



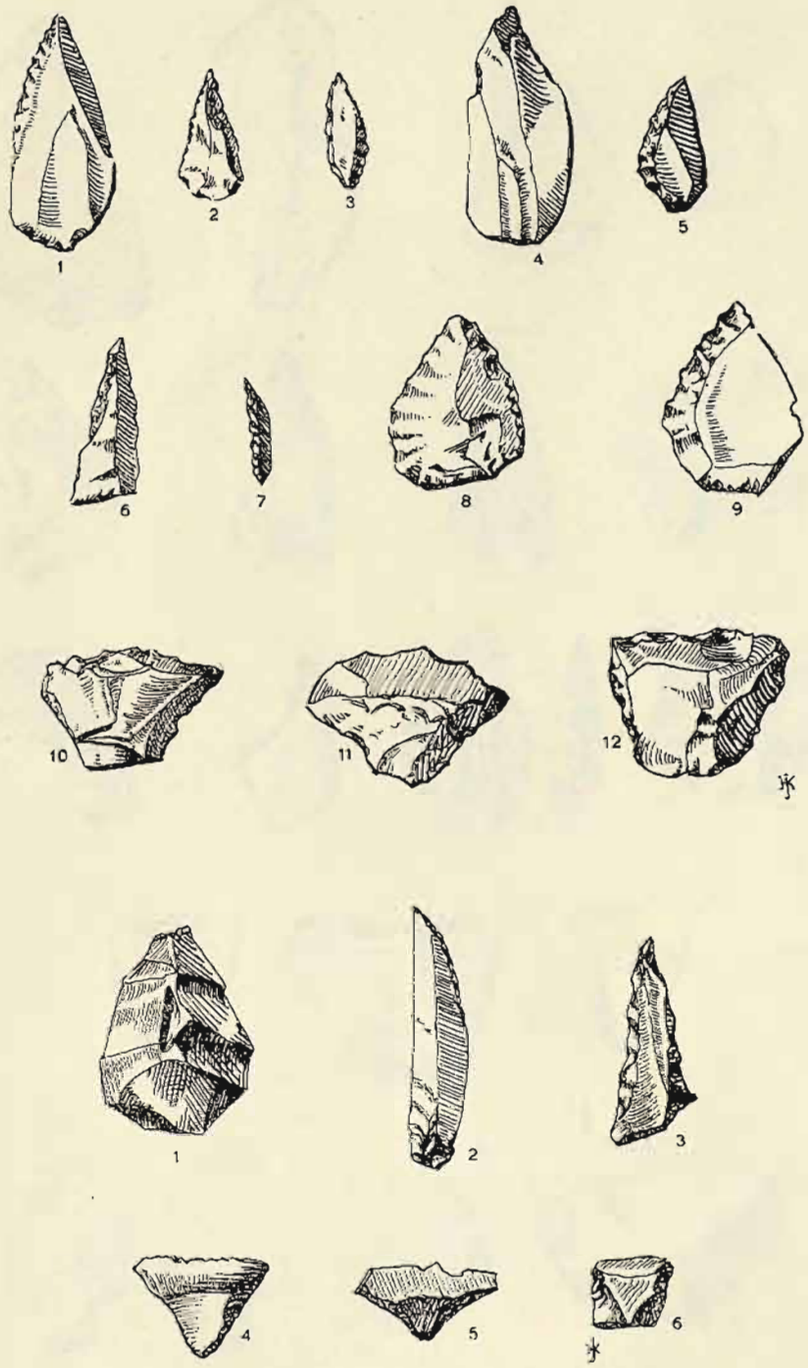
Silex: Bou Knadel.



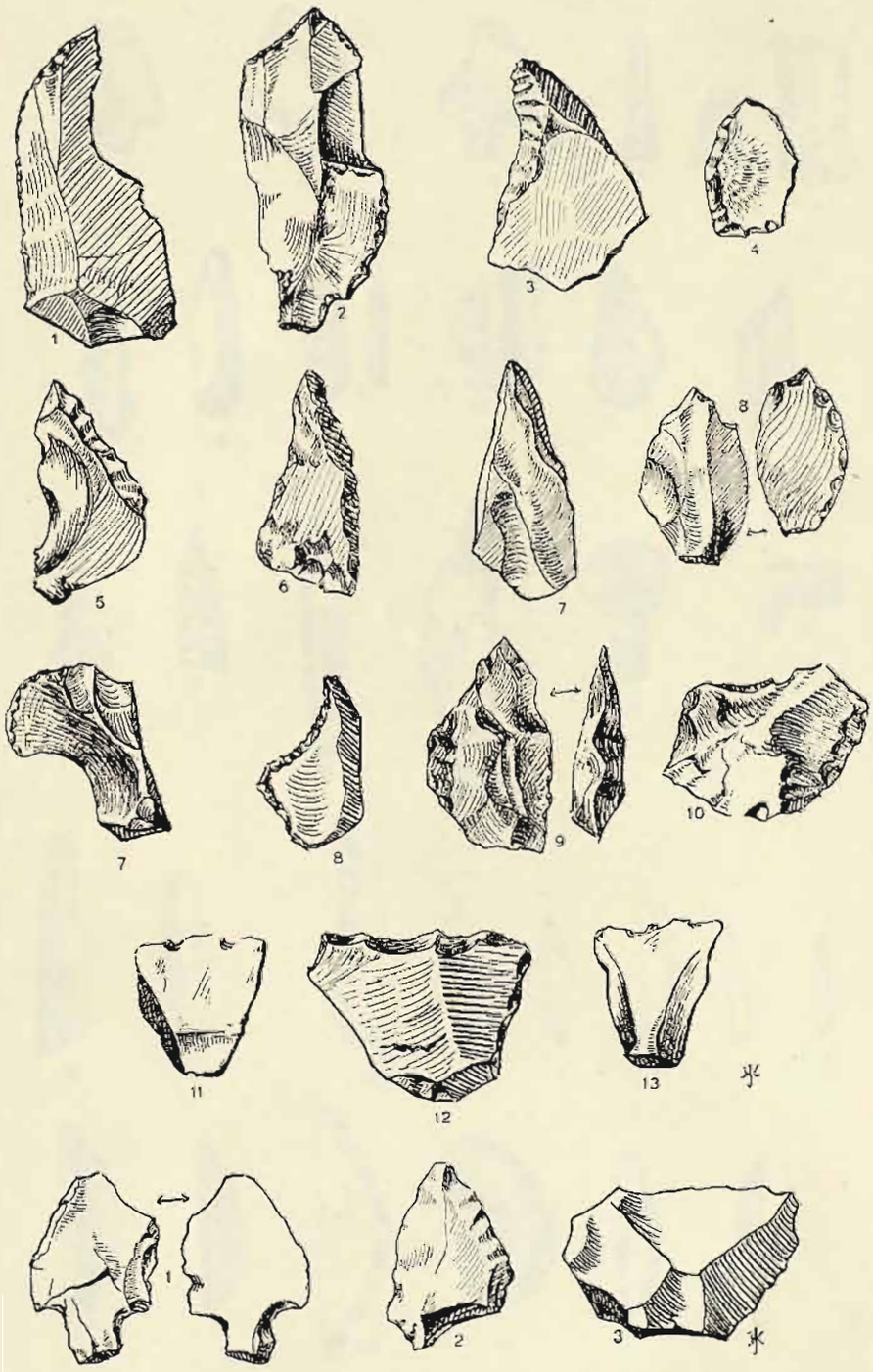
Silex: 1, Bou Ghaba; quartzite, 1-2, entre Bou Knadel et Bou Ghaba.



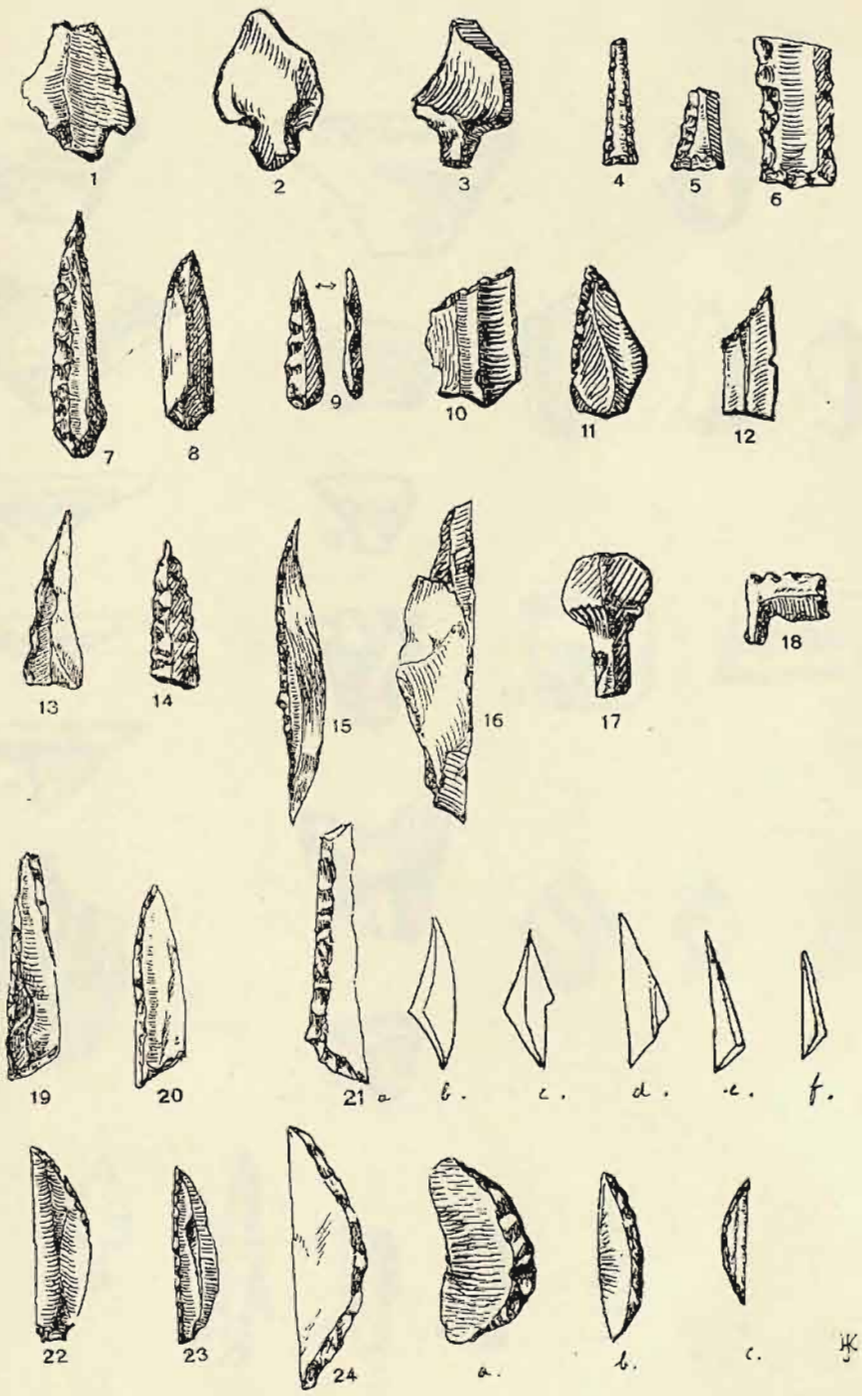
Bou Ghaba: Silex à patine blanche.



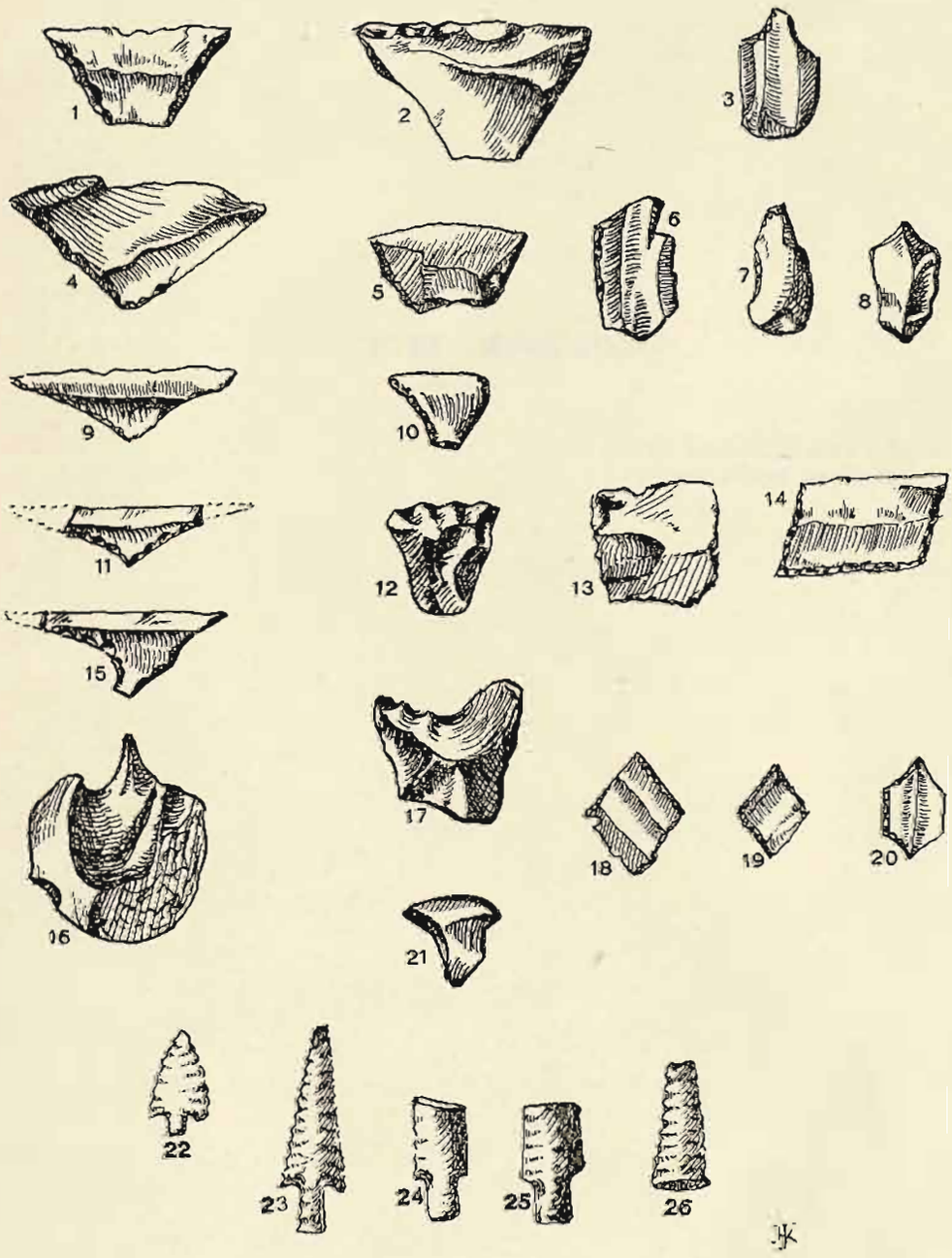
Bou Ghaba: 1-12, silex patinés blanc; station de Bou Knadel, 1-6, dernière serie.



Bou Ghaba: 1-13, industrie de transition à légère patine; 1-3, entre Bou Knadel et Bou Ghaba.



Bou Ghaba: Industrie sans patine.



Bou Ghaba: Industrie sans patine.

Cuevas castellanas

por Manuel Maura y Salas
y José Pérez de Barradas

Cuevas castellanas

por Manuel Maura y Salas
y José Pérez de Barradas

I

CUEVA DEL REGUERILLO (TORRELAGUNA, MADRID)

Tuvimos conocimiento de esta cueva por la obra de D. Casiano de Prado, *Descripción física y geológica de la provincia de Madrid*, publicada en el año 1864, y en la cual se ocupa con alguna extensión de esta cavidad natural, explorada por aquel precursor de nuestros modernos investigadores, si bien muy a la ligera y sin duda con muy deficientes medios, como se demuestra por las afirmaciones peregrinas que hace acerca de posibles comunicaciones entre la cueva y el río (que de ser cierto daría a ésta dimensiones de algunos kilómetros y una profundidad de varios centenares de metros), descripciones que en nada concuerdan con lo por nosotros visto, y confusa vaguedad en su topografía. Pero era suficiente acicate a nuestra curiosidad saber que a pocos kilómetros de nuestra capital, con cómodo acceso, existía una cueva de grandes dimensiones, con abundantes y curiosas estalactitas, mal explorada y sin un plano que sirviese de orientación en sus salas; por si esto fuera poco, el profesor H. Breuil menciona en uno de sus trabajos la existencia de pinturas rupestres en una de las salas, y afirma la presencia de cerámica neolítica en la sala de acceso. Con tales antecedentes el 17 de febrero de 1931 allí nos encaminamos, no sin antes haber solicitado el correspondiente permiso de la Dirección de los Canales del Lozoya, en cuya demarcación se encuentra no sólo la cueva, sino el camino que desde Torrelaguna hasta la presa del Pontón de la Oliva conduce. Cúmplenos manifestar desde estas líneas nuestra gratitud por las facilidades que se nos dieron por parte de dicha Dirección para nuestro trabajo.

El itinerario conduce hasta El Molar y desde allí a Torrelaguna, para coger en dicho pueblo la carretera que al Pontón de la Oliva se dirige (lám. V, fig. 2). Desde las casas de los guardas de la presa del Pontón arranca otra carretera muy pendiente, que conduce, al cabo de un kilómetro, al pie mismo de la cueva. Coronado el repecho y andando unos metros se llega a un pequeño acantilado, en cuya pared se advertía perfectamente la abertura en cuya busca veníamos.

Es de advertir que a cosa de tres metros de esa entrada se abre otro orificio que corresponde a otra pequeña cueva, cuya descripción haremos oportunamente.

Aun con los errores fáciles de cometer por la premura del tiempo y falta de material adecuado, el croquis que se acompaña, levantado por nosotros, único que, según nuestras noticias, existe de la cueva, podrá servir para la mejor comprensión de la visita, y a él remitimos al lector (lám. I).

La orientación de la boca de la cueva (lám. V, fig. 1) es al SW.; la bóveda de entrada tiene casi la altura de un hombre y da inmediato acceso a la «Sala exterior». Esta es de forma irregular, casi elíptica, con un largo de más de 15 metros, y ofrece dos ensanchamientos de bóveda muy baja en el lado del E. La bóveda de la sala es de forma elipsoidal, de unos 10 metros de altura máxima, que corresponde al centro del recinto. Bóvedas y paredes no ofrecen estalactita alguna, siendo esta sala muy seca, y ofreciendo, por tanto, buenas condiciones de habitabilidad. De que éstas han sido aprovechadas y desde tiempos remotísimos son prueba elocuente grandes montones de piedras, regularmente dispuestos, que son los restos de tabiques y corralizas en que dividieron la cueva quienes como vivienda la usaron, singularmente, y en época reciente, pastores, que con sus ganados allí hallaron refugio. Una ligera investigación del suelo en las cercanías de las paredes del E. dió por resultado el hallazgo de muchos trozos de cerámica negra, de aspecto neo-eneolítico, y entre ellos un borde de vasija de la llamada «cerámica de cordones», que permiten afirmar que la cueva ya fué conocida y utilizada en tiempos prehistóricos, como era de suponer, dada su favorable orientación, su acceso fácil de defender y dominando el valle, una fuente que mana en un barranco cercano y aun la proximidad del río y de su vega. Une, pues, la arqueología su interés al que, de por sí, y como veremos, ofrece la cueva, y aun cuando no pudimos comprobar la existencia de las pinturas rupestres señaladas por H. Breuil en la última sala, el hallazgo de la cerámica es por sí solo materia harto interesante para merecer la atención y el estudio de los especialistas.

Esta primera sala es, como queda dicho, de fácil acceso y cómoda exploración; la luz del día, que penetra por la entrada y un pequeño orificio situado cerca de ésta, permite en día de sol, y una vez acostumbrada la vista, efectuar su visita prescindiendo de la luz artificial, sólo necesaria si se quiere realizar una inspección detenida del suelo o examinar los rincones extremos de los ensanchamientos antes citados.

En la pared N. de la «Sala exterior» se abre el orificio del pasillo que pone en comunicación con las otras salas de la cueva. Es un angosto pasadizo de un ancho aproximado de 1,50 metros, con una altura que oscila entre 0,90 y 1,20 metros, obligando, por tanto, a gatear durante algunos metros; tuerce en dirección al ENE., y a los pocos metros de la entrada se llega a una galería pequeña, de bóveda muy baja (entre 1 y 1,50 metros), con ensanchamientos laterales, como pequeñas estanterías, en los cuales aparecen las primeras estalactitas y estalagmitas, de pequeñas dimensiones, pero de curiosas formas, trazando pequeños departamentos con aberturas ovaladas o remedando cortinas que cerrasen los ensanchamientos laterales de que se ha hecho mención.

Cinco o seis metros después de la entrada esta galería, de un largo apro-

ximado de 67 metros, se ensancha a ocho o diez metros, y la bóveda se eleva hasta unos tres metros, apareciendo sistemas de estalactitas y estalagmitas más importantes y notables, no obstante las bárbaras mutilaciones que sin duda desde tiempo inmemorial se vienen cometiendo en todas las salas, y de las cuales empiezan a advertirse aquí claras huellas por los fragmentos que yacen en el suelo y las fracturas que en el techo se notan. Se encuentra en esta galería un charco de agua muy cristalina, producto de las filtraciones de la bóveda. Como a la entrada hallamos la carroña de una oveja, momificada ya y en parte recubierta por el sedimento calcáreo, acordamos bautizar la estancia con el nombre de «Galería de la oveja».

Al final, y siempre en dirección E., la bóveda se eleva de tres a seis metros, y se produce un ensanchamiento de la galería. El suelo es arcilloso, muy húmedo y extraordinariamente resbaladizo, condición que se aplica ya al suelo de todo el resto de la cueva. A poca distancia, y a la izquierda, aparecen grandes estalagmitas de caprichosa forma; entre otras, dos columnas que llegan a la bóveda y otras dos truncadas, algunos grupos calcáreos interesantes, y siempre a la izquierda del sendero, y a los pocos metros, nuevos grupos grandes, desembocando la galería en una sala de medianas dimensiones, con magníficas columnas y curiosas estalactitas muy finas, que dan al techo cierto aspecto de gótica filigrana, completando así el efecto de las columnas y dando a la sala carácter de misterioso santuario; por eso la designamos en el plano con el nombre de «Sala gótica», dedicando buen rato a la contemplación de las extrañas formas que allí labró el agua saturada de cal, que unas veces evocan esbeltas torres, quiméricos castillos de alabastro, y en otras funden en una masa grupos de columnas que dejan una abertura en su centro, y de este modo elevan un extraño arco de triunfo, que pudiera servir para perpetuar alguna hazaña de los gnomos habitantes de estas oquedades, o fingen con rara perfección un arpa de piedra, como una que a la derecha del sendero se advierte.

Esta sala tiene un largo de unos 45 metros por un ancho de 15, y una altura media de unos siete metros. El monótono e incesante rumor de las gotas de agua que del techo se desprenden muestra que no se ha extinguido la actividad creadora de tan fantásticas maravillas, y en el suelo las redondas y blanquísimas bases de las estalagmitas en formación así nos lo confirman; pero es labor de miles de años la que requieren esas masas que nos admiran y suspenden, y el curso de los que componen nuestras vidas apenas supondría unos centímetros de aumento en las columnas que hoy se están labrando.

Al fondo de la «Sala gótica», y a la derecha del «Arco de triunfo», hay una gran masa de estalagmitas y un ensanchamiento hacia la izquierda, con bóveda muy curiosa. Desde este punto se obtiene una buena vista de las grandes columnas que preceden al «Arco de triunfo». Pasando la a derecha del bloque mencionado, el sendero conduce, por la misma sala y en igual orientación E., hasta dos estalagmitas, que hemos bautizado «Lós cipreses», por recordar su aguda y esbelta silueta la de este árbol. (Distancia desde el bloque a «Los cipreses», 10 metros.)

Nos habían hablado, y habíamos leído, de la existencia de pobladas tribus de murciélagos en la cueva; no tuvimos la ocasión de verlos, pero aun así podríamos certificar de su existencia, de su cantidad y aun de los siglos que llevan habitando estas cavidades por el gran montón de guano que, procedente de esos animalejos, y a pocos pasos de «Los cipreses», se advierte.

Siguiendo el camino aparecen, a la derecha, nuevas bovedillas con estalactitas, acabando éstas por cubrir toda la pared; destacan dos notables estalagmitas: una que dibuja la silueta de un gato, como enigmática estatua egipcia, y otra que es la grotesca caricatura de un enano, y a la cual llamamos «El enano Alberico»; también es de reseñar un poco antes, y a la izquierda, otra estalagmita de buenas proporciones.

Continúa la sala en dirección ENE. para convertirse en galería, que a los 13 metros se estrecha considerablemente, ofreciendo un angosto paso con magníficas estalagmitas a la derecha; la altura de la bóveda es sensiblemente igual a la de la sala, pero el ancho máximo es de unos ocho metros, reducidos a dos en el suelo practicable. En seguida se llega a una pequeña sala, que denominamos «Rotonda del teatro», de forma casi circular, con un diámetro de unos 10 metros (lám. VI, fig. 1). En ella se encuentra un hermoso macizo de columnas muy esbeltas y un ensanchamiento en la pared SW., que cuajado de pequeñas estalactitas semeja un fantástico escenario, y de allí el nombre elegido. En la pared ESE. de la rotonda se abre una entrada muy baja, que corresponde a un pasillo de techo y suelo oblicuos, con bastante inclinación en el sentido N. a S., obedeciendo a la orientación de los estratos. Junto a la misma entrada, y a su izquierda, el agua que rezuma la pared se acumula en una pequeña pila, excavada en el mismo suelo y con los bordes de sedimento calcáreo, dibujando como las conchas de una fuente monumental reducida a la escala de un modelo. El agua es muy cristalina, y sin duda debe ser potable. Por sus dimensiones quedó señalada como «Fuente del hada».

La inclinación del suelo, su arcilla húmeda y la escasa altura de la bóveda, que no permite ponerse en pie, hace molesto, si no difícil, el paso en una extensión de unos 15 metros. A la izquierda hay que señalar una buena estalagmita.

Poco después se entra en una sala de grandes dimensiones, que bautizamos «Sala de Prado» en homenaje a D. Casiano de Prado, ya que éste, como queda dicho, fué el primero que dió noticia de la cueva, aun cuando ésta haya sido conocida desde muy remotos tiempos. Las paredes de esta sala aparecen desnudas de todo adorno, salvo algún grupo de estalactitas sin importancia.

El ancho es de unos 12 metros, el largo de 43 y la bóveda ofrece buena altura en el centro; a la derecha aparece un estrato oblicuo y quebrado, que es el mismo que sirve de techo al pasillo de entrada; la dirección del eje es NE.

Casi al fin de la «Sala de Prado» encontramos un grupo de estalagmitas que denominamos «El castillejo», por ser a modo de fortaleza que dominase y diese guarda al sendero, y se llega a un departamento que, aun formando parte de la citada sala, por su forma y dimensión merece nombre aparte, y así fué llamado «Sala del obelisco» en atención a una estalagmita que en ella se yergue

a la izquierda, y cuya base tiene cerca de un metro de diámetro por más de tres de altura; detrás se alza una de las más notables columnas de la cueva por su esbeltez y simetría, que recuerda el tronco de una palmera, y así quedó bautizada; a ellas debe añadirse, más hacia el fondo de la sala, pero a poca distancia, el «Castillo feudal», que tal parece un grupo de estalagmitas que forman torres y murallas; las «Dos hermanas», constituídas por dos columnas gemelas, y «La catedral», encima del grupo que forma el «Castillo».

Cerca del «Castillejo» hay un nuevo departamento de la sala, al que convinimos llamar «La pagoda», por la forma de su bóveda, que es casi un arco, y los adornos de las paredes, así como dos grandes estalagmitas que a guisa de altar y de ídolo ocupan el centro. A la entrada de ese departamento advertimos un pozo cavado artificialmente, de poca profundidad, y que es la huella inconfundible del paso de los buscadores de tesoros. El ancho de «La pagoda» es de unos 5 metros por 12 de largo y una altura de unos 10 metros; la dirección de su eje es de SE. (lám. VI, fig. 2).

Cerca del fondo de la «Sala del obelisco» (cuyas dimensiones totales son 12 metros de ancho, 40 de largo y unos 10 metros de altura), en la pared SE., se abre una bóveda de menor altura que un hombre, pero muy ancha, que nos lleva a una sala de buenas dimensiones (ancho, 20 metros; largo, unos 25, y altura que oscila entre 2 y 8 metros). Destaca en ella un bloque de columnas soldadas entre sí, sin duda desprendidas de la bóveda, a la que no alcanzan, y que por su forma y un hueco que en el medio se advierte parece un adornado confesionario. Ello nos sirvió para designar a esta sala, en la cual, rodeando la pared del S., descubrimos entre dos hermosas estalagmitas un pasadizo que asciende hacia el techo con grande y resbaladiza pendiente, hasta convertirse en angosto tubo que tuerce en dirección SW., y que tras no pocos esfuerzos y reptaciones nos condujo a una abertura en la pared de una sala, a unos tres metros del suelo de la misma. Quedó en el acto bautizado «Balcón del misterio», no sólo por el fantástico aspecto que a la luz de nuestras lámparas ofrecían las estalactitas destacando su blancura sobre el tenebroso fondo de las remotas cavidades cuyas tinieblas no acertaban a vencer las lámparas, sino también porque ignorábamos si la sala que a nuestros pies se ofrecía era alguna de las ya exploradas o se trataba, por el contrario, de alguna nueva oquedad. Como no teníamos cuerdas que permitiesen el descenso, y éste era imposible sin ese auxilio por lo liso y resbaladizo de las paredes, decidimos enviar al chico que nos acompañaba para que desandando lo andado pudiésemos comprobar si había comunicación a no con sala ya conocida. Así se hizo, y poco después la vaga claridad que precedía a la lámpara del guía disipando las tinieblas voluntariamente producidas y, por último, la figura del muchacho avanzando hasta nuestros pies guiado por nuestras voces y luces, nos hizo averiguar que nuestro *balcón* se abría cerca del fondo de «La pagoda», y con ello quedaba desvanecida toda posibilidad de nuevas salas. Volviendo a la del obelisco exploramos un angosto túnel en la pared N. sin resultado, y sin él escudriñamos las paredes en busca de los dibujos rupestres citados por Breuil; no fué del todo inútil el estudio, porque encontramos entre infinidad

de inscripciones (que ésta y todas las salas profanan y desfiguran) algunas que, por el carácter de la escritura y las fechas mostraban a las claras su antigüedad. La más remota de las que recordamos era del 1624, siendo muy abundantes las de fines del siglo XVIII. No es aventurado fijar en más de un centenar los nombres que aparecen en toda la cueva.

Ya sólo quedaba emprender el camino del regreso por el mismo sendero, ya que la cueva sólo tiene un eje, y volver hacia la luz del sol y el aire delicioso de la sierra. Después uno de nosotros (M. Maura) quiso explorar la cueva que a la izquierda de la entrada se advierte. Es una oquedad de pequeñas dimensiones, en cuyo fondo se abre un tubo que va a parar al techo de la «Sala exterior» y se bifurca en otro que conduce a una especie de pozo muy estrecho, de difícil y angustiosa exploración, y que termina a los pocos metros sin ofrecer nada reseñable. En conjunto, y una vez que se sabe que esos pasadizos no conducen a nuevas cavidades, no merece la pena de tomarse la molestia y el trabajo que su recorrido supone. Con ello dimos por terminada nuestra exploración, que aun cuando hecha con relativa rapidez permite llegar a las siguientes conclusiones: 1.ª Es totalmente gratuita la suposición de D. Casiano de Prado de que la cueva comunica con el río. 2.ª Lo es también la de que en su seno existan corrientes de agua subterránea. 3.ª Es indiscutible su utilización como vivienda en los tiempos prehistóricos; y 4.ª Salvo errores de perfil o medición, fácilmente explicables por la falta de tiempo, y de poca monta, el croquis adjunto puede considerarse bastante ajustado a la realidad, y cabe afirmar que no existen más salas que las exploradas y que dejamos descritas.

II

CUEVA DE BELLAESCUSA (ORUSCO, MADRID)

Pasadas las cuevas artificiales de Perales de Tajuña, siguiendo la carretera que pasa por Carabaña, se llega al pintoresco pueblo de Orusco, situado dentro de la provincia de Madrid, y en cuyas inmediaciones se encuentra la cueva que vamos a reseñar. Tuvimos noticia de ella gracias a las indicaciones del párroco del mencionado pueblo, D. Alberto Marcos García, quien supo que unos cazadores habían descubierto por casualidad la entrada de una oquedad situada casi en la cima de un monte, a unos tres kilómetros de Orusco, y muy cerca de las ruinas del monasterio de frailes jerónimos llamado de Bellaescusa. Dentro de la cueva habían encontrado dichos cazadores huesos humanos y tosca cerámica, y ello bastó para que extendida la nueva del hallazgo surgieran los inevitables buscadores de tesoros, los cuales (pese a las precauciones del citado párroco y de las autoridades, que clausuraron la cueva hasta que personas peritas hicieran su estudio) realizaron su destruc-

tiva labor, dando lugar a la desaparición de restos y destrucción de niveles arqueológicos que tanto interés científico pudieran ofrecer.

Como decíamos, se encuentra enclavada en lo alto de un monte, desde el cual se domina la extensa vega, llegándose a la boca de la cueva, muy difícil de encontrar sin ir acompañado de persona práctica, ya que se trata de un verdadero pozo que desciende casi verticalmente hasta dar entrada a un angosto pasadizo, que podríamos llamar la verdadera entrada, y a pocos metros de distancia es imposible adivinar su existencia (lám. II).

El pozo vertical tiene poca más altura que la de un hombre, y a su final, y en dirección Este, se abre un pequeño departamento, de tan escasa altura que es forzoso reptar para explorarlo, que tiene poco más de tres metros de profundidad por metro y medio de ancho y otro tanto de alto. A partir del fondo del pozo y en dirección Norte, o sea dejando a la derecha el departamento citado, después de pasar por bajísima bóveda, se llega a un pasillo que en sitios tiene menos de un metro de ancho y no es mucho más alto, con una extensión de unos seis metros. A su final se inicia una pendiente que conduce a la entrada de la sala grande de la cueva, y cuya entrada consiste en un estrecho orificio que se abre sobre un montón de gruesas piedras, desprendidas de la bóveda y acumuladas tal vez de intento, que a su vez desciende en rápida pendiente al suelo de la sala. Tiene ésta algo más de diez metros de largo por unos cuatro de ancho y una altura irregular que oscila entre unos ocho metros y algunos centímetros en su fondo. En realidad, más que cueva es una verdadera grieta del terreno, y así lo muestra a las claras la forma de su bóveda y lo irregular de su perfil, como puede apreciarse. En esta sala es donde se encontraron los restos de que ya se ha hablado, y en ella hicimos algunas excavaciones sin grandes resultados, aun cuando suficientes para demostrar la realidad de su interés arqueológico.

Las paredes de la cueva y su bóveda no ofrecen ninguna estalactita o estalagmita. Es de una gran pobreza, y casi cabe afirmar que su principal interés estriba en lo difícil de su exploración, por la angostura de los pasadizos que enlazan unas salas con otras. Al fondo de la sala grande otro montón de piedras, más reducido que el de la entrada, obstruye la de otras dos salas de menores dimensiones. Trepando por dicho montón, y cerca de la bóveda, se encuentra otro estrecho orificio que permite, no sin algún esfuerzo, la entrada a otras dos salas, como hemos dicho, en las cuales se hallan algunas estalactitas de escaso interés. Termina en ellas la cueva, que indudablemente debió de tener alguna comunicación directa con el exterior, la cual, en el curso de los siglos, debió de obstruirse, bien por un derrumbamiento de la bóveda, cosa verosímil por el mal estado de la piedra, muy descompuesta, o bien por obra de quienes usaron dicha cueva como cámara sepulcral, y tal vez quisieron así poner a resguardo los restos cuyo reposo eterno aseguraban el silencio y las tinieblas del mundo subterráneo.

El material de la cueva de Bellaescusa existente en el Museo Prehistórico Municipal nos hace suponer la existencia de dos sepulturas.

Hay que citar en primer lugar huesos de animales, de roedores en su

mayor parte (hay un incisivo de un rumiante y un canino de perro) (?), que aunque son del mismo aspecto que los huesos humanos pudieran no tener relación con las sepulturas.

El ajuar de éstas está formado por algunos sílex trabajados, entre los que se destaca una hojita, y por una hachita pulimentada de fibrolita, de seis centímetros de larga (1). Además hay cerámica lisa negra (un trozo con un orificio circular) de espesor variable, y un gran fragmento de un cuenco pequeño. A pesar de la pobreza de este conjunto creemos que corresponde a la cultura de Almería.

Los restos humanos que se conservan en el Museo Prehistórico Municipal son los siguientes: una mandíbula inferior completa, otra rota, tres incisivos sueltos y un fragmento con un canino y el primer premolar, el manubrio de un esternón, cuatro trozos de costillas, una vértebra cervical fragmentada, tres vértebras dorsales, una vértebra lumbar y la primera coxígea, dos fragmentos de omoplato, una clavícula rota en la epífisis y un fragmento de otra, la epífisis superior de un cúbito derecho, tres trozos de huesos coxales, la cabeza de un fémur, dos astrágalos, un hueso ganchudo y varios metacarpianos, metatarsianos y huesos de los dedos más o menos completos.

Las piezas más importantes son las mandíbulas inferiores. La completa (I) ofrece roturas antiguas en la rama derecha. Tiene roto el I 2 izquierdo y caídos *post-mortem* los I 1 izquierdo y derecho, Pm 1 y 2, M 2 izquierdos, y Pm 2 y M 2 derechos. Los M 3 no habían salido todavía. El cuerpo es estrecho y con mentón saliente. La otra pieza (II) carece de dentición, y está rota la parte izquierda desde el canino y gran parte de la rama ascendente desde el cóndilo hasta más abajo del orificio superior del conducto dental.

Las medidas (2) que hemos podido tomar (J. P. de B.) son las siguientes:

	I Milímetros	II Milímetros
67.—Anchura bimental	43	—
69.—Altura de la sínfisis	26	28
69 (1).—Altura del cuerpo mandibular	27	27
70.—Longitud de la rama ascendente	51	—
71.—Anchura máxima de la rama ascendente	37	—
71 (a).—Idem mínima de la rama ascendente	31	—
Longitud del arco mandibular	55	52
Espesor máximo del cuerpo	14	16
Angulo mandibular	113°	—

(1) En el valle de Valdeormeña, del mismo término municipal de Orusco, se han encontrado dos hachas pulimentadas de fibrolita; una mide 17 centímetros de largo y siete de ancho en el borde cortante.

(2) Los números que preceden a las medidas son los correspondientes al que tienen en la segunda edición del *Lehrbuch der Anthropologie*, del profesor R. MARTIN (Jena, 1928), a cuya técnica nos atenemos.

Las medidas tomadas e índices calculados del *manubrio esternal* son los siguientes:

	Milímetros
2.—Longitud	39
4.—Anchura máxima	48
6.—Idem mínima	21
7.—Grosor	9
Indice longitud-anchura	123
Idem anchura	43,7
Idem anchura-grosor	42,8

La cabeza o epífisis superior del cúbito derecho nos ha dado las medidas e índices expresados a continuación:

	Milímetros
7.—Grosor del olécranon	25
7 (1).—Distancia del olécranon-coronoides	24
8.—Altura del olécranon	20
9.—Anchura anterior de la mitad radial de la articulación sobre la apófisis coronoides	15
10.—Anchura posterior de la mitad radial de la articulación sobre la apófisis coronoides	10
Indice de profundidad del olécranon	131,5
Idem de altura del olécranon	105,2
Idem de la mitad radial de la articulación sobre la apófisis coronoides	150

III

CUEVA DE LOS GIGANTONES (ALCALÁ DE HENARES, MADRID)

En la grata compañía de D. Angel del Campo efectuamos, el día 31 de julio de 1931, la visita a esta cueva, que está situada en la margen izquierda del río Henares, en las faldas del cerro del Ecce Homo y en el término municipal de Alcalá de Henares.

Antes de ver la cueva, y después de pasar la barca situada frente a la ermita de la Virgen del Val, vimos en el cerro de los Castillos las fortificaciones medievales que rodean su cumbre, de las que sólo quedan algunas torres y unas cisternas análogas a las del cerro de San Juan del Viso. En la vertiente Sudeste recogimos cerámica medieval pintada, negra tosca, fina, de color rojo y vidriada, tres trozos típicos de *terra sigillata* y dos fragmentos de vidrio muy fino.

La cueva de los Gigantones, contra lo que pudiera esperarse del nombre,

son restos de tres antiguas canteras de yeso destinadas en la actualidad para el cultivo del champignon. Están abiertas en margas y se explotó un filón de unos dos metros de alto, que es la altura media de la cueva. La fecha de la explotación es incierta, pero seguramente corresponde a la Edad Media. Los obreros nos indicaron que al acondicionar las cuevas para el uso actual aparecieron varios candiles de pico largo y varias vasijas de barro enteras, de la misma factura y decoración que las halladas en el cerro de los Castillos. En las proximidades de la entrada encontramos algunos trozos de barro negro, de vasos toscos hechos a torno.

Probablemente están en relación con estos hallazgos la mandíbula y otros restos humanos y de animales procedentes de la finca de la Oruga, frente a la Virgen del Val, donados por D. Felipe Carreras Riera al Museo Antropológico Nacional. (*Actas de la Sociedad Española de Antropología: Etnografía y Prehistoria*, tomo XI, pág. 53. Madrid, 1932.)

IV

CUEVA DEL CHORRILLO (TAMAJÓN, GUADALAJARA)

Visitamos esta cueva el día 6 de mayo de 1934 P. de Barradas, Santa-Olalla, Lanuza y Maura. Está situada a unos tres kilómetros del pueblo y en dirección NE. La boca se abre en mitad de un bosque de sabinas con grandes bancos calizos muy erosionados y numerosas dolinas, evidenciando la existencia de otras cavidades subterráneas cuyas bóvedas han sufrido hundimientos. La entrada de la cueva del Chorrillo se encuentra en el fondo de una de estas dolinas, y la comunicación con el exterior se ha producido por el hundimiento de una parte del techo del túnel de un cauce subterráneo obstruído en la dirección SE. por el material del hundimiento, que ha dado lugar al terraplén que hoy facilita el acceso al interior de la cueva (véase el croquis, lám. III).

La entrada (lám. VII, fig. 1) tendrá una altura de unos cuatro metros y una longitud de unos seis; a continuación forma un recodo a la derecha, y a los pocos metros, por medio de otro recodo, recobra la galería, de un ancho y altura uniformes, la orientación NW. para torcer nuevamente al SW., terminando en una depresión redondeada, en cuyo fondo se observa un gran montón de arcilla húmeda y ramas desgajadas, señales evidentes de desagüar por allí las aguas procedentes del exterior que penetran en la cueva los días de tormenta, y señalándose así la continuación, hoy cegada, del curso antiguo del cauce. Este desagüe y otro situado a unos cuatro metros en la misma galería, y que sólo pudo explorarse cosa de un metro por estar cegado por la arcilla, constituyen los puntos más bajos de la cueva.

A unos tres metros del desagüe citado se abre la comunicación con la

sala grande, a la cual se sube por un resbaladero de arcilla y caliza. Esta es de forma casi redonda, de unos 17 metros de larga por ocho de ancha y una altura de unos siete metros. En la pared W se advierte un grupo de estalactitas y estalagmitas de bonitas proporciones, que marca la entrada de una estrecha y baja galería situada a unos siete metros de altura sobre el nivel de la sala, y que hemos bautizado galería de los enanos. Tiene una longitud de unos 25 metros y su altura en algunos sitios no llega a los 80 centímetros, sin exceder nunca de un metro, por lo cual su exploración resulta algo penosa. Está completamente tapizada de grupos de estalactitas, algunas de muy vistosas formas. Constituye esta galería uno de los afluyentes subterráneos del cauce antiguo.

En el fondo de la sala y en dirección al N. hay un resbaladero de origen estalagmítico, que ofrece la particularidad de estar dividido en su centro por una profunda grieta, de tan regular formación que parece artificial. Se produjo sin duda alguna por hundimientos laterales que determinaron la quebradura de la capa de caliza. Por él se obtiene acceso a una galería de pequeñas dimensiones que tuerce hacia el E., y constituye también otro acceso de aguas subterráneas al sistema del cauce que origina la galería de acceso. No hay en él estalactitas ni la humedad de la galería de los enanos.

La temperatura exterior era de 19° y la interior de 16°. La altura de la entrada de la cueva es de unos 1.020 metros sobre el nivel del mar; la del desagüe, 1.010; la de la sala grande, 1.013; la de la galería de los enanos, 1.020, y la de la galería del N., 1.019.

Al regreso seguimos el arroyo de Valdelapuerta hasta llegar a la ermita de los Enebrales. Un poco más abajo que ésta, en dirección del pueblo, se encuentran a uno y otro lado de la carretera del pantano del Vado una serie de abrigos. Al pie de uno grande, situado al W. (lám. VII, fig. 2), encontramos sílex atípicos, algunos con pátina blanca, y cerámica muy tosca hecha a mano. Esta es negra o roja, pero hay ejemplares en que sólo es de este color la parte externa. Un fragmento ofrece un asidero decorado con una fila de impresiones digitales. Nos da la impresión de tratarse de un conjunto pobre de la cultura almeriense de la meseta, aunque, por otra parte, pudiera corresponder a tiempos prehistóricos más recientes.

V

CUEVA DE LA MORA (UCLÉS, CUENCA)

En el mes de mayo de 1934 efectuamos la visita a esta oquedad, que se abre a corta distancia del pueblo y a pocos metros de la carretera que lleva del mismo a Rozalén del Monte. En contra de lo que nos habían manifestado en el pueblo acerca de sus grandes dimensiones, pudimos comprobar que se

trata sencillamente de una galería o conducto ascendente, cuya longitud máxima no alcanza los 10 metros, con anchos que varían de uno a tres y una altura máxima de tres. Constituye indiscutiblemente un desagüe subterráneo ya cegado, y labrado en la caliza cretácea en dirección SW. (lám. VIII). A pocos metros, y a la derecha de esta boca, se abre otro orificio de menores dimensiones y parecidas características, sin que ni una ni otra cueva ofrezcan interés digno de reseña..

Puig y Larraz cita estas cuevas sin haber encontrado descripción de las mismas, no obstante el calificativo de famosas con que las designa D. Casiano de Prado, más atento sin duda al valor de las leyendas que en torno a ellas existen que a su importancia espeleológica.

VI

CUEVA DEL PORTAL (LASTRA DE LAS HERAS, BURGOS)

El 14 de abril de 1932 tuvo ocasión M. Maura de explorar esta cueva (lámina IV), citada sucintamente por Puig y Larraz con el nombre de cueva de Lastra, sin más indicación que la de que en ella se encuentra un pozo de buenas aguas. Dióle noticia de la misma el maestro del pueblo, quien le aseguró que en su interior había aparecido, entre otras osamentas, el esqueleto completo de un ciervo que conservaba las astas y estaba petrificado. Pese a sus buenos deseos de facilitarle por lo menos alguno de los huesos, no lo consiguió, por haber sido destruídos unos y llevados fuera de la localidad otros. Animado por esas noticias, y por las que de las dimensiones de la cueva se le daban (siguiendo con ello la tradición popular de multiplicar por el factor de la fantasía las cifras generalmente modestas de la realidad), emprendió el camino que del pueblo de Lastra de las Heras conduce, a través de montes áridos y escarpados y abruptas cañadas, hasta la boca de la cueva, situada a bastante altura en la falda de uno de aquéllos y muy difícil de situar, puesto que la entrada no es visible hasta que se encuentra uno a pocos metros, y se abre en la pared de una pequeña dolina semejante a muchas otras que allí se advierten, sin comunicación alguna subterránea.

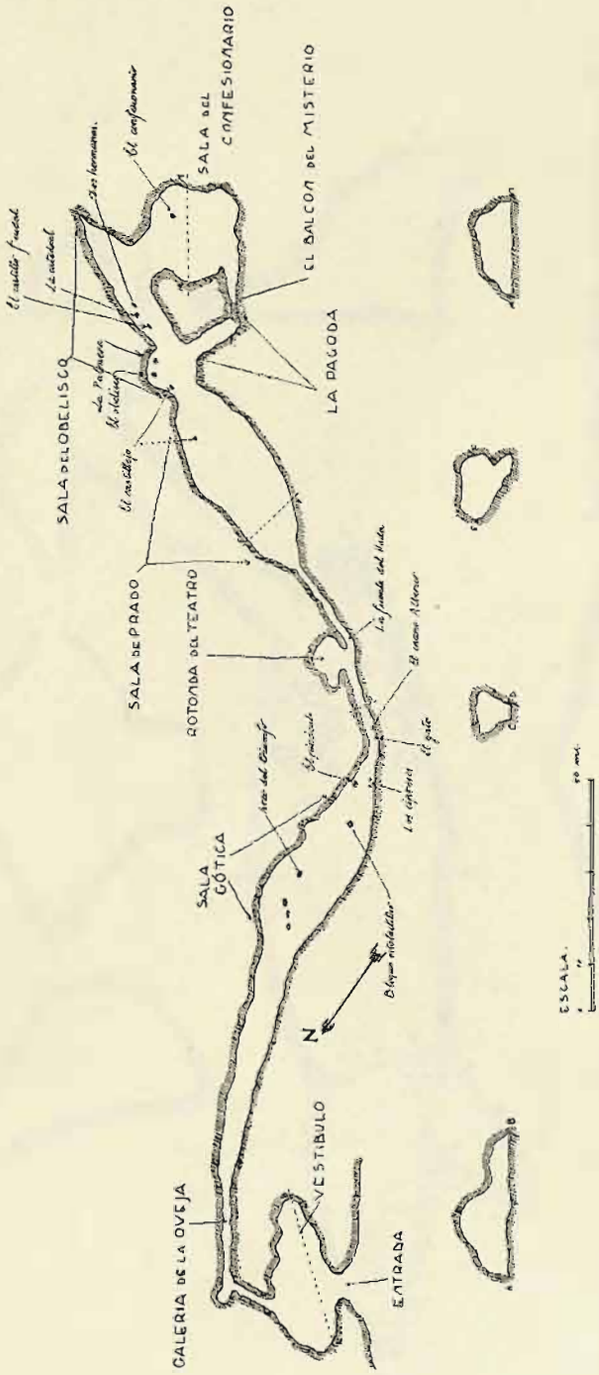
El terreno en que se encuentra la cavidad está constituído por calizas cretáceas que afloran a la superficie de la ladera, árida y de pendiente no muy pronunciada. La cueva tiene dos accesos situados en el mismo plano y a escasa distancia uno de otro. El mayor tiene unos 10 metros de ancho y una altura de unos cuatro metros, y a su derecha se abre el otro, que apenas tendrá unos tres metros de ancho por una altura semejante a la anterior. Uno y otro dan entrada directamente a la cavidad más importante, que denominó sala exterior.

Es de forma casi circular, con algunas irregularidades, y singularmente un corredor cegado a los pocos metros, situado en su pared NE.; sus dimensiones son unos 30 metros de ancho por unos 25 de largo y unos cuatro a cinco de máxima altura. El suelo es bastante húmedo por la invasión de aguas exteriores recogidas en la dolina y por filtraciones de la bóveda, algunas de las cuales se recogen en dos pilas colocadas a ambos lados de la entrada, sin duda por los pastores que aprovechan esa cueva para recoger sus ganados. La bóveda es bastante regular y está desprovista de estalactitas. La falta de tiempo y la dificultad que ofrece el remover las piedras que cubren el suelo le impidieron explorar éste en busca de cerámica o huesos, y de la inspección que a la ligera hubo de realizar no obtuvo resultado alguno en ese sentido.

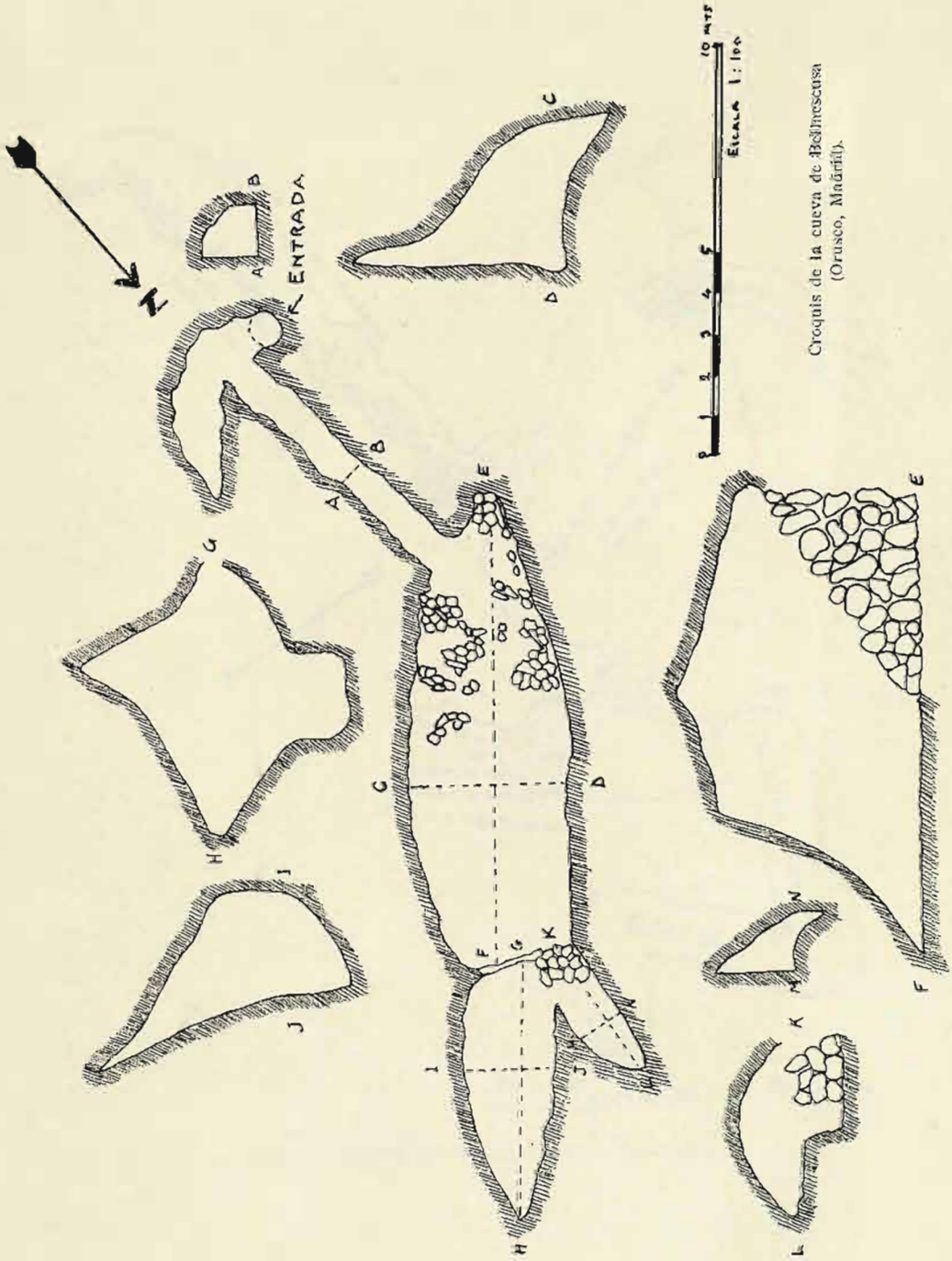
En la pared NW. de la sala exterior y en esa misma dirección se abre una galería, que tendrá unos 40 metros de longitud total por unos ocho metros de ancho. Como a mitad de la misma y a la derecha se produce un ensanchamiento que da lugar a una pequeña sala, en la cual existe una pequeña poza o charca alimentada por una fuentecilla de muy escaso caudal; hay algunas concreciones calcáreas y un puente natural muy curioso. Hacia el final de la galería ésta se acoda en ángulo recto en dirección W., y por un estrecho boquete se da acceso a otra sala, que en atención a la solemnidad del día designó por Sala del Catorce de Abril. La bóveda de esta sala es de una altura bastante grande en su parte media por estar constituída por una grieta vertical de la roca y en cambio por los lados sólo permite el paso encorvado y en algunos sitios a gatas. El suelo de esta sala es muy irregular, y se observan grandes bloques desprendidos de la bóveda. Las dimensiones son unos 20 metros de largo por 12 de ancho, y no hay en ella nada digno de reseña, estando situada en un nivel inferior al de la galería. Volviendo por ésta en dirección a la sala exterior, también en la pared W., se abren dos orificios no muy grandes, que permiten el paso a otras dos salas situadas a unos cuatro metros por debajo del nivel de la galería y de la sala exterior. Hizo el descenso por el boquete que en el croquis está señalado con un F, teniendo que descender por una pared vertical, con no pocas dificultades por la falta de cuerdas y otros elementos, para comprobar, una vez terminada la maniobra, que la sala a la que se accede puede visitarse fácilmente utilizando el otro boquete, del cual arranca un declive que va a parar al fondo de la sala, y que fué el que le sirvió para salir. Según le aseguraron las gentes del país que le sirvieron de guías, esta sala, a la que bautizó Sala Escarpada, no había sido visitada por lo difícil del acceso. El suelo ofrece una pendiente pronunciada en sentido SW., y las dimensiones son algo menores que las de la Sala del Catorce de Abril. En el fondo, y también con orientación SW., se abre la comunicación con otra sala de dimensiones mucho mayores, situada a un nivel mucho más bajo y difícil de explorar por lo quebrado del suelo y lo resbaladizo del mismo, debido a la humedad. En la parte N. hay una pequeña fuente con concreciones, y hacia el centro de la sala, y en un bloque de rocas, observó huellas de garras de oso, con lo cual quedó marcada Sala del Oso ésta que es la última de la cueva. Ni en ella ni en las anteriores pudo encontrar resto o vestigio alguno de haber

sido habitadas en anteriores edades, ni ello es verosímil por su humedad. En su opinión las exploraciones deberán concretarse a la sala exterior y a la galería, que ofrecen las mejores condiciones de habitabilidad.

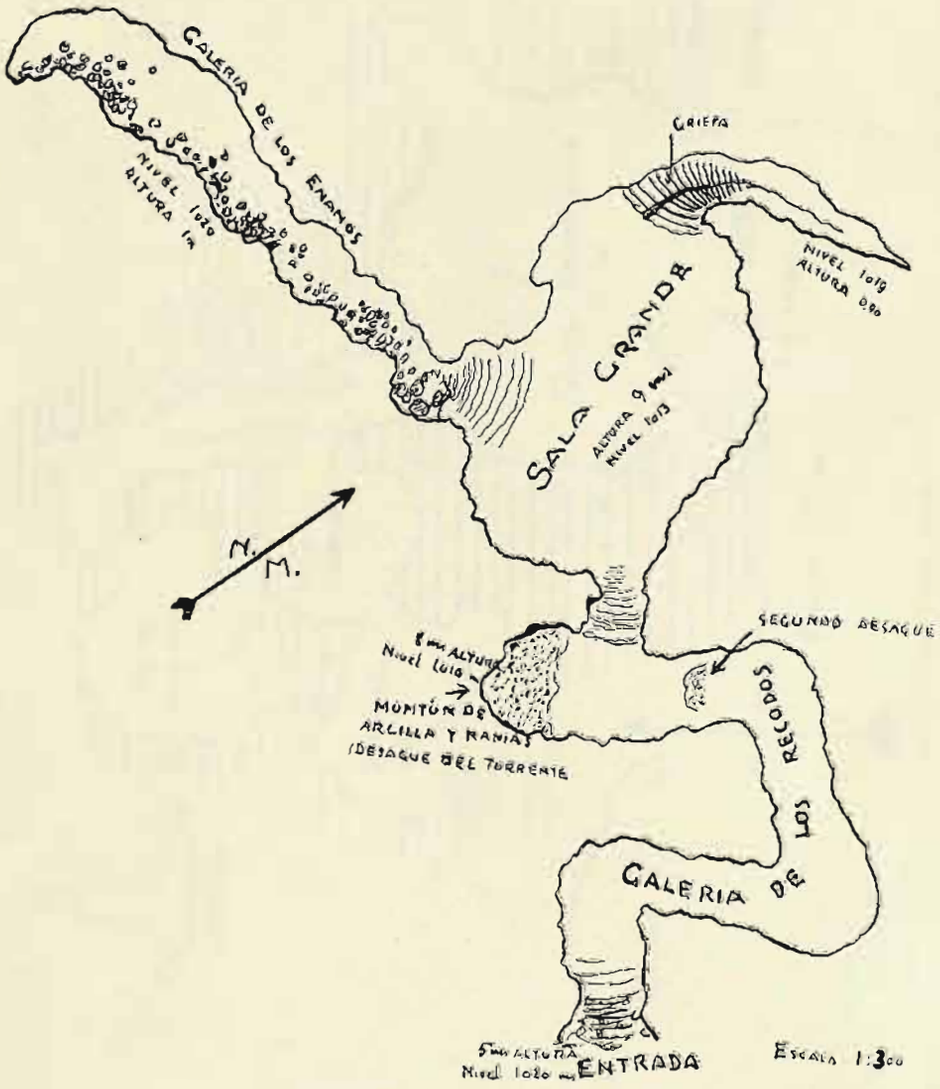
La cueva del Portal se encuentra a unos cinco kilómetros del pueblo, y para su visita es de recomendar el verano, pues le han asegurado, y parece muy verosímil, que en invierno y en las primaveras lluviosas se forman en su interior grandes charcos, que hacen penoso, cuando no imposible, recorrer sus salas.



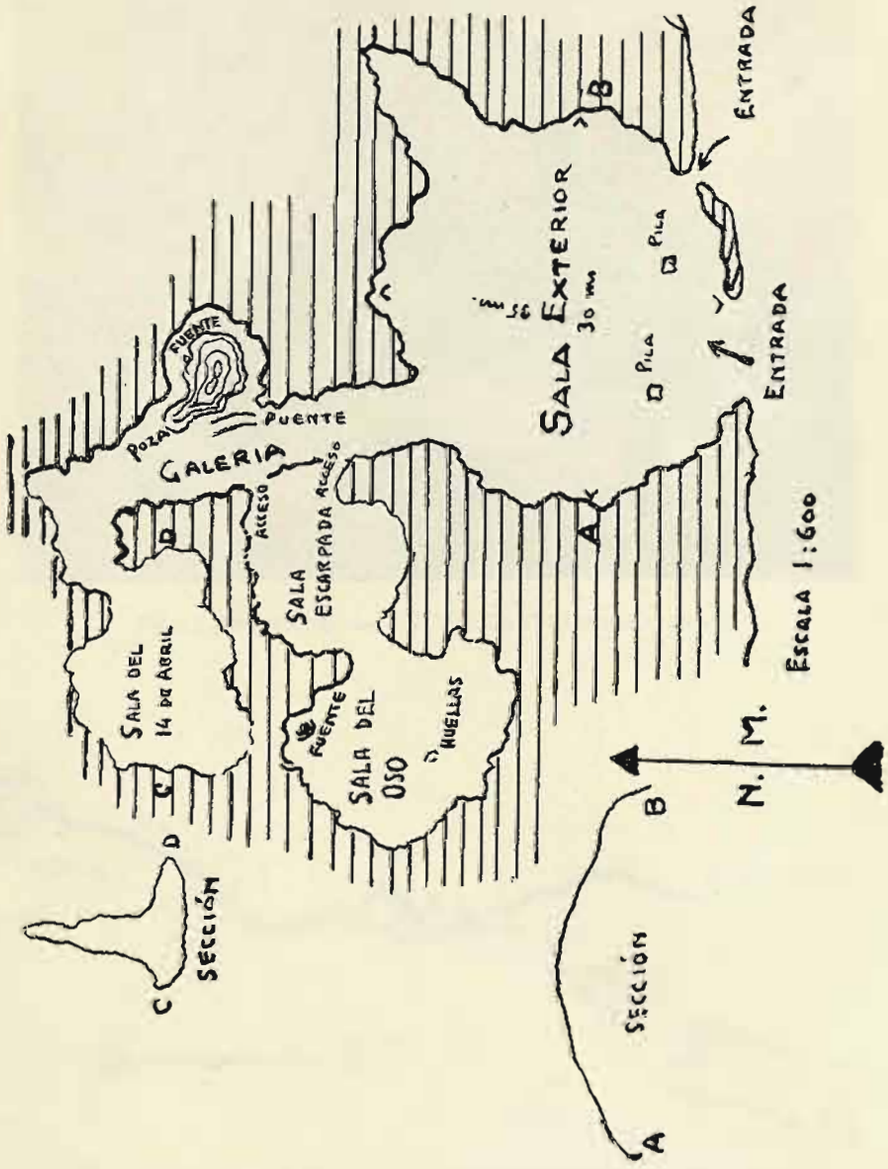
Croquis de la cueva del Reguerillo (Torrelaguna, Madrid).



Croquis de la cueva de Belmescusa
(Orusco, Madrid).



Croquis de la cueva del Chorrillo (Tamajón, Guadalajara).



Croquis de la cueva del Portal (Lastra de las Heras, Burgos)

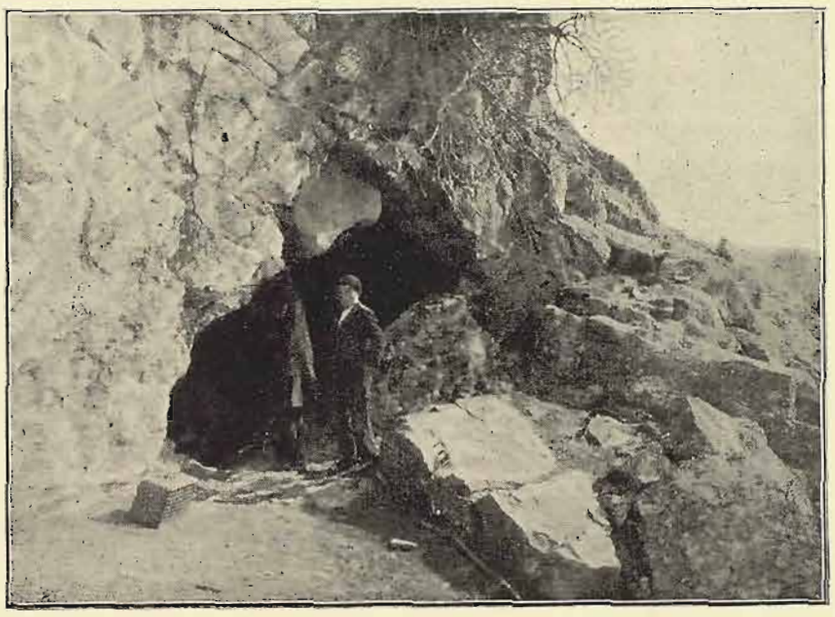


Fig 1 - Entrada de la cueva del Reguerillo (Torrelaguna, Madrid).

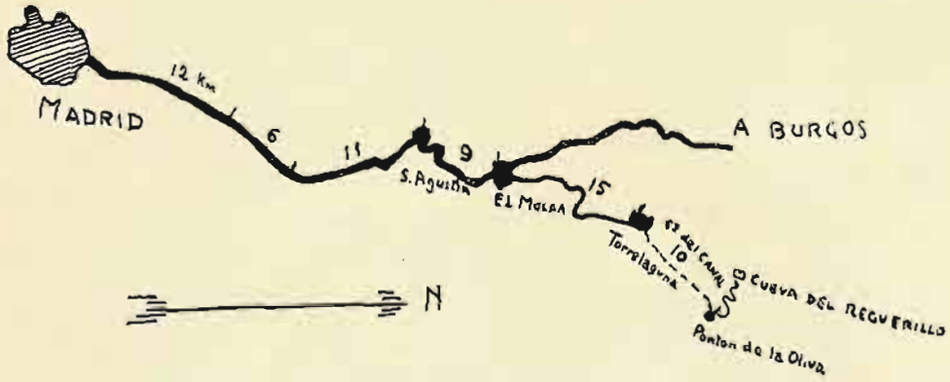


Fig. 2.- Itinerario a la cueva del Reguerillo (Torrelaguna, Madrid).

Fig. 2.—Detalle de La Pagoda de la cueva del Reguerillo.

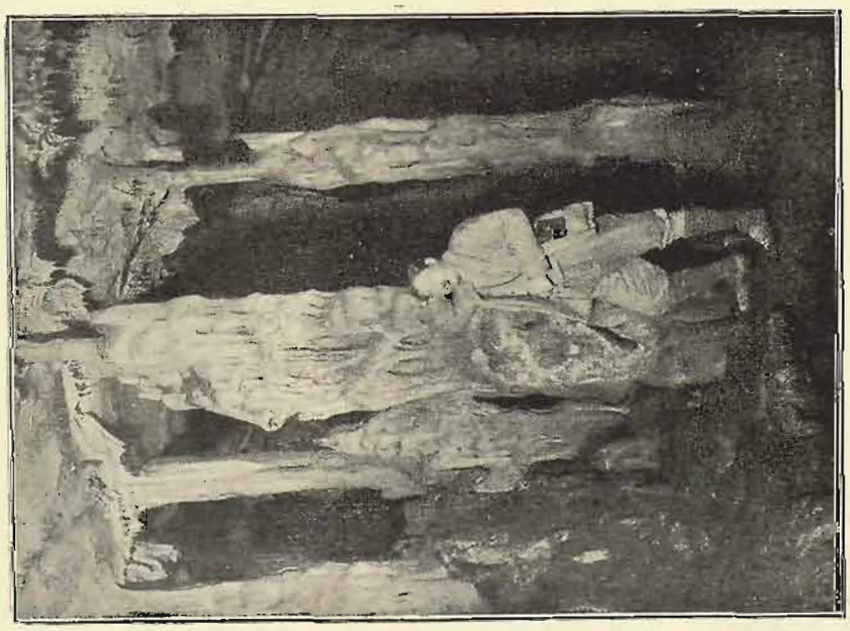


Fig. 1. - Detalle de la Rotonda del Teatro de la cueva del Reguerillo.

Fig. 1.- Entrada a la cueva del Chorrillo (Tamajón, Guadalajara).

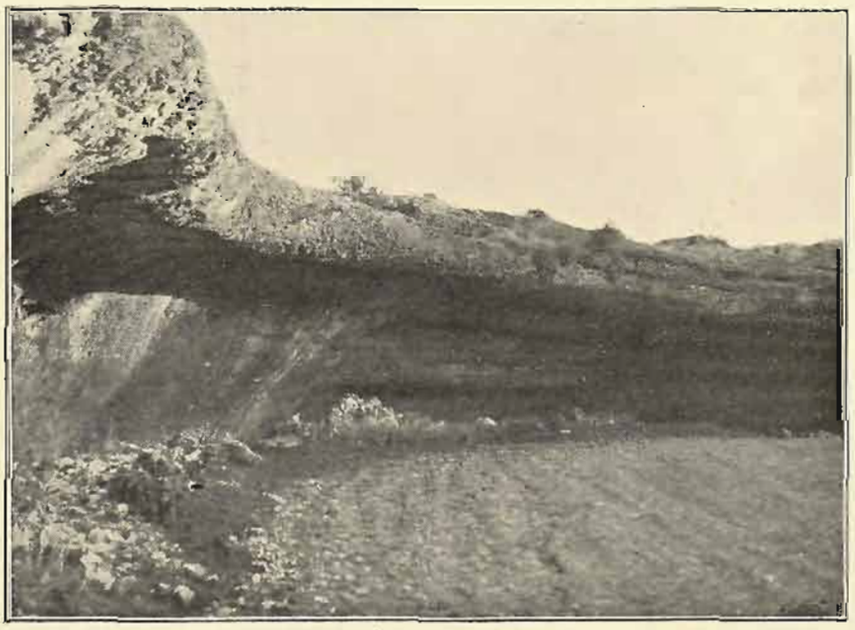


Fig. 2 —Abrigos de la ermita de Los Enebrales (Tamajón, Guadalajara).

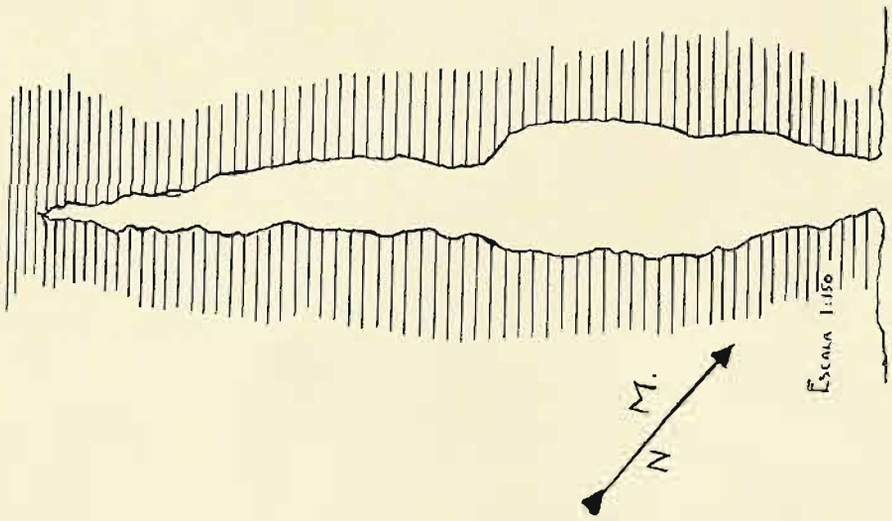


Fig. 2.—Croquis de la cueva de la Mora (Uclés, Cuenca).

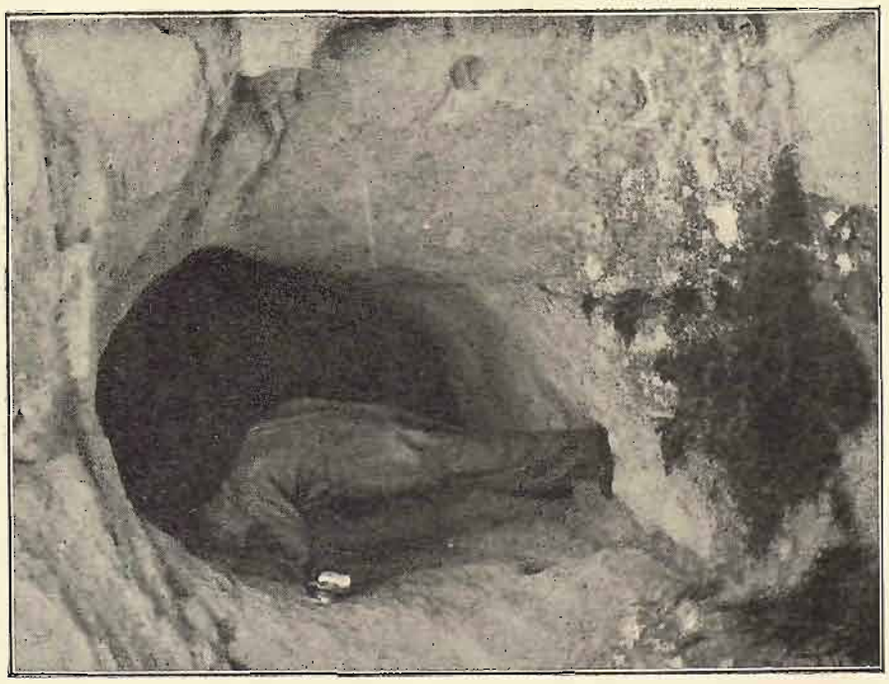


Fig. 1.—Cueva de la Mora (Uclés, Cuenca).

Cueva sepulcral de El Cabás (Santa María, Mallorca)

por Manuel Maura y Salas

Cueva sepulcral de El Cabás (Santa María, Mallorca)

por Manuel Maura y Salas

HALLAZGO

A principios del año 1903, en un predio denominado El Cabás, situado en el término municipal de Santa María, en la isla de Mallorca, unos obreros que extraían grava de un hoyo, ya de grandes dimensiones por hacer tiempo que allí se verificaba dicha operación, se vieron sorprendidos por el hundimiento de un trozo de la pared al ser atacada por los picos, dejando al descubierto una estrecha abertura por donde pudieron entrever una cueva de regulares dimensiones. Ensanchado el boquete trocóse la curiosidad en temor al advertir que en dicha cueva, a flor de superficie del suelo, y simétricamente alineados, se encontraban unos treinta esqueletos en buen estado de conservación, rodeados de vasijas de barro, intactas unas y otras en fragmentos. Dieron aviso del hallazgo a los dueños de la finca (próximos allegados del que esto escribe) y a las autoridades; no hubo intervención oficial alguna, y extraídas las vasijas que se ofrecían intactas, en número de unas veinte, se hizo una ligera exploración para hallar la primitiva entrada, y conseguido esto sin gran dificultad se abandonó aquello a su suerte, encargándose de su custodia el supersticioso temor que a aquellas rústicas gentes inspiraba la naturaleza del hallazgo, y quedando a salvo por dicha causa de nuevas profanaciones, hasta que la coincidencia de poder disponer de unos días de vacaciones en el mes de septiembre de 1933 en aquella región me permitió verificar el estudio y descombro de dicha sepultura, con los resultados que a continuación he de exponer.

ESTUDIO

Está situada dicha cueva a unos 200 metros de la casa de labor del predio citado, en la ladera, de muy escasa pendiente, de un montículo con vegetación de lentiscos, algarrobos, pinos y olivos. Forman esa pequeña eminencia grandes masas de roca calcárea, que afloran a la superficie entre franjas de tierra (lám. II, fig. 1). La entrada primitiva aparecía en el momento de iniciar los

trabajos cerrada todavía por una losa de piedra muy toscamente tallada, de forma trapezoidal (lám. II, fig. 2).

A unos 40 centímetros del arco de entrada se abre, en el techo de lo que llamaremos corredor de acceso a la cámara sepulcral, un pozo ovalado de 1,90 de largo por 1,10 de ancho, pozo que fué vaciado cuando los primeros trabajos de exploración del año 1903, al tratarse de encontrar la primitiva, entrada y que desde aquella fecha ha permanecido abierto. (Véase el croquis de la cueva, lám. I.) Por él, y por el boquete que dió lugar al hallazgo, había estado el interior de la cueva en contacto con el exterior, con las naturales y funestas consecuencias no sólo de haberse descompuesto y pulverizado casi por completo los huesos, que si habían permanecido intactos durante milenios era por haber estado totalmente al abrigo de los agentes atmosféricos, sino también de haberse ido depositando en el interior buena cantidad de piedras y tierra que casi obstruían la entrada y se mezclaban con el material arqueológico (lám. III, fig. 2, y lám, IV). Hubo, pues, que empezar por proceder a la limpieza del pozo y a descombrar éste y el orificio de entrada del corredor a la cueva, hasta restituir éstos a su primitiva forma y dimensiones. Separada esa primera capa constituída por los arrastres y fácilmente discernible por su distinta formación, apareció la cueva con el suelo recubierto de una capa de un polvo sumamente fino, originado no sólo por la descomposición de los huesos al calcinarse en contacto con el aire exterior, sino también por la de las paredes de la cueva excavada artificialmente en una piedra caliza muy blanda, donde todavía se aprecian perfectamente las huellas de los útiles que sirvieron para efectuar dicho trabajo.

Apenas recubiertos por dicho polvo se advertían numerosos fragmentos de cerámica y huesos humanos aún no descompuestos, singularmente huesos largos, correspondientes a las extremidades. Se veían las huellas de la anterior exploración, que efectuada sin aquellas precauciones que un estudio cuidadoso y eficaz aconseja, había removido todo, haciendo imposible la determinación de la orientación de los esqueletos, distribución de la cerámica, etc., etc. Tuve, pues, que limitarme a vaciar la cueva de esa tierra suelta, cribándola cuidadosamente en el exterior y separando todos los fragmentos de cerámica, abundantísimos, como queda dicho, y que permitirán la reconstrucción de buen número de vasos. En el primer día de los trabajos tuve la suerte de encontrar un pequeño vaso (núm. 7 de la lám. VI), análogo a otros que ya obraban en mi poder procedentes de la exploración de 1903.

El segundo día se llevó a efecto el total vaciado de la capa de polvo, huesos y cerámica, encontrándose muy cerca del boquete por donde se verificó el descubrimiento (véase el plano), y debajo de un montón de piedras que procedentes de dicha abertura se habían ido acumulando, un trozo de puñal, al parecer de cobre – falta determinar por medio de análisis su composición—. Se encontraba dicho fragmento al lado de unas piedras toscamente talladas a modo de largueros, lo que nos hizo presumir que se trataría de una sepultura tallada en el suelo de la cueva, y como es natural, en un nivel más bajo que el mismo; esta suposición fué plenamente confirmada el último día de los traba-

jos, pues vaciada por completo esa parte de la cueva se puso al descubierto una tumba rectangular, que al parecer sólo había contenido un cuerpo, a pesar de sus grandes dimensiones (5,50 metros de larga por uno de ancha), pues sólo se encontraron fragmentos de un cráneo situados en la parte correspondiente al fondo de la cueva; cerca del mismo se halló un nuevo puñal (lám. VII), de idéntica forma y materia que el fragmento encontrado el día anterior, pero éste completo, pues aun cuando la punta está quebrada fué hallado también el trozo, sin que una minuciosa rebusca diera por resultado el descubrimiento de nuevos objetos, salvo una pequeña vasija de un tipo parecido a la del número 3 de la lámina VI, pero de dimensiones mucho más reducidas, lo cual hace suponer pertenecería al esqueleto de un niño, y seguramente no debió figurar en el mismo nivel que el de la sepultura central, sino que allí fué a parar al ser removidas las capas en 1903, escapando por sus pequeñas dimensiones a la rebusca de entonces.

Con ello, reducida a sus primitivas dimensiones y forma la cueva, obtuve las fotografías del interior para su comparación con las que hice antes de empezar los trabajos (lám. V), y levanté el croquis de los planos y secciones que a este trabajo acompañan. Se restituyeron en parte los huesos y se tomaron algunas precauciones para impedir que la cueva fuese profanada o, como había ocurrido la víspera, se viese invadida por el agua de lluvia.

MATERIAL

Como he indicado ya éste ha sido muy abundante, y ofrece el singular interés de haber llegado a nosotros en condiciones de conservación poco frecuentes, debido a la naturaleza del terreno y a haberse mantenido la cueva herméticamente cerrada sin grietas ni resquicios que diesen paso a los agentes atmosféricos. Pasan de veinte los vasos intactos recogidos, y los fragmentos encontrados permitirán en buenas condiciones la reconstrucción de otros tantos.

Esta cerámica está constituída por barro cocido sin horno, como lo demuestra la distinta coloración que se ofrece en un mismo vaso, debida a la irregular distribución de la llama en el momento de la cocción. La pasta es bastante fina y el modelado cuidadoso, hecho a mano y sin torno, a pesar de lo cual resultan formas no exentas de elegancia y de bastante simetría. La forma predominante es la hemisférica, y en algunos casos sin reborde alguno (número 2 de la lám. VI); en otros con un reborde y con o sin asas (núms. 3 y 1 de la lámina VI); siendo de advertir que en aquellos vasos en que no figuran éstas existen generalmente unos «mamelones» obtenidos como las asas, comprimiendo la masa y pellizcando la misma entre los dedos; las asas generalmente llevan un pequeño taladro, que debió servir para pasar por las mismas algún cordel para poder suspender las vasijas. Abundan también los vasos en forma

de taza (núms. 5, 6, 7 y 8 de la lám. VI); suelen ser éstos de construcción más tosca y de paredes más gruesas; según me indicaron testigos del anterior estudio correspondían a esqueletos de niño, y en ellos se aprecian también los «mamelones» ya indicados, cuya finalidad no es fácil determinar, a no ser que sirviesen como punto de apoyo de los dedos para evitar que se escurriese la vasija. Entre las vasijas de esta última forma debo hacer especial mención de una, de que hizo donación mi difunto padre al Museo Arqueológico Nacional, la cual lleva un pitorro perforado en comunicación con el interior del vaso, a modo del moderno «pistero». Por haberse encontrado cerca del esqueleto de un niño se le asignó en 1903 el oficio de biberón, hipótesis nada inverosímil y que de ser cierta daría notable importancia al hallazgo, pues es el primer ejemplar de que tengo noticia que se haya hallado en las Baleares.

Para poder hacer el estudio completo es fuerza esperar a que se haya efectuado la reconstrucción de los fragmentos recogidos, y que he donado al Museo Municipal de Prehistoria de Madrid, pues exísten entre ellos formas nuevas y distintas, que habrán de ser objeto de un nuevo trabajo que abarcará todos ellos. A los efectos de esta Memoria creo suficiente lo indicado y los gráficos que se acompañan.

El resto del ajuar lo componen, como se ha dicho, el fragmento de puñal y el puñal entero encontrados en la tumba central. Mide este último 16 centímetros de largo por tres y medio en su base; es de forma muy alargada y estaba sujeto al mango por medio de cuatro agujeros, por donde debían pasar clavos o remaches, que han desaparecido (lám. VII). La hoja es muy fina y su máximo espesor en el centro no excede de milímetro y medio; no ofrece dibujo ni relieve alguno, y corresponde a un tipo muy primitivo. El fragmento es de idéntica materia y fabricación, hasta el punto de parecer fundido en el mismo molde.

CONCLUSIONES

Corresponde dicha cueva, como tantas que en Mallorca se han descubierto, a la cultura argárica, que es en definitiva una prolongación de la cultura almeriense (tipos: Orihuela, Callosa, etc.), según el profesor Bosch y Gimpera. Es ésta la primera cultura de que se tiene noticias en las Baleares, y llega a ellas con gran retraso en relación con la península, siendo difícil determinar exactamente su cronología dentro de la edad del bronce, si bien parece corresponder a un período ya tardío de dicho metal en la península. Esta cultura argárica ofrece en las Baleares una característica especial, que hace resaltar el citado autor, y que consiste precisamente en las cuevas artificiales del tipo de la que estudiamos, que faltan en España en dicho período, y que puede ser debida a una influencia de la cultura de Cerdeña, demostrándose con ello que ya en aquella época estaban sometidas las islas a contrapuestas influencias, siquiera las de la península, por su mayor proximidad, fueran más decisivas.

Por la disposición de sus dos entradas, y reconstituyendo por medio del relato de testigos presenciales su estado en el momento del descubrimiento, me inclino a creer que dicha cueva fué excavada para sepultura de algún jefe, y a cumplir dicha finalidad estaba destinada la tumba central, cuyo ajuar indudable estaba constituído por los dos puñales. No debió existir entonces más entrada que la que en el plano llamo «primitiva»; entrada muy angosta y difícil, máxime si por ella ha de introducirse un cadáver, lo que a duras penas puede realizarse. Esa entrada primitiva, una vez efectuada la inhumación, se cerró por medio de la losa ya descrita, rellenándose el pozo de acceso a la misma. Tiempo después, pero dentro de la misma cultura, bien porque alguna epidemia exigiese disponer de un sepulcro colectivo con toda rapidez, o porque desaparecido el respeto que el sepultado mereciese se quiso aprovechar aquella excavación, vuelve a utilizarse la cueva, y ante las dificultades del acceso a la cámara, de poca importancia en una sola inhumación, de mucha cuando de varios enterramientos se trata, se abre en el corredor de acceso un segundo pozo, que corresponde al ensanchamiento de dicho corredor en su enlace con la cueva propiamente dicha, facilitándose así la utilización y colocándose los cuerpos, no en el sentido del eje mayor de la concavidad (en dirección aproximada de N. a S.), sino perpendiculares al mismo, en número de unos treinta, entre los que figuraban mujeres y niños, correspondiendo a cada esqueleto una o varias vasijas, siendo de notar que las de pequeñas dimensiones, que no son más que una reducción de las grandes, correspondían a esqueletos de niños. Una vez llena la tumba se procedería a rellenar con tierra y piedras el pozo del corredor, asegurando así su inviolabilidad. De haberse podido efectuar el estudio en mejores condiciones, esta hipótesis hubiese sido fácilmente comprobable por medio del nivel de los hallazgos; pero habiendo sido removidas anteriormente las capas que corresponden a uno y otro enterramiento y destruídos los niveles, con la natural confusión de huesos y objetos (facilitada por la tenuidad del polvo y su poca consistencia), no puede apoyarse más que en lo que dicho queda.

PARALELOS

Varias han sido las sepulturas de tipo análogo y con igual material encontradas en Mallorca. Como más notables, y al solo efecto de establecer su comparación, debo citar la cueva de sa Garriga de ses Comes, cerca de La Puebla, excavada en arenisca, y en la cual se hallaron algunos huesos humanos y trozos de cerámica que permitieron la reconstitución de una vasija de tipo muy parecido a la del número 3, lámina I. Otras son las del Huerto del Moro (Alcudia), de Rotger (Lloseta), de Son Curelles (Portol), de Son Suñer y Son Oms (cerca de Palma), del Puig y del Rafal (Santa Eugenia), y las del Aguila y el Pedregal (Lluchmayor). La mayoría de ellas han sido utilizadas en tiempos históricos y no ha sido posible encontrar su ajuar, circunstancia que única-

mente se ha dado en la de La Mola (Felanitx), descubierta en el 1900, donde fué encontrado un puñal de cobre y algunos vasos toscos de barro, y en la de Son Suñer, donde fueron halladas cuatro vasijas intactas.

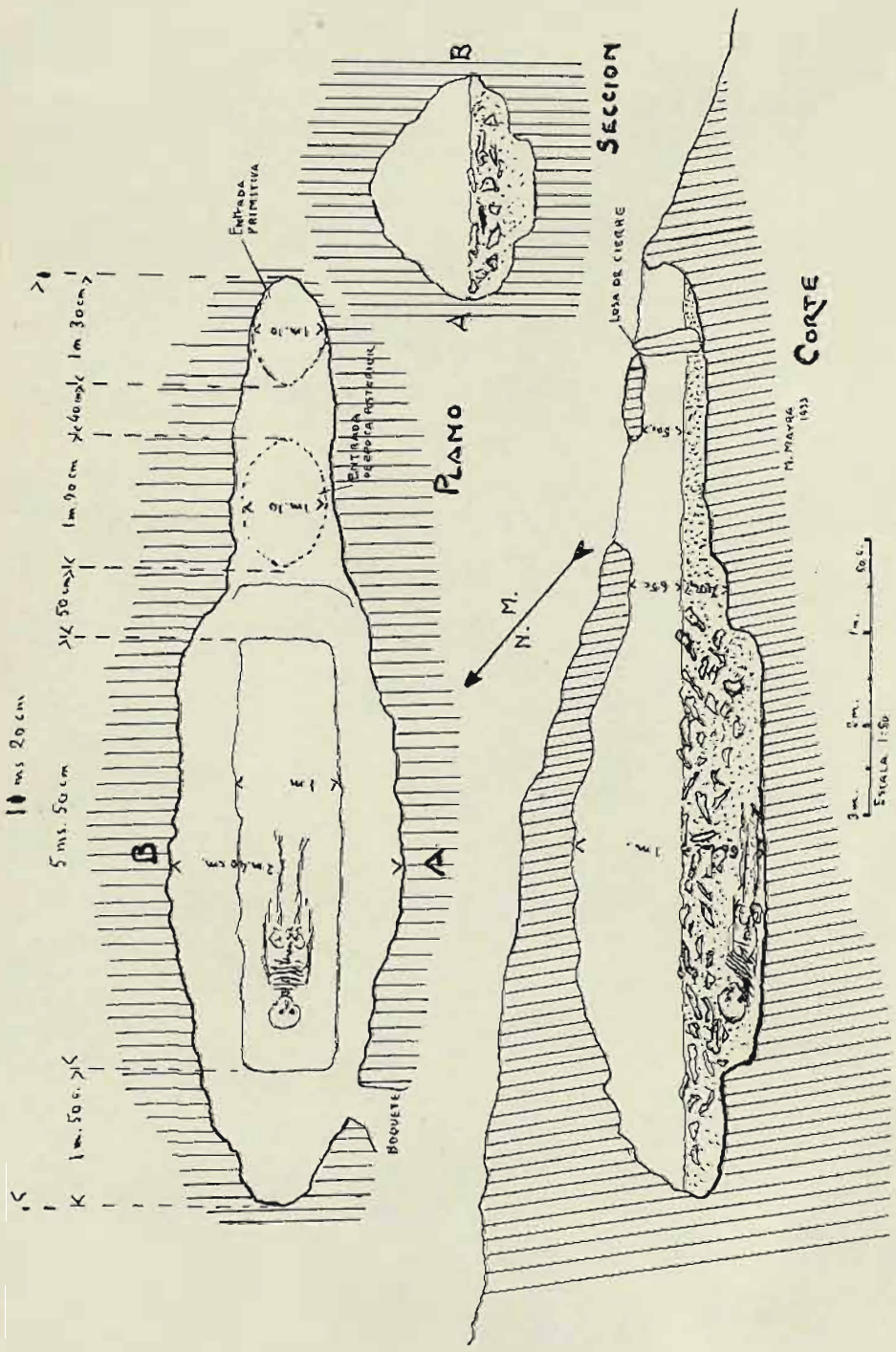
Material igual al de la cueva que motiva estas notas se ha encontrado en la cueva de Vernissa (Santa Margarita), donde, además de cerámica de formas correspondientes a los números 1 y 6 de la lámina I, se encontró un puñal de cobre de dimensiones y tipo muy semejantes al de El Cabás; también fué descubierta cerámica idéntica en la cueva de Ca S'Hereu (Lluchmayor), singularmente de los tipos números 3, 1, 6 y 5 de la lámina I (1). Estas dos cuevas últimamente citadas son naturales y fueron aprovechadas para enterramientos.

Todas ellas han sido estudiadas y publicadas por el Institut d'Estudis Catalans (2).

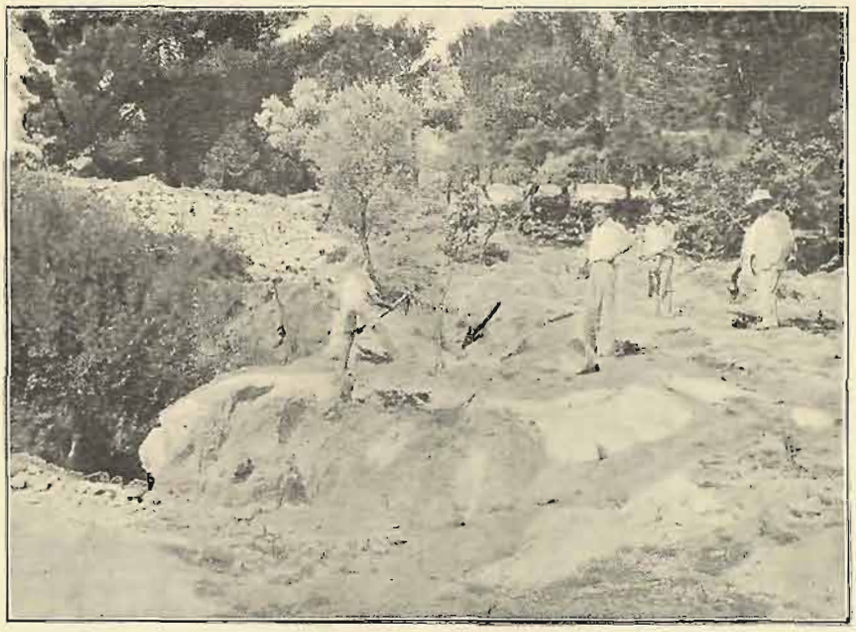
La aplicación de modernos métodos de investigación y el interés que esta clase de estudios ha ido despertando en nuestra patria, hacen suponer que nuevos hallazgos vengan a aportar datos y soluciones más concretas a los problemas que plantea el estudio del argárico balear; el deseo de colaborar, siquiera en muy modesta escala, a ese estudio me ha llevado a publicar este trabajo, que por las circunstancias del hallazgo puede suplir con el interés de éste el que a la narración le falte.

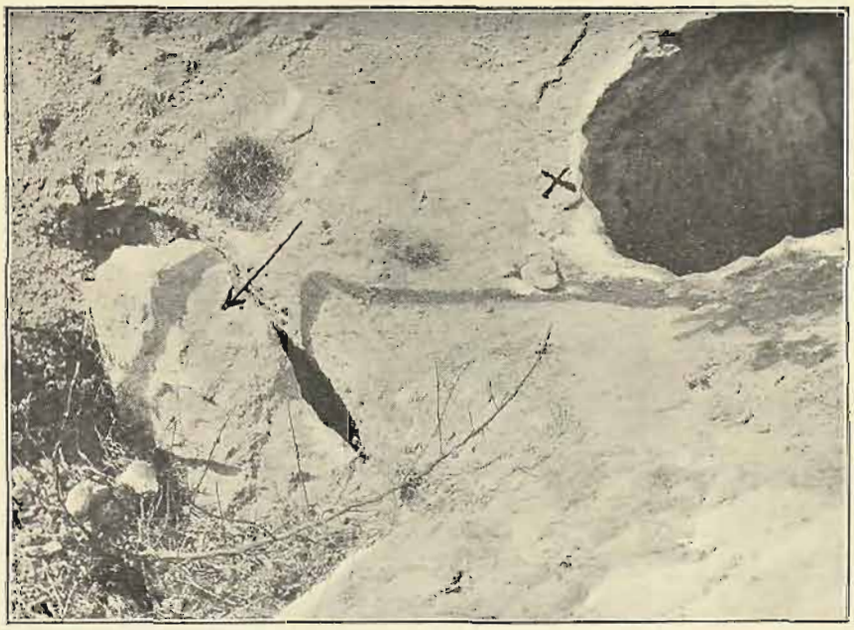
---

(1) Dr. P. Bosch Gimpera: *Etnologia de la Península ibérica*. Barcelona, 1932.
(2) *Anuari del Institut d'Estudis Catalans*, 1915-20.



Croquis de la cueva de El Cabás.





Figs. 1 y 2.—Cueva de El Cabás (Mallorca). Flecha, entrada primitiva; cruz, pozo posterior.

Fig. 1.—Plano de situación de la cueva de El Cabás.

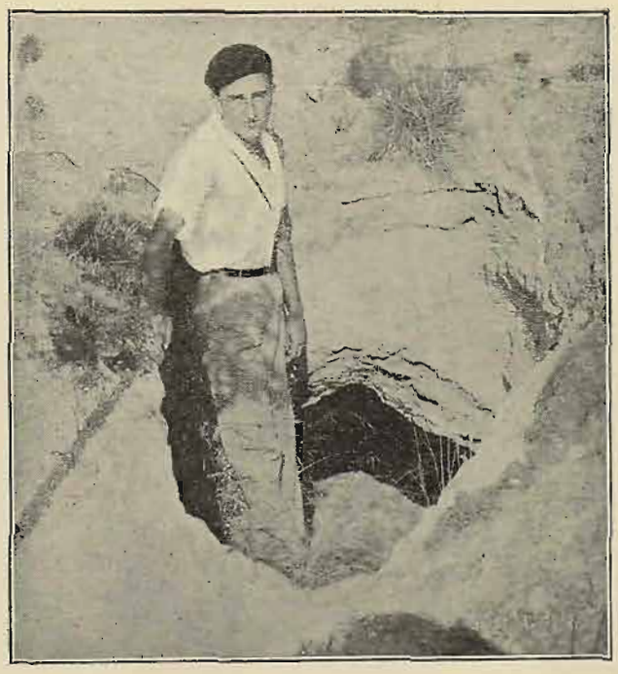


Fig. 2.

Fig. 1.

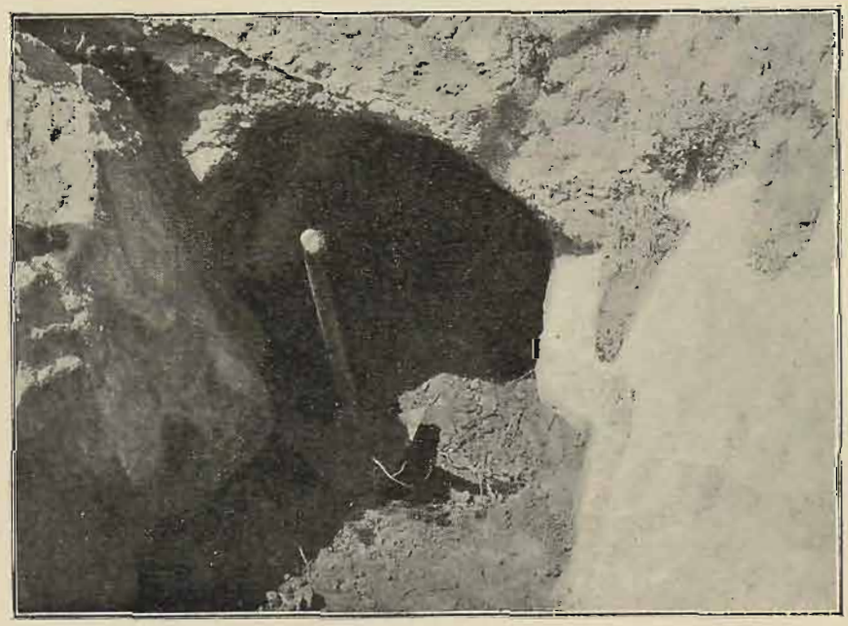
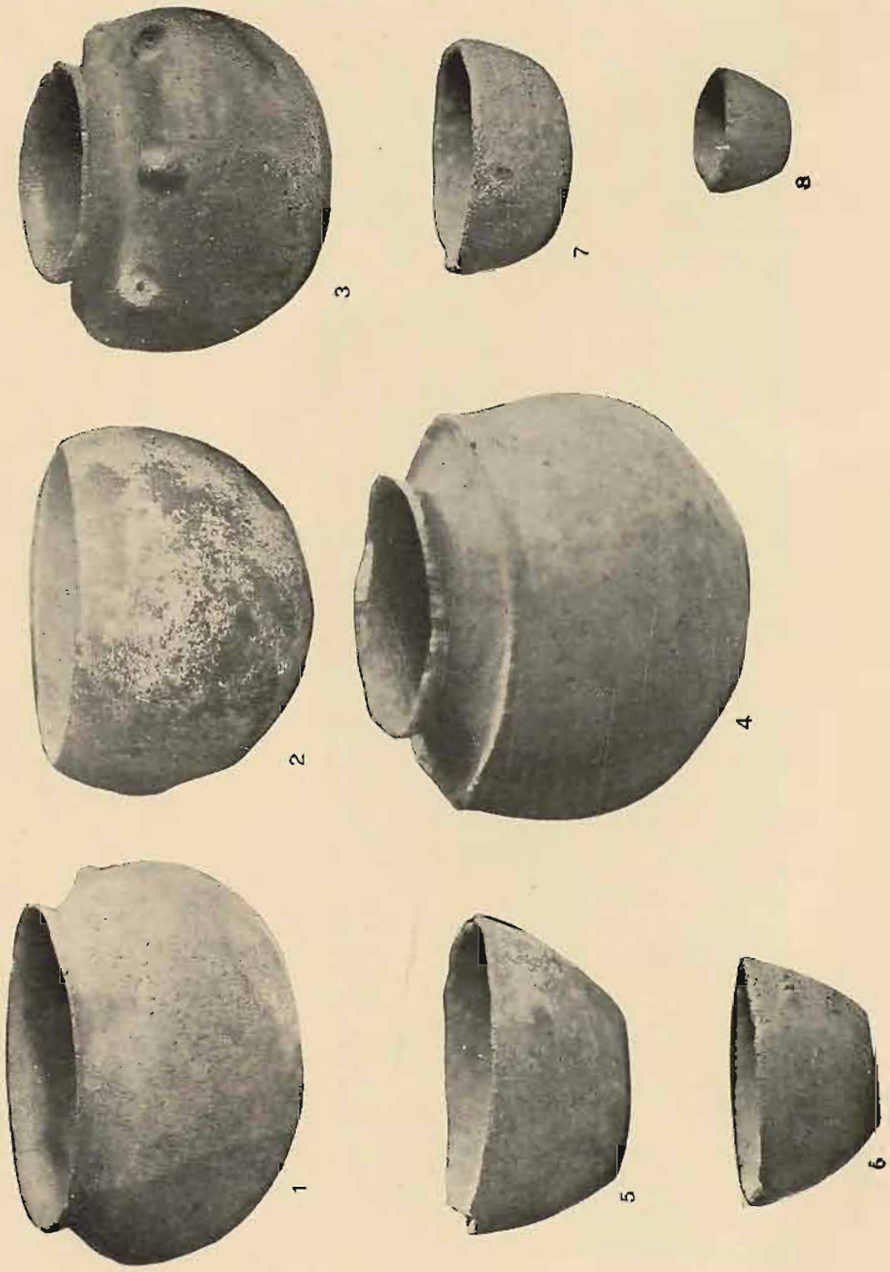


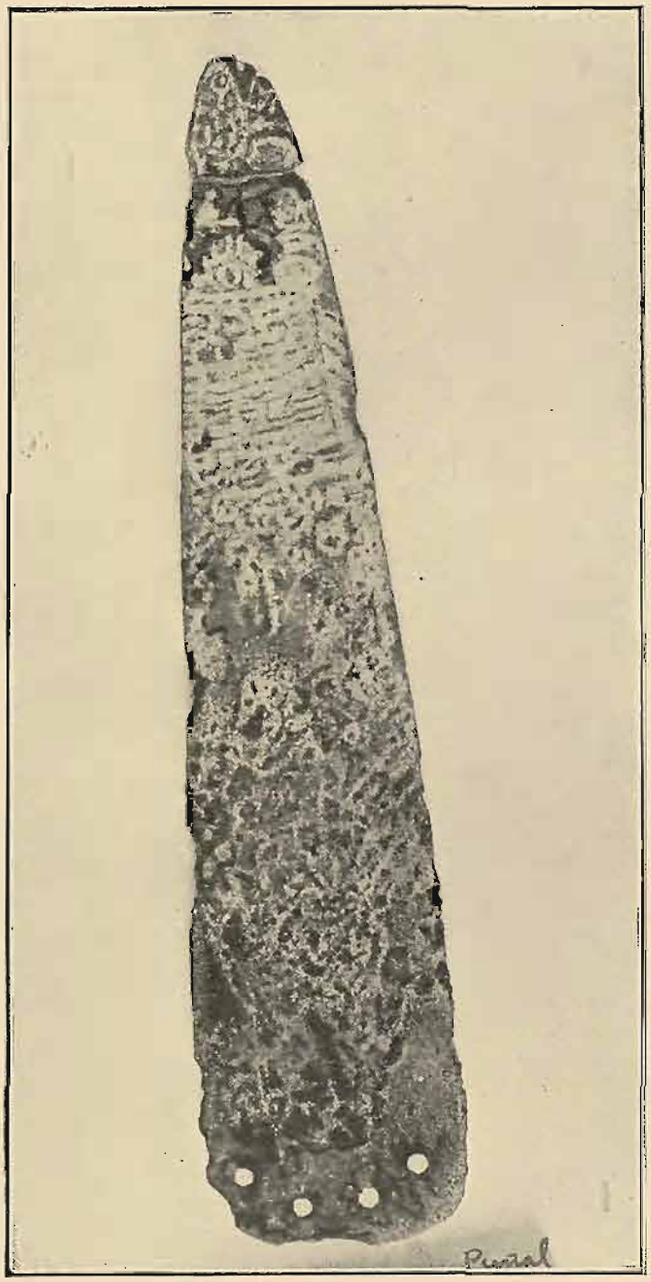
Fig. 2.

Fig. 1.

Fig. 2. - Cueva de El Cabás (Mallorca). Flecha: indicación del boquete que dió lugar al descubrimiento de la cueva.



Cerámica de la cueva de El Cabás (Mallorca).



Puñalito de la cueva de El Cabás (Mallorca).

«Urnenfelder» de Alpiarça

por A. A. Mendes Corrêa,
director do Instituto de Antropologia
da Universidade do Porto.

«Urnenfelder» de Alpiarça

por A. A. Mendes Corrêa,
director do Instituto de Antropologia
da Universidade do Porto.

Em 3 de janeiro de 1930, durante uma permanência que fiz na Quinta dos Patudos (Alpiarça, NE. de Santarém), notei que num olival em frente da casa, do lado oposto da estrada de Almeirim a Alpiarça, muitos trabalhadores se estavam ocupando no plantio de vinha. Sabia que no mesmo terreno se haviam encontrado ha anos vários restos arqueológicos. Apressei-me portanto a pedir que recomendassem ao capataz dêsse rancho para me informar da aparição de qualquer peça, dando-lhe instruções para interromper inmediatamente os trabalhos de escavação no local respectivo e para reclamar imediatamente a minha presença.

Por uma coincidência curiosa anunciavam-me alguns minutos depois que tinham acabado de exumar do solo muitos objectos, não tendo, porém, as instruções chegado a tempo de evitar que a exumação se fizesse sem a minha presença. Não pude, portanto, examinar directamente as condições de jazida, embora tivesse corrido ao local mal recebi o informe. Apenas vi os objectos e o lugar em que êles haviam aparecido e recolhi as informações dos trabalhadores sôbre o nivel e disposição em que êles se encontravam.

Dezasseis urnas (figs. 1.ª, 2.ª e 3.ª) jaziam a cêrca de 1.m,20 de profundidade, encostadas umas as outras e cheias de carvões e de cinzas. Este grupo de peças cerámicas ocupava uma área de cêrca de 1.m2 Quando cheguei, já tinham esvasiado os vasos e enchido de terra a vala aberta no solo. A 2.m aproximadamente dêste depósito, porcerto funerário, tinham encontrado, isolado, um machado chato, de bronze, com gume curvilíneo (fig. 7.ª). Estava a uma profundidade um pouco menor, cêrca de 1.m Não viram quaisquer estelas ou paredes de pedra, nem *tumulus*.

A 4.m ou 5.m para oeste tinham tambem aparecido alguns fragmentos de *tegulae*. Recolhi as urnas e o machado, que se encontram actualmente no Museu Antropológico da Universidade do Porto.

Dois dias depois comunicaram-me que a uma pequena distância do ponto em que tinham aparecido os vasos haviam encontrado, quasi á mesma profundidade, três braceletes de bronze, espêssos, que, apezar do interêsse das pessoas que dirigiam os trabalhos de plantio, desapareceram roubados por

um camponês qualquer, cuja cupidez fora atraida por aquele suposto tesouro. Não pude, pela descrição que me fizeram, adquirir a certeza de que se tratava de facto de braceletes de bronze; mas suponho provavel que o fôssem, tanto mais que já tinham aparecido, como veremos, outros nas proximidades.

Outros vasos da mesma natureza dos citados tinham sido encontrados no ano anterior no Mejão, ao sul dum vasto *oppidum*, o Castelo, situado do mesmo lado da estrada, a algunas centenas de metros ao sul do terreno que fornecera os documentos anteriores. Esses vasos foran do mesmo modo transportados para o Porto.

Algumas semanas mais tarde o Sr. Paciência Gaspar, de Alpiarça, enviou-me tambem para o Porto muitos fragmentos de cerâmica e de braceletes de bronze que acabavam de ser encontrados, por ocasião de plantação de vinha, no mesmo local do Mejão. Estes vasos cerâmicos teem o mesmo carácter das peças do *Tanchoal* ao N. do *oppidum* do Castelo, peças referidas no comêço desta noticia, e os braceletes de bronze são inteiramente idênticos a muitos braceletes simples, massiços, abertos, de secção quadrangular (fig. 7.ª), de que dei noticia em 1916 (1), como tendo sido encontrados no mesmo *Tanchoal* havia anos e recolhidos pelos Srs. José e Carlos Relvas na sua casa dos Patudos. Estes braceletes eram acompanhados de vasos de dimensões e formas variadas, de *biberons* de barro, duma bela taça (figs. 4.ª e 5.ª), de parte duma peça de cerâmica ornada con pontuações de aspecto eneolítico (fig. 6.ª) e de pequenos fragmentos ósseos e cinzas.

Depois da publicação do meu artigo de 1916 tive conhecimento de que na mesma casa havia outros vasos, dos quais um com saliências mamilares no bojo (fig. 5.ª), provenientes todos do mesmo *Tanchoal*, e os seus proprietários deram-mos'os para o Museu Antropológico do Porto, com ânforas e outros grandes vasos da época romana que tinham sido descobertos no *Castelo*.

Naquela minha noticia classificava o vaso caliciforme, os *biberons*, os outros vasos diversos e os braceletes como sendo provavelmente do fim da idade do bronze e como constituindo decerto restos de sepulturas de cremação, e de facto não seria dificil incluir, por exemplo, alguns vasos, mesmo os *biberons*, no IV periodo da idade do bronze. Mas o vaso com eminências mamilares e a forma dalgumas urnas sugeriram-me depois a ideia dum rejuvenescimento dêsses documentos, entretanto não até a época romana, data evidente das ânforas do *Castelo* e das *tegulae* do *Tanchoal dos Patudos*, mas apenas até a idade do ferro. Os *biberons*, por exemplo, aparecem tambem em estações hallstátticas (2).

Estes lugares teriam sido, sem dúvida, habitados dêsde uma época mais remota do que a romana. Na casa dos Patudos tinham sido recolhidos muitos machados de pedra polida encontrados nas proximidades. Esses machados, que foram oferecidos ao Museu do Porto, o fragmento citado de cerâmica ornamentada, uma pequena malga grosseira em argila mal cozida (3); outros fragmentos de cerâmica, dum fabrico manual muito rude, de pasta muito má e cozedura insuficiente; todos êsses documentos dão uma impressão muito forte de primitividade. O machado achatado de bronze pertence a um modêlo

da idade do bronze I ou II, como os ha em abundância, sobretudo no sul do país (4). Não estou seguro de que êste machado deva ser reunido ao mobiliário cerâmico, que se encontrava a uma distância de 2.m apenas. Mas não julgo impossivel a contemporaneidade, admitindo sobrevivências. Não é dificil encontrar machados primitivos mesmo em estações da época romana.

O conjunto dos vasos e dos braceletes do *Tanchoal* e do *Mejão* é muito mais antigo sem dúvida do que as *tegulae* e as ânforas de que falámos, e do que as mós manuais, fragmentos cerâmicos e outros restos da época romana encontrados no monticulo do *Cabeço da Bruxa,* do lado ocidental da estrada, algumas dezenas de metros ao S. da casa dos Patudos (5). O dito conjunto pertence, sem dúvida, a uma extensa necrópole de incineração, relacionada talvez com o recinto fortificado do *Castelo,* mas pre-romana.

Entre os vasos do mesmo grupo ha uns feitos a mão, outros a roda de oleiro, ha uns mais perfeitos, mais evolutidos, de melhor pasta e melhor cozedura do que outros, traduzindo talvez uma penetração de modêlos longínquos na primitividade e rudeza indígenas. Mas nenhuma forma típicamente egêa, púnica, ibérica ou romana faz ali aparição. A ausência de ornatos pintados ou gravados é geral, exceptuando-se apenas um gargalo rude, talvez de *biberon* (penúltimo vaso a direita na figura 4.ª), e o fragmento pontuado, descobertos em tempos. Era bem pobre esta cultura!

Sem poder excluir totalmente a hipótese de que, postos mesmo de parte os documentos averiguadamente romanos, se encontram no espólio sucessivamente reunido restos de datas diferentes, julgo entretanto presentemente que as sepulturas de incineração do Tanchoal e do Mejão pertenciam não à idade do bronze, como supuz para o material de que me ocupei em 1916, mas ao principio da segunda idade do ferro (séc. VI-V a. C.). As semelhanças da maior parte dos vasos das sepulturas de Alpiarça com as urnas funerárias das necrópoles post-hallstátticas de Castela e do Aragão, como Luzaga e Arcobriga, exploradas pelo falecido marquez de Cerralbo (6), e com muitos exemplares dos campos de urnas *(Urnenfelder)* da Catalunha e circunvisinhanças (7), são impressivas. Mas a mistura de tipos rudes e finos é em Alpiarça maior do que na Catalunha e em Castela.

O nosso saudoso companheiro de trabalho Rui de Serpa Pinto vira em Barcelona braceletes de bronze muito semelhantes aos de Alpiarça e classificados como da época de Hallstatt. Emitiu mesmo a hipótese de que os braceletes da necrópole portuguesa tivessem sido empregados como moeda (8). Na verdade, a sua abundância, a sua associação em compridas cadeias, não militam em favor do seu emprêgo como ornatos que houvessem servido sem excepção durante a existência ás pessoas sepultadas. Mas, se estas não traziam porcerto sôbre elas mesmas um tão grande número de peças, não e dificil admitir que as suas familias e os seus amigos tivessem a ideia de lhes oferecer todos aqueles braceletes para satisfação da sua vaidade de decoração pessoal na vida d'além túmulo...

Mas o critério de utilidade e de necessidades materiais no outro mundo era de tal modo corrente naquelas épocas longínquas para a escolha do mobi-

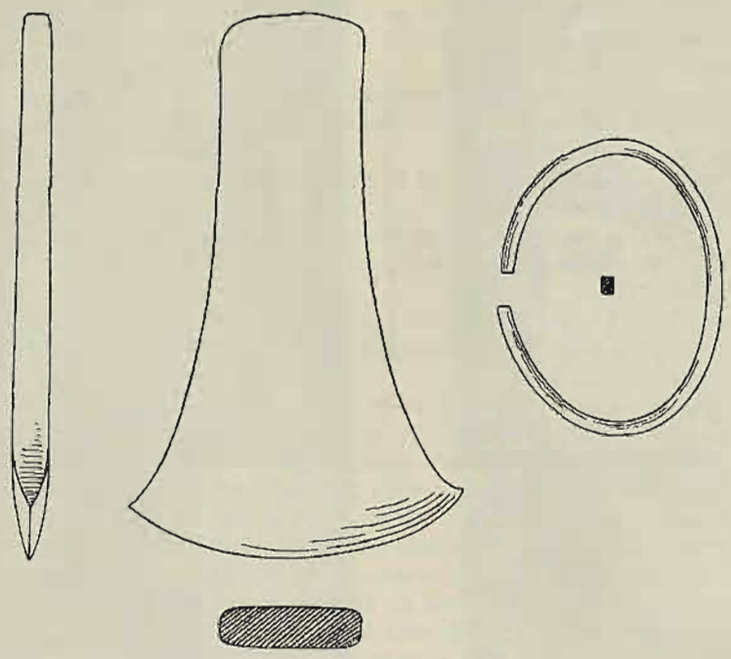
liário sepulcral, que a hipótese de Serpa Pinto não deve ser afastada definitivamente. Acrescentemos que em estações de La Tène I e II tambem aparecem braceletes de bronze idênticos aos de Alpiarça (9).

Numa nota preliminar (10), demos ao Congresso Internacional de Antropologia e Arqueologia Prehistórica de Coimbra-Porto em 1930, uma breve noticia dos documentos arqueológicos encontrados nas sepulturas de incineração de Alpiarça, de que não falámos no artigo de 1916. A falta de elementos directos de observação sôbre as condições de jazida, a relativa heterogeneidade dalguns objectos, a pobreza do espólio, a ausência quasi completa de decorações cerâmicas, são razões suficientes para que não nos seja possivel tambem na presente nota ir além duma resenha sumária dos factos de que tivemos informação, e dos materiais que conseguimos reunir. Algumas fotografias proporcionarão o conhecimento das formas cerâmicas.

Com as reservas, já indicadas, entendemos que as sepulturas de cremação do *Tanchoal* e do *Mejão*, d'Alpiarça, que forneceram todos ou quasi todos os materiais aludidos, pertencem ao principio da nossa idade do ferro, devendo porém notar-se que a primeira idade do ferro não está no país representada de modo seguro, sendo de admitir que, dum modo geral, a idade do bronze se tivesse prolongado no território até o meado do primeiro milénio antes de Cristo. Não é, pois, de surpreender que já quando influências ibero-tartéssias e mediterrâneas penetravam no Algarve e no Alentejo e se revelavam nos entrepostos costeiros (Alcácer do Sal, Lisboa), se encontrasse em regiões que não eram distantes dêsses lugares uma cultura com muitos caracteres de arcaismo e de pobreza indígenas, e que não reflectia senão longínquas e raras influências exóticas. As relações de tal cultura com a cultura dos *Urnenfelder* e a das necrópoles castelhanas são evidentes, sendo as sepulturas de Alpiarça talvez intermediárias entre aqueles e estas, e distintas no ponto de vista cultural e na sua maior primitividade, não só das estações de Alcácer, Lisboa e Santa Olaia mas dos castros do N. de Portugal e da Galiza, e da cultura espanhola de Las Cogotas. Notemos que, se, análogamente aos «campos de urnas» em geral, as sepulturas de Alpiarça são desprovidas de *tumuli*, tambem elas *parecem* diferir das necrópoles catalãs e castelhanas na falta de construções em pedra ou de simples estelas que marcassem as sepulturas. Não teem tambem a disposição linear das segundas. E, se os vasos de Alpiarça são em geral menos rudes do que os dos *Urnenfelder* catalães, diferem entretanto dêstes, como da cerâmica castreja portuguesa, na ausência de ornatos.

O predominio de elementos arcaicos, porventura indígenas, não exclui a intervenção —então já muito provavel, embora não forçosamente primacial— dos celtas das visinhanças do Anas (11). Bosch Gimpera (12) localiza naquelas paragens ribatejanas os cempses (menos provavelmente os sefes) do périplo de Avieno, que, como se sabe, são por Schulten e pelo ilustre arqueólogo catalão considerados celtas, o que —sendo possivel, mesmo provavel— não é, a nosso vêr (13), absolutamente seguro. Poderemos nós antes falar, já então, de lusitanos *(latu sensu)* transportados á margen esquerda do Tejo?

Temos, nos nossos estudos da etnologia proto-histórica de Portugal (14), definido os lusitanos *(l. s.)* como pre-celtas do país (provavelmente afins dos iberos do sul e levante da Península, que teriam sofrido a influência cultural, e talvez antropológica, dos invasores celtas. Os restos funerários de Alpiarça possuiriam características culturais que, dentro de certa medida, se adaptariam a esta definição étnica. Se os «campos de urnas» traduzem a acção dos celtas, não é porém difícil em Alpiarça verificar sobrevivências de remotos modêlos de épocas anteriores, como do bronze, de El Argar—mesmo do eneolítico.



Machado e bracelete de bronze (1/2).

NOTAS

(1) *Sôbre alguns objectos protoistóricos e lusitano-romanos, especialmente de Alpiarça e Silvã.* «Arqueólogo Português», t. XXI, 1916. Lisboa, 1917.

(2) DÉCHELETTE (J.): *Manuel d'Archéologie,* t. II, 1.e partie, pág. 388. París, 1910.

(3) O primeiro do lado esquerdo a partir do caliciforme na fig. 4.ª

(4) Vd. meu livro *Os povos primitivos da Lusitânia,* pág. 227 e seg., e fig. 26. Porto, 1924.

(5) Ha outro *Cabeço da Bruxa,* em que apareceram pedras trabalhadas, *lateres,* vasos, etc., entre a Goucha e o Tejo, poucos kilómetros a SW. do cabeço citado no texto.

(6) MARQUÉS DE CERRALBO: *Nécropoles ibériques.* C. R. du XIVe Congrès International d'Anthrop. et Arch. Préhist. (Genève, 1912), t. I, pág. 593. Genève, 1913.

(7) P. BOSCH GIMPERA: *Etnologia de la Península ibérica,* pág. 453 e segs. Barcelona, 1932.

(8) RUY DE SERPA PINTO: *Museu de Martins Sarmento,* IV, *Bipene votiva de Sabroso.* «Revista de Guimerães», vol. XXXIX (1929), nota 4 da pág. 7. Guimerães, 1930.

(9) DÉCHELETTE (J.): Op. cit., II, 3.e partie, pág. 1.219, e fig. 517, núm. 1. Nalguns de Alpiarça, porém, as pontas em vez de fazerem face uma à outra, sobrepõem-se. París, 1914.

(10) *Note sur le mobilier de sépultures de l'âge du fer d'Alpiarça,* in «L'Anthropologie», t. XLI, pág. 121 (C. R. de Vaufrey). París, 1931.

(11) *Ora Maritima,* de Avieno, não os cita expressamente, mas Schulten e Bosch entendem que os cempses e sefes do périplo eram celtas. Heródoto e Estrabão falam mais tarde dos celtas do SO. da Peninsula.

(12) *Los celtas y la civilización céltica en la Península ibérica.* «Boletín de la Sociedad Española de Excursiones», t. XXIX, pág. 11, etc. Madrid, 1921. *Ensayo de una reconstrucción de la Etnología prehistórica de la Península ibérica.* «Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo», pág. 76, etc. (especialmente as figuras dos dois trabalhos). Santander, 1922. *Etnología de la Península ibérica,* op. cit., pág. 327. *Los celtas en Portugal y sus caminos.* «In Memoriam Martins Sarmento». Porto, 1934.

(13) *Os povos primitivos da Lusitânia,* op. cit., págs. 88, 89, 133, etc. *No Centenário de Martins Sarmento.* «Estudos Portuguêses», t. II, pág. 18 do extr. Lisboa, 1933.

(14) *Os povos primitivos,* etc., op. cit., págs. 138, 139, 142, 303, etc. *No Centenário de Martins Sarmento,* op. cit., pág. 16.

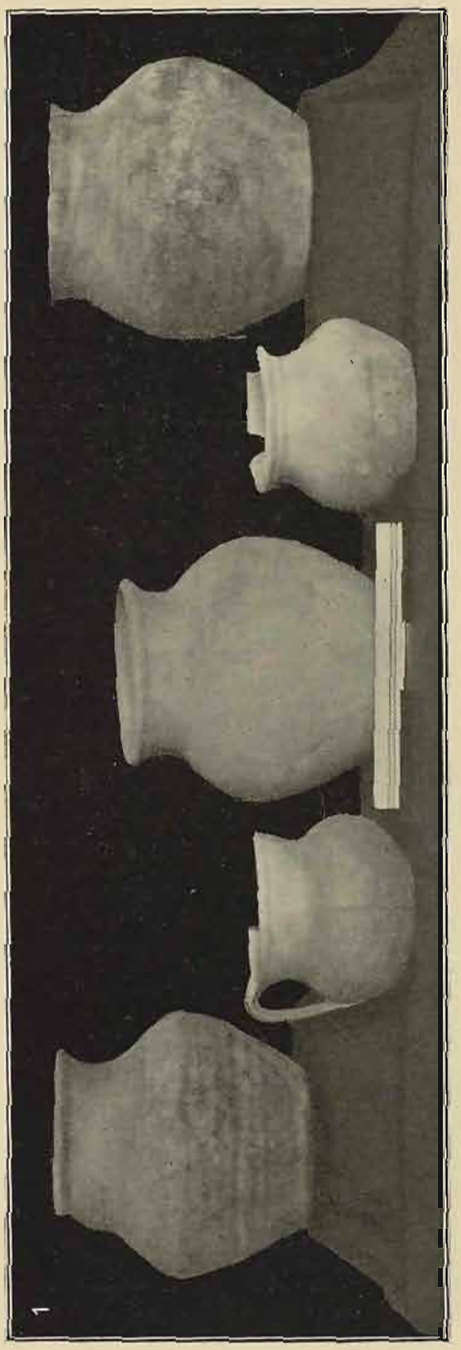


Fig. 1. Urnas da sepultura do Tancboal (1930).

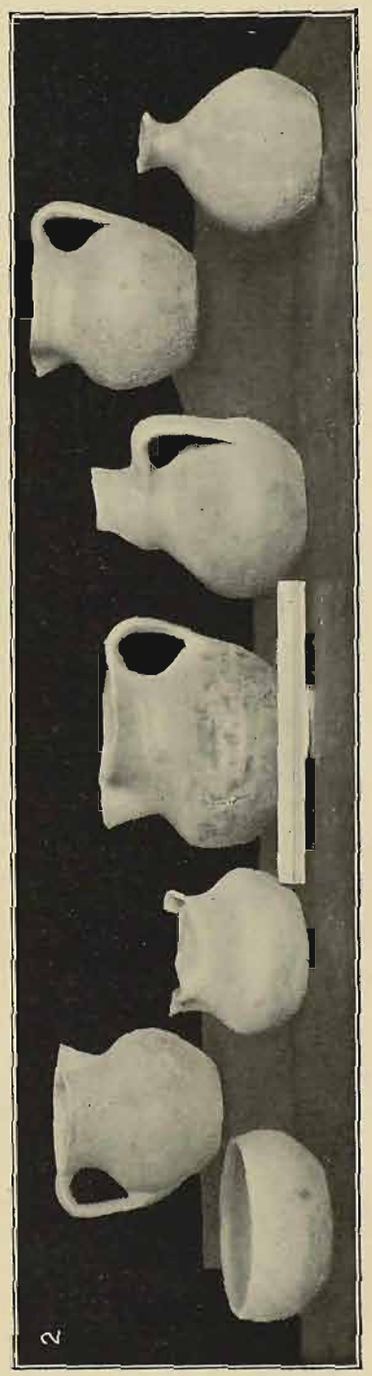


Fig. 2. — Vasos do Tancboal (1930).

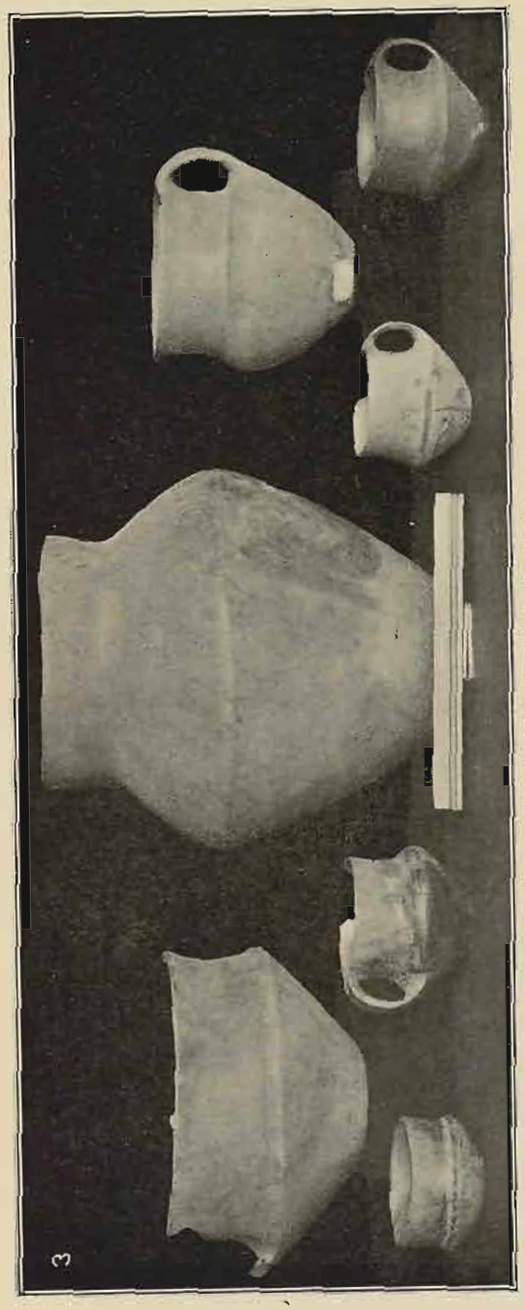


Fig. 3.—Vasos do Tanchoal e outros.

Fig. 4.—Vasos de Alpiarça, entre os quais o calciforme e outros descritos em 1917.

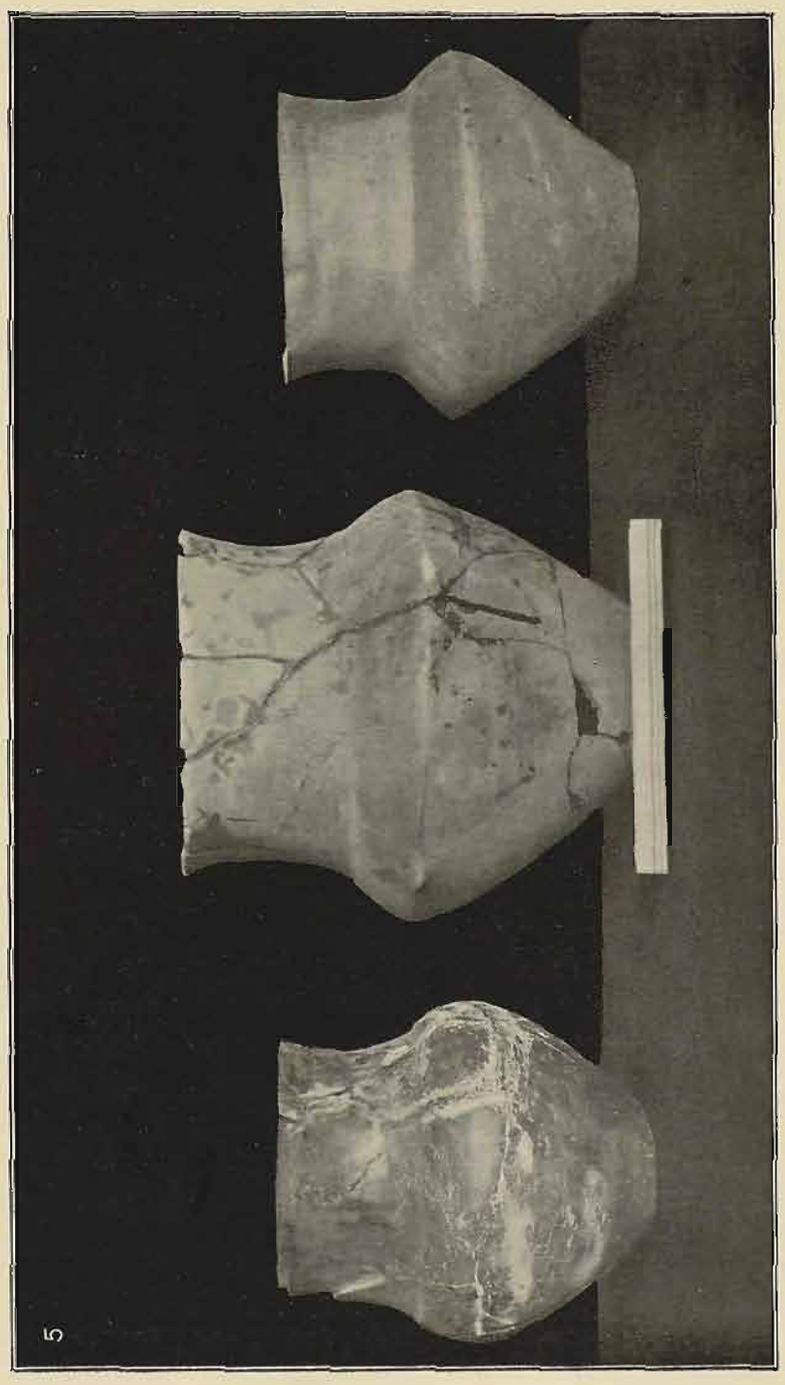


Fig. 5. – Vasos do Tanchoal, de Alpiarça o do centro, com eminências mamilares.

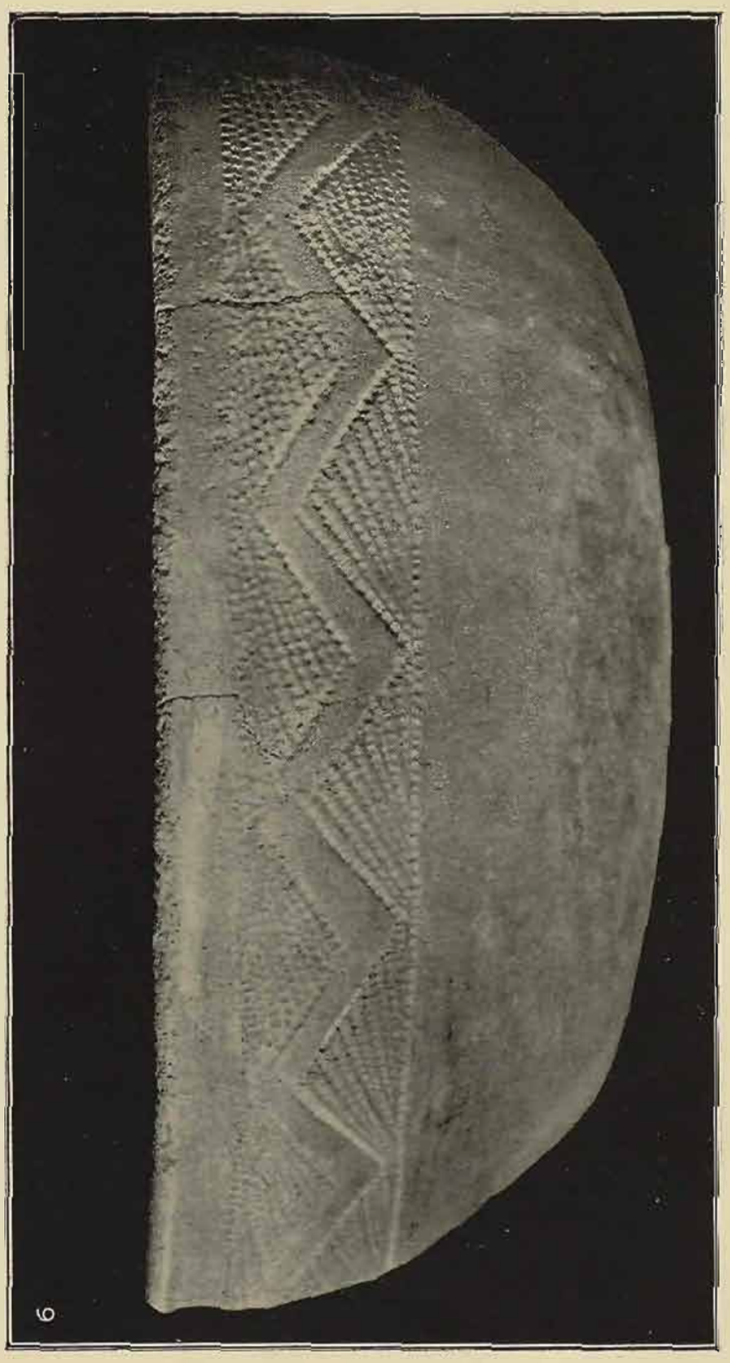


Fig. 6. — Fragmento com decoração pontuada a volête, com faixa lisa em zig-zag entre triângulos pontuados alternados.

Los elementos de las artes industriales visigodas

por Hans Zeiss,
de la Universidad de
Munich.

Los elementos de las artes industriales visigodas

por HANS ZEISS,
de la Universidad de
Munich.

I.—GENERALIDADES

El estudio de los cementerios visigodos ha avanzado mucho en el decenio pasado. Por la primera vez se han hecho excavaciones metódicas y estudios sistemáticos. Parece conveniente dar como introducción una lista de las publicaciones más importantes:

NILS ÅBERG: *Die Franken und Westgoten in der Völkerwanderungszeit*. Upsala-Leipzig-París, 1922.

FLORENCIO DE ANSOLEAGA: *El cementerio franco de Pamplona* (Navarra). Pamplona, 1914.

SATURIO FERNÁNDEZ GODÍN y JOSÉ PÉREZ DE BARRADAS: *Excavaciones en la necrópolis visigoda de Daganzo de Arriba* (Madrid). Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Memoria 114. Madrid, 1931.

JULIO MARTÍNEZ SANTA-OLALLA: *Sobre cómo usaron la fíbula los visigodos*. «Investigación y Progreso», núm. 6, págs. 178-180, 1932.

— *Necrópolis visigoda de Herrera de Pisuerga* (Palencia). Junta Superior de Excavaciones. Memoria 125. Madrid, 1933.

— *Notas para un ensayo de sistematización de la Arqueología visigoda en España. Períodos godo y visigodo*. «Archivo Español de Arte y Arqueología», núm. 29, págs. 139-176. Madrid, 1934.

BLAS TARACENA AGUIRRE: *Excavaciones en diversos lugares de la provincia de Soria*. Junta Superior de Excavaciones. Memoria 75. Madrid, 1926.

— *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*. Junta Superior de Excavaciones. Memoria 86. Madrid, 1927.

HANS ZEISS: *Die Grabfunde aus dem spanischen Westgotenreich*. «Germanische Denkmäler der Völkerwanderungszeit», 2. Berlin und Leipzig, 1934.

Los trabajos de Martínez Santa-Olalla y la última obra de la lista contienen más datos bibliográficos (incluído la Arqueología de los francos, etc.).

II.—LOS DOCUMENTOS

Es bueno tener en cuenta que nuestro conocimiento sobre las artes industriales de los visigodos es muy fragmentario, por varias razones. La mayor parte de los objetos conservados proceden de sepulturas muchas veces destruídas sin cuidado y sólo en pocos casos bien excavadas. Es raro encontrar un depósito escondido en tiempo de guerra o los instrumentos de un artesano (1). Con todo, no logramos conocer más que en parte la «cultura material» de los visigodos. Era costumbre colocar los muertos vestidos, con adorno, pero sin armas; la espada de Daganzo de Arriba es una cosa excepcional (2). Parece extraño que los guerreros visigodos hayan renunciado a traer sus armas consigo; pero es un hecho el que los mismos cementerios del siglo III en Siebenbürgen, patria de los visigodos, carecen de armas, mientras abundan en sepulturas francas. La costumbre franca está representada en España por la necrópolis de Pamplona, donde vestigios de influencia «merovingia» son frecuentes. Resulta que los objetos más comunes son piezas del vestido, como fíbulas y hebillas, y objetos de uso diario, como cuchillos. Claro que de madera y tela no quedan más que restos, en circunstancias favorables; en Alemania se han descubierto cementerios en tierra muy húmeda (Leihgestern, Hessen, Oberflacht, Württemberg), donde objetos de madera, restos del vestido y hasta ciruelas, etc., se han conservado bastante bien (3). En España no conocemos vasijas de madera de esta época. Otras vasijas también son raras; algunas encontradas en Suellacabras y Taniñe (Soria) no pertenecen al período visigodo, sino al bajo-romano. Parece que los visigodos han dejado la costumbre de dar vasijas a los muertos antes de llegar en España, quizá por influencia cristiana.

Es probable que muchos hallazgos hoy sin procedencia proceden de sepulturas. Lástima que hasta nuestros días los cementerios visigodos hayan sido o destruídos o robados por motivos egoísticos (Castiltierra, Segovia). Los documentos de los siglos pasados comienzan a ser considerados como una especie de herencia nacional, cuya protección debe ser más eficaz en los tiempos venideros. Es interesante notar tales tendencias laudables en varios países europeos.

No son muchos los cementerios bien conocidos hasta ahora. De Palazuelos (Guadalajara) y de otras excavaciones del marqués de Cerralbo no se han publicado las circunstancias de los hallazgos. El Sr. Ansoleaga ha dado una descripción sumaria de Pamplona (Navarra); la pérdida de los diarios de la excavación es muy sensible. Después de la guerra la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades ha patrocinado algunas investigaciones metódicas, en verdad fundamentales: en la provincia de Soria, Suellacabras, Taniñe y Deza (B. Taracena Aguirre); en la provincia de Toledo, Carpio de Tajo (C. de Mergelina); en la provincia de Madrid, Daganzo de Arriba (S. F. Godín y

J. Pérez de Barradas); en la provincia de Palencia, Herrera de Pisuerga (J. Martínez Santa-Olalla). En su mayor parte los excavadores han aumentado sus méritos muy pronto por una publicación. La de Carpio de Tajo hace falta; es una laguna lamentable. Los demás cementerios han sido descubiertos casualmente y no son conocidos más que por los objetos conservados en los Museos.

III.—PRINCIPIOS DE CRONOLOGÍA

El sistema cronológico depende de la cronología de los hallazgos ostrogodos en Italia, atribuídos a 493-552, período del reino ostrogodo. Es probable que ciertos tipos visigodos han sido tomados de los ostrogodos, cuando las tropas de Teodorico estaban en España (511-526). La comparación permite establecer que, por ejemplo, un tipo de hebilla (lám. I, fig. 2) es imitación de otro encontrado en Italia (véase pág. 146); por eso el tipo español no puede considerarse anterior al siglo VI, y con ello los objetos sacados de las mismas sepulturas. Así es posible establecer inventarios característicos del siglo VI. La evolución de las fíbulas y hebillas del siglo VI termina en la disolución de los tipos, que se desvanecen; en opinión del autor, este proceso debe estar en relación con las grandes vicisitudes del tiempo: romanización sucesiva de los visigodos, que se expresa, por ejemplo, en las leyes, y abolición del arrianismo después de la muerte de Leovigildo (586). San Isidro dice en la Historia Gothorum (c. 51) que Leovigildo mismo era el primo de los reyes, quien usaba un trono y llevaba vestidos reales según el ejemplo de los emperadores de Bizancio. Parece razonable deducir que la misma tendencia se expresa en la acción del rey y en la desaparición del traje nacional del pueblo; por ejemplo, de las hebillas llamadas godas y de ciertas fíbulas de origen godo. El autor prefiere como fecha aproximativa de la desaparición de dichos tipos el año 600; el señor Martínez Santa-Olalla el reino de Suinthila (621-631); la decisión final depende de nuevos hallazgos. Es hecho que sepulturas indudables del siglo VII son rarísimas; cosa natural si la abolición de la costumbre antigua es considerada como consecuencia de la romanización y de la conversión del pueblo. No faltan hallazgos, y la evolución de las hebillas es más interesante en este período; pero carecemos de puntos fijos representados por sepulturas características. Una buena suerte ha sido que prototipos de ciertas hebillas del siglo VII han sido encontrados en Carpio de Tajo; piezas muy raras, sacadas de las sepulturas más recientes con ajuar. Es mejor contentarse por el momento con la separación general entre los siglos VI y VII.

Pocos hallazgos de la península pueden atribuirse al siglo V. Hay algunas piezas del tiempo de las primeras invasiones (lám. X, fig. 1) procedentes de sepulturas aisladas, y una serie de cementerios de la población ibero-romana (por ejemplo, Marugán, Granada; Suellacabras y Taniñe, Soria). No es extraño que en estos cementerios se hayan descubierto unas hebillas del período VI-

sigodo; pero nunca hebillas llamadas «godas» en sentido propio (por ejemplo, lámina I) o fíbulas. La población indígena no ha aceptado los adornos característicos de los visigodos; además, las vasijas funerarias son frecuentes como en tiempo romano, y un objeto de uso incierto, discutido últimamente por F. Alvarez-Ossorio (4), marca bien la diferencia entre ibero-romanos y visigodos. La aparición de algunas hebillas del siglo VI no permite atribuir tales cementerios a los visigodos.

Nuestro esquema cronológico exige algunas notas históricas. En la invasión de 409, suevos, alanos y vándalos han ingresado en la península. Los alanos y vándalos han sufrido sangrientas pérdidas en las guerras contra las tropas imperiales, en particular por los visigodos (fœderati), y han evacuado España después de dos decenios. Los visigodos fueron revocados en el dominio de la península por el gobierno de Rávena (419), y se establecieron en Aquitania. Durante el siglo V han logrado agrandar su dominio en las Galias y poner pie en España; pero la ocupación militar es otra cosa que la colonización. Es difícil ganar información adecuada de las crónicas escasas del tiempo; los indicios permiten suponer que una inmigración sensible de visigodos fué causada por la pérdida de la mayor parte de las Galias, y hay hasta una noticia de que los francos han expulsado a sus posesores visigodos (5). Hace poco tiempo que el Sr. Gamillschegg, investigando los nombres de lugares de origen germánico, ha obtenido resultados de que la colonización visigoda en la península es posterior a la pérdida del reino de Tolosa (507) (6). Como los estudios del Sr. Gamillschegg y del autor se han hecho independientemente, las conclusiones conformes son más seguras. Será ocasión de tratar otros sucesos históricos en los capítulos que siguen. Aquí sólo parece digno de mención que el territorio suevo no ha dado—hasta ahora—cementerios que puedan atribuirse a dicha tribu. Hay pocas hebillas del período visigodo en ciertas necrópolis cerca de Lisboa (Abujarda, Alcoutão), pero en necrópolis no más germánicas que Marugán y Suellacabras. Al parecer pertenecen también a una población ibero-romana.

Terminados los preliminares, vamos a ocuparnos con los elementos principales de las artes industriales visigodas.

IV.—ELEMENTO PREVISIGODO

El tipo característico de las sepulturas de los primeros invasores de la península es la pequeña hebilla de oro, conocida por los hallazgos de Beja (Portugal) y de Bueu (Pontevedra) y por otros de localidad incierta, representada aquí por una pieza en el British Museum (lám. X, fig. 1). Tales hebillas, adornadas con almandines, han sido descubiertas en la Crimea, en los países cerca del Danubio, en Italia y Francia; no cabe duda de que son productos de talleres en el Sur de Rusia. Pertenecen al estilo polícromo creado en las regio-

nes orientales y bien apreciado por los godos y otros pueblos germánicos, pero también por tribus no germánicas, como los sármatas, de origen iránico. En este ensayo el problema, muy intrincado, no puede ser discutido por extenso. Es preciso no olvidar que el imperio bajo también ha apreciado el estilo policromo; los monumentos y los autores dan testimonios. Las obras citadas en la introducción sirven para la información detallada.

Las hebillas de oro no han sido imitadas en España por talleres locales, lo que demuestra el carácter pasajero de las primeras ondas de las migraciones. No hay descendientes algunos entre el inventario de los cementerios del siglo VI. Es posible, y hasta probable, que los visigodos de Aquitania han usado el mismo tipo, pero no se conocen ejemplares en los territorios del reino de Tolosa.

El Museo de Granada posee un collar, compuesto de piezas de lámina de oro, atribuído por Åberg a la invasión germánica. En verdad, collares muy parecidos han sido hallados en la Crimea; pero es más cauto considerarlos en general como productos de época baja y no como característicos de los pueblos germánicos. Es muy difícil dar una idea sobre la nacionalidad de la persona enterrada en Granada (Albaicín). La sepultura de Beja, al contrario, puede atribuirse a un individuo de los pueblos invasores de 409.

Hasta ahora ninguna de las fíbulas encontradas en España debe ponerse en relación con el grupo previsigodo.

V.—ELEMENTO VISIGODO

A) Hebillas y placas

Los cementerios de los visigodos nos han dado varios tipos de hebillas. Se puede hacer una distinción entre tipos característicos y otros comunes en los reinos germánicos. El segundo grupo será tratado separadamente. En primer lugar discutimos el tipo llamado «godo» por Goetze (7).

En todos los países godos, en la Crimea, en Hungría, en Italia, en la Francia del Sur y en España, conocemos hebillas con placas rectangulares decoradas por espirales grabados o por alvéolos sobrepuestos. La decoración espiral parece más antigua; quizá se deduce de hebillas romanas de época baja cuyas placas abundan en espirales (8) y van adornadas por ornamentos animales. Según la teoría de Salín y otros, la *Tierornamentik* del Norte germánico ha sido instigada por el ornamento de dicho grupo romano (9). Podemos renunciar a más digresiones porque la *Tierornamentik* propia falta en España. Basta notar que la hebilla de la sepultura 46 de Herrera de Pisuerga lleva decoración espiral y que la placa contigua muestra rudimentos de las bestias bajo-romanas (lám. V, fig. 5). Este hallazgo nuevo sirve para entender mejor la pieza de Uxama (Soria) (lám. I, fig. 3) y dos paralelos en Francia bien cono-

cidos. Aun el tipo antiguo no parece haber sido muy popular en España. Al contrario, los tipos con alvéolos son bastante frecuentes.

Los más importantes son del tipo I (alvéolos aislados, en general cuatro en forma de almendra en los ángulos y uno central) y del tipo II (decoración de la placa entera con alvéolos). Tipo I aparece en Carpio de Tajo (seps. 102, 116, 119 y 137), Herrera de Pisuerga (seps. 4 y 44), Castiltierra (varias piezas) y en otros lugares; por ejemplo, en Majazala (Toledo) (lám. I, fig. 2). Una placa con cinco alvéolos en el centro y un cuadro de alvéolos (lám. II, fig. 2) puede considerarse como precursora del tipo II. Es necesario anotar que las denominaciones tipo I y II no corresponden al sistema de Goetze; tampoco es oportuno tomar el tipo I como el equivalente de Goetze A y B (A, ornamento espiral).

El tipo II parece ser una invención de talleres visigodos en España y en el Sur de Francia. Se distinguen ejemplares que pueden atribuirse a los mismos artesanos. La variedad representada por una pieza de Daganzo de Arriba (Madrid) (lám. V, fig. 4) ocurre en Carpio de Tajo (seps. 203, 216 y 242); en Herrera de Pisuerga, lo menos dos ejemplares de otra especie (seps. 7 y 30) son indicios que justifican pensar en talleres diferentes (lám. II, fig. 1).

No es posible entrar en los detalles de todas las piezas interesantes de Herrera de Pisuerga y Castiltierra, que han aumentado el grupo tan sensiblemente. Otras excavaciones darán más variedades y permitirán mejores clasificaciones que las de hoy. Mencionamos una pieza de Castiltierra (lám. II, figura 4) con una bestia en el centro y un cuadro de zarcillos, muy parecida a una placa francesa (lám. I, fig. 4). Claro que no tiene relación con el tipo I ni con el tipo II; el motivo es probablemente de origen oriental, imitado en la Crimea también. Si añadimos tales piezas a nuestro grupo, no queremos menospreciar las diferencias de técnica y ornamento.

Queda aún sin discutir un tipo pequeño (lám. I, fig. 1) derivado del tipo I, corriente y bien degenerado. Es indicio de época tardía que la hebilla y la placa son fundidas en una pieza, lo que es usual en las placas triangulares alargadas (lám. IX, figs. 1 y 9), en placas figuradas (láms. XI y XII) y en placas caladas (lám. X, figs. 5 y 6). Estas clases de placas florecen en el siglo VII; por eso no parece imposible que nuestro tipo haya estado en uso más tarde que las variedades grandes de las placas godas. Lástima que no conozcamos inventarios bien investigados con tales hallazgos. Las placas pequeñas sólo las hay en España y pueden considerarse como productos locales, imitaciones de prototipos godos por artesanos indígenas.

B) Fíbulas

Los pueblos godos usaban fíbulas de arco primeramente martilladas (*Blechfibeln*, es decir, fíbulas de lámina de plata, etc.), más tarde fundidas.

La invención de las «placas» características ha sido causada por el deseo

de cubrir la aguja. Las denominaciones «placa de resorte» y «placa de sujetador» son bien apropiadas; las debemos a Martínez Santa Olalla, quien refiere los datos principales de la evolución del tipo en su última publicación (10). Los ejemplares martillados de Castiltierra (lám. III, fig. 1) han sido descubiertos recientemente, por eso el autor se atiene a la publicación meritoria citada.

Dejando los ejemplares martillados de Castiltierra (lástima que no se conozca el inventario exacto de aquellas sepulturas) venimos a las piezas fundidas, decoradas en parte con palmetas fijadas por clavitos (lám. III, fig. 2). El tipo ha sido encontrado con hebillas del siglo VI en Carpio de Tajo (seps. 96 y en 136) y Herrera de Pisuerga (seps. 7 y 31). Es de notar que tales piezas no son frecuentes en los cementerios bien investigados; parece que iban desapareciendo a principios del siglo VI.

Más común son variedades posteriores (del punto de vista tipológico). Las palmetas y las placas son ambas fundidas (lám. V, fig. 2); las fíbulas se vuelven más pequeñas (lám. VI, fig. 5) y hasta enanas (lám. VI, fig. 3); dos y más «botones» aparecen al margen de las placas (lám. IV, figs. 1 y 3). Los cementerios de Carpio de Tajo y de Herrera de Pisuerga presentan nuevas formas. Se anuncia la influencia de otros tipos de fíbulas, y más interesante, el estilo de las fíbulas peninsulares llega a ser muy diferente del estilo prevaleciente, por ejemplo, en los países del Reno y del Norte. Indicios correspondientes son, entre otros, la rígida simetría de los «botones» y la ausencia de ornamentos germánicos. Será difícil dar otra explicación que referir a los talleres peninsulares donde trabajaban los descendientes de los ibero-romanos; los nuevos señores de España tenían que defender sus conquistas contra enemigos hispánicos y extranjeros, y no es probable que se hayan ocupado mucho de las artes industriales.

Las fíbulas de Castiltierra son consideradas como las más antiguos representantes españolas de un grupo godo que se extiende desde Crimea y Hungría hasta Francia y España. Hay piezas decoradas con láminas de oro y pedrería, como las del famoso tesoro de Szilágy-Somlyó. Los prototipos danubianos incluyen variaciones en la forma de las placas. Una de ellas era la romboidal, que fundida y con ornamentación espiral ha llegado a España también (lám. III, fig. 4). Las imitaciones locales prefieren siete botones en la placa semi-rotonda (lám. VI, figs. 1, 2 y 4); de pieza a pieza el ornamento se vuelve más ilegible y el aspecto más rudo.

Como dicho tipo llevaba ornamentación y botones en las placas, puede suponerse que algunas piezas de la primera serie han sido más o menos influenciadas. Así se explican mejor ciertas variaciones. Añadimos al grupo godo dos ejemplares de Herrera de Pisuerga con botones en forma de cabezas de aves (lám. V, figs. 1 y 2). Este motivo no era propio de las dos series que hemos descrito, pero sí familiar al estilo godo, en particular a ciertas fíbulas que han sido denominadas ostrogodo-francas por Åberg (lám. V, fig. 5). Será lícito imaginarse que los motivos de los varios grupos se han mezclado bastante libremente en el curso del tiempo. Otro par de fíbulas de Herrera

(lám. V, fig. 3) continúa el tipo caracterizado por pares de botones salientes de la placa del sujetador (lám. IV, fig. 3); pero la placa de resorte es influenciada por una variedad forastera (lám. IV, figs. 4 y 6). Es interesante ver un intercambio de detalles peculiares a ciertas clases de fíbulas; no es preciso demostrar que el cruzamiento de series diferentes puede adscribirse a un período avanzado, y por eso las fíbulas de la sepultura 2 de Herrera de Pisuerga (lám. V, fig. 3) son de las más tardías del cementerio.

Terminadas las fíbulas de arco, quedan otras pocas más del grupo visigodo. Las fíbulas aquiliformes no son frecuentes en España ni en otros países. No deben confundirse con las pequeñas piezas aviformes, que abundan en los cementerios merovingios y que faltan en los territorios godos. Los mejores ejemplares de las águilas grandes han sido descubiertos cerca de Cesena, al Norte de los montes Apeninos; son de oro con pedrería. En España y Francia no se conocen más que piezas de bronce (lám. VII, fig. 1), todas con escudito central en forma de corazón. El tipo es de origen oriental, quizá iránico, y puede haber tenido más importancia que sólo el ornamento; es tan raro, que ocurre la idea de que haya sido una especie de distinción. Ni Carpio de Tajo ni Herrera de Pisuerga han dado una pieza, con excepción de un par encontrado hace muchos años y vendido no se sabe donde. Una imitación más pequeña (lám. VII, fig. 2) viene de Deza (Soria). Es curioso observar un escudito central rotondo, como en las águilas de Cesena; puede suponerse que esta variedad era usada por los visigodos también. Aunque la fíbula aquiliforme no sea común, es notable por ser un elemento godo bien característico.

Nuestra inspección rápida, pero—lo esperamos—no superficial, nos muestra que hebillas (con placas) y fíbulas de origen godo estaban muy en boga con los visigodos. Los tipos importados en la península han sido imitados en los talleres locales, y han sufrido variaciones que indican una diferencia marcada entre el estilo de los países germánicos del Reno y del Norte, una diferencia explicada por la nacionalidad de los artesanos ibero-romanos.

Hemos hablado de elemento visigodo, y es razonable añadir que los tipos originales son godos, hasta usados por pueblos de otro origen, y que las piezas españolas son en parte de filiación ostrogoda (1). Pero todos los objetos incluídos en este capítulo son muy característicos de los cementerios visigodos, mientras son excepcionales en los cementerios del reino de los merovingios. La comparación se impone y justifica la denominación aplicada.

El próximo capítulo será dedicado a tipos comunes a los cementerios visigodos, merovingios y longobardos.

---

(1) Revisando las pruebas puedo añadir que esta sugestión viene a ser comprobada por hallazgos nuevos publicados por J. Martínez Santa-Olalla en *Germania*, 1936, donde aumenta sensiblemente la serie hasta ahora conocida; hasta ejemplares de oro aparecen. Es preciso corregir nuestro juicio según los documentos nuevos.

VI.—OTROS ELEMENTOS GERMÁNICOS

Este capítulo comprende objetos algo discrepantes, pues hemos de tratar de los tipos germánicos no peculiares a los visigodos. Por consecuencia, ha sido incluído todo lo que aparece más o menos frecuente en los cementerios merovingicos y longobardos. En algunos casos la invención de los prototipos puede deberse a los talleres cuyos artesanos no eran germanos; estando la cuestión sin solución, el uso por los germanos, atestiguado por los hallazgos, justifica la atribución al grupo discutido en las líneas que siguen.

A) Hebillas y placas

Comenzamos por las hebillas ovales sin placa, con base de aguja en forma de escudito (lám. IX, fig. 6), frecuentes en Francia, Alemania e Italia. Es probable que la evolución de este tipo característico se ha hecho en un centro industrial desconocido hasta ahora; si es lícito lanzar una idea, ésta sería la posibilidad de tradición romana; hay hebillas de época baja cuyas agujas se van agrandando. Queda a investigaciones venideras probarlo o rechazarlo. La distribución general del tipo no requiere documentación. Algunas veces se encuentran clavitos (lám. IX, fig. 7) junto a las hebillas ovales; han servido para fijar la correa detrás de la hebilla.

Entre las hebillas con placas, la variedad más corriente es alargada y en general lisa o decorada con círculos grabados (lám. IX, figs. 1 y 3). La placa puede llevar una costilla transversal (lám. IX, fig. 2), lo que da ocasión a mencionar una especie de forma algo diferente (lám. IX, fig. 4) encontrada en Francia e Italia. Aunque la placa sencilla (lám. IX, fig. 1) parece particular a la península, lo menos más común que en otra parte, no puede negarse la afinición general a placas de cementerios francos y longobardos; por eso está incluída en el grupo que tratamos. La placa alargada aparece en España de buen tiempo, por ejemplo, en los cementerios de Carpio de Tajo y Herrera de Pisuerga, atribuídos en general al siglo VI. No se ha dado una serie tipológica, y en particular no se conocen los principios del tipo; quizá deriva de pequeñas placas casi triangulares romanas de época baja. Será ocasión de volver a esta cuestión más tarde.

Otras placas triangulares (lám. IX, fig. 8) aparecen más comunes fuera de España, y puede ser que hayan sido importadas todas, o por lo menos parte. En Herrera de Pisuerga no se ha encontrado más que una (sep. 15); en Carpio de Tajo ninguna, pero varias en Pamplona. La distribución debe ser característica. Pamplona ha dado más tipos francos por ejemplo, placas trapezoidales (lám. IX, fig. 5), únicas en la península, dependientes de prototipos franceses. Es preciso referir a un tipo bien representado en la Francia del Sur, placas grabadas de bronce estañado (lám. IX, fig. 9), que han sido deno-

minadas visigodas por Barrière-Flavy; la estadística es contraria a esta denominación, y la cronología permite decir que las placas estañadas son posteriores a la caída del reino de Tolosa (507), aunque frecuentes en los territorios dominados hasta entonces por los visigodos.

Placas caladas existen en España, Francia, Alemania e Italia, pero no en los países escandinavos. Parece permitido pensar en una filiación romana; piezas caladas estaban en boga también en época baja. Se distinguen grupitos bien hispánicos por detalles de ornamento (lám. X, fig. 5), conocido de las provincias de Cuenca, Guadalajara, Navarra y Soria; entre ellos el motivo del arco de herradura (lám. X, fig. 6), conocido en las provincias de Guadalajara, Murcia, Segovia y Soria. Otras piezas son tan idénticas a placas extranjeras, que el origen común se impone; es difícil dar una idea sobre la patria de tales tipos. Ciertas placas caladas pertenecen al grupo bizantino (véase pág. 152).

Algunas de las placas figuradas son caladas también, pero es más conveniente registrarlas junto a las demás placas de dicho grupo figurado. La adoración de los Magos (lám. XI, fig. 1) es una cosa excepcional; entre todos los hallazgos germánicos la escena no es repetida más que en dos fíbulas discoides, una suiza y otra renana, pero de estilo diferente. La pieza española pertenece, por razones estilísticas, al grupo «burgúndico» caracterizado por la representación de Daniel entre los leones; es muy raro encontrar otro motivo bíblico. Nuestra pieza debe ser importada de Francia. Daniel y las bestias, en pie y amenazantes, se ven en otra placa (lám. XI, fig. 2) grabada, no calada, que difiere mucho del estilo «burgúndico». Se comprende bien que las escenas bíblicas han sido imitadas independientemente en ambos lados de los Pirineos.

Entre otros motivos que no son discutidos en este sumario aparece el cazador matando al león (lám. XI, fig. 5), tipo muy romano y al parecer no imitado en Francia ni en Alemania, lo que justifica que volvamos a la pieza más tarde. Al contrario, caballos alados, descendientes de prototipos romano-orientales, han gozado de popularidad en la región del Ródano y hasta más al Norte y Nordeste. No sabemos por qué los germanos han preferido figuras tan extrañas; quizá les han dado más significación de la que suponemos. Parece más original la fuente con dos caballos alados bebiendo (lám. XII, fig. 2); el motivo vuelve más rudo (lám. XII, fig. 3), y un artesano hábil suprime un animal para alargar el otro hasta llenar la placa (lám. XII, fig. 4). Es una solución muy apropiada al estilo contemporáneo, que no aspiraba a la forma naturalística, sino a la geometrización; no debemos juzgarlo del punto de vista de un naturalista. El animal vuelve más y más fantástico, perdiendo lo que caracteriza al caballo y desarrollando un pico curvo mezclado con el rudimento de la fuente dividida, que se ve mejor en paralelos franceses, por ejemplo (lám. XII, fig. 1). La menor parte de las piezas españolas poseen peculiaridades que excluyen el origen forastero, pero se tratan aquí por la afinidad general del motivo. En materia de cronología, es de notar que Carpio de Tajo y Herrera de Pisuerga (a lo menos la parte publicada) carecen de placas figura-

das y confirman la evidencia lograda fuera de España que tales tipos pertenecen al siglo VII. Sería interesante conocer el inventario exacto de Palazuelos, donde había ejemplares de este grupo.

B) Fíbulas

La mayoría de las fíbulas de arco han entrado en el capítulo dedicado al elemento visigodo. Recordamos un tipo ostrogodo-franco (lám. IV, fig. 5) que viene de fuera, y añadimos otra variación (lám. IV, fig. 6). Los botones de esta fíbula son muy parecidos a los de otra fíbula con pie recto (lámina IV, fig. 4), forastera sin duda. Hay gran nombre de paralelos en los países del Reno, en los territorios francos, alamanes y más allá. Los ejemplares, muy raros en España, dan testimonio con otros tipos del intercambio entre los países germánicos.

Lo mismo vale, si vemos bien, para el caso de las fíbulas discoides con pedrería (lám. VIII, fig. 1), más frecuentes en Alemania e Italia; pero puede ser que piezas importadas han sido imitadas en los talleres hispánicos. La escasez del tipo no facilita llegar a una explicación segura. Una fíbula redonda del Museo de Berlín (lám. VIII, fig. 2) es adscrita a Tarragona, cosa poco probable y discutido *in extenso* en *Grabfunde*, etc. Ciertas pequeñas fíbulas redondas de Carpio de Tajo y de Palazuelos parecen deducirse del tipo mayor, pero lo conocido no es mucho.

C) Discos adamasquinados

Es extraño encontrar pocas obras de esta clase en España, estando esta técnica en boga en gran parte del reino merovingico, y menos en Italia. La tradición de los talleres ibéricos, que han creado productos tan hermosos, no se ha conservado hasta el tiempo de las migraciones. Con excepción de algunos bocados atribuídos al período visigodo, quedan unos discos, probablemente de los arreos (lám. VIII, fig. 6). Objetos parecidos ocurren en los países del Reno, y puede ser que las piezas españolas o provienen de invasiones francas o del intercambio, cuyos indicios ya han sido mencionados. Objetos adamasquinados parecen muy raros en el Sur de Francia, pero en esta región no conocemos tantos cementerios cuantos en el Norte.

VII.—ELEMENTO BIZANTINO

En el reino de Justiniano I (527-565) el imperio de Bizancio ha recuperado gran parte del Occidente, el Norte de Africa, Italia y el Sur de España, mantenida en parte hasta el siglo VII. No es de desatender el que la España goda

debe influencias estimulantes a los herederos de la tradición romana. El monumento incomparable de la fusión godo-bizantina es el tesoro de Guarrazar. No es posible estimarlo adecuadamente en breves líneas, y tenemos que reservarlo a estudios más detallados. En este capítulo nos limitamos a exponer indicios más modestos, pero no menos significativos, del intercambio godo-bizantino. Basta mencionar que los autores contemporáneos, por desgracia muy escasos, dan otros testimonios suplementarios, relatando, por ejemplo, viajes de españoles a la capital del imperio y la importación de seda del Oriente.

A) Hebillas y placas

Comenzamos por algunos tipos seguramente importados, como testimonian la escasez en España y la aparición en territorios bizantinos o vecinos al imperio. Hay que citar una placa calada (lám. X, fig. 2), que difiere de las placas caladas tratadas arriba (pág. 150); una pieza paralela proviene de la Crimea. Las placas de forma de escudito (lám. X, fig. 3) aparecen en Italia y más al Oriente; son raras en cementerios de Alemania, e indican siempre relaciones con Bizancio. La forma de escudito puede ser variada (lám. X, fig. 4), y no faltan paralelos bizantinos. La figura en la placa citada es una esfinge, creación clásica legada a los talleres bizantinos. Las placas cruciformes (lámina XI, figs. 3 y 4) tienen distribución mediterránea; si no proceden directamente de talleres bizantinos son imitaciones. El caso excepcional de una inscripción de poseedor (se lee *Trasemundus)* merece atención particular; el nombre es bien godo, la escritura no menos romana; en verdad, la pieza modesta significa la fusión de los elementos, que ha sido efectuada en el curso del tiempo.

El grupo más importante de filiación bizantina es caracterizado por zarcillos ornamentales, motivos del arte clásico y postclásico, es decir, bizantino. No podemos entrar en la discusión sobre la patria de los zarcillos y la evolución de ellos; sólo indicamos la línea de los zarcillos helenísticos, a los que figuran en telas coptas y en otros productos contemporáneos. Renunciamos a disolver los elementos que se han unido a formar el arte bizantino y a separar los estilos diferentes de las provincias del imperio. Como la influencia tratada en este capítulo viene lo menos por mediación bizantina, no importa mucho detenerse en digresiones genéricas, muy problemáticas y casi insolubles con el material que tenemos a mano.

Hay varias clases de placas con zarcillos ornamentales, que serán tratadas una por otra. Importante es hacer constar que la clase más rica depende de un tipo de placa indudablemente bizantino, caracterizado por un esquema liraforme que se ve en una pequeña pieza de Egipto, combinado con un monograma bizantino (lám. XIII, fig. 2) bien significativo. Prescindiendo de paralelos encontrados en Hungría, donde prototipos bizantinos han ejercido mucha influencia, salimos de una placa de lámina de oro dicha de Italia (lám. XIII, figura 1). La mayor parte de la placa está cubierta por un esquema liraforme.

El ornamento es repujado; así se explica el relieve bien saliente. Volviendo a una placa española de bronce fundido (lám. XIII, fig. 3), el hecho de conexión se impone; los ribetes fuertes no son otra cosa que imitaciones de ribetes repujados, el esquema es el mismo y el ornamento vegetal es conforme con la teoría de origen que hemos pronunciado. El esquema se varía; el ornamento, al principio bien inteligible (lám. XIII, fig. 4), vuelve a ser simplificado (lám. XIII, figura 5) y hasta reemplazado por semiglobos (lám. XIII, fig. 6), y a veces por discos (lám. XIII, fig. 7); al final poco queda del prototipo. Una placa portuguesa ha conservado el esquema (lám. XIII, fig. 8), pero el ornamento difiere del todo: concha y delfines, un grupo bien clásico, imitado en el estilo algo tosco del tiempo, que ha llevado la influencia bizantina a la península.

Habiendo seguido la evolución tipológica del esquema liraforme en una dirección, damos la vuelta para salir otra vez del tipo español (lám. XIII, fig. 3) que hemos puesto en relación con la pieza dicha de Italia (lám. XIII, fig. 1). Si se aplica el principio de la división simétrica de la placa, llegamos a resultados como el ejemplo de Albelda (Soria) (lám. XIV, fig. 1); fíjese en la línea que divide la pieza y que es interrumpida por un par de cuadritos en forma de ala. La simetría se completa cuando la línea de división está marcada por un ribete saliente (lám. XIV, fig. 2); los cuadritos centrales pierden la forma de ala, y todos se cubren con elementos de zarcillos más o menos distintos. Las piezas más hermosas se distinguen por simetría perfecta y ornamento bien conservado; dan testimonio de talleres hispánicos capaces de crear un tipo satisfactorio, aun adoptando formas forasteras. Es lícito atribuirlo al arte peninsular, dada la ausencia del tipo simétrico, no sólo en los cementerios de los francos y otros germanos, sino en los países bizantinos. Aquellos talleres no merecen la denominación de «visigodos» en sentido étnico; no hay ni rudimentos de tradición goda en los productos que vamos a describir, ni detalles que indiquen afinidad alguna. Los zarcillos son a veces adornados por círculos incisos, ornamento común en fíbulas y hebillas (cfr. lám. IV, fig. 1 y lámina IX, fig. 3), pero mal apropiado a la decoración vegetal. Los círculos pueden ser puestos de tal manera que producen la impresión de cabezas de aves aún toscas. En general, no es cuestión de cabezas de aves; pero piezas descubiertas en los últimos años parecen llevar cabecitas de verdad. Hasta concediéndolo todo, no se ofrece ninguna relación con las cabezas de aves del estilo «godo» (lám. IV, fig. 5). Los talleres donde ha sido creado el tipo simétrico de las placas con zarcillos manifiestan más afinidad con el arte ibero-romano que con el arte visigodo propio; sólo por razón de trabajar en tierra visigoda y para el uso de los visigodos (y de los sujetos romanos de ellos) pueden llamarse visigodos.

Es difícil creer que las variedades del tipo simétrico sean productos de los mismos talleres. La simetría perfecta es destruída muy pronto; el cuadrito terminal adopta la forma de riñón (lám. XIV, fig. 3), los zarcillos degeneran y los ribetes son decorados con perlas fundidas. El centro puede ser cubierto por dos o cuatro medallones (lám. XIV, fig. 4); los cuadritos terminales de tales piezas prefieren forma tripartita. No se conocen más que cuatro ejempla-

res, de los cuales tres vienen de las provincias orientales (Cuenca, Lérida, Teruel), y el otro es de localidad incierta; es probable que el taller correspondiente ha de buscarse en la misma región. La variedad con medallones no gana influencia sobre la evolución del tipo «asimétrico» mencionado arriba (lám. XIV, fig. 3); éste quita la línea de división del cuadrito delantero (lám. XV, fig. 3) y hasta del centro (lám. XV, fig. 5), cambiando la impresión general profundamente. Ahora dos caminos se abren: geometrización y ornamento lineal (lám. XV, fig. 4), o decoración por semiglobitos (lám. XV, fig. 6). Los productos de la evolución difieren mucho de los prototipos, y afinidad alguna no se estimaría probable sin los vínculos que encadenan los comienzos de la serie al fin. La degeneración del ornamento es completa, mientras la forma de placa se conserva mejor. No será error presumir que la pérdida de la decoración vegetal es causada por la falta de comprensión de parte de los que han imitado el modelo forastero, lo que indica la ausencia de tradición bizantina en los talleres. La predilección de motivos geométricos, globitos, etc., recuerda las tendencias del arte ibérico e ibero-romano, por ejemplo, las estelas funerarias de la región de Burgos. Tendremos que volver a estas observaciones en el último capítulo; por el momento mencionamos que entre las variedades del grupo hay piezas con cruces cristianas (lám. XV, figura 2). Al fin una nota técnica: las hebillas propias llevan dos corchetes que se fijan entre corchetes correspondientes de la placa por medio de un herrete transversal (lám. XIV, fig. 4). Es una peculiaridad de los productos bizantinos y de las imitaciones de ellos, modesta, pero significativa.

El esquema liraforme aparece en Francia raras veces, y la derivación simétrica hace falta, con una excepción; se ha encontrado una placa del tipo bien avanzado en el departamento de Vaucluse (lám. XV, fig. 1). No cabe duda de que es una pieza exportada de España.

El grupo segundo de las placas con zarcillos ornamentales no es del mismo tamaño, sino más pequeño. No es posible decidir si las diferencias del tamaño se explican por diferente uso. La placa puede ser cubierta por un zarcillo con semipalmetas insertadas (lám. XV, fig. 7) o por dos semipalmetas opuestas, quedando poco del zarcillo (lám. XV, fig. 9). Se manifiesta la misma degeneración como en las placas del tipo simétrico; los elementos se disuelven (lám. XV, figs. 8 y 10) y pueden ser reemplazados por grabados geométricos (lám. XVI, fig. 2). No se conoce más que una pieza en Francia (lám. XVI, figura 3); el carácter peninsular del grupo es evidente. Es muy extraño que motivos vegetales muy parecidos hayan sido usados por los avaros para la decoración de vainas de correa contemporáneas a las placas españolas. Algunos sabios prefieren pensar en tradición helenística recibida por los avaros en Asia y vuelta en el tiempo de las migraciones; pero cierta influencia bizantina no puede ser negada. El hecho de estas relaciones que se manifiestan en países tan distantes merece atención.

Es difícil acertar de qué manera el zarcillo ha llegado a la función decorativa común en las placas. Quizá una pieza, hoy de paradero desconocido, pero publicada (lám. XVI, fig. 1), sirve para explicarlo. El zarcillo marginal

parece más apropiado que los trozos en otras piezas (lám. XV, fig. 7); da la impresión de un ribete, y es probable que el motivo mismo ha sido tomado de telas importadas del Oriente. Una vez imitado en metal, la propagación del zarcillo era cosa sencilla. El diseño, que ha sido hecho hace más de treinta años, parece tomar las palmetas con círculos grabados por cabezas de aves, probablemente sin razón.

El estudio del grupo que tratamos es entorpecido por la ausencia de tales piezas en los cementerios bien investigados. La placa de Albelda (lám. XIV, figura 1) ha sido la única pieza descubierta en la excavación metódica de un grupo de sepulturas; es permitido suponer que el cementerio pequeño pertenece a la misma época, en la cual ha sido abandonada la costumbre antigua de *enterrar con ajuar. Nos referimos a la teoría propuesta antes de que hay cierta* relación entre la abolición de la costumbre tradicional y la romanización y conversión de los visigodos; esta teoría es bien compatible con la ausencia de tipos tardíos, por ejemplo, del siglo VII, en Carpio de Tajo, donde se han encontrado sólo dos variedades de las placas (lám. XIII, fig 4 y lám. XV, fig. 7), ambas con incisiones muy sencillas y sin zarcillos (seps. 171 y 196). Los hallazgos citados son testimonios seguros de que la infiltración de los prototipos bizantinos ha comenzado en tiempo de Carpio de Tajo, y que talleres locales ya han imitado los modelos de manera muy tosca. Hay que guardarse del prejuicio de que la fecha de tales imitaciones deba ser muy posterior a los modelos. Si un tipo importado llega a manos de artesanos indígenas de tradición del todo diferente, la variación puede ser rápida y profunda. Es una regla necesaria, pero a veces olvidada, no identificar tipología y cronología. Según el *estado de nuestros conocimientos, sepulturas con placas del grupo que tratamos* no son de esperar en gran número, pero es posible que excavaciones futuras corrijan las teorías avanzadas de hoy.

Habiendo discutido los dos primeros grupos decorados con zarcillos en extenso, podemos ahora ser más breves. Hay pocos ejemplares de un tercer grupo, caracterizado por rombos y semipalmetas alternos (lám. XVI, fig. 4). La decoración puede ser variada por líneas más o menos ondulantes (lám. XVI, figura 5). La impresión general permite unir estas placas a las precedentes. Una variedad extraordinaria ha sido encontrada en Navarra (lám. XVI, fig. 6). Se deduce del tipo descrito, pero las semipalmetas son desfiguradas, y por tendencias geométricas se ha exagerado el rombo central de una manera bien correspondiente a descendientes de los iberos.

B) Adornos varios

El depósito de Villafáfila (Zamora) ha contenido tres cruces de lámina de oro (lám. VII, fig. 4), destinadas a fijarse en vestidos como símbolo salutífero. No es preciso demostrar que es una costumbre cristiana, probablemente muy popular en los países mediterráneos; por azar lo conocemos mejor en las regiones donde se enterraban los muertos vestidos; por ejemplo, en Italia. Los

longobardos han propagado estos amuletos en los países al Norte de los Alpes. Hay unos ejemplares de sepulturas coptas, no atribuibles a germanos. Es de suponer que la mayoría de las sepulturas longobardas con cruces pertenecen al siglo VII; cuando ocuparon Italia eran paganos, y la adopción de la religión y de costumbres cristianas no se ha hecho de un día al otro. Como inventarios del siglo VII son muy raros entre los conocidos hasta ahora en España, no es extraño que falten cruces de lámina de oro en los cementerios visigodos.

Por la misma razón, otros hallazgos comparables a los de las sepulturas longobardas son raros. Una pequeña placa de lámina de oro, procedente de Daganzo de Arriba (lám. II), es parecida a los ornamentos de vainas de puñal longobardas; algunas sortijas, en particular las de la sepultura 25 de Herrera de Pisuerga (lám. II, fig. 3), recuerdan tipos que aparecen en Italia. Atribuirlas al grupo bizantino parece más razonable que considerarlas como invención de artesanos longobardos; los invasores de Italia, sucesores de los generales de Justiniano, se han aprovechado de las industrias del país, que deben haber sido estimuladas por las comunicaciones orientales. No es fácil decidirse si hay que atribuir sortijas del tipo figurado al siglo VII; sería importante para segregar lo menos algunas sepulturas más tardías del resto. Las fíbulas, muy degeneradas, de la sepultura 25 de Herrera de Pisuerga permiten pensar más en época menos antigua que la placa correspondiente sin duda a la segunda mitad del siglo VI. Quizá nuevos resultados de excavaciones darán testimonios decisivos.

VIII.—ELEMENTOS ROMANOS E IBERO-ROMANOS

Los visigodos han combatido en España como federados del imperio romano cuando entraron por la primera vez. La decadencia del poder imperial les dió la oportunidad de enseñorearse de la mayor parte de la península poco a poco; después de la derrota sufrida por los francos se establecieron al Sur de los Pirineos en cierto número. Los conquistadores tuvieron que luchar contra enemigos indígenas y extranjeros hasta la caída del reino de Toledo. Parece poco probable que un pueblo de inmigrantes guerreros obligados a la defensa de la conquista tenga que ahorrar manos para trabajar en los talleres mientras haya suficiente gente sujeta para satisfacer los deseos de la clase dominante. Por eso se ha dirigido la atención del lector varias veces a los indicios de mano de obra indígena, es decir, ibero-romana. Vamos a insistir sobre ellos en breve.

En primer lugar, la evolución de ciertos tipos germánicos parece tan peculiar que requiere como explicación la teoría de la ingerencia de un elemento no germánico. Las fíbulas de los países germánicos son innumerables, pero en ninguna parte se repite una degeneración comparable a la del tipo de las láminas III y IV, figuras 1 y 3. No hay piezas de comparación más que en dis-

tritos periféricos, por ejemplo, en los países balcánicos, donde tipos germánicos han sido imitados en talleres no germánicos. En los demás reinos germánicos la *Tierornamentik* (ornamentación animal) propia florece, pero no aparece en España; los rudimentos ocasionales, por ejemplo, los picos (lám. V, fig. 1) son copiados de manera mecánica, y la genuina *Tierornamentik* falta del todo. Tendencias geométricas son evidentes en las fíbulas y en las placas, en particular en las con zarcillos ornamentales que van a ser reemplazados en el curso de la evolución. El proceso descrito arriba (página 145) no puede explicarse por paralelos germánicos, pero recuerda reminiscencias del estilo geométrico de los iberos. Un prototipo bizantino llega a variarse de manera tan sorprendente que la influencia de elementos conservadores no puede pasar inadvertida (lám. XVI, fig. 6).

La existencia de talleres hispánicos desde los tiempos romanos es indudable; pero hay más indicios indirectos, como los expuestos arriba, que directos. El siglo v es un período demasiado oscuro. El autor se ha esforzado a analizar los inventarios ibero-romanos de este período, y resulta que hay varios grupos de cementerios, entre ellos uno en el Sur, representado por Marugán y Brácana (Granada), y otro en el centro de la península, con Taniñe y Suellacabras (Soria). El inventario del grupo central incluye un objeto enigmático (lámina VIII, fig. 5), del que han sido encontradas unas docenas (11). No pretendiendo una explicación del tipo, limitámosnos a referir a la tradición romana evidente en el estilo. En los cementerios del Sur, los aretes son característicos (lám. VIII, fig. 3); algunos ejemplares procedentes de Carpio de Tajo demuestran que el tipo ha persistido hasta la época visigoda. Son testimonios modestos, pero interesantes, dada la escasez del material. Entre los objetos procedentes de las sepulturas de Brácana, Marugán, Suellacabras y Taniñe hay representantes aislados de tipos visigodos, pero nunca fíbulas o placas del grupo característico (véase pág. 149); significa que los cementerios han sido usados en tiempo visigodo también.

Queda citar algunos objetos no incluídos en los grupos precedentes. En una sepultura de Carpio de Tajo ha sido encontrada una placa decorada con un pez. No puede olvidarse que hay dos apliques en forma de pez (lám. VIII, figura 4), una de Brácana, de un conjunto ibero-romano. No parece atrevido pensar en una tradición indígena; se conoce el uso del símbolo del pez en tiempo paleocristiano. Al otro lado la bula es un objeto bien romano; ejemplos en sepulturas visigodas (lám. VII, fig. 3) testimonian que la costumbre ha pasado a los invasores. No es superfluo notar que tales objetos en ajuares visigodos pueden explicarse por la fusión romano-germánica que ha comenzado de buen tiempo; el matrimonio del rey Teudis, marido de una hija de linaje romano, se efectuó decenios antes de la supresión de las leyes contrarias. No insistimos más en las condiciones interesantes que venimos de tocar; basta retener en la memoria que bulas romanas han sido fabricadas en España hasta el siglo vi por lo menos.

Volvamos a lo que hemos dicho de las placas alargadas (lám. IX, fig. 1) (véase pág. 150). Pensamos en un prototipo triangular de fabricación romana,

y nos imaginamos una evolución peninsular saliendo de la estadística que permite localizar en España lo menos un centro de la distribución del tipo. La idea de tradición romana se impone hasta más fuerte en el caso de la fíbula cerviforme encontrada en Herrera de Pisuerga (lám. III, fig. 3); fíbulas en forma de animales eran corrientes en tiempo romano, y el contorno parece más naturalista de lo que es usual en productos de talleres germánicos. Sin duda es difícil decir mucho sobre piezas tan raras; pero es preciso darles un lugar en el sistema, aunque sea necesario retocar la cuestión después de descubrimientos futuros.

Hemos hablado arriba de las placas figuradas (pág. 150), y repetimos que la caza del león es un tema familiar al arte romano, pero, por razones evidentes, extraño a los pueblos germánicos. El motivo de la placa citada (lám. XI, figura 5) puede tomarse por herencia romana, pero no es imposible pensar en una imitación de modelos bizantinos ya dado el hecho de relaciones con Levante. Sin duda los caballos alados (lám. XII) representan una corriente oriental mezclada quizá con elementos cristianos; por ejemplo, el grupo de Daniel entre los leones. Se comprende que tales tipos bíblicos pueden haberse propagado en época romana aún baja, y el estilo tosco de la placa descrita (lám. XI, figura 2) favorece imaginarse una evolución local saliendo del período anterior a *la conquista visigoda*.

Quizá será posible separar entonces más distintamente lo que se deriva de la civilización romana, que se presenta muy uniforme en todas las provincias del elemento indígena ibérico. Se ha reconocido que en la época baja las tendencias nacionales iban resurgiendo en todas las regiones. De parte arqueológica es bien significativo encontrar sepulturas de gente armada (Suellacabras y Taniñe), cosa inaudita en los siglos previos. Este hecho evidente suplementa lo que nos refieren las crónicas de los «bacaudas», insurrectos contra la autoridad imperial y los grandes propietarios. Creemos ver un resurgimiento nacional también en las tendencias geométricas, que parecen dirigidas en cierto aspecto hacia los monumentos del estilo ibérico. Una placa como la descrita de Navarra (lám. XVI, fig. 6) carece de paralelos entre los millares de piezas germánicas del mismo tiempo; no es menos extraña al arte bizantino, cuyos motivos son degenerados de manera tan característica. Es difícil sustraerse a la idea que hemos indicado; es decir, el pensar en una manifestación postibérica.

IX.—OBSERVACIONES FINALES

Es preciso indicar las consecuencias resultantes de los capítulos previos. Las artes industriales visigodas se han mostrado muy complejas. En los cementerios del siglo VI (por ejemplo, Carpio de Tajo y Herrera de Pisuerga) los elementos visigodo y germánico (es decir, no peculiar a los visigodos) dominan; pero se anuncia una degeneración marcada de los tipos, causada, en nues-

tra opinión, por artesanos no germánicos. El elemento previsigodo no ejerce ninguna influencia, y puede ser desatendido aquí. Al otro lado, las primeras ondas de la corriente bizantina aparecen; gana más y más importancia durante el siglo VII, en que florecen imitaciones peninsulares de prototipos orientales. El elemento indígena, es decir, ibero-romano, se manifiesta en ambos siglos, hasta someter los tipos importados a sus propias tendencias estilísticas.

Vale la pena definir la posición de la industria visigoda en la arqueología de los pueblos germánicos. No es inesperado que las relaciones más íntimas existan entre visigodos y ostrogodos, puesto que eran miembros de un pueblo y fueron aliados políticos en parte de las luchas contemporáneas. Aunque ningún cementerio ostrogodo en Italia haya sido explorado metódicamente, conocemos fíbulas y placas características, a veces prototipos de la evolución visigoda, en todo caso bien afinadas. En Italia la tradición goda se extingue después de la caída del reino de Teodorico (552); pero es mantenido en la Crimea y en el reino de Toledo, incluída la región transpirenaica. En los decenios que siguen los visigodos poseen varios tipos, en particular placas, que ocurren en los cementerios de los francos y de los longobardos; pero faltan los característicos del arte germánico propio, en primer lugar la *Tierornamentik*. El aislamiento peninsular es evidente, y se aumenta por las influencias bizantinas e indígenas. La denominación más apropiada de las artes industriales visigodas del siglo VII sería la de «hispánica»; la hispanización se manifiesta en todas partes: en la unión religiosa y la ingerencia del clero en la política, en las leyes (se permiten matrimonios godo-romanos, prohibidos antes) y, sobre todo, en la preponderancia de la lengua romana. Los documentos arqueológicos que hemos investigado concuerdan bien con la evolución general desarrollada en España; en otras palabras: Arqueología e Historia van conformes.

El estudio más intenso de las artes industriales visigodas ha comenzado hace pocos años. Excavaciones metódicas van aumentando el material, antes muy escaso y adquirido casualmente. Cada necrópolis nueva puede darnos sorpresas. Hasta ahora conocemos mejor las del siglo VI en Castilla, y sería muy importante investigar un cementerio del tipo de Palazuelos, caracterizado por gran número de tipos del siglo VII. Pamplona no permite conclusiones generales, por ser más merovingio que visigodo. La ausencia de cementerios visigodos en Cataluña es extraña; es de esperar que serán descubiertos de un día a otro. En las condiciones actuales un sumario del arte visigodo debe ser provisional, pero no por eso es menos necesario. Incitar a otros a aumentar y corregir el sistema propuesto es también un mérito. Las líneas principales del sumario presente han sido trazadas antes de las excavaciones bien venidas de Herrera de Pisuerga, y han sido confirmadas por ellas. Así esperamos, no sin razón, que se muestren útiles para las investigaciones futuras, que llegarán a resolver problemas hoy aún oscuros.

Queda el grato deber del autor: declararse profundamente agradecido a todos los que han favorecido sus estudios en España en 1928 y 1929. Los catedráticos de Madrid y de Barcelona, los funcionarios de los Museos —en primer lugar la dirección del Museo Arqueológico Nacional—, los propietarios

de colecciones particulares y muchos más interesados en los estudios arqueológicos le han prestado todas las facilidades deseables. Es el deseo del autor ofrecerles los resultados reunidos en su obra mayor, que es el fundamento del sumario presente, como testimonio de agradecimiento de los favores recibidos de parte de los colegas y aficionados españoles.

München, 1 de enero de 1935.

NOTAS

(1) Hace poco tiempo ha sido descubierta una serie de instrumentos en Vadillo (Soria). Comunicación debida a B. TARACENA.

(2) El autor renuncia a referencias que se sacan de la bibliografía sin dificultad. En particular, los datos documentados en *Grabfunde aus dem spanischen Westgotenreich* son empleados libremente.

(3) Los objetos de Oberflacht son descritos y figurados por WALTHER VEECK, *Die Alamannen in Württemberg*. Berlin und Leipzig, 1931.

(4) *Amuletos conocidos como «osculatorios» romano-cristianos, de bronce, hallados en España.* Madrid, 1929. Suplemento a la lista de ejemplares en «Grabfunde».

(5) SAN GREGORIO DE TOUR: *Historia francesa,* t. II, pág. 37 (expulsión de los godos de Angoulême).

(6) ERNST GAMILLSCHEGG: *Romania germanica,* I, pág. 361. Berlin und Leipzig, 1934.

(7) ALFRED GOETZE: *Gotische Schnallen.* Berlin, 1913.

(8) El grupo de los «Keilschnittschnallen» ha sido discutido últimamente por GUSTAV BEHRENS en «Schumacher-Festschrift», pág. 285, squ. Mainz, 1931.

(9) Breve sumario de la discusión sobre la *Tierornamentik,* por WILHELM VON JENNY, en «Archaeologischer Anzeiger», col. 296, squ., 1934.

(10) *Nos adherimos a la manera tradicional de la figuración de fíbulas, poniendo* la placa de resorte arriba y la placa de sujetador abajo, aunque resulte de las excavaciones del SR. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA que han sido vestidas al revés.

(11) Véase pág. 144, con nota 4.

DISTRIBUCION DE LAS PIEZAS FIGURADAS

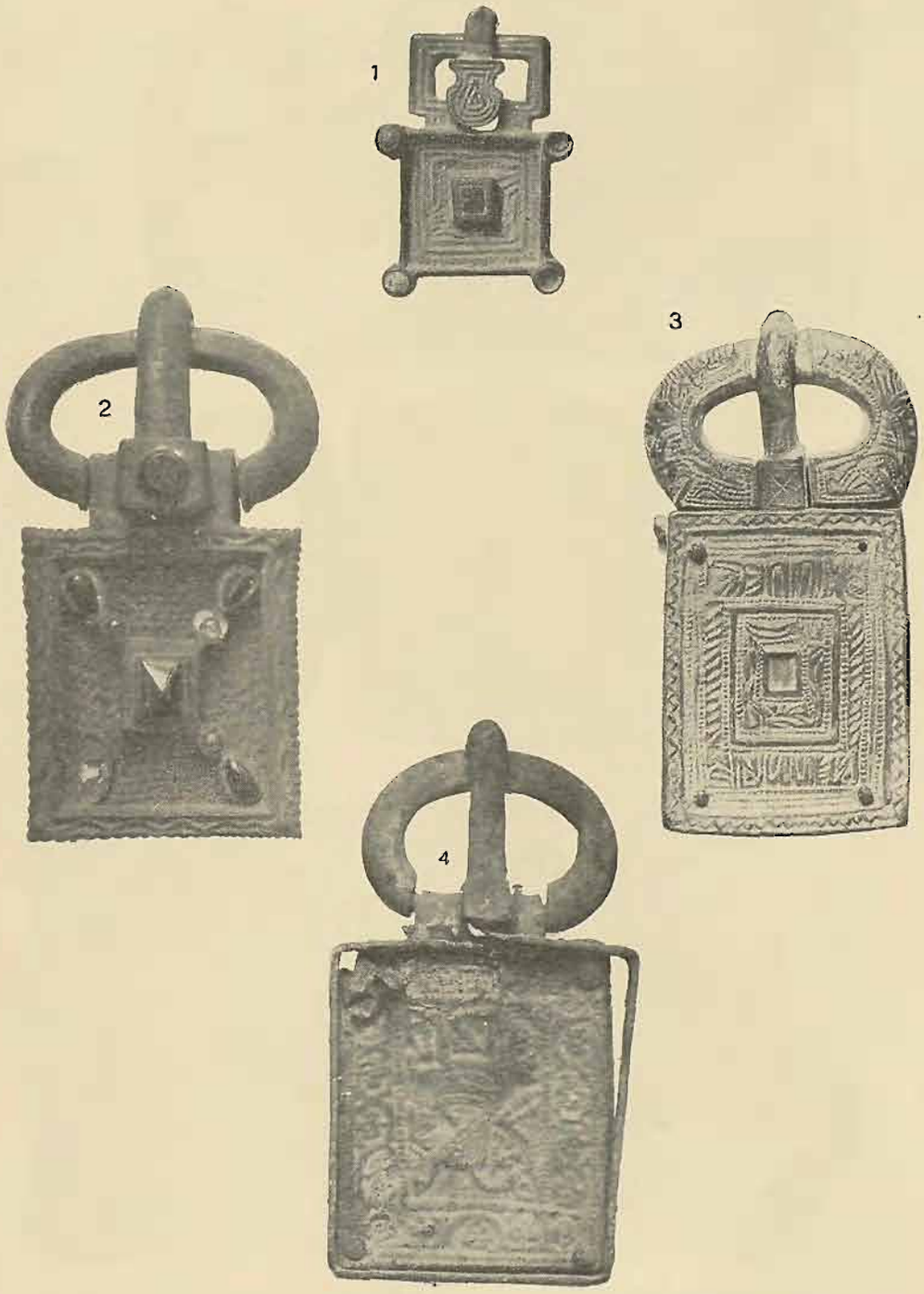
Lámina I, figura 1.—En posesión de D. Juan José Cabret, Madrid.
— 2.—En posesión de la excelentísima señora condesa viuda del Sacro Imperio Romano, doña Julia de Tejada, San Sebastián.
— 3.—Museo Arqueológico Nacional.
— 4.—Musée de la Société Archéologique de Montpellier.

Lámina II, figura 1.—Museo Arqueológico Nacional.
— 2.—Idem íd.
— 3.—Idem íd.
— 4.—Idem íd.

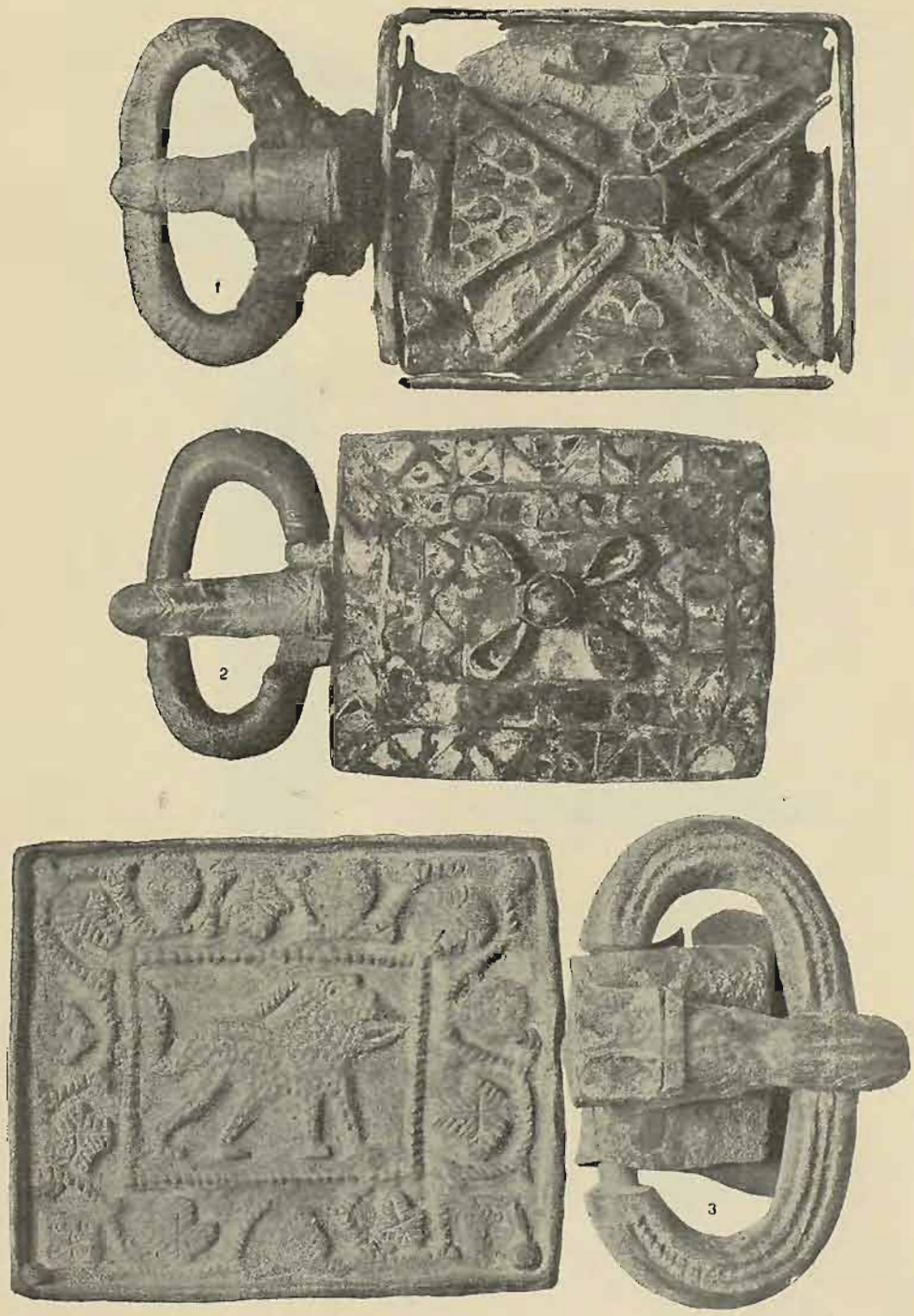
Lámina III, figura 1.—Idem íd.
— 2.—Idem íd.
— 3.—Idem íd.
— 4.—Idem íd.

Lámina IV, figura 1.—En posesión de D. Evencio López, Burgos.
— 2.—Museo Arqueológico Nacional.
— 3.—Lámina I, figura 1.
4.—Museo Arqueológico Provincial, Soria.
— 5.—Museo Arqueológico Nacional.
— 6.—En el Colegio de Calatrava, Salamanca.
Lámina V, figura 1.—Museo Arqueológico Nacional.
— 2.—Idem íd.
— 3.—Idem íd.
— 4.—En posesión de D. Saturnino Fernández Godín, Daganzo de Arriba.
Lámina VI, figura 1.—Staatliches Museum für Vor-und Frühgeschichte, Berlín.
— 2.—Lámina I, figura 1.
— 3.—Lámina IV, figura 4.
— 4.—Lámina VI, figura 1.
— 5.—Lámina I, figura 1.
Lámina VII, figura 1.—Museo Arqueológico Nacional.
— 2.—Idem íd.
— 3.—Idem íd.
— 4.—Museo de Bellas Artes, Zamora.
Lámina VIII, figura 1.—Museo Arqueológico Nacional.
— 2.—Lámina VI, figura 1.
— 3.—Museo Arqueológico Provincial, Granada.
— 4.—En posesión del excelentísimo señor conde de Guadiana, Granada.
— 5.—Museo Arqueológico, Mérida.
— 6.—En posesión del Excmo. Sr. D. Manuel Gómez Moreno, Madrid.
Lámina IX, figura 1.—Lámina I, figura 1.
— 2.—Museo Arqueológico Nacional.
— 3.—Idem íd.
— 4.—Lámina VIII, figura 3.
— 5.—Museo Artístico e Histórico de Navarra, Pamplona.
— 6.—Museu da Commissão dos Trabalhos Geologicos, Lisboa.
— 7.—En posesión de D. Joaquín Ortiz, Málaga.
— 8.—Lámina IX, figura 5.
— 9.—Musée Archéologique de Toulouse.
Lámina X, figura 1.—British Museum, London.
— 2.—En posesión de la Sociedad General Azucarera de España, Madrid.
— 3.—Museo Arqueológico Nacional.
— 4.—Museos de Arte y Arqueología, Barcelona.
— 5.—Lámina I, figura 1.
— 6.—Lámina I, figura 1.
Lámina XI, figura 1.—Museu Episcopal, Vich.
— 2.—Lámina VI, figura 1.
— 3.—Lámina XI, figura 1.
— 4.—Lámina VI, figura 1.
— 5.—Museo Arqueológico Nacional.

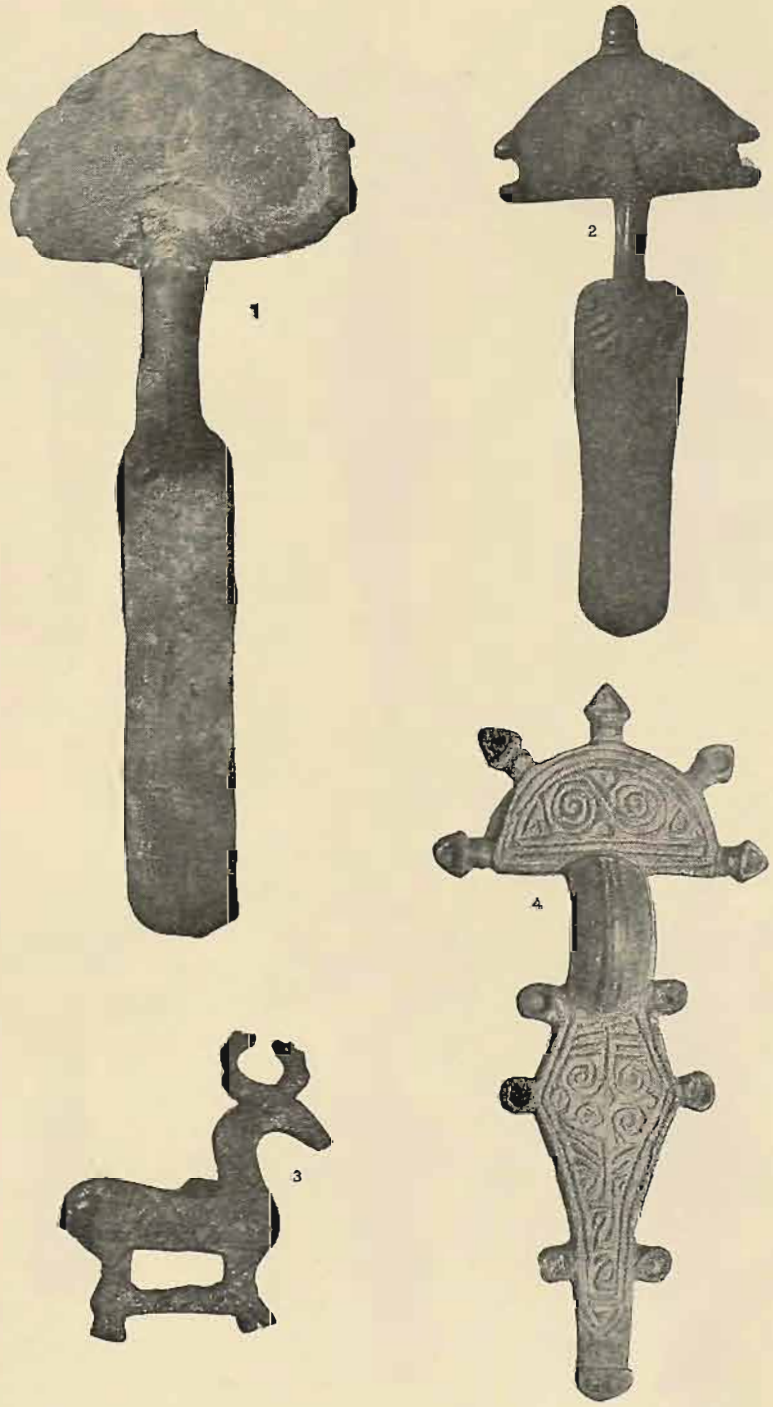
Lámina XII, figura 1.—Musée Archéologique de Narbonne.
— 2.—Institut d'Estudis Catalans, Secció Prehistórica, Barcelona.
— 3.—Museo Arqueológico Nacional.
— 4.—Idem id.
Lámina XIII, figura 1.—Lámina VI, figura 1.
— 2.—Lámina X, figura 1.
— 3.—Lámina X, figura 1.
— 4.—Museo Arqueológico Nacional.
— 5.—Lámina XI, figura 1.
— 6.—Museo Arqueológico Nacional.
— 7.—Lámina XI, figura 1.
— 8.—Museu Etnologico Português, Lisboa-Belem.
Lámina XIV, figura 1.—Museo Arqueológico Nacional.
— 2.—Idem id.
— 3.—En posesión del Sr. G. Steffens, Hamburgo.
— 4.—En posesión de D. Miguel Martí Esteve, Valencia.
Lámina XV, figura 1.—Musée Archéologique de Avignon.
— 2.—En el Colegio del Pilar, Madrid.
— 3.—Lámina XIII, figura 8.
— 4.—Museo Arqueológico Provincial, León.
— 5.—Lámina IV, figura 2.
— 6.—¿Perdido?
— 7.—Museo Arqueológico Nacional.
— 8.—En posesión de D. Luciano Huidobro Serna, Burgos.
— 9.—En posesión del Sr. C. W. Heiss, Madrid.
— 10.—Lámina, XI, figura 1.
Lámina XVI, figura 1.—¿Perdido?
— 2.—Museu da Associação dos Arqueologos Portugueses, Lisboa.
— 3.—Lámina XII, figura 1.
— 4.—Museo Arqueológico Nacional.
— 5.—Deutsches Museum, Berlín.
— 6.—Lámina IX, figura 5.



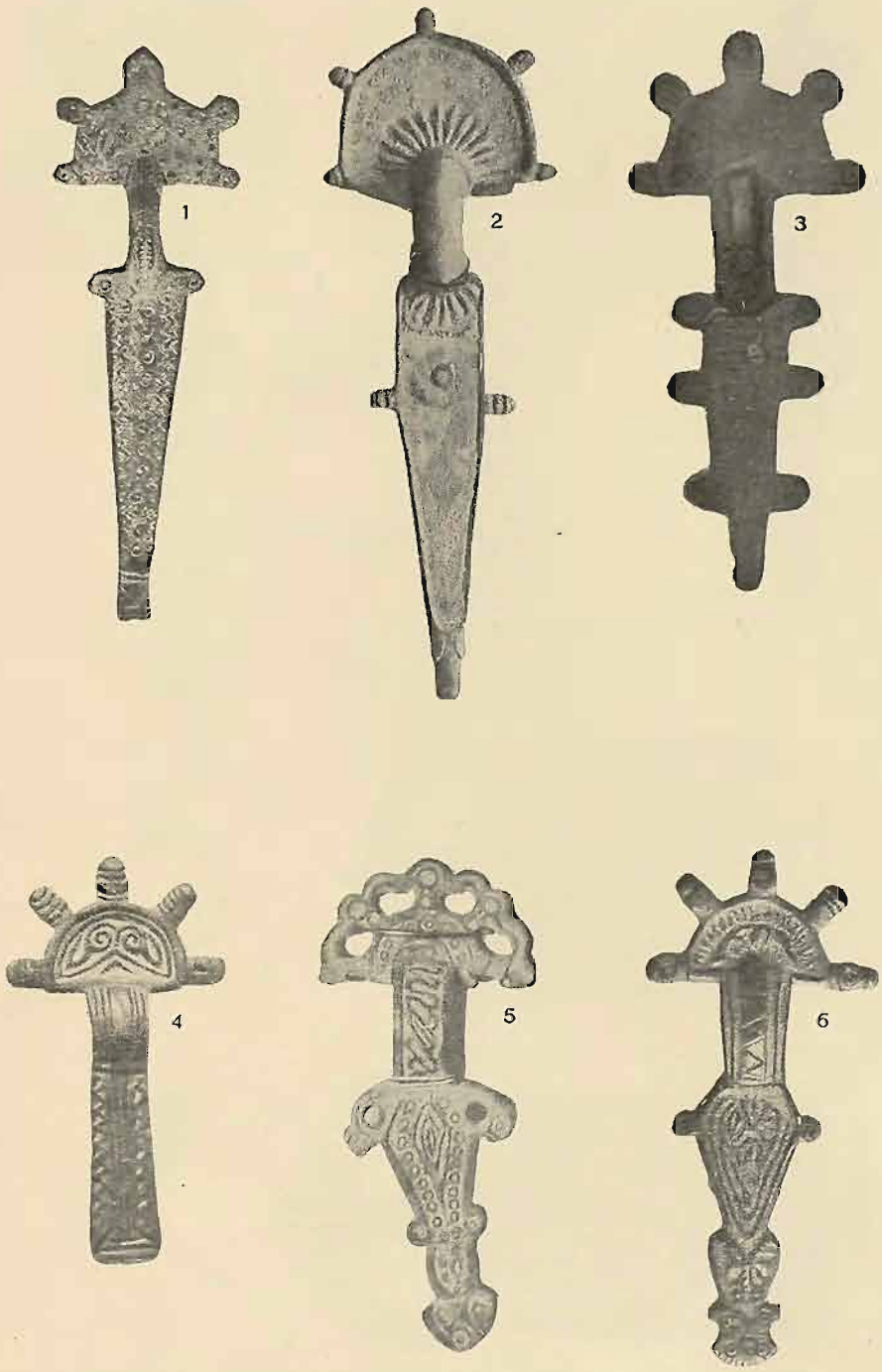
Zeiss: Figura 1, Estebanvela (Segovia). Grabfunde, lám. IX, fig. 9. Figura 2, Majazala (Toledo). Lám. IX, figura 1.—Figura 3, Uxama (Soria). Lám. IX, fig. 8.—Figura 4, Guzargue (Dep. Hérault). Lám. XXXII, fig. 3.



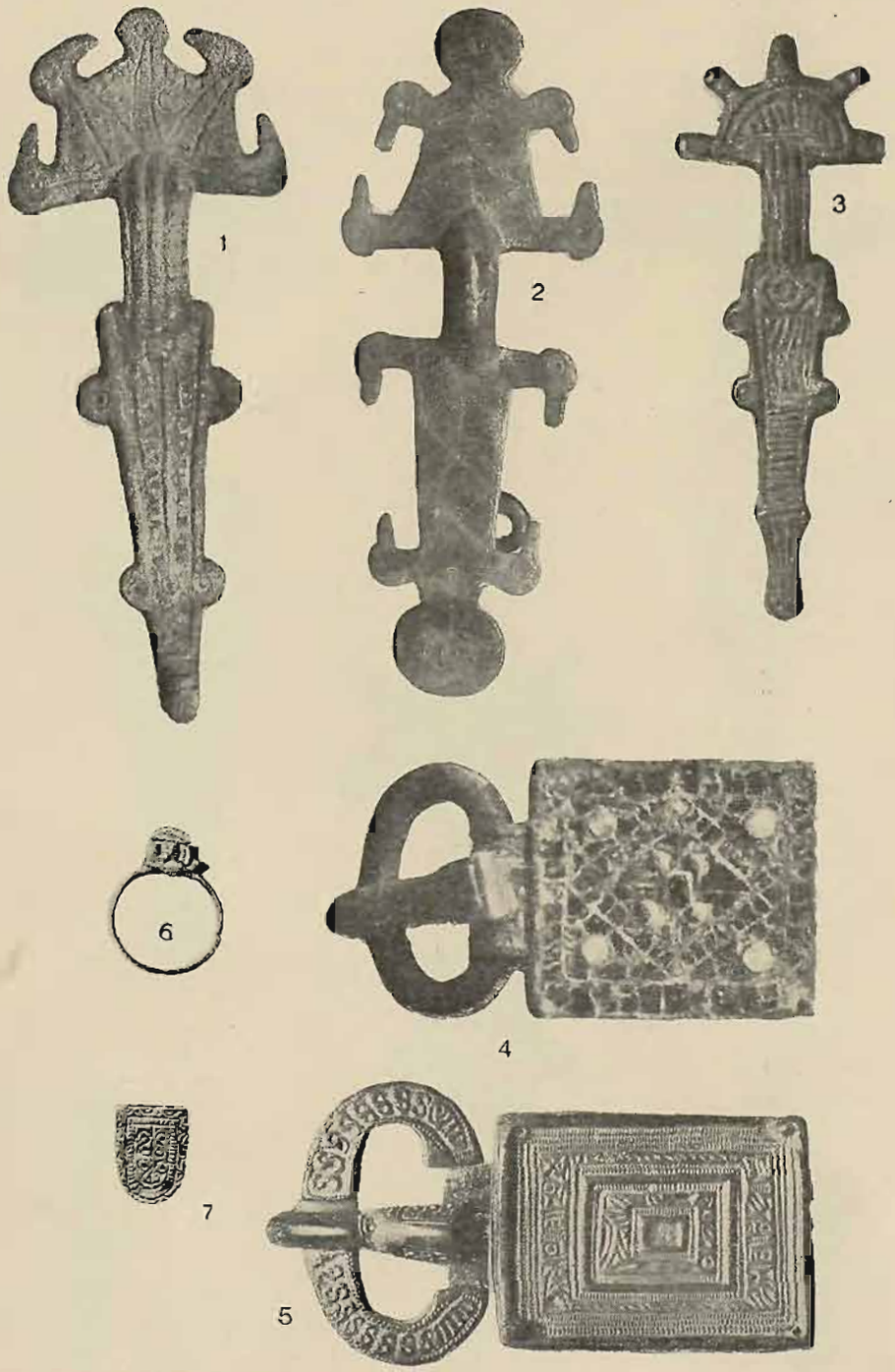
Martínez Santa-Olalla: Figura 1, Herrera de Pisuerga (Palencia), sepultura 30. Lám XLII. Figura 2, Herrera de Pisuerga, sepultura 15. Lám. XXIX.- Figura 3, Herrera de Pisuerga, sepultura 25. Lám. XXXIII.—Figura 4, Castiltierra (Segovia). Notas, lám. XXII.



Martínez Santa-Olalla: Figura 1, Castiltierra (Segovia). Notas, lám. XXV. - Figura 2, Herrera de Pisuerga, sepultura 31. Ob. cit., lám. XLIX. - Figura 3, Herrera de Pisuerga, sepultura 29. Lám. XL. - Figura 4, Herrera de Pisuerga, sepultura 15. Lám. XXVIII.

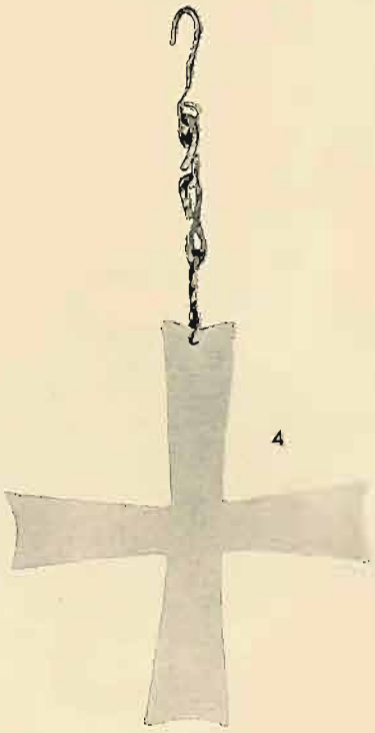


Zeiss: Figura 1, provincia de Burgos o de Palencia. Ob. cit., lám. III, fig. 3. Figura 2, Deza (Soria), sepultura 12. Lám. II, fig. 1.—Figura 3, Estebanvela (Segovia). Lám. 3, fig. 9.—Figura 4, Gomara (Soria). Lám. V, figura 8.—Figura 5, proveniencia incierta. Lám. V, fig. 11.—Figura 6, El Tejado (Salamanca). Lám. V, fig. 12

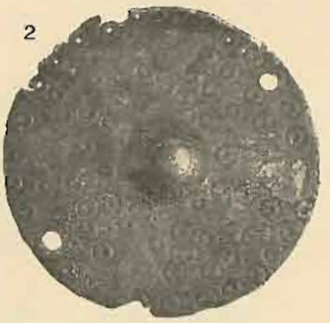


Martínez Santa-Olalla: Figura 1, Herrera de Pisuerga, sepultura 29. Ob. cit., lám. XXXIX. Figura 2, Herrera de Pisuerga, sepultura 25. Lám. XXXV. – Figura 3, Herrera de Pisuerga, sepultura 2. Lám. XV. *Fernández Godín y Pérez de Barradas:* Figura 4, Daganzo de Arriba (Madrid), sepultura 30. Láms. VII y VIII. *Martínez Santa-Olalla:* Figura 5, Herrera de Pisuerga, sepultura 46. Ob. cit., lám. L.

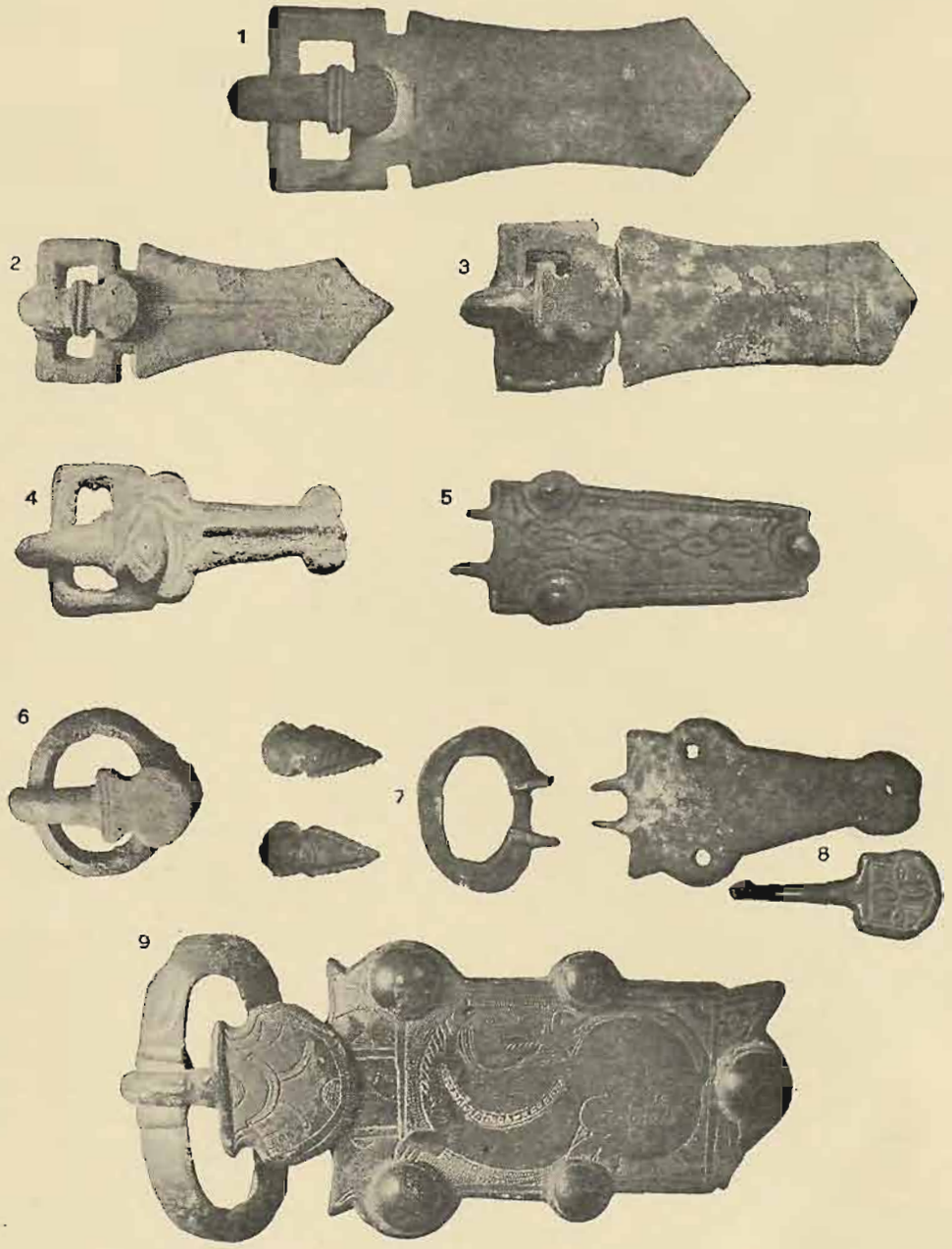
Zeiss: Figura 1, ¿Tarragona? Lám. IV, fig. 5.—Figura 2, Estebanvela (Segovia). Lám IV, fig. 1.—Figura 3, Numancia (Soria), Lám. II, fig. 5.—Figura 4, proveniencia incierta. Lám. IV, fig. 7.—Figura 5, Estebanvela (Segovia). Lám. II, fig. 7



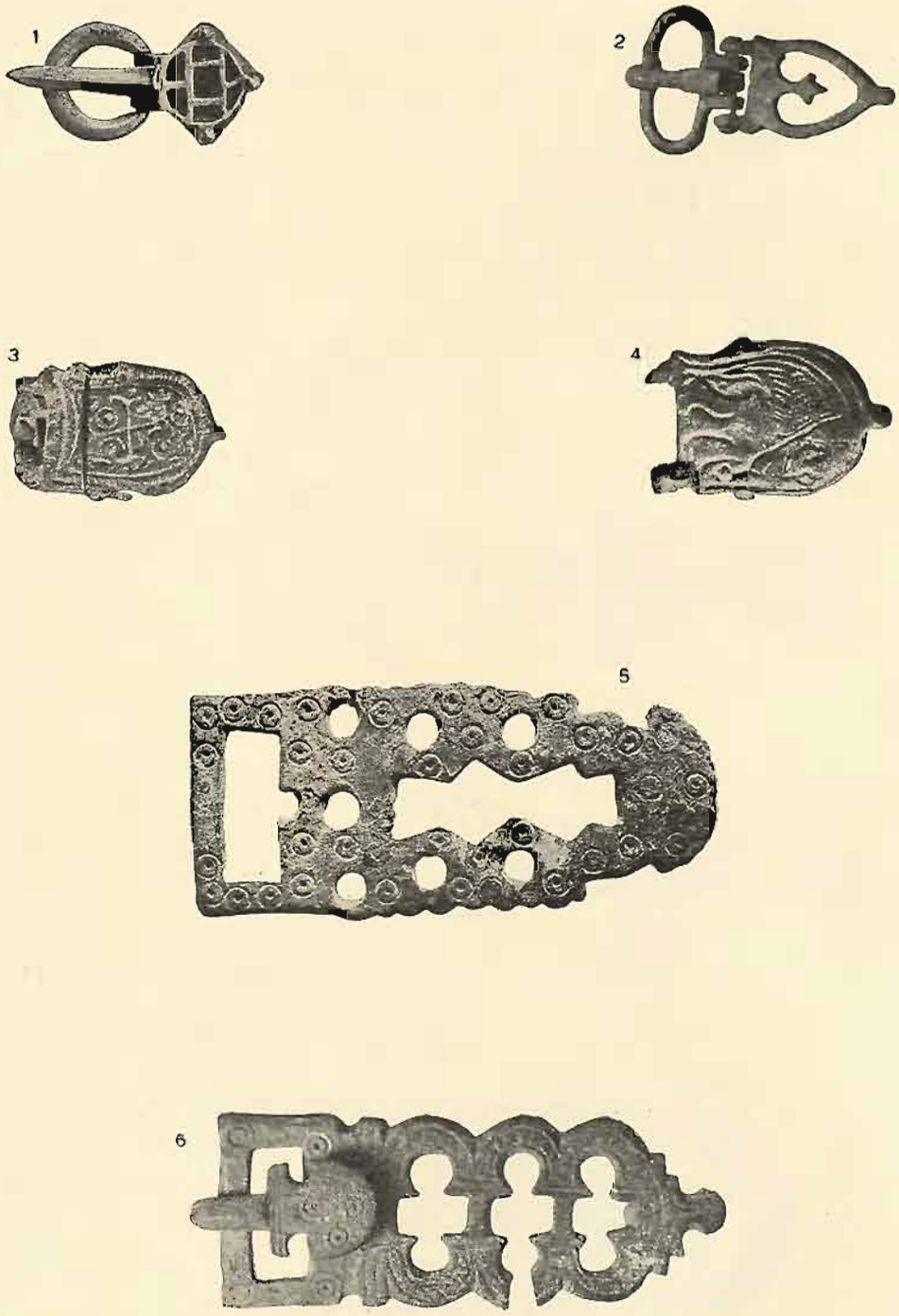
Zeiss: Figura 1, proveniencia incierta. Lám. VI, fig. 1.—Figura 2, Deza (Soria), sepultura 6. Lám. VI, fig. 5. Figura 3, Deza (Soria), sepultura 6. Lám. XXII, fig. 7.—Figura 4, Villafáfila (Zamora). Lám. XII, fig. 3



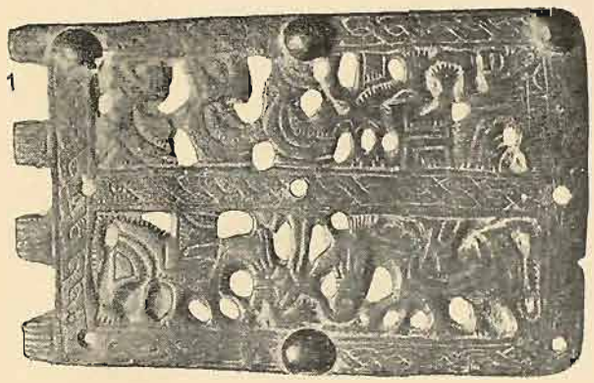
Zeiss: Figura 1, ¿Córdoba? Lám. VI, fig. 6.—Figura 2, ¿Tarragona? Lám. VI, fig. 8.—Figura 3, Marugán (Granada). Lám. XXIV, fig 20. -Figura 4, Brácana (Granada). Lám. XXII, fig. 10.—Figura 5, Mérida (Badajoz). Lám. XXX, fig. 12. -Figura 6, Solosancho (Avila). Lám. XXVII, fig. 3.



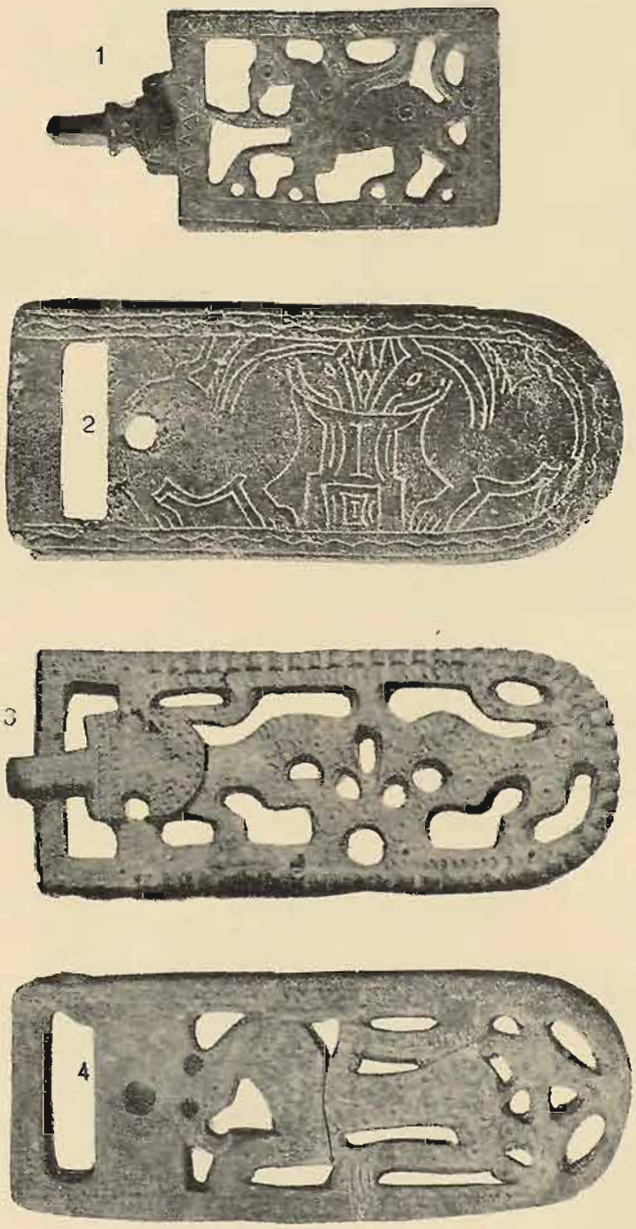
Zeiss: Figura 1, Estebanvela (Segovia). Lám. XI, fig. 2. - Figura 2, Deza (Soria), sepultura 23. Lám. XI, figura 13.—Figura 3, procedencia incierta. Lám. XI, fig. 12.—Figura 4, Marugán (Granada). Lám. XI, fig. 14. Figura 5, Pamplona (Navarra). Lám. XIII, fig. 18.—Figura 6, Abujarda (Portugal). Lám. VIII, fig. 4.—Figura 7, Alarilla (Guadalajara). Lám. VIII, fig. 28.—Figura 8, Pamplona (Navarra). Lám. XIII, fig. 8.—Figura 9, Nolet (Dep. Haute-Garonne). Lám. XXXI, fig. 9.



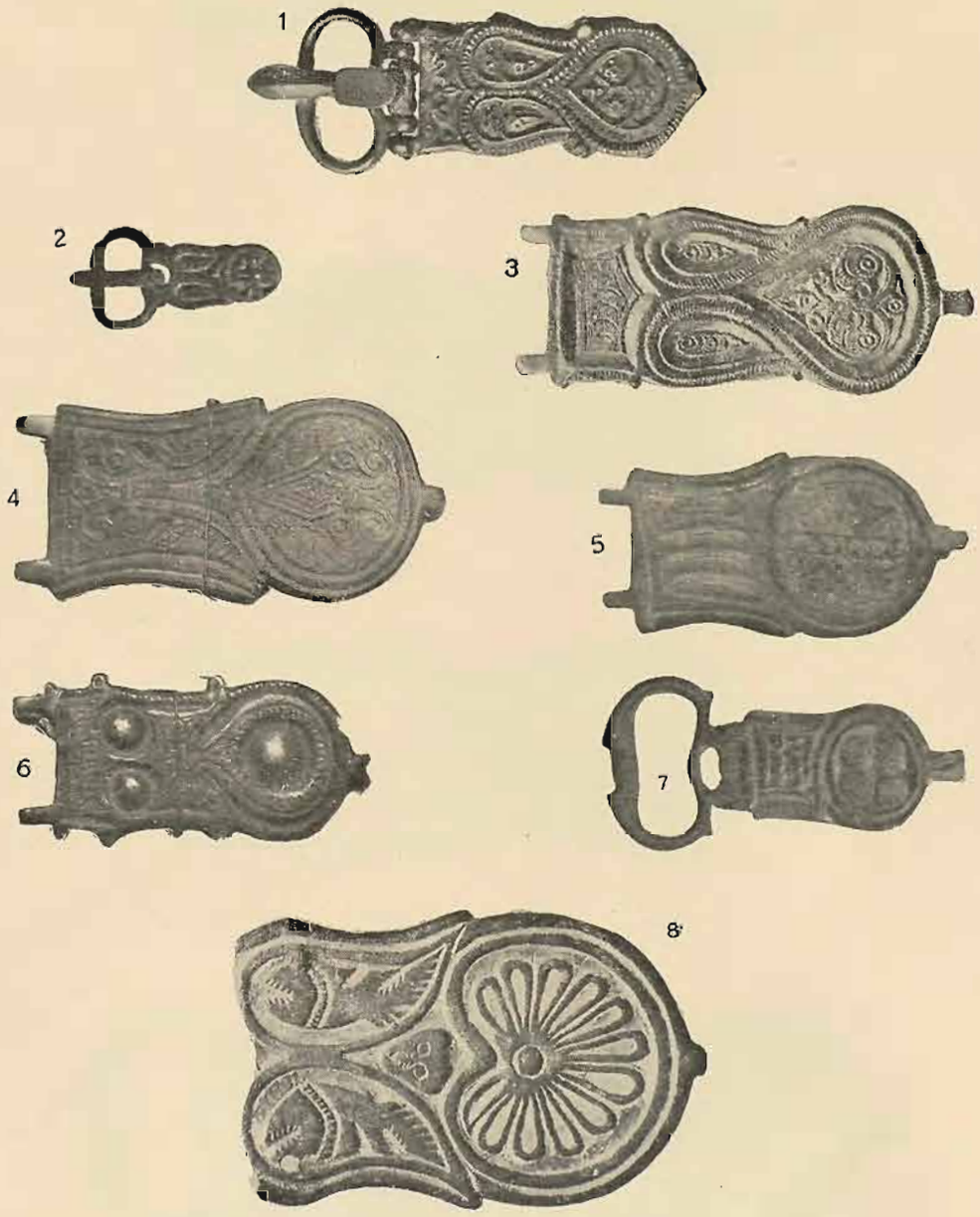
Zeiss: Figura 1, proveniencia incierta. Lám. VII. fig. 3 - Figura 2, San Pedro de Alcántara (Málaga). Lámina XXI, fig. 9.—Figura 3, proveniencia incierta. Lám. XXI, fig. 8.—Figura 4, Itálica (Sevilla). Lám. XVI, figura 13.—Figura 5, Mira (Cuenca). Lám. XIV, fig. 8. - Figura 6, Estebanvela (Segovia). Lám. XIV, fig. 1.



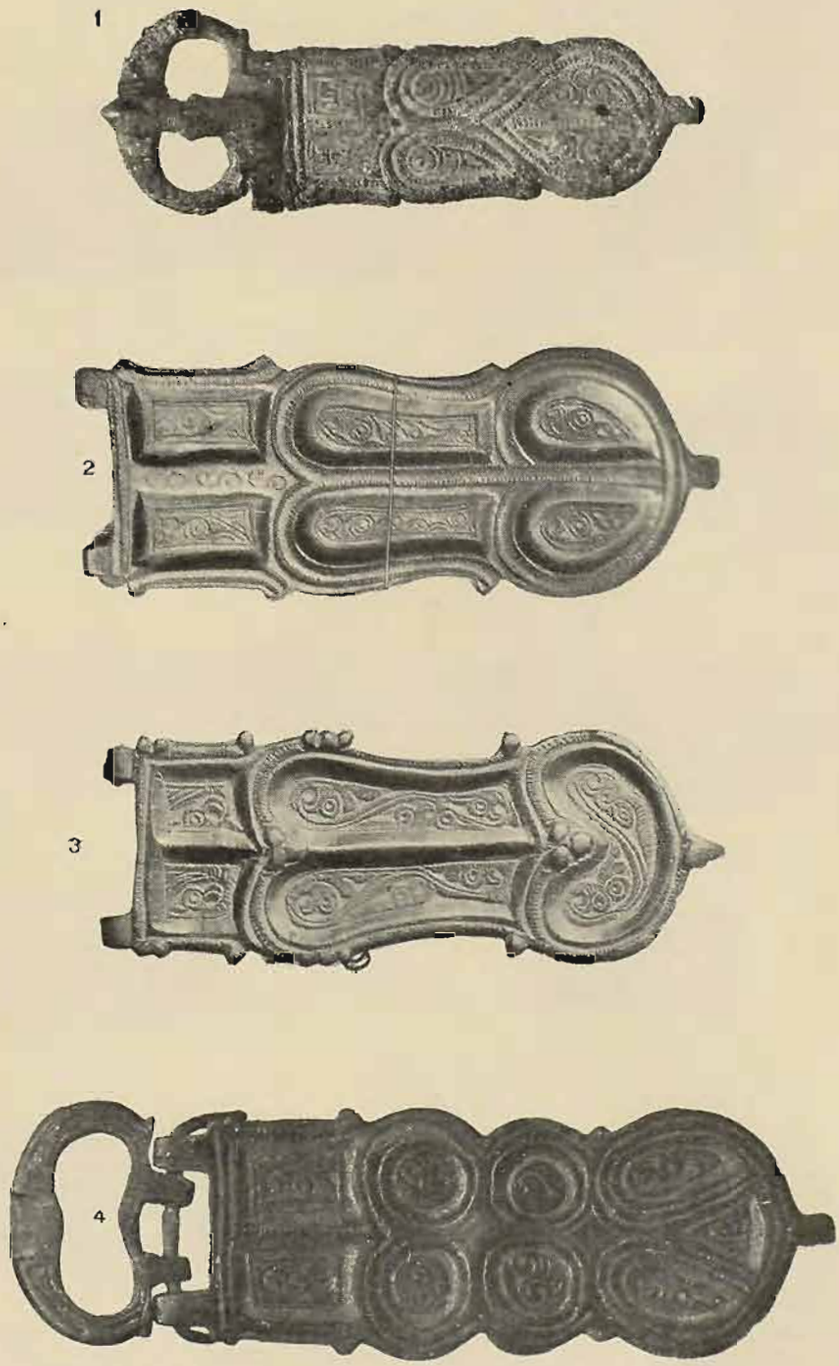
Zeiss: Figura 1, Otíus (Lérida). Lám. XV, fig. 1.—Figura 2, Herrera de Pisuerga (Palencia). Lám. XVI, fig. 1. Figura 3, provincia de Gerona. Lám. XXI, fig. 13.—Figura 4, Herrera de Pisuerga. Lám. XXI, fig. 12.



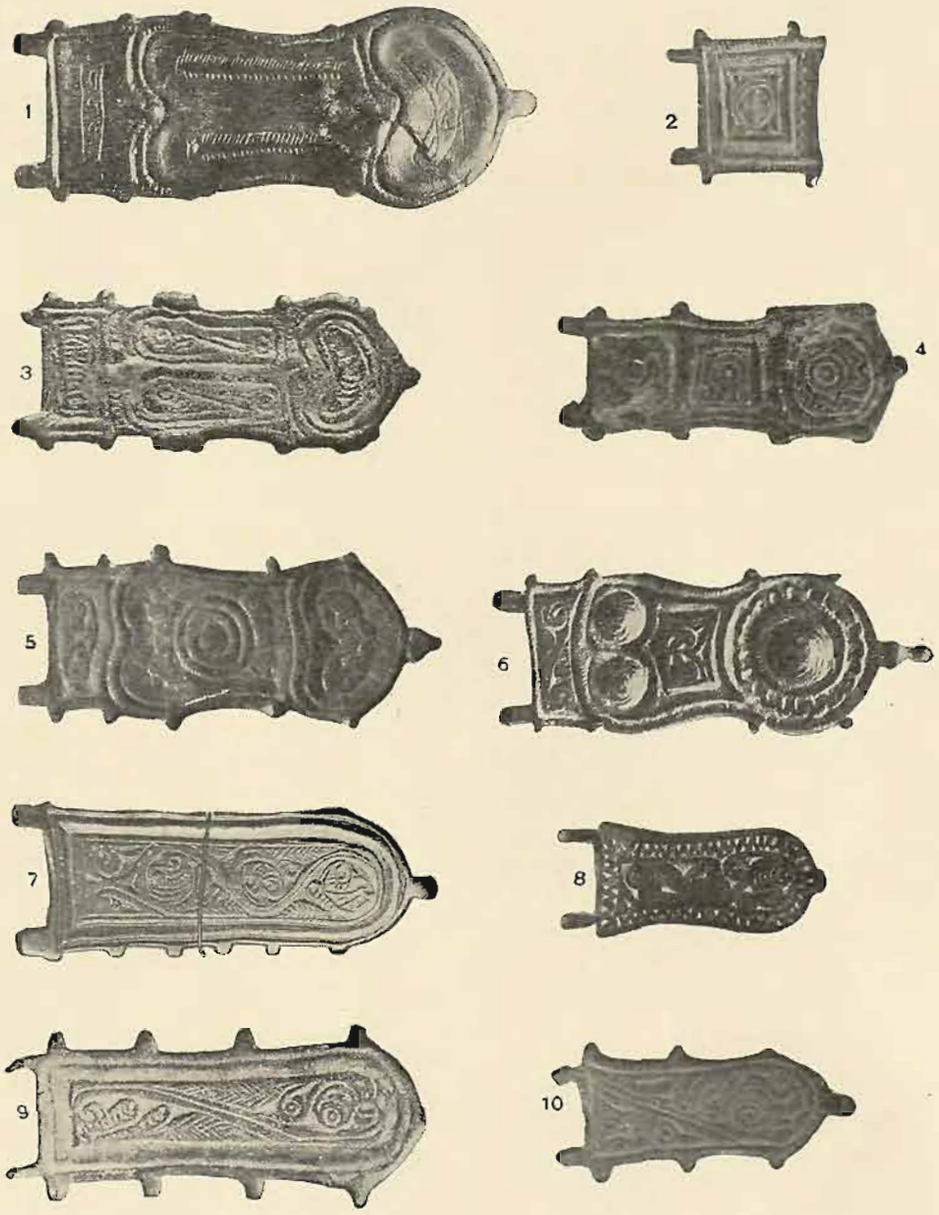
Zeiss: Figura 1, alrededores de Toulouse. Lám. XXXII. fig. 7. – Figura 2, ¿provincia de Córdoba? Lám. XVI, figura 5. – Figura 3, Palazuelos (Guadalajara). Lám. XV, fig. 4. – Figura 4, proveniencia incierta. Lám. XV, figura 5.



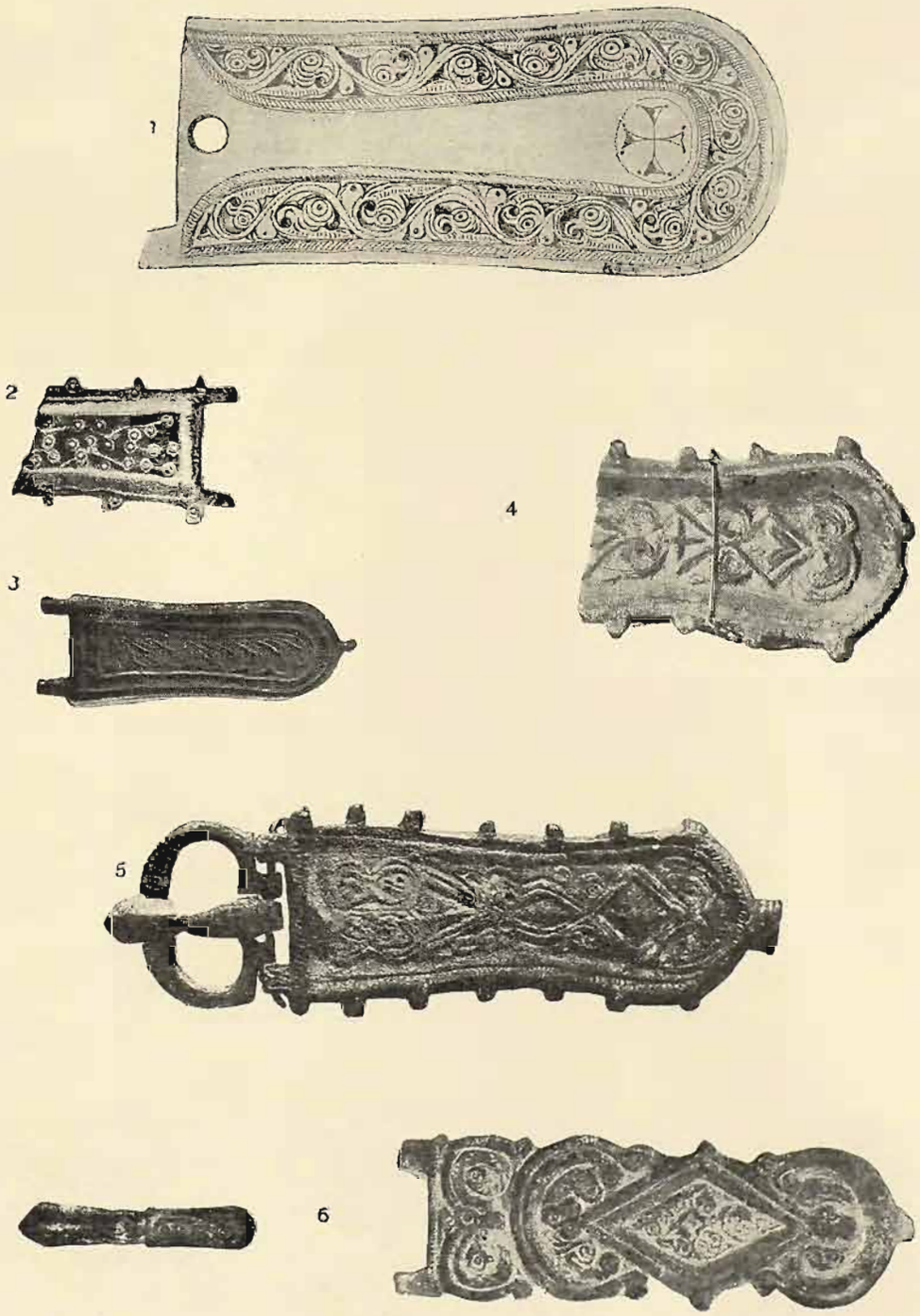
Zeiss: Figura 1, Italia. Lám. XXXI, fig. 1.—Figura 2, Medinet-el-Fayûm (Egipto). Lám. XXXI, fig. 4.—Figura 3, Santisteban (¿Santander?). Lám. XVII, fig. 1.—Figura 4, provincia de Granada. Lám. XVII, fig. 5. Figura 5, Castilla la Vieja. Lám. XVII, fig. 6.—Figura 6, provincia de Granada. Lám. XVII, fig. 8.—Figura 7, Castilla la Vieja. Lám. XVII, fig 9.—Figura 8, Santa Marinha do Zezere (Portugal). Lám. XVII, fig. 13.



Zeiss: Figura 1, Albelda (Soria). Lám. XVII, fig. 2.—Figura 2, provincia de Granada. Lám. XVIII, fig. 1. Figura 3, Herrera de Pisuerga (Palencia). Lám. XVIII, fig. 3.—Figura 4, provincia de Teruel. Lám. XVIII, figura 10.



Zeiss: Figura 1, Cabrières d'Aigues (Dep. Vaucluse). Lám. XXXI, fig. 3.—Figura 2, El Royo (Soria). Lámina XIX, fig. 17.—Figura 3, Salvaterra do Extremo (Portugal). Lám. XIX, fig. 4.—Figura 4, provincia de León. Lám. XIX, fig. 10.—Figura 5, provincia de Burgos o de Palencia. Lám. XIX, fig. 6.—Figura 6, Villadiego (Burgos). Lám. XIX, fig. 15.—Figura 7, provincia de Granada. Lám. XX, fig. 3.—Figura 8, provincia de Burgos o de Palencia. Lám. XX, fig. 7.—Figura 9, provincia de Jaén. Lám. XX, fig. 12.—Figura 10, Castilla la Vieja. Lám. XX, fig. 17.



Zeiss: Figura 1, proveniencia incierta. Lám. XX, fig. 1.—Figura 2, proveniencia incierta. Lám. XX, fig. 11. Figura 3, Narbonne. Lám. XXXI, fig. 5.—Figura 4, proveniencia incierta. Lám. XXI, fig. 2.—Figura 5, proveniencia incierta. Lám. XXI, fig. 1.—Figura 6, provincia de Navarra. Lám. XXI, fig. 5.

El cementerio visigodo de Madrid (capital)

por Julio Martínez Santa-Olalla,
de la Universidad de Madrid.

El cementerio visigodo de Madrid (capital)

por Julio Martínez Santa-Olalla,
de la Universidad de Madrid.

No hace aún muchos años que Madrid y sus contornos no contaban más que con yacimientos arqueológicos riquísimos, eso sí, de las más viejas civilizaciones, sin rebasar apenas el límite de los comienzos de las Edades del Metal. La riqueza arqueológica se limitaba casi exclusivamente a la Edad de la Piedra tallada.

Una investigación atenta en la capital especialmente, y en la provincia de Madrid en general, ha puesto al descubierto, gracias principalísimamente al esfuerzo del Servicio de Investigaciones Prehistóricas del Ayuntamiento, una serie inacabable de yacimientos prehistóricos y antiguos, que aguardan una excavación sistemática y un estudio científico adecuado. Esos nuevos yacimientos sirven para llenar sin laguna apreciable todos, absolutamente todos los períodos arqueológicos. Desde el viejo Paleolítico hasta los visigodos inclusive, es posible estudiar la evolución cultural a través de numerosos milenarios a base exclusivamente de ejemplares madrileños.

El último período arqueológico de que faltaba representación era precisamente el último de la Arqueología: el visigodo, aunque de éste como época hubiese ya algunos indicios, probablemente de Madrid (capital), cual son ciertos vasos de la colección Rotondo, guardados en el Museo Arqueológico Nacional (1).

Descubrimiento importantísimo para la Arqueología, no sólo local, sino europea, de la época de las grandes emigraciones de los pueblos germánicos, fué el descubrimiento de una rica necrópolis visigoda del siglo VI en el pueblo madrileño de Daganzo de Arriba (2). Este descubrimiento no hizo sino seguir con muchos años de intervalo al que en 1903 había tenido lugar en el pueblo, también madrileño, de Cubas (3), y que dió, entre otras piezas, un magnífico broche de cinturón, cuyo paradero desgraciadamente ignoramos, al cual cabe el mérito de ser el primero de aquel tipo de extraordinario interés encontrado en España.

A los descubrimientos de objetos visigodos en la provincia de Madrid nos es dado añadir actualmente algunos muy importantes que proceden de la misma capital, en la que se ha encontrado un cementerio visigodo.

Saliendo de Madrid por el Puente de Segovia con dirección a Carabanchel se encuentra, frente a las tapias de la Casa de Campo, la colonia del conde de Vallellano. En las parcelas, sin urbanizar todavía, que lindan con las casas de la parte alta de la colonia, y en un terreno llano o levemente inclinado que forma la cima de un cerro, es donde se ha descubierto casualmente el cementerio visigodo de Madrid (capital) (lám. I, fig. 1).

El descubrimiento fué, como dicho queda, casual; mas luego es indudable que se han hecho rebuscas intencionadas, pues hay una sepultura claramente violada. De resultas de ello se conocen algunas piezas que compró el Museo Arqueológico Nacional (4).

Las sepulturas del cementerio visigodo están cavadas, como es casi normal en todos, a muy poca profundidad, que en el de Madrid ya es exagerada, pues son aquellas tan someras que el esqueleto se encuentra en algunas a 0,30 metros de la superficie.

Lo general es, juzgando por lo visto sobre el terreno, especialmente en el corte correspondiente al arenero en explotación, que las tumbas se hayan excavado simplemente en la tierra, cual ocurre, por ejemplo, en Herrera de *Pisuerga (Palencia), que es la necrópolis clásica y clasificadora. Existe una* sepultura que aparece revestida por lajas de piedra de muy mala calidad, apenas desbastada, y que se ha traído de los alrededores.

Las sepulturas aparecen alineadas más o menos en hileras y calles, justificando el nombre de *Reihengräberfriedhof* dado por los arqueólogos alemanes a los cementerios de esta época, ofreciendo próximamente el aspecto de las sepulturas más modestas de los cementerios actuales fronteros de este visigodo.

Los cadáveres yacían probablemente en decúbito supino, pues es lo normal también en esta época. Desde luego está claro, previo el examen *in situ* de los restos aún visibles, que todos los muertos miraban al sol naciente, cumpliendo con ello también la orientación, típica ya, de las sepulturas.

Los muertos habían sido depositados con sus objetos de adorno y uso personal, según se deduce de las piezas que se han salvado.

Las piezas conservadas en el Museo Arqueológico Nacional, de que nos vamos a ocupar, son tres, pudiéndoseles añadir unos fragmentos de metal sin interés especial y un pequeño bronce romano del Bajo Imperio, inutilizable. De las tres piezas una es una fíbula (lám. III, fig. 2), y las otras dos son broches de cinturón (láms. II y IV) con sus correspondientes hebillas.

La fíbula es de bronce, fundida, siendo su longitud de 7.4 centímetros. La cabeza es triangular, con dos apéndices laterales, y su terminación con varias acanaladuras y un apéndice; es un recuerdo degenerado de lo que en muchas piezas europeas es una cabeza de animal. En el campo de la placa de cabeza (5) *se ven, simétricamente dispuestas, dos líneas zigzagueantes a bisel. La placa* de pie es triangular, con lados levemente redondeados, vértices terminados en botones apendiculares con un circulito troquelado. La decoración del pie es una palmeta a bisel profundo, cubriendo todo el campo. El arco de unión de las dos placas es aproximadamente de sección triangular con vértices redondeados.

El broche de cinturón primeramente descubierto (lám. II) se compone de una lámina de bronce muy delgada, recortada en su parte anterior y convenientemente doblada para servir de juego y sujeción a la hebilla. Esta placa, que sirve de fondo del broche, iba recubierta por una hojuela o pan de oro, que se conserva casi íntegramente. Sobre la lámina de bronce, sujeto con cuatro clavillos en los ángulos, los mismos clavillos que sujetaban toda la pieza al cuero, hay un marco de bronce, fundido en una sola pieza, con varias rayitas paralelas que le sirven de adorno. La hebilla, con restos de dorado, como el marco, fórmanla dos piezas fundidas; la hebilla propiamente dicha es lisa por completo y cóncava en su cara inferior; la aguja, muy recia, de bordes paralelos, termina en su extremo libre por la cabeza esquematizada que indican las fuertes cejas; su otro extremo acaba por un medio cubo, que lleva incrustado un vidrio verde claro. Sobre la placa dorada de fondo se han sujetado con dos clavillos unas piezas almendradas de fundición, cubiertas de celdillas que rellenan almandines planos; la pieza central, sujeta con cuatro clavillos, es también de fundición y con sus celdillas rellenas de idéntica manera y fijados con el mismo cemento o pasta. Las dimensiones del broche son 6,5 centímetros, por 5,6 la placa y 6,3 la hebilla.

El segundo broche (lám. IV) es todo él de bronce, con restos de dorado y totalmente fundido. La placa se ha fundido en una sola pieza, en forma que tiene el aspecto de una cajita, cuyo fondo es una lámina muy delgada y que va dividida en una serie de pequeños compartimientos y alvéolos, rellenos antiguamente por la pasta adhesiva que sujetaba los vidrios multicolores que cubrían las celdillas. De los vidrios que adornaron la placa no queda más que la pieza central, amarilla y levemente verdosa, con bordes biselados; las otras dos piezas, idénticas y simétricamente dispuestas, son unas pastillas vítreas convexas y discoidales de color verde azulado. La hebilla es totalmente lisa; su aguja, a dos vertientes, acaba por la cabeza animal indicada brevemente por las cejas, más diferenciada, pues sirve de cuello del animal la garganta en que apoya el ojete del cuero del cinturón; la base de la aguja, rectangular de forma, lleva un alvéolo circular, que ha perdido su incrustación vítrea en color. Las dimensiones de la placa del broche son 6,3 por 4,8 por 0,7 centímetros, y el ancho máximo de la hebilla 5,7 centímetros.

Hoy, una vez excavada y publicada (6) la necrópolis de Herrera de Pisuerga, que ha dado la base cronológica primera para nuestras antigüedades visigodas, no es cosa difícil establecer, siquiera sea de una manera aproximada, la edad de la necrópolis de Madrid (capital), basándose especialmente en los broches de cinturón en ella descubiertos.

No he de entrar ahora en detalles sobre la tipología y cronología visigoda, especialmente la de los broches de cinturón con gran placa rectangular, pues ampliamente me he ocupado de ellos, así como de otros problemas, en distintos trabajos, en tal forma que a ellos remito al lector (7). Por otro lado es este un problema satisfactoriamente resuelto, cual lo demuestra la coincidencia en los resultados logrados independientemente por H. Zeiss (8).

Bástenos por ahora recordar que los broches de cinturón con placa rec-

tangular, con profunda raigambre en el Sur de Rusia, países del Danubio y Norte de Italia, llegan a nuestra patria en los primeros años del siglo VI. Entre nuestros visigodos encuentran franca acogida, en tal forma que produciéndose intensamente llegan a crear, por enriquecimiento y evolución del recibido del reino ostrogodo de Italia, un tipo nuevo netamente español, el cual, en algunos raros ejemplares, llega a traspasar las fronteras del reino visigodo.

Ya en 1932 agrupaba nuestros broches en dos tipos (9), los cuales denominaba I y II. El I se caracteriza por formarse de una planchuela metálica, a veces con adornos repujados y frecuentemente con ornamentos sobrepuestos, la cual, en los ejemplares más evolucionados, lleva un marco metálico. «El otro tipo, que llamaremos II—repetimos nuestras propias palabras de 1932—, se deriva naturalmente del I, y es el auténticamente español, estando toda su superficie recubierta por un mosaico de cristales de distintos colores, almandines y hasta nácar.»

La duración de estos tipos va repartida entre los años que median aproximadamente entre la batalla de Vogladum, el 507, hasta más o menos el 580; esto es, poco antes del *III* Concilio de Toledo, el 589, pues para esta fecha es muy probable, al menos en su mayor parte, hayan desaparecido. A cada uno de los tipos corresponde una cuarentena de años, de modo que pueden fecharse en números redondos, haciendo caso omiso de posibles detalles para formas intermedias y variantes: el tipo I del año 500 a 540 y el II del 540 al 580.

Los broches que hoy presentamos del cementerio de Madrid quedan claramente fechados e incluídos en los tipos I y II, respectivamente, según el orden de descripción.

El broche grande de Madrid ocupa, según expuse en un reciente trabajo (10), uno de los primeros lugares en la escala evolutiva, debiéndosele asignar, por lo tanto, una fecha bastante antigua. Aparte de piezas semejantes en España, queremos señalar de manera especial su semejanza con un broche francés de Tressan (lám. III, fig. 1) (Hérault): Hebilla recia y lisa en ambos, aguja o punzón de bordes paralelos y de sección semejante, las fuertes cejas de la cabeza esquematizada y las mismas bases de aguja cuadradas y con vidrios incrustados. La pieza francesa no tiene marco; la española sí; la francesa va repujada con adornos geométricos; la madrileña es lisa; los adornos sobrepuestos son semejantes en disposición y el central es idéntico en ambas. La semejanza del broche francés y al madrileño es grande, pues hay que hacer caso omiso de la decoración repujada, pues su carácter geométrico obliga a no ser tomada en consideración, al menos cronológicamente, siendo seguramente piezas casi contemporáneas, que por la localidad de que procede la francesa se podrán colocar tal vez no muy lejos del reinado de Gesaleico, en que conservaban los visigodos la Septimania, recién derrumbado su poderío en las Galias.

Es curioso observar también, respecto al gran broche madrileño, la semejanza grande de sus aplicaciones almendradas de celdillas con el escudo central de la fíbula aquiliforme de Calatayud, conservada en el Museo Arqueológico Nacional. Seguramente se trata de piezas cronológicamente próximas,

pues las fíbulas de águila han venido indudablemente de Italia, con los broches en su forma más pura y rica, para ser desenvuelta aquí también.

El broche pequeño entra de lleno en el tipo II de nuestra clasificación, aunque sobre él ni sus congéneres hayamos dicho nada concretamente en nuestros trabajos ni ningún otro autor haya llamado la atención especialmente sobre ellos.

La placa del broche de cinturón pequeña de la necrópolis de la colonia del conde de Vallellano realiza nuestro tipo II, pues tal clasificación es, por su misma simplicidad, susceptible de cierta exactitud en su imprecisión e indiscutible facilidad en el uso. Ahora que debemos hacer notar que se diferencia grandemente de todas las piezas españolas hasta el día publicadas, pues el cajetín que contiene los alvéolos es fundido, como fundidas son con aquél en una sola pieza las celdillas metálicas.

Si buscamos paralelos conocidos para este broche debemos recurrir entonces forzosamente a ejemplares extranjeros conocidos ya desde muy antiguo, pues L. Lindenschmit los publicó en 1880-1889 (11). A los ejemplares dados a conocer por aquel autor unió A. Götze otros varios (12), que se podrían aumentar con algunas piezas más dispersas en revistas o en pequeños Museos locales. La repartición geográfica de tales broches es: varios ejemplares en el departamento de Hérault (lám. III, fig. 3); uno en los de Tarn-et-Garonne, Deux-Sèvres, Seine-et-Oise (lám. V, fig. 2) y Aisne (lám. V, fig. 3), en Francia, y uno en Langeneslingen, en la Selva Negra, en Alemania.

Tenemos como caracteres comunes de estos broches hebillas recias y lisas con fuertes agujas de sección semicircular o a dos vertientes, indicación de ojos, base, si no es lisa, cuadrada, con un vidrio circular incrustado. Las placas, en algunos casos, no son totalmente fundidas, sino de celdillas soldadas; su decoración tiene en los ejemplares tipológicamente más antiguos, o un marco claramente diferenciado que la contornea, o una disposición más o menos rectangular, sirviendo de centro a la composición decorativa. Muy típica es la abundancia de circulitos, la existencia de semicírculos y la presencia de celdillas en forma de caja de violín. Los almandines o vidrios que rellenan las celdillas son generalmente planos; la pieza central es invariablemente una pastilla vítrea facetada. En algún caso, cual ocurre con la pieza madrileña, hay al menos algunos alvéolos con relleno de pastillas convexas.

La identidad entre nuestro broche de Madrid y los de Francia y Alemania aludidos es evidente. Su interdependencia resulta clara, sobre todo si tenemos en cuenta otros ejemplares españoles, inéditos aún, procedentes de la necrópolis visigoda de Castiltierra (Segovia), donde existe sobre todo uno (lám. I, fig. 2) casi exactamente igual al de Langeneslingen (lám. V, fig. 1).

El problema que esta variante de mi tipo II representa tiene tres soluciones: Primera, son totalmente independientes y han nacido del tipo A. de Götze, tan cultivado en la Italia ostrogoda, siguiendo una evolución paralela a la española. Segunda, las piezas españolas, pocas en número hasta el momento actual, son importación de Francia. Tercera, las piezas de Francia y la de Alemania son productos españoles.

La primera solución no tiene gran verosimilitud, pues nada hay en Francia, en el estado actual de la investigación, que permita, como para España, pensar en la posibilidad de una evolución semejante a la hispánica.

La segunda, como consecuencia natural de tener que desecharse la primera, no es admisible, pues resulta de todo punto inaceptable el pensar que puede existir este tipo sin precedentes apenas y sin derivados.

La tercera solución es la que probablemente es cierta. Tenemos en España en cantidades enormes broches de cinturón que representan distintos estadios evolutivos de esa pieza indudablemente la más rica y característica de nuestros visigodos. Ahora bien, ¿cómo y cuándo han podido llegar los broches españoles a Francia y Alemania fuera de territorio visigodo?

Los broches del extranjero, por nosotros mencionados, forman un núcleo importante fuera de territorio visigodo; si omitimos las piezas de Hérault y Tarn-et-Garonne, mucho más importante por la gran uniformidad y homogeneidad que acusa, pues implicaría ello contemporaneidad de tales piezas llegadas al Sur de Alemania y Norte de Francia.

Si se tratase de una pieza aislada, cual ocurre con ciertos tipos de fíbulas extranjeras descubiertas en España, no sería mucha la importancia de ella; mas así, relativamente abundantes y de la misma fecha, obligan a pensar en cuáles han podido ser las circunstancias y el momento en que salieron del reino visigodo. Las circunstancias han podido ser en pacífica relación con el reino vecino y mediante el comercio, o bien por circunstancias guerreras. El momento, teniendo en cuenta la seguridad de las fechas dadas por A. Götze para Italia (13) y aplicadas por mí a España (14), daría como época, si la cuarentena de años para cada uno de los tipos I y II es cierta, una fecha hacia el año 540 o, amplificando más, entre los años 530 y 550.

Entre el 530 y 550, fecha en que en una evolución normal, según cabe concebir para nuestros broches de cinturón con placa rectangular, habrían de colocarse ejemplares como el de Madrid, tienen lugar sucesos como las correrías e invasión franca bajo el reinado de Teudis, especialmente los sucesos del año 533 en que Childeberto I y Clotario I, unidos, invaden Navarra, Aragón y se retiran ante la resistencia de Zaragoza; más tarde Atanagildo vuelve a la política de Amalarico y se asegura, mediante enlaces con princesas merovingias, la paz con sus vecinos del Norte. Con motivo de estos sucesos, en ambos reinados tenemos motivos más que suficientes para que nuestros broches, especialmente durante la acción común de Childeberto I y Clotario I, atravesaran las fronteras para llegar al Norte de Francia y Sur de Alemania.

Esta hipótesis sería interesante ver si podía ser confirmada por nuevos hechos, pues con ello se lograría un nuevo punto en que apoyar la cronología de los broches de cinturón con celdillas fundidas o soldadas. Mas es un punto a resolver por nuevas excavaciones sistemáticas y por el estudio de completos ajuares funerarios, pues casualmente las piezas españolas de Madrid y Castiltierra carecen de garantías por tratarse de hallazgos casuales.

Primavera de 1934.

NOTAS

(1) En una vitrina de la sala XXX del Museo Arqueológico Nacional existen varios vasos de barro muy tosco, amarillento-pardusco, del tipo de anforilla, con gollete estrecho y dos burdas asas. Se trata de un tipo muy frecuente y representativo en conjuntos visigodos de Castilla y Andalucía, pertenecientes al siglo VII, principalmente, pero que en realidad nada tienen que ver con los germanos invasores, pues se trata de un tipo de evidente ascendencia clásica y factura hispano-romana. Véanse ejemplares de este tipo reproducidos por J. PÉREZ DE BARRADAS: *Excavaciones en la colonia de San Pedro de Alcántara (Málaga)*. Memoria 106 de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Madrid, 1930.

(2) S. FERNÁNDEZ GODÍN y J. PÉREZ DE BARRADAS: *Excavaciones en la necrópolis visigoda de Daganzo de Arriba (Madrid)*. Memoria 114 de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Madrid, 1931.—J. PÉREZ DE BARRADAS: *Necrópolis visigótica de Daganzo de Arriba (Madrid)*, págs. 277-280. Homenagem a Martins Sarmento. Guimarães, 1933.

(3) N. SENTENACH: *Bosquejo histórico sobre la orfebrería española*. Extracto de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», pág. 25. Madrid, 1909. N. ÅBERG: *Die Franken und Westgoten in der Völkerwanderungszeit*, pág. 217. Uppsala —Leipzig— París, 1922.

(4) Primero se compró el gran broche y después las piezas restantes. Se ha tratado de ocultar la procedencia del primero; mas actualmente parece fuera de duda que proceden todos del mismo lugar, aunque no falte quien le atribuya a Tetuán de las Victorias.

(5) Conviene aclaremos para ciertos lectores que llamamos cabeza y pie de una fíbula a lo que todos los autores llaman pie y cabeza, pues las excavaciones españolas demuestran de manera concluyente que usaron los visigodos dichos objetos en forma contraria a lo que se supone; por tanto está fuera de toda razón, pues especialmente las excavaciones de Herrera de Pisuerga (Palencia) y Castiltierra (Segovia) lo demuestran de manera irrebatible, el figurar las fíbulas como hasta ahora se venía haciendo. Sobre este particular véase J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA: *Sobre cómo usaron la fíbula los visigodos*. «Investigación y Progreso», núm. 6, págs. 178-180. Madrid, 1932. *Zur Tragweise der Bügelfibel bei den Westgoten*. «Germania», 17, págs. 47-50. Berlín, 1933.

(6) J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA: *Excavaciones en la necrópolis visigoda de Herrera de Pisuerga (Palencia)*. Memoria 125 de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Madrid, 1933. *Necrópolis visigoda de Herrera de Pisuerga (Palencia)*. Madrid, 1933.

(7) J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA: *Esquema de arqueología visigoda*. «Investigación y Progreso», 7, págs. 103-109, loc. cit., notas 5 y 6. Madrid, 1934. *Notas para un ensayo de sistematización de la arqueología visigoda en España. Períodos godo y visigodo*. «Archivo Español de Arte y Arqueología», cuader-

no 29, págs. 139-176 y 34 láminas. Madrid, 1934. *Chronologische Gliederung des westgotischen Kunstgewerbes in Spanien,* «Ipek». «Jahrbuch für prähistorische und ethnographische Kunst», 1934. Berlín, 1934.

(8) H. ZEISS: *Die Datierung der westgotischen Grabfunde aus Spanien.* «Forschungen und Fortschritte», 9, págs. 1-2. Berlín, 1933.

(9) J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA: *Sobre cómo usaron la fíbula,* etc., loc. cit., 5.

(10) J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA: *Notas para un ensayo de sistematización,* etc., loc. cit., 7.

(11) L. LINDENSCHMIT: *Handbuch der deutsche Alterthumskunde. Die Alterthümer der merovingischen Zeit.* Braunschweig, 1880-1889.

(12) A. GÖTZE: *Germanische Funde aus der Völkerwanderungszeit. Gotische Schnallen.* Berlín (E. Wasmuth), s. a.

(13) A. GÖTZE, loc. cit., 12.

(14) J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, 5, 6 y 7.

Fig. 1 —Colonia del Conde de Vallellano: emplazamiento de la necrópolis visigoda.

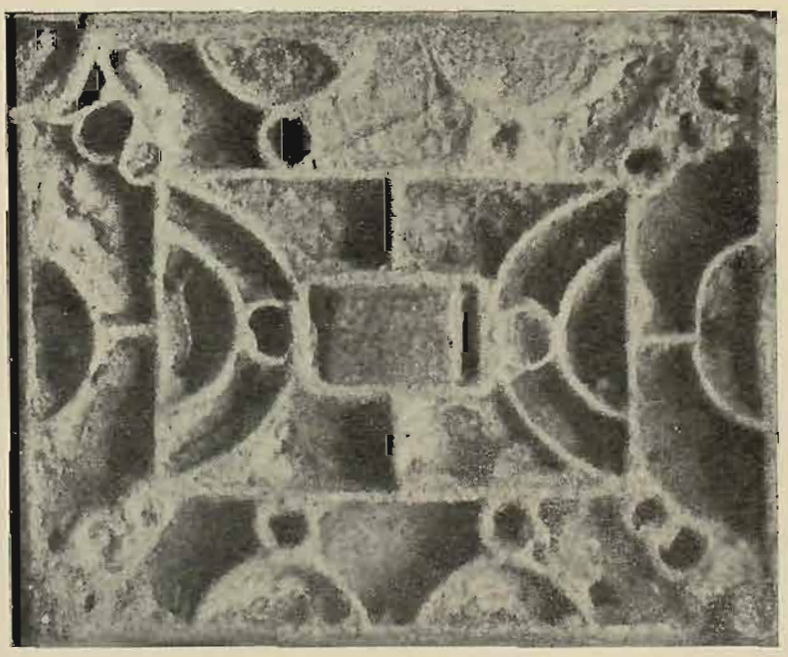
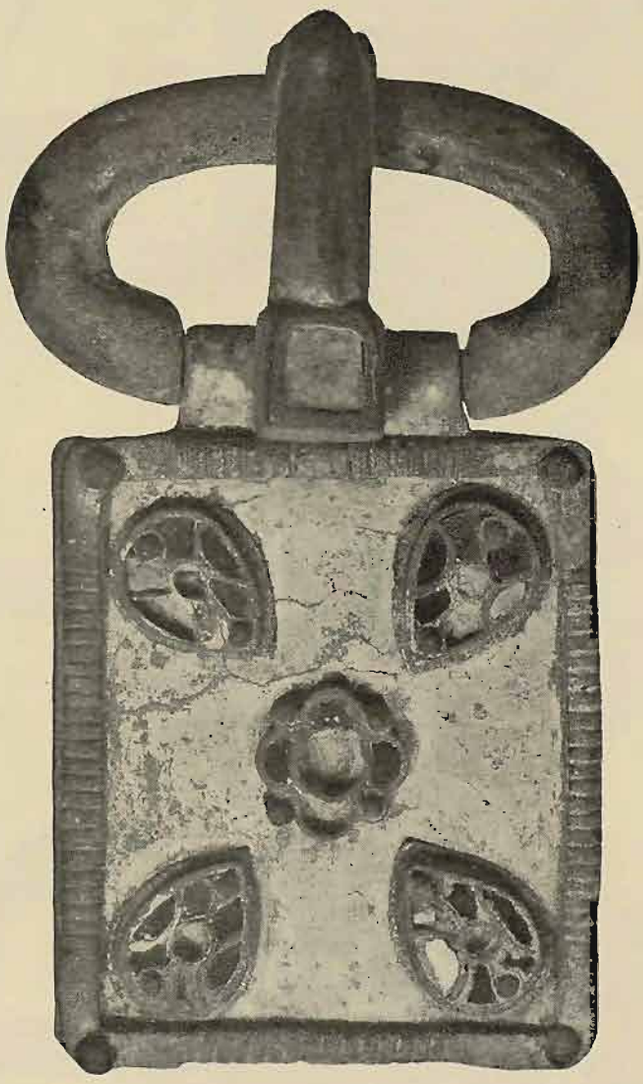


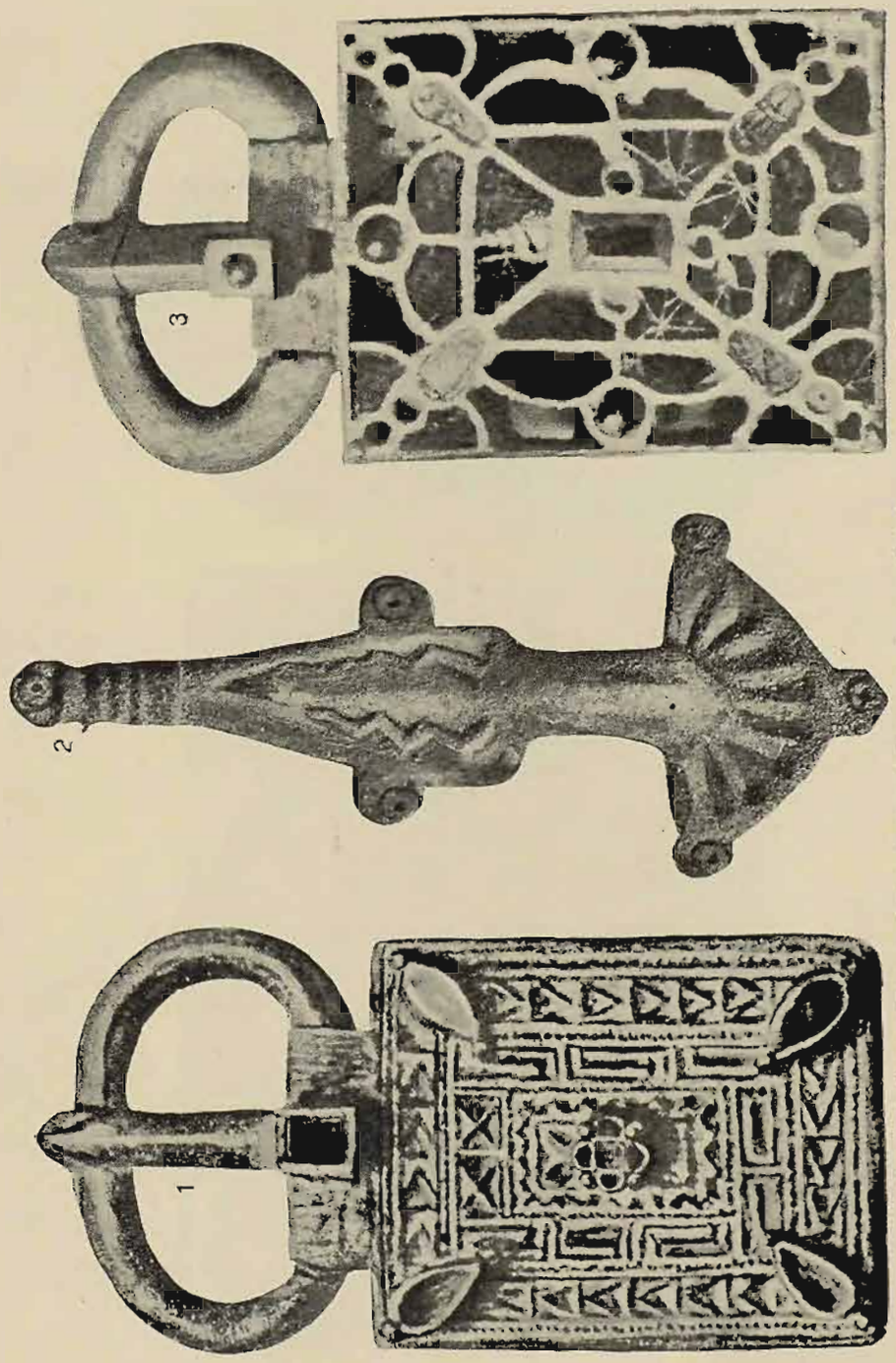
Fig. 2.—Broche del tipo II, *procedente de Castiltierra* (Segovia).

(Fot. J. Martínez Santa-Olalla.)



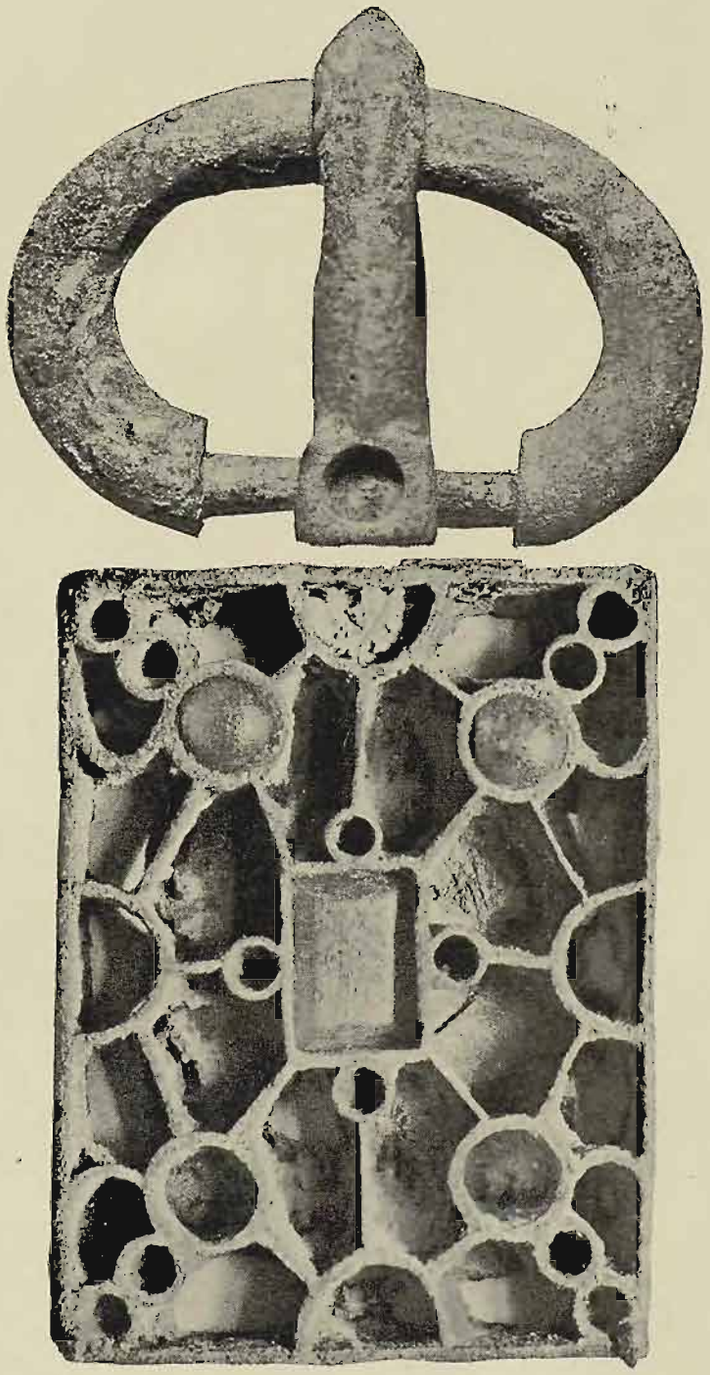
Broche del tipo I de Madrid (Colonia del Conde de Vallellano), 1 : 1.
(Museo Arqueológico Nacional.)

(Fot. Rioja.)



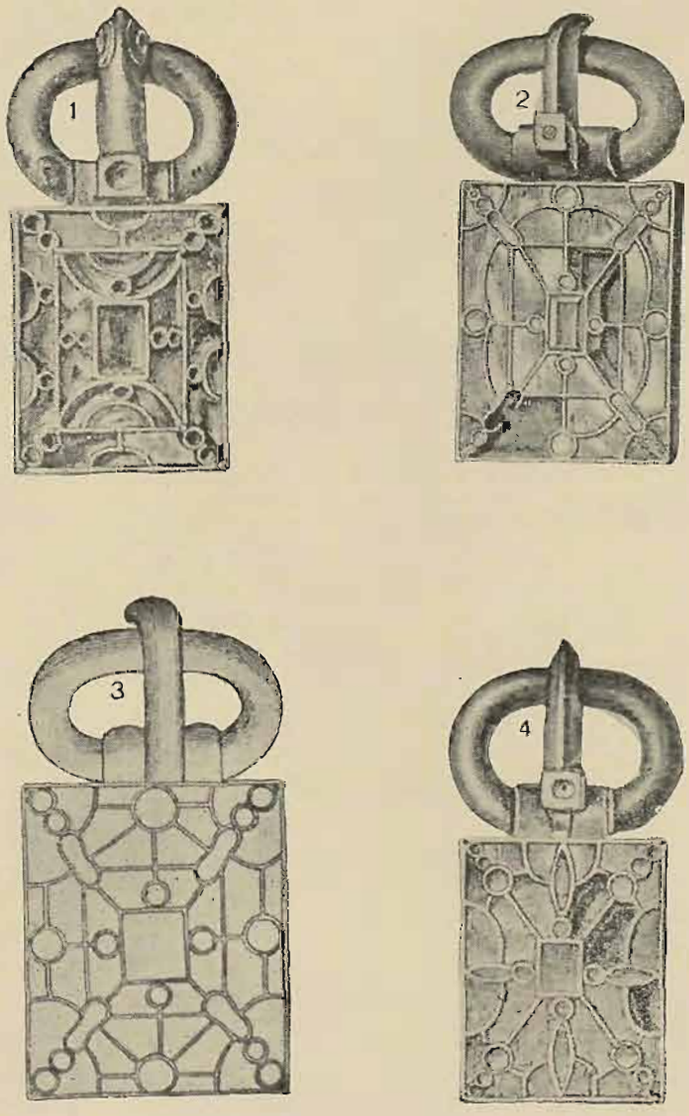
1, broche de Tressau (Hérault); 2, fíbula de Madrid (Colonia del Conde de Vallellano), y 3, broche de Tressau Hérault).

(Fot. J. Martínez Santa-Olalla y A. Tomillo.)



Broche del tipo II de Madrid (Colonia del Conde de Vallellano), muy aumentado.
(Museo Arqueológico Nacional.)

(Fot. J. Martinez Santa-Olalla)



1, Langeneslingen (Alemania); 2, Hondan (Seine et Oise); 3, Versigny (Aisne), y 4, francesa, sin procedencia exacta, según Lindenschmidt y Götze.

Estatuílla de cérvido natufiense de la cueva de Oumm-ez-Zoueitina (Palestina)

por Julio Martínez Santa-Olalla

Estatuílla de cérvido natufiense de la cueva de Oumm-ez-Zoueitina (Palestina)

por Julio Martínez Santa-Olalla

Con ocasión de una breve estancia en Palestina (1) durante el verano de 1933 tuve la oportunidad de estudiar las colecciones del Palestine Museum de Jerusalén, entre las que se destacan de manera singular las series paleolíticas y mesolíticas (2), cuya riqueza se ve incesantemente acrecentada por la moderna investigación.

Un lugar preeminente entre las series del Palestine Museum ocupan las de la nueva cultura natufiense, destacada hasta para el simple visitante por sus obras de arte escultórico.

Las excavaciones de miss D. A. E. Garrod en la cueva de Shukba (3), del Wady-en-Natuf, en los montes occidentales de Judea, y las de la cueva de Mugharet-el-Wad (4) en las estribaciones del Monte Carmelo, dieron por resultado el descubrimiento de una nueva industria lítica, conocida actualmente con el nombre de natufiense (de Wady-en-Natuf, primer lugar de su aparición).

Se caracteriza el natufiense, susceptible de una división en dos fases, por su industria lítica de tipos muy pequeños, entre los que aparece como específico el microlito semilunar con dorso fuertemente retocado, el cual, con frecuencia, toma cierto aspecto de gajo de naranja. Otros tipos frecuentes son hojitas de dorso rebajado con un borde cubierto de fuertes retoques muy densos, semejantes a los de los microlitos semilunares, perforadores, buriles y raspadores. Entre los tipos grandes hay bastantes raspadores en extremo de hoja, nucleiformes y redondos.

Con la industria lítica se encuentra una relativamente abundante industria en hueso, cuyos tipos principales son agujas, leznas, punzones, casi siempre de trabajo fino y bien pulimentados y aguzados. Típicos del natufiense son los arpones con una sola hilera de dientes. Aquí deben incluirse también las piezas de hueso con ranuras para encajar sílex, como las aparecidas en la cueva de Mugharet-el-Wad.

La industria natufiense de Palestina ofrece, especialmente en sus microlitos, un carácter que la acerca mucho a la del capsiense final y tardenoisiense. Su carácter y edad epipaleolíticos son tan evidentes que por todos se aceptan, debiendo situarse el natufiense, respecto a nuestras culturas epipaleolíticas

de Occidente, como sincrónico del capsiense final y aziliotardenoisiense.

El hecho más sorprendente que ha revelado la nueva cultura epipaleolítica palestiniana es la existencia de un arte. El nivel natufiense inferior de la ya varias veces citada cueva de Mugharet-el-Wad ha dado una cabecita humana tallada en caliza y un ciervo joven en hueso.

El nivel del natufiense inferior en la cueva de Oumm-ez-Zoueitina ha dado una industria lítica clásica de dicha etapa cultural (lám. I). Junto a tipos grandes de raspadores, en extremo de hoja principalmente, buriles y perforadores, aparecen abundantes los tipos microlíticos semilunares y hojitas de borde rebajado con los típicos retoques. Para mejor completar el cuadro vemos también en Oumm-ez-Zoueitina la existencia de varios huesos trabajados, entre los que se destacan especialmente dos punzones, y sobre todo parte de una pieza de hueso, conservando aún en la ranura el sílex, como los dos ejemplares descubiertos en Mugharet-el-Wad.

En este nivel inferior del natufiense, único de la Edad de la Piedra tallada palestiniana con arte mobiliar, apareció una figurilla de cérvido (5), que es actualmente una de las joyas más preciadas del Palestine Museum.

La figurilla en cuestión ha sido tallada a punta de buril sobre caliza gris de fina granulación; mide en su estado actual, falta de cabeza y tres pezuñas, 15 centímetros. Seguramente el cérvido representado es una gacela, con las patas fuertemente flexionadas y pegadas al cuerpo. La cabeza, dirigida hacia adelante, quedaba colgando. La separación de lomo y vientre se hace por un relieve bastante duro, que denotaría la diferencia del pelaje de ambas regiones del cuerpo. En varios sitios conserva la estatuílla señales claras y evidentes del buril con que se talló, cuya anchura del borde cortante aprecia R. Neuville en 25 milímetros.

Artísticamente considerada la gacela de Oumm-ez-Zoueitina es una obra muy apreciable, de positivo valor, capaz de resistir la comparación con numerosas piezas del arte occidental.

La gacela palestiniana, en sus líneas y actitud, recuerda grandemente a la maravillosa cierva herida de Tormón (Teruel) (6), una de nuestras mejores pinturas levantinas. Creo que el movimiento de cuello y cabeza de la cierva española puede dar una idea de cuál fué en su estado originario el de la estatuílla del desierto de Judea. Compárese el movimiento de las patas en ambos ejemplares y se verá un sorprendente paralelo.

Paralelos se le pueden encontrar a la gacela natufiense entre las estatuíllas de piedra de la cueva de Isturitz (Basses Pyrénées) (7), y entre otras muchas representaciones, tal, por ejemplo, el cérvido en asta de reno de Enlène (Ariège) (8), etc.

Los paralelos dentro de Palestina son lógicamente los de las esculturas natufienses conocidas (9).

Es realmente de gran interés ver esta última floración del arte de la Edad de la Piedra tallada en suelo asiático en un momento en que del Occidente europeo han desaparecido las obras de arte naturalista para dar paso al esquematismo e intelectualismo epipaleolítico y subsiguiente.

NOTAS

(1) Es para mi un gratísimo deber hacer constar aquí mi agradecimiento a M. René Neuville, cónsul de Francia, por las muchísimas atenciones recibidas en Jerusalén, gracias a cuya amabilidad me fué dado conocer en condiciones excepcionales series importantísimas de los yacimientos prehistóricos palestinianos explorados o en vías de estudio, facilitándome el conocimiento de la prehistoria palestiniana. A la exquisita amabilidad de M. Neuville debo las fotografías que aquí publico, así como series líticas de algunos yacimientos por él explorados. El mismo grato deber cumplo con los profesores de la Universidad hebrea Dres. Leo Picard y Moshé Stekelis, pues gracias a sus atenciones me fué posible también conocer una serie de yacimientos y problemas del más alto interés, que culminaron con la excursión por el desierto de Judea a Transjordania para visitar las excavaciones de Teleilat Ghassoul.

(2) D. A. E. Garrod: *Nuevos descubrimientos prehistóricos en Palestina.* «Investigación y Progreso», 6, págs. 62 y sigs., 1932.

(3) D. A. E. Garrod: *Excavation of a Paleolithic Cave in Western Judæa.* «Quarterly statements of the Palestine exploration Fund.», págs. 182 y sigs., 1928. W. F. Albright: *Progress in Palestinian Archæology during the year 1928.* «The American Journal of Archœology», 33, págs. 139 y sigs., 1929.

(4) D. A. E. Garrod: *Excavations at the Mugharet-el-Wad, 1930.* «Quarterly statements of the Palestine exploration Fund.», págs. 35 y sigs., 1931. *Excavations in the caves of the Wady-el-Mughara, 1929 and 1930.* «Bulletin of the American School of Prehistoric Research», págs. 5 y sigs., 1931.

(5) R. Neuville: *Statuette animale du mésolithique palestinien.* «L'Anthropologie», 42, págs. 546-547, 1932. Aquí se da una concisa y objetiva descripción de la estatuílla con una figura. Véase además *Excavations in Palestine in 1931-32.* «Quarterly of the Department of Antiquities in Palestine», 2, pág. 194, 1933.

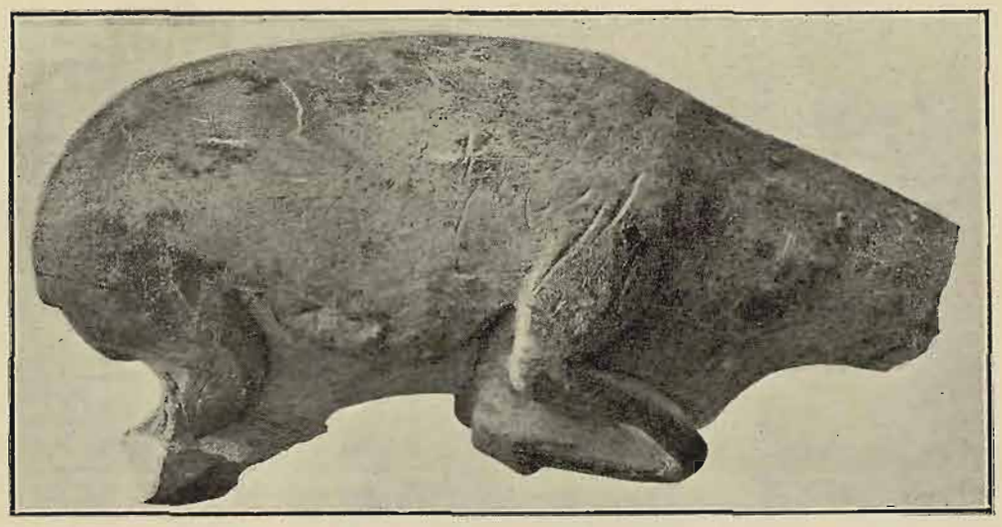
(6) H. Obermaier y H. Breuil: *Las pinturas rupestres de los alrededores de Tormón (Teruel).* «Boletín de la Real Academia de la Historia», 90, págs. 511 y sigs., 1927.

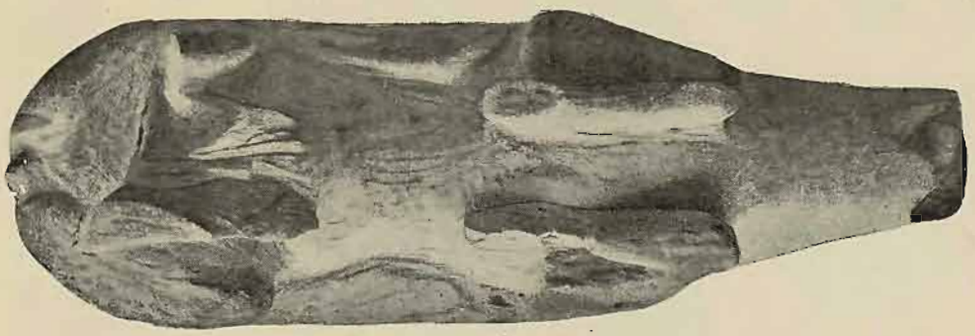
(7) E. Passemard: *Les sculptures en ronde-bosse sur pierre de la caverne d'Isturitz (B.-Py. France).* «Ipek», págs. 44 y sigs., 1925.

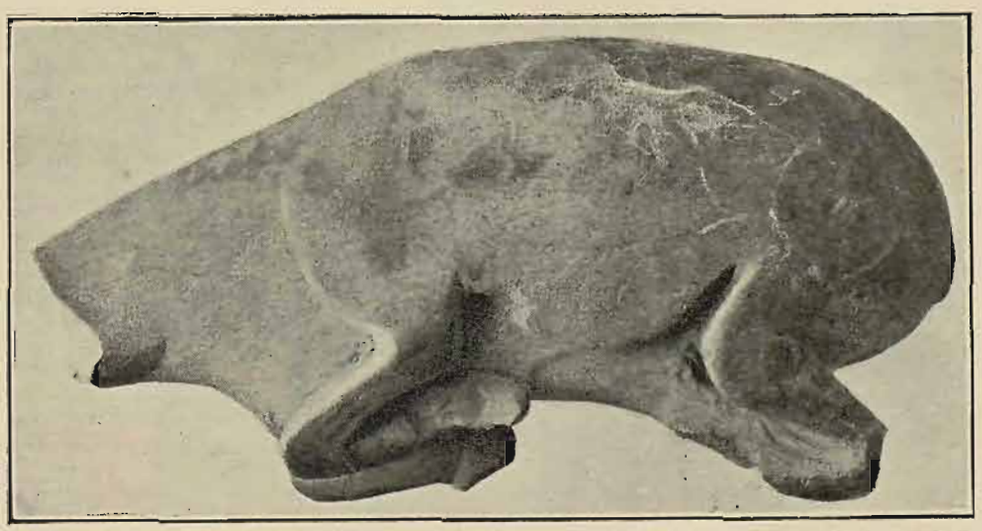
(8) G. H. Luquet: *L'art et la religion des hommes fossiles,* fig. 48. París, 1926.

(9) Loc. cit., 4.

ESTATUÍLLA DE CÉRVIDO NATUFIENSE

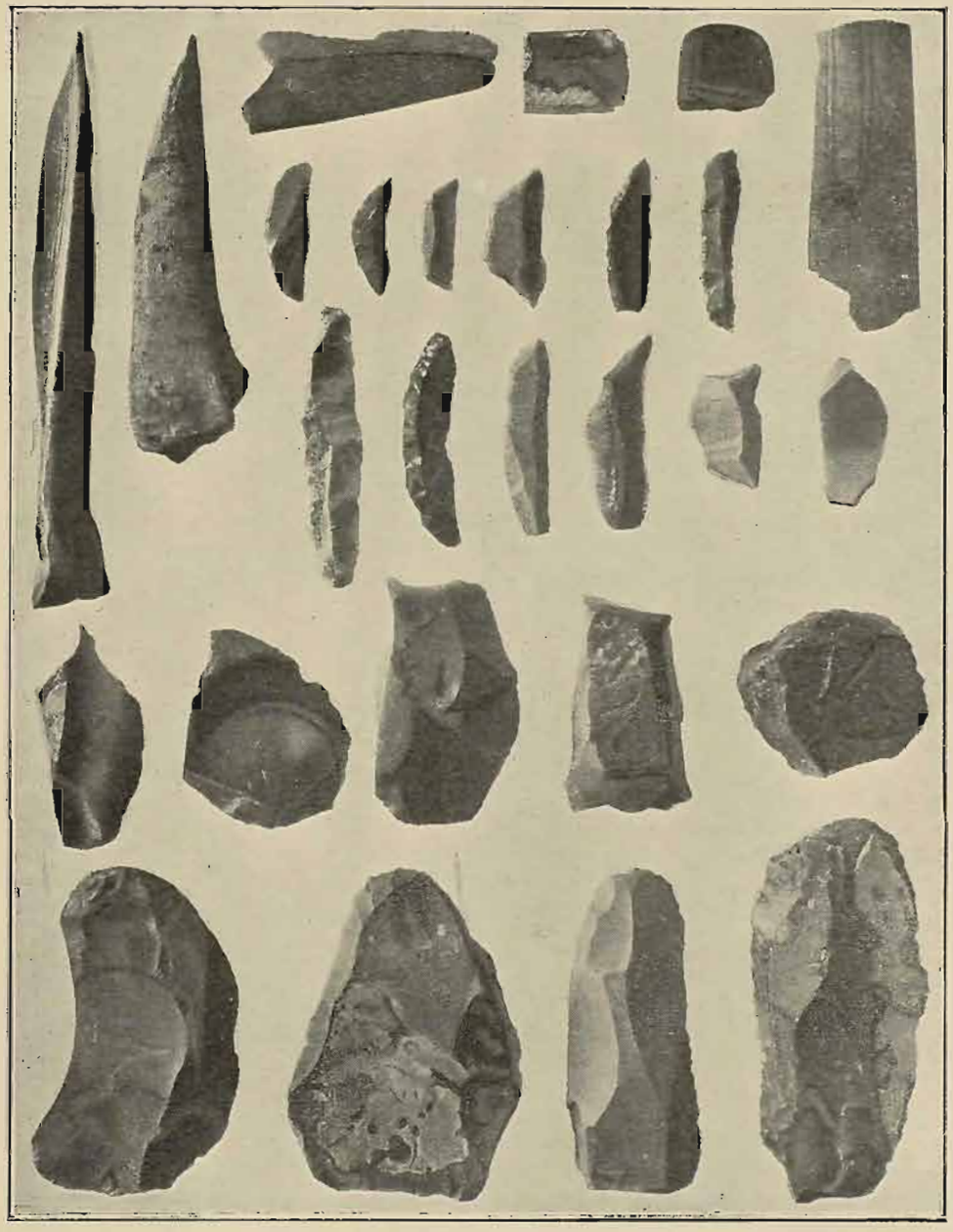






Figurilla de cérvido tallada en caliza. Nivel natufiense de la cueva de Oumm-ez-Zoueitina (Palestina), 4 : 5.

(Fot. R. Neuville.)



Sílex del Natufiense inferior de la cueva de Oumm-ez-Zoueitina (Palestina).

Fondos de cabaña de la estación del ferrocarril de Aragón (Madrid)

por José Pérez de Barradas

Fondos de cabaña de la estación del ferrocarril de Aragón (Madrid)

por José Pérez de Barradas

En las obras de desmonte efectuadas hace varios años para ampliar la estación del ferrocarril de Madrid a Aragón aparecieron unos fondos de cabaña, que fueron explorados por D. Fidel Fuidio.

Según nuestras noticias estaban excavados muy profundamente en las arenas miocenas, y estaban rellenos de tierra negra, ceniza, huesos de animales y cerámica lisa hecha a mano. Entre ésta última llaman la atención dos fragmentos de sendos cuencos, con los bordes algo vueltos y con fondo semiesférico, forma típica de vaso almeriense, que conocemos por otros hallazgos y excavaciones madrileños.

Además recogió el Sr. Fuidio dos fragmentos cerámicos con huellas digitales formando cordón; uno las tiene también en el borde. Este adorno, conviene advertirlo, aunque propio de la cultura de las cuevas, es muy frecuente en la cerámica almeriense de Madrid.

También apareció un frontal humano, indicio probable de una sepultura que pasó desapercibida. Está completamente desarticulado. La cara anterior ofrece: glabela poco marcada, protuberancias frontales pronunciadas, arcos ciliares poco desarrollados y escotaduras supraorbitarias. En esta cara el hueso ofrece una serie de oquedades irregulares que no sabemos si corresponden a alteraciones patológicas, heridas o a simple descomposición en la tierra. Por estos caracteres parece tratarse de un cráneo femenino joven.

Las medidas que hemos podido tomar han sido las siguientes:

	Milímetros
Nasio-bregma	114
Nasio-metopio	66
Metopio-bregma	61
Angulo metópico	121°
Arco sagital frontal	131
Anchura frontal mínima	95
Idem íd. máxima	112
Idem biestefánica	109,5
Espesor medio	6

De donde se deducen los siguientes índices:

	Milímetros
Indice frontal transverso	84,7
Idem estefánico	86,7
Idem frontal sagital	87

La situación de estos fondos es la característica de los poblados almerienses: una pequeña altura que domina un valle; en este caso el del arroyo Abroñigal. Pudieran haber estado en relación con otro poblado almeriense sito en el Cerro de San Blas, de iguales condiciones geográficas.

Fondos de cabaña de la Edad del Hierro del Puente Largo del Jarama, Aranjuez

por José Pérez de Barradas

Fondos de cabaña de la Edad del Hierro del Puente Largo del Jarama, Aranjuez

por José Pérez de Barradas

Hace algunos años D. Fidel Fuidio tuvo la suerte de descubrir en una excursión, cuyo objetivo era el estudio de la calzada romana de Aranjuez a Titulcia, varios fondos de cabaña en la margen izquierda del Jarama. Están situados en el espacio comprendido por el río y la carretera de Madrid a Andalucía, a espaldas de la casa que hay cuando ésta cruza el Jarama en el Puente Largo y formando un codo prosigue en dirección de Aranjuez. Allí hubo un arenero abandonado, y en los cortes se apreciaban grandes hoyos rellenos de cenizas.

Excavando en ellos aparecieron varios trozos de cerámica de gran interés, puesto que corresponden a una época de la que apenas había vestigios en Madrid. La pieza principal es un vaso, restaurado a expensas del Museo Prehistórico Municipal de Madrid. Es de pequeñas dimensiones (78 milímetros de alto y 144 de diámetro máximo) y doble-cónico, con la boca vuelta hacia fuera y de un centímetro de alta aproximadamente. El barro es negro y lustroso. La decoración es incisa, y consta de una faja de líneas oblicuas paralelas toscamente y de una fila de triángulos rellenos de la misma manera. Este vaso apareció junto con fragmentos cerámicos muy interesantes, que describiremos ahora.

Los principales son dos trozos de vasos decorados en el interior con la técnica de la *Kerbschnittkeramik*. Uno tiene un zig-zag y después unas líneas oblicuas cruzadas, y cubre dos filas de líneas horizontales (fig. 1). El otro sólo tiene series de líneas más o menos paralelas, verticales y horizontales (fig. 2).

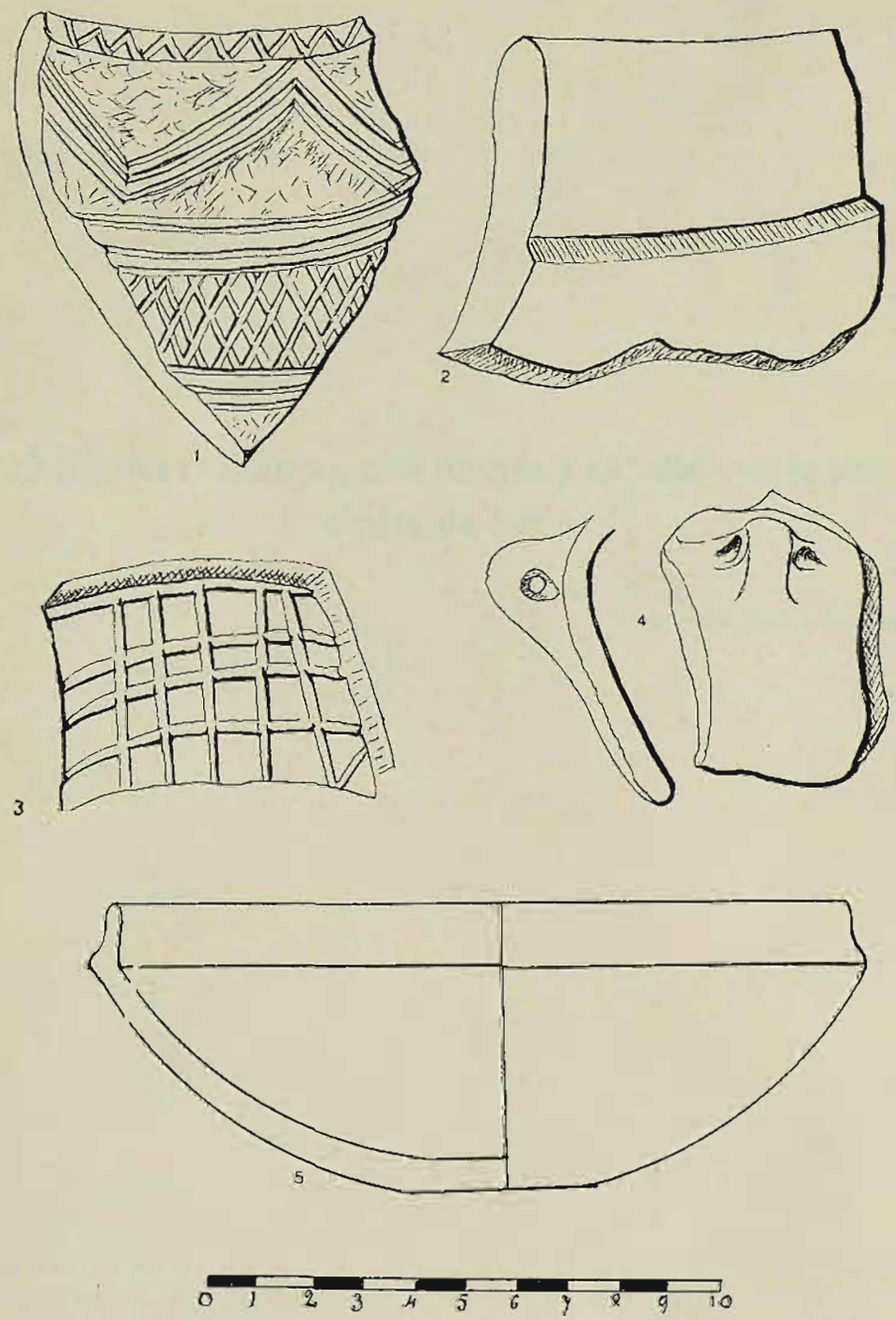
Restos de vasos parecidos al restaurado hay tres, aunque más pequeños y de borde más ancho. El más pequeño tiene como adorno dos series alternas de triángulos rellenos por líneas oblicuas. Es sumamente parecido a un fragmento recogido por nosotros en unión de J. Martínez Santa-Olalla, M. Maura y Lanuza en los alrededores del pozo Airón (Uclés, Cuenca) (1).

---

(1) Sobre el pozo Airón (Uclés, Cuenca) hemos de anotar la posibilidad de que haya sido lugar de culto en época más antigua de lo que se ha supuesto. En una excursión realizada en 1934 hemos hallado en los alrededores cerámica incisa, quizá de la primera invasión celta, y sílex tallados y cerámica lisa argárica o almeriense. Puede, por consiguiente, pensarse que el culto de la fuente, nacimiento del río Bedija, que después, en época romana, se dedicó al dios indígena Airón, fué lugar de culto ya en la Edad del Bronce.

Con adorno hecho al parecer con cuerda hay un fondo de vaso de barro gris. Lo que queda de la ornamentación son extremos de líneas verticales y otras acodadas. Hay además tres fragmentos con asa mameliforme perforada, una base de urna y varios fragmentos correspondientes a vasos del mismo tipo; es decir, escudillas planas con el borde formando ángulo con el resto de la pieza.

Por su forma y decoración el vaso restaurado y los fragmentos de otros pequeños tienen relación con los de ciertos poblados del Bajo Aragón, tales como Les Valletes (Sena, Huesca) y Roquizal del Rullo (Fabara, Zaragoza). Se trata, como los fragmentos de técnica de *Kerbschnitt* atestiguan, de un yacimiento correspondiente a la primera Edad del Hierro y a la primera invasión celta, como hemos tenido ocasión de probar en otro lugar de este mismo volumen.



Cerámica de los fondos de cabaña de la Edad del Hierro del Puente Largo del Jarama, Aranjuez.

Las fíbulas celtíberas, con jinetes y caballos, de la provincia de León

por José María Luengo

Las fíbulas celtíberas, con jinetes y caballos, de la provincia de León

por José María Luengo

Entre las numerosas fíbulas que llevo vistas, procedentes de varios despoblados y de los 140 castros celtíberos que he catalogado en esta provincia, son contadísimas las de jinetes y caballos.

Conocido es de todos el origen romano de la ciudad de León. Mas, como afirmó el padre Fita, «extramuros, y aun dentro del campamento..., bien pronto hubo de hormiguéar la población civil romana e indígena, como lo atestiguan sus inscripciones funerarias» (1). Unas demuestran su celtiberismo en los nombres de los difuntos o dedicantes, y otras en el trabajo de talla, de pura cepa indígena (2). Procedente de uno de esos pequeños poblados, que debía de hallarse a la orilla del río Bernesga, ya algo distanciado del campamento de la Legión VII.ª, es el ejemplar de fíbula con jinete que guarda la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de León (3). Es ejemplar notable por su buen estado de conservación, hermosa pátina verde y artístico conjunto (láminas I, A y III). Mide cinco centímetros y medio de ancha por cinco de alta y tres centímetros y seis milímetros el cuerpo del jinete. El caballo tiene una silueta elegante y movida, con largo cuello, cabeza estrecha, orejas tiesas, formadas en el frente por una acanaladura (lám. I, núm. 1), crin cortada a doble bisel, sendos grupos de círculos concéntricos colocados en el cuello, pecho y ancas, y la indicación de los órganos genitales, detalle de que carecen la mayoría de las piezas conocidas de este género —los llevan indicados, una de Gormaz y otra de la Osera, del Museo Arqueológico Nacional—, y la cola, hoy rota, estaba unida formando arco como en los demás ejemplares hispánicos (4). El jinete es de silueta de libre concepción, pero ejecutada torpemente y de deficientes proporciones; los brazos son embrionarios, como pequeños muñoncitos, tipo que aparece en algunas estatuillas del santuario de Castellar de Santisteban (5); lleva un casquete con visera (lám. I, núms. 2 y 3); la cara, cortada en un solo plano, sin detalle alguno; dos bandoleras o tahalíes cruzados sobre pecho y espalda —detalle poco frecuente (6)—, y en esta última márcase también el cinturón.

Otra fíbula con jinete, procedente de tierras de León, se conserva en el Museo Arqueológico Nacional en la colección del Sr. Vives, y ya fué publicada por D. José Ramón Mélida (7).

Procedente de Lancia – despoblado en los términos municipales de Villasabariego y Mansilla Mayor— existe en la colección citada otra pieza, que es parte de una fíbula, en la que se ve la cabeza de un caballo, objeto muy semejante a los anteriores, y que como ellos acaso llevara jinete. Sobre su cuello se muestran dos grupos de círculos concéntricos, y tiene indicado el pelo de la crin con menudas incisiones (lám. II, A y B). De este mismo lugar es otra cabeza de caballo, que guarda en su colección Julián Sanz Martínez, cuyas orejas están conseguidas por doble bisel y de frente hacen el efecto de un creciente (lám. I, B). En el Museo Arqueológico Provincial hay dos curiosas fíbulas (8). Una de ellas es sumamente esquemática, con cabeza picuda y lomo triangular (lám. II, núm. 2, c y d), igual a la hallada en El Berrueco por el padre Morán (9), y otra en Las Cogotas por Cabré, midiendo tres centímetros de ancha por tres y medio de alta, y la otra es interesantísima, pues forma su conjunto la silueta del caballo, pero lleva dos cabezas mirando en el mismo sentido, cuyas orejas salen de la pieza lateralmente (lám. II, núm. 3, e y f), y va ornamentada con dos líneas en cada uno de los morros y seis grupos de círculos concéntricos repartidos en los cuellos, patas y vientre, unidos entre sí por líneas paralelas; mide tres centímetros de larga por tres de alta. Proceden ambas del castro de Vega de Magaz.

Con estas fíbulas representativas de caballos parecen tener relación otras en cuyo corte esquemático se adivina el tronco equino sin cabeza ni cola, y provienen seguramente de las de caballos que llevan en la crin y en la cola grupos de zarcillos o anillitas.

Los ejemplares más notables, que pertenecen a la colección de la Comisión de Monumentos de esta provincia, son los que se reproducen en la lámina I, B, y lámina IV, y entre ellos hay cuatro tipos diferentes: el primero representa el tronco del caballo desprovisto de cabeza y cola, adornado sobre lomo, ancas y extremos con varios zarcillos, y en el vientre un grupo de tres fajas verticales paralelas (lám. I, B, y lám. IV, núm. 1); mide cinco y medio centímetros de largo por tres y medio de alto; el segundo es igual al anterior, más pequeño, de cuatro y medio centímetros de largo por dos y medio de alto, sin fajas de adorno; el tercero presenta en su parte delantera forma aquillada, terminando en arista viva, sin agujeros para zarcillos, que sólo los tiene sobre el lomo, ancas y trasera, y lleva adorno de líneas verticales paralelas sobre el vientre (lám. IV, núm. 3), y el cuarto es un tipo esquemático más avanzado, y tiene sendos zarcillos a cada extremo y cinco en cada uno de sus costados, presentando el tronco una sección transversal en forma de te invertida (⊥), y mide cuatro centímetros de largo por dos y medio de alto (lám. IV, núm. 4). Su forma es muy semejante a muchos de los morillos representando caballos esquemáticos, que aún se usan en los llares leoneses, y que son indudablemente una supervivencia de los que con estas mismas formas usábanse en la época céltica de La Tène, publicados por Déchelette (10).

Estas clases de fíbulas son poco frecuentes. En tierra leonesa sólo conozco las reseñadas, más otras dos: una que publicó Gago Rabanal (11), y otra que se conserva en nuestro Museo Arqueológico, todas ellas halladas en el solar

que ocupó la antigua y heroica Lancia, la *maxima Asturiæ Urbs*, de Dión, y la *validisima civitas*, de Floro. Algunos ejemplares análogos exhumó en sus investigaciones el marqués de Cerralbo (12); uno que publicó, procedente de la necrópolis de Valdenovillos (Guadalajara), se diferencia de las leonesas en que por delante se une la acanaladura de la aguja con la parte superior, por lo que él la clasificó como representación de un elefante, y es el tipo evolucionado de las de caballos que han servido a María de la Encarnación Cabré como arquetipos inspiradores de los puños de las falcatas hispánicas (13), en los que aparece la cabeza unida a las patas y posteriormente a la acanaladura de la aguja, mientras que las leonesas derivan del tipo de caballo cuyo frente aparece sin unión alguna, siendo uno de los escalones evolutivos y uno de sus más cercanos precedentes el tipo de fíbula de Miraveche publicado por Cabré (14), cuyo cuerpo, perdiendo el cuello y cabeza, queda convertido en un tronco como el de las fíbulas de Lancia, con sus adornos de acanaladuras y agujeros para anillitas en la cola, iniciándose ya el saliente sobre la grupa que ha de llevar el mismo adorno de zarcillos.

NOTAS

(1) *Legio VII^a Gémina,* «Museo Español de Antigüedades», t. I, pág. 468.

(2) La convivencia de romanos y celtíberos también tuvo lugar en Lancia —conquistada por Tito Carisio el año 26 antes de J. C.—, como lo demuestra el siguiente epitafio inédito, donde se ve el entronque de romanos e indígenas, que se conserva en la colección de la Comisión de Monumentos. Lleva un semicírculo en la parte superior y su texto es como sigue:

D (is) M (anibus) S (acrum) GERMANE FIL (iæ) IN COMPARABILI ANN (orum) P (lus) M (inusve) VII DIOSVME MATER (et) SVI (s)	Consagrado a los dioses Manes. Diosume, madre, hizo este monumento a su incomparable hija Germana, que falleció a los siete años de edad, poco más o menos, y para los suyos.

Hay que apreciar en él el nombre astur de la madre, Diosume, con el romano de la hija, Germana.

(3) Para detalles de su adquisición pueden verse los libros de Actas de dicho organismo de los años 1923 a 1931, fols. 9 v. y 10.

(4) En las fíbulas itálicas con jinete, que pueden ser los arquetipos de las ibéricas, la cola del caballo no va unida nunca a la pata formando arco (J. DÉCHELETTE: *Manuel d'Archéologie Préhistorique,* etc., segunda parte, pág. 854, figura 353), y también la llevan desunida los caballos sin jinete que existen asímismo en las fíbulas de los sepulcros más antiguos de la Edad del Hierro en el Este de Italia, dadas a conocer por Montelius. (HOERNES: *Prehistoria,* tomo III, «Edad del Hierro», fig. 8, núms. 12 y 30.)

(5) RAYMOND LANTIER: *El santuario ibérico de Castellar de Santisteban,* lám. IV, núm. 4. Madrid, 1917.

(6) Con un tahalí hay estatuíllas en la lámina VI de *El santuario hispano de la sierra de Murcia,* por G. DE MERGELINA. Madrid, 1926, y dos tahalíes cruzados lleva la fíbula de Luzaga, según Cerralbo (fig. 23 de las necrópolis ibéricas).

(7) *La colección de bronces antiguos de D. Antonio Vives.* «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo», tomo IV, 3.ª serie, núm. 53, lám. IX. La cita J. CABRÉ en su Memoria *Excavaciones de Las Cogotas (Cardeñosa, Avila). I. El castro.* Madrid, 1930, pág. 88.

(8) Aparecen en el *Catálogo monumental de España,* «Provincia de León», por D. MANUEL GÓMEZ-MORENO, en las láminas VIII y IX, respectivamente.

(9) *Alrededores de Salamanca* (lám. XVIII, núm. 17. Salamanca, 1923). El señor Cabré, que cita esta fíbula (Memoria sobre Las Cogotas citada, pág. 90), la designa con la calificación de «forma de ave». Creo las de esta forma caba-

llos esquemáticos, y su evolución puede verse comparando el ejemplar leonés, cuya cabeza es la más parecida a la equina, con el ejemplar salmantino, en cuya cabeza se muestra la tendencia al pico curvo, cuya fase evolutiva continúa en la de Las Cogotas (Memoria citada, lám. LXVII, número 3), en la que la cabeza es ya simplemente un gancho curvado. Me inclino a creerlas también caballos, por tener todos los ejemplares que se citan la caja de la aguja unida con una de las patas, colocada en posición de andar. Sin este detalle bien pudieran ser derivaciones de las fíbulas en forma de patos, que ya se presentan en la civilización de Vilanova, en el segundo período Benacci (MORITZ HOERNES: *Prehistoria*, tomo III, «Edad del Hierro», fig. 6, núm. 17), pero que ya tienen su continuidad hispánica en ejemplares como el procedente de Arcóbriga (Zaragoza), que aparece en la figura 24, número 4 de la última fila (CERRALBO: *Las necrópolis ibéricas)*.

De estos modelos de fíbulas con el cuerpo de sección triangular pueden derivarse los ejemplares totalmente esquemáticos con el tronco en formade T, como el que se presenta en la lámina IV, número 4, en el que aún parece apreciarse el pequeño apéndice de la cabeza en forma de pico y la cola ligeramente levantada hacia arriba y redondeada, que es típica en estos caballos de silueta aviforme.

A la otra fíbula con dos cabezas de Vega de Magaz no le he encontrado ninguna parecida; en corte general, pero con una sola cabeza y con las patas y panza en forma de arco, se le parece la desenterrada por el marqués de Cerralbo en una sepultura femenina de Arcóbriga *(Las necrópolis ibéricas,* lám. XII).

(10) Obra citada, tercera parte: *Second âge du fer ou époque de La Tène,* figs. 629 y 630, pág. 1.408. París, 1914.

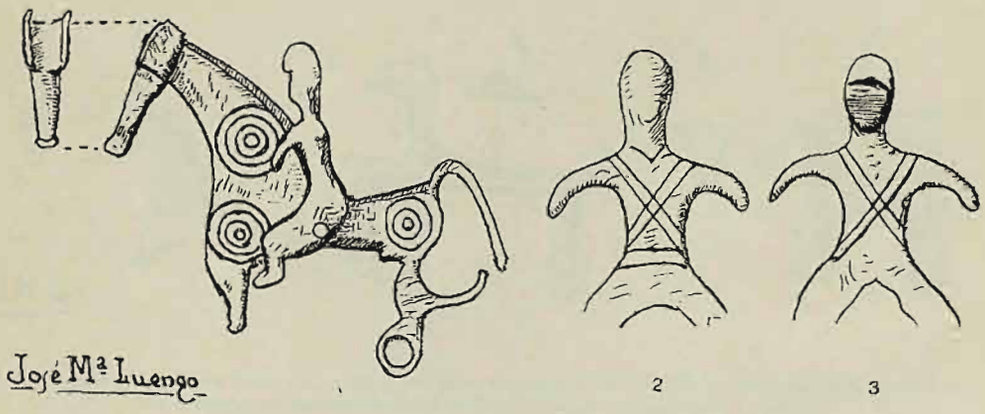
(11) *Arqueobiología: Estudios de Arqueología protohistórica y Etnografía de los astures lancienses* (hoy leoneses), lám. V, núm. 23. León, 1902.

(12) *Las necrópolis ibéricas,* pág. 57, fig. 25. Madrid, 1916. En la obra aludida de Déchelette, en la figura 354, número 6, aparece una fíbula del tipo de la de Miraveche, que se cita en el texto, pero con la diferencia de que la cabeza aparece unida a la caja de la aguja, cuyo ejemplar es el escalón evolutivo para ésta del marqués de Cerralbo, descartándose con ello totalmente la posibilidad de que se tratara de un elefante esquemático.

(13) *Dos tipos genéricos de falcata hispánica,* en el «Archivo Español de Arte y Arqueología», número 30. Madrid, 1934.

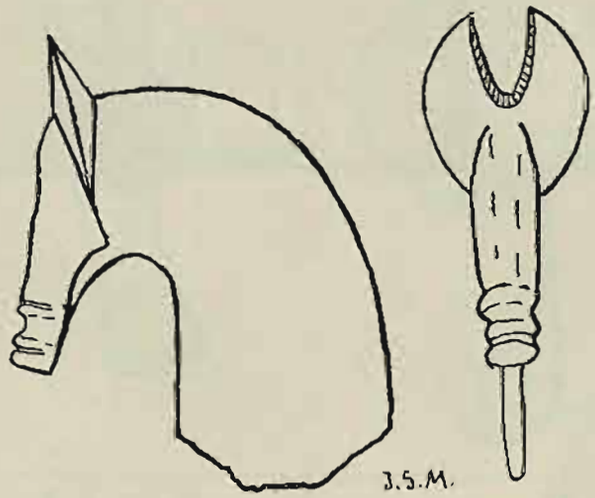
(14) *Tipología del puñal en la cultura de Las Cogotas,* en el «Archivo Español de Arte y Arqueología», número 21. Madrid, 1931 (lám. VI, núm. 6, y lám. VII, número 5).

A



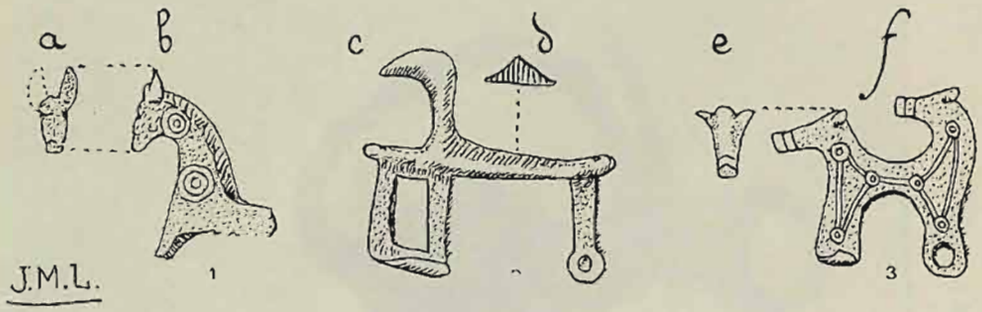
A. - Fíbula con jinete y sus detalles, procedente de León.
(Colección de la Comisión de Monumentos.)

B



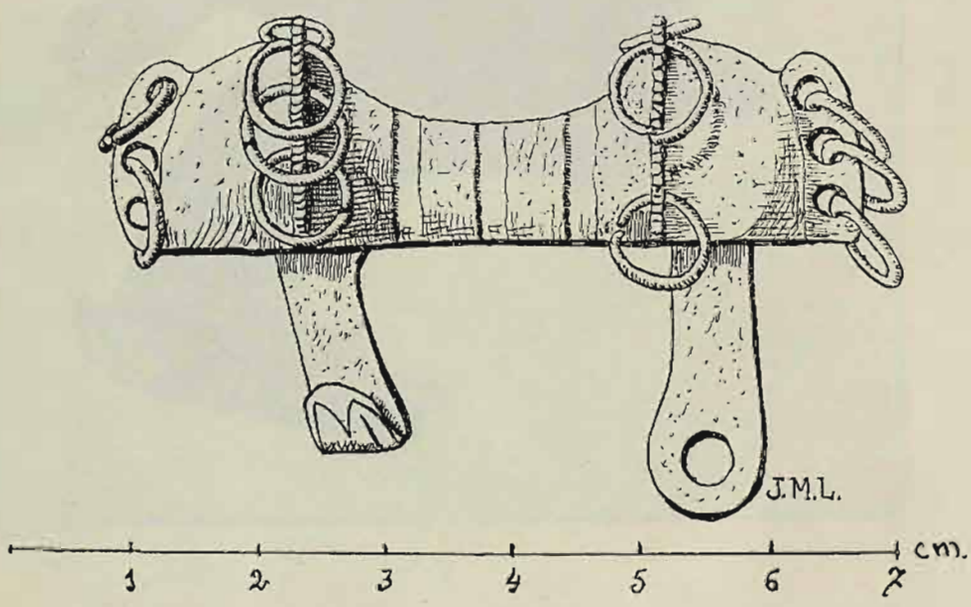
B.- Cabeza de fíbula, de frente y de perfil, procedente de Lancia.
(Colección Julián Sanz Martínez.)

A



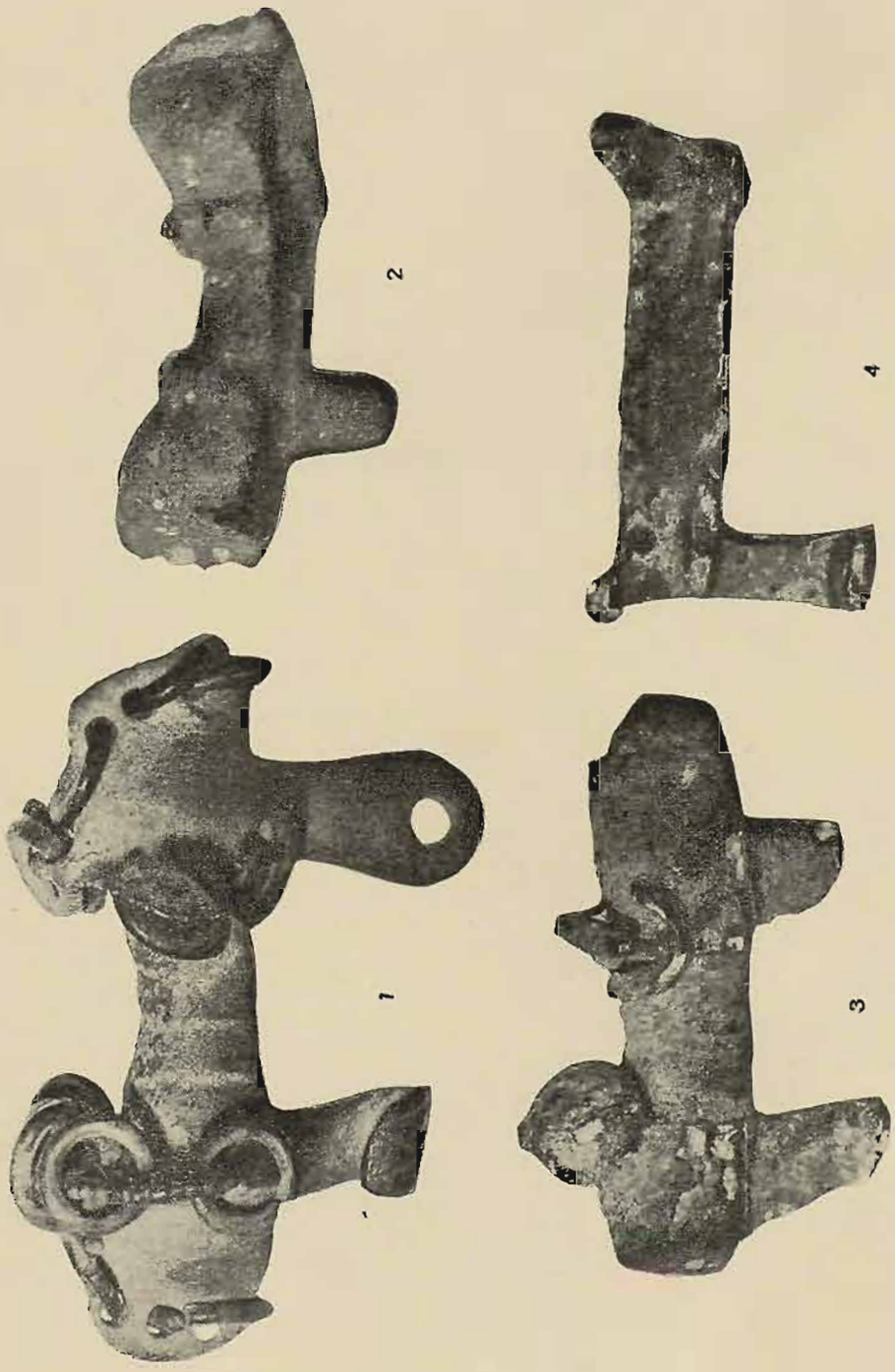
A.—1, cabeza de fíbula, de frente y de perfil, procedente de Lancia. (Colección de la Comisión de Monumentos.)
2 y 3, fíbulas procedentes de Vega de Magaz. (Museo Arqueológico de León.)

B



B.—Fíbula procedente de Lancia. (Colección de la Comisión de Monumentos.)

Fíbula con jinete. (Colección de la Comisión de Monumentos de León.)



Fíbulas de caballos esquemáticos (Colección de la Comisión de Monumentos de León)

Broche de cinturón de Despeñaperros (Jaén)

por Julio Martínez Santa-Olalla

Broche de cinturón de Despeñaperros (Jaén)

por Julio Martínez Santa-Olalla

Con frecuencia aparecen en el mercado de antigüedades piezas con la procedencia de Despeñaperros, el famoso santuario ibérico de la provincia de Jaén, mina inagotable de riqueza arqueológica constantemente explotada.

Una de las piezas últimas llegadas a mi conocimiento (1), y que he podido fotografiar, es el broche de cinturón de que voy a dar cuenta, que en el comercio va acompañado de una pieza de cierre que nada tiene que ver con él. Esta segunda pieza, por ser lisa y falta de interés, la omitimos en la presente nota.

Las dimensiones de la placa son 7,1 centímetros de longitud por 6,4 de anchura. Es toda ella de bronce, y tuvo tres clavillos del mismo metal para sujetar el cuero; de ellos se conservan sólo dos La superficie está totalmente decorada mediante dos técnicas: nielado e incisiones discontinuas en plata.

El tema decorativo central se ha originado en el de la palmeta y volutas, libremente interpretadas, las cuales entroncan en el estilo jónico. Las grandes ovas que completan la composición son un síntoma más del jonismo que impregna lo ibérico.

Nuestra placa de cinturón de Despeñaperros pertenece a una serie numerosísima, típicamente ibérica, según parece, en su desarrollo, pero de origen celta, frecuentemente representada con amoroso cuidado en *exvotos* de nuestros santuarios prerromanos, que ha disfrutado de gran favor en los siglos IV y III antes de J. C. principalmente, no sólo entre los iberos, sino también entre los pueblos específica o fundamentalmente celtas de la Península, para quienes tan ricos broches eran, según demuestran las nuevas excavaciones, piezas muy buscadas, cuya presencia no es rara en ricos ajuares funerarios.

Piezas muy semejantes a la nuestra fueron publicadas por J. Cabré prin-

(1) Entre ellas hay una figurilla femenina que se cuenta como uno de los mejores bronces ibéricos. (Véase J. Martínez Santa-Olalla: *Nuevo bronce ibérico del santuario de Despeñaperros (Jaén)*. Homenaje a Mélida, II, pág. 163. Madrid, 1934.)

cipalmente en 1928 (1), aunque algunas fuesen conocidas de mucho antes, ya que especialmente P. Bosch Gimpera se había ocupado de ellas en 1921 (2). La tipología de estos broches rectangulares fué establecida por P. Bosch Gimpera siquiera fuese de una manera esquemática, que hoy, en vista de los nuevos hallazgos, se podría detallar y precisar extraordinariamente. Por lo que hace al origen del tipo, es específicamente celta y se puede relacionar con piezas, por ejemplo, del cementerio de Hallstatt (Austria). Por su decoración típica es celta también, pues su estilo es plenamente coincidente con el de ciertas estelas nóricas y pannónicas que presentan semejantes temas decorativos (3).

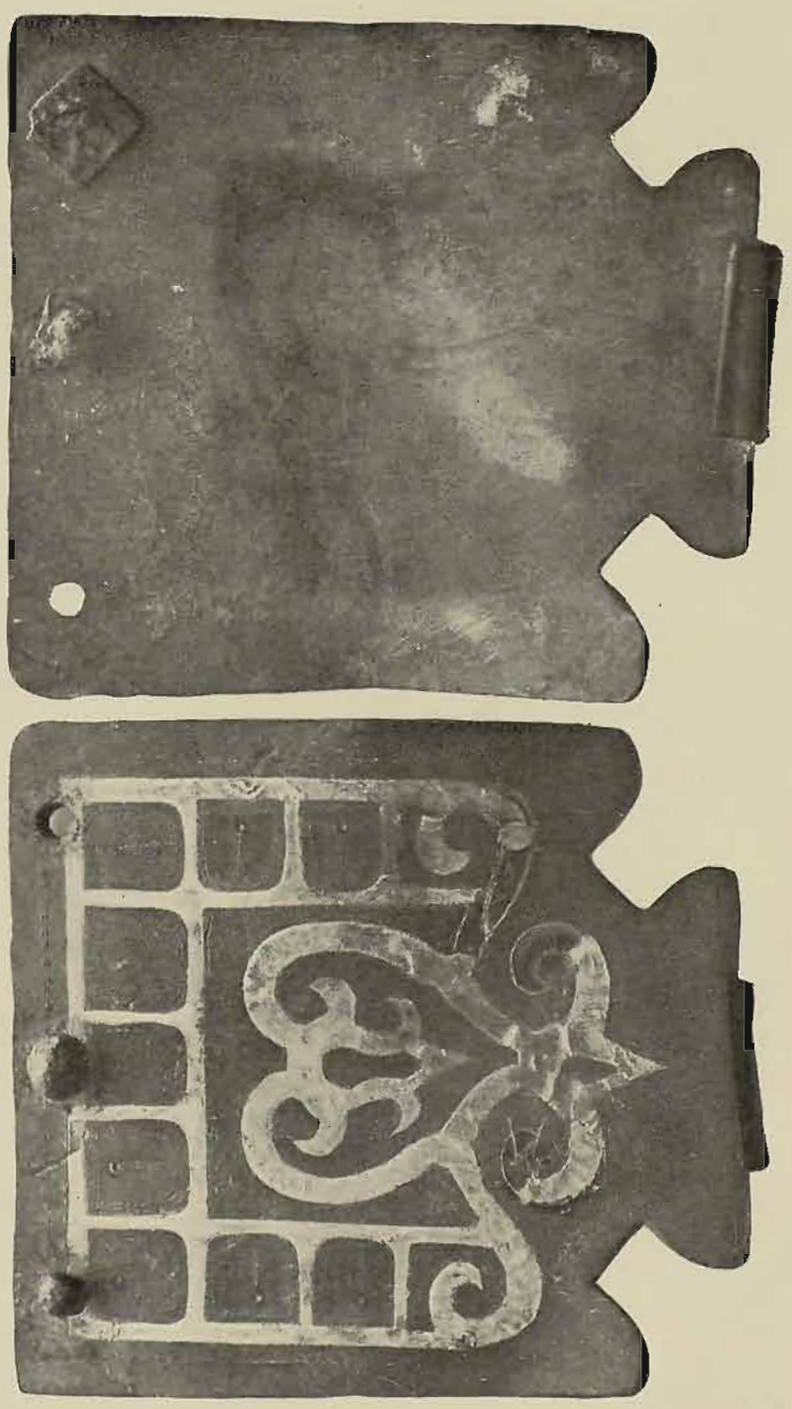
La tipología y estilo de estos broches de cinturón ponen en evidencia una vez más cuán importante es el camino continental hacia el centro de Europa para nuestras civilizaciones de la segunda Edad del Hierro, y qué grande es también el elemento celta en la cultura ibérica que fructifica en gran parte gracias a su influjo bienhechor.

---

(1) J. Cabré: *Decoraciones hispánicas.* «Archivo Español de Arte y Arqueología», núm. 4, págs. 97 y sigs. Madrid, 1928. El título podrá inducir a error, pues la palabra hispánico se podría interpretar con un sentido general equivalente a español, o en su sentido estricto, que correspondería a la época romana. Aquí se reúnen las piezas hasta entonces conocidas, y en general se dan de ellas buenas reproducciones.

(2) P. Bosch Gimpera: *Los celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica.* «Boletín de la Sociedad Española de Excursiones», XXIX. Madrid, 1931.

(3) Rajko Lozar: *Ornamenti norisko-panonske kamnoseske industrije.* «Casopis za Zgodovino in Narodospije», XXIX, págs. 99 y sigs. Maribor, 1934. Varios ejemplos muy típicos hay en Aquincum, entre ellos un ara del pretorio. (Véase V. Kuzsinszky: *Aquincum. Ausgrabungen und Funde.* Budapest, 1934. Fig. 197.) Más ejemplares pueden verse, como los procedentes de Cilli, donde se repite varias veces, y María-Saal, reproducidos por A. Schober: *Die römischen Grabsteine von Noricum und Pannonien* (Sonderschriften des österreichischen Archäologischen Institut. Bd. X). Wien, 1923.



Broche de cinturón, en bronce nielado, de Despeñaperros (Jaén), 1 : 1.

(Fot. J. Martínez Santa-Olalla.)

Bronce inglés de La Tène hallado en Játiba (Valencia)

por Julio Martínez Santa-Olalla

Bronce inglés de La Tène hallado en Játiba (Valencia)

por Julio Martínez Santa-Olalla

No son frecuentes en los conjuntos españoles de la segunda Edad del Hierro ejemplares artísticos o industriales de La Tène, al menos reconocidos como tales. En el Norte de la Península, especialmente en la cerámica, hay conjuntos numerosos e importantes de cerámica. En el Sur y Levante estos ejemplares escasean más, por lo que tiene especialísimo interés la pieza de que nos vamos a ocupar.

Debemos el conocimiento del bronce descubierto en Játiba a la amabilidad de su propietario D. José Chocomeli, quien nos le presentó para su estudio y nos facilitó las dos fotografías que aquí se reproducen.

Al W. de Játiba parece, según los informes que amablemente me ha ofrecido el Sr. Chocomeli, hay unos extensos terrenos en los cuales, y partiendo del *Calvari Baixet*, se abrió recientemente una calle, con cuyo motivo encontraron el anillo de bronce. Al abrir las zanjas para cimentar una casa, y a una profundidad de tres a cuatro metros, se encontró una sepultura, cuyo cráneo llevaba sobre el temporal la pieza metálica objeto de esta nota.

Un examen del objeto, cuyo peso es 66 gramos y sus dimensiones 4,5 por 3,5 centímetros, hace observar que antiguamente estaba recubierto por esmalte, que ha desaparecido por desgracia, no quedando más que leves restos. De su forma y detalles dan buena idea las fotografías, que permiten identificarle con los anillos de bocado de La Tène hallados especialmente en Inglaterra, sin tener nada que ver con cosas visigodas, cual parece pensaban todos los que le vieron, pues el estilo es claramente de La Tène.

La técnica del esmalte es el *champlevé*. El color, blanco lechoso, levemente coloreado de azul. En algún alvéolo parece que hubiese restos de esmalte rojo. Precisamente estos colores que ofrece el anillo de bocado valenciano son los que aparecen como típicos de los bocados ingleses de bronce con esmaltes junto con el amarillo y rojo, ambos aisladamente, cual ocurre, por ejemplo, con los bocados de Hull, en el Yorkshire (1), y de Birrenswark, en

(1) J. Romilly Allen: *Celtic art in pagan and christian times*. Segunda edición. London, 1912.

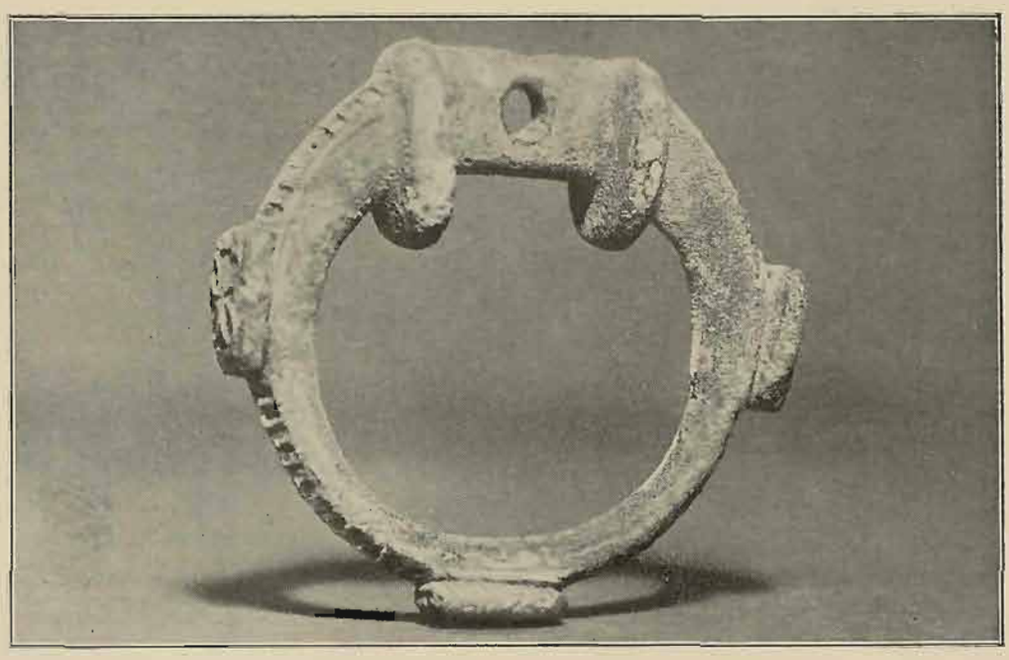
Dumfriesshire (1). Otro tanto ocurre con el tema de la estrella o rosa de cuatro pétalos, abundante y típica en el *late celtic* o La Tène IV (2).

Desde luego se trata de un ejemplar importado procedente de Inglaterra, y que pertenece al siglo I de J. C. Paralelos podemos señalar numerosos en el British Museum de Londres especialmente, procedentes de Kings Barrow, en Arras (Yorkshire), Polden Hill (Somerset), Alfriston (Sussex), Stanton (Suffolk), Stanwick (Yorkshire), Westhall (Suffolk) y Polden Hill (Somerset). Fuera de Londres debemos señalar especialmente los paralelos de Neath (Glamorganshire), en el Museo de Cardiff, y Saham Toney Norfolk, en el Museo de Norwich.

---

(1) R. MUNRO: *Prehistoric Scotland and its place in europæan civilisation.* Edimburgh and London, 1899.

(2) R. A. SMITH: *British Museum. Guide to early iron age antiquities.* London, 1925.



Bronce inglés de La Tène, hallado en Játiba (Valencia), 1 : 1.

(Fot. Chocomeli.)

Nuevos datos sobre las excavaciones de Silniana, San Pedro Alcántara (Málaga)

por José Pérez de Barradas

Nuevos datos sobre las excavaciones de Silniana (San Pedro Alcántara, Málaga)

por José Pérez de Barradas

De mis estudios arqueológicos realizados en 1929-30 en la colonia de San Pedro Alcántara, situada entre Marbella y Estepona, en la provincia de Málaga, han quedado inéditos los planos de las ruinas de la antigua Silniana, descubiertas hasta noviembre de 1930, y el del *aqua castellum* de Las Bóvedas. Al publicar ahora estos materiales he creído oportuno dar a conocer cuanto se sabe de esta población romana del litoral malacitano (1 y 2).

Sus restos se encuentran en la parcela número 4 de Vega del Mar y en los alrededores de Las Bóvedas, y están separados por el arroyo del Chopo. Todos ellos forman un grupo urbano, que ha sido conocido desde hace tiempo. El primero que las cita parece haber sido D. Macario Fariñas del Corral (3), que las identificó con Salduba. Igual hizo Ceán Bermúdez (4), pero G. Bonsor (5) colocó ya a Salduba en la desembocadura del río Verde y atribuyó las ruinas de Las Bóvedas a Silniana.

Es curioso, sin embargo, que estas ruinas no interesaran a nadie, ni siquiera al ilustre arqueólogo malacitano D. Manuel R. de la Berlanga, quien declara que sólo vió la torre de Las Bóvedas desde el mar, «sin que pueda conjeturar si sería un sepulcro, unas termas, ni aun siquiera si fué obra de los romanos» (6). En cambio menciona haber visto y clasificado una moneda de oro de Honorio y varias de cobre del bajo imperio de esta localidad.

Es de creer que las ruinas no recibieron su golpe de gracia hasta la construcción de la fábrica vecina, pues para ella se emplearon piedras de los acueductos y de los muros que sobresalían del suelo, según me han referido los ancianos del pueblo.

Citaremos solamente que en 1914-15 D. José Martínez Oppelt realizó algunas excavaciones en el área de la basílica, que en 1930 fué excavada por nuestra parte. Se trata de una basílica cristiana de tres naves y dos ábsides, con baptisterio con piscina de inmersión cruciforme, y otra pequeña para niños y con dos atrios laterales. Este tipo oriental llegó allá por intermedio del Norte de Africa. Tanto alrededor como en sus dependencias y naves se hallaron 148 sepulturas, cuya fecha extrema es el siglo VII después de J. C. (Sobre estas excavaciones véanse otras publicaciones nuestras 1, 2 y 7.)

Por lo que hay descubierto en la actualidad podemos indicar que Sílniana era una población pequeña costera, dedicada especialmente a la industria del *garum*. Aparece dividida en dos partes por el arroyo del Chopo (lám. I).

La occidental está en las cercanías del cuartelillo de carabineros y de una torre del tiempo de los Austrias (lám. II), y la oriental en la parcela número 4 de la tercera hoja de Vega del Mar, en un bosque de eucaliptos, en las cercanías del carril de la fábrica que parte desde junto a la antigua fábrica de azúcar, hoy destilería y bodega, situada en el kilómetro 176 de la carretera de Málaga a Cádiz y a 900 metros de la bifurcación de la carretera en construcción a Ronda, que conduce al pueblo de San Pedro Alcántara.

En la parte occidental o de Las Bóvedas lo más importante es la ruina conocida con ese nombre, a la que ya hemos aludido y de la cual publicamos ahora los planos. Es un edificio formado por gruesos muros de hormigón en estado ruinoso y con grandes lienzos caídos. Consta de una sala central de planta circular con cinco nichos pequeños y dos mayores abovedados. Estos y el central de los pequeños dan paso a siete departamentos que comunican entre sí, uno cubierto con bóveda de cañón y los dos restantes con medias cúpulas. Los muros exteriores de estas salas están caídos y sus restos ocupan una gran extensión. Los arcos y dinteles de las puertas son de ladrillo. No es clara la subida al piso superior, que está formado por varios departamentos que dan a un pasillo con piso de *opus signium*, que corre alrededor de la sala principal. También hay subterráneos que se abren a la playa. Sospechamos que se trata del depósito final de un acueducto (8) por su disposición general, porque los muros están atravesados por una serie de orificios revestidos de dos tejas, por haber descubierto cerca de él una clara conducción de aguas y porque hacia él vienen unos poderosos cimientos de cerca de un metro de ancho y 200 de largo, que en un principio creímos fuesen murallas, pero que, según nos dijeron los obreros viejos de la finca, tuvieron arcos, que fueron destruídos para la construcción de la fábrica (9). La tradición, muy repetida, de que Las Bóvedas comunican por galerías con la montaña de Montemayor pudiera ser un eco de una conducción de aguas, pues en este último lugar hay manantiales abundantes.

Es muy natural que una ciudad industrial necesitara para el funcionamiento de sus fábricas de salazón gran cantidad de agua potable, la cual no correría en las fábricas si se hubiera construído un depósito excavado en el suelo y no un *castellum* que la elevara. En apoyo de nuestra sospecha tenemos incluso el testimonio de Fariñas (10), que cita dos acueductos en Las Bóvedas.

Hacia Poniente, en un terreno inculto cubierto de pinos y palmitos, hay vestigios claros de fábricas de salazones con series de pilas al descubierto, de las cuales hicimos limpiar dos en 1929, y en su contorno hay restos de edificaciones, como comprobamos en la misma fecha. Que en esta parte había edificios importantes nos lo acredita el hallazgo de una basa de columna de brecha conchífera.

En la otra parte los restos de muros aparecen rodeando el almacén, y se extienden entre el camino del mismo y la linde del bosque de eucaliptos de

Vega del Mar. También hay salazoneras, pues limpiamos una en 1929, y merece citarse un horno de fundición de hierro.

En Vega del Mar, además de la basílica y de la necrópolis que la rodea e invade, hay restos de poblado en las proximidades de la zona marítima. En las zanjas que exploramos en 1929 aparecieron muros, y en 1930 se excavaron una habitación con piso de mosaico muy destrozado, de teselas blancas y grises formando cuadros, con zócalo de mármol, y otros muros relacionados con esta habitación, uno de ellos con una especie de alcantarillado. Se hallaron un trozo de estuco verde, *terra sigillata*, trozos de ánforas, vidrio, anzuelos, un asa pequeña, una cadenita, clavos de hierro y bronces pequeños del Bajo Imperio.

Como se ve, es poco lo conocido hoy día de Silniana; pero no dudamos que las excavaciones, que se harán más o menos pronto, han de arrojar tan viva luz en el conocimiento de una población romana en la costa de Málaga, como han dado las excavaciones de Bolonia en la provincia de Cádiz.

Lo que hasta la fecha se ha descubierto de Silniana corresponde al Bajo Imperio, y es debido a la reconstrucción de la ciudad después de su destrucción en el año 365 después de J. C., en que un maremoto arrasó todas las poblaciones del litoral. Después de este tiempo se reedificó la ciudad y se levantó la basílica, que debieron sufrir grandes daños en otro maremoto ocurrido en el año 526 después de J. C., del cual hemos podido encontrar huellas. Desde entonces hasta la invasión árabe la ciudad languideció en extremo, y quizá estaba deshabitada cuando ocurrió este suceso histórico.

NOTAS

(1) PÉREZ DE BARRADAS (J.): *Exploración arqueológica de la colonia de San Pedro Alcántara (Málaga).* «Investigación y Progreso», año III, págs. 107-109. Madrid, 1929.

(2) PÉREZ DE BARRADAS (J.): *Excavaciones en la colonia de San Pedro Alcántara (Málaga). Trabajos realizados en 1915, 1916 y 1929.* Memoria número 106 de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Madrid, 1930. *Excavaciones en Vega del Mar (San Pedro Alcántara, Málaga).* «Boletín de la Academia de la Historia», t. XCVI, págs. 94-95. Madrid, 1931, y «Actas de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria», t. IX, pág. 17. Madrid, 1930.

(3) FARIÑAS DEL CORRAL (LICENCIADO D. MACARIO): *Tratado de las marinas desde Málaga a Cádiz y algunos lugares sus vecinos, según fueron en los siglos antiguos.* Dedicado al Sr. D. Pedro de Ulloa Golfín, del Consejo de S. M. y su servidor en la Chancillería de Granada, 1663. Manuscrito que se conserva en la Academia de la Historia de Madrid.

(4) CEÁN BERMÚDEZ: *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España, y especialmente las pertenecientes a las Bellas Artes,* pág. 302. Madrid, 1832.

(5) BONSOR (G.): *Les colonies agricoles prerromaines de la vallée du Betis.* «Revue Archéologique», pág. 127. París, 1899.

(6) BERLANGA (M. R. DE LA): *Catálogo del Museo Loringiano,* pág. 172. Málaga, 1903.

(7) PÉREZ DE BARRADAS (J.): *Basílica paleocristiana de Vega del Mar (San Pedro Alcántara, Málaga).* «Investigación y Progreso», año VI, págs. 92-94. Madrid, 1932. *Basílica paleocristiana de Vega del Mar (San Pedro Alcántara, Málaga).* «Archivo Español de Arte y Arqueología», núm. 22. Madrid, 1932.

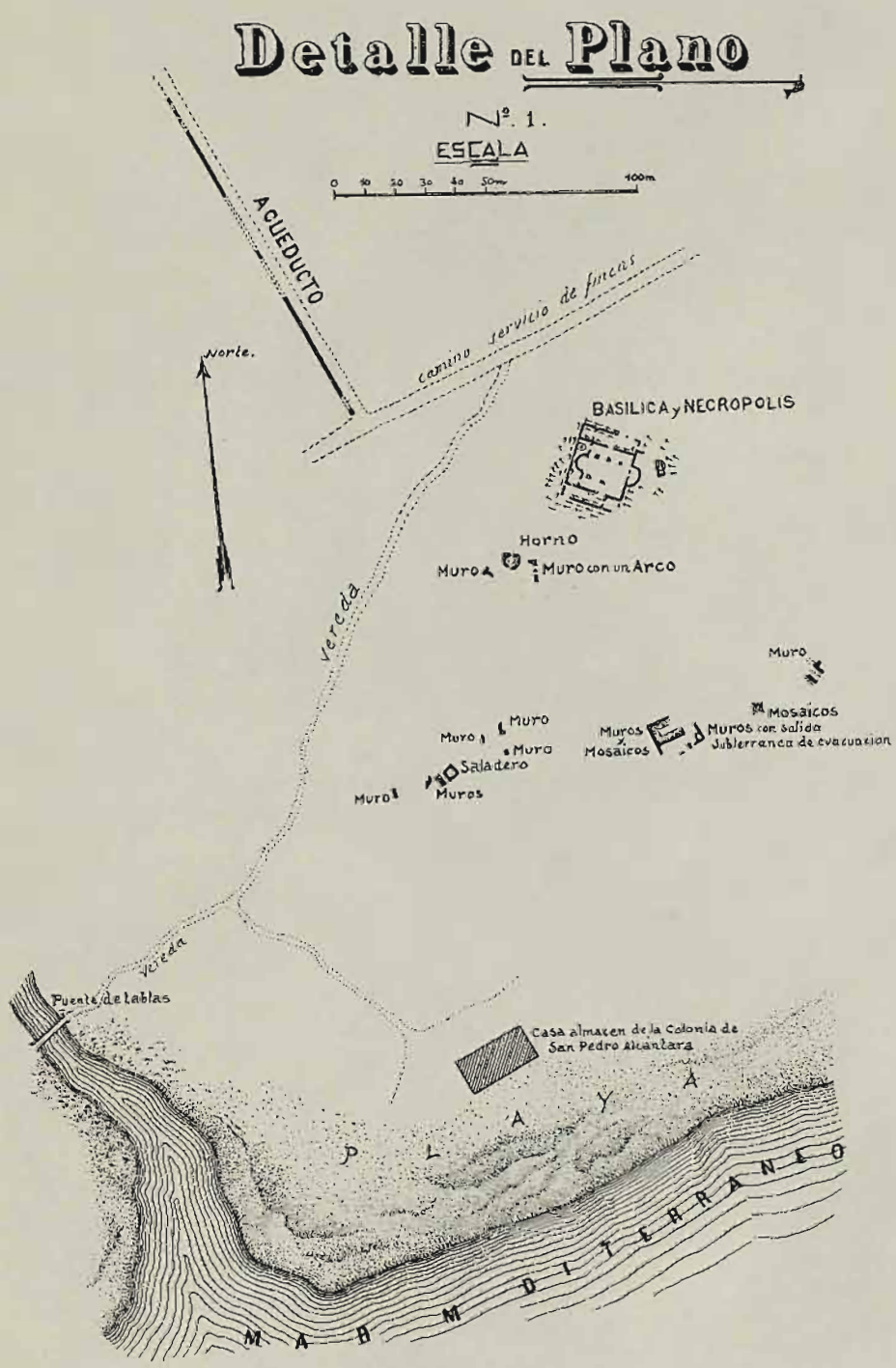
(8) CAGNAT (R.) et CHAPOT (V.): *Manuel d'Archéologie romaine,* t. I, págs. 99-102. (Véase nota 2, págs. 11-12.)

(9) Igual ocurre con otro análogo que se dirige a la parcela 4 de Vega del Mar. (Véase nota 2, lám. I, fig. 4.)

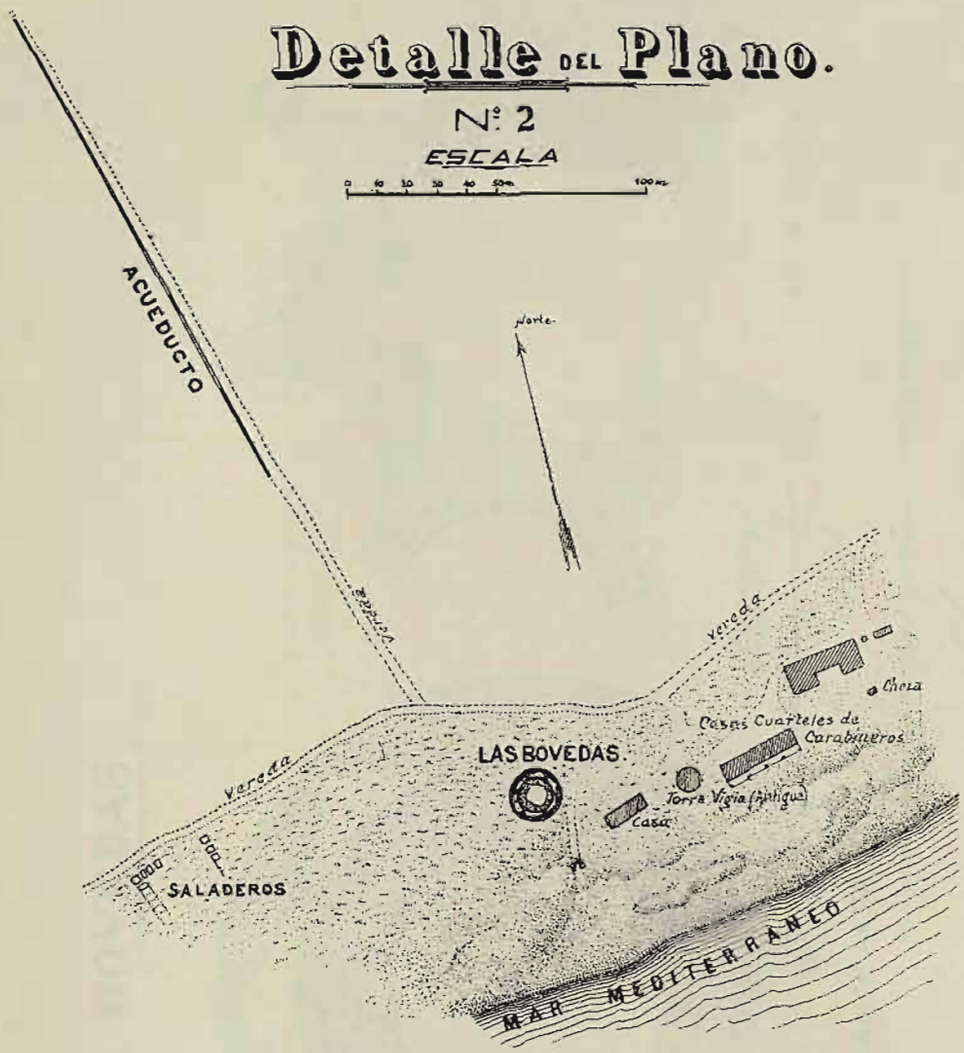
(10) Véase nota 3.

(11) PARÍS (P.), BONSOR (G.), LAUMONIER (A.), RICARD (R.) et MERGELINA (C. DE): *Fouilles de Bello. La ville et ses dependences,* t. I. Bordeaux, 1923.

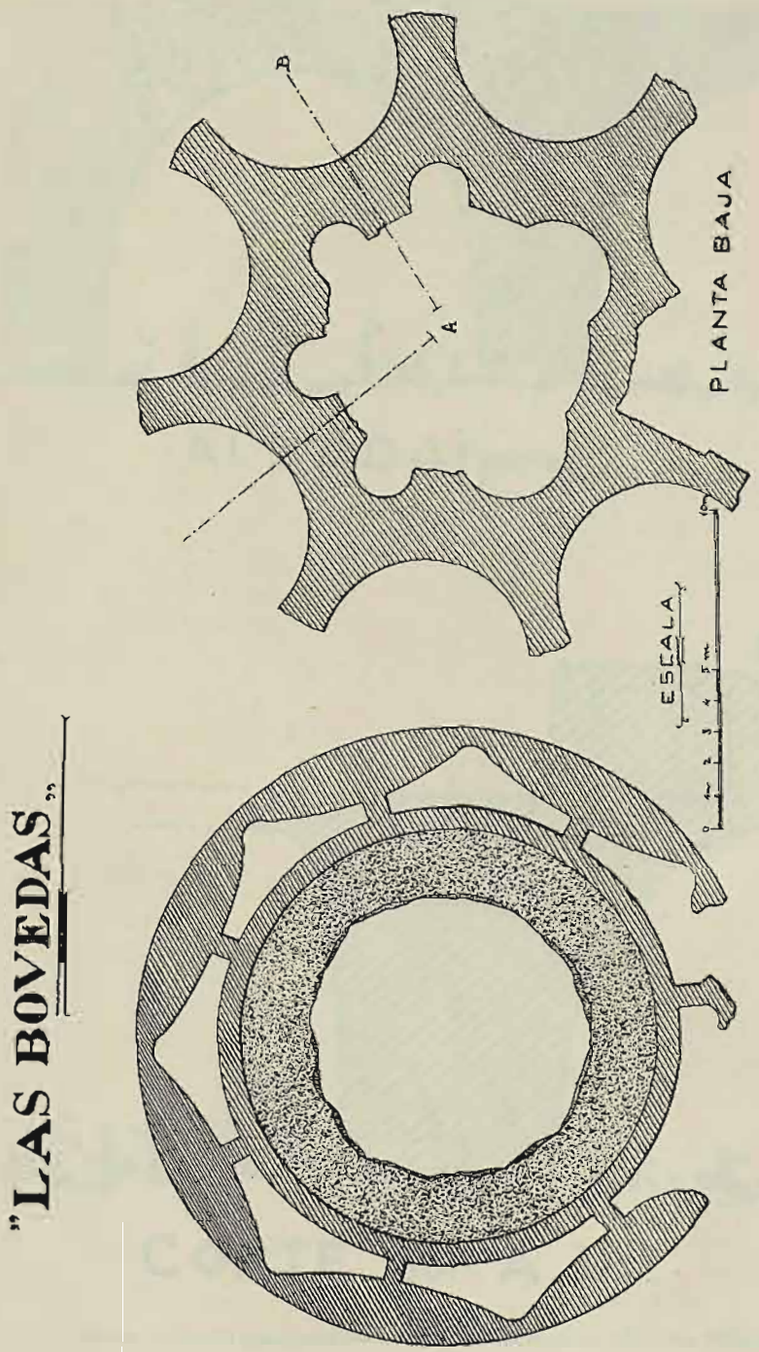
Plano general de las ruinas de la ciudad romana de Silniana (San Pedro de Alcántara, Málaga).



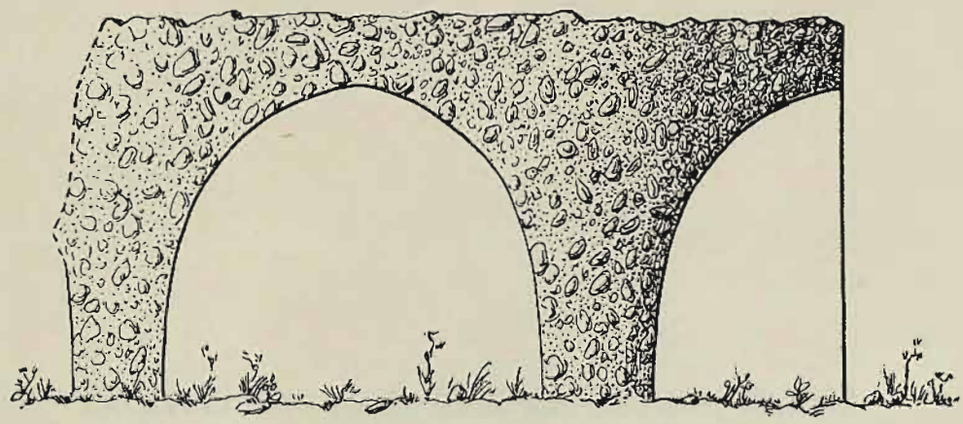
Detalle número 1 del plano anterior.



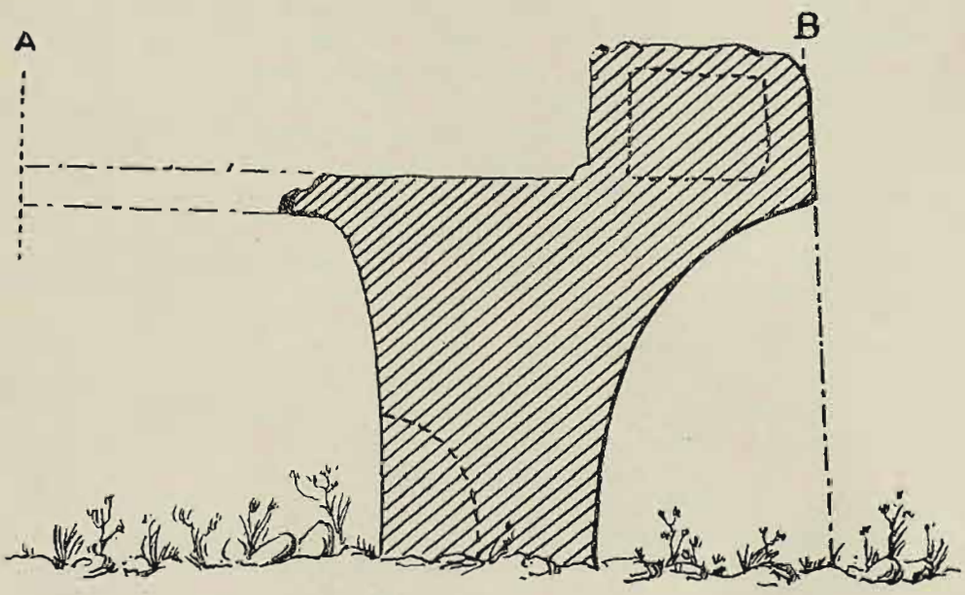
Detalle número 2 del plano anterior



Plantas del *aqua castellum* de Silniana (San Pedro de Alcantara, Málaga)



ALZADA (parte)



CORTE por A.B.

Alzada y corte del *aqua castellum* de Silniana (San Pedro de Alcántara, Málaga).

Excavaciones en la Casa de Campo, Madrid

por José Pérez de Barradas

Excavaciones en la Casa de Campo, Madrid

por José Pérez de Barradas

Apenas permitido el libre acceso a la Casa de Campo, D. José Viloria encontró varias estaciones con cerámica romana. Una de ellas escogimos en el verano de 1933 para realizar excavaciones, que fueron acogidas con interés por la Comisión de la Casa de Campo, la cual nos dió toda clase de facilidades y de medios materiales. Es un deber manifestar nuestro agradecimiento a D. Manuel Muiño, a D. Ramón de Madariaga, al ingeniero D. Manuel Alvarez Naya y al administrador de la Casa de Campo D. Luis Perla.

El lugar a que nos referimos está situado en la margen derecha del arroyo de Meaques, entre el puente que conduce a la puerta del Angel y el puente de la Agachadiza. Es una loma suave, distante de éste unos 200 metros, que tenía el suelo materialmente cubierto de restos de tejas romanas. Las madrigueras de los conejos habían puesto al descubierto en muchos puntos fragmentos de *terra sigillata*, lo cual, unido a la topografía, parecieron indicios suficientes para suponer allí el emplazamiento de una villa romana.

Las excavaciones comenzaron el día 24 de julio en el extremo E. Se abrió una zanja de 33 metros de larga paralela al arroyo de Meaques, la cual cortó un bolsón de cenizas de 1,10 metros de profundidad máxima y de 26 de largo. Entre las cenizas aparecieron huesos de animales, cerámica tosca, *terra sigillata*, aunque escasa, tres teselas de mosaico tosco, algún fragmento de estuco y trozos de vidrio y de metal.

Perpendicularmente a ella se abrieron dos zanjas, una de 20 metros de larga en el centro del cenizal y otra en el extremo. Aquélla ofrecía una capa de ceniza de 90 centímetros en el principio y de 60 a los 10 metros, para terminar en su extremo. Continuaron los mismos hallazgos. Especial mención merece un fragmento de molino circular de granito.

En la otra zanja no apareció nada en los primeros 20 metros. Después se encontraron grandes piedras de silex, que fueron utilizadas en la construcción; un fragmento de estuco de 30 centímetros de largo, y a continuación un estrato con trozos de tejas romanas, de 20 centímetros de grueso, debajo de la tierra vegetal. Esto nos hizo confiar en que se encontraría cerca la villa que íbamos buscando, máxime cuando este nivel se prolongaba en la zanja, pero

cesó a los 18 metros. Según otra transversal, sólo tenía cinco metros de fondo. Con las tejas aparecieron algunos ladrillos y dos fragmentos de molinos circulares grandes de granito.

En una zanja paralela a ésta hallamos después un pavimento tosquísimo formado por un empedrado de cantos rodados, que en un principio nos pareció ser un camino que conducía a la villa; pero la solución la tuvimos al poco tiempo, pues en la misma zanja apareció un muro de una piscina.

Descombrada ésta vimos que era doble. La primeramente descubierta medía 2,10 metros de larga, 1,35 de ancha y 0,85 de profundidad. En uno de sus lados menores había dos escalones a 48 y 82 centímetros del fondo. La segunda, unida a la anterior, medía 1,80 metros de larga e igual anchura y profundidad. También tenía dos escalones de 45 y 40 centímetros de ancho y a 50 y 85 del fondo.

Estas piscinas estaban hechas con unos muros muy toscos de piedra caliza, unidos por un mortero de cal y revestidos de *opus signium* de poca consistencia. Nos dieron la solución del problema. No puede comprenderse que el escalón superior estuviera al nivel del piso, puesto que estas piscinas están excavadas en el suelo. Lo lógico es que el piso de la villa estuviera a mayor altura y que ésta haya sido destruída por completo. La capa de cantos antes citada puede interpretarse como la primera hilada de piedra de un pavimento de mosaico tosco, del cual se hallaron teselas en el relleno de las piscinas, y que éstas y aquél correspondan al peristilo. Para afirmarnos en este resultado abrimos nuevas zanjas en otras direcciones, y en efecto, fué comprobado, pues no aparecieron indicios de los que se dedujera lo contrario, por lo cual suspendimos las excavaciones el día 30 de septiembre.

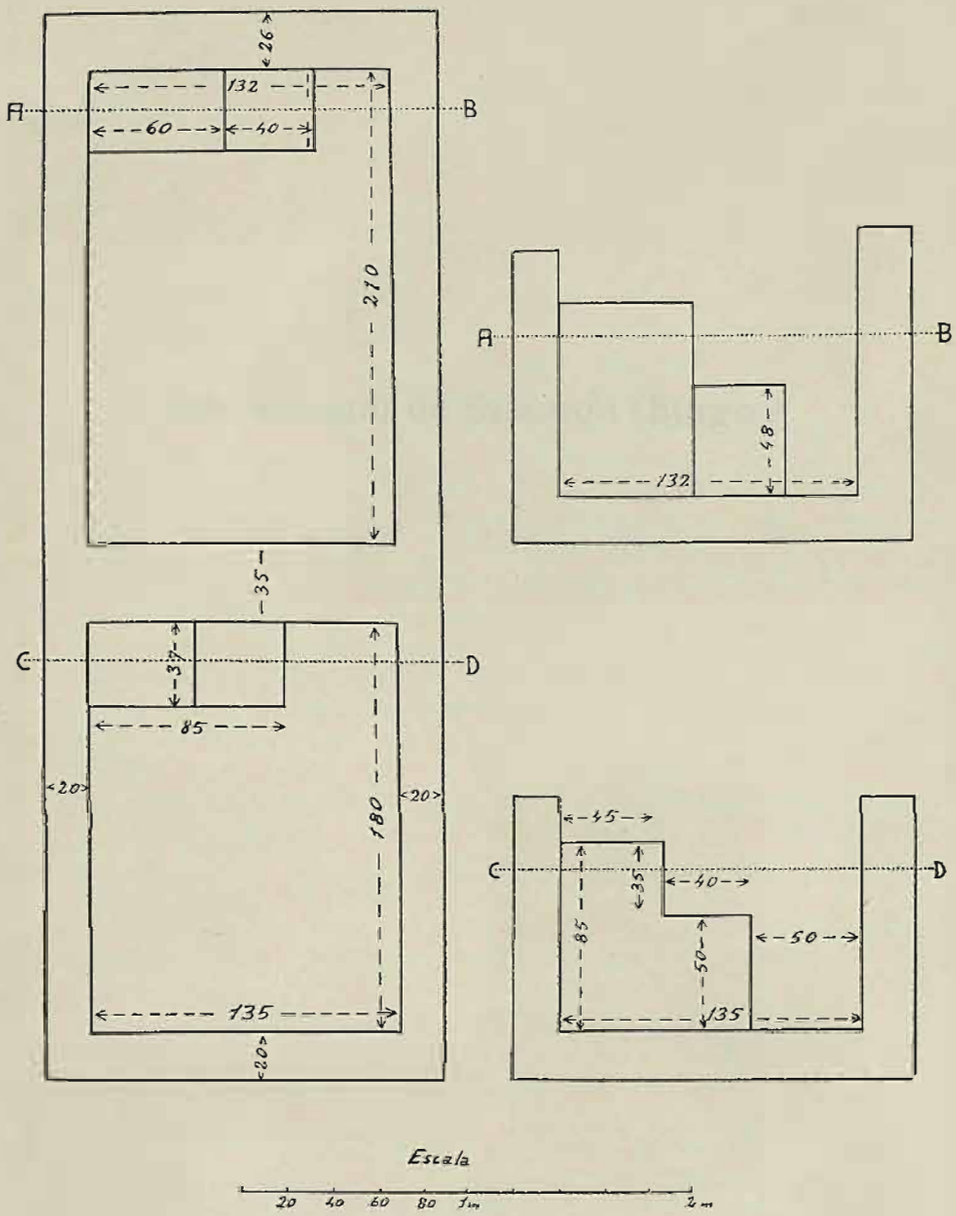
Los objetos aparecidos han sido escasos y pobres. La *terra sigillata*, en fragmentos que no permiten la reconstrucción de ningún vaso, es lisa, o la decoración es muy sobria. Sólo tenemos dos bordes, quizá de la forma 36 que ofrecen uno una franja de espiguillas y otro de círculos. Dar una fecha por estos elementos nos es imposible. En el material recogido por Viloria hay un trozo de confección indígena.

La cerámica basta es de barro amarillo, negro o rojo. Tampoco han salido trozos suficientes para reconstituir ninguna vasija.

De pesas de telar han aparecido cuatro completas y un fragmento de otra. Son rectangulares, con dos agujeros. Una tiene grabada en su parte superior una X.

La pieza más interesante, aunque de significado desconocido para nosotros, es una de hierro aparecida en una de las piscinas. Consta de dos aros concéntricos de hierro, entre los cuales hay restos de madera. También aparecieron tres clavos de hierro y un trozo de plomo.

Mucho lamentamos el poco éxito de estas excavaciones; pero, no obstante, han servido para demostrar que los hallazgos superficiales son sólo indicios y nunca tienen la importancia que se les da por lo general por *amateurs* y personas ajenas a la ciencia.



Piscinas de una villa (?) romana de la Casa de Campo, Madrid.

Falo romano de Sasamón (Burgos)

Falo romano de Sasamón (Burgos)

Muy cerca vamos del siglo desde que en 1855 Otto Jahn publicase en los *Berichte der kön. Sächs. Gesellschaft der Wissenschaften de Leipzig* su magnífico estudio *Über den Aberglauben des bösen Blick bei den Alten* (1). Desde entonces nada fundamental se ha publicado sobre tan atrayente problema, a excepción de un trabajo de P. Wolters (2), limitándose todos los que a él se han referido a dar resúmenes más o menos afortunados de aquella publicación fundamental (3). La causa principal del estancamiento de tales estudios, especialmente desde un punto de vista arqueológico, en que los materiales se han multiplicado prodigiosamente gracias a las modernas excavaciones, ha sido casi exclusivamente esa falsa moralidad que ha obligado a ocultar y hurtar al estudio imparcial y serenamente científico piezas que indefectiblemente, si han llegado a la publicación, ha sido en series «privadas», que más alentó la pornografía que la ciencia.

Actualmente aquella hipocresía fundadora de *gabinetes* y *museos secretos* ha desaparecido (4). El mejor síntoma de ello es que el Museo Secreto tan famoso, puerilmente famoso, de Nápoles ha desaparecido, y que las piezas, otrora calificadas de «obscenas», que a aquél iban a parar, se conservan hoy *in situ* en los *nuovi scavi* de Pompeya.

Consecuentes con esta orientación publicamos hoy uno de los bronces más interesantes y de mayor valor artístico en su género encontrados en el mundo romano.

La pieza en cuestión se encontró hace muchos años en Sasamón (5), pueblo de la provincia de Burgos, que corresponde al *Segisamun*, ciudad de los turmodigos, en cuyos alrededores instaló Augusto su campamento como base para la guerra cantábrica.

Desconozco la fecha en que tal bronce se descubrió, aunque debió ser a principios de este siglo, cuando se encontraron abundantes antigüedades en Sasamón. Después de muchas vicisitudes fué a parar el magnífico bronce, del cual aseguraron algunos que era una falsificación, a la colección de D. Darío Chicote, de Valladolid, donde tuve ocasión, hace unos diez años, de estudiarle y fotografiarle. Algunos años después la colección Chicote fué ven-

dida, terminando por pasar el falo de Sasamón al Museo Arqueológico de Barcelona.

El bronce que damos a conocer está perfectamente conservado. Su longitud máxima, desde la grupa al extremo del glande, es de 14 centímetros. El gran falo termina por la grupa de un perro, cuyas patas terminan en forma de falos humanos, y de ellas penden, suspendidas de cadenas, sendas campanillas. A la grupa de perro corresponde, normalmente situado, un falo humano también, siendo la cola, vuelta hacia arriba, igualmente de forma de órgano masculino. Sobre el falo cabalga una figura de mujer completamente desnuda, la cual apoya su mano izquierda sobre las nalgas del mismo lado, teniendo en la derecha una corona de laurel, que va a colocar sobre el glande. El moño de la mujer lleva una argollita con su cadena de suspensión.

Por lo que hace al bronce, en su disposición general no representa nada nuevo. Mujeres cabalgando sobre falos y en actitud de coronarlos nos eran ya conocidos; así, por ejemplo, en el Museo Nacional de Nápoles he podido ver recientemente las piezas que llevan los números 27.843 y 27.844, que pertenecen estrictamente a este tipo.

El bronce de Sasamón no representa gran novedad más que por su arte, pues se trata de una pieza que aventaja a todas las que he podido estudiar en distintos Museos, quedando muy por cima de los bronces conocidísimos de este género de Herculano y Pompeya (6).

Es común a todos los bronces profilácticos representando falos un escaso valor artístico, con frecuencia nulo. Se trata en su mayor parte de bronces toscos, muy lejos del buen gusto y arte del de Sasamón, en el cual la observación del natural es perfecta y justas estéticamente sus proporciones. La expresión de la mujer cabalgando sobre el falo tiene cierta decencia dentro del erotismo de la actitud, lejos de la brutalidad corriente en estos bronces.

La fecha a que puede referirse nuestro ejemplar es probablemente la primera mitad del siglo I (después de J. C.), fecha ésta que abonarían en primer lugar los bronces de Pompeya y Herculano, y después razones artísticas, así como de moda, pues a dicha época corresponde el peinado de la mujer. La forma de las campanillas, piramidales, de base cuadrangular y con ángulos apuntados, aseguraría la fecha dada por nosotros, aproximando el falo segisamonense a las piezas más famosas del Museo napolitano, especialmente del Mercurio con pene terminado en cabeza de carnero (7).

NOTAS

(1) *Phil. Hist. Klasse,* págs. 28-110. Leipzig, 1855.

(2) PAUL WOLTERS: *Ein Apotropaion aus Baden im Aargau.* «Bonner Jahrbüchern», 118, 1909, págs. 257-275.

(3) Por ejemplo, KUHNERT, en la palabra *fascinum* de la *Realenciclopädie der Klassischen Altertumswissenschaft,* de PAULY-WISSOWA, o la misma palabra en CH. DAREMBERG y E. SAGLIO: *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines d'après les textes et les monuments.* Igual ocurre en R. CAGNAT y V. CHAPOT: *Manuel d'Archéologie romaine,* vol. II, págs. 196 y sigs. París, 1920.

(4) Ejemplo de ello son también trabajos como el de PAUL JACOBSTAL: ΑΕΛΙΝΑ ΕΠΙ ΤΥΡΟΚΝΗΣΤΙΔΟΣ. «Athenische Mitteilungen», 57, 1932.

(5) De aquí proceden multitud de objetos arqueológicos que he podido estudiar en diversas ocasiones en colecciones particulares, y especialmente en el Museo de Palencia. Entre los hallazgos de este pueblo hay varias figuras de bronce.

(6) M. L. BARRÉ: *Musée Secret.* París, 1875-76. Vol. VIII de *Herculanum et Pompéi,* etc.

(7) HANS LICHT: *Sittengeschichte Griechenlands,* vol. III. *Die Erotik in der griechischen Kunst.* Zurich, 1928, pág. 90.

Falo romano de Sasamón (Burgos).

Excavaciones en Daganzo de Arriba (Madrid)

por José Pérez de Barradas

Excavaciones en Daganzo de Arriba (Madrid)

por José Pérez de Barradas

Las excavaciones que realiza en terrenos de su propiedad, en las inmediaciones del arroyo Torote, D. Saturio Fernández-Godín han tenido poco desarrollo en estos últimos años (1).

En la necrópolis se han excavado una decena de sepulturas análogas a las anteriores, pero sin ajuar alguno. Sólo se ha encontrado en una un anillo sencillo de cobre o de bronce.

En la margen izquierda del arroyo aparecieron en 1931 varias sepulturas idénticas a las anteriores y sin ajuar. En una apareció un objeto de hierro con un borde semicircular, que se prolonga un poco hacia afuera en punta y con el otro rectilíneo y los extremos rectangulares, y un broche de cinturón de hierro.

Más interés ofrece el hallazgo al arar la tierra de una casa visigótica, aún no excavada por completo. Los muros son de cantos rodados unidos por mortero y tierra. Forman habitaciones rectangulares pequeñas, una de las cuales debía ser la cocina, por hallarse una depresión llena de cenizas, huesos de animales y restos de cerámica tosca. En espera de que el Sr. Godín termine la excavación, que nos dará a conocer su planta, nos permitimos dar la noticia de su aparición por juzgarlo de interés.

---

(1) Sobre las campañas anteriores véase Saturio Fernández Godín y José Pérez de Barradas: *La necrópolis visigoda de Daganzo de Arriba (Madrid)*. Memoria número 114 de la Junta Superior de Excavaciones y de Antigüedades. Madrid, 1931. José Pérez de Barradas: *Necrópolis visigótica de Daganzo de Arriba (Madrid)*. «Homenajen a Martins Sarmento», págs. 277-280. Guimarães, 1933.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

Geología y Paleontología

MAX HILZHEIMER.—*La extinción de los grandes mamíferos del centro de Europa al final de la Era glaciar.* «Investigación y Progreso». Año VII, págs. 232-236. Madrid, 1932.

El problema de la extinción de los grandes mamíferos cuaternarios que vivieron en Europa central es planteado ahora por el doctor Max Hilzheimer con gran lujo de detalles, especialmente en lo que se refiere al oso de las cavernas y al mamut.

De los mamíferos cuaternarios desaparecidos del final del Cuaternario unos están extinguidos, pero sobrevivieron al Cuaternario, como el caballo y el toro salvaje o uro, los cuales viven aún hoy día en las formas domesticadas. Otros animales emigraron de Europa, pero viven en otras regiones septentrionales, como sucede con el reno, toro almizclado, antílope, saiga, etc.

Hilzheimer vuelve a insistir en que no hay razón para atribuir al hombre el aniquilamiento de ciertos animales, como han pensado Hoernes, Steinmann y otros, pues si bien, como ha probado W. Soergel, en el Paleolítico inferior se cazaron preferentemente animales de gran tamaño *(Elephas antiquus* y *Rhinoceros Merckii)*, en el Paleolítico superior el hombre cazó preferentemente los animales que perduraron a través de los tiempos prehistóricos. Averiguar cómo se verificó la extinción es lo que se propone Hilzheimer por el estudio detenido de lo que sucedió con el oso de las cavernas y el mamut.

Del primero, sobre el abundante material de Mixnitr (Austria), ha llegado Abel a la conclusión de que en el antepenúltimo período interglaciar se transformó en una forma gigante llamada *Ursus deningeri,* que alcanzó su óptimo vital en el último período interglaciar. La facilidad en lograr alimento al alcanzar un régimen alimenticio, cada vez más vegetariano, y el no tener enemigos, hizo que la raza degenerara en las últimas capas por disminución de machos en relación a las hembras, aparición de enfermedades en los dientes, artritismo, etc., lo cual hizo que al aparecer el clima frío del último glaciar la especie estaba tan degenerada que se extinguió.

El mamut, por el contrario, estaba adaptado a la alimentación herbácea e hiperespecializado, como, por ejemplo, en lo que atañe a las extremidades y a las defensas. El avance de la selva hacia el Norte fué reduciendo cada vez más el terreno en que crecían las plantas finas y secas que constituían el alimento de los mamut y

originaron su extinción por no poder adaptarse a las nuevas condiciones de vida, de conformidad con dos leyes biológicas: la de Hilzheimer, de la elevada especialización que exige la vida de las estepas, y la de Dépéret, de la irreversibilidad en las direcciones del desarrollo una vez seguidas.

Por tanto un animal se extinguió por exceso de condiciones favorables, y el otro por una adaptación muy unilateral. La variación climática fué lo que determinó la extinción, mientras que otras especies menos especializadas pudieron adaptarse a las nuevas circunstancias y continuaron existiendo.—*José Pérez de Barradas.*

EDUARDO HERNÁNDEZ PACHECO.—*El problema de las terrazas pliocenas y pleistocenas en 1931.* Memoria presentada al Congreso de Geografía de París. Publicaciones de la Sociedad Geográfica Nacional. Folleto de 56 páginas. Madrid, 1931.

De los problemas geológicos del Cuaternario, después del glaciarismo, el más importante es el de las terrazas, tanto marinas como fluviales. Si bien sobre el primero el problema está resuelto en sus líneas fundamentales, no puede decirse lo mismo del segundo, en el que, por un lado, se ha procedido quizá con demasiada precipitación, y por otro, faltaban todavía estudios regionales amplios y minuciosos. Considerándolo así la Unión Geográfica Internacional, acordó su Comité ejecutivo, en 1926, la creación de una Comisión, de la cual, por fallecimiento del profesor Dépéret, ocupó la presidencia el vice-rector de la Universidad de Madrid D. Eduardo Hernández Pacheco. Este, en el Congreso de París de 1931 de la Unión Geográfica Internacional, presentó la Memoria a que ahora hacemos referencia, en que presenta el estado actual de la cuestión.

No podemos ocuparnos del estudio regional del problema, pero sí queremos insistir con algún detenimiento en los resultados que formula el autor sobre la extensión sometida al estudio de la Comisión.

Hay que hacer resaltar en primer término el que, como apuntaron ya Wright y K. S. Sandfor, «el fenómeno de terrazamiento marino y fluvial, especialmente el primero, no se presenta del mismo modo y con caracteres uniformes». En el Mediterráneo cabe distinguir dos zonas: el Egeo, Italia y Sicilia con terrazas complejas, y en las que se manifiesta el fenómeno de manera intensa a causa de movimientos orogénicos y de distinta índole, y el litoral africano, en el que por su mayor estabilidad el terrazamiento es más atenuado y uniforme.

La península ibérica no se ha comportado de «manera uniforme en relación con los fenómenos productores del terrazamiento», sino que sus distintas regiones naturales geológicas son más o menos estables y al parecer dependen de la especial constitución orogénica y tectónica. Presenta «manifestaciones de tipo intermedio entre la gran intensidad e irregularidad de los fenómenos del terrazamiento en la zona egeido-sículo-itálica y la uniformidad, mayor extensión y ritmo acompasado que se observa en los países europeo-atlánticos».

En estos últimos «los fenómenos productores del terrazamiento litoral se presentan como oscilaciones en masa de grandes compartimientos de la corteza terrestre, alternando de una manera rítmica y uniforme con períodos de estabilidad».

«Este tipo de oscilaciones acompasadas y lentas, que abarcan grandes extensiones, parece ser las características en los viejos escudos bálticos y canadienses, consolidados y estabilizados desde las antiguas épocas geológicas. En estas regiones,

invadidas por las enormes masas de los hielos cuaternarios, la sobrecarga y descarga de tan potentes masas en las épocas glaciares e interglaciares pueden haber ejercido su influjo en relación con los movimientos de tipo isostático.»

Sobre el origen de las terrazas, según nos manifiesta E. Hernández Pacheco, hay tres teorías fundamentales. Los adeptos de la primera «consideran el fenómeno como general a todo el globo o a la mayor parte de él; son defensores de la teoría eustática, según la cual elevaciones o descensos del nivel de los océanos o de los mares se producen por aumento y disminución del volumen de las aguas oceánicas, motivando tales cambios del volumen marino diversas y complejas causas, y entre ellas, como importantes, las alternancias de acumulaciones de hielos y deshielos durante el Pleistoceno».

Otra escuela, en la que forman gran número de adeptos, defiende también la teoría eustática, pero considera que son los movimientos lentos y las deformaciones de la corteza terrestre lo que disminuye o aumenta la capacidad de las cuencas oceánicas y el consiguiente desborde del mar sobre el litoral de las tierras emergidas, o su retirada de las zonas terrestres costeras, dejando en el litoral las señales de los niveles alcanzados en forma de terrazas costeras.

La tercera escuela defiende la teoría de que la producción de terrazas o playas levantadas es motivada por movimientos de la corteza terrestre, localizados en las áreas donde los fenómenos del terrazamiento y sus análogos se manifiestan, moviéndose los distintos compartimientos o bloques corticales con diversa intensidad y dirección, produciéndose compensaciones isostáticas que explican las submersiones de unos lugares respecto a emersiones contemporáneas en otros parajes, las deformaciones del terreno por la flexibilidad de la corteza y las fracturas y fallas cuando el movimiento rebasa el límite de plasticidad, etc.

Sobre el terrazamiento fluvial en particular se manifiestan dos tendencias en lo que se refiere a su causa general.

«Para unos, principalmente para los partidarios de la teoría eustática, el terrazamiento fluvial corresponde a fenómenos coordinados con el marino; son variaciones por movimientos de hundimiento del suelo del nivel de base, o sea hacia la desembocadura, o movimientos de elevación del terreno en la zona de origen del río, o sea hacia las fuentes del curso fluvial, los productores de las terrazas que se escalonan a lo largo del valle. Las demás causas geológicas que modifican el terrazamiento se consideran de valor secundario respecto al conjunto del fenómeno.»

«Para otros el terrazamiento fluvial es en extremo complejo, de tal modo que además de los movimientos mencionados en el párrafo anterior los que se producen en los niveles de base parciales y en los distintos segmentos del río tienen valor importante en la formación de las terrazas. Por otras causas geológicas, según esta escuela, contribuyen también fundamentalmente a la producción de terrazas fluviales, tales como las variaciones de caudal y consiguiente importancia de las acciones erosivas o sedimentarias del río a consecuencia de cambios climatológicos, principalmente derivados de las alternancias de las épocas glaciares e interglaciares. Contribuyen asimismo al fenómeno del terrazamiento la misma acción erosiva del río en relación con la característica litológica, tectónica, topográfica, etc., de la cuenca y del valle.»

En el fenómeno de terrazamiento, tanto marino como fluvial, se aprecia un cierto ritmo en su disposición escalonada, pero sobre la cuantía de este ritmo hay grandes discrepancias entre los investigadores a señalar niveles constantes.

Nuestra opinión personal, expuesta en distintas ocasiones, es que el fenómeno

de las terrazas es extraordinariamente complejo y que no pueden relacionarse las de zonas algo alejadas, puesto que las circunstancias de su formación han sido distintas.—*I. P. de B.*

EDUARDO HERNÁNDEZ PACHECO.—*Las costas de la Península hispánica y sus movimientos.* Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. Lisboa. Sección IV. Ciencias Naturales, págs. 89-120, siete láminas. Madrid, 1933.

Es este un resumen conciso de cuanto se sabe hasta el momento sobre los movimientos costeros, que no han tenido en todo el contorno peninsular la misma intensidad ni el mismo sentido.

En el litoral cantábrico rechaza el Sr. Hernández Pacheco la interpretación de J. Royo y J. Gómez de Llerena de las rasas litorales como vestigios de las cuatro terrazas del esquema de Déperet. Si se descuenta también el conchero de Galinaco (Santander), presentado por Dantín como huellas de una playa levantada y que resultaron ser modernos detritus, se llega al resultado del autor de que el litoral cantábrico no ha experimentado variación desde el último período glaciar, puesto que, como aduce con acierto, hay cuevas en el acantilado costero que fueron habitadas *por el hombre paleolítico o con pinturas y que no ofrecen huellas de tal sumersión* en el mar.

En cambio los depósitos de las rasas son siempre continentales y prueban que la prolongación hacia el Cantábrico se hundió bajo las aguas en el Plioceno, como también ocurrió en Galicia. Las célebres rías son el producto de «un movimiento isostático que ha abismado en el Atlántico un territorio que se prolongaría hacia el Noroeste y Norte».

Los datos sobre la costa portuguesa son fragmentarios, pero hay que señalar la presencia de playas levantadas con concheros en la desembocadura del Tajo.

Las costas de Huelva y Cádiz muestran dos niveles pliocenos. En el Plasenciense el mar penetraba por el valle del Gualdalquivir hasta la provincia de Jaén, mas los depósitos astienses son más reducidos. Después, en el Plioceno final, se efectuó una regresión. Encima del Plioceno, en Huelva y Cádiz, hay un conglomerado cuaternario, donde en Chipiona apareció un fragmento de *Elephas meridionalis* o *Elephas antiqus*. A ocho millas de la costa, y a 140 metros de profundidad, Gavala ha encontrado conchas subfósiles de *Cyprina islandica*. Las costas del Estrecho de Gibraltar muestran huellas de movimientos alternos de sumersión y de levantamiento.

En las costas meridionales de la cordillera bética hay estratos pliocenos marinos entre Fuengirola y Estepona (San Pedro Alcántara es una localidad fosilífera típica), y en los alrededores de Málaga, en Vélez Málaga y Nerja, donde están a una gran altura y dislocados.

En la costa levantina el Plioceno marino formaba golfos, y está en relación con los fenómenos volcánicos. Hay una laguna estratigráfica, pues faltan el Plioceno superior (Calabriense) y el Cuaternario antiguo (Siciliense), según Hernández Pacheco. Al Tirreniense corresponden arenas transformadas en molasas con *Strombus bubonicus*. El archipiélago de las Baleares estuvo unido a España en el Plioceno, pero se separó en el Cuaternario antiguo. Los depósitos de esta edad, llamados *marés*, son los que contienen los restos del *Myotragus balearicus*, que Eduardo Hernández Pacheco atribuye al Cuaternario inferior.

El golfo de Valencia corresponde a una zona terrestre sumergida probablemente en el final del Plioceno. En Cataluña el Plioceno, muy fosilífero y muy bien estudiado, principalmente por Bataller, Almera y Vidal, no presenta playas levantadas. Frente al Cabo de Creus, a 200 metros de profundidad, se encuentra un yacimiento siciliense de fauna fría, y de conchas, tales como *Pecten islandicus* y *Cyprina islandica*.

Como se ve por el presente resumen el tema es de extraordinario interés, pero hasta la fecha la investigación no ha dicho la última palabra.—*J. P. de B.*

INSTITUTO GEOLÓGICO Y MINERO DE ESPAÑA.—*Mapa geológico*. Memoria explicativa de la hoja número 559. Madrid. Mapa a escala de 1 : 50.000 y folleto de 131 páginas, 37 figuras, un croquis de la región comprendida en la hoja y otra hoja de cortes geológicos en color.

Al preparar los anteriores volúmenes de este ANUARIO pensamos tratar al mismo tiempo con toda la amplitud necesaria, no sólo de los folletos explicativos del nuevo mapa geológico correspondiente a la provincia de Madrid, sino también de los tomos correspondientes de una serie anunciada con el título de *Datos para el estudio de la Geología de la provincia de Madrid*. Así hicimos con la hoja de Alcalá de Henares, y demoramos la reseña de la hoja de Madrid en espera de la aparición del volumen correspondiente.

Después de cinco años de espera, en los cuales ha aparecido la segunda edición de la hoja con rectificaciones importantes, creemos oportuno ocuparnos de la citada publicación, sin perjuicio de que ampliemos nuestra reseña crítica cuando aparezca el citado volumen, de la cual es extracto, el que en muchos aspectos ha de aparecer modificado, rectificado y ampliado, lo que justificará una nueva y más amplia referencia por nuestra parte.

Un mapa geológico de los alrededores de Madrid y la Memoria explicativa correspondiente pierden actualidad con extraordinaria rapidez, máxime en momentos como los presentes, en que tanto en Geología como en Prehistoria se lleva a cabo una renovación completa de los puntos de vista capitales. Así la discusión se esteriliza, puesto que ni sabemos si los autores del nuevo mapa siguen fieles a sus teorías e interpretaciones hechas hace cinco años, ni ellos pueden tampoco rebatirnos publicaciones anteriores nuestras (especialmente de 1926 y 1929), que ya han perdido actualidad y que no reflejan nuestro pensamiento. Más vale, por consiguiente, ofrecer al público el punto de vista actual que se tenga sobre estos temas que no esperar un momento imposible para presentar un esquema completo, rígido e incontrovertible. Imposible porque la actualidad científica dura muy poco..., y más vale que así sea, pues es señal de vitalidad.

El folleto se inicia con una amplia y completa bibliografía y en una reseña histórica de los estudios geológicos sobre Madrid, en la cual callan sus autores, los Sres. Royo Gómez y Menéndez Puget, el que R. Douvillé, en 1911, haya atribuído las margas yesíferas al Oligoceno. Refieren el que por nuestra parte hayamos dado en 1926 al «cuaternario de arrastre lento», situado entre Madrid y el Guadarrama, una extensión exagerada, y que ya rectificamos en 1929 estos puntos de vista. Lo que no comprendemos es lo que dicen de que «así el Sr. Pérez de Barradas transforma ahora su cuaternario de arrastre lento en plioceno», puesto que en nuestro

estudio *Los yacimientos prehistóricos de los alrededores de Madrid* («Boletín del Instituto Geológico y Minero de España», tomo LI. Madrid, 1929), a que aluden, indicamos que «reconocemos como un hecho indiscutible, de conformidad con el Sr. Royo Gómez (J.), que una parte de las arenas tenidas hasta ahora como cuaternarias son miocenas», y más adelante: «las inferiores, con capas de pedernal y caliza, las juzgamos más propiamente pontienses, pero las superiores nos parece que no sería equivocado el tomarlas como pliocenas». Más adelante volveremos sobre este punto, que creemos extraordinariamente complejo.

Al capítulo sobre Geografía física nada podemos objetar, como no sea la teoría que pretende explicar que la disimetría de los valles, especialmente del Jarama, se debe a la fuerza del caudal de sus afluentes.

El cuerpo principal del volumen lo integra el capítulo IV sobre estratigrafía y tectónica, extracto a su vez de la Memoria de los Sres. Royo (J.) y Menéndez Puget (L.) titulada *Explicación de la hoja de Madrid,* aún inédita.

Comienzan por el estudio de los cortes de los cerros escarpados de Paracuellos de Jarama, que están formados en la base por yesos oligocenos, en la parte media por margas verdosas y areniscas del Mioceno y en la superior por aluviones rojos pliocenos. Estos, que antes se llamaban *diluvium rojo,* tienen un gran desarrollo al E. del Jarama. Sin embargo, los autores del mapa han tenido reparos en marcarlos como pliocenos en el mismo. Las terrazas cuaternarias de Barajas son las de 50-60, 30 y 20 metros. Aunque indican en el texto la existencia de aluviones, restos de la terraza de 100 metros, no los marcan en el mapa. Esta terraza hay que considerarla como pliocena.

Probablemente serán pliocenas las arenas gruesas rojizas de la loma divisoria del Manzanares con el Jarama, aunque las arenas grises inferiores sean miocenas. J. Royo y L. Menéndez Puget no mencionan aluviones cuaternarios en el valle del Abroñigal. Por nuestra parte hemos tenido ocasión de reconocerlos en tejares situados frente a la Quinta de la Fuente del Berro y de recoger *in situ* sílex paleolíticos.

El cerro de Almodóvar es estudiado con detenimiento, y aceptamos su interpretación, pues lo que nos hizo suponer el estar cubierto de arenas eólicas fué especialmente un asomo de arenas calizas amarillas (núm. 5). Lo que no comprendemos es cómo las arenas cuaternarias, cubiertas por la tierra vegetal, pueden contener fragmentos de cerámica antigua.

Sobre las trincheras del ferrocarril de las canteras de Vallecas no se aduce ningún nuevo dato, pues se repiten los mismos argumentos expuestos por Royo en 1923. No comprendemos la obstinación de éste en negar la existencia de sílex tallados, puesto que no faltan ni bulbos de percusión ni formas típicas. Como supremo argumento podemos presentar sílex quemados. Lo que sucede es que se trata de un gigantesco taller, y por lo tanto abundan los desechos de talla y escasean los instrumentos terminados. Precisamente en estas condiciones es en las que se acredita el ojo de un especialista en Paleolítico; parece demostrar J. Royo que no domina el conocimiento de la talla paleolítica, cuanto que rechaza tanto este yacimiento como los de superficie vecinos a afloramientos naturales de sílex, que no ofrecen ninguna dificultad.

Algo raro es también que Royo niegue que haya estratos cuaternarios plegados, o mejor dicho, inclinados, pues si se hubiera fijado con atención hubiera visto que los sílex están colocados unos sobre otros en el sentido de máxima longitud, y que el conjunto de éstos son paralelos a las capas terciarias plegadas.

Las interpretaciones de la zona del Abroñigal y Puente de Vallecas son buenas,

así como las del Cerro Negro. No comprendemos cómo J. Royo y L. Menéndez Puget no consideran como terrazas del Manzanares, sino como terrazas de los afluentes, las formaciones de aluviones de Santa Catalina y el Almendro, puesto que, según el examen topográfico detallado que hemos hecho, los vallecitos de estos afluentes son reducidos y tienen su cabecera en las margas terciarias del escalón de la terraza de 34 metros, a la cual corresponde la superficie arrasada del Cerro Negro. Es lástima que a los autores se les hayan escapado estos detalles morfológicos.

Igual que en otros cortes ya citados vemos en el cerro de la estación de radiografía de Carabanchel Alto que se suceden margas o peñuelas, arenas arcillosas pardo-rojizas o verdosas, iguales a las de los Meaques, y arenas gruesas rojas, que atribuimos mejor al Plioceno.

En el corte transversal del valle del Manzanares, pasando por las Cambroneras, sólo tenemos que oponer que en la margen izquierda no hay, a la altura del camino alto de San Isidro, areniscas arcillosas amarillas en la peñuela.

El cerro de San Isidro está bien estudiado; sólo falta por señalar en los cortes parciales y en el general los siguientes estratos que coronan el Cuaternario: limo arcillo-arenoso, amarillo y eólico; arcillas oscuras acanutilladas de decalcificación de la anterior, y la tierra vegetal. Todos ellos tienen espesores pequeños y variables, pero debieran haber sido mencionados.

El corte desde la Dehesa de la Villa hasta los Castillejos revela también la misma superposición de arenas arcillosas grises, esta vez con restos de *Testudo* de edad miocena, cubiertas por arenas pardo-rojizas, a nuestro juicio pliocenas y no pontienses. Plioceno, sin discusión alguna, y no Cuaternario, es el manchón aluvial de la cima del cerro de las Garabitas, en la Casa de Campo. Tanto en ésta como en El Pardo están por deslindar las arenas tortonienses-sarmatienses, las pontienses y las pliocenas.

Según el resumen geológico, en el territorio ocupado por la hoja de Madrid existen los terrenos oligocenos, miocenos, pliocenos y cuaternarios. El Oligoceno, del cual no se conocen fósiles, está representado por las margas yesíferas en la parte S. y SE. de la hoja, y hacia el N. y NW. son sustituídas por arcillas sabulosas. El Mioceno, en el SE., está formado por margas verdosas o «peñuelas», a las que se superponen una marga blanca caliza o «cayuela» y capas de pedernal y sepiolita. También hay areniscas glauconíferas. La peñuela, hacia el NW., se vuelve parda y se carga de arenas. El horizonte inferior o de peñuela es sarmatiense, así como las areniscas o gredones (antes cuaternario de arrastre lento), que aunque superior a aquél por la estratigrafía, no es muy diferente por su fauna.

Si en los cerros de Paracuellos las arenas con cantos pueden ser pontienses por sus relaciones con las de la zona de Alcalá, no vemos que tengan que serlo los materiales (sílex, calizas silíceas y magnesianas) de los cerros de Rivas y Almodóvar, que nos parecen corresponder a la cima del Sarmatiense. Del Pontiense no se conocen fósiles en la zona de Madrid, y como faltan materiales seguros de esta edad creemos que no puede considerarse como definitivo el que el tramo superior de nuestro antiguo «cuaternario de arrastre lento» sea pontiense, y menos el «cuaternario de grandes bloques» de Torrelodones, Colmenar Viejo, etc. Aunque lo fuera, creemos que no había que desechar como posible el que las arenas rojas superiores fuesen pliocenas, y desde luego asignamos tal edad sin dudas, de conformidad con E. Hernández Pacheco, a los aluviones de grandes bloques que contornean el Guadarrama. También, sin escrúpulo ninguno, atribuimos al Plioceno las arenas rojas y gravas, *diluvium rojo,* que coronan los cortes de Paracuellos de Jarama

y que se extienden por el E. y el NE., los aluviones de la terraza de 80-100 metros de Barajas y los de 70 y 100 metros de las Garabitas.

El estudio de las terrazas adolece, a nuestro juicio, de los defectos señalados en otras ocasiones. El principal es la falta de precisión, puesto que nada induce más a error que dar como altura de una terraza la de un punto cualquiera de su superficie, especialmente cuando se trata de terrazas de depósito. Como ejemplo *drástico indicaremos que San Isidro se atribuye a la terraza de los 45 metros;* tiene 15 metros de depósito, por lo cual la base está a 30 metros. No puede homologarse con otras de erosión (rasas), ni con otras de depósito en que la superficie actual esté a 45 metros, pero que tenga sólo 1-2 metros de aluviones. Las cifras dadas por Royo y Menéndez Puget para un estudio sintético sobre las terrazas necesitan ser revisadas.

Ya era hora que se reconociera que las terrazas del Manzanares son importantísimas y muy complicadas. De tal modo es así que no exponen los autores de esta monografía nada nuevo en relación a nuestro estudio de 1926. Lo que no podemos considerar acertado es lo de atribuir a la terraza de 45 metros los aluviones de los areneros de los kilómetros 7 y 8 de la carretera de Andalucía y los de Vaqueras del Torero a la de los 12 metros, es decir, a la misma que el tejar y arenero del Portazgo, *y lo de atribuir a afluentes imaginarios las terrazas del Almendro y Santa Catalina.*

Aceptamos que el origen de las terrazas no está dilucidado, y en el momento actual creemos que la análoga estratigrafía se debe a la repetición de idénticos regímenes climáticos correspondientes a los períodos interglaciares, que serían fases de aluvionamiento, mientras que a los glaciares corresponderían regímenes erosivos. El problema de la marga arenosa de color verde (tierra de fundición), a pesar de lo raro que resulta que no aparezca fuera de las terrazas, juzgamos sea de origen eólico. Pudo ser lavada en épocas siguientes a su depósito y por eso haber desaparecido, mientras que en el río se depositó y quedó cubierta por otros sedimentos. Repetimos que el tema de las terrazas cuaternarias del Manzanares queda todavía abierto a la discusión.

La extensión de los depósitos cuaternarios eluviales y eólicos es mayor en la *zona de Madrid que la que les asignan J. Royo y L. Menéndez Puget. Es trabajo* de detalle que veríamos con gusto hecho en ulteriores ediciones.

El punto de vista de conjunto sobre la tectónica nos parece acertado. El Oligoceno forma un pliegue algo suavizado y hace que los materiales inferiores tengan una pendiente suave hacia la sierra, para levantarse bruscamente en sus proximidades sobre los estratos cretácicos, según puede verse en los alrededores de Torrelaguna.

Los pliegues del Mioceno se deben efectivamente a fenómenos locales de redi*solución de los yesos. J. Royo no ha comprendido que Obermaier, Wernert y yo,* respecto a las canteras de Vallecas, no hemos hablado de pliegues cuaternarios, sino que hemos manifestado que sobre la marga blanca miocena de un antichinal se apoyaba un estrato paralelo a ella de arenas rubias cuaternarias, por lo cual la formación de estos pliegues data del Pleistoceno. Ni podemos creer que los pliegues estuvieran al descubierto ni en formaciones torrenciales.

Al Sr. Royo Gómez se debe el capítulo V, dedicado a la Paleontología, no habiendo apenas ninguna diferencia ni adición grande en lo que respecta a la lista de fósiles miocenos en relación a la que publicamos nosotros en 1929 (José Pérez de Barradas: *La colección prehistórica Rotondo.* «Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria». Tomo VIII, págs. 161-204. Madrid, 1929). Lo mismo sucede respecto a los mamíferos pleistocenos. Sólo nos ha

extrañado ver a un paleontólogo tan justamente afamado como el Sr. Royo Gómez *caer en el error de atribuir un maxilar inferior de la colección Rotondo del Museo* Antropológico al *Canis familiaris,* puesto que, una de dos, o es efectivamente de perro doméstico, y en este caso no es cuaternario, o es de otro cánido salvaje cualquiera, pues la especie *Canis familiaris* comprende sólo las razas domésticas y de ninguna manera sus antepasados.

A continuación van tres capítulos de interés práctico. El VI, debido a D. Manuel Abbad, trata sobre rocas, minerales y canteras de la región; el VII, de D. Laureano Menéndez Puget, versa sobre el estudio químico-geológico de las aguas, y el VIII, de este mismo autor, es un estudio químico-geológico de las tierras. Al último tenemos que formular las mismas observaciones que hicimos sobre el correspondiente de la hoja de Alcalá de Henares.

El capítulo IX, dedicado a Prehistoria y Protohistoria, es un extracto de la ulterior Memoria del Sr. Royo Gómez, el cual hace una crítica de nuestras investigaciones parcial y negativa. Parte de la reseña histórica de la Prehistoria madrileña, en la cual transcribe el párrafo de C. de Prado en que refiere el descubrimiento de San Isidro, menciona los trabajos de M. Antón y E. Rotondo y, por último, se refiere a los trabajos de H. Obermaier, P. Wernert y nuestros, los cuales elogia, pero dice que «los cortes geológicos de cada yacimiento y las observaciones que han hecho son muy numerosas e interesantes y fruto seguramente de minuciosas investigaciones, pero su interpretación en determinados casos *no se acomoda a la realidad,* probablemente por haberse dejado llevar de determinados prejuicios». Permítanos el Sr. Royo Gómez que le digamos que nuestras interpretaciones podrán no acomodarse a las suyas, pero que tanto unas como otras no pueden ser más que pálidos reflejos, si acaso, de la realidad.

El Sr. Royo Gómez, que no es prehistoriador profesional, lanza una teoría pintoresca para explicar que en la base de las terrazas aparecen instrumentos chelenses y achelenses, la cual puede resumirse diciendo que estos instrumentos pueden ser del tipo de estas industrias, pero no de la edad. La cosa no tendría importancia referida al valle del Manzanares; pero Royo indica que «los nombres de las industrias prehistóricas se han tomado siempre no sólo en el sentido de indicación de un tipo de confección de los instrumentos, sino también con el carácter cronológico...», y que «si bien esta concepcion, hasta ahora cierta para los yacimientos cavernícolas del Norte de la Península y para otros *(luego todos no)* del extranjero, *no se puede tomar como absoluta* (subrayamos nosotros) para todas las regiones, ya que el desarrollo y evolución de las industrias humanas depende de muchísimos factores». Y más abajo indica que «lo más seguro, por tanto, es que durante el Paleolítico superior el hombre madrileño haya seguido utilizando instrumentos semejantes *(luego no iguales)* a los del inferior, y son éstos los que ahora encontramos en los depósitos de las terrazas más bajas o más modernas, en vez de la industria tan perfeccionada del Paleolítico superior cántabro».

La teoría es de una sencillez encantadora; pero los problemas del Paleolítico madrileño no son tan fáciles de resolver, como puede verse en nuestro estudio publicado en este mismo ANUARIO, donde los hemos vuelto a estudiar con toda ecuanimidad y desapasionamiento posible. Si la Prehistoria madrileña ha de estudiarse por arqueólogos que reúnan condiciones de geólogos, también lo puede ser por geólogos que tengan condiciones de arqueólogos.

Para no repetirnos remitimos al lector al trabajo a que antes hemos hecho referencia (JOSÉ PÉREZ DE BARRADAS: *Materiales para el estudio de la Prehistoria*

madrileña. I. La colección Bento. ANUARIO DE PREHISTORIA MADRILEÑA. Volúmenes IV-V, págs. 1 a 90. Madrid, 1936).

El Sr. Royo trata después someramente de los principales yacimientos paleolíticos, en los cuales, al lado de nuestra interpretación, aduce la suya. Las ilustraciones que acompañan a esta parte son fotografías malas, retocadas de una manera deplorable.

Respecto a San Isidro, dice que «los Sres. Obermaier y Pérez de Barradas en sus publicaciones lo dan como agotado, pero nosotros hemos podido comprobar que continúan apareciendo instrumentos de pedernal, etc.». Nuestras referencias corresponden al largo tiempo de suspensión de los trabajos, y cuando fueron reanudados reconocimos igualmente que continuaban los niveles arqueológicos. No podemos culpar al Sr. Royo Gómez de desconocimiento de la comunicación presentada por nosotros al IV Congreso Internacional de Arqueología, celebrado en Barcelona a fines de noviembre de 1929; pero en nuestro trabajo *Los yacimientos prehistóricos de los alrededores de Madrid,* publicado en el tomo LI del «Boletín del Instituto Geológico y Minero de España», al cual hace referencia, publicamos dos fotografías, tres figuras de una punta y dos hachas, y presentamos la estratigrafía del yacimiento según los *trabajos efectuados últimamente.*

Por tanto, el Sr. Royo Gómez no puede culparnos de desconocimiento de haberse reanudado los trabajos de exploración del cerro de San Isidro, como parece deducirse.

Respecto a los areneros del Parador del Sol, los distribuye en dos terrazas e incluye en la inferior al arenero de las Vaquerías del Torero, lo cual es impropio en absoluto, pues hemos tenido ocasión de ver en 1928 unidos sus cortes con el del Parador del Sol sobre la misma plataforma terciaria y con idéntica estratigrafía. Comete el error de atribuir los instrumentos recogidos al Paleolítico superior, cuando todo lo que allí ha aparecido es Chelense, Clactoniense, Acheulense y Micoquiense. Nosotros no hemos visto desde 1918 nada que pueda ser atribuído, ni con la mejor voluntad del mundo, al Paleolítico superior.

Sobre El Sotillo, La Parra, Huerto de Don Andrés (no de San Andrés, como escribe Royo) y Prado de los Laneros repite lo ya indicado anteriormente; pero no deja de sorprender que también atribuya al Paleolítico superior las industrias basales del tejar y arenero de El Portazgo, correspondientes, según la nueva clasificación, a un grupo rodado cheleo-acheulense con Clactoniense y Tayaciense, y otro reciente del Levalloisiense V.

Al tratar del arenero de Los Rosales o Las Graveras (pág. 120) comete el señor Royo un error de copia al citar como recogida por el profesor Hernández Pacheco (E.) una defensa de *Elephas primigenius* (¡!), en vez de *E. antiquus,* errata de gran importancia que queda sin salvar.

Sobre el Neolítico y épocas posteriores no se aducen datos nuevos, limitándose J. Royo a citar los principales señalados en nuestra publicación de 1929.—*J. P. de B.*

FRANCISCO HERNÁNDEZ PACHECO.—*Tres ciclos de erosión geológica en las sierras orientales de la cordillera central.* «Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural». Tomo XXXII, págs. 455-460, láms. XV-XVIII.

El autor reconoce en la zona oriental de la cordillera central tres superficies antiguas de erosión: una llanura precenomanense, plataformas terciarias y rañas pliocenas.

Las llanuras precretácicas, o mejor, precenomanenses, son aquellas llanuras en que penetró después el mar y dejó sedimentos, o que contienen depósitos terciarios. Estos forman también plataformas. Así sucede con los depósitos de Valdepeñas de la Sierra, que avanzan por la orilla izquierda del Jarama hasta el Pontón de la Oliva, y que son restos de la misma plataforma de la margen derecha con materiales terciarios. Las gravas y arenas rojas que cubren la llanura entre Uceda y Tamajón son pliocenas, como las que hay en la base del Ocejón, al Norte de Tamajón.

Al dar cuenta de esta nota del catedrático de Geografía física aprovechamos la ocasión de rectificar antiguas referencias nuestras sobre la misma región. (José Perez de Barradas: *El Cuaternario del valle alto del Jarama*. «Ibérica», núm. 534, págs. 9-12.) F. Hernández Pacheco se basa especialmente en datos referentes a la vertiente Norte.—*J. P. de B.*

Francisco Hernández Pacheco.—*Modificaciones de la red fluvial en España. Fenómenos de captura durante el Plioceno al Norte de Madrid.* Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica, 14 páginas y 10 láminas. Madrid, 1930.

El autor resalta un hecho interesante de la paleografía del Guadarrama, que afecta especialmente a la zona del Manzanares.

Entre la cadena montañosa que delimita el valle de este río con el del Lozoya y la alineación paralela de la sierra del Hoyo del Manzanares, Cabero Illescas, cerro de San Pedro y altos de El Molar, hay una llanura que atraviesan hoy los ríos Manzanares y Guadalix. Estos después, en una zona de rápidos y gargantas, cruzan la zona montañosa limítrofe. Esta llanura, constituída por granito y gneis, está cubierta por un manto discontinuo y de escasa potencia de materiales de derrubio y cuaternarios. En algunos lugares quedan restos de cretácico (Chozas de la Sierra y Guadalix) o de paleógeno (Venturada).

Paralelamente a esta llanura hay otra al otro lado de las serrotas del Hoyo del Manzanares; está formada por grandes bloques de granito y gneis, que el autor considera como de edad pliocena, y la cual está cubierta en parte por las terrazas cuaternarias. Es lo que hemos llamado en 1926 «cuaternario de arrastre lento», y cuya edad nos parece ser efectivamente pliocena y no miocena, como pretende J. Royo.

En la llanura superior hubo, según F. Hernández Pacheco, un río paralelo al del Lozoya y que desembocaría en el Jarama, el cual fué capturado en el Plioceno por el Guadarrama, Manzanares y Guadalix, dándose origen después a las formaciones torrenciales pliocenas de Torrelodones, El Pardo y San Agustín-El Molar.—*J. P. de B.*

Francisco Hernández Pacheco.—*Variaciones en el régimen de las terrazas de algunos ríos españoles.* Deuxième Rapport de la Commission des Terrasses Pliocènes et Pleistocènes. 14 páginas, cuatro láminas y siete figuras. Florence, 1930.

En esta comunicación presentada a la Comisión Internacional de Terrazas de la Unión Geográfica Internacional, F. Hernández Pacheco insiste en el hecho de que, «dada la gran variabilidad de la topografía y constitución geológica de la Península ibérica, se comprende que los ríos que la recorren sean igualmente variables en su régimen, el cual ha quedado reflejado por los depósitos y disposición de sus terrazas».

«En esta nota se describen tres tipos: el primero, correspondiente a terrazas normales y simétricas en ambas márgenes, como sucede en el valle medio del Guadalquivir; el segundo, de ríos de valle disimétrico y con terrazas normales, pero depositadas en una sola margen, tales como el Ebro en su zona media y el Gállego poco antes de desembocar, y finalmente, el tercer tipo, al que pertenece el Jalón, afluente del Ebro, río de valle muy desigual debido a la gran variabilidad de los terrenos que recorre, y en el cual las terrazas se presentan superpuestas, al menos en algunos tramos, por efecto de una acción erosiva normal.»—*J. P. de B.*

HUGO OBERMAIER.—*Beiträge zur Kenntnis der quärtaren Vereisung der Iberischen Halbinsel.*

PAUL WERNERT.—*Diluviale Vergletscherungsspuren in der Cuerda Larga, der Südkette der Sierra Guadarrama (Spanien).* «Zeitschrift für Gletscherkunde». Tomo XX, Heft 4-5, págs. 422-425 y una figura y págs. 426-439 y un plano y siete figuras. Berlín, 1932.

Estas dos notas son nuevas contribuciones al estudio del glaciarismo cuaternario de la Península ibérica, cuyo estudio, en sus líneas fundamentales, se debe al profesor H. Obermaier, a partir de 1914. Este, en la nota primeramente indicada, se ocupa del glaciar de la Buitrera, sito en el macizo de la Somosierra, y de los del Moncayo.

P. Wernert presenta en su nota tres glaciares en vertiente meridional de la Cuerda Larga (divisoria del Lozoya y del Manzanares); dos entre Cabeza de Hierro y el arranque de La Pedriza, llamados Chivato y Hoyos de la Sierra; uno entre La Pedriza y La Najara, y otro en la vertiente septentrional, el del Collado de las Zorras.—*J. P. de B.*

ELISABETH SCHIEMANN.—*El origen de las plantas cultivadas más antiguas.* «Investigación y Progreso», año VIII, págs. 35-39. Madrid, 1934.

Los métodos más modernos empleados en la investigación prehistórica son tratados en esta nota, destacándose en primer término el método puramente biológico o genético. Su fundamento es el análisis de los factores hereditarios o genes de las plantas cultivadas. Según Vavilov, para cada planta cultivada se puede señalar una región de mayor riqueza de formas, que debe ser considerada a su vez como su patria originaria.

Esta investigación, aplicada a los trigos cultivados especialmente en los palafitos neolíticos del centro de Europa, ha permitido llegar a las siguientes conclusiones. En los palafitos más antiguos del Neolítico se presentan trigos de tres centros de genes, que se caracterizan a su vez por el número de cromosomas:

1.° La escanda melliza *(Triticum dicoccum)*, tetraploide, cuyo centro de formas es Abisinia y Egipto y Mesopotamia su centro de dispersión.

2.° La escanda menor *(Triticum monococcum)*, diploide, de Asia Menor, y

3.° El trigo desnudo, exaploide, cuyo centro de genes es el borde de la meseta interior de Asia (Afganistán, Pamir), y que es de origen híbrido. Uno de sus componentes es la escanda melliza. El trigo más antiguo es el *Triticum compactum*, y

según los nuevos estudios es dudosa la existencia del *Triticum vulgare* en el Neolítico de Egipto, Mesopotamia y aun en los palafitos.

Fuera de desear el estudio verdad de los restos de cereales aparecidos en las excavaciones españolas.—*J. P. de B.*

Antropología

A. A. MENDES CORRÊA.—*Sur le métopisme, son origine et sa signification.* «Trabalhos da Sociedade Portuguesa de Antropología e Etnología». Volumen VI. Pôrto, 1933.

En esta corta nota el autor rectifica la mala interpretación dada por Augier en el *Traité d'Anatomie humaine,* de POIRIER ET CHARPY, París, 1931, pág. 363, a un trabajo suyo (A. A. MÉNDES CORRÊA: *O metopismo e a evolução das formas craneanas.* «Portugal Médico». Segunda serie, vol. V, Pôrto, 1919), puesto que en él no consideró que el metopismo se deba en general a detenciones precoces del desarrollo, sino sólo se refirió a la serie que él estudió. Los trabajos sobre series más numerosas hicieron llegar al profesor Amandio Tavares al resultado opuesto; es decir, a que el metopismo es debido en estos casos a un hiperdesarrollo frontal. Sin embargo, en ambas series metópicas portuguesas se comprueba la existencia de la reducción de la parte frontal de la curva anteroposterior, la tendencia platycefálica y la disminución de la capacidad craneana en relación con los valores medios de las series no metópicas.—*J. P. de B.*

SERGIO SERGI.—*Il primo cranio del tipo di Neandertal scoperto in Italia nel suolo di Roma.* Rapporto tenuto nella XIX Riunione della Società Italiana per il Progresso della Scienze. Bolzano-Trento, 7-15 settembre, 1930.

Entre las razas fósiles humanas una de las más conocidas por sus caracteres especiales impresos en un gran número de hallazgos es la de Neandertal. Es indudablemente uno de los tipos arcaicos, mejor conocidos especialmente a partir del admirable estudio hecho por el profesor M. Boule sobre el esqueleto de La Chapelle-aux-Saints. Sin embargo, todos los cráneos neandertalenses son «en diverso grado —como dice el profesor S. Sergi— defectuosos, y toda la idea sobre la morfología del neandertalense está fundada o en fragmentos o sobre la reconstrucción de éstos». Este hecho da un gran valor al cráneo descubierto en los alrededores de Roma, cuyo estado de conservación permite el revisar más de algún punto oscuro de la morfología del hombre de Neandertal.

Apareció el cráneo en 1929 en unas excavaciones hechas en la brecha de la «tenuta de Saccopastore», a la izquierda de la vía Nomentana y en la orilla izquierda del Aniene, a unos tres kilómetros y medio de la Porta Pía.

Esta pieza osteológica está fosilizada por completo y ha sufrido algunos desper-

fectos en el momento de su extracción. La base es notable por su buen estado de conservación.

La capacidad cerebral es pequeña, unos 1.200 centímetros cúbicos, y por esto, y por la finura de las líneas musculares, S. Sergi lo atribuye a un individuo femenino. Las suturas y la dentición permiten atribuirle una edad de unos treinta años. La porción cerebral es muy superior a la facial, lo que da como resultado un desarrollo encefálico mayor que los neandertalenses conocidos.

El estado inmejorable de la base del cráneo de Saccopastore ha permitido a S. Sergi llegar a dos resultados importantes. El ángulo del agujero occipital le permite afirmar, en oposición a M. Boule, que el hombre de Neandertal andaba completamente erecto; según indica no se debe a un error del antropólogo francés, sino a que el cráneo de La Chapelle-aux Saints presentaba la base rota en muchos fragmentos y que la reconstrucción dió una plagiocefalia accidental.

En norma vertical el cráneo es brisoide, como todos los neandertalenses; el *perímetro horizontal es de unos 520 milímetros, muy próximo al de La Quina,* que es de 515. El contorno es ligeramente asimétrico (plagiocefalia bipolar derecha anterior e izquierda posterior).

Los arcos superciliares, fuertes en los extremos, debían aplanarse en el centro. La línea temporal es débil y la región del lambda está ocupada por un sistema complejo de huesos supernumerarios, como los otros neandertalenses de La Chapelle, La Quina y Gibraltar, hecho que, según S. Sergi, no se ha estudiado con la atención que merece. El cree que revela una evolución reciente de esta región del cráneo, seguida de un engrandecimiento relativo de la porción suprainíaca del occipital humano.

La curva del contorno parieto-occipital es muy semejante a la del cráneo de Gibraltar y muy alejada del de La Chapelle y de La Quina. En la nuca hay un fuerte *torus* occipital. La cara es notable por su altura, órbitas enormes y apertura piriforme, larga y baja.

S. Sergi llega a la conclusión importante siguiente: «Que el hombre de Neandertal poseía lenguaje articulado, se tenía erecto y no inclinado y poseía por completo todos los atributos fundamentales de la humanidad por los cuales el hombre se distingue de todos los otros primates.»

En la brecha de Saccopastore han aparecido restos de *Elephas antiquus* (un cráneo entero en 1930), *Hippopotamus majus, Rhinoceros Merckii, Cervus elaptus* y *Bos primigenius*, como en otros lugares de los alrededores de Roma. Es una formación que corresponde a la fase final del volcanismo cuaternario del Lacio, que es sincrónica al último interglaciar. En Saccopastore no han aparecido restos arqueológicos, pero en el Lacio hay yacimientos paleolíticos sobre cuya edad cheleomusteriense sólo hay indicaciones confusas de Clerici.

Esta cuestión merecía ser dilucidada con máxima atención, puesto que pudiera deducirse, en el caso de que Saccopastore fuese pre o protomusteriense, como insinúa en el estudio del nuevo cráneo de Weimar-Ehringsdorf hecho por Giesseler, de que los cráneos neandertalenses más vecinos al *Homo sapiens* son más antiguos que los que hasta ahora han definido el tipo, que pertenecen de manera indudable al Musteriense.

La Paleontología humana está todavía llena de nebulosidades, y cada nuevo hallazgo arroja viva luz sobre el problema difícil, complejo y oscuro de la infancia de la humanidad. Confiamos en que pronto ha de aparecer la Memoria definitiva sobre el cráneo de Saccopastore, que deseamos con ansiedad, pues los avances

dados por el profesor de Antropología de la Universidad de Roma, doctor Sergio Sergi, nos hacen esperar nuevos puntos de vista en el estudio del *Homo neandertalensis,* no sólo en lo que se refiere a la morfología, sino a sus relaciones con otros tipos humanos.—*J. P. de B.*

A. A. Mendes Corrêa.—*A posição sistemática do esqueleto de Combe Capelle*». Trabalhos da Sociedade Portuguesa de Antropología e Etnología». Volumen VI, págs. 105-140. Pôrto, 1933.

Entre los hallazgos más importantes realizados por el suizo Otto Hauser en los yacimientos franceses de la zona de la Dordoña, cuya exploración por él armó tanta polvareda en Francia, especialmente durante la gran guerra, figura el esqueleto humano hallado en el abrigo de Combe-Capelle. Tanto éste como el de Le Moustier fueron extraídos delante de sabios alemanes, y además fueron vendidos al Museum de Völkerkunde de Berlín por sumas considerables. Todo esto, más las ventas realizadas de los productos de sus excavaciones de los más célebres yacimientos franceses, suscitaron justos recelos, que culminaron en la expulsión de Hauser y de la confiscación de sus colecciones durante la gran guerra.

Los descubrimientos de Hauser han sido objeto de desmesurados elogios y censuras; pero lo cierto es que con motivo de su muerte, acaecida en 1933, se inicia una desapasionada revisión. En este trabajo, uno de los mejores, a nuestro juicio, entre la copiosa y admirable producción del profesor Mendes Correa, estudia el esqueleto de Combe-Capelle y su posición sistemática dentro de los hominídeos.

Fué encontrado a 2,80 metros de la superficie en la cima de un estrato musteriense, cubierto a su vez por otros del Auriñaciense inferior, medio y superior y del Solutrense. Es indudablemente auriñaciense, de la fase antigua, según Otto Hauser y H. Klaatsch, o de la fase media si se aceptan las reservas formuladas por J. Szombathy.

El profesor Mendes Correa presenta después todas las opiniones que se han emitido sobre tan interesantes restos humanos fósiles. H. Klaatsch, que lo estudió primero en 1910, creó con él una nueva especie llamada *Homo auriñaciensis Hauseri.* A. Mochi lo relacionó en 1911, contra toda evidencia, con los australianos. Guiffrida-Ruggeri defendió en 1913 la tesis de que por su hipsistenocefalia y platirhinia era un tipo protoetíope emparentado con el bloque de razas ecuatoriales, representado también en los egipcios predinásticos, algunos pueblos de Eritrea, algunos mediterráneos, etc., lo que a juicio de Mendes Correa está fundado por el prognatismo y platirhinia moderados, y en el arcaísmo de la hipsistenocefalia y de la mesodolicoprosopia. De acuerdo con este autor, N. Puccioni separó en 1916 el tipo de Cro-Magnon del de Combe-Capelle.

Como opinión contraria hay que citar la del profesor H. Obermaier, quien en su primera edición de *El hombre fósil* (Madrid, 1916, pág. 292) dijo lo siguiente: «Más erróneo es aún el intento de H. Klaatsch de introducir en la bibliografía el *Homo auriñaciensis* como representante de la «raza auriñaciense», basándose en el único esqueleto últimamente encontrado en Combe-Capelle. Este esqueleto, por sus esenciales caracteres antropológicos, se corresponde exactamente con los tipos de Cro-Magnon.» En la segunda edición de la misma obra, hecha en 1926, continúa incluyendo Combe-Capelle entre la raza de Cro-Magnon, si bien hace la salvedad, como en lo que respecta a la raza de Chancelade, de que «se trata solamente de razas

muy cercanas unas de otras desde el punto de vista antropológico». Antes indica que existe gran concordancia entre los cráneos de este grupo. Las diferencias son de poca importancia y pueden calificarse de variaciones individuales.

El profesor Mendes Correa, en 1917, de acuerdo con Guiffrida-Ruggeri, separaba el tipo de Combe-Capelle del de Cro-Magnon, y sostuvo que el tipo dolicocéfalo de Mugen era más afín del de Combe-Capelle que de ningún otro tipo prehistórico clásico, tesis que mantuvo en otros trabajos, entre ellos en su obra *Homo* (Coimbra, 1926), y que se vieron apoyadas por ulteriores reseñas bibliográficas y trabajos especiales de Guiffrida-Ruggeri.

El profesor S. Sergi, en su obra de 1929, reúne los restos de Galley-Hill, Brünn, Brüx y Combe-Capelle en un tipo llamado *Cantius*, que distingue del *Ligurius* (Cro-Magnon) y del *Grimaldis*. También A. Keith, en 1921, separa el tipo de Cro-Magnon de alta estatura del de Combe-Capelle de baja estatura, como hacen igualmente A. C. Haddon en 1924 y G. G. Mac Curdy en el mismo año.

E. Werth, en 1921, reúne en la raza de Aurignac, Combe-Capelle, Brünn, Predmost, Brüx, Podhaba y Galley-Hill, que distingue de la de Cro-Magnon, donde incluye Chancelade y Obercassel. Sostiene que Grimaldi y la raza de Aurignac son más antiguas que la de Cro-Magnon. Parecidas son las conclusiones de K. Saller (1925), quien forma la raza de Brünn del *Homo fossilis* a base de Combe-Capelle, Brünn I, Obercassel (masculino) y tal vez Halley-Hill; el ortognatismo de esta raza está injustificado, pues, según los estudios de T. de Aranzadi, el tipo de Combe-Capelle es de los más prognatos. H. Weinert vió en 1932, en los ejemplares de Combe-Capelle, Brüx, Brünn, Predmost, Podhaba y Galley-Hill, un tipo de tránsito entre Neandertal y el hombre moderno.

Para J. Szombathy (1927) Combe-Capelle es sólo una forma de la raza de Cro-Magnon, atenuada por algunas afinidades con el cráneo de Chancelade. Las razas del Paleolítico superior son, según él, Grimaldi, Brüx, Cro-Magnon y Chancelade.

Para la escuela antropológica francesa el hombre fósil de Combe-Capelle es considerado como perteneciente a la raza de Cro-Magnon, la cual se considera con Quatrefages como la más importante a través del tiempo y del espacio. El profesor M. Boule cree que Combe-Capelle es sólo una variedad del tipo de Cro-Magnon, el cual forma el gran bloque étnico del Paleolítico superior. Estas opiniones, formuladas con ciertas lógicas reservas, fueron expresadas en 1927 por G. Goury de manera terminante. Se reconoce, sin embargo, como tipo distinto del de Cro-Magnon el de Grimaldi, y en menor escala el de Chancelade. Tan sólo G. Montandon reconoce una relación entre los cráneos de Mentón, Mugen y Quiberon, y de manera relativa los de Brünn (M. Bruno), Predmort y Combe-Capelle, que prueban «la présence ancienne d'un elément negroïde en Europe».

Mendes Correa, que estudió personalmente en Berlín el esqueleto de Combe-Capelle en 1931, nos manifiesta que, según sus observaciones directas, este cráneo presenta los siguientes caracteres: *Cráneo:* frente oblicua, estrecha y baja; glabela y arcadas superciliares muy salientes, pero no tanto como los ejemplares neandertaloides; depresión *(meplat)* obélica; bolsas parietales y saliente occipital muy acentuados y también algún tanto puntiagudos; contorno horizontal subpentagonoide. *Cara y mandíbula:* órbitas grandes, un poco altas; arcos zigomáticos salientes (¿defecto de reconstitución?); prognatismo poco aparente; mentón nítido, pero no muy saliente; rama mandibular larga y cuerpo mandibular alto. Corresponde evidentemente al *Homo sapiens*, reconociéndose vagas reminiscencias neandertaloides por algunos caracteres frontales (oblicuidad y pequeña altura de la frente).

El cráneo de Combe-Capelle se aproxima al femenino de Grimaldi por los índices cefálicos, verticales, orbitario y radio-humeral, y difiere por los índices facial superior, humeral-femoral, intermembral, etc. Con Chancelade se relaciona por los índices vésbico-transverso y húmero-femoral, etc.; pero se separa por la mayor dolicocefalia, cara menos leptoprosopa, índices nasal y orbitario y capacidad. La estatura de Chancelade es 10 centímetros más baja que la de Combe-Capelle.

Respecto a Cro-Magnon las analogías son menos netas (índice alveolar (?), ángulo facial de Francfort, capacidad y proporción de miembros), pero las diferencias son más considerables y de valor taxonómico mayor. Radican éstas en los índices de altura craneana, especialmente en los transversos facial y nasal. El cráneo de Combe-Capelle es hipsistenocéfalo, mientras que los de Cro-Magnon son típicos platicéfalos y de dolicocefalia menor. La estatura es menor para el esqueleto de Combe-Capelle (de 15 a 29 centímetros).

El profesor Mendes Correa, a base de dos caracteres de importancia taxonómica capital, tales como el índice cefálico y la estatura, llega a la conclusión de que hay que separar el tipo de Cro-Magnon, alto y de dolicocefalia generalmente moderada, de Combe-Capelle, los dolicocéfalos de Mugen y el negroide joven de Grimaldi, cuya estatura, referida al adulto, sería 1,66 metros, según Verneau, y por tanto fuera del grupo de Cro-Magnon. Otros caracteres importantes diferenciativos sería la elevación de la bóveda craneana, que contrasta con la platicefalia de Cro-Magnon y el índice nasal elevado.

El profesor de Oporto no cree que Combe-Capelle, Mugen y Grimaldi pertenezcan a una misma raza, a pesar de que se reconozcan los caracteres etíopes del primero y los negroides del último. Los dolicocéfalos de Mugen presentan, según los sabios estudios de Mendes Correa, caracteres negroides —o subnegroides, según fórmula de Montandon—, que llevan a establecer una afinidad, no identidad, con Combe-Capelle, el cual, según los estudios sobre el prognatismo hechos por T. de Aranzadi, hay que incluir entre las razas australes o ecuatoriales y no entre las boreales.

Montandon, en su última obra, llama la atención del por qué en el Paleolítico superior de Francia, mejor dicho, en una zona reducida de su territorio, como es la Dordoña, vivieron tres tipos humanos: el protoeuropoide de Cro-Magnon, el protonegroide de Combe-Capelle y el protoesquinoide de Chancelade. Dicho autor sostiene la tesis de que el hombre primitivo era de tipo indiferenciado, con lo cual coinciden M. Boule y H. Vallois en su obra *L'homme fossile d'Asselar,* de la cual nos hemos ocupado en este ANUARIO. Recordaremos que el esqueleto de Asselar difiere de los tipos leucodermos, etíopes, negros y negritos, pero que se relacionan con los bantus y hotentotes del Sur de Africa y con los negroides de Grimaldi. Los hotentotes, creídos hasta ahora como mestizos de bosquimanos y negros, sería una raza pura, arcaica, como los etíopes. Cromagnoides, protobosquimanos y australoides del Sur de Africa serían formas derivadas, como el tipo de Afalou-bou-Rhummel, que nadie ha pensado en relacionar con Cro-Magnon.

El profesor Mendes Correa no se adhiere de manera franca a favor de esta teoría del hombre primitivo indiferenciado, ya sostenida hace años por Bean y Guiffrida-Ruggeri, y mantiene la creencia de que la heterogeneidad es debida en muchos casos a variaciones individuales de gran amplitud.

De todos modos es del mayor interés el que se restituya la raza de Cro-Magnon a sus justos límites, puesto que hubo una época en que se abusó de ella hasta el extremo de no haber otro tipo humano a través de todos los tiempos prehistóricos,

e incluso para épocas históricas en lugar tan apartado como Canarias, fuera de toda relación cultural con Francia. El valioso trabajo del sabio antropólogo portugués, al contribuir a destacar del bloque humano del Paleolítico superior, considerado como una sola raza, el tipo de Combe-Capelle, tan importante para el problema de los negroides europeos y para el desarrollo biológico de la especie humana, ha prestado un importante servicio a la ciencia, que busca con ahinco, no el sostener viejas hipótesis, sino un camino franco y derecho hacia la verdad.—*J. P. de B.*

MARCELIN BOULE et HENRI VALLOIS.—*L'homme fossile d'Asselar.* «Archives de l'Institut de Paléontologie Humaine». Mémoire IXe. París, 1932.

El solo hecho de haberse encontrado un esqueleto fósil en pleno Sáhara ya le presta bastante interés y suscita una serie de problemas antropológicos.

El descubrimiento fué hecho por la misión Augiéras-Draper en 1927, en un valle muerto afluente del Níger, cerca del puesto de Asselar, a 20 kilómetros al NE. de In-Ourhi y a 400 al NE. de Tombuctú.

El esqueleto yacía en un depósito detrítico con conchas de moluscos, que se relaciona con otro cercano, en el que aparecieron además restos de peces, cocodrilos y mamíferos. Carecía de ajuar funerario, y tiene trazas de ser más antiguo que los sílex microlíticos hallados por Besnard y Monod en las mesetas vecinas. El esqueleto está muy fosilizado, y es datado por M. Boule y H. Vallois como del Pleistoceno superior.

Los descubridores Besnard y Monod destacaron la ganga que contenía el esqueleto y lo remitieron al Institut de Paléontologie Humaine de París, donde se procedió a destacar las piezas óseas. Excepto los huesos de las extremidades inferiores, todos los demás estaban en buen estado de conservación, lo cual ha permitido su detenido estudio.

Se trata de un individuo varón, negroide y de unos cincuenta años. El cráneo es dolicocéfalo, ovoide, ortocéfalo y acrocéfalo. La cara es mesognata, las órbitas microsemas y la nariz platirrina. Hay un indudable prognatismo subnasal. La mandíbula inferior ofrece prognatismo alvéolodental, y una serie de caracteres morfológicos que la relacionan con la de los negros, negroides y hotentotes. Carácter etnográfico interesante es la ablación intencionada de los incisivos medios. La dentición es netamente megadonte. El molde endocraneano es netamente de *Homo sapiens.*

La suma de las alturas de las vértebras es de 460,5 milímetros. El sacro, por su longitud, está relacionado con el de los negros y bosquimanos.

Aunque las impresiones musculares sean fuertes, el conjunto del esqueleto de los miembros llama la atención por la longitud y gracilidad de los mismos. Las fosetas olecraneanas de los húmeros están perforadas. Los radios son muy arqueados, pero la tuberosidad bicipital recuerda por su disposición a la del *Homo neanderta-lensis,* que es común a la de los grandes monos. La mano derecha, que ha podido ser estudiada, es grande, y su longitud total está más cerca de la de los negros que de la de los europeos.

La pelvis, por sus caracteres y sus dimensiones, se acerca también a la de los negros y bosquimanos varones, y lo mismo sucede con los huesos de la extremidad inferior. Por los índices cleídohumeral y radiohumeral se relaciona más con negros, bosquimanos y hotentotes. La talla del hombre fósil de Assalar era elevada (170 centímetros por lo menos), y resulta muy interesante el que la longitud de los

miembros sea grande en relación con el tronco y el que el antebrazo y las piernas sean más alargados en relación que el brazo y los muslos.

En su conjunto el esqueleto de Asselar ofrece caracteres incontestables de los negros o negroides en general, lo cual aparece bien claro en el detenido estudio comparativo hecho por M. Boule y H. Vallois. Nada ofrece común con árabes, berberiscos, abisinios y tuaregs, ni con las poblaciones camíticas del S. del Sáhara. También difiere de los sudaneses, es decir, de los negros típicos; pero en cambio ofrece las mayores relaciones con los bosquimanos, y especialmente con los hotentotes y los bantus.

La ablación de los incisivos es también costumbre de este último pueblo, y fué practicada por las poblaciones prehistóricas de Argelia (Afalou-bou-Rhummel, Grotte des Hyènes, Mechta-el-Arbi), Kenya y Palestina.

Según M. Boule y H. Vallois, se relaciona con el tipo boskopoide del S. de Africa y con los negroides de Grimaldi, que pertenecen también a un antiguo bloque humano bosquimanhotentote.

Los nuevos puntos de vista sobre el origen de las razas consideran que las más primitivas ofrecen caracteres mezclados. Los hotentotes se consideraban como mezclas de bosquimanos y negros, pero ya Shrubsall insistió en que sus caracteres antropológicos eran muy uniformes y que esta estabilización resultaba contraria a todo cuanto se sabe respecto a las leyes mendelianas. La teoría de la ologénesis explica mejor estas cuestiones, y sobre todo M. Boule y H. Vallois en su estudio sobre el hombre fósil de Assalar.

Según ellos, en una época indeterminada, pero a la cual corresponden las industrias paralelas al Paleolítico inferior europeo, Africa, o por lo menos una parte de ella, estuvo habitada por una rama desgajada del tronco primitivo de la raza de Neandertal.

Después llegaría un tipo de *Homo sapiens* de caracteres negroides, pero no negro, que nos es conocido por el esqueleto de Assalar, y los boskopoides del S. de Africa, que corresponden a las culturas del Paleolítico medio y superior. Como infiltraciones de esta raza negroide, poco diferenciada en las riberas europeas del Mediterráneo, hay que interpretar los restos de Grimaldi, Mugen y Combe-Capelle. Boule y Vallois consideran a los hotentotes y bosquimanos actuales como los descendientes de este tronco humano, aquéllos poco diferenciados y éstos habiendo sufrido una especie de degeneración física (menor desarrollo corporal, caracteres infantiles, mesocefalia, platicefalia, etc.). La fecha de la desaparición de este elemento negroide en Africa no es igual en todos los puntos, pues en Egipto parece que llega hasta la época predinástica. Reminiscencias de tipos o caracteres negroides existen también hasta época argárica en la Península ibérica.

Queda marcada de una manera neta la coexistencia de dos razas en el Paleolítico superior en el Africa superior: la de Assalar, correspondiente al Sáhara, donde, por desarrollarse el Sbaiko-Aterense tardío, puede atribuirse a esta cultura, y al N., en la región mediterránea, la raza de Ali-Bacha, cuya relación con el Capsiense es netamente marcada. La propagación de los tipos derivados de Assalar, tanto a la Europa paleolítica como al S. de Africa, parece corresponder a movimientos de pueblos, como hemos comprobado en lo que se refiere a la cultura (industrias líticas y arte rupestre) en otro lugar. (Véase José Pérez de Barradas: *Relaciones entre el arte rupestre del Levante de España y el del Sur de Africa*. «Investigación y Progreso». Año IX, págs. 54-59. Madrid, 1935.)

Los negros africanos, según Boule y Vallois, parecen haberse derivado de os

negroides primitivos por una acentuación de los caracteres negros. Su propagación ha tenido lugar de E. a W., pues los bantus son menos diferenciados que los pueblos de la Guinea, y debe haberse realizado en época relativamente reciente, pues parece ser que fueron los propagadores de la agricultura y de la metalurgia.

La monografía del profesor M. Boule en colaboración con Vallois es un modelo de claridad y de método, ya que cada problema aparece tratado con toda escrupulosidad, pero sin caer en un exceso de mediciones ni alardes comparativos. Las ilustraciones en fototipia nos dan una representación clara de los distintos huesos, así como de las distintas normas craneales. Esta obra será, como su antecesora *L'homme fossile de La Chapelle-aux-Saints*, un elemento indispensable para todos los futuros estudios sobre Paleontología humana.—*J. P. de B.*

HUGO OBERMAIER.—*Die diluvialem menschlichen Skelettfunde Nordarikas.* «Anthropologischer Anzeiger Jahrg». Tomo VII, Heft 3-4, págs. 259-265, 1931.

En dos viajes científicos al Africa menor el profesor H. Obermaier ha podido estudiar los originales de los restos esqueléticos humanos, así como sus yacimientos e industrias acompañantes, que corresponden a la provincia de Constantina.

Los hallazgos principales son los que han tenido lugar en la Grotte du Sable (Afalou-bou-Rhummel), en el Oued Marsa, a 25 kilómetros de Bougie. Allí las excavaciones realizadas por C. Arambourg, bajo los auspicios del Institut de Paléontologie Humaine de Paris, han proporcionado 35 cráneos del mismo tipo humano que los encontrados por A. Debruge en Ali-Bacha. Los hallazgos de los alrededores de Setif, que también se deben al mismo autor, son los del conchero de Mesloug, la Grotte des Hyènes, de la cueva de Djebel Fartas, y especialmente del conchero de Mechta-el-Arbi. También son cuaternarios, según el profesor H. Obermaier, otros restos hallados en Canrobert (Aïn Beida) y en Bir Oumali (a 60 kilómetros al Sur de Tebessa). Con motivo de no hacer repeticiones inútiles remitimos al lector a nuestra reseña sobre la monografía de M. Boule y H. Vallois sobre el hombre fósil de Asselar. H. Obermaier insiste sobre la edad cuaternaria de estos restos humanos nordafricanos, y alude al problema de los elementos africanos o negroides en el Paleolítico europeo mediterráneo.—*J. P. de B.*

A. A. MENDES CORRÊA.—*Contribuição para a Antropologia da idade do ferro em Portugal.* «Trabalhos da Sociedade Portuguesa de Antropología e Etnología». Volumen V. Pôrto, 1931.

La Antropología portuguesa, cuyo florecimiento es extraordinario, no contaba más que con documentos indirectos (esculturas, monedas y otros elementos gráficos) para el conocimiento del hombre de la Edad del Hierro. La posibilidad apuntada por A. A. Mendes Correa en su obra *Os povos primitivos da Lusitania* se ha cumplido, puesto que en la necrópolis de Alcocer do Sal, a pesar de la práctica de la incineración, han aparecido restos humanos que han escapado a la acción del fuego, que han sido estudiados por nuestro querido amigo y colaborador de este ANUARIO el profesor A. A. Mendes Correa.

Aunque escasos y fragmentarios los materiales sobre los cuales versa el trabajo que comentamos son de extraordinario interés, ya que creemos sean los primeros conocidos de este tiempo en la Península ibérica. Muy de desear sería que los arqueólogos pusieran mayor interés en la recolección de los restos humanos de las necrópolis que excavan; si bien es verdad que alguna parte de culpa recae sobre nuestros antropólogos, que sólo desean materiales en buen estado de conservación. Un mayor cuidado en la extracción de urnas cinerarias quizá pudiera proporcionar alguna luz sobre la Antropología de la Edad del Hierro. Por todas estas razones, tenidas en cuenta por el docto excavador de Alcacer do Sal, es tan meritorio el cuidado con que Vergilio Correia ha salvado el material osteológico.

Este es estudiado por el profesor de Antropología de la Universidad de Oporto con todo detenimiento, pues se hace una amplia descripción de todas las particularidades morfológicas y se ofrece el mayor número de medidas que han sido posible obtener. Tres cráneos son masculinos y uno femenino. Además se pudieron salvar varios huesos grandes, cuya descripción y medidas también se publicaron.

El cráneo femenino se pudiera incluir dentro de los límites de fluctuación del tipo dolicocéfalo ibero-insular. Los otros divergen de éste por su tendencia braquicéfala y por el prognatismo acusado de la mandíbula inferior. De los huesos largos se deduce una estatura mediana o inferior a la mediana.

Mendes Correa considera que los restos estudiados, después de compararlos con los tipos portugueses y de discutir varias hipótesis, es posible que se trate de «colonos, ou mais provàvelmente como escravos cedidos pelos mercantes púnicos aos compradores locais». Pero declara noblemente que está lejos de su espíritu dar tal hipótesis como segura.—*J. P. de B.*

JUAN BOSCH Y MILLARES.—*Los wormianos de los guanches.* «El Museo Canario». Año I, núm. 1, págs. 125-143, con 15 figuras. Madrid, 1933.

El autor se ocupa en este trabajo de los wormianos de un millar de cráneos guanches del Museo Canario de Las Palmas.

Después de un estudio general y clasificación, en la que no hay ninguna aportación nueva, refiere haber hallado 621 wormianos en el lado izquierdo y 505 en el derecho, 281 en cráneos femeninos y 197 en masculinos. Bregmáticos ha encontrado uno, lambdáticos 53 en cráneos de adultos y cinco en niños, ptéricos 20 en adultos y 28 en niños y astéricos 121 en adultos y 15 en niños.

Los suturales son más abundantes, pero no cita tanto por 100 para los occipito-parietales, de los que ofrece figuras de ejemplares muy notables. Menciona 38 wormianos sagitales y 11 coronarios.

Después describe casos de hueso interparietal mono o tripartido, pero de manera poco clara. En la parte gráfica alternan buenas fotografías con otras defectuosas, siendo de notar la falta de orientación de los cráneos.

Hubiera sido de desear un estudio con mayor detalle de aquellos cráneos que presentan cierto desarrollo de wormianos en su relación con las suturas, desarrollo del cráneo y el índice cefálico, puesto que, según parece, pueden constituir caracteres étnicos a los que hasta ahora no se les ha concedido suficiente interés, según manifiesta el profesor S. Sergi a propósito de los que presenta el *Homo neandertalensis.*—*J. P. de B.*

Etnología

José Pérez de Barradas.—*El color en la vida y en el arte de los pueblos.* «Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria». Tomo XI, págs. 137 a 207, y tomo XII, págs. 3 a 88. Madrid, 1933.

Llenas de interés están las páginas de tan importante trabajo. Una revisión detenida de materiales y el estudio de una completísima bibliografía fundamentan la labor que acerca de la percepción cromática en el hombre de todos los tiempos ha realizado el autor.

No es fácil reseñar, aun recogiendo lo más importante, el contenido de este trabajo, pues en él se revisan todas las teorías que acerca del color se han emitido hasta hoy. Mejor que cuanto podamos decir dará idea del contenido del mismo la enunciación de los capítulos en que se divide.

En efecto, después de una introducción, donde se indica la división del trabajo en dos partes, a saber: la que ofrecen los problemas del desarrollo cromático y luego la parte que obedece el título del estudio que el autor ha realizado, o sea el análisis de la percepción del color por el hombre y su manifestación en el arte humano. En este trabajo acepta Pérez de Barradas el método histórico cultural, después de rechazar por demasiado simplistas las teorías que han sido formuladas por psicólogos y filólogos referentes al desarrollo cromático en la humanidad y en el hombre, estudiando con los nuevos métodos empleados por la Etnología la percepción del color a través de los pueblos. En el capítulo primero trata del desarrollo cromático en el hombre. Se revisan las teorías de Glastone, Gaiger y Magnus. Todo lo que los filólogos han deducido del nombre de los colores en las lenguas de los distintos pueblos es refutado con ejemplos claros, rechazándose todas cuantas conclusiones se habían presentado. El capítulo segundo se titula «El color en la vida y en el arte de los pueblos», y como hemos dicho, aceptando el método histórico cultural en los capítulos sucesivos, se va analizando «El color en los pueblos primitivos prehistóricos». «El color en los pueblos primitivos actuales». «El color en los pueblos primarios y secundarios». «El color en las culturas arcaicas precolombinas». «El color en las culturas de Oriente». «El color en las culturas clásicas». «La visión de los colores en los pueblos». «El agrado y el simbolismo del color en los pueblos». «La armonía cromática en el arte de los pueblos». Finalmente el autor recoge en una serie de conclusiones los resultados de su labor enorme, que nos prueba una vez más cómo el método histórico cultural es el que mejor nos puede conducir por el campo de la investigación etnológica, pues él ha sido la base con que han quedado definitivamente arrinconadas una serie de leyes y conclusiones que aparecían como dogma siendo simples hipótesis, cuya falta de base ha puesto de manifiesto la sola observación desapasionada de los hechos.

Esto es lo que ha realizado en este trabajo que reseñamos Pérez de Barradas, demostrando cuán faltas de base eran todas las teorías que respecto a la evolución cromática se habían formulado, comprobándolo este autor con una recopilación de

datos que abarca desde el Paleolítico y desde el arte de los pueblos primitivos actuales hasta las manifestaciones de nuestra cultura actual.

Se analizan, después del examen minucioso de la percepción del color en distintas épocas y culturas, las teorías cromáticas actuales respecto a la percepción de los colores y al agrado de la armonía cromática, siendo en este sentido la labor de Pérez de Barradas de una enorme erudición bibliográfica y de una exposición crítica sumamente utilizable. - *Martín Almagro Bach.*

EMILE GUIARD.—*La trépanation cranienne chez les neolithiques et chez les primitifs modernes.* Masson et C.e París, 1930.

La trepanación craneal, práctica quirúrgica conocida ya en la época neolítica, se conserva todavía en pueblos primitivos actuales. La obra del doctor Guiard lleva en sí la intención de poner en claro el fin de esta práctica operatoria entre los prehistóricos por comparación con los actuales primitivos, entre los que aún existe.

Un material bibliográfico muy completo sirve de base al autor para su estudio, que va dividido en dos partes principales: la trepanación en el período neolítico y entre los primitivos que viven en nuestros días.

En la parte primera, antes de estudiar las trepanaciones propiamente tales, que pudieron ser *in vivo* o *post mortem*, completas o incompletas, únicas o múltiples, seguidas de muerte o de éxito curativo, describe el autor las seudotrepanaciones debidas a causas varias, perforaciones accidentales en vivo, erosiones patológicas..., que pueden originar errores de interpretación. Es interesante el estudio radiográfico que hace Guiard en los casos de trepanación realizada durante la vida para calcular aproximadamente la sobrevivencia, corta o larga, del trepanado.

La trepanación verificada en cráneos de individuos muertos es para el autor, o un medio de obtener trocitos óseos circulares —fin mágico—, o la operación previa antes de la momificación del cadáver, que permitiera la inyección de sustancias conservadoras.

El estudio de la trepanación entre los primitivos actuales se hace a base de documentos óseos y etnográficos. La práctica relacionada con la trepanación de la sincipital la examina el autor con cuidado, igual que los procedimientos operatorios e instrumental que sirvieron para trepanar.

Para Guiard, la trepanación entre los neolíticos tuvo como fin la curación de localizaciones dolorosas en el cráneo y de otros procesos que radicasen en aquella región y que se manifestasen por medio de síntomas marcados y violentos. La sincipital sustituiría en las mujeres a la trepanación. Establece también Guiard una relación entre la trepanación y los grupos étnicos braquicéfalos, mientras que parece faltar en aquellos lugares en que la dolicocefalia era el carácter antropológico de los acúmulos humanos que allí residían.

A pesar del interés que presentan estas conclusiones del autor, el excelente material recogido prometía y permitía un mayor rendimiento deductivo. Así, dentro del tema escogido, hubiera sido importante investigar a qué tipo de cultura va unida la práctica quirúrgica de la trepanación entre los primitivos de nuestro tiempo.

La obra de Guiard va prologada por el investigador P. Rivet, que basándose en la práctica trepanatoria supone una dispersión de pueblos desde el Sur de Asia hacia el Pacífico y América, de un lado, y hacia Europa y Africa, de otro.—*A. de Tuya.*

José A. Sánchez Pérez.—*La covada*. «Investigación y Progreso», año VII, páginas 215-221. Madrid, 1933.

El tema de la covada, que tanto ha interesado a los etnólogos, ha sido objeto ya de dos trabajos españoles debidos a T. de Aranzadi (1910) y a E. de Casas (1924), a los cuales se añade éste de José A. Sánchez Pérez, que tiene cierto valor por contener una serie de datos folklóricos referentes a España, Canarias y Baleares. Insiste en que no hay rastro de covada en Vizcaya, como ya indicó T. de Aranzadi.

Es extraño que un trabajo que tiene la pretensión de tratar el problema de la covada en su totalidad no insista apenas sobre los pueblos primitivos actuales habiendo tan numerosa bibliografía. Sólo dice: «En tribus salvajes o semisalvajes la covada es la actitud defensiva contra algo que pueda perjudicar al hijo o a la madre» (pág. 216), y «En algunas tribus de Asia y del Brasil el padre llega a la parodia del parto, y además realiza con el hijo prácticas supersticiosas que denotan el deseo de ocultar la personalidad del hijo llamando la atención acerca de la personalidad del padre» (pág. 218).

Los datos de Sánchez Pérez sobre reminiscencias de la covada en los pueblos españoles son de gran interés para una cuestión que el autor no trata. Nos referimos al carácter matriarcal de la cultura neo-eneolítica del Mediterráneo, sobre la cual insistiremos con toda amplitud de detalles en otra ocasión. Nuestro punto de vista es otro al de P. W. Schmidt, según se deduce de un mapa recientemente publicado.

En los círculos culturales mediterráneos del Neo-eneolítico son muy frecuentes las representaciones de una divinidad bajo la forma de una mujer gruesa desnuda, lo mismo en el Egipto predinástico (Badari), que en Malta (figuras de mujeres gruesas de *Hal Sâflieni* y *Hal Tarxien*), que en Italia (cueva de *Arena Cándica*) y que en España (estatuilla femenina de Almizaraque, etc.).

Este grupo de figurillas de la diosa desnuda mediterránea es independiente del otro grupo análogo correspondiente a la cultura del Danubio. En Creta, donde también aparecen, la religión minoia nos demuestra que se trata evidentemente de una divinidad matriarcal.

En pueblos camitas africanos actuales se aprecian huellas de matriarcado. Sabemos que éste existe entre los tuaregs del Hoggart, y como costumbre derivada del mismo hay que considerar la prostitución usual de las muchachas de los Ouled Nails. Tanto en este pueblo como en otros, debajo de la capa cultural islámica aparece otra más antigua y autóctona. La prostitución de las Ouled Nails es más bien huella de una cultura matriarcal arcaica que no de una influencia cartaginesa. Incluso en la cultura cartaginesa —aún no bien estudiada— habría que averiguar qué elementos son orientales puros y cuáles son de origen africano.

Para este supuesto matriarcado primitivo camita tiene también extraordinario interés la estatua de una mujer gruesa desnuda, con caracteres sexuales exagerados, hallada en el gran túmulo de Tin Hinane, en el oued Abalessa del Hoggart. Aunque los problemas de la cultura canaria están sin resolver, es lo cierto, dado el estado actual de la cuestión, que Canarias ha estado en evidente relación con los pueblos del Sáhara. Por lo cual el matriarcado —y por consiente la covada—, como otros elementos culturales, los hemos de considerar como pertenecientes al círculo cultural camítico. En éste hay que distinguir una fase antigua, agricultora y matriarcal, anterior a la desecación del gran desierto, y una fase posterior ganadera,

matriarcal o patriarcal, lo cual, por el momento, es difícil de comprobar en la mayoría de los casos, pero que constituye una excelente hipótesis de trabajo.

Un error metodológico de Sánchez Pérez es el pretender, a la vista de los datos que presenta sobre la covada de pueblos cultos actuales, dar una explicación sobre el origen de esta práctica, sin tener en cuenta que el folklore, si bien es muy interesante porque nos revela reminiscencias de un pasado, es incapaz por sí de aclarar, y menos de resolver, el desarrollo cultural de la humanidad. Para ello hay que abarcar el problema en su totalidad y basarse principalmente en los pueblos primitivos (primitivos en el amplio sentido de la palabra) actuales.

Otro error metodológico es el acudir a la vida de los animales para hallar una explicación de una costumbre cultural humana. La covada no es instintiva, ni es instintiva la familia, y éste es un punto definitivamente zanjado después de los estudios de Bronislar Malinowski *(Sex and Repression in Savage Society*. London-New York, 1927. Hay edición francesa. Payot, edit., París, 1932).

Por estas razones no podemos admitir que la covada deba su origen a la justificación *instintiva* de la paternidad, ni el desarrollo que nos traza Sánchez Pérez está conforme con los resultados de la moderna Etnología.

La covada no es institución verdaderamente primitiva. Los pueblos primitivos de la escuela histórico-cultural son patriarcales, aunque desconocen la paternidad fisiológica. Igual ocurre en las sociedades matriarcales puras, donde el padre no se cree que sea el engendrador de los hijos ni tiene sobre ellos la menor influencia, pues el nombre, la herencia, etc., se transmiten por línea materna. Es en sociedades matriarcales tardías cuando aparece la covada, que no tiene por fin ni el engañar al demonio de la fiebre puerperal, como suponía A. Bastián, ni para despistar los espíritus enemigos de los recién nacidos, ni como consecuencia del asesinato del padre, como supone la escuela psicoanalista (Reik). La explicación más justa del origen de la covada parece ser la de Rosa Mayreder, de ser un despertar de la paternidad, que no «ha surgido del sentimiento de la propiedad y del deseo de la autoridad del hombre», sino que éste, para adquirir dominio sobre los hijos, que estaban bajo la tutela de la madre, se ha impuesto, o le han sido impuestos, sufrimientos semejantes o mayores que los de la gestación, parto y puerperio. La igualdad de trato a los padres después del parto nos indica que se ha reconocido por la sociedad la participación del padre y de la madre en la procreación, y por lo tanto, la cooperación de ambos por partes iguales en lo que se refiere a la educación y deberes de los hijos.

La covada, a pesar de su apariencia absurda, posee, como dice B. Malinowski (locución cit., pág. 167), «una significación profunda y representa una función necesaria...» «Si las costumbres y reglas tradicionales tienen por fin crear entre el padre y el hijo una muy estrecha intimidad moral y social, de atraer la atención del padre hacia su progenie, la covada es de un gran valor al simular el padre los dolores del parto y de la enfermedad de la madre, pues suministra el estímulo necesario para la expresión de las tendencias paternales.»

Como en las culturas primitivas de pueblos recolectores y cazadores el sentimiento de la paternidad es evidente, la covada, dentro de las culturas primarias matriarcales, es interesante por representar una etapa final del predominio femenino sobre los hijos; pero no hay que olvidar que no constituye una etapa obligada del desarrollo histórico, puesto que las culturas totemistas y pastoriles, también primarias, son patriarcales.

El que la covada haya llegado hasta nuestros días en pueblos cultos, según nos in-

dica el folklore, no nos justifica otra cosa sino que éstos son descendientes de pueblos prehistóricos matriarcales, pero sin que nos den base suficiente para levantar teorías como las expuestas por el autor del trabajo que hemos comentado.—*J. P. de Barradas.*

José Pérez de Barradas.—*Historia de las religiones.* «Manuales Germen», número 41, volumen de 194 + III páginas. Madrid, 1932.

En fermant le livre de M. José Pérez de Barradas, *Historia de las religiones*, l'esprit est enchanté d'avoir parcouru sous sa conduite les chemins sinueux et trop souvent arides de l'histoire des religions, sans fatigue et même avec un vif intérêt et un réel profit.

Cet ouvrage, qui paraît sous l'exterieur modeste des manuels de la collection Germen, porte en soi de grandes qualités. Il est tout d'abord le premier qui paraisse, dû à la plume d'un auteur espagnol et sans être la traduction d'une œuvre étrangère. En outre, il offre comme un résumé très complet des meilleurs travaux parus sur le sujet et dénote chez l'écrivain une connaisance fort vaste des historiens et des ethnologues modernes les plus estimés. Il est un point sur lequel il faut encore insister M. Pérez de Barradas est un préhistorien connu et très sûr; ceci est précieux dans une étude que fait remonter les investigations de l'ethnologie jusqu'aux sources de l'humanité.

C'est pourquoi M. Pérez de Barradas insistera et s'étendra avec complaisance et juste raison sur les formes primitives du sentiment religieux.

Tout d'abord un début méthodologique lui permet de mettre au point les divers systèmes et les théories que le matérialisme a multipliés autour de *L'histoire des religions* depuis l'évolutionisme darwinien jusqu'aux plus récents, le totémisme et l'animisme en particulier. Pour lui, après épreuve, il a choisi la méthode qui d'ailleurs répond le mieux, à l'heure actuelle, aux découvertes modernes et paraît-être du meilleurs équilibre scientifique: la méthode historico-culturelle. De là le paragraphe traîtant avec plus de détails les grandes cultures et le tableau synoptique tiré du P. Schmidt, pages qui aident à se faire une idée d'ensemble de ces grands cycles où l'histoire des religions devra pousser ses investigations.

A l'aide de cette méthode M. Pérez de Barradas entre dans l'étude de la religion chez les primitifs. On ne doit pas s'étonner de l'importance accordée aux manifestations psychiques chez ces êtres qui représentent parmi nous les stades abolis de l'humanité. La connaissance approfondie et sérieuse des manifestations du sentiment religieux et de sa qualité est le départ nécessaire de toute l'histoire des religions. Aussi l'analyse de l'idée de Dieu, de son nom, de ses attributs, du culte rendu à l'Etre Suprême, de ses rapports avec la loi morale sont-ils traités avec le soin que requiert leur importance.

Dans les chapitres suivants, la magie comme le totémisme sont remis à leur véritable place, la première étant une régression du sentiment religieux et l'autre un système social et non une religion.

Tout ce qui a trait aux religions de l'âge de la pierre puis à celle des peuples indogermains d'Europe est particulièrement intéressant, grâce aux remarques de valeur que l'auteur peut faire en tant que préhistorien de marque.

Les diverses religions étudiées aux cours de l'ouvrage le sont avec la même objectivité et la même documentation sûre et abondante.

Peut-être pourrait-on regretter que deux grandes religions, encore à l'heure actuelle des plus importantes n'y soient pas dévoleppées davantage, je veux parler du judaïsme et de l'Islam.

Cependant en ce qui concerne la première malgré le laconisme du chapitre, M. Pérez de Barradas a su mettre l'essentiel et réfuter, en les ramenant à l'objectivité historique, les fantaisies rationalistes.

Par contre il me semble que les quelques lignes consacrées à l'Islam sont insuffisantes, la psychologie de Mohammed n'est pas aussi simplicite que beaucoup se l'imaginent. Les grandes études modernes de ce génie étrange n'ont pu faire toute la lumière et laissent des oscurités troublantes autour du berceau de l'Islam.

En somme, le public espagnol doit à M. Pérez de Barradas de posséder un livre succint mais plein de renseignements précieux, intéressant et très sûr. Il pourra se rendre compte des difficultés que rencontre l'histoire des religions et de la prudence avec laquelle il faut l'aborder, mais pardessus tout il devra à la compétence et à la loyauté de l'auteur d'entrevoir parmi les broussailles du sentiment religieux éternal le sentier qui conduit à la vérité.—*Henry Koehler.*

Prehistoria y Arqueología en general

Prehistoire. Tomo I, volumen de 270 páginas, nueve láminas y 104 figuras. Librairie Ernest Lerroux. París, 1932.

A la importante serie de revistas francesas dedicadas al estudio de la Prehistoria viene a añadirse ésta, dedicada exclusivamente a dicha ciencia, la cual está dirigida por M. Raymond Lantier, conservador-adjunto del Musée des Antiquités Nationales de Saint Germain-en-Laye (París).

Es una revista de formato grande y ampliamente ilustrada, que ha de ser manejada por todos los especialistas que se dedican a la historia primitiva del hombre. Ofrece como novedad el estar dedicada exclusivamente a trabajos originales, figurando en su lista de colaboradores las personalidades de mayor relieve internacional.

El tomo primero está integrado por dos fascículos. El primero está formado por tres estudios. El segundo fascículo comprende también tres trabajos. Del del profesor Henry Breuil: *Les industries à eclats du Paleolithique inférieur.—I. Le clactonien,* nos ocuparemos por separado.

Muy interesante es el de Jean Charbonneaux: *Deux grandes fibules géometriques du Musée du Louvre.* Se trata de un par de fíbulas de la época geométrica griega, en cuyo tiempo, la Edad Media griega, el arte está relacionado estrechamente con el de la Europa prehistórica. Es probable que procedan de Esparta. Son de gran tamaño y de forma especial, pues el arco ha sido sustituído por una placa rectangular, adornada con grabados.

Una de ellas tiene en su cara superior una figura humana entre dos caballos enfrentados. El espacio restante está ocupado por aves y círculos. En la otra cara

hay un combate entre dos carros con guerreros. La otra tiene en una cara la Hécate beocia entre dos leones y en la otra un combate naval.

Charbonneaux hace, después de una descripción detallada, un profundo estudio comparativo, que da base suficiente para considerar estas fíbulas como beocias y del siglo VIII.

El trabajo de PETER GÖSSLER: *Petits bronzes figurés a représentations humaines de l'epoque de la Tène découverts en Würtembere,* comienza con una breve reseña de los hallazgos de este país de la Edad del Hierro, de la cual son los más importantes el túmulo de Klein Aspergle y el anillo de Trichtingen. Después estudia una serie de pequeños bronces de figuras humanas, masculinas y femeninas, desnudas, que han aparecido en Alemania (Würtemberg, Baden, Palatinado y Hesse renano), Suiza, Francia (Cher, Meurthe-et-Moselle, Marne) y Hradischt-Stradonitz. Todas ellas, como ya llamó la atención Reinecke, son de un arte bárbaro y pertenecen a La Tène I y II. En Würtemberg han aparecido piezas de este tipo; en Cannstadt, una femenina; en Uhlbach, dos parejas de sexos diferenciados y una de ciervos; en Münlacker, una masculina con falo desarrollado; en Islfeld, otra masculina con las manos levantadas en señal de adoración, y en Grabenstetten y en el lecho del Erms, cabezas de clavos decorados con cabezas humanas.

Gössler compara las primeras con los bronces ibéricos de Castellar de Santiesteban y de Despeñaperros, pero sólo en lo que se refiere al sincronismo. Es un tema interesante, que desearíamos haber visto tratado, el ver entre los innumerables bronces españoles cuáles son verdaderamente ibéricos y cuáles pueden ser atribuidos a los celtas. Indudablemente ha de haber bronces clasificados como iberos que sean celtas. Incluso cabe estudiar si las influencias griegas han llegado tanto por las colonias griegas como por intermedio de los celtas, que a su vez las han recibido de los etruscos, lo que explicaría el problema de ciertas piezas de sabor etrusco o sus influencias sobre el arte ibérico, como ya han visto A. GARCÍA BELLIDO *(Las relaciones entre el arte etrusco y el ibérico.* «Archivo Español de Arte y Arqueología», núm. 20, págs. 119-146. Madrid, 1931) y R. LANTIER *(Bronzes votifs ibériques.* «Ipek», 1930, págs. 38 y sigs.).—*J. P. de B.*

Cinquième Congrès International d'Archéologie. Alger, 14-16 avril 1930. Publié par les soins de la Société Historique Algérienne. Volumen de 334 páginas, con figuras en el texto y láminas. Alger, 1933.

Con motivo de las fiestas del cincuentenario de la conquista de Argelia tuvo lugar en Argel, en los días 14-16 de abril de 1930, el V Congreso Internacional de Arqueología.

Las comunicaciones presentadas al mismo han aparecido en tomo fuera de serie de la *Revue Africaine,* que publica la Société Historique Algérienne, la cual constituye una fuente de documentación riquísima para los estudios sobre Africa del Norte.

Sobre Arqueología prehistórica sólo aparecen publicadas tres comunicaciones. La principal es la de L. JOLEAUD: *Chronologie des phenomènes quaternaires, des faunes de mammifères et des civilisations préhistoriques de l'Afrique du Nord,* fruto de veinticinco años de trabajo, y de gran interés para nosotros, si bien haya algunos puntos discutibles, lo cual es lógico que así sea, puesto que no tenemos todos los elementos de juicio necesarios sobre faunas, razas humanas y culturas africanas. Las otras comunicaciones son las de M. PIRONTET: *La citadelle hallstat-*

tienne, a pateries helléniques de Château sur Salins (Jura), y la de R. DE SERPA PINTO: *Observations sur l'Asturien du Portugal*. En ésta se sostiene la hipótesis del origen portugués del Asturiense.

Las comunicaciones sobre Arqueología clásica versan especialmente sobre las ciudades romanas de Africa del Norte. Especialmente sobre el problema del aprovisionamiento de agua tratan las siguientes: IVONNE ALLAIS: *L'alimentation en eau d'une ville romaine d'Africa: Cuicul (Djemila)*; ADOLPHE LODS: *L'etang superieur et l'approvisionnement en eau de la Jerusalem antique*. Sobre las excavaciones de las ciudades romanas de Sabratha y Lepis Magna versa la comunicación de G. GUIDI: *Fouilles exécutées en Tripolitaine du mois d'octobre au printemps de 1930*. En la primera se ha excavado el teatro, que se parece mucho al de Dongga, y en el cual la escena estaba decorada con columnas, arquitrabes y bajorrelieves de mármol. En Leptis Magna las excavaciones se concentraron en el arco de Séptimo Severo, el mercado, el faro y el puerto. Muy interesante es también el trabajo de A. MERLIN: *L'histoire municipale de Thuburgo Majus*, ciudad romana situada a 50 kilómetros de Túnez, que es un conjunto de ruinas importantes, y especialmente el de A. MERLIN y L. POINSSOT: *Epotides de bronze trouvées en mer près de Mahdia*. Aquí se habían encontrado cráteras y candelabros de mármol del mejor estilo romano. Las piezas ahora descritas son dos semibustos de Dionysos y de Ariadna, del mejor arte helenístico, y que decoraron un monumento votivo en forma de proa de navío dedicado a conmemorar una batalla naval.

De la comunicación de MALVA M. VINCENT sobre *Aquae Sirensis*, villa romana situada en Mascara (Orán), nos interesa una de las basílicas de tres naves, ábside que no sobresale al exterior y dos sacristías laterales, caracteres por la que se relaciona con la que excavamos en 1930 en Vega del Mar. (Véase: JOSÉ PÉREZ DE BARRADAS: *La basílica paleocristiana de Vega del Mar (San Pedro Alcántara, Málaga)*. «Archivo Español de Arte y Arqueología», número 22. Madrid, 1932).

El volumen se completa con otras notas sobre Arqueología clásica y musulmana de menor importancia.—*J. P. de B.*

Zwanzigster Bericht, 1931.—Archæologisches Institut Römisch-Germanische Kommission. Volumen de 226 páginas, 17 láminas y 32 figuras. Frankfurt am Main, 1931.

El «Bericht» XX de la Römisch-Germanische Kommission del Instituto Arqueológico Alemán, correspondiente a 1930, está compuesto de tres monografías de interés extraordinario, aparte de la reseña de las actividades de la misma hecha por el profesor G. Berzu.

El primero, debido al profesor FRITZ NETOLITZKY y titulado *Unser Wissen von den alten Kulturpflansen Mitteleuropas*, trata sobre el cultivo de las plantas en Europa central, en el cual se ha adelantado enormemente desde el libro clásico de A. de Candolle. Estas investigaciones requieren la colaboración de prehistoriadores que practiquen la técnica más severa en las excavaciones y que sepan conceder a una vasija tanto interés a su forma y decoración como a su contenido, y de botánicos que, con arreglo a métodos nuevos de trabajo, sepan determinar los restos pequeños, fragmentados, incompletos y carbonizados que aquéllos les sometan a su estudio. De esta manera puede llegarse, en lo que respecta a la agricultura primitiva, al grado de madurez que revela el trabajo del profesor F. Netolitzky, que en unión de la obra de A. MAURIZIO: *Die Geschichte unserer Pflauzenahrung von den Urzeiten*

bis sur Gegenwart (Berlín, 1927), son las piedras capitales para el estudio de la agricultura europea.

R. Lautier, el subdirector del Muséé des Antiquités Nationales de Saint Germain-en-Laye (Seine-et-Oise), nos ofrece un resumen certero, claro y preciso de los adelantos hechos en Francia de 1915 a 1930 en Prehistoria y Arqueología, que andan repartidos en buena parte en publicaciones regionales poco conocidas. Los nuevos hallazgos artísticos paleolíticos, especialmente los de la cueva de Isturitz, Trois Frères, Montespan y Le Roc son tratados con todo detalle. Del Neolítico nos interesan especialmente los fondos de cabaña del poblado neolítico de Ante (Marne), y de la época de La Tène las excavaciones del santuario de Roquepertuse, con sus notables estatuas. Resaltan también las importantes excavaciones de época romana de Vaison (Vancluse) y de Alise-Sainte-Reine (Côte-d'Or), así como las esculturas de divinidades galas y el hermoso Apolo de La Courrière.

El tercer trabajo es de Leo Weisgerber, y como su nombre indica, *Die Sprache der Festlandkelten,* es un estudio de filología celta que nos interesa hondamente a nosotros.

Hemos de terminar insistiendo en que este volumen es de necesidad que sea consultado por todos nuestros prehistoriadores y arqueólogos, puesto que versa sobre temas que indirecta o directamente se relacionan con nuestros problemas.—*J. P. de B.*

Acta Archæologica.—Volumen II, 314 páginas, figuras en el texto y 13 láminas, 1931.
Volumen III, 298 páginas, figuras en el texto y 14 láminas. *Koebbenhavn,* 1932.

La lujosísima revista danesa dirigida por Johs Broendsted no hace, en su segundo y tercer año, sino afirmar la gratísima y excelente impresión por nosotros expuesta en el Anuario de 1931-1932 al ocuparnos de su primer volumen.

De los trabajos del volumen II queremos destacar especialmente alguno. H. P. L'Orange: *Die Bildnisse der Tetrarchen,* bien documentado y con excelentes reproducciones, de especial interés para el estudio del Bajo Imperio (más en el sentido del tiempo que del espacio). Gudmund Hatt: *Prehistoric fields in Jylland* (páginas 117-158), nos da a conocer sus originales estudios sobre los campos de Jutlandia, lo cual le ha proporcionado abundantes materiales arqueológicos y originales observaciones, posibles éstas en un país de las condiciones de Jutlandia. Para la época de las grandes emigraciones y Arqueología con ella relacionada, es de especial importancia el trabajo de Anders Bugge: *The golden vanes of viking ships. A discussion on a recent fin at Källunge Church, Gothland* (págs. 159-184). Interesante para los que se ocupan especialmente del Paleolítico y de los problemas etnográficos con él relacionados es el trabajo de síntesis de Therkel Mathiassen: *The present stage of eskimo archæology,* donde hay bastantes hechos nuevos de la Arqueología esquimal. Aunque fuera de las actividades nuestras, no queremos dejar de citar aquí el trabajo de Carl Nordenfalk: *Ein karolingisches Sakramentar aus Echternach und seine Vorläufer* (págs. 207-244), pues tiene especial importancia para el estudio de nuestra más vieja miniatura medieval, cuyo verdadero estudio, moderno y estrictamente científico, está por ser iniciado por lo que se refiere a problemas generales, ya que el único lugar donde se abordan algunos de estos temas es en el libro de W. Neuss: *Die Apokalipse des Hl. Johannes in der altspanischen und altchristlichen Bibel-Illustration.* Münster, i. W., 1931. Para el estudio de la

vivienda prehistórica hay un trabajo valioso de H. C. BROHOLM und J. P. RASMUSSEN: *Ein Steinzeitlicher Hausgrund bei Strandegaard, Ostseeland.*

Del volumen III es especialmente interesante para nosotros el trabajo de HARALD INGHOLT: *Quelques fresques récemment découvertes à Palmyre* (págs. 1-20), con cuatro magníficas láminas en colores. Especialmente valioso es el trabajo del gran especialista SUNE LINDQVIST: *Vendel-time finds from Valsgärde in the Neighbourhood of old Uppsala* (págs. 21-46), con excelentes láminas, de importancia para la Arqueología germánica general por la calidad de los hallazgos y con algunos temas directamente relacionados con cosas nuestras visigodas. Para la Arqueología germánica es también de gran interés el amplio estudio que T. J. ARNE hace de un *Bemerkenswerter Fund in Östergötland* (págs. 67-112). Magníficamente documentado está el trabajo de K. FRIIS JOHANSEN: *Sacena. Zur Geschichte der römischen Opfergeräte* (págs. 113-156), que representa un notable avance para estos detalles del culto en Roma. Las tiendas romanas, conocidas recientemente gracias a modernos trabajos en Ferentino y Tívoli, son estudiadas por AXEL BOËTIUS y NILS CARLGREN: *Die spätrepublikanischen Warenhäuser in Ferentino und Tivoli* (págs. 181-208). Importante para la tipología y cronología de la hoz es el trabajo de ANDREAS OLDEBERG: *Some contributions to the earliest history of the sickle* (págs. 209-230).
Julio Martínez Santa-Olalla.

Eurasia Septentrionalis Antiqua.—Redactores: U. T. SIRELIUS y A. M. TALLGREN. Helsinki.

En el incesante aumento de los horizontes de la investigación arqueológica, sobre todo en los más recientes estudios, ha ido poniéndose de relieve la importancia enorme del estudio de esos vastos países, solar de caucasios, indogermanos, finougrios, turcotártaros y árticos, que en su variedad étnica corresponde a un suelo también variado, que va de la tundra nórdica a la estepa salina del Mediodía, y del clima ártico, horriblemente extremoso, al templado ambiente mediterráneo. Esos extensos países, tan variados etnológica y climatéricamente, revisten una indudable uniformidad, un común denominador, que hace de ellos un verdadero continente, que es Europa oriental y Asia occidental.

Esa Eurasia, cuya frontera es aproximadamente el Golfo de Botnia, Vístula, Hungría y Adriático, con exclusión de los Balcanes claramente mediterráneos y antieuropeos, tiene una uniformidad en sus culturas, y sobre todo se nos manifiesta cada día más de interés fundamental para nuestro Occidente como vivero de pueblos, de culturas, mediador entre Asia y Europa, constituyendo la Eurasia, de nombre harto significativo.

La investigación referente a esa gigantesca extensión del viejo Continente se dispersaba y fragmentaba extraordinariamente, constituyendo su conocimiento una dificultad casi insuperable, especialmente para el investigador europeo occidental y mediterráneo. Por ello, sólo la empresa que supone la centralización llevada a cabo por *Eurasia Septentrionalis Antiqua* merece el más cálido aplauso de prehistoriadores y arqueólogos. Mas si esta centralización se lleva a cabo con el talento y perfecta organización que A. M. Tallgren, el famoso arqueólogo finlandés, su principal animador, ha sabido dar a *E. S. A.*, el aplauso merecido es mayor y más sincero.

E. S. A. apareció por vez primera en 1927. Desde entonces anualmente, con una

puntualidad ejemplar tan poco frecuente desdichadamente en nuestras revistas profesionales, aparece un nuevo volumen, nuevo tesoro de documentación arqueológica de la vastísima Eurasia. No quiero omitir, pues ello es ejemplar también, el hecho de haber votado la Cámara de los diputados de Finlandia (!) un crédito para la publicación de la revista.

Materialmente la presentación de *E. S. A.* es buena, sin lujos, pero con los elementos necesarios. La ilustración es ordinariamente abundante y de buena calidad, con fotograbados cuidadosamente tirados en el texto. Los idiomas empleados son exclusivamente el alemán, francés e inglés, como únicos verdaderamente universales en el mundo científico internacional.

Hasta la fecha han aparecido siete volúmenes, con un total de 1.647 páginas y varios millares de grabados De ellos es imposible dar cuenta detalladamente por su gran extensión. Del tomo segundo de *E. S. A.*, constituído por el magnífico libro de A. M. TALLGREN: *La Pontide préscythique après l'introduction des métaux*, dimos cuenta en el anterior ANUARIO (pág. 275). La extensión principal la ocupan los trabajos originales, completándose con una excelente sección de recensiones y noticias.

El contenido de los siete volúmenes es el que damos independientemente para cada uno a continuación:

I. 1927, 203 p.—Table: *Aux lecteurs;* I. MANNINEN, *Zur Ethnologie des Einbaumes;* A. V. SCHMIDT, *Kacka. Beiträge zur Erforschung der Kulturen Ostrusslands in der Zeit der Völkerwanderung* (III-IV jahrgang); P. RYKOV, *Die Chvalynsker Kultur der Bronzezeit an der unteren Wolga;* V. SMOLINE, *La nécropole d'Abachévo;* M. CHUDJAKOV, *Hockerbestattungen im Kasanschen Gebiet;* A. M. TALLGREN, *Ausgrabungen in Maklaseevka;* L. IAKOUNINA-IVANOVA, *Une trouville de l'âge de la Tène dans la Russie méridionale;* FR. BALODIS, *Die archäologischen Forschungsarbeiten in Lettland 1920-1926;* A. M. TALLGREN, *Die Denkmalpflege in Estland;* A. M. TALLGREN, *Besprechende archäologische Bibliographie von Osteuropea; Literaturberichte.*

II. 1927, 248 p.—Table: A. M. TALLGREN, *La Pontide préscythique après l'introduction des métaux.*

III. 1928, 200 p.—Table: A. M. TALLGREN, *Les provinces culturelles finnoises de l'âge récent de fer dans la Russie du Nord;* B. GRAKOV, *Monuments de la culture scythique entre le Volga et les monts Oural;* A. M. TALLGREN, *Permian Studies*, I-III; M. SCHMIEDEHELM, *Ein Grabfeld der älteren Einsenzeit in Lüganuse (Estland);* N. N. BORTVIN, *The Verkhny Kizil Find;* A. ZAKHAROV, *Materials on the Archaeology of Siberia;* A. M. TALLGREN, *Die russischen und asiatischen archäologischen Sammlungen im Nationalmuseum Finnlands;* G. RÄNK, *Das estnische Nationalmuseum und die ethnographische Arbeit in Eesti, 1922-1927; Literaturberichte.*

IV. 1929, 340 p.—Table: V. J. TOLMATCHEV, *Sur le paléolithique de la Mandchourie;* A. V. SCHMIDT, *Die Kurgane der Stanica Konstantinovskaja;* A. M. TALLGREN, *Études sur le Caucase du Nord;* PAUL RAU, *Neue Funde aus Hockergräbern des Wolgadeustchen Gebiets;* M. JEGOROV, *Ein Kurgan bei der Kirche der Kolonie Nikolajevsk;* B. JOUKOV, *Les modifications chronologiques de la céramique, etc.;* M. VOÉVODSKI, *Les moyens méthodiques pour l'étude de la céramique;* OTTO BAHDER, *Zur Erforschung der neolithischen Wohnplätze im Okatale;* A. V. ZBRUJEV, *Der Wohnplatz von Lipki im Gouv. Vladimir;* O. KRIVTSOV-GRAKOV, *Une trouvaille d'objets de l'âge du bronze dans la région du haut Tobol;* I. FABRITIUS, *Tzaréwa mohila;* WL. ANTONIEWICZ, *Der in Stublo in Wolhynien aufgefundene Bronzeschatz;* J. KOSTRZEWSKI, *La cachette du premier âge du fer de Kalinówka Koscielna;* A. Po-

TAPOV, *Inkrustierte Keramik von Belsk;* B. N. GRAKOV, *Deux tombeaux de l'époque scythique aux environs de la ville d'Orenbourg;* N. TOLL, *Bronzedolche der Sammlung Zichy;* GERO V. MERHART, *Ein Eisenschmelzofen am Jenissei;* T. M. MINAJEVA, *Zwei Kurgane aus der Völkerwanderungszeit bei der Station Sipovo;* V. V. MASLOVSKI, *Der Schädel aus dem Kurgane N:o 3 bei der St. Sipovo;* JEVGENIA PCELINA, *Ein Katakombengrab der Völkerwanderungszeit in Nordossetien;* V. I. RAVDONIKAS, *Die Grabsitten in den «finnischen» Kurganen im südöstlichen Ladogagebiet;* HELMER SALONEN, *Gräberfunde aus dem Ladogagebiete;* NILS CLEVE, *Jüngereisenzeitliche Funde von der Insel Berezan;* M. SCHMIEDEHELM, *Ein Depotfund aus Tartu;* H. MOORA, *Wotische Altertümer aus Estland;* P. RYKOV, *Archäologische Beobachtungen im Tale der Velikaja;* TATIANA PASSEK & B. A. LATYNINE, *Sur la question des «kamennye baby»;* VSEV. SAKHANEV, *Études sur l'origine de l'art populaire russe;* CATHERINE GORIOUNOVA, *Matériaux pour la caractéristique des nécropoles maryennes;* A. E. ALIKHOVA & S. PREOBRAZENSKI, *Sur quelques modifications chronologiques de la civilisation de Mordva-Mokcha.*

V. 1930, 220 p.—Table: A. M. TALLGREN, *U. T. Sirelius* †; D. D. BUKINIC, *Neues über Anau und Namazga-Tepe;* N. MAKARENKO, *La civilisation des Scythes et Hallstatt;* M. JEGOROV, *Gefässe von Juck;* N. FETTICH, *Über die ungarländischen Beziehungen der Funde von Ksp. Perniö, Südwestfinnland;* L. BARTUCZ, *Die Skeletreste von Körösladány;* A. KUZNECOVA, *Altertümer aus dem Tale der mittleren Inja;* V. I. GROMOV, *Das osteologische Material aus den Gräbern an der mittleren Inja;* B. V. ALEXANDROV, A. M. TALLGREN, *Funde aus der römischen Eisenzeit im Gouv. Novgorod;* A. M. TALLGREN, *Caucasian Monuments. The Kazbek Treasure;* A. A. ZAKHAROV, *Contributions to Caucasian Archaeology. A large barrow in Daghestan;* A. A. ZAKHAROV, V. V. SERGEJEV, *Schädel aus Steinkistengräbern im Kurgan von Temir-Chan-Sura.*

VI. 1931, 224 p.—Table: I. MANNINEN, *Die nord-eurasischen Torsionsfallen;* A. O. VÄISÄNEN, *Die Leier der Ob-ugrischen Völker;* I. MANNINEN, *Überreste der Sammlerstufe (vorzugsweise bei den finnischen Völkern);* S. P. TOLSTOV, *Les principales étapes de la civilisation térioukhane;* A. HÄMÄLÄINEN, *Der vorsud-mudor-Kult der Wotjaken;* G. DEBETZ, *Les crânes de l'époque dite d'Anino;* A. M. TALLGREN, *Biarmia;* P. DMITRIEV, *Über die Gusstechnik auf dem Burgberge Irtjas;* A. M. TALLGREN, *Zu der nordkaukasischen frühen Bronzezeit;* FR. HANCAR, *Einige Gürtelschliessen aus dem Kaukasus;* A. A. ZAKHAROV, *Contributions to the Archeology of Daghestan;* K. TACKENBERG, A. SIDOROV, A. M. TALLGREN, *Miscellanea archaeologica;* A. M. TALLGREN, *Zur archäolosgischen Bibliographie betr. das Gebiet der jetzigen Sovjetunion für 1927-1929; Literaturberichte.*

VII. 1932, 212 p.—Table: A. M. TALLGREN, *A. A. Spitsyne* †; A. M. TALLGREN, *Études archéologiques sur la Russie orientale durant l'ancien âge de fer;* J. WERNER, *Bogenfragmente aus Carnuntum und von der unteren Wolga;* A. A. ZAKHAROV, *I. A. Zaretsky's Excavations in the government of Kharkov;* G. NIORADZE, *Der Verwahrfund von Kvemo-Sasirethi;* M. M. IVASCENKO, *Beiträge zur Vorgeschichte Abchasiens;* FRANZ HANCAR, *Die Nadelformen des prähistorischen Kaukasusgebietes;* TYYNI VAHTER, *Les «kuatteris» chez les peuples finnois pendant l'âge récent du fer; Literaturberichte; Notes and queries* (E. LAID, E. BENINGER).

El interés de *Eurasia Septentrionalis Antiqua* es grandísimo para cualquier prehistoriador, por el hecho de ser la revista única que puede informarnos, y esto en condiciones excepcionalmente ventajosas, sobre el movimiento arqueológico en el gran mundo eurasiático. Para los arqueólogos, cuyo especial campo de trabajo es

la época de las emigraciones de los pueblos al final de la Edad Antigua y principios de la Edad Media, resulta *E. S. A.* un instrumento de trabajo imprescindible, pues en cada uno de sus volúmenes son abundantes los materiales y temas objeto de estudio de temas con aquél relacionados.

Hasta desde nuestra posición de extremo occidente europeo tiene *E. S. A.* gran interés, aparte de temas generales de nuestra Prehistoria, con los cuales, en un cuadro y complejo cultural, hay que tener en cuenta problemas del oriente europeo, encontramos en sus páginas muchas valiosísimas para los que nos ocupamos de nuestra Arqueología germánica y de la época de las grandes emigraciones. Nadie, absolutamente nadie que, por ejemplo, tratase nuestra Arqueología visigoda podría hacerlo adecuadamente y a fondo sin conocer los materiales eurasiáticos, del Mediodía ruso especialmente, básicos para aquélla. Hoy, gracias al estudio sistemático de nuestras antigüedades visigodas, iniciado al fin tras un incalificable abandono, sabemos cuál es el valor que para nosotros tiene esa Eurasia a que Tallgren dedica su soberbia revista. Ahora ya no resultaría paradójico hablar de Rusia o el Oriente, del Cáucaso o China, al tocar y estudiar ciertos temas.—*Julio Martínez Santa-Olalla.*

HUGO OBERMAIER.—*El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad.* «Revista de Occidente». 260 páginas, 27 figuras y 18 láminas. Madrid, 1932.

Una laguna grande en nuestra bibliografía arqueológica de lengua castellana viene a llenar el libro de H. Obermaier, que presta con ello un alto servicio a la ciencia, pues es de esperar contribuya intensamente a la propagación de los estudios prehistóricos y arqueológicos en España.

El libro de Obermaier va dirigido a un público extenso, a ese público afortunadamente cada vez mayor que no es indiferente a los problemas científicos que tiene planteados la moderna investigación. Es un resumen claro, vertebrado, de los más modernos resultados de la ciencia prehistórica.

El libro cuya publicación debemos agradecer a la *Revista de Occidente,* y de manera especial a su animador José Ortega y Gasset, aunque va dirigido especialmente al gran público culto, es también de utilidad y valor positivo para el especialista, quien encontrará en él datos concretos y precisos hábilmente resumidos de las últimas investigaciones.

En dos partes se divide la obra. La primera (páginas 9 a 145) se refiere exclusivamente a las más antiguas edades de la piedra. Esta es indudablemente la más construída de la obra, pues tiene como precedente las dos ediciones del clásico volumen *El hombre fósil* (segunda edición, 1925); mas no se vaya a pensar por ello que se trata de un simple resumen de la obra clásica, pues, por el contrario, lleva un carácter muy nuevo, como corresponde la incorporación de los nuevos materiales fruto de una investigación intensa en todo el mundo. Por otro lado, el conjunto es más ameno y de fácil y grata lectura, como corresponde a la intención que guía la obra.

La primera parte va dividida en cuatro capítulos, y éstos a su vez en numerosos epígrafes, lo que facilita su consulta. Cada capítulo lleva un reducido índice bibliográfico seleccionado con gran discreción, tanto en su calidad como en su cantidad, con exclusión total de ciertos libros excesivamente difundidos y cuyas garantías científicas no son muy grandes.

De los capítulos consagrados al Paleolítico es de interés especial para el prehistoriador el titulado «El hombre paleolítico fuera de Europa», que resume maravillo-

samente el resultado de las modernas investigaciones en Africa y Asia especialmente, con lo que nos da una visión de conjunto difícil de lograr en otra forma, pues faltan estudios monográficos definitivos y trabajos de conjunto, en tal forma que es preciso utilizar una bibliografía complicada, fragmentaria y de dificilísimo acceso.

La segunda parte del libro abarca en tres capítulos las edades de la piedra pulimentada, del bronce y del hierro. Un trabajo de conjunto de esta índole no es nuevo para H. Obermaier, que ya en 1912, en *Der Mensch der Vorzeit,* intentó con éxito tal empresa.

La mayor novedad y atractivo de la segunda parte es, de un lado, ver nuestra Prehistoria peninsular enmarcada en el complejo de las restantes culturas prehistóricas; de otro, tener un resumen, luchando con las mismas dificultades que para el Paleolítico de los últimos descubrimientos de Oriente.

Es lástima que no se haya ilustrado la obra más abundantemente y el cuidado material de la edición no haya sido mayor para evitar ciertas erratas. Mas esperamos que rápidamente sea preciso ir a la segunda edición en que se subsanen tales descuidos, que en nada afectan al enorme valor de este libro, que será clásico para nuestra juventud universitaria y el gran público culto y utilísimo para los especialistas por su perfecta información.—*Julio Martínez Santa-Olalla.*

GEORGES POISSON.—*Les Aryens. Etude lingüistique, ethnologique et préhistorique.* Volumen de 272 páginas, tres mapas y cinco láminas. Bibliothèque scientifique Payot. París, 1934.

No puede negarse que el tema ario ha vuelto a ocupar el primer plano en la discusión científica, aunque la actualidad y el interés se deban a razones de otro orden que las puramente científicas. Con este motivo en conferencias, cursos universitarios y en libros se vuelve a tratar la cuestión de sus orígenes y de sus migraciones.

G. Poisson en esta obra ha resumido un curso dado en l'Ecole d'Anthropologie de París como suplente del profesor de Etnología. Toma la cuestión desde el punto de vista prehistórico, después de una introducción en la que hace la historia de la cuestión aria, de todas sus exageraciones y errores, basados unas veces en falta de documentación suficiente y otras en un nacionalismo desmesurado.

No cabe duda que la lingüística, que fué la ciencia que enfocó el problema ario, se quedó pronto atrás en la investigación, tal vez por sus propios errores. Sin embargo ahora parece ganar terreno, y las investigaciones de Karsten y Feist así lo prueban al sostener que las lenguas germánicas son las más aberrantes del grupo indoeuropeo, y que, por tanto, no puede colocarse la patria de los indogermanos en el Norte de Europa como han hecho numerosos prehistoriadores alemanes, como Kossina, Wilke, Schuchhardt, Hirt, etc.

Antropológicamente los indogermanos no pertenecen a ningún grupo étnico definido; mas no podemos estar conformes con G. Poisson, que sostiene que la población actual de Europa se ha efectuado por la llegada de pueblos que constituyen las tres grandes razas actuales de Europa, razas que se relacionan con las tres ramas de los cimotricos de la clasificación de Haddon, y cuya mezcla ha creado la familia aria. En realidad, nada sabemos de los orígenes e historia de las razas ni de la antropología de los tiempos prehistóricos. Si bien los indogermanos —nombre que preferimos al de indoeuropeos y de arios— no deben hacerse sinónimos de la raza nórdica

blanca, rubia, alta y de ojos azules; tampoco cabe pensar *a priori* en una mezcla étnica, puesto que pueden corresponder, según los estudios modernos de Montandon, a un tronco antiguo europoide indogermano, una de cuyas ramas es la raza nórdica, y cuyos caracteres típicos fueron perdidos de manera total o parcial por los indogermanos asiáticos.

Poisson no acepta la tesis sostenida últimamente por Kossina, Schuchhardt, Hirt y otros prehistoriadores alemanes del origen nórdico de los indogermanos, sino la de Schrader, Myres, Childe, Peake y otros, que colocan su foco natal en las estepas del Sur de Rusia No cree que puedan encontrarse índices de existencia de pueblos indogermanos hasta 2.500 años antes de J. C. En este tiempo distingue, de acuerdo con Goury, tres grandes zonas culturales prehistóricas en Europa, las cuales fueron ya antes establecidas por Schuchhardt.

La mediterránea comprende Creta, Grecia, las Cíclades y Chipre, Sicilia, Italia y la Península ibérica. Es lamentable, y muy francés, el que para ésta sólo cite tres trabajos publicados en lengua francesa. Como interpretaciones propias hay que rechazar, aparte de verdaderas ligerezas, como el que en el Neolítico de España central no sea seguro que la agricultura y la domesticación de animales fuesen conocidos, el que la cerámica con adorno en relieve sea una prueba de una extensión en España de la civilización neolítica de Francia, y que Creta haya podido influir sobre la cultura de Almería.

La zona central está formada por Francia, Suiza, el valle del Danubio y el Sur de Rusia. En Francia Poisson distingue la cultura de las cuevas del Sur de Francia, de origen mediterráneo, la cultura de sílex de origen nórdico y la palafítica. Por lo que respecta a esta última el problema de su origen y desarrollo es más complejo de lo que piensan Goury y Poisson.

La escuela alemana veía en las culturas del Danubio a las avanzadas de los indogermanos en su migración hacia Oriente; pero es un hecho de que antropológicamente los pueblos del Neolítico danubiano se relacionan con los mediterráneos, según ha probado, entre otros, von Saller, y que esto mismo sucede en lo que se refiere a su religión. Las figurillas, especialmente femeninas, se relacionan estrechamente con las de los pueblos de la cuenca mediterránea. La cerámica de cintas y la de espirales y meandros no tiene antecedentes en el Norte, sino en todo caso en el Sur, de donde proceden los brazaletes de *Spondylus*, el sepulcro con el cadáver encogido, el hacha, azada, etc. Aparte Poisson considera la cerámica pintada, en la que ve, de acuerdo con H. Schmidt, la huella de una doble invasión asiática de la siguiente forma: Susa-Anau-Tesalia, con decoración rectilínea, y la de Cucuteni-Erösd-Tripolje-Horodnicka, con espirales. Antropológicamente parecen corresponder a oleadas de pueblos braquicéfalos.

Lugar aparte concede Poisson a la cultura de las estepas del Sur de Rusia, pues la atribuye a los protoarios. Los elementos característicos culturales son especialmente el hacha de armas y la cerámica decorada con huellas de cuerdas, que Poisson, de acuerdo con Rosenberg, considera como obra femenina y nacida en la región de Oussatova.

Las culturas nórdicas contemporáneas son la megalítica y la ártica.

Hacia el 2500 antes de J. C. se producen los primeros movimientos de pueblos, causados por modificaciones climáticas que acentúan la sequedad de las regiones hoy desérticas. En Europa oriental el pueblo de las estepas rusas destruyó Tripolje y Cucuteni y las estaciones de la región del Erverd sobre las cuales aparecen niveles con cerámica de cuerdas, y obligó a la cultura de la cerámica pintada a retro-

ceder por el valle del Danubio y hacia Grecia. Poco después, hacia el 2300 antes de J. C., se efectuó el avance hacia el Nordeste y Norte, formando con elementos locales la cultura de Fatianovo, la de Jordansmuhl y la típica de cerámica de cuerdas de Turingia-Sajonia. A través de Polonia llegaron al Norte de Alemania, donde se pusieron en contacto con los megalíticos, formando la cultura de los sepulcros individuales con cerámica de cuerdas y hachas de armas; difieren por la concepción del sepelio y por el ajuar de los sepulcros dolménicos. La escuela alemana, que ya reconocía una relación entre estos elementos nórdicos con los de Sajonia-Turingia y Sur de Rusia, la explicaba como una migración de pueblos indogermánicos que había partido de su foco de origen nordeuropeo, así como consideraba al pueblo de la cerámica pintada como el avance hacia el Este de los indogermanos orientales.

En la Edad del Cobre (2300-2100 antes de J. C.) se constituyó, según Poisson, el grupo protoario, cuya unidad cultural reconoce a base del hacha de combate, que se extiende desde los Balcanes y los Cárpatos hasta el Adriático y los Alpes. Este grupo ario fué en realidad una confederación más o menos unida, en la que por la mezcla con antiguos grupos locales o por influencias de vecindad o comerciales se marcaron facies locales. Tales son el Danubiano III; la cultura del Sur de Alemania, Sajonia y Turingia, con cerámica de zonas y cuerdas; la proto-aunjetite de Bohemia y Moravia; la de Marsch-Witz de Silesia; las austriacas de Mondsee y Altheim, y las de Tracia y Tesalia. Los elementos etnicos y culturales locales originaron después los pueblos y culturas arios históricos, cuyas raíces pueden apreciarse en la Edad del Bronce.

El comienzo de ésta (2100-1900 antes de J. C.) para Poisson coincide con la primera expansión aria. En Asia Menor penetraron los verdaderos hittitas, que son indogermanos del grupo de *centum,* procedentes probablemente de Tracia, y que fueron los destructores de Troya II. Al mismo tiempo penetraron por el Cáucaso los hurris y mitannis, que parecen ser, como los cassitas, destructores de Babilonia, o ramas indogermánicas puras, o lo más probable pueblos gobernados por indogermánicos, movidos por éstos en su migración hacia Persia y la India.

En Grecia, hacia el final del Heládico antiguo (2200-2000), hubo una invasión de las gentes de Tesalia que propagaron la casa cuadrada con megarón y la cerámica de formas metálicas y superficie gris lisa (Minyen), y que crearon la cultura proto-nincénica (Heládico medio I y principio del II).

Gran Bretaña se vió invadida por gentes braquicéfalas que enterraban en túmulos redondos (round-barrows) con cerámica campaniforme de zonas y cuerdas como la del Bajo Rhin, la cual se propagó antes por este valle hasta Holanda. Poisson, como H. Hubert, la atribuyen a los goidels o gaélicos, que después fueron empujados a Irlanda y Escocia. Por último, en el Bronce I se propagaron por el Este de Francia los protoceltas renanos con sus sepulcros de túmulos característicos.

La II Edad del Bronce (1900-1600) se señala ahora por un período de calma. Entonces tuvo lugar el desarrollo de la cultura de Aunjetite, que desde su foco originario de Bohemia se extendió por Moravia, Baja Austria, Norte de Hungría, Silesia, Lantrig, Sajonia y Turingia. La cultura, que tiene raíces danubianas, y en la que los esqueletos encogidos de las tumbas planas son dolicocéfalos —aunque haya también braquicéfalos—, pero de tipo más bien mediterráneo que nórdico. Aunque el papel de esta cultura tenga una gran importancia entre los indogermanos europeos, hasta la fecha no se sabe a cuál grupo étnico pertenece. Se atribuye especialmente a los ilirios, y como ascendiente de los vénetos italianos, venedos bálticos y dacios y getes húngaros. Contemporáneas de Aunjetite son la cultura nórdica, que Kossina

atribuye a los germanos; la renana céltica de Adlerberg, que establece el tránsito a la *Hügelgräberkultur* siguiente; los sepulcros protocélticos de túmulos del Este de Francia; el Heládico medio II, y las culturas de las zonas de Altheim, muy parecidas a la de Adlerberg, y probablemente céltica, y la de Mondsee, en la que se originaron los italiotas, que en el Bronce III penetraron en Italia por la presión de los vénetos, que los aislaron de aquéllos y rompieron la unidad italocéltica sospechada por los lingüistas.

Sincrónicas con estas culturas son, para Poisson, la argárica de la Península ibérica, el Sicúlico II y la cultura de Italia y el Minoico medio II y III.

En la plena Edad del Bronce (1600-1400 antes de J. C.) los pueblos indogermánicos desarrollan una cultura brillante; en el Norte, los germanos; en el Sudeste de Alemania, los celtas de la *Hügelgräberkultur*, con su típica cerámica excisa *(Kerbschnittkeramik)*, con derivaciones por Francia, Suiza, Baviera y Bohemia; en Hungría, Paunonia e Italia, la cultura italiota de las terramaras, y en Grecia, los aqueos, que crean la cultura micénica.

El acantonamiento de la cultura de Aunjetitc, producido por el avance de la cultura de los túmulos, originó un florecimiento nuevo bajo la forma de la cultura de Lausitz en el Este de Alemania, aunque, según Hubert, pudo nacer de la cultura broncieval de Hungría. Propagada después por el Norte, Sur y Sudeste de Alemania, Austria, zona Alpina, Gran Bretaña y valle del Danubio, dió un nuevo procedimiento funerario: la incineración. Feist cree que se trata del pueblo que difundió la lengua y la cultura arias. Kossina atribuye la cultura de Lausitz a los ilirios. De todos modos, y éste es el parecer de Poisson, fué un movimiento que no parece haber modificado de manera duradera las cartas etnográficas de Europa.

El tránsito de la Edad del Bronce a la del Hierro (1200-900 antes de J. C.) se señala por ser una época de movimientos de pueblos. El Egipto se vió atacado por los pueblos del mar (entre ellos aqueos y etruscos). El imperio hitita fué aniquilado por los frigios, cuya migración fué sincrónica con la invasión dórica (1149 antes de J. C.), y con la de los ombrios (1135 antes de J. C.), que producen la cultura de Vilanova. En el centro de Europa se desarrolla la cultura hallstáltica, con su grupo Nordeste o germano, adriático o ilírico y danubiano y occidental o céltico. El último originó los galos, cuyas migraciones son por todos conocidas.

Así, en el siglo v antes de J. C., se ve aparecer en la historia a todas las grandes naciones arias: indos, persas, griegos y romanos, los cuales han de jugar principales papeles en la historia mundial y han de sostener la antorcha de la cultura. Los otros, celtas, germanos y eslavos, aunque quedaron retardados, han creado la Europa actual. Ahora bien, G. Poisson insiste con absoluta razón en que en la formación étnica y cultural han contribuído también los pueblos indígenas, aportando cualidades, conocimientos y elementos étnicos. Los pueblos indogermanos o arios no fueron puros ni permanecieron aislados, por lo cual es absurdo pretender hoy establecer un ficticio derecho de superioridad.—*J. P. de B.*

G. Contenau.—*Manuel d'Archéologie orientale depuis les origines jusqu'à l'époque d'Alexandre*. 1.685 páginas, 974 figuras y cuatro mapas, en tres volúmenes. A Picard. París.

En la ya conocidísima serie de manuales de Arqueología de la casa A. Picard, de París, quien cuenta con obras tan célebres como el manual de J. Déchélette

(Manuel d'Archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine), aparece el nuevo manual, de que es autor el conservador del Museo del Louvre, G. Contenau.

Comprende el manual de que nos ocupamos la Arqueología de los países de escritura cuneiforme, esto es, Asia Menor, Siria, Palestina, Mesopotamia y Persia (antigua). Su plan es, en una primera parte, páginas 5-355, estudiar las generalidades de aquellos países: fuentes, país, ambiente, etnografía, historia, cronología, lingüística, escritura, religión y jurisprudencia. En las páginas restantes se estudia más el arte que la arqueología de los aludidos países del próximo Oriente.

No es ciertamente la tarea que G. Contenau se ha impuesto en su obra la más fácil de llevar a cabo y que permita mejor salir airoso de ella; por el contrario, se trata de uno de los campos de la Arqueología en los cuales éste es tan vasto y tiene planteados problemas de tal magnitud, que es tarea dificilísima el darle cima. Contenau ha sabido con habilidad sortear los escollos y dificultades, aunque sin llegar, ni mucho menos, a ofrecer un cuadro claro y armónico del desenvolvimiento del Oriente durante cuatro milenarios. Con frecuencia hallamos en este libro una oscuridad no corriente en los manuales franceses, en parte debida a la indiscutible dificultad del tema, pero también atribuíble a una falta de elaboración y, sobre todo, al eclecticismo del autor, que dando su opinión sobre los problemas en bastantes ocasiones, no siempre, enfrenta otros sin ir a una discusión a fondo, en tal forma que el lector no iniciado en la arqueología oriental y sus problemas no puede menos de quedar indeciso y perplejo ante muchos de aquéllos.

Esa falta de un criterio rotundo del autor, que haría de su libro algo articulado sobre un recio esqueleto, si bien es dificultad y demérito por un lado, el del gran público ajeno a la Arqueología y simplemente curioso, representa, a mi juicio, una ventaja por el lado referente al arqueólogo general y al prehistoriador occidental, quien no puede permanecer indiferente a los problemas de la arqueología oriental, cuyos fenómenos con frecuencia tan útiles son para explicar, aclarar y situar en el tiempo problemas nuestros de Occidente. La ventaja que tiene ese eclecticismo de G. Contenau dimana precisamente de ser una verdadera cantera de hechos, opiniones y datos bibliográficos de primera mano, fácilmente accesibles, breves y cómodos en su consulta.

Esta opinión, desde luego, no quiere decir que se trate de un libro de tal confusión que resulte punto menos que inutilizable, pues, por el contrario, hay ciertos capítulos, aquellos en que el trabajo personal y la investigación directa del autor han sido de mayor intensidad, que se caracterizan por una claridad y flexibilidad típicamente francesas.

La ilustración del libro no es rica, y con frecuencia su calidad deja bastante que desear. Contribuye además a predisponer en contra, y desde luego a molestar en su consulta, el estar las ilustraciones escalonadas a lo largo del texto, con objeto, por lo visto, de enriquecer y animar éste, sin tener en cuenta que es muy desagradable, por ejemplo, encontrar cerámica elamita donde se habla de la religión.

La bibliografía está en general seleccionada con un sano criterio, es abundante y rica, sin ser abrumadora. En ella se ha tenido en cuenta, en la medida de lo posible, el citar la bibliografía más reciente y de más utilidad, logrando con ello brevedad y eficiencia mayores.

Las conclusiones a que llega G. Contenau en el estudio de los cuatro milenarios precristianos de Asia Menor y Anterior podrían resumirse en los párrafos siguientes:

En el cuarto milenario parece existir una unidad étnica y cultural en el país,

cual revelaría la cerámica pintada, siendo debida tal unidad a la de una población asiática, probablemente autóctona, en la que se deben ver los antecesores de aquellos que más tarde son los subareos y hurri, los cuales tienen afinidades con los pueblos del Cáucaso, y son un grupo próximo de los sumerios. Los sumerianos llegados del Norte abandonan la pintura de los vasos, introducen la escritura y, por razón de su afinidad con los subareos, pueden extender fácilmente su cultura por el territorio de aquéllos. Apenas llegados los sumerios se producen las grandes inundaciones, de que son recuerdo los relatos bíblicos, y llegan por vez primera pueblos semitas que se van infiltrando en aquellos países.

Al iniciarse el tercer milenario hay un hecho de grandes proporciones históricas, cual es el advenimiento de la primera dinastía de Ur. Los sumerios desarrollan un arte reciamente naturalista y dinámico, mientras deben de resistir a los semitas, que buscan el modo de suplantarles en su hegemonía, en forma que hay un perfecto paralelismo entre los altibajos de la política y el arte. En este milenario vemos influir ya Egipto sobre la costa asiática, como devolviendo las recibidas por el país de los faraones en el anterior milenario por mediación de los semitas costeros, mediadores para los pueblos nilóticos de la cultura sumeria y asiática.

El segundo milenario ve la manumisión de los semitas, lo que da como resultado en el arte un abandono del dinamismo naturalista y la adaptación a moldes convencionales y preciosistas. Un hecho importante es la llegada, ya iniciada con anterioridad, de los indogermanos, que va reformando la etnología de aquellos países.

En el primer milenario cristiano se destaca Asiria con su arte de receta y fórmula, lejos ya de las normas y características de los anteriores milenarios. Más tarde, en su mitad, es Persia, asiática e inspirada frecuentemente en Grecia, la que llena el arte asiático con su fuerte raigambre asiria y, en fin de cuentas, sumeria, puesto que esta orientación es la que perdura a través de mudanzas a lo largo de tres milenarios.

G. Contenau, que no ha podido utilizar para su *Manuel d'Archéologie orientale,* al menos en forma adecuada, ciertos descubrimientos modernos, tales como las tumbas sumerias de Ur, recoge tales hallazgos en un largo apéndice (págs. 1.509-1.563), claro y de grata lectura. En otro de los apéndices (son en total seis) se ocupa de cerámica de Nihawand y bronces de Luristán, Arqueología del Cáucaso, relaciones entre Egipto y Asia, etc. Tales apéndices son de alto interés, por resumir, conforme a los estudios más recientes, problemas de gran interés.

En el manual de que nos ocupamos hay una referencia a la influencia fenicia en España, a base de la dama de Elche y las joyas de Aliseda. Por cierto que hubiese sido interesante que G. Contenau razonara el por qué el famoso busto de Elche, *peut dater du début du IVe siècle avant notre ère,* cuando, especialmente desde los estudios de R. Carpenter *(The greeks in Spain,* London, New York, Bombay, Calcutta and Madras, 1925), quien comparó el busto ilicitano con el Apolo Chatswortn, parece perfectamente aceptable el fecharle hacia el 450.—*J. Martínez Santa-Olalla.*

VITTORIO BERTOLDI. - *Problèmes de substrat.* «Bulletin de la Société de Lingüistique». Tomo XXXII, págs. 93-184. París, 1931.

El problema de los «substrata» es de los más espinosos; no hay otro dominio dentro de la lingüística que se preste tan fácilmente a errores e interpretaciones

falsas. Recientemente todavía C. Battisti, en su ensayo *Tarracina-Tarrasco,* en los «Studi Etruschi» (volumen VI, pág. 287 ff.), tenía que refutar las teorías de Schulten sobre una supuesta colonización etrusca en la Península ibérica, la cual se basó en argumentos lingüísticos. Esta controversia precisamente pone de relieve, de un lado, gran importancia que tienen esta clase de estudios para el arqueólogo, y del otro la lado, los peligros que corren tales investigaciones.

El eminente mérito del estudio de Bertoldi, que tenemos a la vista, consiste justamente en darse cuenta de los dos factores. Sus *Problèmes de substrat* «Bulletin de la Société Lingüistique», tomo XXXII, págs. 94-184) son un trabajo valiente en cuanto afrontan estos difíciles problemas, y al mismo tiempo un escrito prudente, con sus numerosas reservas y su problematismo con que aborda las cuestiones.

Quiere ser y es un libro de método, y con esto se coloca en un plan principal y se asegura el más amplio interés de todos los que tienen que ocuparse con «substrata», sean arqueólogos o filólogos.

Tomando como punto de partida una homonimia, trata de justificar la relación entre las palabras estudiando las *ideas,* los *sonidos* y las *formas* En el campo de las ideas debemos dar la preferencia a la toponimia, a nombres de ríos, nombres que se refieren a la estructura geológica del país y a nombres de la fauna y flora; éstos son los mejores «témoins du substrat». Además, hay que ver si los ambientes sociales que emplean estas palabras o les dan origen se corresponden. Esto presupone una estrecha colaboración entre arqueología, historia, ciencias naturales y lingüística. Este examen de las ideas —que por su complejidad ya supone una serie de conocimientos que se encuentran raras veces en un solo individuo— nos lleva a establecer una primera área.

Primera, porque sólo el examen de los sonidos de «doublets», de proveniencia semejante (del mismo ambiente de ideas) nos dirá algo preciso de la extensión del área y nos dará su justificación.

Y, por fin, del estudio de las formas hay que comprobar si realmente estas formas corresponden al mismo sistema lingüístico.

Sólo este tríplice proceso crítico nos da cierta probabilidad, ¡pero nada más!

Bertoldi parte de la forma alpina *ganda,* «terrain rocailleux à la suite d'un éboulement de la montagne», y encuentra un sentido análogo en la forma gandadia atestada por Plinius como procedente del habla de los mineros asturianos, que significa «terra ex quodam argillae genere glarea mixta» (pág. 98). El examen comparativo de *urium, tasconum* y de otros, permite establecer una unidad lingüística, que se extiende desde Santander hasta Toulouse. Ganda está bien representada en esta zona. Todos los datos coinciden con lo que dice la Geología.

En el sentido de «tierra inculta», *gandagan[n]a,* vive entre los Pirineos y los Alpes.

La raíz *gand* está representada como «tierra inculta» hasta en los Balcanes y el Asia Menor, según la glosa de Hesychius.

En el sentido de «barranco seco lleno de guijarros», la palabra se encuentra en Portugal, en Suiza, en Flandes y en Alemania (gandersheim). Pero en estas regiones figura más bien como toponímico, no como apelativo.

La comparación con el vascuence le permite al autor adscribir *ganda* y sus derivaciones a cierto «substratum» lingüístico. Tales rasgos característicos ve en el cambio de *nd, ng* y en la caída de *g* en *gándara, andara,* como en la terminación *di[a]*.

Ciertos rasgos, como las alteraciones entre sordas y sonoras en el principio de

la palabra como en el interior después de nasal o líquida, que encontramos en el Apenino y en los Alpes, como la comparación de las terminaciones, todo nos indica que el paleo-vascuence tenía con los idiomas de los Alpes un mismo «substratum» lingüístico.

El método del autor, del cual hemos podido dar sólo una idea muy incompleta (el índice de formas al final de la obra cita unas 140 palabras), comprende todo lo posible que se puede hacer para evitar errores; cierto que ha producido magníficos resultados (como, por ejemplo, en el problema talpone-darbone), pero creemos estar de acuerdo con el autor si nos reservamos un ligero escepticismo.

Quedan por estudiar las condiciones lingüísticas en el resto de la enorme área que el examen de las ideas ha sugerido y que va desde Portugal hasta el Asia Menor, y son razones prácticas, no principales (ce qu'on gagne en extension, on le perd en profondeur et solidité, pág. 116), que lo impiden.

Es de deplorar que el autor no haya añadido un mapa con que se pueda estudiar con más claridad el problema de las áreas, comparar mejor las zonas de los toponímicos y de los apelativos y comprender mejor la separación establecida entre las zonas vascuence y la ibérica en la cuenca del Ebro.

Pero esta observación no quiere menguar los grandes méritos del autor. La obra de Bertoldi constituye un trabajo básico, fundamental, que no debe de faltar ni en la biblioteca del lingüista ni en la del arqueólogo.—*Manfred Sandmann.*

HENRI BREUIL.—*Le feu et l'industrie de pierre et d'os dans le gisement du «Sinanthropus» a Chou-Kou-Tien.* «L'Anthropologie». Tomo XLII, págs. 1-17. París, 1932.

IDEM.—*El yacimiento de «Sinanthropus» de Chou-Kou-Tien, cerca de Pekín (China).* «Investigación y Progreso», año VI, págs. 24-26. Madrid, 1932.

El hallazgo en China de un nuevo fósil hominino, el *Sinanthropus pekinensis,* ha llamado la atención del mundo científico; pero no dejan de tener extraordinario interés las constataciones del profesor H. Breuil de que en el mismo yacimiento de Chou-Kou-Tien aparecían huellas de fuego e industria humana.

Las primeras sospechas le fueron sugeridas por una pequeña asta de ciervo que le fué presentada por el padre Teilhard, en la que reconoció que la citada pieza había estado expuesta al fuego, que había sufrido un martillado para facilitar su prensión y que sobre el pedicelo se veían incisiones, muchas de ellas producidas con un utensilio de piedra. Estas manifestaciones sobre la posibilidad de que existieran en el yacimiento del *Sinanthropus* huellas de industria humana determinó que el profesor H. Breuil fuera invitado por la Geological Survey de Pekín y la fundación Rockefeller a visitar tan famosas excavaciones chinas, cuyo interés se había acrecentado por el hallazgo del padre Teilhard de niveles de hogares y por la recolección de huesos y de lascas de cristal de roca trabajados.

El yacimiento de Chou-Kou-Tien consiste en un relleno de más de 50 metros de las grietas de una colina cretácica, que es anterior a los depósitos típicos de loess con industria mustero-auriñaciense. En este relleno se ha abierto la cueva artificial de Kôtzetang. El profesor Breuil apreció varios niveles con carbones, cenizas y huesos quemados, azulados por la transformación del fosfato cálcico en fosfato de hierro. Los montones carbonosos eran enormes (siete metros), lo que indica un fuego encendido sin interrupción durante largo tiempo.

Tanto el doctor J. G. Andersson como el profesor Pei habían observado que en relación con los restos de *Sinanthropus* aparecían lascas de cuarzo. El profesor Breuil halló utensilios de una roca volcánica, sumamente descompuesta, tallados en grandes lascas. Esto era excepcional, pues lo más abundante eran lascas de cuarzo de pequeño tamaño, perfectamente definidas como de talla humana y tan características como las de la misma materia de yacimientos musterienses franceses. Se pueden discernir entre los millares de piezas, puntas, perforadores, taladros, cinceles, muescas, de un trabajo sencillo, pero satisfactorio. Hay algunos ensayos de instrumentos de talla bifacial. También hay algunos guijarros de cuarcita o de roca granuda tallados. Es imposible, como justificadamente indica el profesor Breuil, relacionar esta industria con las de Europa. En cambio no carecen de semejanza con industrias chinas anteriores al depósito del loess, todavía mal conocidas. Juzga más apropiado asignarles provisionalmente el nombre de Choukoutiense que no asimilarles prematura y dudosamente con los grupos europeos. Esto no quita la posibilidad de que sea el *Sinanthropus* un antepasado del *Homo neandertalensis*, y el Choukoutiense una etapa originaria del Musteriense.

Otro resultado importante a que ha llegado H. Breuil es el relativo a la gran antigüedad de la talla del hueso, que en Europa ya se sospechaba que era anterior al final del Musteriense, como era generalmente admitido. Plantea como muy probable que la edad del hueso y del asta haya precedido a la edad de la piedra tallada.

En Chou-Kou-Tien las astas de cérvidos jóvenes y los cuernos de las gacelas han sido trabajados por percusión en la base; las cornamentas grandes fueron en algunos casos quemadas y cortadas. También se reconocen huellas de uso en los frontales, mandíbulas inferiores y en los huesos largos.

Hay un hecho curioso sobre el *Sinanthropus*, y es que sólo se han encontrado dos bóvedas craneanas y otros fragmentos, media docena de maxilares, un buen número de dientes y sólo dos huesecillos de las extremidades. Parece, por tanto, como si se hubiera traído a la cueva sólo la cabeza descarnada por la putrefacción. Muchos sabios se inclinan ante estos hechos a pensar en que el autor del fuego y de la industria era un verdadero hombre, que había traído a su campamento cráneos del *Sinanthropus* como trofeos de caza. Semejantes juicios ya se habían emitido respecto al *Homo neandertalensis*, que se le juzgaba demasiado idiota para tallar la bella industria musteriense, la cual era debida a «verdaderos hombres». Breuil admite, por el contrario, «que el *Sinanthropus*, ya humano, sacaba de la caverna los cadáveres de sus semejantes y volvía a traer, como piadoso recuerdo familiar, sólo los cráneos y mandíbulas descarnados».

Es interesante, por último, que insinúe la posibilidad de que el hombre de Mauer, del que sólo conocemos una mandíbula muy primitiva, haya tenido un cráneo tan arcaico como el del *Sinanthropus*.—*J. P. de B.*

HENRI BREUIL. —*Les industries a éclats du Paléolithique ancien. I. Le Clactonien.* «Prehistoire». Tomo I, págs. 125-190 y 28 figuras. París, 1932.

El momento actual en Prehistoria es de una trascendencia extraordinaria puesto que estamos en presencia de una renovación completa de la ciencia, lo cual se debe, no a consecuencia de antiguos errores, sino a su vitalidad extraordinaria, que hace que se supere por momentos y que logre alcanzar nuevos y más dilatados horizontes.

Las nuevas investigaciones y los modernos hallazgos hacían sospechar que el clásico esquema que dividía el Paleolítico inferior en Chelense, Acheulense y Musteriense era demasiado sencillo, puesto que no encontraba aplicación para determinados hechos.

Los estudios sobre la técnica de la talla del Paleolítico antiguo hechos por M. Coutier han permitido distinguir industrias talladas sobre yunque, otras con percutor de piedra y otras con martillo redondo (rondín) de madera dura. Por otra parte, el estudio atento de la estratigrafía y paleontología de los yacimientos ha obligado al profesor del Collège de France, Henri Breuil, a establecer varios grupos de industrias, que hacen al Paleolítico antiguo mucho más complicado y difícil, pero también más racional de como era hasta la fecha.

Al lado de las industrias de hachas de mano, que comienzan en el primer período interglaciar, se encuentran otras de lascas, como el Clactoniense, el Levalloisiense, el Languedociense, el Tallaciense y el verdadero Musteriense.

El *Levalloisiense* comprende dos ciclos. Comienza con fauna fría en las gravas de solifluxión del Somme y del Támesis (Levalloisiense I-II, y sigue en los depósitos arenosos del Somme con fauna cálida. Este Levalloisiense III-IV, en el que abundan las hojas, es el nivel que V. Commont llamó Musteriense de fauna cálida. Este es el primer ciclo. El segundo se abre con el Levallois V de las gravillas de la base del loess reciente con fuertes influencias acheulenses. El Levallois VI corresponde a las gravillas medias de la misma formación, y en él se desarrollan las hojas y las lascas se hacen menos numerosas. En las gravillas superiores aparece el Levallois VII, con hojas finas y puntas y raederas de influencia musteriense.

El Levalloisiense, como el Musteriense, parecen haber tenido sus orígenes independientes en el Clactoniense. Breuil observa que en La Micoque y Le Moustier (excavadas por D. Peyrony), en Combe Capelle (excavación del doctor Ami) y en el abri des Merveilles de Sergeac (excavaciones de M. Mac Curdy) el desarrollo se hace de una manera muy singular. La base de La Micoque es puramente clactoniense, y en los niveles medios aparece la talla con preparación del plano de percusión. En Combe Capelle los niveles inferiores y medios son de tradición clactoniense, así como la base de Le Moustier. Estos estratos le sirven de base a H. Breuil para la creación del *Tallaciense,* que sería descendiente del Clactoniense II y sincrónico con el desarrollo del Achelense y del Levalloisiense I-V.

En el alto valle del Garona se encuentra una industria de lascas con plano sin preparación y rara vez retocado y discos muy voluminosos que sucede al Acheulense local y precede al Musteriense, la cual ha recibido por H. Breuil el nombre de *Languedociense.*

En este trabajo el profesor H. Breuil estudia el Clactoniense y reserva para otros el del Levalloisiense y del Languedociense. Por el momento no puede tratar del Tallaciense por tratarse de excavaciones inéditas, y que deben ser publicadas por sus exploradores, lo cual, si bien es sensible, es digno de aplauso, pues revela una estrecha moral científica.

El Clactoniense se caracteriza, según H. Breuil, profesor del Institut de Paleontologie Humaine, por los caracteres siguientes: lascas talladas sobre yunque, bloque contra bloque; lascas generalmente con un plano de percusión muy ancho, que forma con el plano de lascado un ángulo muy abierto; bulbo generalmente grande y grueso, a veces destacado por completo, múltiple o acompañado de fisuras, olas, etc. Los núcleos son bloques descortezados en un borde y fueron reutilizados, pero sin constituir verdaderas hachas.

La localidad típica que ha dado el nombre a esta industria es la de Clacton-on-Sea (Essex), situada al SW. de Harwich, que fué descubierta por S. Hazzledine Warren. Las piezas de esta localidad las divide en tres series, según el grado de conservación, y estudia y reproduce en excelentes dibujos personales las piezas más importantes. Las dos primeras series son sílex rotos y corroídos por la solifluxión rissiense.

En el valle del Támesis se encuentra Clactoniense en la base del Barnfield Pit (Swanscombe), en la terraza de cien pies. Los dos grupos de esta industria, según H. Breuil, son uno reciente y otro roto y estriado, que es un nivel antiguo clactoniense. En éste las seudohachas figuradas por M. Chandler parecen ser, según H. Breuil, sólo núcleos.

Después se estudian otras localidades, y sobre todo la importante de High Lodge, la que permite precisar la posición del Clactoniense reciente en Inglaterra, pues éste yace en una arcilla roja entre dos *boulderclay*, glaciares correspondientes al Mindeliense y al Rissiense. El desbastamiento es típico clactoniense y la técnica y los retoques planos son primorosos. Abundan las raederas y las puntas, que se pudieran considerar a primera vista como musterienses.

En Bélgica aparece Clactoniense, según los estudios de H. Breuil, en las trincheras del ferrocarril de Mons a Binche, estudiadas por Rutot durante la gran guerra. Sus gravas de base contienen Clactoniense muy rodado y Acheulense menos rodado; encima hay gravillas con Levalloisiense. En Mesvin las arenas landenienses, probablemente sometidas a la solifluxión, contienen fauna fría, algunas hachas acheulenses e industria clactoniense. En la cantera Hélin de Spiennes el Clactoniense muestra planos de percusión con retoques que anuncian el tránsito al Levalloisiense. A esta fase correspondería el nombre desacreditado de *Mesviniense*. En resumen, el Clactoniense en Bélgica es anterior al Acheulense, y parece desarrollarse *in situ* y transformarse hacia su Levalloisiense primitivo.

En la Francia atlántica hay que señalar Clactoniense en la alta y en la media terraza de la Somme, cerca de Amiens, junto con Chelense (Prechelense de V. Commont) en Mareuil, cerca de Abbeville y Liercourt. La playa de Les Régates del Havre tiene una situación parecida a la de Clacton-on-Sea, y la industria, como la de esta localidad, corresponde al Clactoniense antiguo.

En La Micoque, las modernas excavaciones de D. Peyrony han dado por lo menos cinco niveles arqueológicos en los nueve metros de profundidad que tiene el yacimiento. Las tres inferiores están emparentadas más o menos con el Clactoniense, y las superiores, excepto la del Acheulense final, que ha recibido el nombre de *Micoquiense*, corresponderían al *Tayaciense*, que designaría las industrias de lascas, en las que se inicia el plano de percusión preparado y se asocia con la talla clactoniense.

Lascas de este carácter han aparecido también en Curson (valle del Ródano) y en la grotte de l'Observatoire (Mónaco) correspondientes en ambos lugares a una época entre el Chelense y el Acheulense, que corresponde probablemente a la glaciación rissiense.

En Alemania pudiera ser clactoniense una serie de lascas de Hundigsburg. Nos interesa especialmente la posibilidad de que sea tayaciense la base de la cueva del Castillo. Formas clactonienses existen en Extremadura y en la laguna de la Janda. Miss Boyle le ha proporcionado una lasca de Vallecas (Madrid).

Sobre las apreciaciones del profesor H. Breuil sobre el Clactoniense del valle del Manzanares nos ocupamos extensamente en otro lugar de este ANUARIO (JOSÉ

PÉREZ DE BARRADAS: *Nuevos estudios sobre Prehistoria madrileña. I. La colección prehistórica Bento.* ANUARIO DE PREHISTORIA MADRILEÑA. Vol. IV, págs. 1 a 90. Madrid, 1933.)

Por último menciona formas clactonienses en Palikao (Orán), Clairfontaine y S'baïkia (Constantina), Gafsa (Túnez), Tabelbala (Sáhara), Tebas (Egipto), Vereiniging (Transvaal), Gwelo (Rhodesia) y Bontebok's Kloof (Colonia del Cabo). (Véanse nuestras resenciones de los estudios de H. Breuil sobre Africa.) De todos modos el profesor H. Breuil hace notar que el Clactoniense, como técnica o como industria, existe en una gran parte de Africa.—*J. P. de B.*

PERÍODOS GLACIARES E INTERGLACIARES	INDUSTRIAS DE LASCAS NO PREPARADAS	INDUSTRIAS DE LASCAS PREPARADAS (SERIE LEVALLOIS)	INDUSTRIAS DE LASCAS PREPARADAS O NO (SERIE MUSTERIENSE)	INDUSTRIAS MEZCLADAS MUSTERIENSES Y DE BIFACES	INDUSTRIAS DE BIFACES
Primer glaciar Gunz.	Ipswich.				
Primer interglaciar Gunz-Mindel.	Clacton I.				Chelense (Abbevillense).
Segundo glaciar Mindel.					
Segundo interglaciar Mindel-Riss.	Clacton II (base de La Micoque)	Mesviniense Levallois I-II.	Tayaciense I (nivel medio inferior de La Micoque).		Acheulense I-V.
Tercer glaciar Riss.					
Tercer interglaciar Riss-Würm.	Languedociense.	Levallois III. Levallois IV. Levallois V.	Tayaciense II (nivel medio superior de La Micoque). Musteriense antiguo (Ehrisgsdorf, Krapina, Villefranche y Grimaldi).	Olha. Combe Capelle I.	Micoquiense (Acheulense VI-VII).
Cuarto glaciar Würm I.		Levallois VI.	Musteriense típico.		
Interglaciar Würm.		Levallois VII.		Combe Capelle II.	

HENRI BREUIL y L. KOSLOWSKI. —*Études de stratigraphie paléolithique dans le Nord de la France, la Belgique et l'Anglaterre.* «L'Anthropologie». Tomo XLI, págs. 449-488, y tomo XLII, págs. 27-47 y 291-314. París, 1931-32.

Para nosotros, que desde nuestros primeros trabajos, realizados en colaboración con P. Wernert, veníamos apoyándonos en los magníficos estudios realizados por V. Commont en el valle del Somme, tiene extraordinario interés esta revisión de tan interesantes yacimientos efectuada últimamente por el profesor H. Breuil y L. Koslowski, no sólo por lo que afecta a la moderna visión del Paleolítico antiguo, sino también por las cuestiones de estratigrafía cuaternaria.

Es ya sabido desde los estudios de Commont que el Somme, en los alrededores de Amiens, presenta cuatro terrazas cuaternarias: la baja, a 10 metros; la media, a 30; la alta, a 40, y la plataforma, a 55 metros sobre el nivel (thalweg) actual del río. En Montières, éste se encuentra a 20 metros por encima de su antiguo lecho cuaternario. Las gravas y arenas se combinan con capas de loess, distinguiéndose dos clases de este último: loess antiguo, que aparece solo en las terrazas de 40 y 30 metros, y loess reciente. Breuil y Koslowski establecen la siguiente relación del loess reciente, que dividen en dos partes, con los fenómenos glaciares: El loess reciente superior (II), con industrias auriñaciense, solutrense y magdaleniense antigua, corresponde a la última glaciación y a la primera fase de la última. El loess reciente inferior (I) es contemporáneo del máximo de la última glaciación y contiene industrias del Levalloisiense final (= Musteriense, según V. Commont). El loess antiguo, con Acheulense superior (V), sería contemporáneo del máximo de la gran glaciación (segunda). Tenemos una explicación distinta de la de V. Commont, para quien, de acuerdo con A. Penck, el loess reciente era una formación postglaciar, y el loess antiguo una formación interglaciar. Nos interesa, por último, la observación de que el loess de la Somme no sea un loess típico eólico, sino que hayan intervenido en su formación las aguas de lluvia y las corrientes de ladera *(ruisellement)*.

Breuil y Koslowski hacen después el estudio minucioso de los yacimientos principales de cada terraza, y ofrecen cortes nuevos o dan nuevas interpretaciones a los de V. Commont. El alto nivel o plataforma no ha proporcionado industrias humanas ni fauna.

De la *alta terraza* de 40 metros, estudian la carrière Carpentier, de Abbeville, y la carrière Fréville, de Saint Acheul. En la base de la primera se encuentra la industria prechelense de Commont, que los autores de este trabajo consideran como chelense, muy probablemente mezclada con el antiguo Clactoniense. Le acompaña una fauna de hipopótamo, *Rhinoceros* y *Equus stenonis*, de caracteres pliocenos, que aparece también en la marga blanca que yace sobre ella y que ofrece relaciones con la del Forest-bed de Cromer (Inglaterra). Un molar de la rue de Cagny, estudiado por Pointier, pertenece a la forma arcaica del *Elephas antiquus*. A una nueva fase de actividad del río corresponden las arenas y gravas superiores, con hachas de aristas usadas y rodadas chelenses, con industria pequeña clactoniense, que están recubiertas por gravillas con Acheulense antiguo I y II y Clactoniense. Corresponden, por tanto, a un sistema correspondiente al segundo período interglaciar por formas arcaicas de *Elephas antiquus, E. primigenius, Elasmotherium* (clasificado por Gandry), etc., sin afinidades pliocenas. Análoga es la estratigrafía de la carrière Fréville, pues en la base hay gravas, que en la cantera Leclerq próxima han proporcionado industrias chelense y clactoniense, y arenas blancas con zonas de gravillas con Acheulense I y II, correspondientes al segundo interglaciar. Encima hay

loess antiguo con Acheulense V del penúltimo período glaciar, y loess reciente del último período glaciar.

La *terraza media,* en Saint Acheul (carrières Bultel y Tellier), tiene en su base gravas con raras hachas chelenses rodadas y sílex clactonienses no rodados, y tipos primitivos de *Elepas antiquus* y *E. primigenius*. Un banco de limo blanco calizo lo separa de la arena roja; en la superficie antigua de éste V. Commont encontró un taller del Acheulense medio III, según H. Breuil. Las arenas rojas contienen dos niveles del Acheulense medio IV, el inferior de pátina blanca y hachas amigdaloides y puntas arcaicas y el superior sin pátina y sin hachas con talón. Este conjunto pertenece a un sistema de sedimentación correspondiente al segundo período interglaciar (Mindel-Riss). Por encima de estas capas aparecen las de loess antiguo con Acheulense superior V, VI y VII del tercer período glaciar, y el loess reciente con Levalloisiense V y VI, cuyo limo de alteración (lehm) contiene Auriñaciense y Solutrense. El loess reciente tiene tres zonas de gravillas con industria musteriense, según V. Commont, y Levalloisiense, según los autores de este trabajo.

Ellos han insistido sobre un hecho muy importante y muy digno de ser tenido en cuenta: la existencia de antiguos suelos correspondientes a detenciones de la sedimentación. Sobre dichos suelos se ha establecido el hombre, y los objetos han adquirido pátinas distintas que conviene estudiar, así como las huellas de la acción de los agentes atmosféricos (viento y frío).

La *baja terraza* del Somme aparece dividida en dos, una a 10 metros y otra a cinco metros. El estudio de ellas es importantísimo para nosotros, puesto que nos puede servir de guía para interpretar la baja terraza del Manzanares.

De la de 10 metros nos interesan sobremanera los cortes de las canteras Buhart, Muchembled y Tattegrain le Montières. En ellas hay, partiendo de lo alto, loess reciente cuyas gravillas de la base contienen Levalloisiense V; limo gris correspondiente a un suelo de pantano con raras hachas finamente talladas; gravillas con fauna cálida e industria de hojas del Levalloisiense IV; limo rojo; limo blanco con *Elephas primigenius, Rhinoceros tichorhinus, Cervus megaceros,* etc., y raras hachas del Acheulense final VI y VII, y gravas basales con hachas no rodadas del Acheulense medio III (Chelense evolucionado de Commont), y otras rodadas anteriores (Chelense de Commont). Estos cortes son completados por los de Bontmy Muchembled de Montières, donde, encima de las gravas con Acheulense medio (Chelense evolucionado de Commont), se encuentran otras capas de conglomerados, arenas y grava fina, con fauna cálida y una industria de hojas del Levalloisiense IV, o sea del «Moustérien a chaude» de V. Commont, que tantos paralelos ofrece con la industria de El Sotillo, que en 1924 bautizamos nosotros con el nombre de Precapsiense.

A continuación se ocupan H. Breuil y L. Koslowski de esta baja terraza en el vestíbulo del valle y del escalón de cinco metros. La base está ocupada por gravas de solifluxión con lascas del Levallois I, alteradas por la acción del frío y con *Elephas primigenius, Rhinoceros tichorhinus y Rangifer tarandus*. Las cubren limos, que por sus industrias (Auriñaciense y Levalloisiense VI y VII) hay que considerar como loess reciente. Las conclusiones a que llegan H. Breuil y L. Koslowski son sumamente interesantes, puesto que nos justifican de las críticas, entre otros, de E. Hernández Pacheco y J. Royo, para los cuales es incomprensible que las terrazas presenten una análoga estratigrafía, lo cual es objeto de estudio detallado en otro lugar de este ANUARIO.

En el valle del Somme es *preglaciar* la meseta sobre los 55 metros, con gravas sin fauna y sin industria lítica.

Al *Günziense* corresponde la excavación de la alta terraza de 40 metros, y al *primer período interglaciar* el depósito de las gravas inferiores de la terraza de 40 metros con fauna de carácter plioceno y Chelense y Clactoniense I.

En el *Mindeliense* el río profundizó su cauce hasta la base de la terraza de 30 metros. El *segundo período interglaciar* fué muy largo y se puede dividir en tres fases: a la antigua, de clima cálido, corresponden las arenas y gravas superiores de la alta terraza y las gravas inferiores de la terraza media con Acheulense I y Clactoniense II; a la intermedia, la excavación de la terraza de 10 metros y el depósito de las gravas inferiores de la misma con Acheulense II, y a la reciente, la excavación de la baja terraza de cinco metros y el depósito de las arenas rojas de la terraza de 30 metros con Acheulense III-IV y las gravas inferiores de la terraza de 10 metros. A este tiempo corresponde el Levalloisiense I-II, que aparece en las gravas de solifluxión de la terraza de cinco metros correspondientes al *tercer período glaciar*, al cual corresponde el loess antiguo con Acheulense V.

En el *tercer período interglaciar* se depositaron las gravas y arenas de las terrazas de 10 y cinco metros con Acheulense VI-VII y Levalloisiense III-IV (Musteriense cálido de Commont).

En el último período glaciar el río profundiza su thalweg y se deposita el loess reciente con sus tres lechos de gravillas con Levallois V-VII, respectivamente. En el limo superior de decalcificación, y en su superficie, han aparecido Auriñaciense, Solutrense y Magdaleniense.—*J. P. de B.*

DENIS PEYRONY.—*Le Moustier: Ses gisements. Les industries. Les conches géologiques.* «Revue d'Anthropologie», núms. 1, 3, 4 y 6. París, 1930.

Somos deudores a Denis Peyrony, conservador del Museo des Eyzies (Dordoña, Francia), de una serie de trabajos basados en excavaciones propias en esta región tan rica en yacimientos clásicos del Paleolítico. Uno de los más importantes es el de Le Moustier, que fué excavado por Lartet y Christy en 1863, y después por Bourlon, Chastaing, Clergeau, Hauser y Peyrony.

En el abrigo inferior Hauser encontró un esqueleto humano del tipo de Neandertal, que hoy se conserva en el Museo de Berlín. En este sitio sólo quedaba por excavar el solar de una casa que ahora ha sido demolida, y excavada la parte correspondiente del yacimiento; su estratigrafía es de un interés extraordinario, puesto que se ha profundizado 60 centímetros más que en los trabajos de Hauser, con lo cual se ha llegado al conocimiento perfecto y definitivo de este lugar, que da nombre a una de las etapas y culturas del Paleolítico antiguo.

La capa más inferior es arena sin industria humana. Después viene una capa de arcilla con fauna de clima templado y una industria, que, según Peyrony, tanto por el conjunto de sus formas como por la técnica del retoque, está emparentada netamente con el Musteriense típico. Sin embargo, como veremos más adelante en esta nota crítica, la posición geológica y la fauna permiten destacarla del verdadero Musteriense y clasificarla de otro modo.

Sobre esta capa vienen dos de gravas calizas de sílex, ferruginosas y cuarzosas, con sílex musterienses fuertemente rodados, por encima de las cuales hay un nivel de 75 centímetros de arcilla, que parece corresponder, según dice Peyrony, a un período húmedo y bastante largo.

En la parte superior de esta arcilla aparece una industria lítica de aspecto arcaico, con groseras hachas de mano, puntas en forma de lascas triangulares no retocadas, cuchillos primitivos, raederas sin retoques, huesos utilizados, un fragmento de óxido negro de manganeso, etc., que es clasificado como Musteriense de tradición acheulense. La fauna, entre la cual se cuenta el reno y el *Rhinoceros tichorhinus,* es la correspondiente a un clima frío.

Este nivel pasa, sin solución de continuidad, al siguiente, en que la arcilla se carga de trozos calcáreos no rodados, procedentes de la alteración de la roca caliza del acantilado de Le Moustier por la acción de las heladas. La industria tiene los caracteres de la anterior y corresponde también al Musteriense de tradición acheulense, pero las hachas de mano son más numerosas y regulares. Aparecen bolas, materias colorantes y una piedra con una probable pintura, aunque indescifrable. Los restos de fauna son más abundantes, especialmente de bóvidos; aparece el reno, pero es raro, lo que indica un clima no demasiado frío.

La capa siguiente, de análogo aspecto, contiene numerosos hogares y gran cantidad de lascas de desbastamiento, por lo cual parece ser un taller. También corresponde a la misma facies que los anteriores niveles. Las hachas son poco numerosas, pero están talladas más finamente. Los raspadores son más abundantes, así como las puntas del tipo de Abri Audi.

En estos tres niveles la industria tiene las mismas características (hachas de mano de tipo acheulense, que contrastan con la falta de la punta musteriense típica) y corresponde, como la de otros yacimientos franceses, según Peyrony, a la facies Musteriense de tradición acheulense, la cual persiste en la meseta de Ruth hasta tiempos próximos al Paleolítico superior.

La capa primera, de arena fluviátil, corresponde a una fuerte crecida del río Vézère, puesto que aparece también en el abrigo superior de Le Moustier, que está 11 metros más alto, con industria rodada en ambos sitios.

Sobre este estrato aparece un nivel pardo con Musteriense típico, muy bien retocado, y en el que abundan las puntas y raederas. Se relaciona con otros conjuntos de La Quina, La Ferrassie, la base de Combe-Capelle y el nivel superior Musteriense de La Rochette. En este nivel apareció un agujero cubierto por tres piedras, con huesos rotos y algunas bellas piezas Musterienses. A un metro había otro, donde se halló el esqueleto de un niño muy pequeño. Fosas análogas han sido descubiertas en La Ferrassie, lo que prueba que se trata de inhumaciones intencionadas y no de abandonar los cuerpos entre los desechos de la cocina. Fosas de ofrendas tenemos también en La Chapelle-aux-Saints y en La Ferrassie.

Esta capa musteriense estaba cubierta por otra algo arenosa y de color amarillento con Auriñaciense inferior, pero que, sin embargo, tiene muchas relaciones con el Musteriense, y por otra, también arenosa, y con Auriñaciense medio. Procedentes de movimientos de tierras anteriores es una hoja de laurel solutrense y fragmentos de otras.

Sumamente interesantes son unas consideraciones sobre el Acheulense y el Musteriense, puesto que en ellas D. Peyrony insinúa algo que después ha sido desarrollado por el profesor H. Breuil. Tal es la hipótesis de que al final del Chelense había ya dos maneras de retallar las lascas de sílex: la de retoques largos, que se utiliza después en el Musteriense clásico, y la de retoques cortos y abruptos, que se continúa en el Musteriense de tradición acheulense. Esto hace a Peyrony suponer que el Musteriense típico existía ya en el interglaciar Riss-Würm, como parece deducirse de la capa B de Le Moustier y del Musteriense de fauna cálida de Wei-

mar, Krapina, Grimaldi y Montières (Premusteriense de H. Obermaier, Musteriense de fauna cálida de V. Commont y Tayaciense de H. Breuil).

Por otro lado, Peyrony sostiene que la cultura acheulense ha persistido paralelamente a la Musteriense hasta el Paleolítico superior, siendo curioso el que nos mencione como prueba yacimientos levalloisienses. También lo es la cita de que en la base de La Ferrassie y de La Micoque aparecen niveles con una industria formada *por lascas gruesas utilizadas, obtenidas por golpes violentos y repetidos, que* se relacionan con el Mesviniense y el Strepiense de Rutot. No habrá necesidad de advertir al lector avisado de que se trata de niveles clactonienses.

En resumen, este trabajo de D. Peyrony ofrece extraordinario interés, pues contribuye a la revisión actual del Paleolítico inferior, y además se trata de uno de los yacimientos de mayor resonancia y de interés internacional.—*J. P. de B.*

DENIS PEIRONY.—*Les gisements préhistoriques de Bourdeilles (Dordogne).* «Archives de l'Institut de Paléontologie Humaine». Mémoire X^e^. París, 1932.

La región de Périgueux, famosísima por sus yacimientos prehistóricos, continúa ofreciendo descubrimientos de interés. La presente Memoria trata de los próximos a la villa de Bourdeilles; los principales son la Grotte des Bernous y el Fourneau du Diable.

La primera, excavada a partir de 1927 por D. Peyrony y su hijo Elie, proporcionó dos conjuntos poco numerosos del Musteriense final y del Auriñaciense medio. La fauna era pobre, pero variada. En las paredes hallaron grabados de un mamut, un rinoceronte lanudo y un oso de estilo muy tosco y arcaico. Son análogos a los grabados del Auriñaciense medio de La Ferrassie y de Goudran.

El Fourneau du Diable comprendía dos terrazas situadas a distinto nivel. En la inferior había en la base una capa del Auriñaciense superior con puntas de La Gravette muy típicas e industria de hueso, asta de reno y marfil, otra solutrense y una tercera superior con cerámica hallsttatiense.

Las excavaciones de la terraza superior han permitido reconstituir un fondo de cabaña solutrense formada por paredes de piedra seca, que constituyen un cuadrilátero irregular de doce metros de largo y siete de ancho.

En la base había tres niveles solutrenses y uno magdaleniense cubiertos por otro neolítico. El nivel inferior solutrense ofrece puntas-hojas de laurel, puntas de muesca, cinceles de asta de reno, un pequeño brazalete de marfil, etc.

En el nivel medio las puntas son más alargadas y de una gran finura. Las puntas de muesca son más regulares y los retoques ocupan la parte plana y hacia la punta. La industria de hueso era abundante. Por último, en el nivel superior las puntas de laurel son excepcionales y las puntas de sauce biconvexas y raras. Las puntas de muesca son muy numerosas, por el contrario. De hueso hay piezas muy interesantes.

Estudiando en conjunto estos niveles D. Peyrony señala que la hoja de laurel pasa insensiblemente a una forma más alargada y por último a la hoja de sauce biconvexa; la punta de muesca evoluciona a formas más regulares y perfectas, y la hoja de sauce unifacial y puñales preluciían armas del mismo tipo de las del Neolítico. Las formas de las azagayas parecen haberse sacado, en parte, de la cultura presolutrense (Laugerie-Haute y La Gravette).

Otro de los resultados importantes de estas excavaciones fué el hallazgo de

obras de arte solutrense, consistentes en tres piedras grabadas, en dos bloques grabados y esculpidos y en un tercero pintado. Las primeras fueron un colgante de grafito con la figura de un cérvido y dos piedras calizas con una maraña de grabados de animales.

Los bloques, que estaban cubiertos por el nivel solutrense, tienen mucha importancia, puesto que las obras de arte de este tiempo son raras. El primer bloque ofrecía dos cabezas groseras, en las cuales se utilizaron accidentes naturales para lograr el efecto apetecido (cabezas de jabalí o un oso y de un cáprido). El otro, aparte de varios esbozos, mostraba dos hermosos toros. Como estos bloques, y el pintado con el perfil confuso de dos cabezas de animales, estaban en el interior de la cabaña, y como el último ofrecía en su base tres agujeros cilíndricos que D. Peyrony interpreta como el emplazamiento de gruesos pilotes que recibirían una barrera de pieles o de ramas enlazadas para aislar este rincón, sagrado por las imágenes, del resto de la choza y ocultarlas de los ojos de los no iniciados. Sería una especie de santuario tribal, donde el jefe o el hechicero se retiraría a invocar el espíritu de las bestias dibujadas y hacerlo favorable a la colectividad.

D. Peyrony llega a la conclusión de que este arte solutrense guarda caracteres arcaicos del Solutrense.

La Memoria de que tratamos se cierra con un interesante estudio sobre las relaciones de las distintas culturas paleolíticas al Norte y al Sur del Plateau Central, probándose en muchos casos que las culturas han persistido unas al lado de otras hasta fundirse. Antropológicamente sucede lo mismo, puesto que son magdalenienses el esqueleto esquimoide de Chancelade y el nórdico de Laugerie-Basse.—*J. P. de B.*

A. Moirenc et A. Vayson de Pradenne.—*La grotte de la Combette a Bonnieux.* «Compte-rendu de la Xe Session du Congrès Préhistorique de France, 1931». Págs. 427-434, una figura y tres láminas. Le Mans, 1934.

En el macizo del Luberon (Provenza) se abre esta cueva, que más bien es un abrigo rocoso. Contiene un solo estrato, formado por ceniza compacta y conchas de moluscos muy abundantes, con industria humana. A pocos kilómetros está la estación al aire libre de Roquemaure, que estudian provisionalmente, pero cuya industria es análoga a la anterior.

Está formada por núcleos de hojas, raspadores (algunos dobles o combinados con buriles), buriles, puntas de trabajo unifacial y pequeñas hojas con retoques perpendiculares. Como objetos de adorno hay caninos de cérvidos perforados y una plaquita, también perforada, hecha con una concha grande de molusco. La pieza más notable de la grotte de la Combette es una cabeza de pájaro recortada de una placa de pizarra; grabados en una y otra cara fueron los ojos y la separacióndel pico.

Los autores atribuyen el yacimiento que nos ocupa al Auriñaciense superior. *J. P. de B.*

A. Vayson de Pradenne et S. Gagnière.—*La stèle de l'Isle-sur-Sorgue (Vaucluse).* «Compte-rendu de la Xe Session du Congrès Préhistorique de France, 1931». Le Mans, 1934.

Mayor importancia tienen para el conocimiento de las ideas religiosas, que para el arte, las estelas, estatuas, menhires y losas de monumentos funerarios con

grabados o pinturas. La descrita últimamente por A. Vayson de Pradenne y S Gagniere, procedente de la Isle-sur-Sorgue (Vaucluse) y conservada en el Museo Calvet, de Avignon, muestra en sus caras grabados escutiformes análogos en todo a los de los pilares 5 y 13 de la galería cubierta des Pierres Plates (Morbihan). El interés principal de esta estela es el de ser la única de la Provenza, así como el haber sido encontrada en el mismo valle que el dolmen de Ménerbes, que es el único de la región. La atribuyen a un período antiguo de la Edad del Bronce. *J. P. de B.*

C. Leonhard Woolley.—*Mit Hacke und Spaten. Die Erschliessung versunkener Kulturen.* 82 páginas, 46 figuras en láminas. F. A. Brockhaus. Leipzig, 1932.

El nombre y personalidad de C. L. Woolley son sobradamente conocidos, tanto en los medios arqueológicos como entre el gran público culto, pues sus excavaciones en Ur de Caldea, la patria de Abraham, se cuentan entre las más famosas y fructíferas de nuestro siglo.

El actual librito del afortunado excavador viene a prestar un buen servicio a la ciencia arqueológica, pues es la respuesta a toda la serie de preguntas que el público hace inmediatamente a un arqueólogo.

Cinco son los capítulos de *Mit Hacke und Spaten:* I, Objeto de la Arqueología; II, Comienzo de una excavación; III, Excavación de una ciudad; IV, Excavación de sepulturas, y V, Valoración de los materiales arqueológicos.

Después de ocuparse Woolley en el primer capítulo del proceso y recursos empleados por el arqueólogo para llegar a localizar los yacimientos arqueológicos, hace seguir al lector, con ejemplos de las grandes excavaciones, cómo se inician éstas y se va poniendo al descubierto una ciudad, un cementerio, para terminar en cómo el arqueólogo utiliza la documentación arrancada por el azadón y la pala a las entrañas de la tierra para reconstruir milenarios enteros de la vida de una humanidad que en otra forma nunca hubiésemos conocido.

Este libro es de gran utilidad para hacer ver cuál es el trabajo ímprobo que una gran excavación representa y cuán enorme es el cuidado y cariño requeridos, así como la complicación que una técnica perfecta y moderna requiere, pues representa un cúmulo de conocimientos sólo posible en la íntima colaboración de varios técnicos.

Un librito como el de C. L. Woolley no es ciertamente, en la forma en que está concebido y desarrollado, obra de consulta, ni aun siquiera de iniciación al difícil trabajo del excavador; no obstante sería muy de desear su lectura entre arqueólogos, seudoarqueólogos y *dilettanti* españoles, pues ella haría ver lo distantes que en ese terreno estamos de una técnica que corresponda a nuestros tiempos. Han pasado ya hace varios lustros los tiempos en que se exigía para una investigación arqueológica un «ascetismo» heroico por la indigencia obligada. Ha quedado ampliamente demostrado, ¡con pérdidas irreparables y numerosas!, lo catastrófico delprocedimiento, y urge cambiar de rumbo y adaptarse al ritmo de nuestro tiempo.

Deseamos que *Mit Hacke und Spaten* tenga en España la máxima difusión, pues el servicio que reportaría a la ciencia arqueológica habría de ser muy grande en todos los órdenes.—*Julio Martínez Santa-Olalla.*

MAX FREIHERR VON OPPENHEIM. — *Der Tell Halaf. Eine neue Kultur im ältesten Mesopotamien.* 276 páginas, figuras en el texto, 18 mapas y 68 láminas, de ellas cuatro en color. F. A. Brockhaus. Leipzig.

En el Norte de Mesopotamia, y edificada en la orilla derecha del Habur, se levantó la ciudad de Guzana, correspondiendo a la actual localidad de Tell Halaf, la cual va siendo excavada por el barón von Oppenheim.

La casualidad puso a von Oppenheim sobre la pista de ciertas estatuas de que oyó hablar a los beduinos, dando por resultado el descubrimiento de la vieja Guzana, excavada durante varios años a partir de 1911. Gran parte de los objetos, estatuas, frisos decorativos, etc., los llevó su excavador a Berlín para formar con ellos un museo propio.

Las ruinas de Guzana, muy importantes para la Arqueología, casi podían considerarse inéditas hasta la aparición de este libro, pues aparte de un breve trabajo del director de las excavaciones sobre la diosa del velo y otro de E. Unger sobre arte hettita y arameo, poco más se había publicado.

El libro sobre Tell Halaf consta de nueve capítulos y cinco apéndices. Los siete primeros capítulos tratan del descubrimiento y excavación de Tell Halaf, la cuenca del Habur y su historia, antigua ciudad, las grandes estatuas del templo-palacio, los frisos pequeños esculturados y de las restantes obras escultóricas y de los hallazgos pequeños. El capítulo octavo se dedica a las ruinas y plástica de Djebelet el Beda. El último de los capítulos se consagra a los resultados.

No es el libro de von Oppenheim una monografía estrictamente arqueológica, rigurosamente científica, agotadora del tema. Se trata de una obra que puede interesar por igual al gran público culto o al arqueólogo; para el primero tiene el atractivo de ser Tell Halaf una localidad de tal riqueza que resiste fácilmente el ser colocada entre los grandes descubrimientos arqueológicos de Oriente, pudiendo parangonarse inclusive con Ur, la patria de Abraham; además la descripción de las excavaciones y las muchas incidencias no exentas de sucesos dramáticos y hasta sangrientos evoca a maravilla el ambiente del desierto de Mesopotamia y la vida azarosa, heroica del arqueólogo en tales países, dando a todo el libro sensación de novela de aventuras. Para el segundo, el arqueólogo, tiene la gran importancia de ser el primer conjunto de hechos positivos publicados y el valor grandísimo de muchas de las piezas descubiertas en aquellas excavaciones.

Destaca von Oppenheim, como resultado principal de las excavaciones en la ciudad de Guzana y en Djebelet el Beda, la existencia frente a las dos grandes culturas de Egipto y Babilonia de una tercera, la subarea, constatable hasta el cuarto milenario precristiano. Pretende el autor que en vez del nombre de hettita dado a esta cu tura por su filiación histórico-artística se le dé el de subarea, ya que los hettitas llegan al Asia anterior hacia el año 2000, adoptando entonces la cultura subarea con sus divinidades y su arte.

La conclusión a que cree llegar von Oppenheim, así como su colaborador E. Herzfeld (apéndice primero, *Stilkritische Untersuchung und Datierung der Steinbilder),* a base de un estudio estilístico de las estatuas y relieves sería, lícita si efectivamente la cronología que ellos dan tuviese absoluta garantía. Mas ocurre que las representaciones plásticas del palacio son del siglo XII y no del tercer milenario, siendo de aquella fecha la inscripción de Kapara, constructor del palacio.

Importancia especial tienen en el libro de von Oppenheim los apéndices técnicos de sus colaboradores. Son aquéllos, aparte del de E. Herzfeld ya citado, de

F. Langenegger *(Technische Mitteilungen zu den Ausgrabungen auf dem Burghügel)*, K. Müller *(Technische Mitteilugen zu den Ausgrabungen im Stadtgebiet)*, H. Schmidt *(Zu den Kleinfunden)* y B. Meissner *(Zu den Keilschrifttexten)*.

Para el prehistoriador y arqueólogo occidentales interesan especialmente los pequeños hallazgos (págs. 178-198 y apéndice de H. Schmidt dedicado exclusivamente a la cerámica), cuyo complejo permite establecer tres períodos principales: primero, el prehistórico con cerámica pintada; segundo, el estrato del palacio, coetáneo de los principales monumentos y obras escultóricas, y tercero, el helenístico.—*Julio Martínez Santa-Olalla.*

JÓZEF KOSTRZEWSKI.—*Neolityczny grób skrzynkowy ze Skoczki, W. pow Szubinskim.* Odbitka-Pamiatkowej ku czci Prof. Dr. Wlodzimierza Demetrykiewicza. Pozdán, 1930.

El autor, uno de los prehistoriadores polacos más afamados, describe aquí su excavación de una tumba colectiva (cista) perteneciente a la cultura megalítica de Polonia occidental, de Skoczka (Szubin). Contenía nueve esqueletos, cuyos huesos estaban revueltos ya en época prehistórica. En dos sitios se hallaron restos humanos quemados, sobre todo huesos del cráneo. A los muertos se les ofrecieron alimentos, pues se han encontrado mandíbulas de cerdo doméstico. También se han recogido hachas de piedra pulimentadas, hojas de sílex, un trapecio de igual materia, cuentas de collar, de ellas cuatro de ámbar, y cerámica. Uno de los vasos muestra adornos hechos con una cuerda *(Schnuckeramik)*.—*J. P. de B.*

HENRI HUBERT.—*Les celtes et l'expansion celtique jusqu'à l'époque de La Tène.* 403 páginas, 43 figuras, cuatro láminas y 12 mapas.

IDEM—*Les celtes depuis l'époque de La Tène et la civilisation celtique.* 368 páginas y tres mapas. La Renaissance du Livre. París, 1932.

En la conocidísima biblioteca de síntesis histórica *L'Evolution de l'humanité*, dirigida por Henri Berr, aparecen como obra póstuma los dos volúmenes de la obra de Henri Hubert, que son sin disputa alguna unos de los volúmenes más valiosos y originales lanzados por la biblioteca aludida.

H. Hubert no es un advenedizo a los estudios celtistas; no es el autor de uno de antos manuales, de un libro más, en fin de cuentas, que añadir a la producción, europea. Tras las páginas, breves en realidad, de *Les celtes*, tenemos una larga vida de trabajo minucioso, profundo, por lo que, aparte el interés humano posible, mejor real, hay uno grandísimo, pues es la obra de toda una vida, la justificación de la malograda existencia de Hubert.

El libro sobre los celtas resulta imponente por el cúmulo de conocimientos que una obra de tal naturaleza revela, pues la enorme bibliografía citada ha sido estudiada a fondo y cuidadosamente desmenuzada. Impone también el ver la maestría con que H. Hubert ha llegado a dominar un campo tan vasto, difícil y complicado como es el que lleva un título tan breve y enorme cual es *Les celtes*, pues se nos revela, quien era conocido como gran sociólogo, uno de los principales redactores,

juntamente con Marcel Mauss, de *Année sociologique*, como hombre que domina la Lingüística y la Arqueología. Gracias a esta triple preparación ha estado el autor en condiciones excepcionales para ofrecernos una obra que nadie en Europa hubiese llevado a cabo en la actualidad, pues desgraciadamente no son especialidades que vayan unidas más que excepcionalmente.

La muerte sorprendió a H. Hubert en tal forma, que la obra, aunque ya terminada, no pudo aparecer lo rápidamente que hubiese sido de desear, teniendo que encargarse M. Mauss, R. Lantier y J. Marx de la revisión y puesta al día del libro de las partes sociológica, arqueológica y lingüística, respectivamente. Esta circunstancia, junto con el retraso, ha perjudicado ciertamente al hermoso libro, único que su autor escribiese.

Al fin *La Renaissance du Livre* nos ofrece el libro tan ansiado y largamente esperado de todos los especialistas en esa forma pobre, descuidada, mal ilustrada, cual es típico de las ediciones económicas que publica y en general de la deplorable producción de las prensas francesas. Es lástima realmente que un libro magnífico como el de H. Hubert no haya sido publicado de manera más digna para, en vez de aminorar su gran valor, acrecentar el de una obra clásica y que durante muchos años estará cada día más en manos de todos. Por si no fuese bastante la ramplonería editorial (que suponemos se habrá evitado en la edición que con el título *The rise of the Celts* ha publicado la firma Kegan Paul en Inglaterra), es tan grande y de tal calibre el número de las erratas, que hacen aún más desagradable el libro.

Antes de pasar más adelante hemos de hacer constar la habilidad con que Mauss, Lantier y Marx han llevado a cabo su tarea de revisión, y especialmente el completar la obra, pues no resulta fácil distinguir en el segundo volumen la parte no debida a Hubert.

El primer volumen de *Les celtes* consta de dos partes, amén de una introducción. La primera parte, páginas 25-159, está destinada a contestar la pregunta ¿qué son los celtas? La segunda parte, páginas 159-371, estudia los movimientos de los pueblos célticos, así como sus orígenes.

La naturaleza de los pueblos célticos y lo que son los celtas se nos dice, especialmente apoyado el autor en la lingüística, en poco más de una sesentena de páginas, en las cuales hallamos un cuadro clarísimo de lo que es y significa el celta dentro del cuadro de las lenguas indoeuropeas, presentándose con habilidad suma los arduos y complejos problemas con ello relacionados. Si original es la forma en que Hubert expone el complejo lingüístico céltico, mucho más original es lo referente a resultados, por la comparación entre las divergencias de los dialectos célticos entre sí y éstos y las divergencias manifestadas por otras lenguas indoeuropeas, divergencias que resultan paralelas. Así tenemos que al goidélico, con sus arcaicas características, corresponde en Grecia el aqueo-eolio y en Italia el latín, mientras que con el britano se corresponden el dorio y el umbrío en cada uno de aquellos países respectivamente. De este hecho se deduce el interesantísimo de haber estado forzosamente la cuna de los celtas muy próxima de la de aquellos que andando el tiempo se llamaron helenos e italiotas. Gracias a todas las deducciones de orden lingüístico y otras de índole histórico cultural, resulta que se puede con gran certeza localizar la cuna de los celtas en Europa central, hacia las tierras de que han partido las emigraciones helénicas e itálicas. Si en el espacio es posible localizar a los celtas, parece también posible para el autor situarlos en el tiempo, suponiendo para ello dos grandes épocas de emigración, la primera hacia los comienzos del bronce,

alrededor de 1700, y la segunda al final de dicha edad, esto es, entre 1200 y 1000. Estas dos emigraciones durante el bronce no quiere prejuzgar nada por lo que hace a los movimientos más conocidos del hierro.

Los resultados a que llega Hubert por la lingüística los ve confirmados en un terreno arqueológico en la Gran Bretaña, apoyado parcialmente en la literatura mítica irlandesa. Hacia el principio de la Edad del Bronce los *long-barrows* de la Gran Bretaña se ven sustituídos por *round-barrows*, lo cual parece indicar un cambio de población y la llegada de gentes continentales, que serían los goidels de las leyendas irlandesas. Más tarde llegan los pictos, emparentados con los grupos bretones y representando las oleadas dialectales de carácter británico. Más tarde, en la Edad del Hierro, encontramos en Irlanda la memoria de haber llegado los *galioin* y los *fir-bolg*, galos y belgas, respectivamente.

Con estos estudios sobre las islas británicas logra Hubert esquemáticamente el llegar a saber cómo se han desarrollado los movimientos célticos del bronce y hierro, con lo que, estableciendo el lógico paralelismo en otros países europeos, logra una reconstrucción de su historia.

Los dos grandes movimientos que supone en la Edad del Bronce y los de la primera Edad del Hierro son el tema que ampliamente desarrolla en el primer volumen.

En el segundo volumen hay tres partes integradas por diversos capítulos. La primera estudia los movimientos celtas durante la época de La Tène, la segunda la decadencia y fin del mundo céltico y la tercera la civilización de los celtas.

De las tres partes del segundo volumen, como de la obra toda, se destaca su tercera parte, pues en ella encontramos al sociólogo eminente que H. Hubert era, y que como nadie, con talento insuperable, ha trazado un cuadro hoy por hoy definitivo de la sociología céltica.

No sabríamos entrar en detalles de una obra de tanta envergadura cual es ésta, y mucho menos discutir problemas. La extensión es desmesurada, y por tanto hay problemas de detalle en fin de cuentas mal enfocados y que parten de premisas, si no falsas, poco exactas o no interpretadas con justeza. Esto ocurre especialmente al tocar temas españoles. Hay que tener en cuenta y no olvidarlo que el libro de que nos ocupamos es un esfuerzo y un paso gigantesco, pero de manera alguna un libro definitivo, pues es obra que plantea muchos problemas, suscita la discusión de otros y es incitación al estudio de otros nuevos. Desgraciadamente las polémicas en torno a *Les celtes* se harán ya sin que su autor pueda tomar parte en ellas e iluminar con su saber un campo tan complejo y espinoso como es el del celtismo.

El interés para España, tanto para prehistoriadores, arqueólogos e historiadores, que tiene el libro magnífico de Hubert es tan subido como para lingüistas (para esos lingüistas que aún en España no sabemos existan) y sociólogos (otra inédita de nuestra investigación científica).

Referente a la Península ibérica encontramos en esta obra multitud de datos inapreciables y estudios de problemas interesantísimos, o bien simples enunciados. Encontramos también grandes inexactitudes y despropósitos, pues, por ejemplo, hay que rechazar de plano la hipótesis, disculpable desde el punto de vista del autor y con la bibliografía a él accesible, de que la cultura del Argar sea céltica, etc.

Deseamos que el libro de H. Hubert llegue a ser objeto de una decorosa edición, cuidada y sin erratas, y que en España tenga muchos lectores, pues se trata de una obra fundamental, con el aliciente de excitar a una polémica siempre fructífera en ciencias como la nuestra.—*Julio Martínez Santa-Olalla.*

ADOLF SCHULTEN.—*Masada die Burg des Herodes und die römischen Lager.* VII + 184 páginas, 14 láminas y 28 planos. J. C. Himichs. Leipzig, 1933.

Masada es a Palestina lo que Numancia es a España. En el desierto de Judea, junto a las márgenes grandiosas del Mar Muerto, en los altos peñascales que contornean profundamente el Wad Nisure y Wad Sebba, se alzan cubiertas de gloria las ruinas de Masada, dentro de la cerca romana de murallas de circunvalación y campamentos, constituyendo el monumento más elocuente del heroísmo judío en sus luchas de independencia.

A esa página magnífica de la historia del pueblo judío, escrita con el fuego romano y la sangre de 960 judíos que se dieron muerte a sí mismos el 15 de xenthikos, en el año 73, narrada con maravilloso patetismo por Flavio Josefo en su *Bello judadeo,* faltaba el comentario arqueológico.

Su comentador lo ha encontrado la judaica Masada, como lo encontrara la celtibérica Numancia, en A. Schulten, quien nos ofrece en su nuevo libro, basándose en los trabajos topográficos del general A. Lammerer, un estudio de Masada y sus contornos.

Desde principios del siglo XIX han sido bastantes los visitantes de Masada, cuyas ruinas eran objeto de una destrucción cada vez más rápida, en tal forma que dentro de unos años poco será lo que quede de aquel santuario de la independencia y el valor judíos; por ello era de gran urgencia emprender el trabajo llevado a cabo tan eficientemente por A. Schulten y A. Lammerer.

Schulten es el historiador, comentarista de textos e ilustrador de ruinas, y el general Lammerer, el veterano topógrafo, que de manera irreprochable capta la topografía de la región y levanta los planos de las ruinas.

Masada, como decimos al comenzar, es la Numancia hebraica (aunque en ciertos aspectos más sería Sagunto). Su resistencia a las armas romanas, impotentes para adueñarse de aquel nido de águilas, pues no otra cosa es sobre los altos e inaccesibles peñascales la fortaleza de Herodes, sólo puede ser vencida por un largo y riguroso asedio. Silva rodea a Masada, como Escipión a Numancia, con un muro de circunvalación que une entre sí ocho campamentos, construye vías que facilitan el aprovisionamiento, torres, el célebre *agger* para la *turris ambulatoria,* etc.

La titánica lucha encuentra en la Arqueología su más elocuente testigo, y en el libro de A. Schulten es resucitada aquélla al encontrar su más adecuado comentario en los restos estudiados.

Los trabajos en Masada han enriquecido de manera insospechada nuestro conocimiento de la castrametación romana, tan importante para España que tantísimos campamentos posee, razón por la que dicho libro será muy útil para estudios comparativos.

Al dar la bibliografía del desierto de Judea echamos de menos un trabajo tan fundamental como es el de L. PICARD, *The Judean Desert* (Jerusalén, 1932).—*Julio Martínez Santa-Olalla.*

R. G. COLLINGWOOD.—*Roman Britain.* XI + 160 páginas, 59 figuras y un mapa. Clarendon Press. Oxford, 1932.

Hay un libro clásico, el de Haverfield y de Macdonald, *The roman occupation of Britain* (Oxford, 1924), en que de una manera amplia se estudian los diversos

problemas de la romanización británica. Además de ese libro fundamental existe una serie, no muy corta, en que de una manera más o menos original se aborda y trata dicho tema. Pero entre toda esa bibliografía faltaba un libro muy breve en el cual, de manera concentrada, se tratase de los problemas de la Inglaterra romana.

A esa necesidad responde el bello tomito de R. G. Collingwood, sobriamente presentado por la Oxford University Press. El autor no es, ni mucho menos, un advenedizo, pues su nombre figura, por el contrario, a la cabeza de los investigadores británicos, siendo especialmente conocido por su libro *The archæology of roman Britain,* del cual, en cierto modo, es un resumen el pequeño volumen a que nos referimos.

El plan del librito es ocuparse en sendos capítulos de los britanos y los romanos, historia de la conquista y ocupacion, la vida ciudadana y rural, arte e idioma, religión y fin de la Bretaña romana.

En todos los capítulos resplandece una claridad y amenidad grandes, sólo posibles cuando, como ocurre en Inglaterra, la romanización en todos sus aspectos ha sido estudiada abundantemente en monografías y trabajos de conjunto, único medio de llegar a síntesis tan útiles como las del presente librito, acreedor por sus cualidades a una amplia difusión.

Las ilustraciones, de buena calidad, han sido seleccionadas con habilísimo criterio entre lo más representativo y típico. Un brevísimo índice bibliográfico, correspondiente a cada uno de los capítulos, cierra la obra.—*Julio Martínez Santa-Olalla.*

WALTHER VEECK.—*Die Alamannen in Württemberg.* Volumen de XII + 380 páginas, figuras en el texto y 20 láminas, y un álbum con 76 láminas en fototipia, tres en color y un mapa. Walter de Gruyter. Berlin und Leipzig, 1931.

La Comisión romano-germánica de Frankfurt, bajo la égida inteligentísima de G. Bersu y H. Zeiss, se ha impuesto una de las tareas más interesantes y difíciles en el terreno de los estudios arqueológicos: la época de las grandes emigraciones de pueblos germánicos.

Cualquiera que en la actualidad se ocupe de Arqueología germánica advierte pronto que dentro de una bibliografía inmensa faltan obras fundamentales, falta una sistematización, falta una cronología. La laguna existente en este terreno de los estudios arqueológicos, mucho más lamentable por la importancia extraordinaria que ha tomado desde la guerra, no podía ser llenada más que gracias a un trabajo de conjunto perfectamente organizado y disciplinado cual exige la investigación moderna. Este trabajo es el que inicia ahora la Comisión de Frankfurt con sus *Germanische Denkmäler der Völkerwanderungszeit.*

La serie de publicaciones que se emprende ha de ser la base sólida e inconmovible sobre que se asienten los estudios de Arqueología germánica, ya que de un lado son el catálogo completo de sus monumentos y del otro el estudio sistemático que ponga ya de una vez para siempre orden en los materiales y ofrezca una cronología segura, sin la cual no es posible la investigación.

W. Veeck parte para su libro de un estudio directo de todos los materiales alemanes de Württemberg, incluyendo los francos del Norte del país. Todos los hallazgos proceden exclusivamente de cementerios, y se conservan en su mayor parte en la Staatliche Altertümersammlung, de Stuttgart, que son un modelo por su orga-

nización, en otros Museos del país y en el Museum für Völkerkunde, de Berlín, Germanische Museum, de Nuremberg, y Städtische Museum, de Mainz, además de buen número de colecciones particulares. El número de cementerios de Württemberg se eleva en el momento de la publicación a 789, de los cuales tan sólo el de Holzgerlingen ha sido excavado en su totalidad y de una manera sistemática. Algunos otros cementerios, aunque bien excavados, lo han sido sólo parcialmente. Del resto, aunque poseemos hallazgos muy valiosos, no es posible utilizarlos plenamente ya que su valor científico es pequeño, pues de gran parte faltan buenas memorias descriptivas.

En un material imponente como es el de Württemberg, ha logrado W. Veeck, que fué quien excavó Holzgerlingen, poner orden y reunir todos, absolutamente todos, los materiales existentes, haciendo una obra imponente por sus dimensiones. esfuerzo y método y sorprendente por sus resultados.

El libro, que lleva una introducción de Peter Goessler, se divide en dos partes: la primera (págs. 7-145) es el estudio puramente científico y la segunda (páginas 146-368) es el catálogo sistemático. Los índices llenan las restantes páginas hasta la 380.

Después de estudiar W. Veeck el aspecto de los cementerios alemanes hace un estudio completísimo de los objetos hallados en las sepulturas, agrupándolos en razón a sus materiales: madera, tejidos, pieles y cuero, hueso, cerámica, «candelabros», vidrios, vasijas de bronce, fíbulas, cruces de oro y bronce, diversos adornos, collares, pendientes, anillos, pulseras, discos de bronce con figuras siluetadas, cadenillas, agujas, botones, hebillas de cinturón, puntas de correa, clavazón de la silla de montar, arreos de caballo, espuelas, armas, utensilios de hierro y otros varios accesorios.

Los restantes epígrafes son de resultados a base del estudio tipológico fundamentado en una cronología garantizada, resultando realmente sorprendentes por su amplitud y trascendencia, ya que permiten ver resueltos una serie de problemas planteados de largo tiempo y establecer una diferencia clara y terminante entre francos y alemanes, conocer la historia de estos últimos desde su establecimiento en el Sur de Alemania, su historia cultural y geografía humana, su vida económica, el desarrollo de su cultura y las artes industriales.

Importancia excepcional en la Arqueología de los alemanes tiene la cerámica, representada por series muy ricas que permiten un estudio completísimo de ella y su agrupación en tres clases: cerámica típicamente alemana, representada por los *Rippengefässen,* cerámica debida a la influencia de la técnica y tipos romanos y cerámica de influencia franca.

Las fíbulas lógicamente juegan un papel capital etnológico, cronológico e histórico, además del artístico que les corresponde. La variedad de tipos es muy grande, ya que son once los que W. Veeck describe.

Muy importantes y extraordinariamente ricas son las series de broches de cinturón, collares y armas.

Los alemanes de filiación sueva llegan al Sur de Alemania e invaden el *Limes* a partir del 213, estableciéndose definitivamente en Württemberg, donde se hacen sedentarios y dominan todo el país con exclusividad desde 260, en que arrojan a los romanos, hasta 496, en que son vencidos por Clodoveo y pierden ya el Norte del país.

Privativo de los alemanes es en cerámica, aparte de los *Rippengefässen,* la *terra nigra,* tomada de los romanos. La *Rädchensigillata* es común denominador de francos y alemanes. La imitación franca en Renania de la *terra sigillata* falta en las

sepulturas alemanas. En los tipos de vasos hay un absoluto exclusivismo alemán y franco, influyendo éstos sobre aquéllos.

Por lo que hace a las fíbulas, existe la de pie recto y cabeza semicircular con cinco botones, que es la típica y privativa de los alemanes. Existen también otros tipos alemanes importantísimos o bien nacidos de éstos.

Cronológicamente se resume el estudio de W. Veeck en la siguiente forma: Primera época de las emigraciones de pueblos, de 260 hasta 400 próximamente; época media, entre 400-550 poco más o menos, y la final, de 550-700 aproximadamente. Esta cronología, indicada con fechas escuetas, puede parecer de una sencillez extraordinaria y hasta desprovista de valor; mas hay que tener en cuenta que entre esas fechas extremas se escalonan todos, absolutamente todos los hallazgos, perfectamente clasificados y datados, en tal forma que son el punto de referencia, el verdadero cronómetro para fechar tipos aislados y referir conjuntos.

La bibliografía es completa y de una discreción y brevedad muy de agradecer, ya que fácilmente se cae en la exageración de ésta.

El catálogo tiene dos secciones. La primera es un cuadro sinóptico de todos los cementerios o lugares con hallazgos de esta época agrupados conforme a sus terminaciones toponímicas. La segunda es el verdadero catálogo hasta el 15 de febrero de 1931. La agrupación es geográfica y conforme con la vieja división del país, hoy abolida, y ésta, a su vez, en partidos judiciales.

En el catálogo se indica si el partido fué alemán o franco, o bien desde cuando dejó de serlo, el número de Ayuntamientos o núcleos de población y las estaciones arqueológicas. A la catalogación de cada cementerio corresponde la indicación de su nombre y fecha en que aparece por vez primera documentado y la descripción detallada de cada sepultura con su contenido, así como las indicaciones bibliográficas correspondientes.

La labor llevada a cabo por W. Veeck en sus *Alamannen in Württemberg* no podemos menos de calificarla de grandiosa, pues a nadie se le ocultan las dificultades de todo género que hay al pretender hacer un estudio crítico y valorizador de viejos descubrimientos en una cantidad asombrosa como lo es la de los miles de sepulturas de Württemberg.

Die Alamannen in Württemberg es sencillamente uno de esos libros que hacen época. Su estudio y meditación se impone. En España ha de ser un libro forzosamente muy leído por el que pretenda estudiar nuestras antigüedades germánicas.

El libro magnífico de W. Veeck nos ha causado la más grata sorpresa y placer constante en la lectura, ya que por su claridad y objetiva visión de los problemas fué sugiriendo en nosotros el planteamiento de buen número de problemas de Arqueología germánica de la Península, dándonos base para la solución de otros y siempre en todo momento normas fijas y seguras a las cuales ajustarnos.

La Comisión romano-germánica de Frankfurt, al ofrecernos, esta vez en colaboración con el Württembergischer Landesamt für Denkmalpflege, de Stuttgart, el primer tomo de los *Germanische Denkmäler der Völkerwanderungsseit,* ha prestado un servicio incalculable a la ciencia y nos ha dado un modelo de trabajo.

Materialmente es la presentación del libro excelente y digna de su editor. Impresión pulcra y bien distribuída. Planos y dibujos excelentes y soberbias láminas. Las fototipias, perfectas, hacen que no pierdan interés ciertos objetos demasiado pequeños. Las láminas en color, representando collares y cuentas sueltas, perfectas.

Un mapa de irreprochable impresión, a escala 1 : 350.000, lleva todos los cementerios germánicos de Württemberg conocidos hasta el 1 de octubre de 1930.

Bien venida sea la empresa de la Comisión de Frankfurt a España en estos momentos en que, gracias a un interés decidido, pasa y pasará internacionalmente nuestra Arqueología germánica a ocupar primer plano, ya que las excavaciones de los cementerios visigóticos de Herrera de Pisuerga (Palencia) y de Castiltierra (Segovia) principalmente arrojan gran luz sobre aquella época y revisten una importancia excepcional, por lo que es de esperar se termine su investigación y se emprenda la de otros cementerios que aguardan un estudio sistemático. —*Julio Martínez Santa-Olalla.*

Prehistoria y Arqueología de la Península ibérica

HUGO OBERMAIER.—*Die diluviale und altaluviale Steinzeit der Pyrenäenhalbinsel nach dem Stande unseres derzeitigen Wissens.* «Spanische Forschungen der Görresgesellschaft». Erste Reihe. Tres Band, págs. 1-20. Münster in Westfalen, 1930.

El profesor Hugo Obermaier expone en esta monografía un resumen del estado en 1930 de las investigaciones sobre el Paleolítico de la Península ibérica.

Después de dar un resumen sobre los focos glaciares y los fósiles cuaternarios se ocupa extensamente del Paleolítico antiguo. Para ello toma como zona clásica los alrededores de Madrid, y menciona los trabajos realizados por el Servicio de Investigaciones Prehistóricas del Ayuntamiento de Madrid, así como su Museo y el ANUARIO DE PREHISTORIA MADRILEÑA. Expone nuestros resultados obtenidos según interpretaciones anteriores a dicha fecha. Como novedades personales hay que señalar la atribución de la industria de la base del yacimiento de Las Delicias al Acheulense superior y la del limo rojo al Capsiense inferior (Spätcapsien (?) y al Auriñaciense. También menciona las investigaciones de miss D. A. E. Garrod en Devil's Tower (Gibraltar), que han dado por resultado el hallazgo de un cráneo de un niño de cinco años neandertalense en un típico Musteriense de tipos pequeños.

Al tratar del Paleolítico superior distingue la zona capsiense con las pinturas de tipo levantino de la nórdica francocantábrica, que ocupa también la costa mediterránea hasta Valencia y la cantábrica hasta Galicia. Menciona los principales yacimientos y los resultados de K. Saller referentes a sus estudios sobre el cráneo auriñaciense de Camargo. Por su admirable y completa estratigrafía insiste sobre la cueva del Castillo.

Análoga distribución geográfica observa en el Neolítico. La mayor parte de la Península estaba ocupada por el Capsiense final, al que atribuye el grupo antiguo de pinturas esquemáticas, y cuyos yacimientos principales son los concheros de la desembocadura del Tajo. En cambio en la zona cantábrica domina el Aziliense y en época posterior el Asturiense, que se propaga por la costa atlántica hasta Portugal por un lado y por otro hasta Bretaña, y por la mediterránea aparece en Cataluña.

El profesor H. Obermaier, que termina con la exposición de la cronología abso-

luta del Paleolítico superior (30000-12000 años antes de J. C.) y del Epipaleolítico acredita con este resumen minucioso y su severa crítica sus dotes de concienzudo investigador de nuestra más remota antigüedad.—*J. P. de B.*

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el presente año. Memorias oficiales de la Secretaría de la Diputación Provincial de Valencia, correspondientes a los años 1930 y 1931. Tiradas aparte de 32 y 36 páginas, respectivamente, la última con seis láminas. Valencia, 1931 y 1932.

En los años de 1930 y 1931 el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia ha seguido desarrollando una labor fructífera digna del mayor encomio.

En 1930 y 1931 continuaron las excavaciones del poblado ibérico de La Bastida de «Les Alcuses», descubriéndose un buen número de departamentos pequeños. Los hallazgos han consistido en cerámica indígena, helenística y decadente, con figuras rojas y campaniana, cuentas de vidrio de collar, objetos de hierro, unas tijeras-fórceps, algo de plomo, cuatro campanillas, fíbulas y botones de bronce, lingotes de plomo, etc.

De lo hallado en 1931 las piezas más importantes son dos figuras de bronce (un jinete y un toro) y una joya de oro.

También prosiguieron las excavaciones en la cueva del Parpalló, transcribiéndose la comunicación presentada por D. Luis Pericot al Congreso Internacional de Antropología y Arqueología prehistóricas celebrado en Coimbra Oporto en 1930, titulada *El Solutrense y el Auriñaciense de la cueva del Parpalló (Gandía, provincia de Valencia).* Sobre los importantes resultados obtenidos en este yacimiento nos ocupamos en otro lugar de este ANUARIO.

En 1931 la labor de campo realizada por el Servicio ha sido intensa. En la cueva de la Pechina (Bellús) se ha encontrado Musteriense. Se ha excavado en Cueva Negra (Játiba) y en la cueva del Parpalló, donde ha terminado la parte principal del yacimiento. En las vertientes del Mondube se han explorado las cuevas siguientes: coveta del Racó Taucat, del final del Eneolítico y principio del Argar; cueva de l'Edra (Bárig), con sílex y cerámica; cueva de las Mallaetes (Bárig), con cerámica y sílex eneolíticos y cerámica ibérica; cueva de l'Aigna (Gandía), con sílex y cerámica; cueva del Serruig (Mogonte), parte de dos cráneos humanos, cerámica hecha a mano y sílex. Lugar aparte merece la cueva de la Sarsa, que es uno de los yacimientos más importantes de España de cerámica cardial, la cual cada vez cobra mayor interés. Se ha excavado apresuradamente, pues corría peligro de ser destruída. Se han encontrado algunos vasos enteros.

También se ha reconocido un poblado almeriense con foso y muralla en La Montanyeta de Cabrera, cerca de Valencia. Se ha encontrado trigo carbonizado, que sería de extraordinario interés que fuese estudiado por un especialista, así como hallazgos similares hechos en La Bastida.

Por último se da cuenta de las actividades del Servicio referentes a museo, biblioteca, publicaciones, asistencia a congresos, conferencias, etc. Nos complacemos en felicitar a la Diputación de Valencia y a la dirección del Servicio, y expresar a aquélla nuestro deseo de que preste siempre su apoyo e interés a institución cultural que tantos plácemes merece en el mundo culto.—*J. P. de B.*

LUIS PERICOT GARCÍA.—*Las excavaciones de la cueva del Parpalló (Gandía, provincia de Valencia).* «Investigación y Progreso», año VII, págs. 1-9. Madrid, 1933.

Una de las excavaciones más importantes realizadas en España en los últimos años es, sin género alguno de dudas, la de la cueva del Parpalló (Gandía, Valencia), citada ya como paleolítica por Vilanova y donde H. Breuil había recogido una placa de caliza con un animal grabado (lince (?).

Ha sido excavada por D. Luis Pericot por encargo del Servicio de Investigación Prehistórica de la excelentísima Diputación Provincial de Valencia, con la colaboración de M. Jornet y G. Viñes.

La exploración ha alcanzado una profundidad de nueve metros, encontrándose niveles arqueológicos de extraordinario interés. Los primeros cuatro metros corresponden al Magdaleniense I-IV del profesor H. Breuil. Debajo existen tres niveles solutrenses. El superior se caracteriza por puntas de muesca con dorso rebajado y algunas puntas raras de retoque solutrense. El nivel medio, además de las puntas de muesca, ofrece puntas con pedúnculo y aletas y retoque solutrense en una o dos caras. La capa media encerraba Solutrense normal con puntas-hojas de laurel. Debajo de estos niveles aparecen puntas protosolutrenses y sílex atípicos.

Llama poderosamente la atención la presencia de objetos de arte mobiliar pintados o grabados. Los de hueso son escasos, pero hay centenares de placas calizas con figuras grabadas de ciervo, cabra, toro y caballo especialmente, pues hay otras muchas de animales indeterminados. La ejecución es sencilla, y los animales están figurados en reposo. El grabado es profundo y tosco en las más antiguas, y fino y más perfecto en las magdalenienses. La pintura, roja o amarilla, se ha empleado en la silueta o como relleno total, aunque hay casos de empleo simultáneo de la pintura y del grabado.

En esta nota preliminar Pericot insiste primeramente en que la cueva del Parpalló sea el yacimiento levantino más meridional del Magdaleniense, así como que en él se den niveles del Magdaleniense I, como el de Placard (Charente), que falta en la zona pirenaica francocantábrica. Es interesante la mención de escasas filtraciones de tipos microlíticos capsienses.

Los problemas principales de la cueva del Parpalló son los relativos a los niveles solutrenses. Las puntas de muesca, de las que se han hallado también seis piezas en las cuevas del SE., son muy parecidas a las de la cultura unaniense del Sáhara. Han sido encontradas en la cueva de La Salpetrière (Pont du Gard) en igual superposición al Solutrense.

La punta pedunculada constituye un tipo levantino, según Pericot, pues se conocía ya una pieza semejante de la cueva del Serrón hallada por L. Siret, y otras con las aletas iniciadas de San Julián de Ramis, Isturitz y otras estaciones francesas.

Pericot indica que pudo ser el resultado de una evolución local o reflejo de tipos lejanos africanos, pues en estaciones saharianas (Tabelbaalat) aparecen junto con la punta de muesca en época que se supone posterior. Nuestra sospecha es que estas puntas son, lo mismo que las de Africa, el resultado de la aplicación de la técnica sbaikiense a la punta termifoliada ateriense. Como en nuestro trabajo *Relaciones entre el arte rupestre del Levante de España y el del Sur de Africa* («Investigación y Progreso», año IX, págs. 54 a 59. Madrid, 1935) tratamos este problema, a él remitimos al lector. Según nuestra hipótesis, puede haber una relación histórica entre el Solutrense del Parpalló y la cultura de Still Bay del Sur de Africa.

Nuestra opinión sobre los tipos sbaikienses que Pericot cree haber observado en Parpalló puede verse en el trabajo antes citado y en la colección Bento.

Los problemas que plantean las obras de arte son apasionantes. Los motivos geométricos se relacionan, según Pericot, con figuras de las cuevas de La Pileta y de Romanelli y las condecoraciones de los huevos de avestruz del Capsiense del Norte de Africa. Las figuras de animales tienen paralelos en la zona francocantábrica, en Levante y en La Pileta, así como también con la figura de animal del fragmento de huevo de avestruz de Oued el Mengoub. Pericot ve más relaciones de este arte mobiliar con el francocantábrico que con el levantino, y termina por suponer que *habría dos poblaciones: una costera, del tipo del Parpalló, y otra montañesa, con* el arte rupestre levantino. (Véanse respecto a estos puntos lo que decimos en nuestros trabajos antes citados, y especialmente en *Relaciones,* etc.)

Sean cualesquiera que sean las teorías que se forjen o las interpretaciones que den sobre las excavaciones del Parpalló, las únicas extensas y sistemáticas que se han hecho en la región, es de alabar, en primer término, a la Diputación de Valencia, pues ha prestado un valioso servicio a la ciencia prehistórica por patrocinarlas, y a D. Luis Pericot por la habilidad y rigor científico con que las ha dirigido, así como por el minucioso estudio que está haciendo sobre los materiales recogidos. *Formulamos los más vivos votos porque pronto tengamos ocasión de aplaudir la* gran monografía que prepara sobre la cueva del Parpalló.—*J. P. de B.*

LOUIS SIRET. – *Classification du Paléolithique dans le Sud-Est de l'Espagne.* XVe Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie préhistorique. IVe Session de l'Institut International d'Antropologie. Portugal, 21-30 septiembre 1930. París, 1921.

El Paleolítico del Sudeste de la Península ibérica nos es casi totalmente desconocido, no por falta de yacimientos, sino porque en su mayor parte no se han excavados, o porque los que están estudiados no han sido publicados aún. La comunicación de L. Siret, el infatigable arqueólogo belga, cuya muerte hemos lamentado en 1934, está dedicada a ofrecer un resumen de los resultados de sus investigaciones en cuevas del Sudeste.

En la cueva de la Zájara (cerca de Cuevas, Almería) aparecieron cuatro niveles, cuya industria es la misma. Está formada por puntas, raederas (tres veces más abundantes que aquéllas), instrumentos con muescas, buriles, hachas bifaciales *y núcleos, de los cuales dos quintos son del tipo discoidal.* Las hachas son de dos clases: de aspecto chelense las menos, y pequeñas del tipo de Abri Audi. Los buriles son primitivos y las puntas tienen la tendencia de tomar un contorno de hoja, y por su talla se aproximan a las puntas musterienses. A pesar de las hojas y de los buriles, este yacimiento es para L. Siret del Musteriense clásico.

A poca distancia de este abrigo se halla el de Zájara II, con hojas, raspadores, buriles, dos puntas de la Gravette, etc., con caracteres del Paleolítico superior.

El pequeño sondaje de la cueva de los Murciélagos de Lubrín dió tres puntas de muesca solutrenses. La del Serón (Antas) proporcionó, además de discos bifaciales, hojas, buriles, raspadores, etc., una punta de muesca solutrense y otra de flecha con pedúnculo y dos aletas, pero con bulbo de percusión en lo que debiera ser la punta, y otra corta, gruesa, de talla bifacial, cuya talla *rapelle celui du chelleen et non celui du solutréen,* y que, según L. Siret, se relaciona con las puntas tenuifo-

liadas sbaikienses del Manzanares. En la cueva de La Bermeja se hallaron en el nivel inferior hojas, raspadores y una pequeña punta-hoja de laurel solutrense. Otra incompleta, y tallada en una sola cara, apareció en el relleno neoeneolítico de la cueva de los Tollos.

Estos documentos le sirven de base para afirmar a L. Siret que las cuevas del Sudeste de España presentan una sucesión paralela a las de las de Francia en la base del Musteriense clásico puro y sin mezcla, que en algunas cuevas pasa vagamente al Paleolítico superior. Este sería un Auriñaciense superior, si no un Solutrense. Los niveles superiores con microlitos son atribuidos por L. Siret al Magdaleniense.

La comunicación de L. Siret termina con una crítica de nuestros resultados sobre el Paleolítico del Manzanares, para lo cual parte de una afirmación nuestra de que las puntas sbaikienses del Manzanares están en relación con el llamado Solutrense levantino.

Efectivamente en 1924 era esta nuestra opinión, que se justifica, por otra parte, por el hecho de que en la cueva de La Bermeja la punta solutrense se haya encontrado con sílex de tipo musteriense. Hoy pensamos de otro modo, pero es absolutamente insuficiente como prueba de que las puntas sbaikienses tengan que ser datadas de la misma época de las solutrenses y la punta sbaikiense de la cueva del Serón. Ni el grosor ni la talla permiten considerarla —tuvimos ocasión de ver el ejemplar en el Congreso de Portugal— como punta sbaikiense típica, puesto que puede ser un hachita de mano. L. Siret indica que su talla recuerda la chelense, y este hecho es lo clásico en la decadencia de las hachas de mano.—*J. P. de B.*

A. A. Mendes Corrêa. *Les nouvelles fouilles à Muge (Portugal).* Compte-rendu de XVe Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie préhistorique. Ve Session de l'Institut International d'Anthropologie. París, 1931-1933.

Desde las excavaciones realizadas entre 1863 y 1885 por Pereira da Costa, Carlos Riveiro y Paula y Oliveira no se habían realizado excavaciones sistemáticas en los «kjoekkenmoedinger» de Muge, hasta que fueron reanudadas por el profesor A. A. Mendes Correa en 1930-1931. La noticia preliminar de que tratamos se refiere a los trabajos realizados en estos años en Cabeço da Amoreira. El nivel arqueológico, que media en el centro tres metros de altura, estaba formado por lechos irregulares de conchas, cenizas, carbones, limos, arenas, huesos, etc. Los restos de animales no eran de ninguna raza doméstica, sino salvaje. Entre los moluscos los más abundantes eran el *Cardium edule* y la *Scrobicularia plana (=Lutraria compressa).* Es interesante la presencia de una especie mediterránea, determinada por el profesor A. Nobrela como *Natica hebræa,* que ahora no vive en las costas lusitanas.

La industria de sílex está trabajada con esmero. Es un Tardenoisiense muy antiguo. Predominan hojas y triángulos microlíticos. Los trapecios son muy raros y los buriles faltan por completo. Faltan discos raspadores azilienses, formas magdalenienses y arpones, así como hachas pulimentadas. Por intrusión se explica el hallazgo de un vaso neolítico.

Mientras que las excavaciones antiguas no descubrieron ningún resto esquelético humano, en las realizadas por el profesor Mendes Correa han aparecido, aparte de restos sueltos, un esqueleto en 1930 y dos en 1931. El autor aprovecha esta ocasión para discutir los resultados a que ha llegado el profesor Vallois en su estudio sobre los restos humanos de Muge, conservados en las colecciones de Lisboa.

Vallois considera el *Homo taganus* como un derivado del tipo de Cro-Magnon,

mientras que Mendes Correa lo considera como perteneciente a un bloque de razas más o menos etiópicas, negroides y australoides. Mendes Correa insiste en que el *Homo taganus*, de talla pequeña, ortocéfalo y acrocéfalo, meso o leptoprosopo, meso-platyrhino, etc., se distingue enormemente del tipo clásico de Cro-Magnon, mientras que lo relacionan más netamente con el *Homo aurihaciensis* de Combe Capelle, como insiste en otro trabajo posterior. Insiste también en la presencia de una minoría de cráneos braquicéfalos en Muge, nacidos de simples fluctuaciones individuales de los dolicocéfalos primitivos, lo cual es puesto en duda por Vallois.

No creemos necesario insistir sobre la importancia que tienen estas investigaciones para la etnogenia de la Península ibérica y la necesidad de que sean proseguidas con grandes alientos, puesto que corresponden a una época poco conocida de la prehistoria peninsular. Los trabajos antropológicos del profesor Mendes Correa, por su acertada visión del problema, la minuciosidad y la sana crítica que emplea, han de arrojar viva luz sobre muchas cuestiones hoy oscuras de la Etnografía prehistórica, nacidas en gran parte por la desmesurada amplitud que se ha dado a la raza de Cro-Magnon.—*J. P. de B.*

A. A. Mendes Corrêa.—*Novos elementos para a cronologia dos concheiros de Muge.* «Anais da Facultade de Ciências do Pôrto». Tomo XVIII. Pôrto, 1934.

El problema de la cronología de los concheros de Muge se ve aclarado con nuevos datos.

Los concheros presentan a veces capas intercaladas de lodo y de arena que resultan de inundaciones por las aguas de la orilla del mar o de pantanos vecinos, y también en Cabeço da Amoreira especies de silos llenos de conchas y espinas de peces, probablemente de depósitos de provisiones.

Tanto en Cabeço da Amoreira como en Cabeço da Arruda hay diez o doce especies comunes, pero en la primera falta el *Mytilus edulis*, mientras que contiene la *Natica hebræa*, lo que permitirá asignarle una mayor antigüedad, según Mendes Correa.

Lo mismo sucede con la industria lítica. En Amoreira predominan las hojas y microlitos triangulares, son raros los trapecios y faltan los buriles, así como discos raspadores y otras piezas típicas del Magdaleniense y Aziliense. En cambio en Cabeço da Arruda los trapecios son abundantes, de donde puede deducirse que esta localidad es más reciente que aquélla.

Por todos estos caracteres piensa el profesor de la Universidad de Oporto que Cabeço da Amoreira corresponde a una etapa intermedia entre el Sauveterrense (cultura epipaleolítica pretardenoisiense, vecina al Aziliense, establecida por M. Conlonges) y el Tardenoisiense más antiguo.—*J. P. de B.*

Salvador Vilaseca.—*Les coves d'Arboli (Camp de Tarragona).* «Butlletí Arqueològic». Societat Arqueològica Tarraconense. Epoca tercera, núms. 47-49, any 1934. Tarragona, 1934.

Este trabajo versa sobre un conjunto de cuevas existentes en el término municipal de Arboli (partido judicial de Falset, Tarragona), que están situadas unas junto a otras y que han sido habitadas durante todos los tiempos prehistóricos.

La cueva A dió sólo fragmentos cerámicos poco típicos. En la B aparecieron

restos de habitación (con sílex, un percutor, un hacha de basalto incompleta, huesos y conchas, cerámica lisa o decorada perteneciente a vasos campaniformes decadentes y a vasos almerienses, pero no argáricos, como cree Vilaseca) y dos sepulturas, una de un niño y otra de adulto, de cuyo cráneo da una serie nutrida de medidas e índices antropológicos.

La cueva C ofrecía dificultades para su excavación ordenada, pero fué habitada al final del Eneolítico o principio de la Edad del Bronce (cultura de Almería), según indica la cerámica incisa; al principio de la Edad del Hierro, con cerámica del tipo de Marlés, y por último, en tiempos ibéricos, con cerámica hecha a torno y pintada.

Si bien esta cueva fué sólo destinada a habitación la D fué utilizada únicamente como sepulcral, pues en ella han aparecido sólo restos humanos y ofrendas (cerámica argárica y sílex de espléndido trabajo). Lo mismo sucede respecto a la cueva F, donde se halló una bóveda craneana humana y numerosos fragmentos de cerámica argárica. En la cueva G se hallaron trozos de cobre. En la H aparecieron algunos sílex y cerámica de perfil almeriense, decorada por cordones de barro e incisiones del mismo estilo que las de la cueva B. Es curiosa la presencia —lo que tiene importancia cronológica— de algunos fragmentos del tipo de vaso campaniforme. También cerámica lisa y campaniforme decadente ha aparecido en las cuevas J y K.

Como apéndice Vilaseca nos ofrece el estudio de la cueva de la Dou, también del término de Arbolí, parte sepulcral y parte habitada. De allí procede un disco hecho de un fragmento de vaso, decorado con acanaladuras del tipo Marles.

Las cuevas de Arbolí son un buen testimonio de la persistencia étnica desde el final del Eneolítico o principios de la Edad del Bronce hasta la llegada de los celtas. La cerámica del vaso campaniforme es la típica —como hemos tenido ocasión de comprobar en el poblado de los Vascos (Villaverde, Madrid) y en la cueva de la Tarascona (alrededores de Segovia)— de la etapa final, sincrónica poco más o menos con la invasión almeriense. El nivel medio de la cueva de Somaen (Guadalajara) es sincrónico, o poco menos, con este tiempo.

Así, la cerámica incisa de las mismas cuevas tarraconenses se relaciona estrechamente con la cerámica con decoración incisa de las localidades citadas y con otras inéditas de la región madrileña. También en las cuevas de Arbolí la cerámica lisa indica formas de la Edad del Bronce avanzada. Vilaseca apunta la posibilidad de que en las cuevas del Janet y Marcó y en la necrópolis del Molar haya, según se deduce de vasos con acanaladuras, ovoides o bicónicos, de poca altura, de pasta negra o carbonosa y de superficie muy pulimentada, influencias de la cultura de Lausitz, que llegó hasta Francia (necrópolis de Pougnes-les-Eaux, Dompierre-sur-Besbre, etc.), y las cuales serían anteriores en fecha a la invasión céltica de la *Urnenfelderkultur*.

Los fragmentos de cerámica ibérica de la cueva C son del tipo de sombrero de copa y de decoración floral, e igual a la de un fragmento del poblado de Capsanes existente en el Museo Arqueológico de Barcelona, y de otro de Tarragona conservado en el Museo de esta ciudad.—*J. P. de B.*

ALFONSO DE OLIVARES.—*La pintura prehistórica en España*. Altolaguirre, editor. Madrid, 1933.

No hemos podido comprender cómo editores españoles, tan celosos en sus empresas comerciales, han podido lanzar al mercado este fascículo tan mezquino y tan

inútil. Está constituído por unas láminas pobres e indecorosas que son indignas del tema, ya que las reproducciones son verdaderas caricaturas de las pinturas originales.

Es de esperar que los editores recapaciten que si los libros sobre temas científicos no se venden, se debe no a la aridez del tema —como ellos dicen—, sino a confiarlos en muchas ocasiones, como en la presente, a personas que desconocen el tema que tratan.—*J. P. de B.*

SALVADOR VILASECA.—*L'estació taller de sílex de St. Gregori. Falset (Baix Priorat).* «Memorias de la Academia de Ciencias y Artes de Barcelona». Tercera época. Volumen XXIII, núm. 21, págs. 415-339, 25 figuras y cuatro láminas. Barcelona, 1934.

En la falda de la sierra de las Torres y en el término de Falset (Tarragona) se encuentra la cueva de San Gregorio, cerca de la ermita del mismo nombre, que ha sido excavada por el autor entre septiembre de 1932 a abril de 1933.

La estratigrafía era confusa, puesto que el depósito era uniforme, lo que lleva a Vilaseca a considerar seis niveles teóricos.

En la capa inferior aparecieron núcleos prismáticos y cónicos, hojas, alguna lasca Levallois, piezas de aspecto musteriense, lascas con muesca, raspadores en extremo de hoja, raspadores carinados y en hocico, buriles, hojas de la Gravette, etc.

El nivel II es hipotético, pues no tiene separación precisa de aquellos otros en que está enclavado. La industria está formada poco más o menos lo mismo que la anterior; pero la pieza más importarte es una placa de pizarra con el grabado de una cierva, de estilo levantino indudable, según el profesor H. Obermaier. Vilaseca cree que esta pieza, por su técnica, corresponde al Magdaleniense inicial (Magdaleniense II de Breuil).

Un material imposible de diferenciar del anterior contenía, según Vilaseca, el nivel III. Poco indicaba la capa IV. La V estaba caracterizada por una industria microlítica y la VI contenía sílex atípicos y cerámica prehistórica lisa.

El yacimiento es interesante, pero desgraciadamente no hay elementos de juicio suficientes para establecer una cronología firme. Vilaseca atribuye la capa inferior al Auriñaciense medio, que nosotros convertiríamos en el Auriñaciense superior, ya que, como indica Vilaseca, todo el conjunto industrial de esta cueva se caracteriza en general por sus reducidas dimensiones. Puede discutirse la opinión de Vilaseca de que la cueva haya estado habitada casi sin interrupción (falta el Solutrense), por lo cual la industria pasa de los tipos auriñacienses a los microlíticos, o, como él mismo dice, que «el Tardenoisiense ha llegado a San Gregorio en un momento tardío del desarrollo evolutivo de la industria auriñaciense, aunque parece más seguro que se haya desarrollado por evolución de la industria local». Con esta idea hace la placa de pizarra sincrónica con el Magdaleniense inicial.

La estación levantina que Vilaseca encuentra más parecida a la de San Gregorio es la de *Zájara II*, excavada por L. Siret, también con tipos musterienses que señalan al parecer que el Auriñaciense ha penetrado en el Sudeste en una fase avanzada.

El que el Auriñaciense en el Bajo Priorato pudo permanecer libre de influencias solutrenses y magdalenienses no tendría nada extraño; pero también cabe el que la cueva estuviera deshabitada hasta la llegada del Tardenoisiense, ya que la

estratigrafía no es lo suficientemente clara para establecer con absoluta seguridad separaciones de niveles.

Los hallazgos superficiales hablan claramente de que la región fué ocupada por diversas culturas, tal vez la del vaso campaniforme, y con toda seguridad la almeriense.—*J. P. de B.*

José Pérez de Barradas.—*Los dólmenes españoles.* Publicaciones del Patronato Nacional de Turismo, núm. 2. Madrid.

Muy buena determinación tuvo el Patronato Nacional de Turismo al editar una pequeña monografía sobre los dólmenes españoles, encargando su redacción al ilustre prehistoriador madrileño D. José Pérez de Barradas. Procura vulgarizar de este modo la España antigua, que no encierra menos bellezas, aun desde el mismo punto de vista turístico, que la España moderna.

Se creyó durante mucho tiempo que los monumentos megalíticos procedían del Oriente. Pero, después de observaciones repetidas y de estudios concretos, se llegó a la conclusión de que tal origen era falso, ya que en Oriente tan sólo aparecen las formas evolucionadas, faltando los primeros tipos. Las únicas naciones en donde se encuentran *todas* las fases de la evolución dolménica son Suecia y Portugal. De este último país se extendió tal cultura por el Occidente europeo. Aparecen primero las sepulturas formadas por grandes círculos de piedras. Empiezan después, ya en el Neolítico final, los dólmenes con corredor, y en su interior aparece la cerámica con adornos incisos. Más tarde se levantaron los dólmenes con corredor y galería cubierta, y finalmente, en la Edad del Cobre, alcanzan el último grado de su evolución con varias cámaras accesorias y falsas cúpulas. En estos últimos se encontró el vaso campaniforme, las cuentas de ámbar y calais, puñales y flechas de cobre, etc.

Después de este pequeño prólogo nos describe el autor sucintamente el dolmen de la capilla de Santa Cruz, en Cangas de Onís (Asturias), ejemplar curiosísimo, no solamente por las pinturas que contiene una de sus piedras, sino también por el hecho interesante de haber sido levantada más tarde sobre él una capilla cristiana que aun hoy existe; los dólmenes de Antequera (entre los cuales se encuentra la célebre cueva de Menga), en la provincia de Málaga; el de Matarrubilla (Sevilla), estudiado por el profesor Obermaier, y que tiene la particularidad de contener en el centro de la cámara circular una especie de altar o pila de mármol de forma rectangular; la llamada cueva de la Pastora, entre Castilleja de Guzmán y Castilleja de la Cuesta, y finalmente el dolmen de Soto (Huelva), con sus petroglifos tan interesantes, entre los cuales hay uno representando el ídolo femenino y otro la madre con su hijo. Debajo de estos últimos yacían dos esqueletos, uno de persona adulta y otro de niño de cinco o seis años, lo que lleva a creer que los signos de las losas fueron grabados con fines religiosos en relación con la vida futura.

Esta selección de monumentos megalíticos no es sino una parte mínima de la riqueza dolménica de España.—*Eugenio Jalhay.*

Julio Martínez Santa-Olalla.—*Neue bronzezeitliche Felsbider in Galizien (Spanien).* «Ipek», 1929.

En la primavera de 1928 el actual profesor de la Universidad Central D. Julio Martínez Santa-Olalla, y a la fecha profesor en la Universidad de Bonn (Alemania),

se propuso realizar en compañía del que suscribe una excursión por los alrededores de La Guardia y Oya (provincia de Pontevedra), con el fin principal de ver y estudiar los grabados rupestres que pocos años antes se habían descubierto allí. Más tarde, habiendo regresado a Alemania, quiso tener la amabilidad de dar noticia en la importante revista «Ipek» de los modestos trabajos que sobre ellos publiqué en el «Boletín de la Comisión de Monumentos de Orense». Escogió entre los peñascos grabados el que representa un desfile de cuadrúpedos esquematizados (¿caballos?, ¿jumentos?), y otro con figuras humanas, también esquematizadas. Al describir el primero, en que vemos como figura principal un carro tirado por dos animales, recuerda el autor el conocido trabajo de Breuil sobre las representaciones del carro en el arte rupestre neolítico y del Bronce de la Extremadura española *(Le char et le traineau dans l'art rupestre d'Estrémadure)* y ciertas figuras africanas recogidas por Leo Frobenius y Hugo Obermaier en su obra magistral *Hadschra Máktuba*. En el segundo peñasco nos llama la atención para la serie de estilizaciones humanas en que la determinación del sexo aparece claramente.

Ambos grupos de petroglifos pertenecen al período más antiguo de la clasificación del profesor Obermaier.

La noticia viene acompañada de una bella reproducción de los dos peñascos y de la figura principal del primero, o sea del carro tirado por animales.—*Eugenio Jalhay.*

A. A. Mendes Corrêa.—*L'art rupestre préhistorique dans le Nord-Ouest de la Péninsule ibérique.* Compte-rendu XVe Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie préhistorique. IVe Session de l'Institut International d'Anthropologie. Portugal, 21-30 septiembre 1930. Paris, 1931.

El profesor Mendes Correa da cuenta en esta nota de los hallazgos de arte rupestre llevados a cabo por el personal del Instituto de Antropología de la Universidad de Oporto entre 1927 y 1930. Tales son: nuevos grabados en el *oppidum* de Salvoso, cúpulas de un dolmen de Carracedo de Alvão, cruciformes y cúpulas en el valle de l'Avellames, grabados abundantes en Onteiro Machado, pinturas en dos dólmenes de Carraceda de Ausiães, grabados serpentiformes en el castro de Baldoeiro y signos en el castro de Agadonha. De interés es la noticia del redescubrimiento de las pinturas rupestres de Cachão da Rapa, que se ignoraba la situación y que incluso se creían destruídas.—*J. P. de B.*

Margaret A. Murray, con la colaboración de Edith M. Guest, C. Ainsworth Mitchell y T. J. Ward.—*Cambridge excavations in Minorca. Trapucó.* Parte primera, 50 páginas, seis figuras y 52 láminas. B. Quaritch. London, 1932.

La Prehistoria de las Baleares cuenta en su literatura con numerosas contribuciones, debidas a la pluma de arqueólogos, historiadores, viajeros y curiosos extranjeros. Tales trabajos, de valor muy diferente, negativo con harta frecuencia, se han visto aumentados recientemente con un nombre inglés, el de miss Margaret A. Murray, autora del precioso volumen de que vamos a dar cuenta en esta recensión. El volumen que ahora aparece es el primero de la serie que su autora va a dedicar

a las excavaciones que ha practicado (o practica aún) en la estación prehistórica de Trapucó, en las inmediaciones de Mahón, una de las más importantes de Menorca y que es monumento histórico-artístico, según se desprende del catálogo de *Monumentos españoles*. (Madrid, 1932, vol. I, pág. 70.)

Miss M. A. Murray es conocida ya por sus tres volúmenes *Excavations in Malta* (London, 1923-25-29), de los que nos ocupamos ya en *Archivo español de Arte y Arqueología* (25, 1933, pág. 74), formando materialmente unidad absoluta la publicación maltesa con la menorquina.

Las excavaciones en el predio mahonés de Trapucó fueron financiadas por el Cambridge Museum of Ethnology y dirigidas por miss Murray con varios colaboradores, entre los que se echa pronto de ver la falta de un arqueólogo español que oficialmente colaborase y tuviera el control de los trabajos, cosa que va siendo más que hora de que se exija en toda concesión a extranjeros. Los objetos procedentes de las excavaciones los suponemos convenientemente depositados y expuestos en algún museo baleárico, cumpliendo con ello el precepto legal tan exigente cuando se trata sobre todo de monumentos nacionales e histórico-artísticos.

Materialmente considerado, el libro de miss Murray es impecable. Encuadernación sobria, clara y bella impresión, dibujos y fotografías excelentes en láminas magníficas. La parte gráfica de *Cambridge excavations in Minorca* es acreedora a todos los elogios por su riqueza y abundancia, ya que se representan hasta objetos de poco o ningún interés; los perfiles de vasos y fragmentos especialmente son valiosísimos para todos los que nos ocupamos de las Baleares y del Mediterráneo occidental. Los varios análisis químicos y microfotografías son de alto interés también, principalmente por ser los primeros que se hacen.

Al contenido del libro, muy útil por todo lo que tiene exclusivamente de descriptivo, no podemos menos de hacerle algunos serios reparos, a lo que estamos plenamente obligados.

Se dedican varias páginas a discutir el significado y destino que tuvieron talayotes y taulas.

No es preciso ya afortunadamente perderse en discusiones sobre qué pudo ser un talayot, que no fué otra cosa que una vivienda fortificada en su parte superior y sepulcro en la inferior. Las excavaciones y el estudio de los monumentos baleáricos directamente y de una manera comparativa eso demuestran. Poco feliz me parece, aun en el caso de que efectivamente no supiésemos lo que es un talayot, el suponer que las cámaras que de algunos conocemos fueran probablemente usadas *for storage and stabling*, cosa físicamente imposible en casi todos los casos.

En 1892 lanzó E. Cartailhac (*Les monuments primitifs des îles Baléares*. Toulouse, 1892) la descabellada hipótesis de que la taula era el pilar central de un gran edificio. En 1908 (no quiero rebuscar más en pos de fechas más antiguas) A. Vives (*El arte egeo en España*. Cultura Española, Madrid), que si no fué un gran arqueólogo en el sentido estricto de la palabra, tenía gran sentido común y espíritu observador, afirmó de manera rotunda lo insostenible de tal juicio. Desde entonces al menos nadie de los que nos hemos ocupado seriamente de prehistoria balear nos molestamos en recoger siquiera la opinión de Cartailhac por absurda y contraria a la realidad, habiendo todos convenido en que su significado es religioso, aunque no estemos desgraciadamente en condiciones de llevar a este respecto mucho más allá nuestras afirmaciones. Sólo por lo dicho se ve claro que está totalmente fuera de lugar el que miss Murray diga ahora *The theory which at present holds the field was first promulgated by Cartailhac, more than thirty years ago*... Afortunada-

mente superamos los arqueólogos españoles el siglo XIX, y la época de Cartailhac pertenece ya a la historia de la Prehistoria.

Es de lamentar que la autora pierda unas páginas esforzándose en querernos convencer de lo que sabemos y estamos convencidos hace muchos años: del significado religioso de la taula.

Inaceptable es la afirmación de que *the temenos-walls are not contemporary with the taula*. Tal afirmación no está autorizada tan rotundamente por la documentación de que disponemos actualmente. Es cierto que algunas partes de los monumentos que cierran las taulas en la actualidad no son contemporáneas de aquéllas, mas eso es todo.

Muy interesante es que miss Murray, conocedora y excavadora de algunos monumentos prehistóricos de Malta, llame la atención sobre *The method of lining the enclosure-walls with slabs placed alternately edgeways and breadthways resembles the Neolithic buildings of Malta...*, lo que coincide y confirma lo que ya dije en 1929 (J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA: *La Prehistoria de las Baleares y el estado actual de su conocimiento*. «Investigación y Progreso», III, págs. 109 y siguientes), y que en 1932 concretaba refiriéndome especialmente a las taulas menorquinas (véase el ANUARIO DE PREHISTORIA MADRILEÑA, II-III, pág. 220, y *Archivo Español de Arte y Arqueología*, págs. 74-75).

Hay tres afirmaciones escuetas que queremos copiar literalmente: *If the temples of Malta belong, as is generally supposed, to the Neolithic period, the enclosure walls of the taulas must date to the Bronze-age. The enclosure walls of Trapucó belong to the first half of the Bronze-age. The taula of Trapucó belong to the Neolithic period.*

Inexplicables son para un prehistoriador que conozca las Baleares y sus problemas las tres afirmaciones que transcribo en el párrafo anterior; mas ello se ve aclarado por la siguiente nota: *Except for Cartailhac classi work monuments primitifs des îles Baléares, the only published information on the archaeology of Minorca is contained in articles in the Spanish and Catalonian archaeological journals*, y alemanes, franceses, italianos, ingleses, etc. (añadimos por nuestra cuenta), más algunos libros y monografías en varios idiomas.

Si la autora se hubiese tomado la molestia de leer una pequeña parte de *the only published information*, no habría dado la sensación, muy frecuente en autores extranjeros, de haber descubierto la prehistoria baleárica; mas con ello hubiese evitado errores tan grandes como hablar de taulas neolíticas —ya el Neolítico maltés es problemático; véase J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA: *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 1933, págs. 74-75) y recintos en torno a ellas de la primera Edad del Bronce. Yo querría citar un sucinto texto a este respecto, publicado en una revista ni española ni catalana, que dice textualmente: *The earliest traces of man on the Balearic Islands belong to the third period of the Bronze-age. The first appearance of a population may be refered to c. 1200 B. C. This population introduced the talayots and navetas*. (English summary of J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA: *El origen de la columna de tipo mediterráneo*. «Ipek». Leipzig, 1929, pág. 44.)

En el transcurso del libro que analizamos hay algunas inexactitudes de cierto bulto. Así, por ejemplo, la muralla construída por el duque de Crillon en torno al gran talayote no es *of eight points*, sino de cinco. En Trapucó no existen *least twelve* talayotes; yo, que conocí y estudié detenidamente y durante varios años aquellos terrenos, puedo asegurar que son menos, o lo eran entonces en que no se habían llevado a cabo grandes destrucciones; lo que ocurre es que el no especia-

lista (un «Herr Fenn» en este caso) confunde fácilmente un talayote derruído con otra construcción.

Especial interés tienen las observaciones que miss Murray hace respecto a técnica constructiva y pequeños problemas de detalle. Con lo que debemos manifestar nuestra disconformidad es con afirmar que las losas de la taula se labraron con instrumentos de piedra, cuando es evidente que faltan éstos, y la huella apreciable en todos los monumentos de Menorca es de utensilio metálico.

En el capítulo sobre la cerámica es de gran interés que la autora llame nuevamente la atención sobre semejanzas con Malta.

Acerca del capítulo de cerámica debemos también hacer importantes rectificaciones. A la cerámica hecha a mano propone que se la llame «nuri»; no vemos la necesidad de darla nombre alguno. En esa cerámica se incluyen vasos de todas las épocas, tomándose por de la Edad del Bronce. Los vasos y fragmentos de las láminas XVII, 6; XX, 9; XXII, 1 a 5, etc., no son de la Edad del Bronce, ya que son la forma y decoración típica de los vasos de fondo alto, que comienzan hacia el 300 antes de J. C. (J. Martínez Santa-Olalla: *Las islas Baleares y su cultura prerromana*. «Memoria LXXVI de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria», pág. 77, figs. 13-16. Madrid, 1930) y abundan en la época romana. Hay algunos otros vasos —por ejemplo, el 3 de la lámina XXI— que no son prehistóricos, sino típicos de los conjuntos con vasos de fondo alto.

Entre la cerámica a torno hay un vaso que se da como coetáneo de Benacci I y se coloca entre los siglos XI o X antes de J. C., y que no es otra cosa que un vaso romano bastante frecuente en la isla.

Al hablar de la cerámica pintada encontramos cosas que requieren una rectificación también. *Iberian pottery has hitherto been found so rarely and in such small fragments in Minorca that the island is ignored in all discussions on the subject.* En 1921 encontré yo mismo en Trapucó cerámica ibérica, y sobre la de la isla y los problemas que plantea hay desde 1924 una publicación (J. Martínez Santa-Olalla: *La cerámica pintada ibérica en Menorca*. Mahón). Cuando se hace referencia a alguna pieza ya publicada es costumbre internacional citar la bibliografía con todo escrúpulo, y no decir vagamente *figured by Bosch-Gimpera and by Obermaier*.

Es sensible que por no haberse utilizado en lo más mínimo la bibliografía adecuada, que abundantísima existe sobre las Baleares, se haya visto mermado el interés de una obra como la de miss M. A. Murray, ya que, aparte de los defectos que hemos señalado, tiene el peligro de que personas no iniciadas en la Prehistoria balear y mediterránea puedan aceptar como buenas ciertas clasificaciones que no lo son.

Con impaciencia aguardamos la continuación de la obra, que indudablemente traerá las rectificaciones oportunas para hacerla plenamente aceptable.—*J. Martínez Santa-Olalla.*

E. Seeger.—*Vorgeschichtliche Steinbauten der Balearen.* 124 páginas y 23 láminas. Koehler u. Amelang. Leipzig, 1932.

Poquísimo favorece al librito de E. Seeger el que en la cubierta del tomo aparezca un juicio del profesor Hermann Wirth, sobre quien el mundo científico sabe hoy día a qué atenerse. El tomito sobre los monumentos prehistóricos de las Baleares, encantador de presentación, no es, ni mucho menos, una obra científica; es tan

sólo una obra dedicada especialmente a Menorca, escrita con cariño y que merece *todas nuestras simpatías, ya que indudablemente ha de surtir efectos beneficiosos* entre el público turístico.

Considerada la obra *Vorgeschichtliche Steinbauten der Balearen* como una publicación no científica, no sabríamos apenas objetar ligereza e inexactitud en la información, ya que desgraciadamente en tal género de libros lo más que se puede pedir es buena voluntad. Mas ocurre que el libro de E. Seeger ha sido lanzado a los cuatro vientos sin que el «juicio» de H. Wirth haya bastado a poner en guardia a *los lectores, dándose el caso lamentable de que O. Vohnicky publique en una revista* de la solvencia de *Wiener Prähistorische Zeitschrift* (vol. XX, págs. 57 y 58) una recensión, que me hace ver la necesidad de llamar nuevamente la atención del mundo científico sobre tal publicación.

Para el público alemán ya tuve ocasión en *Klio: Beiträge zur alten Geschichte* (vol. XXVI, págs. 373 y 374) de decir lo que venía al caso, y ahora debo repetirlo ante la nueva recensión que O. Quelle, con perfecto desconocimiento de la materia, publica en el *Boletín Bibliográfico del Centro de Intercambio Intelectual Germano-español* (Madrid, 1932, pág. 34).

Tres son los puntos principales y de diversa índole que quiero resaltar de la obra de E. Seeger.

En la hoja del título se dice textualmente: «Toda reproducción de las figuras contenidas en esta obra queda prohibida sin autorización de los editores.» La primera condición que han de llenar las ilustraciones para prohibir su reproducción es *que sean originales y constituya, por lo tanto, propiedad intelectual.* Varias de las figuras que se reproducen por E. Seeger son conocidas ya desde hace años y, lo que es más de extrañar, han sido publicadas algunas, las de «Torre d'En Gaumés», tres años antes por mí en Alemania mismo *(El origen de la columna de tipo mediterráneo)* en el conocidísimo anuario «Ipek» (Leipzig, 1929) en magníficas fototipias.

En punto a información científica copiaremos textualmente un pasaje de la página 13: «Als Ureinwohner der Insel sind Kelten und Iberer angenommen worden. *Wie weit ihnen die Erhauung der Monumente*», *los ciclópeos o una parte de* los mismos, «zugeschrieben werden kann, ist nicht entschieden. Wie gesagt, scheint sich die Errichtung derselben im Dunkel des Anfanges der Bronzezeit zu verlieren. Im Laufe der Zeit ist Mallorca durch viele Hände gegangen. Ungefähr 1500 v. Chr. haben die Phönizier seine Küsten betreten. Man schreibt ihnen die Gründung dreier Plätze zu, nämlich die von «Maghen» (Mahón), «Jamona» (Ciudadela) und «Sanicéra» (wahrscheinlich das heutige Sa Nitja). Auch die Griechen haben Menorca aufgesucht *wofür grieghische Fundtücke zeugen, die auf die Zeit 400 v. Chr. hinweisen*», etc...

Ni celtas ni iberos han sido los primeros habitantes de las Baleares, como en los siglos XVIII y XIX creyeron muchos, y hoy nadie, al menos en España, creería en la inexactitud «histórica», ya que sabemos perfectamente para el caso qué son celtas y qué son iberos. El porcentaje insignificante de hallazgos arqueológicos de carácter ibérico en las Baleares no es una novedad ni una incógnita en el mundo de la Arqueología (véase J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA: *La cerámica pintada ibérica en Menorca. Mahón, 1924*). *Un poco fuerte es, no tan sólo para un prehistoriador* español, sino también para un prehistoriador europeo, hablar de iberos y celtas en los principios de la Edad del Bronce (!).

Exageradísimo es, no ya para nuestros tiempos, sino para tiempos ya añejos, el hablar de fenicios, y en las Baleares, encima, hacia el año 1500. Yo remitiría al lector alemán simplemente al volumen de *Klio*, en que se publicó el trabajo de

P. Bosch Gimpera: *Phönisische Besiedlung in Spanien* (Leipzig, 1927), con objeto de evitar nuevas caídas a este respecto.

Los hallazgos griegos de Menorca, los más antiguos, no son precisamente del 400, ya que se trata de objetos arcaicos, y todo el mundo sabe la fecha del arcaísmo griego. Por no citar fuentes españolas de difícil interpretación tal vez, queremos recordar aquí el excelente librito de R. Carpenter: *Greeks in Spain* (Bryn Mawr, 1925), más que suficiente para evitar la inexactitud dicha.

Finalmente, es lamentable leer ahora que la construcción de los monumentos ciclópeos «se pierde en la oscuridad del comienzo de la Edad del Bronce». Digo es lamentable, porque una frase tan manida y arcaica es grata de leer con presunto carácter de actualidad, por lo que nos rejuvenece; mas no es posible, y ahí está también lo lamentable, ya que los monumentos son precisamente del momento final del Bronce. Para nadie es un secreto, y ello se ha dicho en todos los idiomas europeos, razón por la que ningún prehistoriador lo ignora, que los monumentos de las Baleares se han edificado hacia el 1200 antes de J. C.

El tercer punto al que hay que hacer reparos es al de erratas deslizadas. En la página 13 se escribe Mallorca en vez de Menorca, con lo que se atribuyen a dicha isla tres ciudades menorquinas. Ni las ilustraciones mismas se salvan, ya que en una fotografía del pueblo menorquín de San Cristóbal, con monte Toro, aparece «Alayor, con Monte Toro», y que, aparte de la diversa topografía, se distingue por bastantes centenares de casas de diferencia.

Es lástima que al esfuerzo material por parte de los editores y a la buena voluntad del autor no haya correspondido mejor éxito. El librito de E. Seeger lo agradecemos como españoles por el tono simpático en que está escrito y lo reprobamos plenamente como prehistoriadores, ya que no son obras de este género las que deseamos de nuestros colegas extranjeros.—*J. Martínez Santa-Olalla.*

R. de Serpa Pinto.—*Activité minière et métallurgique pendant l'âge du bronce en Portugal.* «Anais da Facultade de Ciencias do Pôrto». Tomo XVIII. Pôrto, 1933.

Idem.—*Explotaciones mineras de la Edad del Bronce en Portugal.* «Investigación y Progreso». Año VII, págs. 177-181. Madrid, 1933.

El malogrado autor de estos trabajos, por su doble carácter de ingeniero y arqueólogo, consiguió reunir un material magnífico de datos sobre la actividad minera y metalúrgica de la Edad del Bronce en Portugal. Es de esperar la aparición de los inventarios completos de yacimientos metalíferos y de hallazgos arqueológicos que han servido de base a las conclusiones de estos trabajos.

La riqueza metalífera de la Península ibérica es celebrada por todas las fuentes clásicas, especialmente en lo que se refiere al cobre y al estaño. Aquél se encuentra especialmente en estado nativo o en forma de piritas de cobre en el Sur de Portugal y en el SW. de España, mientras que el estaño aparece en el Norte de Portugal y Galicia en filones y, sobre todo, en aluviones. Como en aluviones de muchos ríos de esta misma región se encuentra oro nativo, Serpa Pinto emite la hipótesis de que el descubrimiento del estaño sea debido al lavado de las arenas auríferas, que contienen con frecuencia casiterita.

Las explotaciones mineras de Aramo y Milagro en Asturias debieron, según Serpa Pinto, proporcionar el cobre a Portugal, mientras que por el Sur lo hicieron las minas de Ruy Gómez, Monte Judén, Herdade de Bugalho y Alentejo, donde

se han encontrado martillos mineros, que con justo acierto considera Serpa Pinto como trituradores del mineral.

Con las minas de cobre del Sur de Portugal relaciona Serpa Pinto las cuentas de collar y otros objetos menudos de *callais*, que llegan hasta Saviñao (Lugo), Salamanca y Ciudad Rodrigo. De igual manera Portugal posee yacimientos de azabache, por lo cual no hay necesidad de atribuir a las cuentas de collar peninsulares un origen británico.

Con el área de repartición de los yacimientos de cobre y de estaño coincide el de las hachas planas y el de hachas de talón con dos asas, tipo característico del NW. de la Península ibérica, pues cuando aparece fuera (Inglaterra, Noruega, Cerdeña) se debe a relaciones comerciales.

Que éstas se hicieron a base de estaño se explica también, porque en la región estannífera es donde se dan con mayor abundancia las hachas de bronce de cubo, con una o dos asas, del Bronce IV, diversos tipos de grabados rupestres, cerámica y objetos de oro (lúnulas, diademas, collares, etc.).

El interés del tema es extraordinario, y es lástima que la muerte haya venido a cortar inexorablemente el desarrollo que su joven autor pensaba darle con toda clase de elementos de juicio y de detalles.—*J. P. de B.*

A. A. Mendes Corrêa.—*Les inscriptions de Parada, Alvão et Lerilla*. XVe Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie préhistorique (suite). Ve Session de l'Institut International d'Anthropologie. París, 20-27 septiembre 1931. París, 1933.

El profesor Mendes Correa ha sido desde hace algún tiempo el adalid de la autenticidad de las inscripciones de Alvão, y en esta ocasión insiste sobre esta cuestión al mismo tiempo que presenta obras de Parada (Pontevedra), a las que atribuye como posible fecha la Edad del Hierro.

Las inscripciones de Alvão fueron encontradas en un dolmen hace muchos años y olvidadas, pues sobre ellas pesaba la duda de que fueran auténticas. Exhumadas con motivo de Glozel, han vuelto a ser consideradas como falsas, como contemporáneas del dolmen (Neolítico, Neo-Eneolítico, Edad del Bronce), como posteriores al dolmen (Edad del Hierro) y como de la época romana. El autor se inclina, por una serie de razones que expone, a la segunda hipótesis, es decir, a considerarlas como anteriores a la segunda Edad del Hierro, o todo lo más al principio de este período.

También se ocupa de los signos sobre pizarra del castro de Lerilla (Ciudad Rodrigo), que probablemente son de época moderna, así como los grabados presentados por Cabré, sobre los cuales no pensamos ocuparnos.—*J. P. de B.*

Adolf Schulten.—*Der Name Spanien*. «Forschungen und Fortschritte». Jahrg. X, pág. 57. Berlín, 1934.

Idem.—*El nombre «España»*. «Investigación y Progreso». Año VIII, págs. 161-163. Madrid, 1934.

El profesor Adolf Schulten, infatigable investigador de nuestra arqueología e historia antiguas, trata en esta nota del nombre de Hispania, que aparece por primera vez en las fuentes romanas referentes a la segunda guerra púnica. (Anteriores son los nombres de Iberia, Ophiussa y Oistrymnis.) No obstante A. Schulten

cree que el nombre de Hispania significa «isla de los conejos», y fué aplicado por los fenicios hacia el 1100 antes de J. C., que es la fecha tradición asignada a su colonización. Sólo hemos de consignar que, según los argumentos aducidos por el profesor Bosch Gimpera, ésta no comenzó hasta el siglo VIII, ya que las fuentes se refieren a una Tartessos, que quizá pueda localizarse en las Syrtes tunecinas. (Véase P. BOSCH GIMPERA: *Problemas de la colonizacion fenicia de España y del Mediterráneo oriental.* «Revista de Occidente». Año VI, núm. LX, págs. 314-348. Madrid, 1928. IDEM: *Etnología de la Península ibérica,* cap. XI, págs. 258-287. Barcelona, 1932.)—*J. P. de B.*

PEDRO BOSCH GIMPERA.—*Una primera invasión céltica hacia 900 antes de J. C., comprobada por la Arqueología.* «Investigación y Progreso». Año VII, páginas 345-350. Madrid, 1933.

El profesor Bosch Gimpera resume en esta nota el estado actual de nuestros conocimientos sobre la primera invasión celta, a la cual se concede cada vez más importancia.

Que a los celtas deben atribuirse los campos de urnas del Sur de Alemania y del Rhin es cosa que no cabe duda, así como que los restos de la *Hügelgräberkultur,* con su típica cerámica excisa *(Kerbschnitt),* fueron celtizados y obedecieron a sus movimientos. Presiones de pueblos hicieron que la cultura de los campos de urnas se propagara por Francia; un grupo se dirigió al NE. y otro, desde Lyon, penetró entre las Cevenas y el macizo central y ocupó las llanuras del Languedoc y del valle del Ródano, donde arraigó extraordinariamente para perdurar hasta fines del siglo IV con la invasión de los volcos tectosages.

En España arrollan a la cultura indígena de Marlés los celtas en Cataluña, extendiéndose por la costa. En las necrópolis catalanas Bosch distingue dos períodos, que comprenden las siguientes estaciones:

Primer período (alrededor del 800 antes de J. C.).—*a)* Fase antigua: Sepulcros más antiguos de Tarrasa, necrópolis de Vilars y vasos de Argentona.

b) Fase reciente (siglos VIII-VII): Necrópolis de Agullana, de la Punta del Pi, cuevas del Mont Bufadors, cueva de Lloras y dels Encantats, sepulcros recientes de Tarrasa y necrópolis de Can Roqueta.

Segundo período (siglo VI): Necrópolis de Anglés y Gibrella.

En Aragón, y en la cuenca del Ebro, las estaciones celtas las distribuye Bosch de la siguiente forma:

Primer período (800-600): Sena, Llardecans, sepulcros más antiguos de El Molar, cueva del Janet (perteneciente a un momento muy antiguo, equivalente al primer subperíodo de Tarrasa), Roquizal del Rullo, Cabezo Torrente y Escodinas Bajas.

Segundo período (siglo VI): Sepulcros más recientes de El Molar, las Escodinas Altas y San Cristóbal.

Las infiltraciones de esta cultura, según Bosch Gimpera, llegan a Castellón (sepulcro de Salzadella y otros de Villarreal), e incluso hasta a la de Almería (Almizaraque, Caldero de Mojácar, Boliche, etc.).

En Roquizal del Rullo Bosch reconoce la presencia de la decoración excisa de la *Kerbschnitt,* y con este motivo indica que «parecería que los emigrantes pertenecientes al pueblo de la cultura de las urnas hubiesen arrastrado a algunos grupos de la población de los túmulos del Alto Rhin, que decoraba con *Kerbschnitt* su cerámica».

Bosch Gimpera atestigua que las derivaciones de la cultura de los campos de urnas hay que atribuirlas a los celtas, por el hecho de que, tanto en Cataluña como en Aragón, que en épocas posteriores no fueron poblados por celtas, aparecen nombres de lugares genuinamente célticos. Es de la opinión de que los celtas de Cataluña y del Bajo Aragón fueron absorbidos por los iberos; los de las proximidades de la Rioja fueron desplazados por los pueblos de la gran invasión del siglo VI hacia las montañas sorianas (pelendones) o a la cordillera ibérica, desde donde intentaron la salida a las llanuras valencianas (beribraces).

Con entera independencia del profesor Bosch Gimpera hemos llegado nosotros a las mismas conclusiones, si bien los conjuntos cerámicos de la colección Bento nos permiten probar que grupos célticos, especialmente descendientes de la *Hügelgräberkultur* y con cerámica excisa *(Kerbschnitt)*, llegaron a la región madrileña. (Véase PÉREZ DE BARRADAS (J.): *Nuevos estudios sobre prehistoria madrileña. I. La colección Bento.* ANUARIO DE PREHISTORIA MADRILEÑA. Vol. IV, págs. 1-99. Madrid, 1933. IDEM: *Notas prehistóricas.* «Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria». Tomo XIII, págs. 223-228. Madrid, 1934.) *J. P. de B.*

A. A. MENDES CORRÊA.—*La Atlántida y los orígenes de Lisboa.* «Investigación y Progreso». Año VIII, págs. 221-225. Madrid, 1934.

Fantásticas o arbitrarias resultan aun para el más profano las etimologías propuestas para el nombre de Lisboa, puesto que derivan de personajes mitológicos griegos o del fenicio *Alisubbo,* rada agradable. El profesor de Antropología de la Universidad de Oporto propone una nueva bastante aceptable, mediante el estudio del *Critias* de Platón.

Señala una serie de coincidencias de Portugal con la Atlántida (riqueza de metales y de caballos, fenómenos sismotectónicos, etc.), pero afirma que a pesar de todo no se puede pensar en una identificación.

La Atlántida estaba bajo la égida de Poseidón, que tuvo de Clito diez hijos en partos gemelates; de la primera gestación nacieron Atlas y Gadiros, nombres toponímicos de los montes de Marruecos, y el otro, de Cádiz, bajo su nombre fenicio. Uno de los hijos es Elasippos, nombre aproximado a Olisippo, que recibió Lisboa en la antigüedad. Lisboa, que estuvo habitada desde el Paleolítico, debió tener importancia comercial en el siglo VI al V antes de J. C., pues en el periplo marsaliota utilizado por Avieno un camino unía la boca del Tajo con Tartessos y Mainake. Mendes Correa no afirma que Olisippo sea necesariamente nombre de origen griego, pues podía ser indígena y corrompido o helenizado de algún modo.

De ser cierta esta hipótesis se mencionaría a Lisboa por primera vez en las fuentes históricas en el siglo IV, y estaría representada por un dios epónimo en la historia de la Atlántida, en la cual, según se descubre cada día, a pesar de todo lo mítico e inverosímil, hay pasajes inspirados por hechos reales.—*J. P. de B.*

BLAS TARACENA AGUIRRE.—*Arquitectura hispánica rupestre.* «Investigación y Progreso». Año VIII, págs. 226-232. Madrid, 1934.

De nuestras ciudades prerromanas y romanas una de las más importantes es Termancia (Soria), que en estos tiempos excava D. Blas Taracena Aguirre, director del Museo Numantino y colaborador de este ANUARIO.

En el presente trabajo ofrece los primeros frutos de sus estudios y plantea una cuestión interesantísima para la arqueología peninsular: el de las viviendas en cuevas artificiales, para lo cual Termancia tiene el interés de darnos una cronología segura de este tipo de construcción, que, con la de adobes, es de lo más característico de nuestra arquitectura prerromana. Como tipo de esta clase de ciudades cita Taracena, además de Termancia, *Contrebia Leucade* (Logroño), Meca (Albacete) y Castro (Soria).

Cuando el hombre encontró roca blanda en la cima de los cerros que eligió como morada, excavó en ella no sólo sus casas, sino también las obras defensivas. En *Contrebia Leucade* llegó a labrar un foso, para el cual extrajo 25.000 metros cúbicos de piedra. En Termancia las puertas están labradas perforando macizos rocosos, y además hay un largo túnel que penetra en la montaña desde la llanura, y que mediante tres chimeneas, labradas también en la peña, de 1,40 metros de diámetro y 25 de alto, comunicaba con la acrópolis. En ésta se hicieron las viviendas sólo excavadas en la roca la parte inferior y de adobes o de encestado de ramas manteado de barro la superior, conservándose los hoyos de los pies derechos o de los ejes más pequeños de sostén del tejido vegetal. Llama Taracena la atención sobre la excavación prismática o acampanada que corresponde a la cueva numantina, y que hay que interpretar como silos y no como aljibes. Lo que nos parece excesivo es el aplicar este criterio a Meca, puesto que en esta ciudad, cuya entrada se hace por un largo corredor labrado en la roca, parecen ser sin duda efectivamente aljibes. Otra curiosidad prerromana de Termancia es un lugar de reuniones públicas como la cavea de un teatro. La edad de Termancia y quizá la de Castro es para Taracena del tránsito del siglo IV al III al año 97 antes de J. C., en que el procónsul Tito Didio obligó a los moradores de la primera a establecerse en el llano.

Las viviendas rupestres de la segunda Termancia tienen por lo general dos plantas, con la cueva utilizada como habitación. Una de las mejor conservadas tiene en la parte baja dos habitaciones con escalera, cuatro alacenas-hornacinas, hogar alto y un rellano para sostener la lucerna o teas.

Taracena hace alusión a que este tipo de viviendas responde más a un hecho biológico, pues perdura hoy día en Castilla (Morata de Tajuña, para citar un ejemplo madrileño) y no se debe considerar como elemento cultural.

Sobre las relaciones de estas cuevas con las de Perales de Tajuña que tratamos en otro lugar, las cuales, junto con algo de Eulaca (Avila) y las citadas, engloba Taracena en un grupo central, que separa del grupo formado por las de Meca, Fuentetojar, Almedinilla, Salobral, etc. Con el trabajo interesantísimo de Taracena queda franco el camino para estudios más detallados sobre este tema.—*J. P. de B.*

FLORENTINO LÓPEZ CUEVILLAS y XURXO LORENZO.—*Catalogo dos castros galegos. Terra de Lobeira,* núm. 154 y sigs. Folleto de 37 páginas, 32 figuras y un mapa. Santiago, 1933.

De la labor constante y eficaz de la Sección Prehistórica del Seminario de Estudios Gallegos tienen noticia los lectores de este ANUARIO, pues en distintas ocasiones, tanto en este volumen como en los anteriores, nos hemos ocupado de ella. En el volumen primero Julio Martínez Santa-Olalla señaló la labor ímproba, completa y fundamental que realiza catalogando los castros por regiones naturales. Esta labor de inventario, tan pesada como poco lucida, es sin embargo de las más

eficaces, puesto que son materiales para el edificio de la ciencia, los cuales siempre quedan, mientras las teorías sólo tienen una breve actualidad y después pasan.

En este catálogo, como en los anteriores, se estudian los castros uno por uno, señalándose en cada caso el emplazamiento, las defensas, medidas, hallazgos, así como el folklore.

Al final hacen los autores unas consideraciones arqueológicas generales sobre la región estudiada. Así indican haber una relación entre los castros y las feligresías modernas por intermedio de *villas* romanas. Los castros no fueron erigidos en las sierras y cerros importantes, sino en espolones cerca de corrientes de agua, es decir, donde se combinaban las condiciones defensivas con las razones económicas. Su forma es elíptica o circular, sin haber grandes recintos aplanados como en otros lugares de Galicia. Son de recinto único y de dimensiones normales, si bien algunos son extremadamente grandes. Corva de Santa Cristina mide 210 por 101 metros. Algunos conservan foso; terraplenes con revestimiento de piedra seca se ve sólo en Corva de San Xés. Las acrópolis de la Terra de Lobeira carecen de parapetos en parte, por ser lugares fortificados naturalmente; hecho sumamente curioso, pero que espera ser aclarado por excavaciones. Tampoco se han encontrado puertas, salvo en Corva de Santa Cristina, ni señales de abastecimiento de aguas; en la última localidad hay manantiales. Los datos de habitaciones son poco significativos.

Los objetos encontrados son trozos de cerámica del tipo de los castros, lanzas de cobre de Corva de Santa Cristina y un martillo minero de Coto da Vila. Este es el primero encontrado en Galicia, pero su pequeño tamaño (279 milímetros) indica que era un utensilio manejable y cuyo uso pudo ser otro que la labor minera; quizá se emplearía para otras operaciones metalúrgicas. Es de pensar también que sea de edad reciente (posthallstáttico).

Por último, la monografía termina con el estudio de los yacimientos arqueológicos vecinos a los castros y por unas consideraciones folklóricas, con lo que queda hecho el estudio completo de la región.—*J. P. de B.*

FLORENTINO LÓPEZ CUEVILLAS.—*Prehistoria de Mélide*. Separata de *Terra de Mélide*. Volumen de 134 páginas, nueve figuras, varias plantas y mapas y nueve láminas. Seminario de Estudos Galegos. Santiago, 1933.

Para los lectores de nuestro ANUARIO es bien conocido el nombre del director de la Sección de Prehistoria del Seminario de Estudios Gallegos, así como la minuciosidad y valor de sus trabajos.

El que nos ocupa, parte del libro *Terra de Mélide*, es, como ellos, exposición y catalogación de monumentos, labor ímproba y poco brillante en apariencia, pero de gran importancia por ser básicos para ulteriores investigaciones.

La región de Mélide es rica en mámoas y en castros. Entre unas y otros hay objetos y tesoros de la Edad del Bronce. Hay treinta y nueve castros, que son catalogados de la misma forma que en otras ocasiones.

Los castros de la tierra de Mélide están, como es norma general, en contrafuertes o espolones montañosos de pequeña altura. Su forma es circular u ovalada; pero hay otros de planta rectangular, en la que puede verse quizá campamentos romanos. El trabajo termina por el estudio de los torques, sobre los cuales el mismo autor ha publicado un trabajo de conjunto, del que hemos dado cuenta en lugar oportuno.—*J. P. de B.*

FLORENTINO LÓPEZ CUEVILLAS.—*Nota encol das lunulas atopadas na Galiza.* «Arquivos do Seminario de Estudos Galegos». IV Seicion de Prehistoria, páginas 133-138. Sant-Iago, 1932.

Las publicaciones del Seminario de Estudios Gallegos de Santiago de Compostela son siempre de interés, no sólo por lo metódicas y concienzudas, sino por tratarse de una región en que hasta hace poco tiempo se sabía muy poco positivo sobre sus numerosos yacimientos prehistóricos.

En la que nos ocupamos ahora López Cuevillas trata de dos joyas gallegas de valor, aunque por haber aparecido hace bastantes años no se conozcan con seguridad las circunstancias del hallazgo. Se trata de dos lúnulas, joyas de oro, de forma de media luna utilizadas para adorno de cuello, una procedente de Allariz (Orense) y otra de Cerdido (Coruña). De ambas se desconoce en la actualidad su paradero, siendo de temer que hayan sido fundidas.

De estas lúnulas se conocen dos piezas de plata de Chão de Lamas (Beira), otra de oro de Usén (Beira) y otra, de oro también, de Cabeceiras de Basto (Minho). Todas ellas se localizan en el extremo NW. de la Península, región que estuvo en relación en la Edad del Bronce con la patria originaria de las lúnulas, o sea Irlanda. Las piezas estudiadas ahora por Cuevillas aparecen ornadas con medias cañas y gallones marginales, como la pieza mejor decorada de Chão de Lamas, y terminan en unos adornos glandiformes, como los torques de oro de la cultura de los castros. Por estas razones Cuevillas cree que las lúnulas procedentes de Irlanda sufrieron en el NW. de la Península ibérica una interpretación provincial de tal manera que sobrevivieron a la renovación de formas que caracteriza la cultura de los castros, aunque sufrieron en su adorno las modificaciones impuestas por el nuevo estilo.—*J. P. de B.*

FLORENTINO LÓPEZ CUEVILLAS.—*Os torques do Noroeste hispánico.* «Arquivos do Seminario de Estudos Galegos». IV Seicion de Prehistoria, págs. 97-127, 12 láminas y 11 figuras. Sant-Iago, 1932.

La riqueza aurífera de los montes graníticos del NW. de la Península ibérica fué célebre en toda la antigüedad, pero ya era conocida por los hombres prehistóricos. Entre las joyas de oro anterromanas de esta región ocupan el primer lugar los torques o collares rígidos, formados por un aro abierto y cuyas extremidades van decoradas con remates discoidales, esferoidales, ovales, etc.

Cuevillas hace un concienzudo inventario de todas las piezas conocidas hasta 1931. Para cada una menciona las circunstancias del hallazgo, da una descripción e indica el peso y la colección a que pertenece. Fueran de desear inventarios detallados y escrupulosos para las piezas típicas de la arqueología prehistórica peninsular, puesto que la falta de control de las colecciones particulares trae consigo la ocultación y la pérdida de muchos objetos.

Los hallazgos se agrupan en cuatro grupos: uno, principal, que ocupa Ribadeo, Ortigueira, Viveiro, Castro de Rey y, sobre todo, Mondoñedo, y tres, secundarios, uno de Asturias, otro del Norte de la provincia de la Coruña y un tercero.

El estudio de las formas, decoración y técnica es muy interesante, tanto más cuanto que estas cuestiones suelen descuidarse, a pesar de ser fundamentales. El problema del origen de estas joyas está iniciado en el sentido de que cada una de

sus formas, la retorcida y la de perfil liso circular o romboidal, han llegado sus prototipos, con la invasión celta del siglo VI, a Galicia, donde se han desarrollado, perdurando su uso hasta la conquista romana. Forman parte integrante de la cultura de los castros, que con tanto éxito estudia el Seminario de Estudios Gallegos. *J. P. de B.*

XEXÚS CARRO y SEBASTIÁN GONZÁLEZ.—*O tesouro de Foxados.* «Arquivos do Seminario de Estudos Galegos». IV Seicion de Prehistoria. Sant-Iago, 1933.

Trátase aquí de un tesoro encontrado casualmente en un castro perteneciente a la feligresía de Santa María de Foxados, Concejo de Curtis y provincia de la Coruña.

La naturaleza de los ejemplares (35 piezas de aleación de plata y oro, dos trozos de torques distintos, dos torques en fragmentos, tres torques completos y un brazalete, también roto) habla en favor de un tesoro de un joyero ambulante, que obligado por las circunstancias lo escondió en un poblado.

Los torques son de tipo gallego, con terminaciones oliviformes; hay uno grande, de sección cuadrangular, con terminaciones doblecónicas, con arandelas. Los autores hacen un estudio comparativo muy detallado.

En conjunto pertenecen a la cultura de los castros gallegos, y por la degeneración de los tipos, pobreza del metal y falta de la filigrana calada corresponden, según Carro y González, a los primeros siglos de nuestra era, en momentos de romanización, en los cuales persistían las bellas tradiciones de las artes industriales indígenas.—*J. P. de B.*

R. DE SERPA PINTO.—*A cividade a Terroso e os castros do Norte de Portugal.* «Revista de Guimerães». Volumen XLII, fascs. 1 y 2, y 15 páginas. Famalicão, 1932.

Esta publicación fué presentada por el autor, el día 26 de septiembre de 1929, al IV Congreso Internacional de Arqueología, celebrado en Barcelona.

El autor señala que el origen de los castros, poblados por lo general fortificados y situados en la cima de los cerros, cae en el Eneolítico y en la Edad de Bronce (estaciones típicas, Penha de Guimerães y Penacova nos Arcos de Valdever), pero son característicos de la segunda Edad del Hierro. En ésta constituyen la cultura de los castros y los poblados de casas redondas dentro de una muralla, y ocupan en Portugal la zona comprendida entre el Duero y el Miño. Al Sur del primero se deja sentir la influencia ibérica en las casas de planta rectangular, cerámica pintada, etc. (Condeixa-a-Vélha, Santa Olaia, etc.)

Terroso es un castro con doble muralla, de trazado oval, con 80 casas circulares y 15 rectangulares. El aparejo es de piedra suelta, irregular o poligonal.

Los hallazgos de cerámica son de varias clases: indígena incisa y estampillada y lusorromana. La primera tiene adornos incisos en tablero de ajedrez, meandros, sinuosidades, etc., en los que Serpa Pinto ve reminiscencias de la Edad del Bronce y del vaso campaniforme. Nosotros creemos, por el contrario, que es una aportación de la primera invasión celta. La ornamentación estampillada de círculos, cuadra-

dos, eses, etc., propia de la parte Norte, de la cultura de los castros, es muy interesante, y hubiera sido conveniente que diera mayor número de figuras de ella.

Las fíbulas de tipo posthallstáttico y los alfinetes son lo más notable entre los objetos metálicos. Había vestigios de plata y oro.

Particular interés tienen tres piedras ornamentales, una con una especie de espiga, otra con una svástica de once brazos y una tercera con un triángulo, con sus bisectrices que se unen en el centro, que nos da la impresión de tratarse de la representación de la región púbica y los muslos de una mujer, símbolo, por otra parte, muy corriente en toda la Prehistoria.—*J. P. de B.*

JULIO MARTÍNEZ SANTA-OLALLA.—*Monumentos funerarios célticos. As «pedras formosas» e as estelas en forma de casa.* «Homenagen a Martins Sarmento». Págs. 226-235. Guimerães (Portugal), 1933.

Desde que se publicó la obra de LINCKENHELD, *Les stèles funeraires en forme de maison chez les mèdiomatriques et en gaule* (París, 1927), demasiado poco tenida en cuenta, han aparecido algunos materiales nuevos, y la interpretación, largo tiempo sospechada, de que estas tumbas célticas en forma de casa indican estrechas relaciones entre tumba y casa y casa y hogar se confirma cada vez más.

Así, el autor citado nos suministra una importante contribución para el conocimiento de estas tumbas en forma de casa. En la citania de Briteiros se encontró en 1930 una interesante planta de sepulcro, la cual se componía de diferentes compartimientos. La forma era un paralelógramo, consistiendo el conjunto en un vestíbulo, antesala, una galería cubierta y una cámara sepulcral en forma semicircular. En esta planta fueron halladas *in situ* dos estelas funerarias, ambas con una abertura en forma de arco que recuerda la entrada de la casa. Las dimensiones son 2-3 metros de largo, 7 de ancho y 20 centímetros de grueso. Las dos tienen indicado el tejado y ricas decoraciones; una mostraba decoraciones de volutas y ajedrezados, y la otra relieves de círculos con triángulos y arcos alrededor de la abertura. En esta decoración aparece el triángulo, sin duda céltico, y además no se podría dudar de la pertenencia de estos sepulcros a la cultura de La Tène. De la situación de ambas estelas y su correspondencia con la cámara funeraria podemos afirmar la citada suposición. Por todo lo cual es de desear que este hallazgo tan importante sea publicado en una lengua europea corriente. Nosotros felicitamos al autor por su importante publicación.—*O. Tschumi* (Berna).

GEORG EDWARD BONSOR.—*The archaeological expedition along the Guadalquivir, 1889-1901.* VIII + 86 páginas, 41 láminas y un mapa. New York, 1931.

G. Bonsor trabajó con actividad poco común, sobre todo para su época, para explorar la arqueología del valle del Guadalquivir, en el que hizo descubrimientos realmente trascendentales para la ciencia. Mas Bonsor no ha tenido toda la influencia que a su actividad corresponde, pues fué más que parco en sus publicaciones. Breve es el caudal bibliográfico producido por dicho arqueólogo, y lacónico siempre, por lo que parte de sus preciosos materiales siguen ignorados, razón por la cual el libro de que vamos a ocuparnos tiene mayor interés.

De 1889 a 1901, sugestionado por los resultados que H. Dressel había obtenido en la exploración del monte Testáceo, y cuya importancia para España había subrayado E. Hübner en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* (tomo XXXIV, pág. 465 y tomo XXXVI, pág. 402, años 1899 y 1900, respectivamente), se dedica a recorrer e investigar las riberas del Guadalquivir en busca principalmente de alfares romanos, de donde hubiesen salido parte de los tiestos del Testáceo romano. Sus reiteradas expediciones, solo o acompañado en ocasiones de otros arqueólogos, se vieron coronadas por el éxito, de tal modo que en 1892 presentó al premio Martorell, de Barcelona, un trabajo titulado *Exploration archéologique du Guadalquivir, entre Cordoue et Seville,* por lo que al obtener un accésit fué archivado por el Ayuntamiento barcelonés.

Sobre los resultados de tales exploraciones hay dos trabajos principales: uno de W. G. Clark-Maxwell, *The roman towns in the valley Baetis between Cordova and Seville* («The Archaeological Journal»), 1899, y otro de G. Bonsor, *Los pueblos antiguos del Guadalquivir y las alfarerías romanas* («Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», 1901), que es en realidad un resumen del trabajo presentado al premio Martorell.

Afortunadamente ahora la Hispanic Society of America, después de un sueño de treinta años del manuscrito de Bonsor en el archivo del Ayuntamiento de Barcelona, da a la estampa, en la serie de sus publicaciones, el ya viejo trabajo sobre los notables descubrimientos, que, cosa curiosa, han sido declarados monumentos histórico-artísticos en la avalancha del decreto de 3 de junio de 1931, sin que de ellos quede el menor vestigio, aunque sí la documentación que representa el libro de que nos ocupamos.

Poco nuevo encontramos en *The archaeological expedition along the Guadalquivir,* que en realidad conocemos ya por el estudio del mismo Bonsor, ya citado, y que publicó en 1901, aparte de otras referencias y trabajos fragmentarios. En la vieja obra ahora publicada tenemos lujosamente publicados todos los materiales recogidos entre 1889 y 1901, razón por la que es una obra indispensable para todo arqueólogo.

Es lástima que en un libro lujosísimo como es éste no se haya enriquecido más la ilustración, y haber dado, por ejemplo, en vez del dibujo no muy exacto de la lámina II, una buena fotografía del mismo. Echamos de menos también reproducciones, siquiera hubiesen sido en dibujos esquemáticos, de la pintura de Peña de la Sal, representando un Sileno y una bacante delante de una gruta. También hubiera sido de desear una descripción más circunstanciada y con fotografías del dique ciclópeo del Higuerón, en Peñaflor, prerromano muy interesante y de gran parecido con las murallas de Tarragona, aparte de su aparejo, por la especie de torreón rectangular que avanzaba en el río.

Sería injusto si ahora, después de más de treinta años en que se escribió el trabajo, aun a pesar de que Bonsor declara lo amplió y reformó para su publicación en Norteamérica, pretendiésemos hacer su crítica cual si de una obra moderna se tratara, ya que, por ejemplo, donde faltan los gráficos, casi siempre excelentes, resultan poco detalladas las descripciones.

En una edición magnífica como es esta de la Hispanic Society of America se deberían haber evitado ciertos detalles, pequeños y sin importancia, pero que la alta calidad material de la obra hace destacar más, pues reiteradamente, por citar alguno, se ven en la bibliografía de obras alemanas graves incorrecciones ortográficas.—*J. Martínez Santa-Olalla.*

GEORG EDWARD BONSOR.—*An archaeological sketch-book of the roman necropolis at Carmona*. 159 páginas, 88 láminas, un croquis en colores y varias láminas sin numeración. New York, 1931.

Al truncar la muerte la vida de ese arqueólogo benemérito que fué G. Bonsor quedó truncada también su gran monografía sobre la necrópolis romana de Carmona, que con un lujo sencillo y magnífico publica en su serie de Hispanic Notes & Monographs la Hispanic Society of America. El hermoso volumen de que nos vamos a ocupar, tirado en gran formato, va ilustrado con láminas impecables, con frecuencia a varios colores, reproduciendo planos, alzados, cortes y reconstrucciones de los monumentos funerarios de la vieja Carmona o las pinturas al fresco que los decoran, así como dibujos y acuarelas de vidrios, cerámicas, bronces y toda suerte de objetos.

El plan de la monografía de Bonsor es el siguiente: Introducción. I, Planos de las tumbas. II, Disposición del ajuar funerario. III, Tumbas monumentales. IV, Pinturas murales. V, Objetos diversos en el museo de la necrópolis de Carmona. VI, Fondos del museo, estatuas y principales tumbas. Notas. Bibliografía. Indices.

Casi medio siglo ha pasado desde que Juan de Dios de la Rada y Delgado publicase su *Necrópolis de Carmona* (Madrid, 1885) sin que en tan largo lapso de tiempo haya aparecido ningún trabajo nuevo sobre uno de los conjuntos arqueológicos más extraordinarios de nuestra patria, pues las referencias de P. París en sus *Promenades archéologiques en Espagne* (París, 1910, pág. 107 y sigs.) no tienen especial interés en lo que a la necrópolis carmonense se refiere.

No medio siglo, bastante menos hubiese sido suficiente para envejecer el libro de Rada y Delgado, pues la materialidad de sus reproducciones deja mucho en la actualidad que desear—no hablemos del texto—, y los descubrimientos en Carmona continuaron y fueron varias e importantes las cámaras funerarias después excavadas.

De los monumentos funerarios de Carmona da Bonsor en su libro póstumo una descripción breve, de concisión hasta exagerada, que sirve para ilustrar el magnífico plano, que muchas veces se reproduce en varias tintas y que en bastantes casos tiene cortes y alzados. El número de monumentos descritos en la primera parte es de diez y nueve. En la segunda parte se trata de ocho hipogeos. La tercera parte, dedicada a las tumbas monumentales, ha quedado desgraciadamente incompleta, y no comprende más que un solo monumento. En el capítulo de los hipogeos con pinturas se describen diez de éstos.

Es de lamentar que uno de los capítulos descriptivos de los monumentos funerarios carmonenses haya quedado sin terminar, ya que ello nos priva de tener definitivamente y de manera ideal reproducidos los hipogeos y tumbas que revisten principal interés.

Gracias al libro póstumo de G. Bonsor estamos ya en condiciones de saber cuál fué el aspecto de la necrópolis romana de Carmona con toda precisión. Carmona forma un núcleo importantísimo de hipogeos romanos, que por fortuna no se encuentra aislado. Al complejo carmonense hay que añadir las famosas cuevas de Osuna, el hipogeo de la familia Pompeya y la tumba de Peñaflor, todas ellas en las provincias de Córdoba y Sevilla. Dichas tumbas e hipogeos son todos de época romana, y presentan rasgos de tal comunidad en sus plantas que sorprende ésta y plantea un problema interesante, que es el de su origen.

Ya Rada y Delgado, hace casi medio siglo, llamó la atención sobre los hipogeos carmonenses, tratando de buscar una explicación para aquellos monumentos. En uno

de esos alardes eruditos, tan propios de su tiempo y con frecuencia absurdos e insoportables, tuvo algunos aciertos en señalar paralelos y precedentes fuera de España. En esa cincuentena de años se han aumentado extraordinariamente en España los horizontes arqueológicos, en tal forma que hoy se puede ofrecer en la misma Andalucía una serie de monumentos funerarios, como son el sepulcro de Toya en Peal de Becerro (Jaén) y algunos de los monumentos de la necrópolis de Tútugi en Galera (Granada), que por su planta y algunas de sus características es perfectamente lícito poner en relación con los de Carmona.

El complejo carmonense de época romana se ve aumentado por el ibérico preromano anterior a él de algunos siglos. Esto nos hace ver que se trata de un tipo que esencialmente tiene ya una vieja tradición en el solar ibérico. Tradición esta que por la planta y diversos rasgos constructivos obligaría a buscar una explicación de ella en monumentos funerarios extrapeninsulares. La planta del sepulcro de Toya es por sí sola tan elocuente, que marca cuáles son las posibilidades para explicar estos tipos sepulcrales andaluces ibéricos y romanos, sobre todo si se tiene presente no ser un fenómeno único, ya que con él hay paralelamente otros que nos dirigirían por el mismo camino.

No vamos a entrar en el reducido marco de esta recensión a ver de enmarcar en el conjunto de la arqueología mediterránea nuestros monumentos andaluces ibéricos y romanos. Sólo queremos anotar el parentesco de estos dos, que encaja en el gran conjunto mediterráneo de la segunda Edad del Hierro.

Por lo que se refiere a las pinturas de los hipogeos tenemos en el libro de Bonsor buenas reproducciones, que rectifican bastante las publicadas por Rada y Delgado. Entre las ahora publicadas hay varias rigurosamente nuevas o que habían sido deficientemente publicadas y sin colores; tal ocurre, por ejemplo, con las de la tumba de Postumius, por cierto que en ésta los colores no están bien ajustados.

La última parte del libro es un repertorio descriptivo de bronces, cerámica, estampillas y vidrios, muy interesante por su rico contenido y lo escasos que de ello andamos en España.

Grandes monografías detalladas y eminentemente descriptivas como la de G. Bonsor son de verdadera urgencia, pues sólo a base de ellas será posible una elaboración sistemática de nuestra arqueología hispánica o romana provincial.

Vaya a la Hispanic Society of America nuestra calurosa felicitación por la espléndida monografía ahora publicada, con la esperanza de que no sea la última vez que entre sus Hispanic Notes & Monographs nos ofrezca un tema arqueológico vestido con las mismas galas. ¡Son tantos los temas y monumentos que esperan!. .
Julio Martínez Santa-Olalla.

R. DE SERPA PINTO.—*Restos visigóticos de Elvas e Campomaior.* A. Aguia. XX ano, núm. 2, y tres páginas. Pôrto, 1932.

El infortunado arqueólogo portugués Ruy de Serpa Pinto tuvo la suerte de descubrir en 1931 en el Museu Arqueológico Tomaz Pires, de Elvas, cuatro pequeños monumentos visigóticos inéditos, que describe en esta nota para llamar la atención de los especialistas.

De Elvas procede un pilar decorado en sus cuatro caras con rosas, curvas y palmetas trifoliadas de buena ornamentación, que, como otras piezas de Portugal, pertenece a la escuela emeritense. También procede de la misma localidad un frag-

mento de mesa de altar, de mármol, con adornos en el borde, análogo al cierre del iconostasio de Santa Cristina de Lena (Asturias) y de otros fragmentos de Mérida y de Chelas (Lisboa).

Muy interesante es la placa de mármol de Montemaior, con un círculo central de rosas sexifolias yuxtapuestas y de cuatro círculos menores en las esquinas con rosetas de cinco lóbulos. El espacio que dejan éstas está ocupado por dos monogramas en mayúsculas visigóticas. En uno se lee claramente MONASTERIO. El otro ha sido leído por Serpa Pinto, después de publicada la nota, como SANCTI LAVRENTII.

Son piezas de mucho interés, por ser las primeras conocidas de Alentejo y por sus relaciones con la escuela emeritense.—*J. P. de B.*

JULIO MARTÍNEZ SANTA-OLALLA.—*Sobre algunos hallazgos de bronces visigóticos en España.* «Ipek». «Jahrbuch für prähistorische und ethnographische Kunst». Volumen VII, págs. 57-60 y una lámina. Berlín, 1931.

Esta nota está dedicada a presentar algunos ejemplares de las artes visigóticas, rigurosamente inéditos unos y casi desconocidos otros.

De la necrópolis de Herrera de Río Pisuerga, saqueada hasta después de las concienzudas y sistemáticas excavaciones del autor, figura y describe la célebre fíbula de águila, una *Silberblechfibel* y tres broches de cinturón de tipo hispánico y una fíbula, que fecha de mitad del siglo V a fines del VI.

Pieza interesante es un broche de bronce en forma de cruz, de Quintanilla de Lara (Burgos). Lo más importante es el broche de Hinojar del Rey, necrópolis también excavada por el Sr. Martínez Santa-Olalla, que está decorado por cabezas de aves tan armoniosamente dispuestas, que hacen de ésta una de las piezas capitales del visigótico español, y que por su pureza estilística queda muy próxima de los modelos escitas, de quien este género de decoración se tomó.

La nota se cierra con la presentación de dos bronces de las excavaciones hechas por nosotros en 1930 en la basílica y necrópolis adyacente de Vega del Mar (colonia de San Pedro de Alcántara, Málaga).

Martínez Santa-Olalla apunta la posibilidad de que en el arte visigótico haya influído más de lo que se cree el arte provincial iberorromano —mejor celtorromano— de los valles del Duero y del alto Ebro, donde en los monumentos funerarios aparecen temas geométricos que se presentan después en cosas germánicas. Para la valoración de este trabajo hay que tener presente que es el primero de la serie larga de publicaciones del autor sobre nuestras antigüedades germánicas. *J. P. de B.*

SATURIO FERNÁNDEZ-GODÍN y JOSÉ PÉREZ DE BARRADAS.—*Excavaciones en la necrópolis visigoda de Daganzo de Arriba (Madrid).* «Memoria número 114 de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades». Madrid, 1931.

JOSÉ PÉREZ DE BARRADAS.—*Necrópolis visigótica de Daganzo de Arriba (Madrid).* «Homenagen a Martins Sarmento», págs. 277-280. Guimerães, Portugal, 1933.

En otoño de 1929 fué descubierta casualmente en la finca de los Sres. de Fernández-Godín una sepultura en la que aparecieron varios objetos visigodos, que fueron adquiridos después por el Estado a propuesta de la Junta Superior de Exca-

vaciones y Antigüedades. Con fecha posterior esta última, concedió autorización al propietario del terreno, D. Saturio Fernández-Godín, para hacer excavaciones arqueológicas.

Cuando nos enteramos creímos que nuestro cargo nos obligaba a interesarnos en las excavaciones que se realizaran en la provincia, y a este fin ofrecimos nuestros servicios al Sr. Fernández-Godín. Nuestra intervención se ha limitado, ya que sólo podía ser amigal y oficiosa, a aconsejar métodos de excavación, que no siempre se siguieron, y a procurar el conocer la procedencia de los hallazgos y su relación con el cadáver. Es decir, por nuestra parte sólo hicimos acto de presencia cuando se excavaron sepulturas, sin que seamos solidarios de la forma desordenada y poco metódica de como se realizaron los trabajos.

La necrópolis de que nos ocupamos está situada en los límites de los términos municipales de Daganzo de Arriba y Alcalá de Henares, en la provincia de Madrid, y a unos 30 kilómetros de la capital.

En el transcurso del año de 1930 aparecieron 35 sepulturas, y en 1931-32 unas diez. La necrópolis, que ocupa un área extensa, está en su mayor parte sin excavar. Cerca de ella se han encontrado los cimientos de una casa, aún sin excavar y estudiar. (Véase José Pérez de Barradas: *Excavaciones en Daganzo de Arriba (Madrid)*. Anuario de Prehistoria Madrileña, págs. 221-223 de este volumen.)

Las sepulturas están construídas con poco esmero. Por lo general están revestidas de losas de caliza arenisca, y en algunos casos de bloques de piedra procedentes de grandes edificios romanos (jamba, cornisa, sillares) y cubiertas con piedras toscas. A juzgar por lo descubierto, la orientación Este a Oeste es general. También hay agrupaciones de sepulturas familiares.

Las más importantes por su ajuar son las que reseñamos a continuación:

Sepultura número 1.—Los hallazgos consistieron en un par de pendientes de oro, formados por un aro retorcido y una cuenta oliviforme de oro con filigranas; un par de fíbulas circulares con mosaico de vidrio; un broche sencillo de cinturón; una cuenta de collar, y una bulla aplanada y restos de una cadenita.

Sepultura número 10.—Esta, en unión de las números 11 y 12, forma panteón familiar. La que en este momento nos ocupa contenía un esqueleto de un joven. A sus pies tenía un plato de bronce; en la mano derecha un anillo de oro, decorado con filigrana del mismo estilo que los pendientes de la sepultura número 1. Al costado izquierdo, un puñal de hierro con huellas en la vaina de cuero y con restos de los ríbetes y contera de plata. En posición indeterminada se halló una plaquita de oro, que quizá haya formado parte de la contera del puñal. En el cuello apareció un alambre retorcido de plata, y en posición indeterminada un botón de plata en forma de cruz.

Sepultura número 11.—Medía sólo 1,50 metros de larga, y contenía un esqueleto juvenil con el siguiente ajuar: A los pies, un vaso de barro rojo; en la mano derecha, un anillo de oro idéntico al de la sepultura anterior; al lado izquierdo del cráneo, una punta de lanza de hierro, y al costado izquierdo, otra lanza, unas tijeras y unas pinzas de igual metal. Sobre el pecho apareció una espada de hierro de 87 centímetros de larga, al parecer de un solo filo, no siendo fácil el tomar una decisión, pues los bordes están enmascarados por los restos de la vaina y por haberse dividido la hoja de la espada en dos láminas. La vaina, que sería de cuero, tuvo una embocadura de plata y un ribete y contera del mismo metal.

Sepultura número 12.—Era de una persona adulta, que tenía como ajuar, a los pies, un plato de bronce idéntico al de la sepultura número 10; al lado derecho, un

broche de cinturón de plata, y en la mano derecha, una sortija de plata con una piedra roja grabada. Hacia el centro había una pieza de hierro, que, como otras similares, pudieran ser *Schildfesseln,* aunque el profesor Zeiss cree que hay que considerarlos ser asideros del féretro. Sin negar esta posibilidad, nos parece que habla en favor de la primera interpretación el que haya aparecido siempre una pieza aislada en cada sepultura.

Sepultura número 30.—No fué excavada en nuestra presencia, por lo cual no conocemos la situación exacta de los objetos. Estos son: un *Schildfesseln,* un *strigilis* (?) y un cuchillo curvo de hierro, un gran broche de cinturón rectangular de mosaico de vidrio, otro más pequeño del mismo tipo, un tercero de placa calada, una fíbula circular de bronce y una cadenita de plata.

Según los trabajos reseñados en este ANUARIO de H. Zeiss y J. Martínez Santa-Olalla, corresponde esta necrópolis a la mitad del siglo VI.—*J. P. de B.*

JOSÉ PÉREZ DE BARRADAS.—*La basílica paleocristiana de Vega del Mar. San Pedro de Alcántara (Málaga).* «Archivo Español de Arte y Arqueología». Número 22. Madrid, 1932.

IDEM.—*Basílica paleocristiana de Vega del Mar. San Pedro de Alcántara (Málaga).* «Investigación y Progreso». Año VI, págs. 92-94. Madrid, 1932.

La Colonia de San Pedro de Alcántara está situada en la provincia de Málaga, entre la serranía de Ronda y el Mediterráneo, y pertenece a los términos municipales de Marbella, Benahavis y Estepona.

En la parcela número 4 de Vega del Mar reconocimos ya en 1929 un edificio, que consideramos como una basílica, en cuyo interior y alrededores habían aparecido algunas sepulturas correspondientes a los pueblos germánicos. Un broche de cinturón encontrado en las excavaciones realizadas en 1914-15 por D. José Martínez-Oppelt ha podido ser determinado como vándalo. En las cercanías de estas ruinas se encuentran los restos de una ciudad romana, que ha sido identificada por G. Bonsor con Silniana.

La Sociedad Colonia de San Pedro de Alcántara, filial de la Sociedad Azucarera de España, acordó, como consecuencia de nuestro informe, el realizar excavaciones arqueológicas, y nos encomendó su dirección. Estas tuvieron lugar en los meses de enero y octubre de 1930 en la parcela número 4 de Vega del Mar, donde tuvimos la suerte de descubrir una basílica paleocristiana muy interesante y 148 sepulturas.

La basílica es de tres naves y de ábside y contraábside; aquél, interno, tiene a un lado una sacristía y al otro el baptisterio. Adosados a sus lados mayores hay dos atrios, que comunican con la basílica por sendas puertas. Una de ellas, medio clausurada, da paso a otro posible ábside, donde se encuentra una sepultura.

Los muros están formados de guijarros gruesos y mortero de cal. Las jambas de las puertas y las esquinas son de ladrillo. Los muros tienen un espesor medio de 60 centímetros, y su altura conservada es, por término medio, de otros 60 centímetros.

El interior de la basílica mide 13,5 metros de longitud y 11,30 de anchura. La nave central tiene 5,50 metros de ancho y las laterales sólo 3. La separación de las naves está hecha por tres pilares de piedra, colocados con cierta regularidad en el lado derecho; los del izquierdo están descentrados y hay uno mayor, lo cual hace pensar en que el edificio sufrió daños, que fueron reparados en cualquier forma.

En algunos sitios quedaban huellas del pavimento de ladrillo y de *opus signium*, y en las paredes de estuco rojo.

El ábside propiamente dicho es el de Poniente. Es semicircular y mide 3,40 metros de largo y 2,40 de fondo. El piso es de ladrillo.

El contraábside, situado a Levante, mide 4,50 metros de largo y 3,10 de ancho, y en su cara interna aparecían restos de estuco de color púrpura. De interés es el estudio de la medianería con la nave central de la basílica. Está formada por cinco partes. La del extremo izquierdo contenía, utilizadas como materiales de construcción, dos basas de columnas, de caliza, de orden jónico, sobre las cuales se levantarían fustes acanalados, a juzgar por el negativo que dejaron en el revestimiento calizo del muro. De las otras cuatro partes, o muretes de ladrillo, dos son evidentemente más antiguas, por su esmerada construcción y por estar revestidas de mortero de cal. Es probable que este ábside comunicara con la nave central basilical por tres huecos separados por dos pilares, en los que habría columnas, sobre los cuales se levantarían tres arcos, formando así una iconostasis.

La basílica tuvo primitivamente dos puertas opuestas en los muros Norte y Sur. La primera consta de un pilar central, que sostendría una columna y dos aberturas laterales con sendos arcos que comunicaban con el atrio por medio de escalones. Lo mismo ocurre con la otra puerta, que fué tapiada en parte y que da paso a un ábside (?) que encierra una sepultura. De todas maneras se trata de una adición muy posterior a la construcción de la basílica.

El ábside principal es interno y tiene al lado derecho una sacristía con piso de ladrillo, en el que se abren tres sepulturas, y cuyas puertas comunican una con el atrio y otra con la nave derecha basilical. En el lado izquierdo está el baptisterio, el cual comunica con la nave izquierda y con una habitación de 6,50 por 3,30 metros, que forma la cabecera del atrio correspondiente.

El baptisterio (fig. 1) es de gran interés por la piscina, que tiene forma de cruz y una profundidad de 1,10 metros. Dos de sus lados tienen escalones. Carece de desagüe. A su lado hay otra pequeña con un escalón para el bautizo de los niños.

La basílica tiene en sus frentes más alargados sendos atrios. El derecho tiene una anchura de 3,50 metros y el izquierdo mide 13,50 de largo y 6,60 de ancho. Este último tuvo columnas en su frente de Levante, pues se encontró una basa *in situ* al final de un murete que se prolongaba 2,60 metros más allá de la esquina. En esta parte se encontraron trazas de un piso de cal aplicado directamente sobre el suelo.

Los elementos constructivos y decorativos de la basílica son muy pobres. La cubierta sería de tejas planas e imbrices. Las columnas son muy diferentes en forma y tamaño; hay cuatro basas, una muy fina, varios fustes mal tallados, la mayoría lisos, varios fragmentos acanalados y un trozo de capitel. Aparecieron fragmentos de molduras y muchos trozos de losas de mármol, lisos y ornamentados, que se utilizaron después en la construcción de las sepulturas. La más interesante es una con cabezas de águila, de estilo oriental.

Del tipo de la basílica de Vega del Mar no se conoce ninguna otra en la Península ibérica. Quizá lo sea la de Espiel (Córdoba), aún no excavada por completo.

En cambio encontramos en el Norte de Africa numerosos paralelos. En Argelia hay contraábsides en las basílicas de Matifou (cerca de Argel), en la capilla del obispo Alejandro, en Tipasa, y en la de Orleansville. Las tres fueron construídas en el siglo IV; la última se edificó en 325 y se añadió el contraábside en 475, para incluir dentro de la basílica la tumba del obispo Reparato. En Túnez tienen contraábside las basílicas de Uppenna y Feriana.

Absides situados en un costado, aprovechando una puerta y con sepulturas, tienen las basílicas de Zraïa y de Henchir Teniet et Kebch.

La disposición de las sacristías de nuestra basílica es idéntica a muchos templos paleocristianos de Argelia y Túnez. El baptisterio está colocado también en una de ellas en la capilla de Gouèa (región de Mèdea, Argel).

De España sólo podemos citar una piscina cruciforme, la de Burguillos (Cáceres), hoy destruída. Otra análoga apareció en la basílica de Manacor, también con extremos redondeados y con escalones. Este tipo, que falta en Francia y casi por completo en Italia, donde sólo hay un ejemplar, el de San Stefano sulla Via Latina, en Roma, aparece con mayor abundancia en el Norte de Africa, en Castiglione, Gouèa (Argelia), El Kantara y Henchir Bourmedes (Túnez); pero su origen, como el de la basílica de doble ábside, es Oriente. Su propagación tuvo lugar por los Balcanes (baptisterio de la basílica de Tchobau-Déré, alrededores de Eski-Djoumaia, Bulgaria), Egeo (baptisterio de la basílica de Panaglia, Melos), Egipto y la costa africana.

La erección de la basílica de Vega del Mar creemos que data del último tercio del siglo IV, pues en 365 fueron destruídas todas las poblaciones del litoral, entre ellas Silniana, por una ola gigantesca producida por un terremoto. Hacia ese tiempo se reconstruyó la ciudad, según hemos podido comprobar en nuestras excavaciones, y es muy probable que entonces se edificara la basílica. Esta hipótesis se apoya en el hecho de que la técnica constructiva sea igual a la de los edificios civiles y a la identidad de los hallazgos menores (cerámica, vidrio, monedas, etc.).

El estudio de las sepulturas que se encuentran en el interior de la basílica, en sus dependencias y atrios y en el exterior, nos permite suponer que en el siglo VI y en los primeros tiempos del VII la basílica estaba ya ruinosa y era sólo una capilla funeraria. Su destrucción definitiva puede datarse como ocurrida hacia la mitad del siglo VII.—*J. P. de B.*

JULIO MARTÍNEZ SANTA-OLALLA.—*Sobre cómo usaron la fíbula los visigodos.* «Investigación y Progreso». Año VI, págs. 178-180. Madrid, 1932.

IDEM.—*Zur Tragweise dei Bügelfibel bei den Westgoten.* «Germania», XVII Jahrgang, pág. 47. Berlin, 1933.

No es cuestión baladí el saber la manera exacta de cómo usaron las fíbulas los visigodos, puesto que de este conocimiento se llega a una comprensión clara de su uso y, por tanto, de una serie de detalles técnicos.

Desde que Lindenschmidt expresó que las *Bügelfibel* se llevaron con la cabeza para arriba nadie se ha preocupado de averiguar si efectivamente es así, a pesar de los centenares de sepulturas francas y alemanas que se conocen. En 1930 W. Haberey halló, en el cementerio franco de Köln-Müngersdorf, de cuatro sepulturas con *Bügelfibel,* tres con la llamada cabeza para abajo, y en igual disposición aparecieron en la necrópolis de Obermöllern y en una sepultura del cementerio franco de Soest.

La necrópolis visigótica de Herrera de Pisuerga (Palencia), de la que nos ocuparemos en otro lugar, ha proporcionado a J. Martínez Santa-Olalla, que ha dirigido las excavaciones, una serie de sepulturas con *Bügelfibel* con la cabeza para abajo y el pie para arriba.

Las visigodas las llevarían a la altura del hombro, un poco inclinadas, formando

sus ejes un ángulo de 90º. Se comprueba esto por el peso exagerado de la cabeza, por la razón práctica de tener la aguja que atravesar ropajes hasta cinco veces doblados, y porque en ocasiones tiene su cara inferior salientes perforados, con los que, mediante hilos, se unían al vestido para no perderlas en el caso de que se doblara o se perdiera la aguja. Estéticamente era más agradable ver la fíbula colocada en la forma propuesta, para lo cual se llegó en ocasiones a decorar el reverso del pie. Por último, en la baja época romana se llevaron así otros tipos de fíbulas (*Armbrustfibel* y las *Scharnierfibel*), según se observa en las estelas funerarias.

El Sr. Martínez Santa-Olalla expone en esta ocasión un primer ensayo de clasificación de los ajuares funerarios (broches de cinturón y fíbulas), logrado independientemente merced especial de los resultados de sus excavaciones, que coincide con el presentado casi al mismo tiempo por el profesor H. Zeiss, y del que nos ocupamos en otro lugar.—*J. P. de B.*

HANS ZEISS.—*Die Datierung der westgotischen Grabfunde aus Spanien.* «Forschugen und Fortschritte», IX, pág. 1. Berlín, 1933.

IDEM.—*La cronología de los ajuares funerarios visigodos en España.* «Investigación y Progreso». Año VII, págs. 275-277. Madrid, 1933.

En estos trabajos el doctor Hans Zeiss, director de la Römisch-Germanische Komission de Frankfurt a. N., plantea el problema de la cronología de los broches de cinturón visigodos, conocidos desde A. Götze con el nombre de «Gotische Schnallen». Sus prototipos fundamentales, que en Oriente perduran hasta el 600, consisten en una placa, frecuentemente cubierta de adornos, sobre la cual van muchas veces colocadas aplicaciones circulares o rectangulares con almandines; los tipos rusos terminan en una cabeza de águila, mientras que en los tipos italianos y españoles hay siempre dos. La cabeza de águila aparece también en tipos del Báltico (Alt-Kossewen, Kr. Sensburg, Prusia oriental. Véase *Reallexikon der Vorgerchichte,* dirigido por M. EBERT. Tomo IX, lám. 235).

En España aparecen dos tipos de estas «Gotische Schnallen»: el tipo I, que aparece también en los cementerios ostrogodos y que está compuesto de una placa y un marco, dentro del cual van los cabujones soldados, y el tipo II, exclusivo de España, en que toda la placa está cubierta de un enrejillado con piedras, vidrios y otros materiales incrustados.

A base de las relaciones con Italia, H. Zeiss atribuye el tipo I a la primera mitad del siglo VI. El tipo II desaparece a final del mismo siglo.—*J. P. de B.*

JULIO MARTÍNEZ SANTA-OLALLA.—*Necrópolis visigoda de Herrera de Pisuerga (Palencia).* 42 páginas, 56 láminas y una en color. Madrid, 1933.

La ya dilatada serie de Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades se ha venido a enriquecer con la monografía que a sus excavaciones en Herrera de Pisuerga dedica Julio Martínez Santa-Olalla, y que constituye la número 125 de aquella colección.

Impresión gratísima es la que produce este trabajo en el terreno material. Se halla distribuído en varios epígrafes, que forman un conjunto preciso, armónico y claro, y sus ilustraciones, ricas y abundantes, están al pie, exentas de todo texto que

las recargue, habiéndose introducido por vez primera en una publicación de la Junta la descripción de las láminas, que, aparte de las ventajas estéticas, las tiene muy grandes en un orden práctico de cosas. Esta monografía, por su disposición, puede servir muy bien de modelo para tal género de Memorias.

Es grata para el lector la sencillez y objetividad con que son expuestos los resultados de las excavaciones, evitando las descripciones largas y pesadas y procurando reducir el texto a lo estrictamente indispensable.

En Herrera de Pisuerga, la antigua *Pisoraca,* según cree el autor juntamente con otros investigadores, han aparecido restos romanos y visigóticos. De estos últimos ofrece destacadísimo interés la necrópolis, ya que de este carácter e importancia es la primera en España que es excavada sistemáticamente, siendo también la primera objeto de un estudio y publicación minuciosos, cual corresponde al magnífico conjunto de importancia internacional.

El capítulo o epígrafe V, que trata de la situación y aspecto que ofrece la necrópolis, es digno de ser destacado, pues revela un conocimiento profundo de los problemas que una excavación de este género plantea, a la vez que una perfecta observación y cuidado en los detalles, pues sólo así se explica que no hayan podido pasar desapercibidos ciertos hechos referentes al modo de inhumar los cadáveres, ya que si es fácil la observación en algunos terrenos, lo es muy difícil en un suelo compacto y de una constitución como el de Herrera de Pisuerga.

La descripción de las sepulturas se hace en el epígrafe VI con un objetivismo tal que no se excluyen los detalles importantes de la posición del cadáver, situación relativa de los objetos de adorno y piezas de ajuar sobre aquél, observaciones referentes a las inhumaciones múltiples, que son muy frecuentes, etc. La descripción de las sepulturas está certeramente subordinada a la parte gráfica, que en excelentes fotografías ofrece conjuntos de sepulturas y detalles de éstas, de tal modo que por vez primera es posible formarse idea cabalmente de cuál fué el aspecto de un cementerio visigodo. Las piezas de ajuar se reproducen casi sin excepción a tamaño natural, y hasta en algún caso notablemente ampliadas, si así lo requiere su importancia o naturaleza. De acierto grande hay que calificar la excelente lámina en colores naturales reproduciendo un broche de cinturón con almandines, nácar y vidrios verdes y varios collares, pues ella, mejor que una descripción, da justa idea del gusto cromático de los visigodos.

Hasta aquí nos movemos en un terreno puramente material respecto al libro de Julio Martínez Santa-Olalla, que llega en el preciso momento de que en toda Europa el estudio de la antigüedad germánica es objeto de amoroso y especial cuidado, donde con frecuencia se vuelve la vista a lo que España debiera ofrecer, y desgraciadamente se nota la falta de conjuntos españoles que incorporar al gran núcleo de antigüedades germánicas.

A esa obra internacional de solidaridad científica europea contribuye España de una manera sobria y digna con la monografía de Julio Martínez Santa-Olalla; aportación valiosísima, pues ha sabido sacar partido del conjunto por él excavado y obtener, lo que es básico en Arqueología, un punto cronológico seguro que le permitirá a él y a todo el que se ocupe de estos problemas una base de trabajo inapreciable.

En poco más de tres páginas del epígrafe VII da la cronología de sus descubrimientos, y en general de todos los de la Península ibérica. Sus conclusiones vienen a demostrar la certeza de las líneas generales de lo expuesto teóricamente por N. Åber, *Die Franken und Westgoten in der Völkerwanderungszeit* (Uppsala,

Leipzig, París, 1922), y que se ve confirmado en la base para su cronología absoluta por los resultados a que independientemente ha llegado el gran especialista H. ZEISS (*La cronología de los ajuares visigodos en España,* en «Investigación y Progreso», VII, pág. 275, 1933).

Tomando como base especial los broches de cinturón, fíbulas y cuentas de collar llega J. Martínez Santa-Olalla a establecer tres grupos, denominados gótico, visigótico y bizantino, que en números redondos se corresponden con los siglos V, VI y VII. Al segundo de dichos períodos, esto es, al del siglo VI, corresponde la necrópolis de Herrera de Pisuerga, que si verdaderamente no es la más rica de las españolas, pues en ciertos aspectos la aventaja su coetánea de Carpio de Tajo (Toledo), excavada hace once años y aún inédita, será la localidad clásica en la arqueología visigoda, ya que ella es la clasificadora.

En el breve capítulo de *Cronología,* brevísimo para lo que nosotros hubiésemos deseado, aunque responda justamente al deseo y voluntad de su autor de no hacer *una larga exposición doctrinal, vemos todo un programa a desarrollar en ulteriores* trabajos, ya que son bastantes los problemas que tan sustanciosas páginas plantean. Alguno de éstos, de detalle, han sido tratados ya en sendos trabajos (J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA: *Sobre cómo usaron la fíbula los visigodos,* en «Investigación y Progreso», VI, pág. 178, 1932, y *Zur Tragweise der Bügelfibel bei den Westgoten,* en «Germania», 17, pág. 47, 1933). Otros, por ejemplo, como el planteado por el broche de bronce fundido de la sepultura 46, con decoración en el estilo animal I de Salin, comparable a otras piezas castellanas y del Sur de Francia, que sólo ahora, después de las excavaciones y estudios de Martínez Santa-Olalla, podrán ser interpretados exactamente y valorizados como les corresponde, aguardan un desarrollo de tan evidente interés como es todo lo relacionado con las primeras manifestaciones de *los estilos nórdicos en el Sur de Europa.*

En suma: estamos ante un trabajo modelo de positivo valor científico, que afortunadamente para la ciencia española, gracias a la nueva generación, abierta a los modernos métodos de trabajo y conocedora de todo el movimiento científico internacional, nos brinda, no con promesas, sino con frutos sazonados, realidades positivas, tales como la *Necrópolis visigoda de Herrera de Pisuerga.*

España se incorpora al movimiento científico europeo de este sector de la Arqueología gracias a J. Martínez Santa-Olalla. Es de desear, ello es fácil, que se persevere en el camino emprendido y que pronto sean legión las necrópolis excavadas y estudiadas como la de Herrera, para que dentro de algunos años el *Esquema de la arqueología visigoda,* que el joven arqueólogo esbozaba recientemente en «Investigación y progreso», VIII, págs. 103-109, 1934, se convierta en el índice del gran libro donde definitivamente se estudie la Península ibérica.—*Hugo Obermaier.*

BLAS TARACENA AGUIRRE.—*Cadáveres atravesados por clavos en el cementerio judío de Deza (Soria).* «Investigación y Progreso». Año VII, págs. 65-71. Madrid. 1933.

HUGO OBERMAIER.—*Leichennagelung in spanischen Mittelalter.* «Forschungen und Fortschritte», IX Jahrgang, págs. 169-171. Berlín, 1933.

A todos los hallazgos anteriores estudiados por el profesor H. Obermaier en su trabajo *Leichennagelung in Altspanien,* ya comentado en el volumen II-III de este ANUARIO (pág. 242), se añaden ahora los de la necrópolis próxima a Deza (Soria)

del cerro de los Judíos, de la cual el director del Museo Numantino de Soria ha excavado 57 sepulturas.

Consisten éstas en fosas con los esqueletos en decúbito supino. El ajuar es escaso: cinco sortijas de plata con chatón, de ellas tres con leyenda hebrea (Jehovah y Schadai), una con una piedra engastada y otra con un adorno inciso, y pendientes o collares de vidrios y azabaches. Tanto por el carácter artístico como por las monedas, Taracena data la necrópolis judía de Deza como del siglo XII al XIII.

Lo más curioso de ella es que en 38 sepulturas se encontraron clavos, unos pertenecientes al féretro y otros en tal posición que obligan a pensar que perforaron intencional y primitivamente los cuerpos.

En unos casos los clavos están colocados verticalmente, bordeando el cráneo, en la articulación del codo, entre la tibia y el peroné, etc., pero sin producir lesión a los huesos, lo cual hace suponer que sólo atravesaron los paquetes musculares. Taracena desecha el empleo de ataúdes de madera, y cree que los cadáveres fueron clavados a parihuelas, lo que concuerda con la imprecación popular castellana «clavado te veas como judío», y con el terror y respeto a los muertos que sentía este pueblo, claramente expresado con la prohibición de Maimónides, en sus comentarios al Talmud, de tocar parte alguna de los cadáveres, excepto los cabellos, que podían guardar los padres del difunto como recuerdo.

Queda como acertada la explicación del profesor Obermaier de que el clavar el cuerpo obedece a la idea del «cadáver vivo», es decir, el poder del muerto de abandonar su tumba y causar daños y perjuicios a los supervivientes, idea arraigada en los pueblos salvajes actuales y a la que se debe posiblemente la práctica en los pueblos prehistóricos.

En otras ocasiones los clavos perforan partes vitales como la cabeza, el corazón, el pubis, etc., lo que lleva a Taracena a «interpretar la ceremonia como de carácter expiatorio de faltas cometidas antes de la muerte». Por último, y como prueba de variaciones en las ideas funerarias de los judíos medievales, hay que señalar la presencia de cadáveres enterrados en Deza sin madera ni clavos.

El rito de los cadáveres clavados, que en la Península ibérica se inicia por lo menos en el Eneolítico (Vilars, cráneo atravesado por un clavo), se sucede a través de las edades del Metal y época romana para desarrollarse nuevamente en el pueblo judío de la Edad Media.—*J. P. de B.*

JUAN CUADRADO RUIZ y A. VAYSON DE PRADENNE.—*Un Glozel espagnol. Les falsifications d'objets préhistoriques à Totana.* «Bulletin de la Société Préhistorique Française». Núm. 9, págs. 371-390. Le Mans, 1931.

Apaciguado el escándalo que rodeó las famosas falsificaciones de Glozel A. Vayson de Pradenne, que tan ardientemente luchó por demostrar la verdad, ofrece, en colaboración de Juan Cuadrado Ruiz, la historia de otras falsificaciones célebres, las de Totana, hecha por uno de los mismos autores de ellas. Tales fraudes tienen por autores gente ingenua, que se basan en la ignorancia y en el afán de lucro o de popularidad de sus compradores, los cuales carecen de conocimientos necesarios para efectar una crítica severa.

El «negocio» de Totana comenzó por la imitación de vasos auténticos de una necrópolis argárica de Cabezo de la Bastida, descubierta casualmente. Después copiaron vasos antiguos de distintas publicaciones, y por último, en vista del éxito,

empezaron a hacer vasos fantásticos en forma de cabezas humanas, para lo cual se inspiraron en cosas americanas. Las antigüedades ibéricas les sirvieron de base para falsificar estatuas de piedra y de bronce. Las falsificaciones de Totana inundaron todo Levante, y llegó a estar expuesto un lote en el Museo Municipal de Barcelona. Afortunadamente los totanas tuvieron su éxito entre aficionados, en que la audaz ignorancia les permitía leer de corrido las inscripciones falsas, pero carecieron de defensores de renombre como Glozel. —*J. P. de B.*

Prehistoria madrileña

José Pérez de Barradas y Fidel Fuidio (marianista). — *Un nuevo yacimiento paleolítico de la zona de las Delicias (Madrid).* «Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria». Memoria LXX, sesión 51, págs. 155-160. Madrid.

No hay prehistoriador digno de este nombre que no conozca, al menos por la bibliografía, la importancia de las estaciones paleolíticas de los alrededores de Madrid y cuánto han contribuido para el estudio principalmente del paleolítico inferior. Las estaciones se multiplican de tal modo, sobre todo en el valle del Manzanares, que, como muy bien dicen los autores de la presente Memoria, «se trata en realidad más bien de niveles arqueológicos, que ocupan considerables zonas de terreno, que no de estaciones limitadas». Esto mismo tuvimos ocasión de examinar *in situ* hace algunos años en una visita que allí realizamos bajo la dirección del ilustre conde de la Vega del Sella. Así se explica cómo sencillos trabajos de campo, y hasta la acción misma del agua, hagan aparecer a flor de tierra instrumentos paleolíticos.

Uno de los terrenos en donde hace años (1917) se habían encontrado estos útiles es el de las Delicias, situado junto a la estación del ferrocarril del mismo nombre. Fué estudiado y publicado en 1918 por el profesor H. Obermaier y por P. Wernert, que en él encontraron industria de transición para el Paleolítico superior, Musteriense antiguo y un Acheulense superior. Más tarde (1924) el mismo profesor Obermaier, en colaboración con J. Pérez de Barradas, rectificó completamente la clasificación dada en 1918, colocando la primera industria en el Musteriense final de tradición acheulense, la segunda en el Musteriense y la tercera en el Musteriense de tradición acheulense y sbaikiense.

La tirada aparte que examinamos nos da noticia de nuevos hallazgos en los campos situados junto a la misma estación de ferrocarril. Proyectan ellos nuevas luces sobre los estudios antiguos, pues la industria encontrada parece más evolucionada que la primera. Faltan las puntas sbaïkienses y las hachas de mano de tradición acheulense. Abundan los instrumentos de tipo pequeño y siempre con tendencia para una mayor perfección. En ningún local de esta estación de las Delicias se había encontrado hasta la fecha una punta musteriense tan finamente retocada como la que viene reproducida en este trabajo con el número 7.

La conclusión a que llegan los autores es que el hombre, después de haber abandonado esta zona de las Delicias, volvió de nuevo a establecer allí sus campamentos, ya en las postrimerías del Musteriense.—*Eugenio Jalhay.*

MANUEL SERRANO SANZ.—*La escultura madrileña del Paleolítico inferior.* «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo» del Ayuntamiento de Madrid. Año IX, págs. 124-134, con ocho figuras. Madrid, 1932.

Fantasía muy propia de un aficionado, que no sabemos cómo ha podido aparecer en una publicación tan seria y tan afamada como la «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo» del Ayuntamiento de Madrid. Bastará decir que en sílex paleolíticos de un arenero de Villaverde ve tigres rugiendo, animales y «patriarcas como nos imaginamos los del Génesis».—*J. P. de B.*

JOSÉ PÉREZ DE BARRADAS.—*Los problemas del Paleolítico superior madrileño.* «Investigación y Progreso». Año VIII, págs. 249-254. Madrid, 1934.

Resumen de las conclusiones del trabajo *Nuevos estudios sobre Prehistoria madrileña.—I. La colección Bento,* aparecida en el ANUARIO DE PREHISTORIA MADRILEÑA, vols. IV-V, págs. 1 a 90. Madrid, 1933-34.—*E. M. B.*

Prehistoría y Arqueología africana

LEO FROBENIUS et HENRI BREUIL.—*L'Afrique.* «Cahiers d'Art». Vme année. París, 1930.

Con motivo de una exposición de copias de pinturas rupestres de la expedición Frobenius, realizada en los años 1928-30 al Africa del Sur, la revista francesa «Cahiers d'Art» consagró un fascículo al estudio de los orígenes de la cultura africana. Para el desarrollo de este tema tan inmenso y tan poco conocido, pero de tanto interés, encomendó la redacción del número a dos eminentes sabios: el profesor Leo Frobenius, director del Forschunginstitut für Kulturmorphologie de Frankfort, y al abate Henri Breuil, profesor del Collège de France. Las ilustraciones del fascículo son abundantísimas y selectas, y dada la importancia del tema y de los autores lo convierten en elemento indispensable para toda aquella persona que se dedique a Etnología o a Prehistoria.

Aunque la figura de Leo Frobenius sea conocida en todos los círculos científicos, el profesor Otto nos la presenta en dos páginas de una manera concreta. Discípulo de Richthofen, consagró toda su vida al estudio de los pueblos africanos, y después de veinticinco años de labor documental las ideas emitidas con anterioridad sobre los «orbes culturales» germinaron en su obra *Paideuma,* aparecida en 1920. Sería vano el mencionar las obras principales del eminente africanista, entre las

cuales se destacan el *Atlas africanus, Das unbekannte Africa* y *Madsimu Dsangara*. De extraordinario interés es también *Haschara Maktuba*, publicada en colaboración con el profesor Hugo Obermaier.

El trabajo original de Frobenius, publicado en «Cahiers d'Art», es un resumen de sus métodos y de sus ideas capitales, pero tan densamente cargado de interés científico que nos vemos obligados a salirnos de los límites de una nota bibliográfica si hemos de pretender dar un resumen al lector de los mismos.

Al Norte de Africa se presenta con una nitidez extraordinaria el grupo de las culturas camíticas, fuertemente arraigadas en el país, puesto que tenemos la prueba en los yacimientos prehistóricos y en el arte rupestre del Sáhara. Constituyen lo que él llama cultura sírtica.

Este es, según palabras de Frobenius, de una grandeza importante, puesto que está lleno de profundo significado mágico, como las del Norte de España y Francia. Él describe una escena que presenció en 1905 en las selvas vírgenes, entre Kassai y Luebe: Unos pigmeos, antes de proceder a la cacería de un antílope, dibujaron éste en la tierra, a la salida del sol, y dispararon sus arcos contra él. Frobenius ve también el espíritu camítico en la figura de leones o leopardos con la cabeza vuelta al espectador, pues estos animales juegan un papel importante en la Mitología y en las ceremonias de iniciación. En muchos pueblos, en la consagración de la madurez sexual, un sacerdote disfrazado de leopardo da un zarpazo al neófito y lo mira fijamente. La mirada de un antílope moribundo, dirigida a las partes sexuales del cazador, le quita vigor y fuerzas para procrear. El período femenino se debe, según otros pueblos, a que habiendo vertido una mujer el «cuerno de sangre», el felino, «señor de los animales», se lo lanzó al vientre. Los temas de esta cultura son: mirada, sangre, sexo y nombre. La sangre no es el soporte de la vida, sino la vida misma. El nombre no es un sonido, sino que forma parte integral de quien lo lleva, y la mirada es materia. De aquí el florecimiento de la magia.

No todos los pueblos camíticos han permanecido en el grado de cazadores. Algunos, como los bereberes, tuaregs, fulbes y libios, se han convertido en ganaderos; pero, sin embargo, han permanecido fieles a las concepciones mágicas. El robo de ganado, la casa y la guerra son ocupaciones de los hombres, y dignas las hazañas de loa y de honor. La forma de la familia es el clan matriarcal, en el que la mujer está unida estrechamente, no al marido, sino al padre o a los hermanos. Ella debe ser conquistada por el hombre por su valor, su riqueza y su audacia.

De esta manera nace en estos pueblos un ideal caballeresco. El noble abandona su ciudad, y acompañado de sus escuderos *(sufas)* y trovadores *(chalis)* marcha a lejanas tierras a conquistar la fama, el honor, la riqueza y el amor.

Al mismo tiempo Frobenius admite otras dos grandes culturas africanas: la eritrea y la atlántica, que tienen sus focos originarios en la costa del Mar Rojo una, y otra en el golfo de Guinea.

La antigüedad de la primera se reconoce por los campos de ruinas de la costa de Mozambique (Symbaje) y de las orillas del Mar Rojo (Koheito), que se han relacionado con la Ofir bíblica. Característica de esta cultura, que se propaga después por el W. hasta llegar a la desembocadura del Congo, es la forma del Estado. En la cumbre del poder está el rey, que está ayudado por cuatro funcionarios correspondientes a los puntos cardinales. El rey es un dios sobre la tierra y de él depende la prosperidad del pueblo. Cuando muere ahogado o ahorcado al cabo de ciertos años determinados de reinado, se convierte en dios protector de sus súbditos.

La cultura atlántica tuvo su origen en el golfo de Guinea, según Frobenius, y

de sus orígenes destacan de manera especial los descubrimientos realizados en Ife o Ufa, en el país de los jorubas. La serie magnífica de terracottas nos habla de una cultura elevada, pues son de una extraordinaria perfección artística. La forma política descansa en un concepto del mundo eminentemente religioso. El cielo está dividido en regiones, al cuidado de un dios con acción propia: guerra, agricultura, sol, lluvias, etc. De igual modo la sociedad está dividida en tribus y subdividida después en agrupaciones más pequeñas. Característicos son los oráculos. Frobenius cree que esta cultura procede del Asia occidental, y que, como las anteriores, refleja otros tiempos, que se han conservado en Africa por el carácter estancado de los indígenas. «He aquí lo grande y magnífico —dice Frobenius— que el continente africano, sepultado en tan largo olvido, ha podido enseñarnos hoy muchas cosas que desde antaño vivían y florecían en su seno, cuando en Asia y en Europa hacía ya mucho tiempo que un nuevo sentido cultural había embargado el ánimo de los hombres.»

Una de las obras principales de Leo Frobenius es la colección de cuentos africanos titulada *Atlantis* (1921-29, doce volúmenes), de los cuales ha editado algunos la «Revista de Occidente» bajo el título *El Decamerón Negro* (Madrid, 1925). El doctor Jensen precede a los que se publican en el fascículo de «Cahiers d'Art» de una noticia sobre la técnica empleada para su recolección. Frobenius ha utilizado un intérprete, y después ha procurado reflejar el espíritu del cuentista y de dar una idea verdadera del contenido artístico de cada creación. La poesía popular africana es oral, y los mitos y leyendas recogidos por Frobenius no son sólo documentos científicos del primer grado, sino también obras de arte literario. Véase si no la leyenda caballeresca de Samba Gana, o el mito original de «Los platos de las dos mujeres».

Como muestra del método geográfico seguido por L. Frobenius, nos ofrece el Dr. Ad. Jensen un corto resumen de sus características y una serie de mapas.

Si en éstos marcamos la repartición de las formas, de los utensilios, de las armas (por ejemplo, arcos), viviendas, sepulcros, instituciones, de los mitos, ideas morales y religiosas, etc., veremos que varios de ellos coinciden. El conjunto de estos elementos es lo que caracteriza una cultura. Así vemos que la extensión geográfica de la choza cupular, del duelo por el honor y la mujer, el trabajo del cuero y la construcción de la choza correspondientes a la cultura camítica, son distintas de la del patriarcado; el granero y la habitación sobre pilotes, propios de la cultura etiópica. (No comprendemos cómo es posible el desprecio de la virginidad en una cultura patriarcal, cuando todos los autores lo creen propio de la matriarcal.)

* * *

Hace algunos años era muy poco lo que se sabía sobre Prehistoria africana; pero en corto tiempo se han sucedido los hallazgos y estudios de tal manera, que es posible el tener una idea, aunque esquemática, del origen y desarrollo de las culturas humanas en el continente negro, como la que nos proporciona el profesor H. Breuil de manera completa e irreprochable.

Los hallazgos prehistóricos forman varias zonas geográficas debidas, no a la intensidad mayor o menor de las investigaciones, sino a causas naturales. Tales son: Africa menor (Túnez, Argelia y Marruecos), Sáhara, estepas del Sudán y del Níger, valle del Nilo, Abisinia, región de los lagos y el Sur del continente. Proba-

blemente la selva virgen de la región ecuatorial impidió, ya en época prehistórica, el desarrollo de la cultura humana.

H. Breuil se limita a presentar los hechos más salientes. En Africa del NW. el *Paleolítico inferior está muy bien representado, tanto en Túñez (Gafsa) como en* Constantina (Clairfontaine, Ternifine), Orán (Palikao), Marruecos (El Onck, Rabat), como en el Sáhara (Iguidi) los tipos no son uniformes, sino que se pueden distinguir facies de distintas edades. Se puede admitir un Chelense grosero muy patinado, seguido de hachas de mano *(limandes)* menos patinadas y mejor talladas, y después de tipos lanceolados finos y cordiformes.

El Chelense y Acheulense aparecen también en Mauritania sahariense, en Senegal central y en Nigeria.

Los hallazgos del valle del Nilo son muy típicos y conocidos desde hace algún tiempo. Menos lo son los de Abisinia y Somalilandia. La localidad más típica de aquí es Inutugán, donde aparece un Acheulense superior o Micoquiense.

En la región de los lagos los trabajos de L. S. B. Leaky y Solomón dan por resultado el hallazgo de dos instrumentos «prechelenses en Baringo», hachas achelenses en Kariandusi River e industria acheulense-musteriense en Karatí River.

Sobre los hallazgos del Sur de Africa nos ocuparemos con todo detalle con motivo de otra publicación del profesor H. Breuil. También se mencionan en el *territorio africano formas levalloisienses y clactonienses.*

En el Paleolítico medio parece como si hubiera primero un Musteriense normal y después el Ateriense con puntas pedunculadas y que procede de aquél por evolución directa. Ambas industrias están superpuestas en Sidí Mansour (Túnez). Los hallazgos de ambos son muy abundantes. Citaremos de Musteriense puro los de Fedj-el-Botna (a 70 kilómetros al Sur de Tebessa), y de Ateriense los de Gafsa (Túnez), Oum-el-Tine, Bir-el-Ater (Argelia), Oudja à Salsafat, Rabat, Mogador (Marruecos) y Koudiat-el-Hamra (Marruecos oriental).

En el Sáhara hay algunas estaciones de Musteriense puro, pero lo que domina es el Ateriense, que se extiende del Norte al Sur y del Atlántico a la Tripolitania. Piezas aisladas aparecen en Egipto, y más raramente en Africa del Sur. Aquí el Ateriense se carga de tipos propios del Paleolítico superior y de puntas de hoja de laurel sbaikienses. Lo mismo sucede en el oasis de Siwa, en el desierto de Libia occidental.

El Paleolítico medio de Egipto ofrece más relación con el Levalloisiense europeo que con el Musteriense, pero hay algunas débiles influencias sbaikienses (Abou-el-*Nour) y aterienses (alrededores de Tebas). Industrias de carácter levalloisiense* y musteriense se encuentran también en Abisinia y en Somalilandia, donde hay puntas de tipo solutrense que pueden atribuirse a evolución del hacha fina acheulense o a influencias sbaikienses.

El desarrollo industrial en el Africa oriental, según Leaky, es un Musteriense, que al final sufre influencias auriñacienses, y en el que se fabrican puntas de descendencia solutrense. Este Musteiosolutrense aparece también en el Sur de Africa.

Respecto al Paleolítico superior, Breuil trata primero con cierto detenimiento *del de la zona africana del NW., donde son típicos los grandes concheros (escargotières)* con industria capsiense, típica en el Sur, y del Iberomauritaniense en la costa que se prolonga hasta Marruecos. En el Sáhara el Capsiense, salvo en el Tidikelt, no ha penetrado hasta su fase más moderna.

Una facies del Paleolítico superior se ha extendido por el Africa occidental, y otra existe también en el valle del Nilo (Sebiliense). Los hallazgos se continúan con

poca intensidad porAbisinia, costa eritrea y el Africa oriental, dondel a cultura de Nakuru se prolonga bastante, pues aparece con objetos importados. En Africa del Sur existen industrias análogas al Paleolítico superior, como veremos más adelante al tratar de otros estudios del profesor H. Breuil.

Este nos cierra su estudio sobre industrias prehistóricas con un estudio sobre el Neolítico, y pasa revista a las culturas del Egipto predinástico (Fayum, oasis de Siwa, Badari, *kitchenmiddens,* Abydos), Sáhara, costa nórdica, etc. En toda esta parte el foco principal ha sido el desierto, y a su desecación se debe la dispersión de la cultura sahariense en todas direcciones. Hallazgos neolíticos, más por la cultura que por el tiempo, se han citado en Africa central. En el Sur parece haber habido una influencia retardada e indirecta de las culturas predinásticas por ciertos tipos industriales (véase lo que hemos indicado que opina Frobenius sobre las pinturas en líneas anteriores), pero sin que se pueda propiamente hablar de una cultura neolítica.

Al reseñar los conocimientos actuales sobre el arte rupestre africano Breuil comienza por señalar que los dibujos del Karkoum Thal corresponden a un arte de pueblos cazadores, en el que la analogía con el del Sur de Africa es demasiado grande para ser fortuita. Respecto a otra localidad del mismo desfiladero indica que las pinturas más antiguas recuerdan el nivel más arcaico del Este de España y los conjuntos más antiguos del Africa del Sur. Lo mismo sucede con otras localidades del Hoggart, entre las que se destaca la gruta de In Ezzán.

En Abisinia aparecen en la gruta de Diri-Daona pinturas mal conservadas, pero que no son geométricas ni esquemáticas, y que pueden estar en relación con el estadio industrial que Breuil ha llamado musterosolutrense. Esquemáticas son, por el contrario, las de otras grutas abisinias: el abrigo de Bwanga (Victoria Nyansa), Songo (Sudán), Bamoko (Alto Níger), etc.

En el Noroeste de Africa distingue tres etapas: la más reciente esquemática la relaciona con el arte rupestre neoeneolítico de Andalucía; la media medianamente geométrica, pero con dibujos menos ingenuos y complicados que los de la fase anterior, y la más antigua, de carácter realista, que considera como de época en que el gran búfalo vivía aún, que supone sea el Cuaternario inferior y que correspondería al fin del Capsiense. Los modernos estudios, entre otros, de Reygasse y Obermaier, de los que hacemos referencia en este volumen, han demostrado de manera indiscutible el que el arte rupestre de Africa menor no es de época cuaternaria, sino que sus comienzos corresponden al Neolítico.

El trabajo meritísimo de H. Breuil sobre el Africa prehistórica termina por una exposición resumida del arte rupestre del Sur de Africa. A fin de no repetirnos, remitimos al lector a nuestra reseña de otro trabajo del profesor H. Breuil sobre esta región.—*José Pérez de Barradas.*

HENRI BREUIL.—*Premières impressions de voyage sur la Préhistoire sud-africaine.* «L'Anthropologie». Tomo XL, págs. 209-223. París, 1930.

Tanto en esta publicación, en que resume una conferencia dada en el Institut de Paléontologie humaine de París el día 15 de febrero de 1930, como en las páginas del cuaderno de «Cahiers d'Art» dedicado a *L'Afrique*, el gran especialista francés Henri Breuil expone sus puntos de vista sobre la Prehistoria del Sur de Africa, basados en observaciones personales sobre las colecciones, los yacimientos y las rocas con arte rupestre de este país hechas en un viaje de estudio.

Desde hace tiempo ha llamado poderosamente la atención del mundo científico

el hallazgo en el Sur de Africa de industrias líticas y de arte rupestre que ofrecen *analogías extremas con el Paleolítico europeo. Los estudios y las publicaciones* se han sucedido sin interrupción hasta el momento presente, pero varían las opiniones sobre si tales analogías se deben solamente a paraletismos culturales o si, por el contrario, hay alguna relación cultural y cronológica. Dicho de otro modo: si las culturas del Sur de Africa corresponden a pueblos primitivos que por la ley del «pensamiento elemental» han seguido un desarrollo igual en la industria y en el arte que los hombres paleolíticos con toda independencia de éstos, o sí, por el contrario, se trata de pueblos emparentados con los que vivieron en el Mediterráneo durante la Edad de la Piedra tallada, y que tanto como éstos se desarrollaron durante el período cuaternario.

La cuestión no está satisfactoriamente resuelta todavía, pues, como ha indicado el profesor H. Obermaier en el volumen anterior de este ANUARIO (volumen II-III, páginas 268-269) con motivo de la reseña de la obra de VIKTOR LEBZELTER, *Rassen und Kulturen in Südafrika. Die Vorgeschichte von Sud und Südwestafrika,* que es aún pronto para tales empresas por la falta de descubrimientos que a través del Africa pongan sucesivamente en relación el Sur de Africa con el Norte del continente negro, Palestina y Europa. También cree que, «dado el tiempo enorme que comprende la Prehistoria sudafricana y la escasez de yacimientos con estratigrafía definida, aún es pronto para afirmar con plena seguridad qué culturas son evidentemente de edad cuaternaria —aunque es probable que lo sean algunas— y cúales pertenecen a la actualidad geológica.

El profesor H. Breuil nos ofrece datos interesantes sobre los yacimientos con estratigrafía de Bambata (Matopo), de Peers Cave (Skildergatkop) y sobre las dunas de la costa. Es de interés también la indicación de que en las industrias más primitivas aparezcan gravas en las terrazas fluviales más elevadas, mientras que en otras más modernas se hallen en las bajas o en limos y depósitos de otro origen que el fluvial. El desarrollo industrial, según Breuil, es el siguiente:

Edad de la Piedra antigua:

1.° Cultura de *Stellenboch.*—Formada por hachas de mano, cuyas tres etapas equivalen: *a*), inferior = Chelense + Clactoniense; *b*), media = Acheulense antiguo, y *c*), superior = Acheulense superior.

2.° Cultura de *Fauresmith.*—Con hachas de mano pequeñas y núcleos parecidos a los levalloisienses. Sus divisiones serían tres: *a*), inferior, con lascas parecidas a las levalloisienses antiguas; *b*), medio, con hachas muy típicas, análogas a las de La Micoque, y *c*), superior, con discos de pequeñas dimensiones y lascas delgadas.

Edad media de la Piedra:

Conjunto de industrias con caracteres mixtos de Musteriense, Auriñaciense, Solutrense y Capsiense. En la provincia de El Cabo se suceden de esta forma: Cultura de *Mossel-Bay,* de carácter musteriense; cultura de *Glen Craig;* cultura de *Still-Bay,* la más solutrense de todas, y la cultura de *Howilson's Port Cave,* con buriles y hojas con dorso rebajado.

Edad superior de la Piedra:

Comprende dos facies: 1.° *Smithfield,* con hojas y raspadores abundantes, pocos buriles, bolas perforadas (Kwé) y utensilios de aspecto campiñense o asturiense por convergencia.

2.° *Wilton* o Tardenoisiense sudafricano, con industria microlítica y al final cerámica.

Aunque este tema tenga un gran interés científico, lo que más cautiva del Sur

de Africa al prehistoriador y al etnólogo es el arte rupestre de maravilloso realismo y perfección, que recuerda de manera sorprendente el del Levante de España.

Para la cronología de las primeras etapas no tenemos ningún dato cierto como representaciones de animales extinguidos. Las hay, sí, de animales que han emigrado, como, por ejemplo, el hipopótamo, quizá a causa de una progresiva desecación del país. Muy frecuentes en el Sur son las representaciones de los bantus, que invadieron estos países a partir del siglo XVII. Otras pinturas nos ofrecen también hombres blancos, fusiles, carros boers o animales domésticos, de los cuales conocemos la fecha de su introducción en el Sur de Africa (cabra de Angora y asno, a partir de 1689, y caballo y oveja merina, hacia 1800).

Sobre el criterio del estudio de estas manifestaciones artísticas hemos de advertir que varían fundamentalmente según los autores. El profesor H. Breuil nos dice que «en tanto que numerosas pinturas son tan netamente *fósiles* como las del Paleolítico superior de la España oriental, otras tienen un estado físico comparable a los frescos neolíticos de la Península ibérica, y otras son más modernas por la vivacidad de los colores»; otros autores, como Stow-Bleek, nos dicen que no se puede emplear como criterios de la edad relativa de las pinturas ni su grado de conservación, ni el orden de superposición de los colores, ni el valor artístico, ni el estilo.

Por lo que se refiere a quién fué el pueblo autor de este arte, no cabe duda de que fué el bosquimán. Los antiguos viajeros, como Barrow, que recorrió el Africa meridional en 1797, lo atestiguan así, y también los bosquimanos actuales, que no pintan ya y que han olvidado el tesoro folklórico de su pueblo. Es más: el último bosquimán maluti conocido llevaba, cuando fué muerto en 1866, diez pequeños recipientes de cuerno que contenía cada uno un color diferente.

Según M. C. Burkitt, en el arte bosquimán, que en sentido amplio abarca una comunidad de estilo, aunque en realidad sus autores sean otros pueblos que los bosquimanos, pueden distinguirse tres zonas geográficas: Rhodesia, la región central de Orange, Basutuland, Natal y el Este del Estado libre de El Cabo, y las regiones del Sur de Natal y de El Cabo. A éstas podemos añadir otra zona: la de los territorios de Damara y Namaqua, de la antigua colonia alemana del Sudoeste de Africa.

La zona de Rhodesia se caracteriza por ser su estilo evidentemente más antiguo y por las escenas míticas. Los grabados más antiguos que se encuentran en la zona Norte son comparables a los más primitivos de los arunta de Australia. Están en rocas planas, cerca de fuentes, y representan huellas de pies humanos y de animales y esquemas primitivos. En general, el desarrollo estilístico y técnico de los grabados, según Burkitt, se hace partiendo de figuras de trazos lineales, que culminan en aquellas de animales de relleno completo, y modeladas a veces, para terminar en otras de trazo grosero y esquemático mezcladas con figuras esquemáticas. Este desarrollo es general para todo el Sur de Africa.

Las figuras míticas y místicas y los tipos análogos al arte predinástico egipcio, sobre los cuales ha tratado Leo Frobenius en su última obra, son propias de esta región y elementos importantísimos para su estudio.

En la zona central es donde el arte bosquimán alcanza su apogeo. Aquí, según H. Breuil, se distinguen diez y siete series sucesivas. Las siete primeras son de un solo color, que a partir de la más antigua es *blanco* o *amarillo* (figuras filiformes, *amarillo, rojo pálido, negro, rojo pálido, rojo oscuro* y *rojo* con retoques *blancos)*. La octava serie es ya de figuras policromadas o, mejor dicho, bicromadas y de excelente estilo, sin ninguna huella de los pueblos pastores bantus, hotentotes y europeos. A partir de aquí se inicia la degeneración, que apenas se nota en las se-

ries novena y décima de color único *pardo rojizo* y *negro*, ni en la undécima, que es policromada y de buen estilo. El retroceso es ya patente en la siguiente capa policromada, y sobre todo en las restantes de colores *blanco* y *negro*, o un solo color vivo, *rojo, amarillo, blanco*, y por último *rojo naranja*.

En el grupo del Sur, que sigue un desarrollo casi análogo al del centro, no se alcanza tanta perfección. No obstante hay frisos de gran valor artístico, como por ejemplo, los animales bicromos o monocromos, pero modelados, de Costellos Farm Zuurfontein, Burley, Louw's Kloof, la lucha de dos partidas de bantus por un rebaño de vacas de Modderport, las danzas de Orange String, etc.

Antes de terminar nos ocuparemos brevemente de las supuestas relaciones de este arte con el del paleolítico del Levante español, cuya tesis sostiene H. Breuil. Manifestaciones de un arte rupestre semejante al del Sur de Africa se conocen en la región del lago de Tanganika, en los alrededores de Kisana e Ilongero, en Abisinia, en la cueva de Diri-Daona, y en el Sáhara. Aquí se han descubierto varias localidades con figuras naturalistas, pintadas o grabadas, en el valle de Talliz Zharen (Mourzouk), Fezzan, en el Oued Bou Aluan, cerca de Karakda (Djebel Amour, Sáhara-Atlas), en la cueva de In-Ezzan (al Sur de Rhat, en el Fezzan) y en el oasis de Ouenat (Kartoum Talk, al Sur de los oasis de Kufra, en Trípoli). Recuerdan por un lado el arte del Sur de Africa y por otro el levantino de la Península ibérica, siendo posible, según H. Obermaier, su edad cuaternaria.

Según nuestros últimos estudios personales, cabe una explicación hipotética de estas coincidencias estilísticas. El profesor H. Breuil relaciona en varias ocasiones ciertas capas pictóricas con la *Middle stone age* avanzada; es decir, con culturas mixtas mustero-solutrenses y solutro capsienses. Como es probable que tales culturas no hayan nacido en el Sur de Africa, sino que procedan de otra parte, como nos lo hacen suponer la industria mustero-solutrense de la gruta de Diri-Daona (Abisinia) y otros hallazgos africanos que nos conducen a la cultura del Sáhara, donde el Sbaikiense y el Ateriense mezclados se han prolongado hasta el final del Paleolítico. Es, por lo tanto, probable que entonces haya existido una migración desde el Sáhara, cuyo arte rupestre se relaciona estrechamente con el bosquimán por una parte y por otra con el levantino de España hacia el Sur de Africa, pasando primero por la región de los lagos, Abisinia y Somalilandia, donde dejó huellas de su paso consistentes en las pinturas rupestres y en la industria mustero-solutrense, que pudiera tal vez estar relacionada con el ateri-sbaikiense, como pudiera suceder también con la cultura de Still-Bay. El que el llamado Solutrense en Africa no es otra cosa que un Sbaikiense tardío, no ofrece dudas para nosotros. De igual modo creemos que él está emparentado con el Solutrense levantino, como se deduce de la cueva del Parpalló (véase nuestra reseña de los trabajos de L. Pericot), no siendo disparatado el suponer que el arte rupestre del Oriente de España no esté relacionado con la cultura capsiense, sino con un Sbaikiense-Ateriense tardío, como en el Sáhara, o con unas derivaciones suyas. Entonces sería justificada la relación que ve Burkitt entre los niveles solutrenses del Parpalló y la cultura de Still-Bay, que, como dice Pericot, «a primera vista parece excesivamente remota».—*J. P. de B.*

Bulletin de la Société de Préhistoire du Maroc. VIIme année, 103 páginas, con numerosas ilustraciones. Casablanca, 1933.

En volúmenes anteriores hemos dado cuenta detallada de los trabajos publicados en este *Boletín;* hoy lo hacemos de todo el volumen, por tratarse de temas

estrechamente relacionados y de extraordinaria importancia para la prehistoria marroquí y para sus relaciones con Canarias y la Península ibérica.

El primer fascículo comienza can un trabajo de A. RUHLMANN sobre *Le Volubilis prehistórica*. En esta famosa ciudad romana se han encontrado restos de un poblado primitivo francamente Neolítico, que están constituídos por numerosas hachas pulimentadas, un pulidor (polissoir), un molino de mano con la piedra móvil, un pequeño raspador de sílex, dos guijarros percutores, un amuleto de cáscara de huevo de avestruz y un vaso de tierra cocida. Las hachas, de corte cilíndrico, están hechas de rocas, que no se encuentran en el país y proceden del Rif o de Prerif. El sílex es de trabajo decadente, como es la norma en Achakar y en las estaciones sincrónicas del Sureste de España. Estos paralelos pueden establecerse especialmente por el vaso, que es de forma ovoide alargada, idéntico por lo demás a otros con cuello cilíndrico de la cueva de Achakar (Cabo Espartel) y de El Garcel (Almería).

A. Ruhlmann cree, de conformidad con L. Siret, en un origen oriental de esta cultura, pero a nosotros nos parece indudable que se trata de una misma cultura camita norteafricana.

Sobre el arte rupestre marroquí versan las tres notas siguientes: En la de MM. HEBER Y DAVID, *A propos des dalles gravées au cap Cantin*, se describen dos rocas cubiertas de grabados halladas cerca del cabo citado, la *terra hieronyma* del periplo de Hannón, y donde se busca la huella del altar de Poseidón.

En una de las piedras, conocida con el nombre de *Outat Moulay'Ali*, hay unas 200 huellas de herraduras. La otra, anónima, además de huellas de esta clase, más pequeñas, y de cazoletas, ofrece una mano y tres pies humanos grabados. La primera es objeto de culto y se relaciona con un personaje folklórico marroquí. J. GATTEFOSSE, en la nota *Graphismes en fer-à-cheval du Dadès* (Kelâa des M'Gouna, Drâa superior), nos señala cuatro rocas análogas con huellas de herraduras. Puede discutirse si efectivamente se trata de herraduras; pero, sin embargo, hay que anotar la presencia en la Península ibérica de grabados del mismo tipo, por ejemplo, en Linhares (Portugal) («Boletín de la Sociedad Portuguesa de Antropología, volumen VI, pág. 141). Huellas de pies hay también, según J. Zuazo, entre las cazoletas del Monte Arabí (Murcia).

El mismo autor en otra nota, *Les pieds humains gravées des Aït Dadès*, señala casos de ismaelización de huellas de pies cerca de mezquitas, y que se relacionan con leyendas del santón Sidi el Hadj Hamed.

Otras dos notas corresponden a la estación del Oued Mellah, que es de extraordinario interés, pues por la cerámica se relaciona con Canarias y por la industria lítica con las fases arcaicas de la cultura almeriense de la Península ibérica.

La primera cuestión es tratada por G. MARCY, *A propos du vase de l'Oued Mellah*, quien ha realizado estudios en las islas Canarias. Llama la atención de que la cerámica canaria no corresponde a nada de lo conocido en el continente vecino, pero que la lengua y toda la cultura revelan profundos contactos con el mundo bereber. Ve en el vaso de Oued Mellah una estrecha relación con la cerámica guanche de Lanzarote y Fuerteventura, tanto por la forma como por el decorado.

El problema planteado crece de interés con el trabajo de M. ANTOINE, *Notes de Préhistoire marocaine.—VI. La station de la Poterie à l'Oued Mellah*. Está situada cerca de Casablanca, en un valle arenoso. La industria lítica está formada por núcleos amorfos (uno solo de hojas), lascas, algunas con muescas, hojas muy abundantes, microlitos semicirculares, triangulares y trapezoidales, microburiles, etc. Completan el conjunto tres hachas pulimentadas y un pico de tipo «asturiense». El

autor atribuye el conjunto al Neolítico; mas por nuestra parte vemos estrechas relaciones con los yacimientos almerienses más antiguos, en los que El Garcel (Almería) es el representante más típico.

El hecho de que tanto los hallazgos de Volubilis como del Oued Mellah correspondan probablemente a la fase más antigua del Neolítico marroquí nos pone de manifiesto el que hay que admitir una cultura uniforme en este tiempo en el Norte de Africa, de donde se propagó hacia Almería en un sentido y hacia el Sáhara occidental y Canarias en otro.

El segundo fascículo contiene dos trabajos interesantes. El primero, de M. ANTOINE, *Notes de Préhistoire marocaine.—VII. Sur la présence d'un gisement paléolithique ancien dans les alluvions du Haut Draa*, trata de un yacimiento situado en la vertiente Sur del Gran Atlas y en una hammada desértica, que es una prolongación del Sáhara por el clima y por la biología. En las pudingas de la orilla izquierda del Oued Ouarzazat (Alto Dráa), entre la casbah del mismo nombre y el poblado europeo, se encuentran bifaces amigdaloides, talladas sobre grandes lascas acheulenses, hachas Levallois, núcleos discoidales y lascas musteroides. Como el hacha sobre lasca Levallois, que falta al Norte del Atlas, es característica del Paleolítico inferior del Erg er Raoui, puede considerarse este yacimiento como una facies local (¿montañesa?) del Acheulense del Sáhara.

Las mismas relaciones paleoetnográficas se nos aparecen netas en el trabajo de L. CLARIOND, *Les gravures rupestres d'Aït Saadane (Maroc saharien)*. Los principales son un rinoceronte, un antílope atravesado con una jabalina y un avestruz del mismo estilo que los del Sáhara argelino. Es curioso el que estén asociados con un gran túmulo. Son, por tanto, la prolongación occidental del foco de arte rupestre del Sáhara, sobre el cual nos hemos ocupado en otra ocasión. (Véase la recensión de T. MONOD: *L'Adrar Ahnet. Contribution à l'étude archéologique d'un district saharien*. H. OBERMAIER: *La antigüedad del arte rupestre del Norte de Africa*, en este ANUARIO.)—*J. P. de B.*

A. RUHLMANN.—*Le Paléolithique marocain. Esquisse d'une étude d'ensemble.* «Science au Maroc». Ouvrage publié à l'occasion de la LVIIIe Session de l'Association Française pour l'Avancement des Sciences. (Tirada aparte de 24 páginas y 14 figuras.) Casablanca, 1934.

Aunque sea prematuro el llevar a cabo una síntesis de la Prehistoria marroquí, dado que sólo se ha explorado suficientemente la costa desde Mazagán a Tánger en el espacio de tiempo en que el país está sometido al Protectorado francés (para la zona española véase H. OBERMAIER: *El Paleolítico del Marruecos español*, analizado en los vols. II-III, pág. 260 de este ANUARIO), es de celebrar esta *mise en point* del Paleolítico marroquí, puesto que los descubrimientos se suceden rápidamente.

Así es de sumo interés la noticia del hallazgo hecho en 1933 a las puertas de Rabat de un cráneo humano muy mutilado, que ha sido entregado para su estudio al profesor M. Boule. Apareció a unos diez metros de profundidad en una duna consolidada del Cuaternario medio.

Según A. Ruhlmann, el principal yacimiento chelense es el del promontorio de El Hank, al Sur de Casablanca. Cuarcitas de tipo chelense han aparecido en los alrededores de Safsafat, en la región de Guercif y en el valle del Muluya, por lo que se refiere al Marruecos oriental; en Quitzan (zona española), alrededores de Rabat,

diversos puntos de la Chaouïa y en las márgenes del Azemmour, en el litoral atlántico, y por último en la costa de Midelt.

El Acheulense es más abundante. Se señala una zona costera en que predomina la cuarcita, y en la que hay piezas que semejan picos asturienses, como ha hecho constar el profesor Koehler. Por el contrario, en el interior se han aprovechado las rocas locales: basalto (Oujda), rocas eruptivas (Bab Merzouka, Asni, región de Marrakech), arenisca (Muluya), caliza (Azrou) y rocas silíceas (regiones de Khouribga y Guercif y valle del Muluya). El área de dispersión es muy extensa para yacimientos superficiales. Con estratigrafía hay solo dos: Beaulieu, al Este de Casablanca, sin fósiles, y Aïn Sabaâ, en la misma región, con restos de *Elephas* y *Rhinoceros*.

Los hallazgos del Levalloisiense son muy reducidos: Safsafat, Midelit, valle del Muluya y vertiente atlántica, entre Rabat y Mogador (Diabet).

En cambio, el Musteriense parece ocupar una vasta región, pero Ruhlmann no hace distinción entre el Musteriense clásico y el Ateriense, el cual considera como una facies particularmente africana. Ambas industrias abundan en superficie en el Marruecos oriental, entre Oujda y Taza, y en el valle del Muluya, y en estratigrafía en la cueva Kifan bel Ghomari, cerca de Taza, donde faltan los elementos aterienses. En la zona atlántica los yacimientos mustero-aterienses se suceden desde Tánger, zona española (Arcila, Cuesta Colorada, Zeguelt y El Mogote), por Rabat, la Chaouïa, Doukkala, alrededores de Mogador (Diabet) y la Chichaona. Aquí los más célebres son los de El Hauk, Khouribga y Till-Mellit, parte de los cuales están inéditos, y de otros nos hemos ya ocupado en otra ocasión, así como del yacimiento del Aguelman de Sidi Alí en el Atlas.

Las referencias sobre el Paleolítico superior son poco claras si nos atenemos a la separación del Capsiense en sentido estricto y el Ibero-mauritaniense u Oraniense, del cual las estaciones más típicas son las de las cuevas de Kifan bel Ghomari (Taza) y la Aïn Rahmane.

A. Ruhlmann discute las teorías de Gobert y Vaufrey a base de los resultados de la cueva de Kifan bel Ghomari, en la cual hay utensilios ibero-mauritanienses con restos de *Rhinoceros Merckii,* camello, gnou y *Oryx algazelle,* es decir, los elementos característicos de la fauna del Cuaternario final del Norte de Africa.

En las conclusiones de este trabajo se hace resaltar el que el Paleolítico marroquí no se diferencia por ningún carácter esencial del de Argelia y Túnez, sin que por esto haya una identidad absoluta. Lo que parece comprobarse, a nuestro modo de ver, es que en contra de lo que pudiera deducirse a primera vista, Marruecos no ha sido en tiempos prehistóricos camino de paso entre la Península ibérica y Africa, sino al contrario, un rincón donde las culturas han quedado estacionarias y al margen del desarrollo general. Un punto interesante a resolver es el relativo al Musteriense, puesto que conviene distinguir el verdadero Musteriense de las otras industrias musteroides: Tayaciense, Levalloisiense y Ateriense.

El hecho de no haberse encontrado apenas piezas sbaikienses en Marruecos, cuando abundan en España (Madrid), justifica nuestra creencia en que corresponde a una zona al margen de los grandes movimientos étnicos y culturales de la lejana Edad de la Piedra tallada.—*J. P. de B.*

HUGO OBERMAIER. – *La antigüedad del arte rupestre del Norte de Africa.* «Boletín de la Academia de la Historia». Tomo C, págs. 243 y sigs. y dos láminas, una de ellas en color. Madrid, 1932.

IDEM.—*L'âge de l'art rupestre nord-africaine.* «L'Anthropologie». Tomo XLI, págs. 65-74. París, 1931.

El autor reanuda con estas publicaciones tema tan brillantemente tratado en la magnífica obra publicada en colaboración de LEO FROBENIUS, *Hadschara Máktuba. Urzeitliche Felsbilder Kleinafrikas.* München, 1925.

El arte rupestre, según H. Obermaier, G. B. M. Flamand, Russo, T. Monod y otros, es susceptible de ser dividido en varios períodos estilísticos. Al más antiguo, o libio-bereber, pertenecen los grabados sumamente esquemáticos con camellos, que deben tener su fecha inicial en la época romana. El resto del conjunto netamente prehistórico se puede dividir en dos etapas: una, en la que se inicia la esquematización, y otra, más antigua, francamente naturalista, que ha sido considerada como cuaternaria y comparada con otras similares del arte rupestre franco-cantábrico.

El profesor Obermaier hace notar que entre los animales representados en el arte naturalista nord-africano no hay representaciones de especies claramente cuaternarias, puesto que si bien hay animales que hoy no viven en la región, son netamente africanos. El búfalo antiguo, según se ha comprobado modernamente, no se extinguió en el Cuaternario, y aparece como objeto de veneración religiosa.

Por otro lado, junto con la fauna salvaje aparecen animales domésticos, especialmente carneros, con un halo alrededor de la cabeza, que recuerda el carnero sagrado egipcio. Los animales de esta clase, según M. Hilzheimer y L. Adametz, son, por sus caracteres, de origen oriental.

El conjunto de la fauna es de carácter africano y viviría en la región del Atlas sahariano o en el Hoggart antes de su desecación, como otros testigos, entre los que hay que mencionar los cocodrilos del lago de Mihero y de los pantanos del Ennedi.

Los modernos estudios llevan a la conclusión de que la desecación del Sáhara ha tenido lugar con oscilaciones, pero de una manera paulatina a partir del Cuaternario, puesto que las estaciones neolíticas son muy abundantes, no sólo en la zona desértica de Mauritania (Makteïr, Adafer), sino en los «territoires du Sud», como, por ejemplo, en la parte Sureste de Aïn Sefra (alrededores del Bordj Violette, Chenachan), en el gran Erg occidental (alrededores de Timimoun) y hacia el Sur, por Tademaït y Tidikelt hasta Ahenen, Monydir y el macizo desértico del Hoggart. Otros documentos de la ocupación del Neolítico suministran en los «territoires des oasis» las regiones del Oued Miga (entre Ouargla y Hasi Inifel), el gran Erg oriental, la región de Djona (Fort Flatters-Temassinin) y de Tassili-n-Ajjer (Fort Polignac-Tarat), así como la zona desértica meridional de Tanezrouft-Ténéré. En los *oueds,* hoy desecados, vivieron los neolíticos hasta la Edad del Hierro (1000 años antes de J. C.), ya que en estas regiones no existe la Edad del Bronce. Hay que hacer resaltar lo que señala el profesor H. Obermaier de que la mayoría de las rocas con grabados no están situadas en pleno desierto, «sino a lo largo de las rutas de caravanas aún hoy día utilizadas».

El profesor Obermaier rechaza la suposición varias veces expresada de que los grabados naturalistas que nos ocupan corresponden a un Neolítico que ha comenzado antes que en Europa, puesto que la fauna doméstica importada del Asia señala una fase más reciente que el Neolítico puro de Egipto (Merinde y Benisalame), que comienza hacia el V milenario.

Sin embargo, H. Obermaier entrevé la posibilidad de que exista en el suelo africano arte rupestre de edad cuaternaria equivalente al arte levantino de España, como se deduce del fragmento de cáscara de huevo de avestruz pintado con la pintura en rojo con el contorno grabado que representa un animal echado, encontrado en el yacimiento capsiense de Oued Mengoub (Biskra), del que nos ocupamos en otro lugar de este ANUARIO, y que relaciona con las pinturas de los abrigos del Sureste de España.

Este hallazgo le sirve de base para considerar como cuaternarias varias localidades del Sáhara, con pinturas o grabados estudiados especialmente por el profesor H. Breuil, de los cuales nos hemos ocupado con motivo de una publicación de este autor. Este arte naturalista se propaga hacia el Sur en la región del lago de Tanganika (Kisana e Illongero) y por Abisinia (Diri-Daona), y establece un puente de unión entre el arte levantino español y el bosquimán del Sur de Africa. El profesor Obermaier no cree «que los autores de las pinturas del desierto hayan sido bosquimanos», ni que se deba «atribuir al Cuaternario las fases más antiguas del arte surafricano, ya que tales pinturas, en que los bosquimanos han tenido seguramente gran parte, son el final de una larga y lenta emigración a través del continente Negro, y, por tanto, más modernas que las del Norte».

Con estas importantes publicaciones queda definitivamente fijada la edad del arte rupestre del Norte de Africa, que aunque por su recio naturalismo y vigorosa ejecución no está lejos en estilo y concepción estética del arte rupestre franco-cantábrico, está separado de él en el tiempo y sin relación cultural alguna. Le somos deudores al profesor Obermaier de haber expresado la última palabra sobre esta cuestión prehistórica. —*J. P. de B.*

HENRI BREUIL et DOCTEUR CLERGEAU —*Œuf d'autruche gravé et peint et autres trouvailles paléolithiques du territoires des Ouled Djellal (Sáhara septentrional).* «L'Anthropologie». Tomo XLI, págs. 53-64 y una lámina en color. París, 1931.

En su larga estancia en el territorio militar del puesto de los Ouled Djellal, a unos 150 kilómetros al Sureste de Biskra, el doctor Clergeau ha recogido importantes materiales que han sido estudiados por el doctor Capitán y por el abate Breuil. El texto del trabajo que comentamos se debe a este último y las ilustraciones al abate J. Bouyssonie.

Las localidades estudiadas son seis. Comienzan por la descripción de la *grotte* de Chaba Naïma, situada a corta distancia de la desembocadura de los *oueds* Farchat y Naïma en el *oued* Itel. Hay dos grupos de figuras: uno, mal conservado, y otro en un abrigo y una gruta, muy decorados. Al exterior se ve una mujer agachada de frente, que tiene un bastón fálico y una especie de sol. En la misma gruta se ven Venus análogas, figuras humanas, una con un escudo en ocho y antílopes, cérvidos, cánidos y avestruces. Hay signos alfabetiformes más recientes, que Breuil compara a los grupos de flechas de los animales de las cuevas paleolíticas europeas.

En la meseta situada por encima de Naïma el doctor Clergeau halló restos de un taller. Las piezas más interesantes para H. Breuil son tres pequeñas hojas de laurel, una hoja de dorso rebajado y otra con un buril de ángulo y discos.

Los materiales del Paleolítico antiguo y medio recogidos por el doctor Clergeau en el *oued* Diffel son hachas de mano y puntas de talla clactoniense. Interesantes

son también los hallazgos de puntas pedunculadas aterienses en el *oued* Djeddi y de hogares capsienses en el *oued* Diffel, análogos a los del *oued* Mengoud.

Aquí los objetos estaban *in situ* en una toba de arena aglomerada. La industria de sílex estudiada por Breuil muestra objetos más antiguos, como puntas sbaikienses reutilizadas y un conjunto netamente capsiense, que comprende raspadores, hojas retocadas del tipo de Chatelperon, buriles, hojas denticuladas, pequeñas puntas de La Gravette y microlitos.

La pieza capital de este yacimiento son unos fragmentos de un huevo de avestruz con la figura de un bóvido grabada y pintada. El artista dió a la cáscara del huevo, preparada verosímilmente como una copa, una capa de ocre en su parte interna, y trazó con un buril la figura e hizo desaparecer el color que había fuera de la silueta. Sólo se conserva parte del dorso y las patas traseras.

El hallazgo es de gran importancia a pesar de lo fragmentado, pues contribuye a plantear, más que a resolver, según nuestra opinión, nuevos problemas.

Su estilo naturalista hace que esta pieza no desmerezca al lado de las de los artistas paleolíticos europeos, y contrasta con los grabados geométricos de las cáscaras de huevos de avestruz del Neolítico antiguo, de tradición capsiense, de El Redeyef.

¿Se puede relacionar esta pieza con los grabados naturalistas más antiguos del Sáhara occidental? Creemos que no, puesto que la edad postcuaternaria de éstos es indudable. La hipótesis de H. Breuil sostenida en este trabajo es verosímil. Supone que entre la zona ocupada por la cultura ibero-mauritánica (getuliense u oraniense) y la de la cultura del Sáhara, sólo con grabados de las últimas fases, ha podido existir otra capsiense en un principio de edad paleolítica y que ha podido perdurar más o menos en el Neolítico. Se justifica esta sospecha por el hecho verdaderamente notable de que el doctor Clergeau, que ha recorrido toda la región entre los *oueds* Djeddi, Itel y R'ten, no haya encontrado en dos años de exploraciones puntas de flecha saharianas, ni hachas, ni ningún objeto neolítico, sino sólo industrias paleolíticas o de estilo paleolítico. Esta cultura capsiense es la que pudiera haber producido las obras artísticas tan notables que han descrito Flamand, Kühn, Obermaier-Frobenius y otros investigadores, los cuales, según dice H. Breuil, son neolíticas, «mais la tradiction qui se poursuit à travers à ces figures a sa racine incontestable dans le Capsien supérieur, et la découverte si importante du docteur Clergeau ne permet plus d'en douter».

Nuestro punto de vista sobre las relaciones de esta pieza del *oued* Mengoub con el arte rupestre norteafricano y levantino y con las plaquitas de piedra de la cueva del Parpalló se exponen al tratar de las últimas publicaciones que a ellas se refieren.
J. P. de B.

THÉODORE MONED.—*L'Adrar Ahnet. Contribution à l'étude archéologique d'un distrit saharien*. Université de Paris. «Travaux et Mémoires de l'Institut d'Ethnologie». XIX, 200 páginas, 103 figuras, tres láminas y tres mapas. París, 1932.

En la actualidad el conocimiento del Sáhara ya no se hace por misiones rápidas y lineales, sino mediante estudios regionales como el presente, dedicado a una zona natural del centro del gran desierto. Es digno de mención que este trabajo ha sido hecho por el autor en su servicio militar como meharista en condiciones materiales primitivas y sin otro material científico que una brújula y un termómetro.

El Ahnet fué atravesado por primera vez por Laing en 1826; pero tuvo después la ocasión de ser descrito por Bissuel en 1888 solamente con las referencias verbales de seis tuaregs cautivos quince años antes de los primeros reconocimientos militares mandados por el entonces comandante Laperrine. En ellos colaboraron sucesivamente hombres de ciencia, aunque es justo anotar el que los oficiales franceses han contribuído de una manera enorme al conocimiento del Sáhara. Después han tenido lugar misiones meramente científicas, como la dirigida por el doctor danés Olufsen.

El Adrar-n-Ahnet, en sentido estricto, es un relieve anticlinal bien definido, y en general puede considerarse como borde tassaliano del escudo sahariano central del Ahaggar. Está constituído por terrenos devónicos y silúricos.

El conjunto está plegado, pero la altitud del macizo es pequeña (300 metros sobre la llanura y no llega a los 1.000 metros sobre el nivel del mar). El Ahnet es menos seco que el *reg* que le rodea; pero, no obstante, es bastante seco (un centenar de puntos de agua en 30.000 kilómetros cuadrados). Su clima es del tipo norte-sahariano, y la flora, localizada a los *oueds*, es de carácter sáharo-sudanesa.

T. Moned ofrece un detenido estudio de las sepulturas del Ahnet. Excavó cuarenta y tres túmulos, veintiséis de ellos con resultado positivo. Corresponden veintitrés al tipo *bassina* (túmulo circular), dos al *chouchet* (en forma de torre, más largo que alto) y una tumba targui. En los veinte casos en que se pudo apreciar la posición del esqueleto éste estaba en diez y nueve casos en posición fetal y uno alargado (el más reciente). Sólo diez tumbas tenían mobiliario, que consistió en cuero, tres veces; en tejido, dos veces; en restos de cerámica, dos veces; en perlas de cáscara de huevo de avestruz, dos veces; en perlas de vidrio azul, una vez, y en una *bille* de cuarzo, una vez. Moned afirma que estos montones de guijarros funerarios del Sáhara central no son prehistóricos, y que se puede suponer que pertenezcan a los antepasados de la población blanca bereber actual, así como que sean contemporáneos de los grafitti-libio-bereberes.

Moned se ocupa además de otros tipos de monumentos funerarios, restos de defensas y muros, e indica que desconoce megalitos en el Ahnet. Los dólmenes citados por Olufsen son ilusorios.

La parte dedicada al estudio de los grabados, pinturas e inscripciones rupestres es interesantísima. Primero da listas de estaciones de composición petrográfica de las rocas de emplazamiento y de dimensiones. Es lástima que presente las figuras agrupadas según lo que representen y no según localidades.

La presencia de grabados rupestres en el Ahnet es conocida desde 1864, pero no fueron reconocidos *in situ* hasta 1903 por Gautier. Flamand menciona una pintura, lo cual ha sido repetido por Gautier y Obermaier; según Moned, se trata de una simple inscripción moderna. Los grabados del Sáhara, como los del Sur de Orán y de Africa Menor, son difíciles de ordenar cronológicamente, puesto que ni la pátina ni el estilo dan base suficiente para ello. Moned insiste en que en el Ahnet faltan los grabados de estilo realista que en el Atlas argelino son los más antiguos; es decir, del grupo naturalista, que antes se consideró como Cuaternario y que ahora se atribuye al Neolítico. Moned distingue en el Ahnet dos capas de grabados: los anteriores o prehistóricos, con bóvidos abundantes, fauna etiópica y hombres con arco, quizá negroides, y los posteriores, con camellos, caballos y hombres con jabalinas y escudos redondos, que serían ya libio-bereberes.

Las figuras humanas del primer grupo llevan arco y carecen de escudo; aquél no fué usado por las poblaciones históricas, ni lo tienen los tuaregs actuales. Las del

segundo grupo tienen un escudo redondo, dos o tres jabalinas, provistas al parecer de punta metálica, y un arma, que pudiera ser un puñal de brazo como los usados por los tuaregs y en el Sudán. En la cabeza suelen llevar una pluma. Las figuras del Ahnet no parecen llevar estuche fálico como algunas del Sur de Argelia. Es curiosa la presencia de dos escenas de coito, que se relacionan con obras del Sur de Argelia dadas a conocer por Frobenius-Obermaier, y que carecen de carácter obsceno. Son, según una inscripción vecina tinifar descifrada por A. Basset, imágenes rituales votivas solicitando el nacimiento de un hijo. La esteatopigia era frecuente, mas, según Zeltner, no es rara hoy día en el Sáhara.

De animales hay representaciones de elefantes, rinocerontes (?), jirafas, caballos, gacelas, toros, carnívoros, avestruces y camellos. Faltan de hipopótamo y de *Bubalus antiquus*.

El estudio de las industrias líticas y de las cerámicas es muy ligero. Hachas de mano más o menos acheulenses han sido encontradas en muchas localidades del Ahnet, *oued* Ag'am, cerca de Hassi el Melha, Taraït, *reg* Edikel-Tin-Dabra, etc. También es muy abundante el Paleolítico medio, caracterizado por «l'abondance des lames et des pointes triangulaires, la présence de feuilles de laurier et celle de pointes pédonculées comparables aux pointes ateriennes», que él llama impropiamente Mustero-solutrense, siendo probablemente un Sbaiko-ateriense tardío.

Moned, por lo que se refiere al Neolítico, nos dice que el Ahnet está en el límite entre una cultura meridional negrítica, agricultora, con hachas pulimentadas, pilones, molinos, etc., que llegó siguiendo el Tanezrouft, y la cultura del Sáhara, con puntas de flecha típicas, las cuales son abundantes en el Tonat y en el Tidikel y contornean el macizo central por el Oeste, por Iguidi, Mauritania y el Sahel sudanés. Notable es la ausencia de Tardenoisiense. El estudio de la cerámica no es interesante desde el punto de vista prehistórico.

El trabajo meritísimo de Moned se cierra con una bibliografía completa sobre la región del Sáhara que ha sido objeto de su estudio, de un apéndice de medidas de algunos cráneos del Sáhara y del Sudán procedentes de sepulturas recientes y preislámicas hechas por el doctor P. Rivet, de tres láminas y de tres mapas en los que ha aprovechado materiales inéditos.

Al cerrar el libro no podemos menos de pensar si nos será dado algún día el ver una obra semejante sobre Río de Oro, editada por el Instituto Etnológico de la Universidad de Madrid.—*J. P. de B.*

MAURICE REYGASSE.—*Contribution à l'étude des gravures rupestres et inscriptions tinifar du Sáhara central.* Cinquantenaire de la Faculté des Lettres d'Alger. Alger, 1932.

Para el problema apasionante de la cronología del arte rupestre es del mayor interés esta publicación de nuestro buen amigo Maurice Reygasse, puesto que trata con gran detenimiento de su fase final, en que las figuras esquemáticas se mezclan con las inscripciones, y en especial manera de la descripción del foco rupestre del Sáhara central, y en particular del Hoggart.

Comienza por analizar los trabajos de los autores que, a partir de las exploraciones de Barth en 1849-55 y de Nachtigal, se han ocupado del estudio de las inscripciones tinifar que hasta la fecha, si bien es posible dar un valor fonético a cada carácter y se pueden leer, no se ha llegado a penetrar el sentido del texto escrito. Los

actuales tuaregs son en el presente los únicos bereberes que escriben todavía los viejos caracteres líbios, pero si bien leen inscripciones recientes, no llegan a traducir las antiguas.

Para este problema lo primero que se impone es la formación de un *corpus* de inscripciones, y a este fin responde este trabajo de M. Reygasse y el emprendido por el abate Chabot, de la Academia de Inscriptions et Belles-lettres de París, para la región del Norte de Africa. Las inscripciones bilingües libio-púnicas y libio-latinas de esta región no han arrojado hasta el presente ninguna luz.

Por lo que se refiere al arte rupestre, hay un hecho interesante. Están acompañadas las más viejas de las primeras figuras de camellos. El libio parece empezar a escribirse cuando se inicia el uso de este animal, y esto tuvo lugar primero en el Norte que en el Hoggart, pudiéndose dar como fechas el siglo II antes de J. C. para el primero y el siglo IV-V de J. C. para el segundo. Se sabe que la estela libio-púnica de Dougga ha sido escrita en 139 antes de J. C.

La identificación de los alfabetos libio y tinifar facilitan la lectura y dan un primer paso para la ulterior.

Los grabados e inscripciones estudiados ahora por M. Reygasse son los de las estaciones siguientes, descubiertas en el curso de una misión científica al Hoggart en 1928: Inamari, Ibergha, Tiltekine, Aouhogga, Tihin-Tagatimt, Aoudjerkil, Ifrazi, Touoggîn y Tazerouk. Además añade otras nuevas, Tazzeit y Ti-n-Esselmaken, situadas fuera del Kudiat del Hoggart, y dos ya conocidas, Aoulef Chorfa (Tidikelt) y Taratimine (Monydir).

La última es interesante por la asociación de las inscripciones tinifar con grabados de huellas de sandalias tuaregs y de camellos. Importante es la localidad de Aoudjerkil con huellas de pasos y grabados de animales de pequeña talla, notables por la armonía de sus formas, por las proporciones observadas con exactitud y por las actitudes. Son grabados muy antiguos, que corresponden a un arte realista de pueblos cazadores. Esta localidad es merecedora, según Reygasse, de un estudio detenido.

Muy notable es la estación de Ifrazi, con numerosos grabados e inscripciones. Aquéllos son los más artísticos del arte rupestre del Sáhara central. Lo mismo sucede en Tonoqquin, donde las figuras más interesantes son un felino idéntico al de Er Richa (Sur de Orán), obra que reproduce un ídolo del tipo de los de Tabelbalet (Ajjers); dos individuos desnudos muy esquemáticos, con un falo muy desarrollado y que se relaciona con tipos españoles, y tres girafas, que pueden compararse con otras similares del Sur de Africa. Aparecen también camellos y avestruces que marcan la transición estilística entre los grabados realistas y los esquemáticos, transición que, según Reygasse, falta en los grabados del Norte y que ha sido por primera vez señalada en el Sáhara central por E. F. Gautier.

La tercera parte de la publicación de M. Reygasse es una ojeada general sobre el arte rupestre africano, y en ella hace su autor observaciones precisas que le llevan a conclusiones positivas en lo que respecta a la fase naturalista. El camello y el hipopótamo, que son fósiles característicos del Paleolítico argelino, no están representados. Otro detalle curioso es el hallazgo de un grabado de *bubalus antiquus* de Géryville, coronado por un esferoide como los carneros, por lo que no cabe duda su edad neolítica.

El arte rupestre que acompañan las inscripciones tinifar es muy esquemático. El hombre lleva armamento berebere (escudo redondo y jabalinas) y va montado a caballo y después en camello. La fauna es en absoluto la actual. La decadencia ar-

tística total corresponde hacia el siglo IV de nuestra era con la llegada de los pueblos camelleros en masa.

Se ha discutido si los grabados anteriores eran debidos a pueblos negros. Reygasse cree que corresponden a pueblos bereberes, pues su repartición en el Sáhara coincide, como ha hecho notar TH. MONOD *(L'Adrar Ahnet. Contribution à l'étude archéologique d'un distrit saharien.* «Travaux et Mémoires de l'Institut d'Ethnologie», tomo XIX. París, 1832), con la distribución de dos monumentos funerarios típicamente bereberes, las bazinas y los chouchets. En cambio en el país habitado por negros faltan todos estos elementos culturales.

En cambio el grupo más antiguo y patinado de Aoudjerkil y Tonoqquin pudiera ser paleolítico, como las pinturas de In Ezzan y Djebel Ouenat, que se relacionan con el arte levantino español y con el de Africa del Sur.

Se trata de problemas interesantísimos, pero no hay que olvidar que hasta el presente no se ha encontrado ningún grabado en Africa del Norte en relación con niveles arqueológicos y que todas las deducciones cronológicas que se hacen son sobre bases estilísticas.—*J. P. de B.*

M. ANTOINE.—*Notes de Préhistoire marocaine.—IV. Sur deux stations à outils pédonculés des environs de Casablanca.* «Bulletin de la Société de Préhistoire du Maroc». Ve année, págs. 3-19. Casablanca, 1931.

Si para nosotros tienen siempre interés las publicaciones que versan sobre prehistoria del Norte de Africa, la que nos ocupa lo ofrece de una manera especial por tratarse de cuestiones muy discutidas del Paleolítico y sobre las cuales es muy probable que se llegue a resultados armónicos por los distintos investigadores que de ellas se ocupan.

El trabajo de M. Antoine comienza por estudiar la estación superficial de Aïn Takielt, que está situada cerca del kilómetro 34,5 de la carretera de Casablanca a Mazagán. La industria es de sílex muy patinado. Aparecen núcleos y discos que «ne sont pas de véritables disques moustériens, mais ils en sont cependant assez voisins», y que se relacionan con el núcleo discoidal del *oued* Djebbana publicado por H. OBERMAIER y J. PÉREZ DE BARRADAS *(Las diferentes facies del Musteriense español y especialmente del de los yacimientos madrileños.* «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo» del Ayuntamiento de Madrid, tomo I, págs. 143-177, figura 35. Madrid, 1924). Las puntas y las raederas son muy abundantes y los raspadores raros. Antoine ha recogido dos utensilios pedunculados, una punta y un raspador, de un tipo muy vecino a uno de la colección Bento.

De gran interés son las puntas de retoque bifacial, que, como dice el autor, son de trabajo más cuidado que las puntas sbaikienses de M. Reygasse y de un aspecto (no técnico) parecido a las puntas neolíticas. En Aïn Takielt se han recogido sólo tres ejemplares, de los cuales uno es un fragmento y otro es un instrumento tosco. En cambio el tercero, evidentemente sincrónico con el conjunto, según Antoine, por su fuerte pátina, es una punta de flecha pedunculada, con retoques bifaciales en toda su extensión, y que se relaciona por su forma, aunque no por la técnica de talla, con ciertas piezas del Neolítico del Sáhara. Se trata, por tanto, de una punta de igual forma que las solutrenses de tipo levantino de la cueva del Parpalló. (Véase nuestra recensión sobre los trabajos referentes a la misma en este volumen.) Las hojas son muy raras en este yacimiento.

La estación de la Ferme Boucherie, situada en el borde del pequeño *oued* Gorea, en los alrededores de Casablanca, muestra, además de sílex neolíticos (o mejor eneolíticos, según nuestra opinión), otros patinados, cuyos tipos son fragmentos de puntas musterienses, raederas, algún raspador, tres utensilios pedunculados y una punta sbaikiense.

M. Antoine clasifica ambos yacimientos como aterienses, pero establece las siguientes diferencias del Ateriense argelino de M. Reygasse y el de Marruecos:

1.º Todas las piezas argelinas tienen, según M. Reygasse, plano de percusión *facetado. En Aïn Takielt son más numerosas las piezas que lo tienen liso.*

2.º El buril de ángulo falta en Marruecos, pero aparece, aunque raro, en Argelia.

3.º Las puntas con retoque bifacial faltan en el Ateriense argelino, pero se encuentran en el marroquí, y también éstas son de talla más perfecta que las sbaikienses.

También hace comparaciones con la industria de los yacimientos del Manzanares, que ha llamado Musteriense ibero-mauritánico, pareciéndole que las puntas sbaikienses son de técnica menos esmerada que las de Marruecos, lo cual no puede sostenerse ante la aparición de nuevos materiales inéditos. Estamos también conformes en que el término de Musteriense ibero-mauritánico es inadecuado. Nuestro punto de vista actual sobre el problema puede verse en otro lugar de este ANUARIO (PÉREZ DE BARRADAS (J.): *La colección prehistórica Bento*. ANUARIO DE PREHISTORIA MADRILEÑA, vol. IV-VI, págs. 1-90. Madrid, 1936). Para terminar, indicaremos que es muy interesante la probabilidad que señala de que la punta ateriense tenga unas raíces muy antiguas, basándose en el hallazgo del teniente CLÉMENT (*La station paléolithique de Si-Saïd-Machou*. «Bull. Soc. de Prehistoire du Maroc». IVe année, págs. 19-28. Casablanca, 1930), donde han aparecido puntas pedunculadas arcaicas, mientras que faltan las puntas tenuifoliadas.—*J. P. de B.*

ARMAND RUHLMANN.—*Note archéologique sur l'Aguelman de Sidi-Ali. Moyen-Atlas, Maroc.* «Extrait du Bulletin de la Société Préhistorique Française», núm. 72, 1932. Le Mans, 1932.

El inspecteur des antiquités du Maroc, M. Armand Ruhlmann, estudia en esta nota interesantes estaciones paleolíticas situadas en el Atlas medio, a 2.000 metros de altura, en la vecindad del lago de Aguelman de Sidi-Alí. Son yacimientos superficiales muy abundantes, unos musterienses con puntas pedunculadas aterienses y otros microlíticos (ibero-mauritaniense-oraniense).—*J. P. de B.*

HENRY KOEHLER.—*Quarzites taillés de la région côtière de Rabat.* «Bulletin de la Société de Préhistoire du Maroc». VIe année, págs. 3-13. Casablanca, 1932. También en los Comptes-rendus du XVe Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie préhistorique (suite) et Ve Session de l'Institut International d'Anthropologie. París, 1933.

El colaborador del ANUARIO, H. Koehler, estudia en este trabajo varios yacimientos de superficie de los alrededores de Rabat, con industrias en cuarcita del Paleolítico antiguo. Aparte de hachas típicas del Chelense y Acheulense, la industria es, según nos declara el autor, muy poco evolucionada si se compara con las cuarcitas de la región occidental del Africa del Norte y del Sáhara.

En la zona de Tánger las cuarcitas talladas son muy raras, y las piezas recogidas por el autor en Cuesta Colorada difieren de las anteriores y se relacionan con las recogidas en Taivilla y Tapatanilla (Cádiz), recogidas por H. Breuil. Las de Rabat tienen, según Koehler, una cierta tendencia a alargarse en hocico como las del Acheulense evolucionado de Tachenghit, pero sin estar tan bien trabajadas. Las puntas musterienses se parecen a las de Garet Aulef Chorfa, en el Tidikelt, pero sin tener una técnica tan fina.

A la vista de estos hechos el autor insiste sobre la inferioridad de las industrias paleolíticas marroquíes, siendo probable que se trate no de tipos primitivos —no en el sentido de punto de partida—, sino de modelos mal imitados o de una cultura estancada o regresiva.—*J. P. de B.*

M. Antoine.—*Notes de Préhistoire marocaire.—V. Station moustérienne à quarzites du plateau de la carrière Martin à El Hauk.* «Bulletin de la Société de Préhistoire du Maroc». VIe année, págs. 23-46. Casablanca, 1932.

Por encima y al Norte de la carrière Martín, al Norte de Casablanca, se encuentra una plataforma donde aparece un yacimiento paleolítico de superficie. Los objetos son casi todos de cuarcita, pero pertenecen a un conjunto homogéneo puro de mezcla. Está además superpuesto el yacimiento a la pudinga chelense y a formación posterior acheulense.

La industria procede del desbastamiento de núcleos discoidales, y está formada por puntas anchas, piezas denticuladas, raspadores, raederas, un solo utensilio pedunculado, hojas anchas muy abundantes, tipos mixtos, tres piezas con talla bifacial, una punta sbaikiense y cepillos *(rabots)*. Hay que resaltar la ausencia de piezas acheulenses, y en cambio la talla y tipos que M. Antoine llama musteriense. El yacimiento, que se distingue bastante, según el mismo autor, del Musteriense típico de la Chaouia por la morfología indecisa de las piezas, los retoques raros y poco cuidadosos y el empleo exclusivo de la cuarcita, pudiera ser clasificado como Musteriense de tradición Acheulense, o mejor como Levalloisiense V de H. Breuil, en el que se inicia el segundo ciclo industrial y donde son netas las influencias acheulenses. Las piezas aisladas, pedunculada (ateriense) y sbaikiense, aparecen así justificadas por su rareza y talla rudimentaria.—*J. P. de B.*

Cornand.—*Contribution à l'étude du Paléolithique marocain.* «Bulletin de la Société de Préhistoire du Maroc». Ve année, págs. 52-63. Casablanca, 1932.

En la región de Midelt, el discípulo y colaborador de L. Siret, ha recogido abundantes materiales paleolíticos, especialmente en superficie, en la llanura de Adeghonal y Mibladen (o Amibladen), así como *in situ* una pieza en la terraza cuaternaria del *oued* Amibladen y otra en la de un barranco cerca de Aribou.

Figura y describe «coups de poing» muy groseros, principalmente chelenses, e insiste sobre una particularidad de este grupo de objetos paleolíticos, la de presentar en el talón dos facetas, donde se apoya la mano en su manejo, que forman un ángulo, que el llama ángulo de aprehensión. Dichas facetas pueden estar formadas por el plano de percusión, por planos de talla o por la corteza natural del nódulo.

El resto de la nota, en que describe tres piezas pedunculadas aterienses y algunas hojas levalloisienses, carece de interés.—*J. P. de B.*

MAURICE REYGASSE.—*Les âges de la pierre dans l'Afrique du Nord (Algérie). Histoire et historiens de l'Algérie.* Ouvrage publié par les soins de la «Revue Historique». París, 1931.

En esta importante publicación, dedicada a conmemorar el cincuentenario de la conquista de Argelia, Maurice Reygasse, director del Musée d'Ethnographie de Argel, nos ofrece un resumen sumamente notable del estado actual de los estudios prehistóricos en Argelia y la zona del Sáhara, ligada a ella administrativamente. Aunque sobre este tema hayamos insistido en otras ocasiones, tiene un gran interés el que nos ocupa para nosotros por la persona de que se trata, ya que es uno de los principales investigadores africanos y a quien se debe una serie de descubrimientos capitales.

Reygasse comienza por hacer la historia de los trabajos de exploración, recolecciones sistemáticas y excavaciones en Argelia y en el Sáhara, que nos hacen pensar con pena en el abandono en que se encuentran estudios análogos en la zona sometida a nuestro protectorado en Marruecos.

Del Sur de Constantina se conocen yacimientos del Paleolítico antiguo con industrias análogas a los de Europa, es decir, con Chelense, Acheulense y Musteriense. Talleres puros de este tiempo, pero sin fauna fría, han sido descubiertos por Reygasse en Fedj-el-Botta y El Horchane, aparte de los otros ya conocidos por Debruge de las cuevas de Constantina, cueva de Alí Bacha, Alí de la Mouillah, etc.

Paralelamente se desarrollan culturas particulares africanas. Una de ellas es el Sbaikiense, con sus puntas de laurel finamente talladas, que, según Reygasse, nace del Acheulense fino y es sincrónico con el Musteriense. Otra es el Ateriense, con puntas de flecha pedunculadas y hojas, raspadores y buriles, que tienden hacia formas del Paleolítico superior. Reygasse insiste sobre el carácter precapsiense, y entre las pruebas aduce los hallazgos de Rellini en Italia y los nuestros en los alrededores de Madrid.

De interés son las indicaciones que nos hace del yacimiento de Aïn-el-Oukseir, en la meseta de Tazbent (commune de Tébessa), donde ha aparecido *in situ* y en superficie una industria particular, gruesas hojas retocadas muy voluminosas, raros utensilios pedunculados, groseros tipos protosolutrenses y numerosos raspadores cóncavos parecidos a los tipos egipcios.

A continuación aparecen en el Sur de Túnez y en Constantina el Capsiense, de J. de Morgán, o Getuliense, de Pallary, que parece faltar en el litoral, y según dice Reygasse, en Orán y en el Sáhara. En Orán es sustituído por el Iberomauritaniense, sobre el cual trataremos con motivo de una publicación de Gobert y Vaufrey. Es de interés el que durante el Neolítico persistan en las mismas regiones los descendientes de ambas culturas, si bien modificadas con elementos nuevos, como animales domésticos, molinos, que señalan una vida agrícola, hachas pulimentadas y en pequeña cantidad puntas de flecha del Sáhara. También aparece cerámica con decoración incisa geométrica descendiente de la de los huevos de avestruz capsienses.

Los grabados rupestres, muy repartidos en el Sáhara y en las cadenas del Atlas del Sur de Orán, son poco numerosos en la región de Constantina, donde se distinguen dos grupos: los grabados rupestres, propiamente dichos, y los graffiti libiobereberes. Sobre los primeros insiste en atribuirlos al Neolítico, aduciendo, entre otras pruebas, el que en un país muy poblado en el Paleolítico superior como el Sur de Tébessa no ha encontrado más que un grabado rupestre y dos pinturas. Tampoco

se ha encontrado ninguna escultura en un hogar paleolítico; las primeras son los ídolos, de forma de pilón de azúcar con caras esquemáticas, de Tabelbalet, en el Tassali de los Argeurs.

Después Reygasse se ocupa brevemente de las estaciones paleolíticas y neolíticas del Sáhara, siendo interesante lo que nos dice sobre la rareza en él de estaciones capsienses e iberomauritanienses, así como la posibilidad de que perdure allí el Ateriense. Hubiera sido interesante el insistir sobre la mezcla con un tardío Sbaikiense, como ocurre, según datos del profesor H. Breuil, en varios puntos del Gran Desierto. De esta industria nace el Neolítico del Sáhara con toda posibilidad, el cual es extremadamente pobre en el Hoggart.

El estudio de los restos humanos capsienses nos ofrece con la misma nitidez el mismo problema que las culturas: un tipo más o menos vecino al de Cro-Magnon (esqueleto de la gruta de Alí Bacha) y otro negroide (Tébessa y Mouillah en el Paleolítico, grottes des Troglodytes y de Redeyef en el Neolítico, etc.).

Termina su trabajo Reygasse con una breve reseña de los Museos de Argel, Orán y Constantina, cuya visita es del mayor interés para todos los prehistoriadores del Mediterráneo.—*J. P. de B.*

E. G. Gobert et R. Vaufrey.—*Deux gisements extrêmes et l'Ibéromaurusien.* «L'Anthropologie». Tomo XLII, págs. 449-490. París, 1932.

En el pasado Anuario (vol. II-III, pág. 213) indicábamos, al tratar del estudio de Aldobrandino Mochi, titulado *Una pagina di Preistoria dell'Africa septtentrionale (Appunti sul Capsiano),* que el Iberomauritaniense no ha sido objeto de un estudio minucioso a pesar de encontrarse en Argelia occidental, Marruecos y España.

Tal falta se ve reparada con el trabajo que comentamos ahora, pues a pesar de lo que indica el título se ocupan del *Iberomaurusien* en toda su extensión, aportándose sobre el problema orientaciones nuevas y originales.

El Iberomauritaniense fué creado por P. Pallary, si bien la estación tipo de esta industria, las grutas de la Mouillah, fueron estudiadas por A. Barbin. P. Pallary la caracteriza de la siguiente manera: percutores, núcleos, hojas simples y con bordes retocados, hojas con muescas, profusión excesiva de pequeñísimas hojas con dorso retocado (o rebajado) y punta muy aguda, raspadores circulares, discos, guijarros de lascas alternas, material para moler colorantes (hematites, ocres, oligisto), punzones de hueso, objetos de adorno y falta absoluta de piedra pulimentada y cerámica.

La repartición geográfica de esta industria, cuyo nombre indica una relación industrial o cultural de Mauritania y la Península ibérica, nos indica el hecho curioso de que mientras el verdadero Capsiense está limitado a la región de los *schott* del Sur de Túnez y a la región vecina del departamento de Constantina, el Iberomauritaniense se extiende en la región costera de Argelia, Orán y Marruecos. E. G. Gobert y R. Vaufrey estudian ahora dos yacimientos extremos: uno el de Ouchtata, en el Norte de Túnez, y otro el de El Hank, en los alrededores de Casablanca.

El primero corresponde a un antiguo suelo cubierto por dunas, en el que aparecen antiguos hogares y en ellos una abundante industria microlítica, formada especialmente por hojitas de dorso rebajado. Hay también abundantes hojas, y en pequeña proporción hojas con muescas, raspadores y trapecios.

Los yacimientos de Casablanca son dos: El Hank y Aïr Rahmane. El primero

consiste en una duna antigua, que en las excavaciones del lieutenant Brouaux ha dado la siguiente estratigrafía:

a) Tierra roja sin huellas de sílex.

b) Arena gris con huellas de ceniza y de sílex. Nivel arqueológico superior.

c) Arena gris con huellas de cenizas y escasas de sílex. Nivel arqueológico inferior.

d) Duna consolidada.

Aïr Rahmane (Aïr Roumane) era una especie de *escargotière* en una cueva excavada en esta duna consolidada de edad cuaternaria. Tanto su industria como la del nivel superior de El Hank corresponden al Iberomauritaniense, que presenta algunas particularidades interesantes, como, por ejemplo, una lasca pedunculada.

El nivel inferior de El Hank es aún más interesante, puesto que los núcleos son de tipo musteriense; hay sesenta lascas u hojas con plano de percusión facetado, una raedera, dos raspadores, dos lascas pedunculadas aterienses y cinco hojitas con dorso rebajado. Gobert y Vaufrey piensan que ambos estratos deben corresponder a tiempos muy próximos.

Es de interés la observación, muy justa por cierto, de que la situación del Ateriense está mal definida. Tipológicamente es verdad que corresponde a un Musteriense de puntas pedunculadas; pero no hay que olvidar que en Africa del Norte hay yacimientos del Musteriense típico, que probablemente son anteriores a los aterienses. En Casablanca, según Antoine, existen, en la duna consolidada de la base de El Hank, cuarcitas musterienses, lo que hace suponer un espacio de tiempo considerable entre esta ocupación humana de la costa y la posterior de tiempos iberomauritanienses, pero con fuertes tradiciones aterienses.

Gobert y Vaufrey consideran que es posible que el Iberomauritaniense corresponda a toda la duración del Capsiense y que sea la facies litoral y telliense de esta industria continental. Es posible también que la industria de tradición musteriense, aunque emparentada con el Iberomauritaniense por los detalles de su técnica, que se encuentra algunas veces en la base de depósitos de este tipo, ocupe en la zona litoral el lugar que más al Sur corresponde al Capsiense típico y represente una persistencia ateriense, que ha sido suprimida en la zona esteparia por el brillante desarrollo del Capsiense. En este caso el Iberomauritaniense pudiera ser el equivalente de lo que uno de nosotros (E. Gobert) llamamos Intergetuloneolítico —se diría hoy Intercapsoneolítico— y del Capsiense superior; es decir, industrias que parecen ser más mesolíticas que paleolíticas.

Sea lo que sea, conviene llamar la atención de que si capsienses e iberomauritanienses tuvieron industrias de facies profundamente divergentes, pertenecieron a una y sola raza: la de Mechta-el-Arbi.

Muy importantes son los puntos de vista de estos autores sobre el Iberomauritaniense de España, especialmente de las estaciones descubiertas por Siret. En ellas se presentan tipos que faltan en Africa, como buriles de ángulo, raspadores abundantes sobre extremo de hoja, puntas de muesca, puntas foliáceas sbaikienses y otras de pedúnculo y aletas (Parpalló). Se relaciona más con el Capsiense, pero esto es poco posible. Gobert y Vaufrey creen que el Paleolítico superior levantino es un equivalente, con algunas particularidades locales, del Paleolítico superior franco-cantábrico, por lo cual proponen, justificadamente a nuestro juicio, la sustitución del nombre de Iberomauritaniense por el de Oraniense. La discusión de esta cuestión la hacemos con motivo del trabajo de L. Siret, *Classification du Paléolithique dans le Sud-Est de Espagne.*—*J. P. de B.*

ARMAND RUHLMANN. – *Le bracelet-bourse romain de Volubilis (Maroc).* «Revue Numismatique». Pág. 51 y sigs. París, 1933.

En las excavaciones de la ciudad romana de Volubilis, que han exhumado piezas de alto valor histórico, ha aparecido un curioso brazalete hecho por láminas de bronce, cuyo hueco se cerraba por una chapita y que constituía un curioso portamonedas, probablemente femenino.

Contenía ciento quince denarios de plata romanos, de los cuales tres eran republicanos y medio del Alto Imperio, cuyas fechas extremas son Nerón (54-68 después de J. C.) y Adriano (117-138 después de J. C.). Es, por otra parte, el primer tesoro de monedas romanas aparecido en Marruecos. —*J. P. de B.*

EVARISTO BRECCIA. – *Le Musée Gréco-romain, 1925-1931.* En folio, 102 páginas, con figuras en el texto, 60 láminas, conteniendo 214 figuras y una en color y dos planos. Bergamo, Instituto Italiano d'Arti Grafiche, 1932.

La Municipalidad de Alejandría vuelve, afortunadamente para la ciencia, a publicar sus Memorias de trabajos, que habían sufrido una lamentable interrupción. Hoy el Ayuntamiento alejandrino, dando un altísimo ejemplo de cultura, que pueden seguir muchas grandes capitales europeas, nos da un volumen irreprochablemente impreso de los trabajos realizados en seis años por el Museo Greco-romano de la Municipalidad.

La cantidad de materiales publicados en este volumen es de tal variedad, en tal cantidad y excelente calidad, que resulta un verdadero acontecimiento la reaparición de las publicaciones alejandrinas y un instrumento de trabajo apreciabilísimo por el gran interés para todo el mundo helenístico.

El Museo de Alejandría está llamado a ser, una vez la nueva y lujosísima instalación en el monumental edificio proyectado sea un hecho, uno de los centros de investigación arqueológica de más valor de nuestro mundo antiguo, ya que la importancia de esta región en la antigüedad ha sido de primer orden.

En el presente volumen publica E. Breccia una cantidad extraordinaria de nuevos materiales, procedentes de hallazgos casuales o de excavaciones que él ha dirigido por cuenta de la Municipalidad. Entre los descubrimientos de los últimos años ocupan lugar destacado el hipogeo de Saleh en la necrópolis occidental, los relieves decorativos coptos de Oxyrhincos, varios mosaicos de gran valor artístico, retratos de cajas-momias del oasis de Baharieh y varios retratos imperiales.

De desear es que la Municipalidad de Alejandría no interrumpa nuevamente la tarea reemprendida, sino que la intensifique en sus publicaciones, la aumente y organice ampliamente en lo que se refiere a excavaciones, y que el grandioso Museo Greco-romano, que debía sustituir al viejo e inútil edificio, sea una realidad para bien de la ciencia y embellecimiento de la Alejandría moderna, digna continuadora de la ciudad fundada por Alejandro.

Al Ayuntamiento de Madrid le brindamos el ejemplo admirable de la Municipalidad egipcia de Alejandría.—*Julio Martínez Santa-Olalla.*

Apéndice

ABATE ENRIQUE BREUIL y DR. HUGO OBERMAIER.—*La cueva de Altamira, en Santillana del Mar*. Prólogo del excelentísimo señor DUQUE DE BERWICK Y DE ALBA. Nueva edición publicada por la Junta de las cuevas de Altamira, The Hispanic Society of America y la Academia de la Historia. Volumen en folio, con 236 páginas, 183 figuras y 52 láminas en fototipia y en color. Madrid, 1935.

La cueva de Altamira, que por la belleza e inmejorable estado de conservación de sus pinturas paleolíticas era única en el mundo, estuvo amenazada en 1925 de hundirse. Las grietas producidas por una cantera que estuvo abierta encima antes de su descubrimiento produjeron desprendimientos de bloques del techo, así como corrientes de agua, que hacían temer el que un día desapareciera para siempre lo que Dechelette llamó la capilla Sixtina del arte cuaternario.

Entonces se creó la Junta protectora de la cueva de Altamira, presidida por el duque de Alba, y de la que formaban parte como técnicos el profesor D. Hugo Obermaier y D. Alberto del Corral. La Junta adquirió los terrenos en los que se abre la cueva; hizo construir muros de sostén en el interior de la cueva que alejaron el peligro de nuevos hundimientos, y ordenó recubrir la superficie del terreno, debajo del cual está la cueva, de una capa de cemento que consolidara la roca y evitara las filtraciones de agua.

Se facilitó también el acceso al público, pues se construyó una carretera desde Santillana del Mar; se hicieron caminos en el interior de la cueva, y se dotó a ésta de iluminación eléctrica.

En el orden científico también se realizaron importantes obras, pues se excavó el yacimiento paleolítico del vestíbulo, y en fecha posterior el abate H. Breuil volvió a copiar las pinturas y grabados.

La última labor que restaba realizar a la Junta, la de publicar un nuevo estudio de estas maravillosas obras artísticas de la lejana Edad de la Piedra tallada, ha sido ultimada.

Cuando Altamira fué estudiada en 1902 por E. Cartailhac y el abate H. Breuil sólo existían pequeños trabajos sobre la misma, algunos tan meritorios como los de su descubridor D. Marcelino S. de Santuola. La labor que realizaron entonces y las copias excelentes del segundo fueron publicadas en 1906 bajo los auspicios del príncipe de Mónaco. Este volumen se agotó en seguida.

La obra que ahora sale a la luz no es una segunda edición de aquélla. Es completamente distinta y original, puesto que no en balde han transcurrido treinta años, durante los cuales los estudios sobre el arte prehistórico han adelantado considerablemente.

Se ofrecen en ella nuevas copias en color de las maravillosas pinturas del gran techo, en las que ha llegado H. Breuil a una interpretación más exacta gracias al camino circular excavado en el suelo, que permite contemplarlas a mayor distancia, y al alumbrado eléctrico, que facilita distinguir con toda exactitud los tonos de color.

Al contemplar las pinturas de Altamira, o simplemente las copias de esta obra, causa asombro el pensar cómo con aquellos pobres medios los hombres paleolíticos, cazadores de bisontes, de renos y de mamuts, pudieron realizar tan maravillosas imágenes de un arte tan real y tan maduro.

Las pinturas se realizaron con ocre, hematites y carbón, reducidos a polvo y mezclados con grasa; es decir, una especie de pintura al óleo. Las grandes figuras *del techo de la gran sala tienen los contornos grabados, pero lo más asombroso es* que se utilizaran relieves rocosos naturales para dar la sensación de relieve y el que para conseguir efectos determinados y de color más armoniosos se retocarán ciertas partes de estas pinturas policromadas con raspados y lavados. En la descripción de las pinturas policromadas se menciona culáes son las partes grabadas y raspadas y las modificaciones introducidas en las antiguas copias por la moderna revisión de H. Breuil.

Los policromados del techo de la sala próxima a la entrada no son las únicas decoraciones murales de la cueva. En el resto de ella, aquí y allá, sobre cornisas rocosas o en rincones ocultos hay otras pinturas y grabados, que H. Breuil y H. Obermaier nos describen minuciosamente. Son figuras de animales o signos de gran interés, puesto que ponen bien de manifiesto el que las cuevas con arte paleolítico fueron santuarios en que se llevaron a cabo ceremonias de magia o de totemismo.

Las primeras pinturas son raros fragmentos de animales rojos lineales que se *relacionan con líneas entrelazadas y dibujos hechos sobre la arcilla que cubre la* roca de la galería. Después siguen animales bárbaros trazados por anchas bandas, signos pintados en forma de tienda o de escalera y de color rojo y grabados de gran tamaño. Una etapa siguiente, que pertenece al Auriñaciense, como las anteriores, es aquella a la que pertenecen signos y grabados rojos, manos pintadas y grabados que representan chozas, hombres enmascarados y animales.

El hallazgo en el yacimiento del vestíbulo de omoplatos de ciervo con cabezas de este animal ha permitido el poder fechar como del Solutrense final o Magdaleniense inicial las figuras negras y las cabezas de ciervas del gran techo, así como los animales dibujados en negro y los grabados estriados de ciervos, ciervas y caballos. Ulteriores son las figuras negras finas y los mejores grabados que anteceden a los hermosos policromados.

La cronología del desarrollo de las pinturas y grabados de las cuevas de estilo franco-cantábrico, al que pertenece la cueva de Altamira, ha sido estudiada por los profesores Breuil y Obermaier de manera irreprochable. Es natural que hayan podido llegar a resultados firmes después del estudio de más de cuarenta y cinco cuevas llevado a cabo en más de treinta años de trabajo. En resumen, puede decirse que el arte rupestre franco-cantábrico se desarrolló en el Auriñaciense hasta llegar a pinturas bicromas de un arte bastante perfecto.

Al final de este período tuvo lugar la invasión de nuevos pueblos procedentes de Hungría, los solutrenses, que carecían de sentido artístico y que paralizaron el desarrollo de los auriñacienses, que quedaron arrinconados en los macizos pirenaicos, Muchos siglos después esta gente originó la cultura magdaleniense, que se propagó por buena parte de Europa, Cantabria y Francia, y fueron los focos donde el arte rupestre alcanzó la perfección extrema que acredita a la cueva de Altamira.

En el vestíbulo de ésta hay restos de haber vivido el hombre paleolítico. Desde *tiempos de Santuola se han hecho excavaciones, especialmente por D. Herminio Al*calde del Río. En estos últimos años el profesor Obermaier reanudó estos trabajos exploratorios y encontró niveles magdalenienses y solutrenses, así como huellas de

progresivo hundimiento del techo, que obligó al hombre a desalojar la cueva, que en los últimos tiempos del Cuaternario se transformó en «gran santuario policromado, secreto y escondido por su difícil acceso». Un último hundimiento cerró la cueva, hasta que al final del siglo pasado fué conocida gracias a la casualidad. Con el estudio de las industrias de piedra, hueso y asta de los tiempos solutrenses y magdalenienses, los autores dan fin a esta obra, que está provista de varios índices que facilitan su consulta.

Tanto ellos, como el duque de Alba y las entidades que han cooperado en la publicación—se ha hecho además una edición inglesa—, son merecedores del reconocimiento y aplauso del mundo culto, puesto que se trata de una obra digna en todos los aspectos del tema de que trata.—*J. P. de B.*

ANTONIO GARCÍA BELLIDO.—*Factores que contribuyeron a la helenización de la España prerromana. I. Los iberos en la Grecia propia y en el Oriente helenístico.* «Boletín de la Academia de la Historia», 36 páginas y 5 láminas, 1934.

El profesor García Bellido abre ahora, con el trabajo que reseñamos, un horizonte más amplio para poder comprender aquella serie de relaciones que nuestra Península hubo de tener con los pueblos más cultos del Mediterráneo oriental y que fructificaron en aquellas manifestaciones del arte ibérico tan sumamente interesantes. Hasta hoy se había señalado, para explicar nuestro arte prerromano, lleno de influencias helénicas, el influjo que pudieron transmitir los pueblos colonizadores a través de sus colonias de mercaderes; mas era realmente poco para explicarnos una asimilación tan intensa de la cultura clásica como la que ofrece nuestro arte prerromano, la influencia que pudieron ejercer las extremas colonias que los griegos fundaron en España desde Rodas y Emporión hasta Hemeroscopeión y Alonai.

García Bellido señala el valor que tuvo en la introducción de productos clásicos el comercio cartaginés; pero sobre todo por el citado trabajo se ve que aquella asimilación del mundo clásico no fué debida solamente a simples relaciones comerciales, cuya intensidad todavía queda por fijar, así como el lugar de origen de los productos que griegos y cartagineses introdujeron con su comercio en la Península. La importancia del trabajo que reseñamos es que nos pone de manifiesto de una manera clara, con una labor sumamente documentada, la gran importancia que tuvo para la helenización de nuestra España prerromana las relaciones que los iberos mantuvieron con los griegos, sirviendo en sus ejércitos como mercenarios y visitando de este modo el mundo clásico al intervenir en varias de sus guerras, pudiéndose asimilar de esa manera parte de aquel espíritu griego que aparece en el arte indígena peninsular desde el siglo v (antes de J. C.) hasta la llegada de los romanos.

Principalmente en Sicilia vemos a los pueblos de la antigua Iberia actuar como mercenarios, primeramente al servicio de los cartagineses y más tarde, en tiempos del tirano Dionisios de Siracusa, pasando al servicio de las colonias griegas de aquella isla, llegando a suponer García Bellido una alianza entre el célebre tirano Dionisios el Viejo y los pueblos peninsulares, que hasta entonces habían sido fieles aliados de los cartagineses, en cuyas filas sirvieron como excelentes soldados en las guerras que Cartago sostuvo en Sicilia. La hipótesis indicada resulta agudamente observada y basada en el estudio minucioso que de los textos clásicos ha hecho el citado autor, como más adelante señalaremos. Pero no sólo en Sicilia vemos a los iberos. García Bellido ha investigado minuciosamente sus hazañas y estancia

en la propia Grecia. En las guerras tebanas, en Corinto y en la propia Atenas, hasta en el Asia Menor, en presencia de Alejandro Magno, aparecen los antiguos habitantes de la Península ibérica citados unas veces por los historiadores y otras por los literatos.

Después del trabajo que reseñamos, en que vemos a los iberos intervenir en las luchas intestinas del mundo helénico en el mismo suelo donde estaban levantados los templos, los santuarios y los demás monumentos clásicos, se puede comprender el arte ibérico en general desde las hermosas esculturas del *Cerro de los Santos* y Elche hasta las artes industriales tan interesantes de aquella época.

Todo lo que las andanzas de los soldados mercenarios peninsulares dejaron en su contacto con los griegos ha sido estudiado por García Bellido, tanto los relatos históricos como los objetos arqueológicos, haciéndolo de una manera acabada, y no decimos definitiva porque tal vez modernas investigaciones señalen nuevas pruebas de aquellas relaciones, que debieron ser sumamente intensas y duraderas. En el citado trabajo se reproduce el interesante broche, típicamente posthallstáttico, de nuestros celtas, que apareció en Olimpia y que se conserva en el Museo de Atenas, de un interés extraordinario, porque nos prueba objetivamente la estancia en Grecia de nuestros celtas y ayuda a fijar su cronología.

En este sugestivo trabajo se han estudiado los textos clásicos con gran detenimiento, siendo en este sentido de un gran valor esta publicación. En efecto, teníamos una espléndida colección de textos griegos recogidos por el profesor Schulten *(Fontes Hispaniæ Antiquæ...)*, al cual tanto se debe en el estudio e investigación de la antigua Iberia. A esta colección de textos referentes a la España prerromana ha añadido ahora el profesor García Bellido una serie de citas de autores griegos del mayor interés para el conocimiento de las relaciones de nuestra Península con la Grecia clásica, las cuales no habían sido señaladas ni recogidas en la citada recopilación de Schulten.

Por todo ello es digna de felicitación y elogio la labor de García Bellido, por su importante aportación para el estudio y comprensión de nuestra cultura prerromana.—*M. Almagro.*

RAMÓN EZQUERRA.—*Descubrimiento de un dolmen aragonés.* «Investigación y Progreso». Año VIII, págs. 33-35. Madrid, 1934.

M. ALMAGRO BASCH.—*Exploración de los primeros sepulcros megalíticos aragoneses.* «Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria». Tomo XIII, págs. 271-272 y tres láminas. Madrid, 1934.

Se trata de dos cistas situadas a cuatro kilómetros del pueblo de Biescas (partido judicial de Jaca, Huesca), en el valle del Tena. El primer sepulcro descubierto es una cista, formada por dos gruesas losas laterales y otras más pequeñas en los frentes. La excavación proporcionó un colgante de diente de ciervo, una punta almeriense de forma lanceolada o de hoja de laurel, un hueso pulimentado, etc.

El otro, situado a unos cincuenta metros de distancia, era del mismo tipo. El ajuar encontrado era una punta de flecha, una cuenta de collar de piedra blanca, un fragmento de azabache, dos cuchillos de sílex y un fragmento de borde de un cuenco liso argárico.

Son interesantes por constituir el enlace de las dos zonas vasca y catalana de la cultura pirenaica de los principios de la Edad del Bronce.—*J. P. de B.*

J. R. dos Santos Junior.—*As pinturas prè-históricas do Cachão da Rapa.* «Trabalhos da Sociedade Portuguesa de Antropología e Etnología». Volumen VI, Pôrto, 1933.

Las importantes pinturas rupestres de Cachão da Rapa, que fueron conocidas desde el siglo XVIII gracias a la obra del contador de Argote, fueron encontradas nuevamente en 1853 con motivo de la construcción de la vía férrea del Duero. Desde entonces se daban por perdidas o destruídas. Por esta razón su redescubrimiento hecho por J. R. dos Santos Junior tiene una gran importancia, pues se trata de una localidad clásica y notable del arte rupestre portugués. Se encuentran en el término de la feligresía de Ribalonga, Concejo de Carrazeda de Ansiães, distrito de Braganza, en un acantilado rocoso que domina el Duero, debajo del cual está excavado el túnel da Alegría, que dista poco más de dos kilómetros de la estación de Tua.

La superficie en que se encuentran las pinturas no ha sufrido una preparación previa; las pinturas se han aplicado sobre la roca al natural. El estado de conservación de las pinturas es bastante satisfactorio y se debe a la naturaleza de los colores, cuya materia sólo se puede apreciar por el análisis químico, y a la disposición natural de la superficie pintada, protegida por lo alto por un saliente rocoso o *pala*.

Las pinturas, de las cuales esta monografía ofrece fotografías sin retoque y nuevas copias en color, se distribuyen en un espacio que mide tres metros de alto por dos de ancho. Los colores empleados son un rojo ennegrecido de tono vinoso y un azul tan oscuro que se le ha creído fuese negro. Lo insólito del color azul nos hace pensar en la posibilidad de que sea efectivamente un negro azulado propio de algunos colorantes de manganeso, extremo que sólo puede ser comprobado por el análisis químico.

Falta la figura humana esquemática. Entre todos los signos predomina el rectángulo ajedrezado, sobre el que hay dos o tres filas de rayitas que algunos autores han comparado con los ídolos sobre placa de pizarra tan frecuentes en Portugal.

Estos, según P. Wernert, son representaciones de antepasados, por lo cual es posible que las pinturas estén en relación con antiguas sepulturas que había en las anfragosidades que se encuentran debajo y que las gentes del país llaman *cova da Moura*. *Sin embargo pudiera estar en relación con manifestaciones de culto* al Duero, ya que a su pie hay un peligroso remolino. De todas maneras no cabe duda, de acuerdo con Santos Junior, que se trata de un santuario rupestre que corresponde al Eneolítico avanzado o a la Edad del Bronce, lo que juzgamos por nuestra parte más probable, aunque independiente del área del arte rupestre del Norte de Portugal y de Galicia.

Nos complace extraordinariamente el felicitar al conservador del Museo Antropológico de la Universidad de Oporto por su exhumación de una localidad de arte rupestre tan importante que se creía ya perdida para siempre.—*J. P. de B.*

Georg Leisner.—*Nuevas pinturas megalíticas en España.* «Investigación y Progreso. Año VIII, págs. 146-152. Madrid, 1934.

A la lista, ya numerosa, aunque no con exceso, de pinturas megalíticas se añade ahora la del dolmen de Pedra Coberta (Coruña) que nos describe el doctor Georg Leisner, y que a su vez es claro indicio de la existencia de otras más en Galicia. Se trata de un sepulcro de corredor muy destruído, cuyas losas estuvieron pintadas en rojo o negro. Se distingue en casi todas ellas una zona inferior de líneas ondula-

das, estrechas, que a veces se aproximan a la forma en zig-zag. La segunda zona, sólo conservada en una piedra, consta de líneas gruesas verticales en negro con pequeños triángulos adheridos. Una línea negra forma la separación con la tercera zona o superior que estaba formada, a juzgar por los rastros de tres piedras, en líneas onduladas ascendentes u horizontales.

En resumen, estaba pintada toda la sepultura, tanto la cámara como el corredor, de la cual el dolmen de Pedra Coberta es el primer caso conocido en España. En Portugal refiere Fortes que la decoración del dólmen de Salles pasaba de una piedra a otra. Se conocían ya sepulcros en que la decoración se refería a una sola piedra (Cangas de Onís, Pedralta Côta), que ha sido interpretada como la figura de un ídolo. Sin embargo las pinturas de Pedra Coberta son superiores por la unidad del plan artístico, la riqueza de formas y la buena calidad del trabajo. El doctor Leisner ve relación a través de los ídolos de Almería con las culturas del Sur de la Península.—*J. P. de B.*

JULIO MARTÍNEZ SANTA-OLALLA.—*Una vajilla ibérica de plata del país de los mastienos.* «Investigación y Progreso». Año VIII, págs. 163-167. Madrid, 1934.

Suele ser fatal para nuestra Arqueología que las piezas más valiosas de los hallazgos casuales o se pierdan para la ciencia o caigan en manos de chamarileros, los cuales, al ofrecer las piezas al Estado o a particulares, callan la procedencia o la dan falsa, con el fin de conservar explotable el yacimiento. La falta de vigilancia y la desorganización de nuestros servicios arqueológicos, tanto del Estado como provinciales y municipales, trae consigo hechos verdaderamente lamentables.

En ello ha sido excepción el tesoro de una vajilla ibérica de plata aparecida en el despoblado de Vallejo de las Viñas, en el término de Abengibre (Albacete), recién ingresada en el Museo Arqueológico Nacional, y que ha sido estudiada por D. Julio Martínez Santa-Olalla.

Los objetos primeramente conocidos —después han llegado otras nuevas piezas al citado centro oficial (26 ó 28 platos y otros platillos pequeños)— son nueve platos y una madeja de tiras de plata. Aquéllos son de tres tipos: una pátera, dos especies de páteras con un aro que les sirve de base y seis platos de perfil anguloso.

Por la forma y técnica recuerdan la pátera de oro y el brasero de plata del tesoro de La Aliseda, así como también a platos ibéricos pintados de Peal del Becerro (Jaén) y Mogonte (Valencia). Fuera de España las páteras tienen paralelos en las regiones mediterráneas, y los otros platos en vasos hallstátticos, principalmente de barro, lo cual da como fecha aproximada del siglo VII al V antes de J. C.

Es de notar que algunos de los platos de Abengibre tienen inscripciones ibéricas y decoraciones de palmetas y figuras humanas y de animales grabadas.

Las primeras parece que, por repetirse, son simplemente el nombre del dueño. Las palmetas, comunes a infinitas piezas mediterráneas, corresponden como fecha media al siglo V, o incluso principios del IV.

De las otras figuras es interesante la de un guerrero del mismo armamento, indumentaria y estilo que los que aparecen en vasos ibéricos, como, por ejemplo, en Oliva (Valencia) y Archena (Murcia). Con los jabalíes de la célebre urna de los guerreros de esta última localidad se relaciona una representación de este animal grabada en un plato de Abengibre. También, por tanto, la comparación de la cerámica da como fecha de esta rica vajilla de un príncipe mastieno el siglo V o los principios del IV precristiano.—*J. P. de B.*

J. M. DE BARANDIARÁN.—*El hombre primitivo en el país vasco.* «Colección Zabalkundea, III», 112 páginas, un mapa, 57 figuras, en parte fuera del texto. San Sebastián, 1934.

El contenido, aunque más compendiado, se parece mucho a la otra obra del mismo autor, publicada recientemente en el *Anuario de Eusko-Folklore;* sin embargo, además de localizar más los problemas de la Prehistoria y sus relaciones con la Etnografía gracias al conocimiento que de ambas cosas tiene el autor, aporta nuevos datos y nuevas figuras, incluso referentes a excavaciones de estos últimos años, aún inéditas, pero de las que el autor puede responder en cuanto a su autenticidad.

El llamado pórtico justifica las bases de conocimiento, arqueológicas y etnográficas, para esbozar los tiempos anteriores a la introducción del cristianismo entre los vascos, y cuida de advertir, cosa que el lector no suele gustar de tener en cuenta, el valor provisional e hipotético de muchas de las soluciones. Es verdad que otros lectores tenderán con ello a la incredulidad respecto de la Prehistoria, sin reflexionar que las otras ciencias de su predilección tienen bases más endebles.

El primer capítulo lo dedica al período más antiguo, aduciendo, además de los restantes del país, algunos ejemplos de fuera de él. Hace referencia a una mandíbula humana hallada en Isturitz, según Breuil, citado por Boule, y que sería de la raza neandertal, único dato antropológico no bien comprobado, aunque sí los datos culturales.

El segundo capítulo viene a ser un preámbulo del tercero, en que estudia con más extensión, rica en datos y figuras, el período siguiente, uno de los más interesantes en la evolución artística y económica; en esta última podría conducir a error al lector al mencionar como de dicho período paleolítico los concheros de Santimamiñe y Lumentxa (pág. 41), que luego se mencionan en su propio período (pág. 57); las figuras «antropomorfas» (fig. 30) las ha tomado algún lector por algo muy lejano a la mente del autor, por falta de explicación del término técnico. El parangón que hace el profesor Obermaier con los disfraces de hechiceros de pueblos salvajes podría extenderse a los de ciertos enmascarados o «zomorros» de la montaña de Santander, etc., aunque en sentido inverso, pues propiamente son disfraces zoomorfos. Al lector convendría decirle qué quiere decir apariencias beluínas de ciertos genios femeninos llamados *Mari.*

Después de un breve capítulo sobre el Epipaleolítico y Neolítico, se extiende el autor sobre los siguientes períodos prehistóricos de la Edad de los Metales. En aquél insinúa la afición culinaria de los pueblos circunvecinos a los caracoles de monte, que no faltan en el conchero de Santimamiñe, aunque bien pudieron penetrar espontáneamente sin intervención humana. En cuanto a la identidad de la raza humana desde los tiempos neolíticos (Edad del Cobre), he de advertir que en realidad se funda en la falta de contradicción, y quedan incógnitos los rasgos característicos de la base del cráneo y algunos de la cara; merecería consignarse, en cambio, la existencia de casos de irregularidad dentaria y lo absolutamente infundado de la creencia vulgar del gigantismo de los gentiles.

Con lo consignado por Barandiarán respecto a distribución de dólmenes podría ver el Sr. Gómez Moreno lo muy equivocado de sus propias elucubraciones sobre iberos, vascones y tribus más occidentales; bien es verdad que sus equivocaciones tienen mucho de pasionales. Respecto a la domesticación del caballo, es posible que además del indigenismo de sus nombres conviniese ver si se pudiera apoyarlo en argumentos parecidos a los aplicados por Staffe a la vaca. No hubiera estado de más

tener en cuenta que la población dispersa, que el autor casi identifica con la trashumante pastoril, es también compatible con la antiquísima labranza a brazo con laya y azada, sin animales de tiro; por otra parte, en el alto Pirineo hay poblados pastoriles y no caseríos o seles; es de notar el carácter pirenaico (no ribereño) de la fanga catalana como de la laya, y en un dolmen de Alzania encontramos una azuela de piedra. En ese capítulo dedica el autor una buena parte a la religión y encuentra muchas reminiscencias indoeuropeas, fundándose principalmente en el folklore y en interpretaciones etimológicas.

Por último estudia con brevedad la época de romanización, precedida de los contactos con iberos y celtas. En cuanto a la cristianización observa que «casi todas estas ermitas e iglesias tienen advocaciones usuales en la iglesia primitiva, lo cual parece revelar que la cristianización de muchos templos paganos data de los primeros siglos de nuestra era en el país vasco».

Concluye con cuatro páginas de muy útiles notas bibliográficas de prehistoria vasca, en que se incluyen no sólo las publicaciones del último cuarto del pasado siglo, sino también todas las del primer tercio del presente y varias aún en preparación, pero de que se pueden ver ya los hallazgos en los museos correspondientes. *Telesforo de Aranzadi* (Barcelona).

HANS ZEISS.—*Die Grabfunde aus dem spanischen Westgotenreich.* Berlin und Leipzig (Walter de Gruyter & Co.), 1934. Páginas VIII-207, 32 láminas.

En el cuadro de actividades de la Römisch-Germanische Komission de Frankfurt, extraordinariamente aumentado bajo la égida inteligente de G. Bersu y H. Zeiss, hallamos una nueva serie de publicaciones, honor de sus directivos y de la institución, que tan alto mantiene en el mundo el pabellón de la ciencia alemana.

Esta nueva serie de publicaciones es la llamada *Germanische Denkmäler der Völkerwanderungszeit,* cuyo primer tomo, en dos volúmenes, fué el de W. Veeck, *Die Alamannen in Württemberg;* el segundo, de H. Zeiss, del cual nos vamos a ocupar, y el tercero, cuya aparición es inminente, de Joachim Werner, a los que seguirán otros muchos no menos interesantes, en tal forma que en las publicaciones de esta filial del Instituto Arqueológico del Imperio Alemán se reúna y centralice todo aquello de valor positivo, estrictamente científico, referente a la época de las emigraciones de los pueblos germánicos.

En la serie magnífica de la Comisión de Frankfurt aparece el libro de Hans Zeiss, obra de elaboración paciente y cuidada, en la que su autor no ha regateado esfuerzo ni viaje alguno por todo el ámbito peninsular buscando en todas partes los dispersos y poco abundantes restos visigodos. Tras una reunión personal de todo el material, comenzó H. Zeiss, uno de los que mejor conocen en Europa la historia y arqueología de los pueblos germánicos en el comienzo de la Edad Media, el estudio minucioso de todo él, y especialmente a base de un profundo conocimiento de los restantes materiales, pudo llegar a los resultados logrados, sorprendentes, sobre todo, si se tiene en cuenta que faltaban conjuntos importantes sistemáticamente excavados y también publicados. De especial interés pudo ser para él a este respecto el conocimiento, forzosamente fragmentario, de Carpio de Tajo (Toledo), que pudo ser la localidad clásica y clasificadora, en lugar de Herrera de Pisuerga (Palencia), excavada muchos años después.

El libro de Zeiss, hecho en una época en que la investigación no había comen-

zado en España, salía lógicamente pobre de material, sobre todo si tiene en cuenta que para cuando aparece se conoce ya el cementerio de Herrera de Pisuerga, Daganzo (Madrid), el enorme de Castiltierra (Segovia), Estables (Guadalajara), etc. Mas esta desventaja no daña en realidad a un libro que tiene gran valor intrínseco, que reúne—trabajo penoso—todos los antiguos materiales, en tal forma que nos evitará en lo sucesivo consultas bibliográficas de cosas viejas, y que será siempre obra clásica de la arqueología visigoda.

Comienza H. Zeiss su obra dedicando unas páginas a la historia de la investigación arqueológica de los visigodos en la Península y Sur de Francia. Luego la obra queda dividida en varios capítulos, descompuestos en dos partes: una, de tipología, cronología, repartición de hallazgos y encajamiento entre las antigüedades germánicas, así como en el marco histórico, y otra parte meramente de catálogo sistemático de los materiales utilizados.

Muy detallado es el estudio tipológico de fíbulas, hebillas, broches y otros objetos de adorno y uso personal, en que nada falta, pues si acaso echásemos de menos bocados de caballo, por ejemplo, o bien objetos votivos (Guarrazar), hemos de recordar que el autor se ocupa sólo de los ajuares sepulcrales, aunque haga alguna concesión a piezas que indudablemente no lo son (cruces de Villafáfila y Burguillos, por ejemplo).

El estudio tipológico de las piezas de ajuar funerario lleva inevitablemente a las conclusiones cronológicas e históricas y culturales bien vistas y plenamente aceptables, salvo pequeños problemas de detalle o puntos que la nueva investigación permita ver en forma distinta.

Tomados en conjunto los resultados de H. Zeiss en su libro, coinciden éstos, salvo detalles que se irán rectificando o ratificando a la vista de nuevas excavaciones, con los resultados que yo exponía en mi monografía sobre Herrera de Pisuerga (J. Martínez Santa-Olalla: *Necrópolis visigoda de Herrera de Pisuerga (Palencia)*. Madrid, 1933), o en varios otros trabajos sobre este tema. H. Zeiss llega a establecer tres grandes grupos dentro de nuestra Arqueología, con todas las características por mí también descritas y que corresponden a los siglos v, vi y vii. Esta coincidencia y acuerdo independiente en la sistematización de la arqueología visigoda, así como la mutua confirmación de la base cronológica, permiten afirmar rotundamente la gran seguridad que ofrecen las fechas y períodos por nosotros expuestos.

Un acierto de H. Zeiss ha sido incluir piezas y ajuares romanos tardíos que pueden ayudar eficazmente a ver el problema de la germanización de España, así como lo mucho que puede haber de coincidente entre estados culturales semejantes en el fondo, pues hay una tradición y cultura clásicas aprendidas en el Sur de Rusia y Danubio especialmente, y otra cultura clásica impuesta, esto para regiones apartadas, a un elemento hispano de componentes camitas y arios.

No me parece oportuno entrar en la contrastación de ciertos resultados, y mejor de opiniones, que alargarían excesivamente esta recensión, puesto que sobradas ocasiones he de tener en el transcurso del tiempo para hacerlo en publicaciones sobre este tema.

Lo que no quiero dejar pasar por alto en esta ocasión son algunas alusiones que me hace en el mencionado libro. En la página 15 dice que desconozco la evolución del adorno escaleriforme de una fíbula publicada por mí en el año 1931 (J. Martínez Santa-Olalla: *Sobre algunos hallazgos de bronces visigóticos en España*. «Ipek», VII); esta afirmación no se ajusta a la realidad, pues bien claro hablo

(pág. 58) de «un punteado marginal y una decoración de meandros». En la página 46 dice, refiriéndose a mi trabajo mismo de «Ipek», que no es exacto el interpretar ciertos temas decorativos de los broches rígidos fundidos de mi grupo III o bizantino como cabezas de aves, sino como palmetas; hay ciertamente en la mayoría de los casos el tema vegetal bizantinizante, mas hay también a veces la cubeza de ave bastante naturalista o esquemática; de ellos hay muestras en mi aludido trabajo de «Ipek», figuras 5 (por cierto invertida en la lámina) y 10, para cabezas de ave, y figura 11, por ejemplo, además de referirme expresamente a los «motivos florales muy esterilizados y caprichos» (pág. 59). Más adelante, página 52, dice que yo interpreto en «Ipek» el broche en forma de cruz, dado por mí como de Quintanilla de Lara, provincia de Burgos, y como de Herrera de Pisuerga por él, lo que revela la incertidumbre del lugar de hallazgo o la falsedad en los informes suministrados a uno de los dos, en lo que hace a su decoración como un rostro humano, y tomo las hojas por árboles, cuando en los dos renglones y medio que dedico (pág. 58) a tal pieza no hablo para nada de su decoración.

H. Zeiss se ha hecho acreedor a la gratitud de los arqueólogos españoles, ofreciéndonos se excelente e indispensable libro, que viene a sumarse al movimiento iniciado en España (1931) acerca de la arqueología visigoda con tan magnífica y valiosa aportación.—*Julio Martínez Santa-Olalla.*

WILHELM A. VON JENNY und W. F. VOLBACH.—*Germanischer Schmuck des frühen Mittelalters.* Berlín («Verlag für Kunstwissenschaft»), 1933. 53 págs. y 54 láms.

No es el libro de von Jenny y de Volbach obra de investigación dirigida a un público de especialistas ni monografía que estudie este o aquel problema, sino que es sencillamente un álbum de magníficas fototipias, dirigido principalmente al gran público culto y acompañado de una introducción que centra en el tiempo y el espacio las producciones más selectas de la orfebrería germánica en la época de las grandes emigraciones, hacia fines de la Edad Antigua y comienzos de la Media si se trata del Sur de Europa o el centro, y hasta bien entrada ésta si del Norte, puesto que incluye hasta los vikingos.

La introducción al álbum de fototipias que forma el libro es exclusivamente de Wilhelm A. von Jenny en la parte histórica y cultural. La parte histórico-artística es de ambos autores. El texto, sin profundidades para especialistas, está perfectamente en armonía con el espíritu de la publicación, dando exacta idea al no iniciado de cuál es el ambiente, cuáles los problemas, cuál el espíritu artístico y cuáles los gustos de aquellos «bárbaros» que supieron crearse un estilo y un arte a base de elementos ranciamente clásicos y orientales, para salir desde las márgenes del Ponto, donde llegaron horros de arte y cultura, a difundir por los ámbitos de Europa ese arte caracterizado especialmente por la abigarrada joyería que les es privativa.

La utilidad para el gran público culto de esta obra es muy grande, pues son bellos libros como éste los que ensanchan el campo de los interesados por nuestros estudios. Mas, aparte de este interés general, es indudable, al menos desde España, donde la falta de centros de investigación y bibliotecas decorosas es absoluta, tiene el libro *Germanische Schmuck* un interés positivo para el especialista, puesto que le ofrece en láminas de una calidad irreprochable y a gran tamaño una selección

de productos artísticos industriales germanos que le puedan sustituir como material una bibliografía generalmente rara y costosa.

Para nosotros, españoles y con vistas a lo visigodo, tiene un valor especial el álbum de von Jenny y Volbach, pues nos ofrece una serie muy representativa de la orfebrería y platería en las márgenes del Ponto, Danubio, y en general a todo lo largo del camino de emigración de godos y vándalos hacia España. Así hallaremos buenos broches de cinturón rusos, italianos y franceses con placas rectangulares, los cuales hemos utilizado H. Zeiss y yo para establecer la cronología de la arqueología visigoda. No faltan series de fíbulas y toda clase de objetos de adorno que representan, con mayor o menor densidad, los distintos grupos étnicos, culturales y artísticos, así como los distintos momentos históricos.

Representación española, no lo selecta que hubiera podido ser y hubiésemos deseado, encontramos también a base de ejemplares de los Museos berlineses, un pendiente de oro en filigrana, perteneciente al grupo III de mi sistematización, un par de pendientes de oro en filigrana y colgantes de piedras procedentes de la región de Zaragoza, que, al igual de un colgante de oro de Guarrazar, son también del siglo VII. De bronce se publica la conocida hebilla de mi grupo III con la escena de Daniel entre los leones, un par de fíbulas de Tarragona con la frecuentísima decoración de meandros, de aspecto escaleriforme, pertenecientes a mi período II (visigodo) y una aplicación del mismo metal.

A tan rica publicación acompaña un índice bibliográfico bastante completo, que puede servir de utilísima orientación a quien se interese de manera ya especial por la arqueología germánica.

Es lástima que a una obra tan perfecta tipográficamente no se la haya dotado siquiera de una fototipia en colores que hubiese contribuído a dar una exacta idea de obras como éstas, en las cuales el color y hasta los colorines son fundamentales. *Julio Martínez Santa-Olalla.*

JULIO MARTÍNEZ SANTA-OLALLA.—*Einsilberner Hallstatthelm aus Spanien.* «Forschungen und Fortschritte». Jahrg IX, pág. 374. Berlín, 1933.

IDEM.—*Casco de plata céltico de la primera Edad del Hierro.* «Investigación y Progreso». Año VIII, págs. 22-25. Madrid, 1934.

Pieza excepcionalmente importante de nuestra arqueología es este casco prehistórico de plata del Museo del Instituto de Valencia de Don Juan (Madrid) procedente de Caudete de las Fuentes (Valencia).

J. Martínez Santa-Olalla nos lo describe como repujado en una hoja de plata decorada, con puntos en relieve, muy próximos y regulares, grandes discos, y en la parte anterior dos cuernos levemente repujados. Su estilo, netamente hallstáttico, es relacionado estilísticamente con los cascos de Laibach, el tesoro de Eberswald y la copa de oro de Zurich, y tipológicamente con los cascos semiesféricos de Tarquinia (Italia) y los *Schüsselhelme* del tipo de Laibach. Cronológicamente es atribuído al Hallstatt final (600-550 antes de J. C.).

El hecho, verdaderamente sorprendente, de que aparezca un casco netamente celta de tipo alpino con hondas influencias itálicas en la costa levantina justifica las conclusiones del autor de que pertenece al momento de la segunda invasión celta, en que los beribraces ocuparon las tierras altas levantinas y que en unión de

otros pueblos célticos llegaron por un momento a dominar en casi toda la Península.

La revisión del problema de los celtas en España, que es tema de palpitante actualidad, ha de hacerse, como indica J. Martínez Santa-Olalla, sobre la base del material centroeuropeo, del que se ha prescindido en la mayor parte de los casos por desconocimiento e incluso por la idea de absurdo patriotismo de que no hace falta el buscar fuera de España la solución de nuestros problemas arqueológicos. *J. P. de B.*

ANTONIO GARCÍA BELLIDO.—*Sobre el probable origen del puñal español posthallstáttico del tipo llamado de «Miraveche» o del Monte Bernorio.* «Investigación y Progreso». Año VII, págs. 207-211. Madrid, 1933.

Este tipo de puñal, que hasta las excavaciones de Las Cogotas, realizadas por D. Juan Cabré, sólo se conocía un número limitado de ejemplares, se caracteriza por su forma y por su vaina, que termina en un disco o en cuatro discos pareados. Su cronología, según P. Bosch Gimpera, es de finales del siglo IV o comienzos del III. La variedad tipológica y la ornamentación rica y compleja hacen pensar, dada la falta de prototipos españoles, en que se trata de un tipo exótico que, como otros muchos, evolucionó en la Península ibérica.

A. García Bellido había advertido ya en 1931 *(Las relaciones entre el arte etrusco y el ibérico)* ciertas relaciones formales con puñales de la primera Edad del Hierro de Italia central (Noodlara, Corneto, etc.), y ahora estudia los tipos intermedios, geográficos y cronológicos, con los castellanos. Como tales presenta dos puñales hallstátticos de Neuenegg y Langenthal (cantón de Berna, Suiza) y otros de Salem (Sur de Alemania) y de un túmulo del Danubio superior, cuyas hojas muestran la típica estrechez del tercio final y el desarrollo y ornamentación del extremo de la vaina. Estas piezas corresponden al Hallstatt II. García Bellido piensa que estos prototipos del puñal de Miraveche llegaron a Suiza y círculos culturales vecinos gracias a la corriente comercial tan intensa que tuvo lugar entre el Norte de los Alpes e Italia, sobre lo cual insistió en su clásico *Manuel d'Archéologie prehistorique,* etc., J. Déchelette, merced a la cual llegaron también a la Península ibérica las fíbulas del «Caballito» y de la Certosa, la placa de cinturón y el puñal de antenas, cuyos prototipos son efectivamente itálicos, como se pensó en un principio. Todos estos elementos culturales debieron ser traídos a España, como el puñal del tipo de Miraveche, *según García Bellido, «en forma probablemente embrionaria por alguna de las tribus celtas invasoras, que debió habitar anteriormente en la región del Norte de los Alpes o en otra cualquiera cercana a ella».*

Sólo queda en pie el problema de saber si vino con motivo de la segunda invasión celta o de la primera. El puñal prototipo da Salem pudo venir con la cerámica incisa y excisa del Roquizal del Rullo, Numancia, Las Cogotas y Madrid, que hay que relacionar con la de la *Hügelgräberkultur* renana y en algún caso, como sucede en la primera localidad, con la ornamentación (motivos, no la técnica) del mismo grupo de Salem.—*J. P. de B.*

ARTES GRÁFICAS MUNICIPALES
CONCEPCION JERONIMA, 15. MADRID